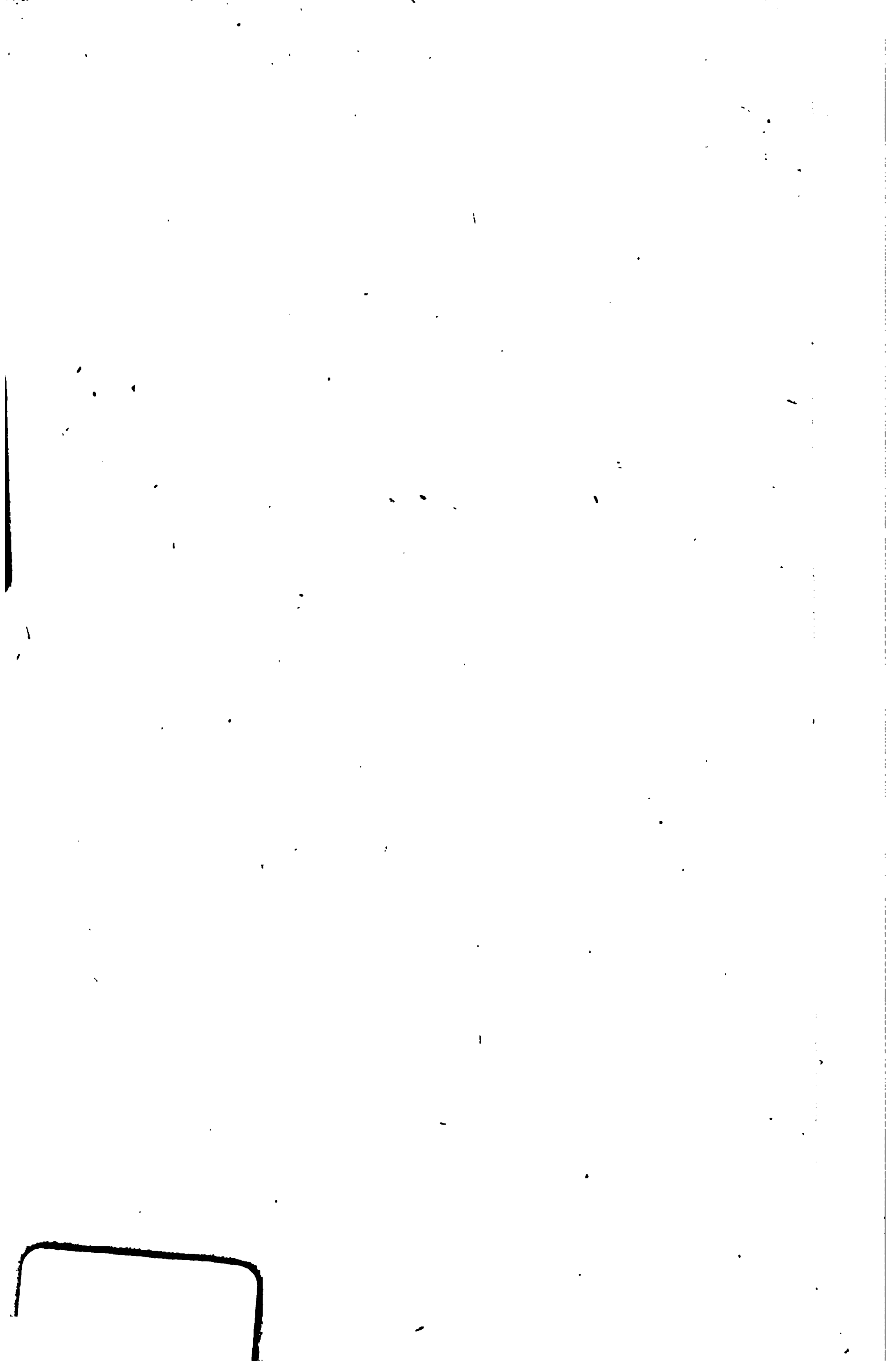


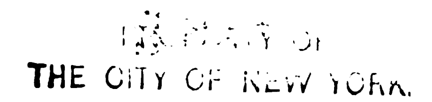
Lafuente

B X P

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA


NON:AFAR
FA'L:SAPER
:D'ALTRI:



HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR

DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA DESDE DICHA ÉPOCA HASTA NUESTROS DÍAS POR

DON JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

TOMO OCTAVO

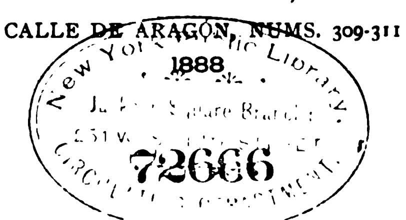


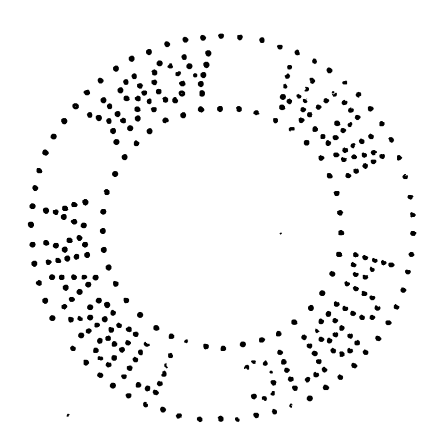
BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309-311

1888





PARTE TERCERA

INTRODUCCION A LA EDAD MODERNA

ESPAÑA AL ADVENIMIENTO DE LA CASA DE AUSTRIA

I. Consideraciones sobre la transición de la edad media á la edad moderna.—II. Trasformación social en España.—Carácter de la guerra y conquista de Granada: importancia y trascendencia de este suceso: unidad religiosa.—III. Reflexiones sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.—Unidad del globo.—Relaciones generales de la humanidad.—Destino de la gran familia humana.—España pone en contacto los dos mundos.—Síntomas de marcha hacia la fraternidad universal.—IV. Guerras de Italia.—El rey Fernando y el Gran Capitán.—Conquista de Nápoles.—Preponderancia de España en Europa.—V. Diplomacia europea.—Confederaciones y ligas.—Sagacidad política de Fernando.—VI. Las conquistas de España en Africa.—Cisneros y Navarro.—VII. Sobre la incorporación de Navarra á Castilla.—Unidad nacional.—VIII. Pensamientos y proyectos de la reina Isabel sobre la unión de Portugal y Castilla.—Juicio sobre el destino futuro de Portugal.—IX. Organización interior de España.—El trono.—La nobleza.—El estado llano.—Las cortes.—La administración de justicia.—Consejos.—Tribunales.—Legislación.—Costumbres.—Sistema económico.—Medidas restrictivas.—Leyes suntuarias.—Reforma del lujo.—X. El principio religioso en los reyes y en el pueblo.—Sobre el fanatismo y la inmoralidad.—El clero.—Provechosa reforma que hizo en él la Reina Católica.—Conducta de Isabel y Fernando con la corte pontificia.—Regalías de la corona.—La Inquisición.—Bautismo y expulsión de los moriscos.—Ideas religiosas de aquella época.—XI. Errores políticos y económicos en el sistema de administración colonial de América.—Crueldades con los indios.—Abundancia de oro y plata en España.—Pobreza de la nación en medio de la opulencia.—Sus causas.—XII. Hombres insignes que florecieron en este tiempo en España.—Capitanes y guerreros.—Sacerdotes y prelados.—Diplomáticos y embajadores.—Jurisconsultos y letrados.—Profesores y literatos ilustres.—Mujeres célebres.—Sabios extranjeros que vinieron á ilustrar la España y á naturalizarse en ella.—Diferente conducta de Isabel y Fernando con los grandes hombres de su tiempo.—XIII. Estado general de la monarquía española cuando vino á ocupar el trono la dinastía austriaca.

I. «El reinado de los Reyes Católicos, dijimos en nuestro discurso preliminar, es la transición de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura.»

Pocas veces en tan breve plazo ha entrado un pueblo en un nuevo desarrollo de su vida. Entre la edad antigua y la edad media de España se interpuso el largo y no bien definido período de la dominación goda; trescientos años y treinta reyes. Menos de medio siglo ha sido bastante

para obrar la transición de la edad media á la edad moderna española: cuarenta años y un solo reinado. ¡Tan corto término bastó á dos monarcas para regenerar el cuerpo social! Prueba incontestable de su actividad prodigiosa.

El reinado cuyo bosquejo acabamos de trazar es una de esas épocas en que se ve más palpablemente lo que avanzan de tiempo en tiempo estas grandes porciones de la familia humana que llamamos naciones, en virtud de la ley providencial que las dirige; y en que se ve comprobada una de esas verdades consoladoras que hemos asentado como uno de nuestros principios históricos, á saber: «la humanidad marcha hacia su progresivo mejoramiento, aunque á veces parece retroceder.» El viajero de la edad media parecía caminar por un interminable y desierto arenal, cuyo suelo movedizo se hundía á sus pisadas ó retrocedía bajo sus pies. Al ver su marcha fatigosa y pausada y su andar lento y penoso, se diría que no adelantaba un paso. Al observarle muchas veces, ó parado ante un obstáculo, ó empujado hacia atrás por una fuerza superior, se temería que no había de llegar nunca al término de su viaje.

Y sin embargo, este caminante iba haciendo insensiblemente sus jornadas. Covadonga, Calatañazor, Toledo, Zaragoza, las Navas, Valencia, Sevilla y Granada, son otras tantas columnas miliarias que señalan el itinerario de la edad media española, en su marcha simultánea hacia la unidad geográfica y hacia la unidad religiosa. La unión de las coronas de Asturias, de Galicia y de León en las sienes del primer Fernando, y su incorporación definitiva con la de Castilla en la cabeza de Fernando III; el doble y perpetuo consorcio de los reinos y de los soberanos de Aragón y Cataluña con Petronila y Berenguer; el príncipe Fernando de Castilla llamado á ser el primer Fernando de Aragón, y el segundo Fernando de Aragón venido á ser el quinto Fernando de Castilla, señalan las jornadas de esta múltiple y fraccionada monarquía hacia su unidad social. Los Fueros municipales, el Real, las Partidas, los Ordenamientos y Ordenanzas, las Cortes, son otros tantos pasos hacia la unidad política y social.

Así, á pesar de la disolución que la sociedad española había padecido, y en medio de las luchas, oscilaciones y vicisitudes por que hubo de pasar para regenerarse, lucha de reconquista contra un pueblo usurpador, lucha de independencia contra un dominador extranjero, lucha religiosa contra los enemigos de su fe y de su culto, lucha de rivalidad entre los habitantes de las diversas zonas de la Península, lucha política y civil entre los diferentes elementos constitutivos de los Estados, lucha doméstica entre gobernantes y gobernados, entre las clases, las jerarquías, los individuos de unas mismas familias; á vuelta de tantas luchas y de tantas contrariedades, la sociedad española de la edad media iba de tiempo en tiempo avanzando en la reconquista, ganando en extensión, progresando en cultura, adelantando en su reorganización social, política y civil, porque la ley de la humanidad tenía que cumplirse, y la ley de la humanidad se cumplía.

Los Reyes Católicos, á quienes se debió la general trasformación que hemos visto sufrir á la España, no fundaron una sociedad nueva. Las sociedades no mueren, aunque parezca á veces paralizada su vitalidad, que

es otro de nuestros principios históricos: la edad moderna tenía que ser una modificación de la edad media, como la edad media lo fué de la edad antigua: los tiempos se encadenan; el presente, hijo del pasado, engendra lo futuro, y los períodos de desarrollo de la vida social de los pueblos vienen á su tiempo como los de la vida de los individuos, y unos y otros padecen en los momentos de la crisis.

Cierto que á la mitad y en el último tercio del siglo XV por una larga serie de calamidades había venido la sociedad española, y principalmente Castilla, la monarquía madre, á tan miserable estado de descomposición, de anarquía y de abatimiento, que parecía amenazada de una disolución semejante á la que sufrió en el siglo VIII, y es natural que los que vivieran en aquella edad desventurada se preguntaran: «¿cómo es posible hallar quien levante de su postración y comunique aliento y vida á este cuerpo cadavérico?» Pero la ley providencial tenía que cumplirse, y la manera como se realizó su cumplimiento fué maravillosa.

Si en situación tan desesperada hubiéramos visto sentarse en el trono de Castilla un hombre de edad madura y de robusto brazo, de larga experiencia y de acreditado saber, la regeneración social de España, bien que meritoria, nos hubiera parecido el resultado del orden natural de los sucesos. Mas cuando pensamos en que esta ardua misión fué encomendada á una mujer, á una joven princesa, hija y hermana de los más débiles reyes, y no ensayada ella misma en el arte de gobernar, entonces no puede dejar de mirarse la trasformación con cierto asombro. Si se hubiera debido sólo á Fernando, la miraríamos como la obra admirable de los esfuerzos de un hombre. Si Isabel la hubiera realizado sola, habría quien lo atribuyera todo á la Providencia. Ejecutada por Isabel y Fernando juntamente, representa la obra simultánea de Dios y de los hombres.

Por una cadena de acontecimientos, de esos que en el idioma vulgar se nombran casos fortuitos, que el fatalismo llama efectos necesarios del Destino, y para el hombre de creencias son providenciales permisiones, se vieron Isabel y Fernando elevados á los dos primeros tronos de España, á que ni uno ni otro habían tenido sino un derecho eventual y remoto. Por no menos singulares é impensados medios se preparó y realizó el enlace de los dos príncipes, que trajo la apetecida unión de las dos monarquías. ¿Pero hubiera bastado el matrimonio de los dos príncipes para producir él solo el consorcio de los dos reinos?

Trescientos años hacía que se habían unido en matrimonio un rey de Aragón y una reina de Castilla, y sin embargo, aquel enlace no sirvió sino para avivar los celos, enconar las rivalidades, y encender más las discordias y las guerras entre los naturales de los dos pueblos. ¿Era acaso menos ambicioso de dominio y de poder Fernando II que Alfonso I de Aragón? Con tan arrogantes pretensiones vino el uno como había venido el otro de dominar en Castilla como esposo de una reina castellana. ¿Cómo, pues, en el siglo XV, con hechos y circunstancias tan análogas y semejantes, se verificó la dichosa unión que estuvo tan lejos de verificarse en el siglo XII?

Obra fué esta, tal vez la más grande (y es en la que menos parece haberse fijado los historiadores), del talento, de la discreción y de la virtud

de Isabel. La hermana de Enrique IV, siguiendo opuesta conducta á la que había observado con su esposo el rey de Aragón la hija de Alfonso VI, supo moderar con suavidad las aspiraciones del aragonés, y reducirle con su prudencia á aceptar un convenio de justa partición de poderes y de mando. Merced al carácter de Isabel, desde el matrimonio hasta la muerte marchan acordes las voluntades de los dos esposos. Isabel parecía ejercer una especie de fascinación sobre Fernando; pero su talismán era solamente su amor, su discreción y sus virtudes. Con él resolvió el difícil problema de poderse regir dos distintas monarquías con un mismo cetro, de poderse gobernar con dos cetros una monarquía misma, y de poder reinar dos monarcas juntos y separados. Isabel, dominando el corazón de un hombre y haciéndose amar de un esposo, hizo que se identificaran dos grandes pueblos. Esta fué la base de la unidad de Aragón y Castilla, y el principio de los grandes progresos de este reinado

II. Halló Isabel cuando comenzó á reinar una nación corrompida y plagada de malhechores, una nobleza díscola, turbulenta y audaz, un trono vilipendiado, una corona sin rentas, un pueblo agobiado y pobre: halló prelados opulentos y revoltosos como el arzobispo Carrillo de Toledo, caballeros ambiciosos y rebeldes como el gran maestre de Calatrava, magnates codiciosos é intrigantes como el marqués de Villena, próceres osados y traidores como Pedro Pardo, ricos delincuentes como Álvaro Yáñez, alcaides criminales como Alonso Maldonado, una competidora al trono incansable y tenaz como la Beltraneja, un rival despechado, presuntuoso y emprendedor como Alfonso V de Portugal, un enemigo poderoso, político y astuto como Luis XI de Francia, un ejército portugués dentro de Castilla, otro ejército francés en Guipúzcoa, y por todas partes tropas rebeldes capitaneadas por magnates castellanos.

A los pocos años los magnates se ven sometidos, los franceses rechazados en Fuenterrabía, los portugueses vencidos y arrojados de Castilla, la competidora del trono encerrada en un claustro, el jactancioso rey de Portugal peregrinando por Europa, el ladino monarca francés firmando una paz con la reina de Castilla, los ricos malhechores castigados, los receptáculos del crimen derruídos, los soberbios próceres humillados, los prelados turbulentos pidiendo reconciliación, los alcaides rebeldes implorando indulgencia, los caminos públicos sin salteadores, los talleres llenos de laboriosos menestrales, los tribunales de justicia funcionando, las cortes legislando pacíficamente, con rentas la corona, el tesoro con fondos, respetada la autoridad real, restablecido el esplendor del trono, el pueblo amando á su reina y la nobleza sirviendo á su soberana. Castilla ha sufrido una completa trasformación, y esta trasformación la ha obrado una mujer.

Sin esta favorable mudanza en los ánimos y en las costumbres públicas y privadas, sin esta variación en el estado social y político del reino, no se hubiera podido realizar la empresa de la conquista de Granada. Por eso los monarcas que la habían concebido supieron aguantar insultos, sufrir injurias, padecer y callar antes de acometerla, hasta contar con elementos para no malograrla. El mérito de la oportunidad fué también de la reina Isabel, que templando la impaciencia, y moderando los fogosos ímpetus

de su esposo, supo contenerle hasta que vió llegado el momento y la sazón de obrar.

La conquista de Granada no representa sólo la recuperación material de un territorio más ó menos vasto, más ó menos importante y feraz arrancado del poder de un usurpador. La conquista de Granada no es puramente la terminación feliz de una lucha heroica de cerca de ocho siglos, y la muerte del imperio mahometano en la Península española. La conquista de Granada no simboliza exclusivamente el triunfo de un pueblo que recobra su independencia, que lava una afrenta de centenares de años, que ha vuelto por su honra y asegura y afianza su nacionalidad. Todo esto es grande, pero no es solo, y no es lo más grande todavía. A los ojos del historiador que contempla la marcha de la humanidad, la material conquista de Granada representa otro triunfo más elevado; el triunfo de una idea civilizadora, que ha venido atravesando el espacio de muchos siglos, pugnando por vencer el mentido fulgor de otra idea que aspiraba á dominar el mundo. La idea religiosa que armó el brazo de Pelayo, el principio religioso que puso la espada en la mano de Fernando V. La tosca cruz de roble que se cobijó en la gruta de Covadonga es la brillante cruz de plata que se vió resplandecer en el torreón morisco de la Alhambra. La materia era diferente; la significación era la misma. Era el emblema del cristianismo que hace á los hombres libres, triunfante del mahometismo que los hacía esclavos.

Con razón se miró la conquista de Granada, no como un acontecimiento puramente español, sino como un suceso que interesaba al mundo. Con razón también se regocijó toda la cristiandad. Hacía medio siglo que otros mahometanos se habían apoderado de Constantinopla: la caída de la capital y del imperio bizantino en poder de los turcos había llenado de terror á la Europa; pero la Europa se consoló al saber que en España había concluído la dominación de los musulmanes. Allí se levantaba el imperio Otomano, y acá desaparecía el imperio de Ben Alhamar. El cristianismo de Occidente acudía á consolar al cristianismo de Oriente, y España templaba el dolor de Europa. Al cabo de algunos años todo el poder reunido de la cristiandad había de marchar á combatir al coloso mahometano de Asia, y no había de poder arrancarle su presa. La España se había bastado á sí misma para aniquilar al coloso árabe-africano. Lenta y penosa fué la expulsión de España de los árabes y de los moros; pero volvamos la vista á Oriente, miremos á la Turquía europea, y contemplemos á Constantinopla todavía en poder de los hijos de Osmán hace más de cuatro siglos á la puerta de los más vastos y poderosos imperios cristianos. ¿Durará allá el dominio de la media luna tanto tiempo como ondeó aquí el estandarte del profeta de la Meca? Por lo menos en el suelo español nunca gozaron de reposo los enemigos del nombre cristiano.

Por lo mismo, aunque la gloria de su definitiva destrucción tocó á Fernando é Isabel, esta gloria ni eclipsa ni daña la que antes habían ganado los Alfonsos, los Ramiros, los Berengueres, los Jaimes y los Fernandos que habían contribuído á su vencimiento: porque el campo de las glorias es fecundísimo y produce laureles para todo el que sabe cultivarle. Cuanto más que las grandes obras del esfuerzo humano, como las grandes obras

del entendimiento, nunca han podido ser de uno solo, y así dan honra y prez al que las concibe y comienza, como al que las prosigue ó mejora, y como al que tiene la fortuna de perfeccionarlas ó acabarlas.

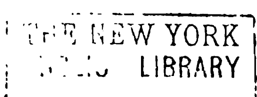
La guerra de Granada fué una epopeya no interrumpida de diez años. Desde la sorpresa de Alhama hasta la rendición de Granada, todo fué heroico, todo fué épico, todo dramático. Los poetas no han podido representar sino cuadros aislados é imperfectos de aquel gran drama histórico. No lo extrañamos. Es de aquellos sucesos en que la realidad histórica sobrepuja á los esfuerzos é invenciones de la poesía, en que la verdad es mil veces más maravillosa que la fábula. Se ha comparado aquel período con el de la guerra de Troya, así por su duración, como por las hazañas y episodios heroicos y por las figuras homéricas que la ilustraron.

En efecto, la tierna entrevista del marqués de Cádiz y el duque de Medina-Sidonia abrazándose al pie de los muros de Alhama, convertidos por la benéfica intervención de la reina de enconados rivales y terribles enemigos en tiernos amigos y auxiliares fieles; los lances trágicos de don Alonso de Aguilar, del maestre de Santiago, del marqués de Cádiz y del conde de Cifuentes en las breñas y desfiladeros de la Ajarquía y en las Cuestas de la Matanza; la prisión de Boabdil y la muerte del intrépido Aliatar en los campos de Lucena; la catástrofe de los caballeros de Alcántara en la pradera de Sierra-Nevada; el riesgo que Isabel y Fernando corrieron en el pabellón del campamento de Málaga de caer bajo el puñal de un fanático santón; las maravillosas hazañas de Hernán Pérez del Pulgar; el heroísmo rudo y salvaje de Hamet el Zegrí; la galantería heroica del príncipe moro Cid Hiaya; los venerables religiosos embajadores del Gran Turco en la tienda de los reyes cristianos; la resignación estoica del Zagal; los amores y desdenes de Muley Hacem, y los celos y rivalidades de las sultanas Aixa y Zoraya; los combates sangrientos de la Alhambra y el Albaicín; la reina de Castilla soltando cadenas á millares de cautivos, acariciándolos como madre y dándoles á besar su real mano; los contrastes de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza de las rivales tribus gomeles y zegríes, abencerrajes y gazules; los ardides y proezas y las peligrosas aventuras de Juan de Vera, de Hernán Pérez, de Martín de Alarcón y de Gonzalo de Córdoba; la galante conducta del conde de Tendilla con la bella Fátima; el campamento cristiano en la Vega; el noble marqués de Cádiz recibiendo á la reina en su pabellón de seda y oro; los combates caballerescos; el incendio de las tiendas, y la prodigiosa aparición de una ciudad como de milagro fabricada; el desventurado Boabdil saliendo con abatido semblante por la puerta de los Siete Suelos á entregar á su afortunado enemigo las llaves del último baluarte del imperio musulmán; el gran sacerdote de España, el cardenal Mendoza, subiendo por la cuesta de los Mártires á tomar posesión de los regios alcázares moriscos en nombre de su reina y de su religión; la reina Isabel postrada de rodillas con su ejército y con su clero en el campo de Armilla adorando la cruz que resplandecía en la torre de la Alhambra, y haciendo resonar los embalsamados aires de la Vega con el canto poético que los cristianos entonan en acción de gracias al Dios de las victorias; escenas y situaciones son éstas que no ceden en interés dramático á las de las más



OBJETOS DE LOS REYES CATÓLICOS

(Los núms. 1 á 4 se conservan en la Capilla Real de Granada, y los núms. 5 á 7 en la Armería Real de Madrid.)



bellas páginas de la Ilíada, y personajes son que igualan, si no exceden, en grandeza, á los Hectores, los Ayax, los Patroclos, los Aquiles, los Ulises y todos los demás héroes de Homero.

De contado, sobre faltarle á la guerra de Pérgamo el interés de ser la última jornada de un drama inmenso que había comenzado hacía más de siete siglos: sobre carecer del gran contraste de los dos principios religiosos, que eran el resorte de las acciones heroicas y el móvil de los actores y de los combatientes de uno y otro campo, no tuvo el cantor de Smirna bastante fecundo ingenio para idear una figura tan noble, tan bella, tan magnánima, tan sublime y tan interesante como la de la reina Isabel. No, no alcanzó la imaginación del poeta de la Grecia á concebir una idealidad que se asemejara á lo que en realidad fué una reina de veinticinco años, radiante de gracia y de hermosura, esposa tierna y madre cariñosa, cuando se presentaba en el campamento de Moclín cabalgando en su soberbio palafrén, con su manto de grana y su brial de terciopelo, llevando al lado la tierna princesa su hija, y seguida de las ilustres damas y de los gallardos donceles de su corte; cuando el espejo de los caballeros andaluces, el marqués de Cádiz, recibía y saludaba á la soberana de Castilla al pie de la Peña de los Enamorados; cuando el duque del Infantado y los escuadrones de la nobleza abatían á compás, para hacer homenaje á su reina, los viejos estandartes rotos y acribillados en cien batallas; cuando el rey Fernando se adelantaba en su ligero corcel, ciñendo al costado una cimitarra morisca, y dejando atrás la flor de los caballeros de Castilla se apeaba ante su esposa, y la saludaba reverente, y después imprimía en las mejillas de la esposa y de la hija el ósculo de amor.

Homero no inventó un cuadro como el que ofreció la aparición repentina de la reina Isabel en los reales de Baza, como el ángel del consuelo, ante un ejército desfallecido, consternado, abatido de las fatigas, del frío, del hambre y de la miseria, y reanimando con su presencia, é infundiendo valor, aliento y vida á los descorazonados combatientes, y convirtiendo en júbilo y regocijo el desánimo y tristeza de capitanes y soldados. El primer poeta del mundo no ideó un espectáculo como el que presentaron las colinas de Baza el día que Isabel, recorriendo á caballo, con aire esbelto, rozagante y gentil, las filas de sus guerreros, circundada de un coro de doncellas y de un cortejo de prelados y sacerdotes, de caballeros y donceles, por entre mil banderas aragonesas y castellanas desplegadas al viento, y resonando por el espacio los agudos sones de las bélicas trompas, al tiempo que vigorizaba á los suyos, llenaba de admiración y asombro á los moros y moras de Baza que la contemplaban absortos desde los alminares de sus mezquitas, y encantaba y fascinaba al caballeroso príncipe Cid Hiaya, que entró en envidia de hacer alarde de diestras evoluciones y vistosos torneos ante la reina de los cristianos, para concluir por rendirse á su mágico influjo, y por hacerse súbdito suyo, y cristiano como ella, y caballero de Castilla.

Y este mismo efecto producía en el campamento de Santa Fe y á la vista de los muros de Granada, y este mismo entusiasmo excitaba doquiera que se aparecía.

Pero esta influencia portentosa en capitanes y soldados no era ni una

decepción en que cayeran ellos, ni un artificio de la reina para seducir. Es que veían en ella su genio tutelar. Es que á la aparición de la mujer hermosa contemplaban la reina que se afanaba por que no les faltasen los mantenimientos, empeñando para ello sus propias alhajas; es que tenían delante á la institutora de los hospitales de campaña; á la que curaba con su mano á los heridos, á la que premiaba con largueza los hechos heroicos, á la que consolaba, alimentaba y vestía á los miserables que salían del cautiverio, á la que compartía con el tostado guerrero los trabajos y fatigas de las campañas, á la que concebía los planes, organizaba los ejércitos, mantenía la disciplina, ordenaba los ataques y presidía la rendición de las plazas.

Y si se considera que esta reina, cuando se presentaba en las trincheras de los campamentos y entre los cañones y lombardas, era la misma que hacía poco había estado sentada en un tribunal de justicia, administrándola á sus súbditos con la amabilidad de la más cariñosa madre y con la rectitud del más severo juez; ó que acababa de visitar un convento de religiosas, y de enseñar á las monjas con su ejemplo á manejar la rueca y la aguja, excitándolas á abandonar la soltura de costumbres, y cambiarla por la honesta ocupación de las labores femeniles, entonces al entusiasmo del soldado se une el asombro del hombre pensador.

No privemos por esto á Fernando de la gloria que le pertenece como al primer capitán en la guerra y conquista de Granada: ni tampoco á los demás caudillos que con tanto heroísmo en ella se condujeron. Comportáronse todos como bravos campeones; el rey llenó dignamente su primer puesto, y Dios protegió á los defensores de su fe. Por eso dijimos en otro lugar que á esta grande obra de religión, de independencia y de unidad, cooperaron Dios, la naturaleza y los hombres.

III. ¡Cosa maravillosa! Apenas España ve coronada la obra de sus constantes afanes de ocho siglos, apenas logra expulsar de su territorio los últimos restos de los dominadores de Oriente y de Mediodía, apenas ha lanzado de su suelo á los tenaces enemigos de su libertad y de su fe, cuando la Providencia por medio de un hombre le depara, como en galardón de tanta perseverancia y de tanto heroísmo, la posesión de un mundo entero! Este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, merece algunas observaciones que en nuestra narración no hemos podido hacer.

Una inmensa porción de la gran familia humana vivía separada de otra gran porción del género humano. La una no sabía la existencia de la otra, se ignoraban y desconocían mutuamente, y sin embargo estaban destinadas á conocerse, á comunicarse, á formar una asociación general de familia, porque una y otra eran la obra de Dios, y Dios es la unidad, porque la unidad es la perfección, y la humanidad tenía que ser una, porque uno es también el fin de la creación. Pues bien, el siglo XV fué el destinado por Dios para dar esta unidad á los hombres que vivían en apartados hemisferios del globo, no imaginándose unos y otros que hubiera más mundo que el que cada porción habitaba aisladamente. ¿Por qué estuvieron en esta ignorancia y en esta incomunicación tantos y tantos siglos? Misterio es este que se esconde á los humanos entendimientos; y

no es extraño; porque menos difícil parecía averiguar cómo teniendo todos los hombres un mismo origen, se habían segregado, y en qué época, y de qué manera, las razas pobladoras de los dos mundos, y sin embargo, á pesar de tantas y tan exquisitas investigaciones geológicas, históricas y filosóficas, aun no se ha logrado sacar este punto de la esfera de las verdades desconocidas, aun no se cuenta en el número de los hechos incuestionables.

Es cierto que el siglo XV fué destinado para que se hiciera en él el descubrimiento de este mundo que impropiamente se llamó nuevo, sólo porque hasta entonces no se había conocido. Los hombres de aquel siglo se hallaban preparados para este grande acontecimiento sin saberlo ellos mismos. Sentíase una general tendencia á descubrir nuevas regiones; un instinto secreto inclinaba á los hombres á inventar y extender las relaciones y los medios de comunicación; el espíritu público parecía como empujado por una fuerza misteriosa hacia los adelantos industriales y mercantiles; había hecho grandes progresos la náutica: se habían descubierto la brújula y la imprenta. ¿Para qué eran estos dos poderosos elementos, capaces por sí solos de trasmitir los conocimientos humanos y derramarlos por los pueblos más apartados del globo? Los hombres de aquel tiempo no lo sabían. Lo sabía solamente el que prepara secreta é insensiblemente la humanidad cuando quiere obrar una gran trasformación en el mundo por medio de los hombres mismos.

Pero hubo uno entre ellos, ingenio privilegiado, que alcanzó más que todos, y que á través de las nieblas en que se envolvían todavía los conocimientos geográficos, á favor de un destello de su claro entendimiento que se asemejaba á la luz de la revelación, comprendió la posibilidad de atravesar los mares de Occidente, y de poner en comunicación el mundo conocido con el desconocido. Hombre de ciencia y de fe, de creencias y de convicciones, de religión y de cálculo, estudia á Dios en la naturaleza, levanta el pensamiento al cielo y penetra en los misterios de la tierra, medita en la obra de la creación, y trazando mapas con su mano descubre que falta conocer la mitad del globo terrestre. Convencido más cada día de la posibilidad del descubrimiento, fijo y constante años y años en esta idea, trató de realizarla; pero necesitaba de recursos y se encontró pobre; sacó su idea al mercado público, ofreciendo la posesión de inmensos reinos al que le diera algunas naves y le prestara algunos escudos; pero los ignorantes no le comprendieron y le despreciaron, los príncipes le tomaron por un engañador y le cerraron sus oídos y sus arcas, los llamados sabios dijeron que deliraba y se burlaron, y el hombre de genio no se desalentó, porque tenía fe en Dios y en su ciencia, aunque faltaran fe y ciencia á los demás hombres.

Nada permite Dios sin algún fin, y fué necesario que Colón encontrara sordos á los soberanos á quienes propuso su pensamiento, para que una secreta inspiración le moviera á acudir á la única potestad de la tierra capaz de comprenderle; y fué conveniente que el mundo supiera que el cosmógrafo genovés había implorado en vano la protección de otros monarcas, para que resaltara más la acogida que había de encontrar en la reina de Castilla.

Si el que había concebido una empresa al parecer temeraria por lo inmensa, é inverosímil por lo grandiosa, necesitaba de fe y de corazón, ¿quién podía creer y proteger al autor, y aceptar y prohijar su designio, sino quien tuviera tanta fe como él y tan gran corazón como él, y tan gran alma como él? Cristóbal Colón necesitaba una Isabel de Castilla, y sólo Isabel de Castilla merecía un Cristóbal Colón. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

Es imposible dejar de ver en la venida de Colón á Castilla algo más que el viaje de un aventurero. Un navegante de profesión caminando á pie por la tierra sin otro equipaje que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas debajo del brazo, seguramente debió parecer ó un mentecato ó un profeta. El que iba á hacer el presente de un mundo entero tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa, porque quien había de enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaba descubrir no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en aquella misma casa protectores generosos: la religión vino en auxilio del genio, y Colón, vencidas algunas dificultades, fué presentado á la reina Isabel..... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colón apoyaba su teoría, y con que desenvolvía su sistema: pero el talento y la penetración que se revelaba en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se expresaba, la fe ardiente que se descubría en su corazón, la convicción de que se mostraba poseído, y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado, y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecución de una grande obra. Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colón por un extravagante ó un iluso, y el marino genovés había encontrado quien por lo menos no le menospreciara. ¿Extrañaremos que tuviera que ejercitar todavía su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades, obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente; y además la ocasión en que Colón había venido á Castilla no era la más oportuna para la realización de sus planes. ¿Pero fueron perdidos estos ocho años? En este intervalo Colón recibió consideraciones y favores de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazón y sus más íntimas afecciones, su segundo hijo nació en Castilla, y al cabo de ocho años Colón había dejado de ser extranjero en España, y el genovés se había hecho castellano.

Este fué el momento en que Isabel prohijó de lleno la empresa de Colón; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.» Palabras sublimes, que no hubiera podido pronunciar cuando tenía sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le

dijo: «Anda y descubre esas regiones desconocidas, y lleva el cristianismo civilizador del otro lado de los mares, y difunde la fe divina entre los desgraciados habitantes de esta parte ignorada del universo.» Palabras grandiosas, que Isabel no había podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España, y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era en efecto un visionario digno de lástima, ó si era el más sabio y el más calculista de los hombres. Seguido de un puñado de atrevidos aventureros, el náutico genovés se lanza en tres frágiles leños por los desconocidos mares de Occidente. «¡Pobre temerario!» quedaban diciendo España y Europa. Y Colón, lleno de fe en su Dios y en su ciencia, en sus mapas y en su brújula, no decía más que: «¡Adelante!» España y Europa suponían, pero ignoraban sus peligros y trabajos, sus conflictos y penalidades. ¿Qué habrá sido del pobre aventurero?

Trascurridos algunos meses volvió el aventurero á España á dar la respuesta. Nada necesitó decir. La respuesta la daban por él los habitantes y los objetos que consigo traía de las regiones trasatlánticas en que nadie había creído. El testimonio no admitía dudas. ¡El Nuevo Mundo había sido descubierto! El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado por los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo del convento de la Rábida era el más insigne cosmógrafo, el gran almirante de los mares de Occidente, el virrey de Indias, el más envidiable y el más esclarecido de los mortales. España y Europa se quedaron absortas, y para que en este extraordinario acontecimiento todo fuese singular, asombró á los sabios aún más que á los ignorantes.

La unidad del globo ha comenzado á realizarse; la humanidad entera ha empezado á entrar en comunicación. Ya se comprendió por qué habían sido inventadas la brújula y la imprenta; porque era menester hallar caminos seguros por entre las inmensidades del Océano para poner en relación á los moradores de remotísimas tierras; porque era necesario un medio rápido y fácil para trasmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias; si andando el tiempo la electricidad las hace casi desaparecer, progresos serán del entendimiento humano, y en ello no hará sino cumplirse la ley providencial de la unidad, la ley del progresivo mejoramiento social. Mas no se olvide que á España se debió el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas de los que entonces se llamaron dos mundos y no eran sino uno solo. Si con el trascurso de los tiempos aquellas razas, entonces groseras é inciviles, se convierten en naciones cultas, y se emancipan, y progresan, y trasmiten á su vez al viejo mundo nuevos gérmenes de civilización, no hará sino cumplirse la ley providencial que destina al género humano de todos los países á comunicarse recíprocamente sus adelantos, síntoma consolador y anuncio lisonjero de la fraternidad universal. Mas no por eso España pierde su derecho á que no se olvide que le pertenece la primacía de haber llevado el principio civilizador al Nuevo Mundo.

Repite Colón sus viajes y multiplica los descubrimientos. En cada expedición se despliegan á sus ojos ricas y vastísimas islas, extensísimas y fértiles regiones, cuyos límites ni conoce entonces él mismo, ni será dado á nadie saber en largos años. Todas estas inmensas posesiones vienen á acrecentar los dominios de la corona de Castilla; y España y sus reyes, en premio de su heroica perseverancia de ocho siglos, apenas ponen término á la obra de su emancipación y de su independencia se encuentran poseedores de multitud de provincias en otro hemisferio, cada una de las cuales es mayor que un gran reino. Nunca pueblo alguno llegó á merecer tanto, pero nunca pueblo alguno alcanzó galardón tan abundoso. Cuando se vuelve la vista á la monarquía encerrada en Covadonga y se la encuentra después dominando dos mundos, se siente estrecha la imaginación para abarcar tanto engrandecimiento. Ya no posee España aquellas vastas regiones: ¿qué importa? Los hijos que salen de la patria potestad, ¿dejarán por eso de ser la honra de los padres que les dieron el ser? Porque la codicia y la crueldad afearan después la obra de la conquista, ¿dejará de ser glorioso el hecho primitivo? Porque España no recogiera el fruto que debió de tan importantes adquisiciones, ¿habrá dejado de ser el suceso inmensamente provechoso á la humanidad?

El descubrimiento de América hubiera bastado por sí solo para hacer entrar á la sociedad entera, y señaladamente á España, en un nuevo desarrollo y en un nuevo período de su vida. Por sí solo hubiera hecho la transición de la edad media á la edad moderna, aunque tantos otros sucesos no hubieran cooperado en el último tercio del siglo XV y en el primero del XVI, á obrar una revolución radical en las ideas, en la política, en el comercio, en las artes, en la propiedad, en las necesidades y en las costumbres.

IV. Hasta aquí lo que en este reinado ha adquirido España ha sido para acrecentar la corona de Castilla, aunque ganado con el auxilio del rey de Aragón como esposo de Isabel. Ahora le toca á la corona de Aragón ensancharse y extenderse, aunque con auxilio de la reina de Castilla como esposa de Fernando. La armonía de los regios consortes trae el acrecentamiento de las dos monarquías. Isabel ha acreditado ser la mejor reina del mundo, y Fernando va á acreditar que es el monarca más político de Europa.

En mal hora concibió el ligero y aturdido Carlos VIII de Francia el imprudente proyecto de hacerse soberano de Nápoles, donde reinaba hacía medio siglo la rama bastarda de los monarcas de Aragón. El político Fernando, con mejor derecho que él á la corona y con ánimo de reclamarla á su tiempo, le deja que se precipite. Por de pronto Carlos, para tenerle amigo, restituye á la corona de Aragón los importantes condados de Rosellón y Cerdaña, ricas agregaciones que sus mayores habían disputado con encarnizamiento. Fernando las recibe, y deja al francés que cruce los Alpes, que asuste á los débiles y desunidos príncipes italianos, que se apodere de Nápoles sin plantar una tienda ni romper una lanza, que se saboree por unos días con el pomposo título de rey de Sicilia y de Jerusalén, que sueñe en llamarse emperador de Constantinopla; y cuando el caballeroso conquistador se halla entregado á los placeres de la gloria y á los deleites

del cuerpo, se encuentra cogido en una gran red tendida en silencio por el astuto Fernando. El aragonés había preparado contra él con admirable sigilo la famosa liga de Venecia, primera confederación de los príncipes de Europa para su defensa común, principio del sistema de mantenimiento del equilibrio europeo, y uno de los síntomas más característicos de la nueva política de la edad moderna. El insensato Carlos, rey de Nápoles una semana, al verse amenazado por el poder reunido de España, de Austria, de Roma, de Nápoles y de Milán, apenas tuvo tiempo para repasar los Alpes con la mitad de su ejército, dejando la otra mitad comprometida en Italia, para proporcionar á Gonzalo de Córdoba aquella serie de gloriosos triunfos que le valieron el merecido título de Gran Capitán. Los franceses son totalmente expulsados de Italia, las armas españolas que vencieron en Granada han asombrado á Europa, Gonzalo vuelve á España con un nombre que no había alcanzado ningún guerrero del mundo, y Fernando ha ganado fama de ser el soberano más político y sagaz de su tiempo.

Al ver al rey de Aragón colocar en el trono de Nápoles sucesivamente á sus dos primos Fernando y Fadrique, aparecía un generoso protector de sus parientes bastardos, y sin embargo, estaba firmemente resuelto á reclamar para sí aquella herencia como representante de la línea legítima de la casa de Aragón. Pero el astuto político estudia la situación de Europa, conoce los inconvenientes y peligros de emplear la violencia, y espera sin impacientarse, en la confianza de realizar su pensamiento por medios más lentos, pero más seguros. Es la diplomacia que empieza á reemplazar á la fuerza. Deja que Luis XII de Francia, sucesor de Carlos VIII y heredero de sus ambiciosos proyectos sobre Italia, penetre con grande ejército en Lombardía, se apodere de Milán y amenace á Nápoles. Deja que el desgraciado Fadrique de Nápoles se vea reducido á la desesperada situación de invocar el auxilio de los turcos contra el francés. Ya tiene Fernando un pretexto legal, un colorido cristiano y religioso con que perder á su pariente, á quien de intento no se ha comprometido á sostener, y para atajar los progresos del rey de Francia finge halagarle proponiéndole repartirse entre los dos el reino de Nápoles en iguales porciones. El francés se creyó aventajado en este repartimiento, y se dejó envolver en otra red por el de Aragón como su antecesor Carlos VIII. Fernando dejaba á Luis los riesgos de la conquista y la parte odiosa del despojo, y él se reservaba el fruto para más adelante. Para eso enviaba á Gonzalo de Córdoba con la flor de los guerreros castellanos á Sicilia, so pretexto de destinarlos á combatir á los turcos en defensa de Venecia. Luis se deja deslumbrar por el título de rey de Nápoles, y Fernando, contento con la modesta denominación de duque de Calabria, adormece á su rival para mejor vencerle.

El tratado de partición de Nápoles fué el pacto más inmoral y más hipócrita con que se inauguró la moderna diplomacia que enseñaba Maquiavelo y practicaban ya sin necesidad de sus lecciones los príncipes. ¿Pero será justo atribuir toda la inmoralidad de esta política á Fernando de Aragón? Nada sería más infundado. Fernando no hizo sino ganar en astucia á Luis, que á su vez creía ser el engañador de su rival. Los derechos del español al reino de Nápoles eran incontestablemente más fundados que

los del francés, y si en éste eran igualmente vituperables los medios y el fin, al menos en aquél eran solamente reprensibles los medios. La política ladina no era ciertamente lo que más escandalizaba ya en Italia, y el mismo pontífice no halló la conducta de los dos reyes tan abominable, cuando á ambos les dió la investidura de la parte que cada cual se había adjudicado. Consuela sobre todo hallar á la reina Isabel completamente ajena á toda la parte odiosa de estos hechos, pues por un tácito convenio entre los dos esposos, la política y la dirección de estas guerras estaban reservadas á Fernando; Isabel no intervenía sino en la administración, en los recursos, en la elección de los buenos capitanes.

Bien conocían todos, y de ello estaban más que nadie penetrados los autores mismos del convenio, que el tratado de partición de Nápoles no podía ser sino un germen de nuevas discordias y guerras, pero cada cual esperaba sacar mañosamente de ellas el mejor partido para llegar á la total y definitiva posesión de aquel reino. Fernando de Aragón fiaba, aún más que en su destreza política, en la invencible espada del Gran Gonzalo. No le salió su cálculo fallido. Una cuestión sobre pertenencia del territorio repartido enciende de nuevo la guerra entre franceses y españoles, provocada y declarada por los primeros. Y el Gran Capitán, después de haber restituído á Venecia la plaza de Cefalonia ganada por él á los turcos, y de haber hecho prisionero en Tarento al duque de Calabria, último príncipe de la destronada dinastía de Nápoles, detiene con un puñado de españoles todo el ímpetu y todo el poder de los franceses en Italia. Encerrado en los viejos muros de Barletta, se estrellan en él todas las fuerzas de la Francia, como las bravas olas del mar en una roca inamovible. Sale de aquel recinto, y los desconcierta con la sorpresa de Ruvo. Recibe un pequeño refuerzo y los destruye en Ceriñola. Marcha sobre Nápoles y proclama á Fernando II de Aragón solo y legítimo soberano, como solo y legítimo heredero del reino conquistado por Alfonso V. España, dueña de las Indias Occidentales por la ciencia de Colón y por la grandeza de Isabel, debe la posesión de un gran reino en la Europa Oriental á la política sagaz de Fernando y al talento bélico y al brazo invencible de Gonzalo de Córdoba.

La Italia se postró admirada ante el sagaz conquistador. A un mismo tiempo supo Luis XII que le había sido arrebatada de entre las manos su bella corona de Nápoles, y que de sus generales el duque de Nemours y Chaudieu habían muerto, Chavannes y D'Aubigny estaban en poder del enemigo, Ivo de Alegre y Luis de Ars refugiados en Gaeta y Venosa, y ardiendo en cólera contra Fernando exclamó: «Dos veces me ha engañado ese fementido!—Miente el bellaco, replicó al saberlo el aragonés, que le he burlado más de diez veces.»

En uno de esos arranques de indignación y de patriotismo que suelen tener las naciones pundonorosas cuando se sienten ultrajadas, la Francia echa el resto para lavar la afrenta nacional y la humillación de su rey, y levanta como por encanto tres grandes ejércitos y dos respetables armadas, y los arroja simultáneamente sobre Guipúzcoa, sobre Rosellón y sobro Italia. Pero el primero se deshace como el hielo á los ardores del sol antes de cruzar el Pirineo. Contra el segundo despliegan Isabel y Fernando, la

una su actividad administrativa, el otro su energía de guerrero. Castilla y Aragón pelean ya como una nación sola, y los franceses son rechazados de Salsas y perseguidos por la espada de Fernando hasta Narbona, mientras una borrasca inutiliza su flota en Marsella. Libre la Península española, las dos naciones rivales vuelven á medir sus fuerzas en los bellos campos de la desgraciada Península italiana. Poca gente tiene allí España, pero no importa, está allí el Gran Gonzalo. El que una vez había quebrantado el poder de la Francia con estarse quieto en Barletta, le vuelve á quebrantar con permanecer inmóvil en los pantanos de Minturna. Gonzalo enseña á sus soldados que se puede vencer sin pelear. Gonzalo enseña al mundo que la paciencia puede ser la victoria, y le enseña también hasta dónde raya el sufrimiento del soldado español. El Gran Capitán comprende que debe luchar primero contra los elementos, si ha de vencer después á los hombres. No conocemos figura de guerrero más digna, ni más impasible, más imponente que la de Gonzalo de Córdoba en las lagunas del Garillano. Cuando Gonzalo se decide á sacar á sus pocos españoles de aquellos cenagosos lodazales, es para rematar con la espada al enemigo que había quebrantado con la paciencia. La obra de las lagunas de Minturna se acaba en las alturas del monte Orlando. La Francia queda otra vez humillada: el temerario y orgulloso Luis XII sucumbe á firmar la paz de Lyón, y reconoce á Fernando de Aragón por rey de Nápoles; y la magnánima Isabel de Castilla muere aquel año agobiada de pesares domésticos, pero con la satisfacción de dejar á su esposo y á sus hijos una corona más, ganada por su predilecto amigo Gonzalo Fernández de Córdoba.

V. Una reina privada de razón y un príncipe escaso de juicio suceden á la reina más discreta y más sensata que ha ocupado el trono de Castilla. Felizmente el reinado de Juana y de Felipe pasa como una sombra fugaz, sin que sirva sino para que los castellanos conozcan y lamenten más lo que han perdido con Isabel y para que aprendan á apreciar mejor lo que al menos les ha quedado con Fernando.

Nombrado regente de Castilla el rey de Aragón mientras él ha pasado á Italia á organizar el gobierno de Nápoles, hace desear su presencia á los castellanos para mejor subyugar después á los magnates que se le han mostrado adversos. Dueño de Castilla como regente de este reino, y de Sicilia y Nápoles como rey de Aragón, hace de España la nación más poderosa de Europa, y sigue siendo el alma de la política europea: política egoísta, dolosa y falaz como era la de aquel tiempo, en que nadie obraba de buena fe, y en que salía más ganancioso el que era más astuto. La liga de Cambray no fué sino una inicua conjuración de cuatro potencias para repartirse los despojos de otra que pasaba por amiga, pero que no les cedía en inmoralidad. Deshecha esta liga por el mismo interés individual que la había dictado, concertóse otra que se llamó *Santísima*, por el papa que la inició y por el objeto religioso en que ostensiblemente se fundaba, pero que no teniendo de santa sino la apariencia y el nombre, en su fondo no era menos injusta que la primera. España hacía el principal papel en todas estas alianzas interesadas. Conjurábanse todos contra Venecia so color de ser una república mercantil, egoísta y rapaz. La calificación no era inexacta. Pero todos, así Luis XII de Francia, como Maxi-

miliano de Austria, como Fernando de España y como el mismo papa Julio II, todos se aliaban con la república mercantil cuando á sus intereses convenía, aunque fuese contra los amigos del día anterior.

La víctima de tan varias y tan inmorales confederaciones era siempre la desgraciada Italia, teatro escogido por las grandes potencias rivales para ventilar sus cuestiones en el rudo tribunal de las batallas. En vez de fertilizador rocío, regaba y enrojecía las amenas campiñas de Rávena, de Novara y de Vicenza la sangre de franceses, de suizos, de alemanes, de españoles y de italianos, para ver quién había de quedar dueño y señor del país de la cultura, de las letras y de las bellas artes.

En efecto (y es observación que inspira lamentables reflexiones), la Italia era el país en que habían hecho más progresos los conocimientos humanos, la literatura, la industria, todas las artes de la vida civil y social, todos los adelantos intelectuales: era la patria de Ariosto y de Miguel Ángel; era el país de la elegancia y del buen gusto, del saber y del genio; era el centro de la civilización. Mas por una deplorable fatalidad la antigua cuna de los Escipiones y de los Escévolas lo era ahora de Maquiavelo y de César Borgia. La sensualidad, el egoísmo, la inmoralidad más refinada habían reemplazado á las severas virtudes de sus mayores. El patriotismo había desaparecido, no había espíritu de nacionalidad, las instituciones políticas habían perdido su fuerza, dividida estaba en pequeños Estados envidiosos unos de otros, faltaba un centro de unión, y Roma, que podía haberlo sido, participaba por desgracia de la corrupción general. La Italia, en parte no sin fundamento, llamaba bárbaras á las otras naciones, como cuando Roma era la señora del mundo: mas ahora las naciones bárbaras hicieron presa y escarnio de la nación débil, y los guerreros de Europa se burlaban de los literatos y artistas de Italia. Y sin embargo, la nación oprimida civilizaba á las naciones opresoras.

El resultado material y político de aquellas alianzas y de aquellas guerras para España fué ganar el rey de Aragón en habilidad y sutileza á todos los príncipes, vencer las armas españolas á las de otras naciones, arrojar por tercera vez del suelo italiano á los franceses y quedar España dominando en Italia. Pero Luis de Francia y Fernando de España dejaron en aquellos países ancho campo abierto á las sangrientas rivalidades de sus sucesores Francisco I y Carlos V.

VI. Las conquistas de Aragón en Italia en este reinado no nos maravillan. Ya desde el siglo XIII había enseñado Pedro III el Grande á los aragoneses el camino de Sicilia y Alfonso V el Magnánimo á principios del XV les había franqueado la vía de Nápoles. Los reyes de Aragón habían sido ya soberanos de las dos Sicilias, y Fernando el Católico no hizo sino reconquistar lo que había sido patrimonio de sus mayores. Lo que nos asombra más es el ensanche que toma Castilla.

Castilla, concentrada en sí misma por espacio de siglos y siglos, la primera vez que rompe los límites naturales que la circunscriben es para extender su dominación á esa remotísima é ignorada parte del globo que se llamó América. La segunda vez que se arroja fuera de sí misma es para hacerse dueña de una gran porción de esa otra parte del orbe ya conocido que se nombra África. Franqueando primero el Océano y cruzando des-

pués el Mediterráneo, la bandera de los castillos y los leones, respetada ya en Europa, va á ondear con orgullo en América y en África. A los pocos años de haber sido arrojados los africanos del suelo español, les han sido arrancadas las mejores posesiones del suyo. La cruz que los sarracenos vieron brillar con asombro en el palacio árabe de Granada, la ven resplandecer á poco tiempo con espanto en los torreones y adarves de Mazalquivir, de Orán, de Bugía, de Argel, de Tremecén y de Trípoli.

El cardenal Cisneros rindiendo las fortificaciones de Orán nos trae á la imaginación la gran figura de Josué abatiendo los muros de Jericó. El sumo sacerdote español cruzando las aguas del Estrecho al frente de una armada cristiana, arengando á los soldados de la fe desde lo alto de una colina de África, orando en el santuario de Mazalquivir mientras las trompetas de los guerreros castellanos retumban por los valles y cerros de la costa berberisca, y marchando con la cruz en procesión solemne á tomar posesión de la plaza ganada á los sarracenos, representa al jefe del pueblo hebreo cruzando las aguas del Jordán, marchando por el desierto, haciendo celebrar la pascua á los soldados, llevando el arca santa y circundando al son de las trompetas la ciudad de los amalecitas hasta hacer desplomarse sus murallas. De uno á otro suceso mediaron treinta siglos: la mano que los dirigió era la misma.

Lo demás lo hizo el conde Pedro Navarro con los veteranos de Italia formados en la escuela del Gran Capitán. España enseñoreó las dos riberas opuestas del Mediterráneo, y las flotas españolas servían como de puente entre Europa y África.

El desastre de los Gelbes que atajó los progresos de las armas cristianas en Berbería, se debió á un imprudente arrebato de fogosidad de un noble y valeroso caudillo castellano. Faltó á don García de Toledo en los abrasados arenales de la isla africana la paciente parsimonia de Gonzalo de Córdoba en las frías lagunas del Garillano. Malogróse la conquista de África, por tener Fernando relegado en injusto destierro al Gran Capitán. Esta falta, hija de su carácter suspicaz y receloso, es una de las que no pueden perdonarse á Fernando de Aragón.

VII. Dominaba ya la monarquía castellano-aragonesa en los tres grandes continentes del globo, y aun había dentro de la Península española un diminuto reino, en otro tiempo grande, pero ahora punto casi imperceptible en la inmensa carta geográfica de las posesiones españolas, y que, sin embargo, estaba siendo un estorbo al complemento de la grande obra de la unidad. El pequeño reino de Navarra, enclavado entre Francia y España, francés por sus últimas relaciones y enlaces, pero español por su origen, por su lengua, por sus costumbres, por su situación geográfica, estaba destinado á refundirse tarde ó temprano en la gran monarquía española. La ley de la unidad tenía que cumplirse, y una combinación de circunstancias, de que supo aprovecharse hábilmente Fernando, vino en ayuda de la ley de la naturaleza en esta época de general reorganización de la sociedad española.

Imposible sería negar á Fernando el mérito de la destreza con que supo conducirse como político y como guerrero en la conquista de Navarra y en su incorporación á la corona de Castilla. Los compromisos en que

acertó á colocar á Juan de Albret para aprovecharse de sus ligerezas é imprevisiones, la habilidad con que hizo servir á sus planes los intereses de la Santa Liga, la oportunidad con que se valió de la jurisprudencia económico-política de aquel tiempo para legalizar su empresa con una bula pontificia, la astucia con que se manejó con los reyes de Francia y de Inglaterra, la política que usó con los mismos navarros confirmándoles sus fueros para atraerse sus voluntades, y nombrándose primero *depositario* para acabar por llamarse *rey* sin repugnancia de los sometidos, todo contribuyó á dar tal color de legitimidad á la conquista y á la incorporación, que su misma conciencia llegó á sentirse tranquila hasta en el artículo de la muerte, y aunque hubo reclamaciones posteriores y la cuestión se renovó muchas veces, nunca aquéllas pudieron fundarse en buen derecho, y Navarra quedó para siempre refundida en la corona de Castilla como una provincia española.

VIII. ¿Qué faltaba ya á España para alcanzar su unidad completa? Restaba sólo Portugal, esa joya en mal hora dejada arrancar en el siglo XII de la corona de Castilla. ¿Quedaba Portugal desmembrado de España por culpa de los Reyes Católicos? Con harto afán habían procurado ellos su reincorporación, empleando para ello la más sabia y discreta política; pero siempre la Providencia frustró sus nobles y patrióticos designios. Con este fin habían hecho el enlace de la princesa Isabel de Castilla con el príncipe don Alfonso de Portugal. La muerte prematura y trágica del príncipe portugués fué el primer obstáculo á los planes de unión de los monarcas españoles. A igual objeto se encaminó el segundo enlace de Isabel con el rey don Manuel de Portugal. Mas cuando ya estos dos esposos habían sido reconocidos por las cortes castellanas como herederos de la corona de Castilla, el desgraciado fallecimiento de la hija de los Reyes Católicos vino á llenar de amargura á su esposo y á sus padres, y de aflicción á los dos reinos. Quedaba, no obstante, para consuelo de todos el fruto de aquel matrimonio, el tierno príncipe don Miguel, en quien todos miraban con placer el símbolo de la completa y apetecida unidad de la gran monarquía española. Veíase realizado, aunque en lontananza, el pensamiento de los Reyes Católicos. Jurado estaba ya el príncipe en las cortes de Portugal, de Castilla y de Aragón, como sucesor y heredero legítimo de los tres reinos con universal beneplácito, cuando la Providencia se opuso otra vez al laudable intento de aquellos monarcas, llevando precozmente al cielo al tierno niño á quien tan halagüeño porvenir parecía estar reservado en la tierra. La voluntad divina contrarió en este punto la voluntad y los esfuerzos humanos, y Portugal quedó separado de Castilla, solo requisito que faltó al cumplimiento de la unidad española.

¿Deberá por esto desconfiarse de que se cumpla en España el destino que la geografía parece haber trazado á los pueblos? Creemos que no. Un monarca español hizo después por las armas lo que los Reyes Católicos no pudieron alcanzar por la política. Pero la unión de Portugal hecha con ejércitos no sirvió sino para perderle después, dejando más vivas las rivalidades y los odios entre los dos pueblos. Cuando pensamos en que Fernando é Isabel, conquistadores de Granada, de América, de África, de

Nápoles y de Navarra, no intentaron la conquista de Portugal por la violencia, sino la incorporación por los enlaces, parece que quisieron enseñar á las generaciones futuras el camino suave por donde algún día se deberá marchar al término de la unidad material y política de la Península española.

IX. Hasta aquí no hemos hecho sino bosquejar el inmenso ensanche que tomaron los dominios españoles, y las relaciones en que entró esta nación con el resto del mundo. Réstanos trazar en breves rasgos su trasformación interior en los diversos elementos que constituyen la vida social de un pueblo.

Convertir en sumisa y dócil una nobleza turbulenta y procaz, hacer de magnates rebeldes auxiliares fieles del trono, volver el mejor ornamento de la majestad á los que antes más la habían escarnecido, reducir aquellos guerreros díscolos á generales obedientes, trocar en celosos servidores del Estado y de la autoridad real á tantos soberbios reyezuelos, lograr que señores tan opulentos y avaros consintieran resignados, ya que no gustosos, en la revocación de las mercedes que los privaba de tan pingües rentas, cercenar á los orgullosos próceres añejos privilegios sin excitar turbaciones, celebrar cortes con sólo el estado llano sin reclamación de la clase aristocrática, alcanzar que muchos de aquellos altivos señores de vasallos dejaran los alcázares por las aulas, y prefirieran los grados académicos á los viejos pergaminos, la toga á la espada, y las tranquilas glorias literarias á los ensangrentados laureles de los combates; fué una de las grandes obras de Fernando é Isabel, que pareció milagrosa, y fué debida á su prudente mezcla de dulzura y de severidad, de templanza y de rigor, de premio y de castigo. Muerta Isabel, una parte de aquella nobleza quiso recobrar con las armas su cercenada opulencia y sus menguados privilegios, pero sujetóla Fernando con brazo fuerte; la mano de hierro de Cisneros la tuvo después enfrenada, y antes que ceder á sus pretensiones prefirió el adusto regente entregarla al despotismo de Carlos V.

Isabel necesitó apoyarse en el estado llano para robustecer la autoridad del trono, la mayor necesidad que habían dejado los débiles y corrompidos monarcas que la habían precedido, pero lo hizo con mesura. No convirtió la clase humilde en clase privilegiada, pero abrió al mérito, al talento y á la virtud los caminos de las riquezas y de los honores. Los hombres del pueblo podían llegar, y llegaron á ser doctores de las universidades, magistrados, consejeros, generales y obispos. Las leyes mantenían separadas las clases, pero el mérito podía nivelar á los individuos. Cuando se vió á un hombre del pueblo, pobre fraile mendicante, ser llamado al confesonario de la reina, y ensalzado después á la silla primada de España, reservada siempre á eclesiásticos de noble alcurnia, y que acababa de dejar un prelado de la más alta aristocracia de Castilla, se comprendió que no había puesto á que no pudieran arribar el talento y la virtud. Este hombre no ciñó la corona regia, porque no podía, pero llegó á ser regente del reino, nombrado por un monarca descendiente de treinta reyes; cosa desoída en los anales españoles.

Mientras en otras naciones de Europa se levantaba la fuerte muralla del despotismo, en lo cual nos precedieron, como nosotros las habíamos

precedido en el establecimiento de las libertades públicas, en España se respetaban los fueros populares, las cortes eran llamadas á hacer las leyes, y más de una vez, con aquiescencia de la nobleza, se reunió solo el estamento popular. El mismo Fernando, menos adicto que Isabel á estas reuniones, nunca se negó á congregarlas, ni dejó de someterse á sus prerrogativas. Si en los años del reinado de Isabel fueron convocadas con alguna menos frecuencia y se publicaron pragmáticas sin el concurso de los estamentos, el pueblo descansaba en la justicia de su reina, y descansaba porque veía que iban encaminadas al bien público. Tan pronto como el cetro de Castilla pasó á manos de don Felipe y doña Juana, las cortes de Valladolid pidieron que no se hiciesen ni se renovasen leyes sino en cortes. Faltó al pueblo la confianza, y reclamó sus derechos.

La administración de justicia recibió una mejora incalculable con el establecimiento y organización de las chancillerías. La creación de los diferentes consejos fué la primera aplicación del fecundo principio de la división del trabajo á la ciencia de gobierno. Las consideraciones y recompensas dadas á los jurisconsultos y letrados crearon una clase media honrosa y acomodada, en que se confundieron las jerarquías; ya no se desdeñaban los nobles de descender al estudio, nuevo para ellos, de la legislación, y á ganar los honores de la magistratura, y los hombres del pueblo se estimulaban á subir á la elevada posición de magistrados, si otro estímulo hubieran podido necesitar que el de ver á la reina presidiendo los tribunales. Las ordenanzas reales de Montalvo y las pragmáticas de Ramírez manifiestan la solicitud de aquella gran reina por perfeccionar en lo posible y dar unidad á la embrollada legislación de Castilla, y lástima grande fué que no pudiera realizarse su pensamiento de hacer una general compilación de todas las leyes y reducirlas á un solo código. El gran número de las que se insertaron en la Recopilación que dos reinados más adelante se hizo, demuestra con cuánto acierto habían los Reyes Católicos acomodado sus providencias á las necesidades de actualidad, y aun á las que empezaban á nacer del espíritu de la época.

Lo que influyó la prodigiosa multitud de ordenanzas, pragmáticas y provisiones de los Reyes Católicos en el restablecimiento del orden público, en el acrecimiento de las rentas de la corona, en la economía de los gastos del Estado, en el fomento de la agricultura, de la industria, del comercio, de todas las fuentes de la riqueza pública, en la moralidad de las costumbres, en la instrucción y cultura del pueblo, en la navegación, en la milicia, en todas las artes, lo dejamos ya expuesto en los capítulos que consagramos expresamente á estas materias en el precedente libro.

¿Tendremos necesidad de decir que en algunas medidas económicas de este reinado hubo menos acierto que celo, y que varias de las que se juzgaron más provechosas descubrió el tiempo haber sido graves errores económicos? Y sin embargo, muchas de las que más se censuran pueden bien disculparse, ya que no justificarse, con el espíritu de la época y con la práctica general de otras naciones. Si las leyes restrictivas servían más de embarazo que de desarrollo al comercio, no hay sino ver la colección de Estatutos de Inglaterra, de esa nación que marchó después á la cabeza de los adelantos mercantiles, y se hallarán muchas leyes de aquella épo-

ca, y aun de otras algo posteriores, tal vez más restrictivas que las de Fernando é Isabel. Si en las leyes de Toro se encuentra la perjudicial jurisprudencia de las vinculaciones y mayorazgos, causa del empobrecimiento del país y de la decadencia de la agricultura, compárese con la jurisprudencia feudal, mil veces más funesta, que se mantenía en otras naciones. Y en cambio de aquellos errores acaso ningún país en aquel tiempo tuvo una legislación en que se caracterizara tanto el espíritu de progreso como en la de España. La uniformidad de pesos y medidas en todo el reino, las providencias dirigidas á la extinción de los monopolios, las concesiones á extranjeros para estimularlos á domiciliarse en el país, las mejoras de caminos, canales, puertos y otras obras para facilitar las comunicaciones por tierra y por mar, el ornato público de las ciudades, todo mostraba la tendencia de los Reyes Católicos á avanzar por la vía del progreso social.

Por más que la expulsión de los judíos perjudicara á la industria y al comercio, no creemos deber contar esta medida entre los errores económicos de este reinado. No podía ocultarse al claro talento de Fernando é Isabel el daño y diminución que á la riqueza pública había de causar la proscripción en masa de aquella población industriosa. Lo que sin duda hicieron fué sacrificar á sabiendas los intereses temporales al pensamiento religioso que formaba la base del pensamiento político, y á este sacrificio los empujaba además la fuerza de la opinión y el espíritu del pueblo. Cuanto más que la expulsión de la raza hebrea no fué una medida exclusiva del gobierno de España. Arrojada fué también, y con mucha más crueldad, de Portugal, de Italia, de Francia y de Inglaterra. La diferencia está en que los judíos volvieron con el tiempo á ser admitidos y tolerados en otras naciones, y España les cerró sus puertas para siempre.

Mejor podría contarse entre los verdaderos errores económicos de que no se eximió la reina Isabel, si por otros medios no le hubiera hecho provechoso, el afán de las leyes suntuarias para la reforma del lujo, providencias que ó no surtían efecto ni remediaban nunca el mal, ó producían otro mayor y no menos contrario á la intención del legislador, ya dando un valor artificial y más elevado á los objetos prohibidos, ya haciendo que los hombres buscaran otro campo en que hacer esos alardes de ostentación y de vanidad á que es tan propensa la flaqueza humana.

En verdad el desmedido lujo que se había desarrollado en España en los siglos XIV y XV y que formaba tan lamentable contraste con la miseria pública de aquellos tiempos, exigía de necesidad ser contenido y reformado. El lector recordará el triste cuadro que en el capítulo XXIII del penúltimo libro presentamos del lujo escandaloso, loco y extravagante, que en los reinados de Enrique III, de Juan II y de Enrique IV se ostentaba en los trajes, en las mesas, en los espectáculos, en los festines, en las empresas caballerescas, en las bodas, en los bautizos, en las misas y hasta en los entierros: aquella profusión, aquellos dispendios, aquel desperdicio en los manjares, en las preseas y en las galas, en que se sacrificaba la fortuna ó la subsistencia de mil familias, ó al lucimiento de un día ó al vano deleite de algunas horas; lujo que naturalmente producía molicie y afeminación, relajación y corrupción en las costumbres, envidias y as-

piraciones inmoderadas en todas las clases, vicios y desarreglos en la corte y en las aldeas, miseria y penuria en el pueblo, apuros y descrédito en el gobierno, descontento, quejas y demasías en los gobernados.

Imposible era que no intentaran poner fuertes correctivos á tan inmoderado y pernicioso lujo monarcas tan económicos, tan sobrios y tan modestos como Fernando é Isabel: como Isabel, que vestía las camisas hiladas por su mano; como Fernando, que renovaba más de una vez las gastadas mangas de un mismo jubón. De aquí las varias pragmáticas y provisiones suntuarias expedidas en diversas épocas en Barcelona, en Segovia, en Burgos, en Sevilla, en Granada y en Madrid, sobre telas de seda, de oro y de brocado, sobre joyas, tocados y adornos en los trajes, en los espectáculos, en el menaje de las casas, sobre jaeces de caballos y su uso, sobre limitación de gastos en bodas, en bautizos, en estrenos de casas, en misas nuevas, en lutos y funerales, todas encaminadas á moderar la profusión, á corregir el despilfarro y á contener la loca vanidad de que nacían.

Si Fernando é Isabel se hubieran limitado á la promulgación de leyes suntuarias para la represión del desenfrenado lujo que hallaron dominando en todas las clases del reino, probablemente sus providencias hubieran sido tan ineficaces y tan infructuosas como todas las de igual índole de los reinados anteriores. Pero estos prudentes monarcas no se circunscribieron á publicar pragmáticas y leyes, sino que les dieron fuerza y vigor con el eficacísimo y saludable medio del ejemplo en sus propias personas. Isabel, sin faltar á la magnificencia que en ocasiones solemnes exigían, ó la dignidad real, ó el justo júbilo de los pueblos en los faustos acontecimientos, como las recepciones de los embajadores extranjeros (que en aquel tiempo, como cosa nueva, se hacían con gran ceremonia), los nacimientos y bodas de los príncipes, ó la celebridad de un hecho brillante y de gloria nacional, en su método ordinario de vida reducía sus gastos y los de su familia y palacio á lo que indispensablemente requería la calidad de las personas, á lo puramente decente y honesto. Indiferente al regalo, enemiga del boato y de la ostentación, los atavíos de su traje eran modestos y sencillos; y en las fiestas que se dieron á los embajadores franceses en Barcelona, ni ella ni sus damas estrenaron vestidos, y no se desdeñaban de confesar que se habían presentado con los mismos que les habían visto ya otros embajadores franceses. El gasto diario en la real casa era tan frugal que se sabe importaba la décima parte de la suma á que subió más adelante el de su nieto Carlos V. Quien estaba siempre dispuesta á empeñar sus ricas alhajas para la guerra de los moros, y para la empresa de Colón; quien las distribuía después entre sus hijas y las esposas de sus hijos cuando tomaban estado, harto mostraba su generoso desprendimiento, y el poco atractivo que tenían para ella estos signos de opulencia, de vanidad ó de lujo. Las damas de su corte seguían su ejemplo, y no era perdido para las demás clases, porque nunca es perdido el ejemplo que viene de lo alto.

Poco dada á distracciones y espectáculos, hizo cesar principalmente aquellos que además de una vana y dispendiosa ostentación se ejecutaban con cierta peligrosa ferocidad, como los torneos con arneses de guerra y

lanzas de puntas aceradas: y como las corridas de toros, de las cuales decía ella misma: *De los toros..... propuse con toda determinación de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran.* Lo que había de gastar en costosos espectáculos de mero recreo, lo invertía en la construcción de hospitales é iglesias, de colegios, caminos, puentes ó mercados.

A la severa parsimonia de los Reyes Católicos sucedió la dispendiosa etiqueta heredada de los duques de Borgoña, y la pomposa magnificencia de los príncipes de la casa de Austria; y las prudentes economías de Fernando é Isabel vinieron á ser un honroso, pero harto breve paréntesis, entre las locas prodigalidades de Enrique IV y las ceremoniosas profusiones de Carlos V. A los dos años de haber venido á España el austriaco, ya le suplicaban las cortes de Castilla «que ordenase su casa en la forma y manera que la habían tenido los Reyes Católicos, sus abuelos.»

X. Siendo el principio religioso el que unido al de independencia y libertad había inflamado el corazón de los españoles, y armado sus brazos y mantenido su maravillosa perseverancia para luchar sin cansarse por espacio de ocho siglos, naturalmente tenía que ser también el alma de la política y móvil de las acciones de unos monarcas que merecieron del jefe de la Iglesia el sobrenombre de *Católicos*, que trasmitieron á sus sucesores como una preciosa vinculación.

¿Correspondió siempre en Fernando al principio religioso la práctica de las virtudes cristianas? Al examinar, no ya sus acciones de hombre, que pudieran estar fuera de nuestra jurisdicción, sino sus actos de rey, la severidad histórica nos ha obligado más de una vez á ejercer una censura que no nos es grata, á vueltas de las muchas y bien merecidas alabanzas que con sincero placer hemos tributado al esposo de Isabel, como rey de Aragón y de Nápoles, y como regente de Castilla. Jamás en Isabel hemos dejado de hallar en perfecta armonía el principio religioso con el ejercicio práctico de las virtudes evangélicas en toda su extensión y sin mezcla de hipocresía.

Permítasenos aquí, siquiera nos expongamos á traspasar las atribuciones del historiador, dejar consignada una idea que mucho tiempo hace abrigamos. Al examinar la vida de Isabel desde su cuna de Madrigal hasta su sepulcro de Medina del Campo, y al ver que á la luz de la más escrupulosa investigación no se descubre un solo acto de su vida pública y privada que no sea de piedad y de virtud, sentimos de corazón que no nos sea dado añadir á tantos gloriosos títulos como podemos aplicarle, el más honroso y venerando de todos los timbres, y confesamos no comprender cómo no se halla el nombre de la reina Isabel de Castilla en la nómina de los escogidos, al lado de los de San Hermenegildo y San Fernando.

También el pueblo español conservaba puro el principio religioso. Mas con la creencia religiosa pueden por desgracia coexistir, por una parte la superstición y el fanatismo, por otra la relajación y licencia de las costumbres, y de todo había en el pueblo español al advenimiento de aquellos reyes. A morigerarle con las leyes y con el ejemplo propio se dirigieron los esfuerzos de los dos monarcas, principalmente de la reina Isabel, y de haberlo en gran parte conseguido hemos visto repetidas pruebas en la historia.

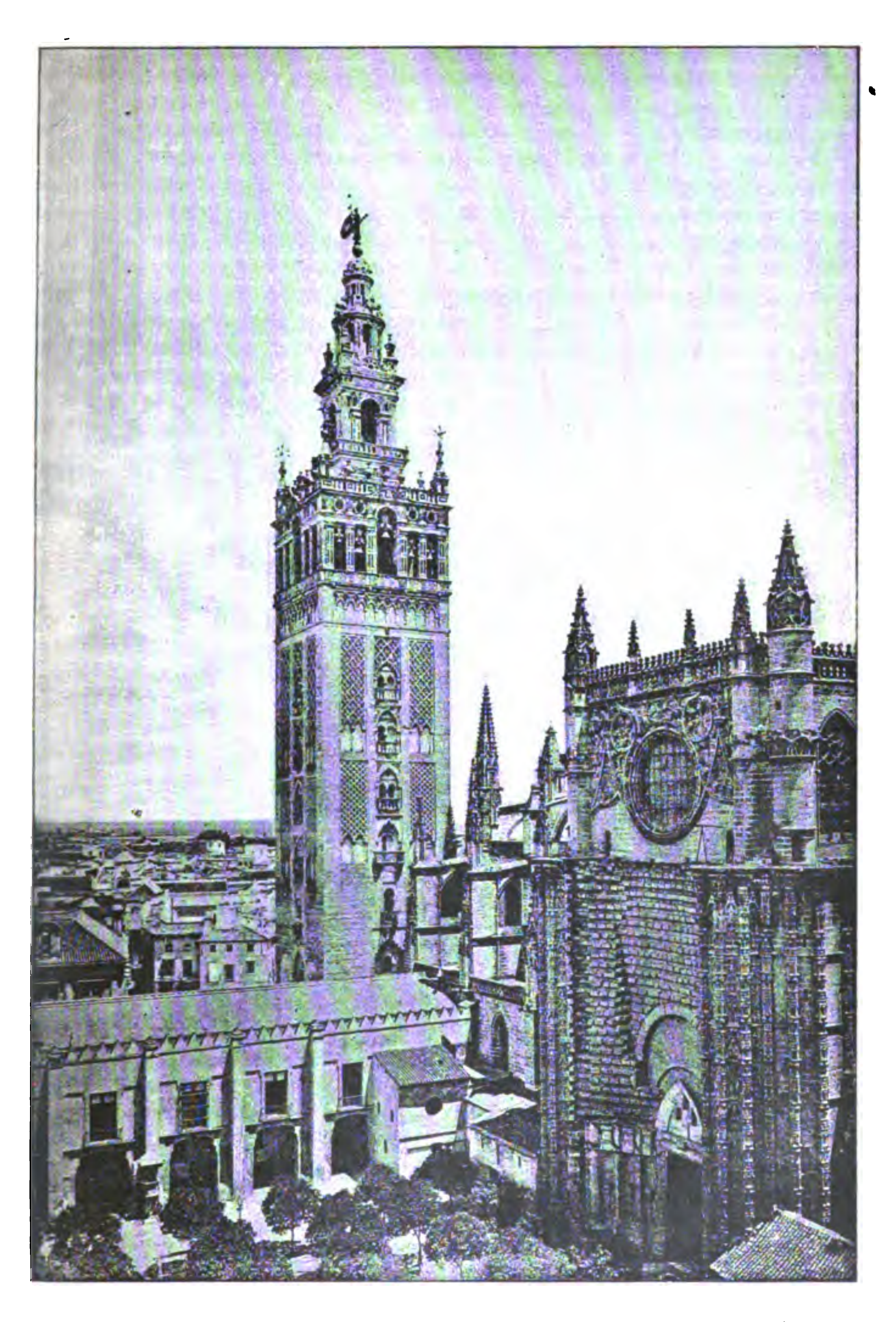
El clero, natural depositario de la fe, se había contaminado como las demás clases, y participaba de la general corrupción. Isabel, educada en las máximas de la más rígida moral, piadosa por inclinación y por sentimiento, sinceramente devota, severa en el cumplimiento de sus deberes religiosos de mujer y de reina, profundamente respetuosa de la dignidad del sacerdocio, protectora de los eclesiásticos virtuosos é ilustrados, á quienes buscaba y encumbraba, pero inexorable con los que empañaban con los vicios su alto ministerio, á los cuales corregía con dureza ó castigaba con rigor; dulce por carácter, pero enérgica por convicción y por deber, Isabel hizo de un clero disipado un clero ejemplar, y una mujer joven obró una revolución saludable en la Iglesia española, que no hubiera podido esperarse sino de un consumado pontífice. La reforma de las órdenes monásticas ejecutada por Isabel y por el virtuosísimo Cisneros, es una de las más bellas páginas de este reinado.

Nunca, sin embargo, consintieron los dos monarcas ni que el clero de España ni que la corte misma de Roma se intrusaran en las atribuciones de la potestad civil. Igualmente celosos ambos del mantenimiento de las regalías de la corona, igualmente cuidadosos de que nadie traspasara la conveniente línea divisoria del sacerdocio y el imperio, y de que se diera á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, en cuantas ocasiones observaban ó actos ó aspiraciones en la Santa Sede con tendencia á menoscabar el regio patronato de la Iglesia española, ó á invadir el terreno de los poderes temporales, jamás dejaron de oponerse con igual firmeza y energía. Con la misma resolución en este punto, la diferencia entre Fernando é Isabel solía estar sólo en la forma de la manifestación según la condición de sus genios. Isabel resistía las pretensiones del pontífice con entereza, pero con respetuosa dignidad; el vigor de Fernando degeneraba en casos dados en dureza. Isabel, defendiendo su prerrogativa en el negocio del obispado de Cuenca, y siendo sus reclamaciones desestimadas por la Santa Sede, prescribía á sus súbditos que saliesen de Roma, y ordenaba al legado pontificio que evacuase la España: Fernando, ofendido del pontífice en el negocio de la cava, mandaba al virrey de Nápoles que hiciera enforcar al cursor del Papa (1).

Con estas ideas parece extrañarse más que los Reyes Católicos fuesen los fundadores de la Inquisición, y los expulsadores de los judíos y los moriscos, esto último contra lo pactado en solemnes capitulaciones. Ciertamente sería más consolador no tener que mencionar tales actos que haber de buscar razones para excusarlos en lo posible. «Mas con el principio religioso, decíamos poco há, pueden por desgracia coexistir la superstición y el fanatismo.»

«Apresurémonos, dijimos en nuestro Discurso preliminar, á hacer la Inquisición obra del siglo, producto de las ideas que había dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los más prudentes y santos, de la piedad misma

(1) Véanse sobre estos puntos los capítulos II y X del libro precedente, y el apéndice correspondiente.



CATEDRAL DE SEVILLA Y LA GIRALDA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto aquel genio, que en lo demás había logrado dominar al siglo. Quiso sin duda hacer una institución benéfica, y levantó, contra su intención, un tribunal de exterminio.» No olvidemos, añadimos ahora, que diez años antes de subir al trono Isabel de Castilla el pensamiento de la creación de un tribunal inquisitorial era ya una idea popular en el reino, y se hizo una tentativa para establecerle. El haberse visto envuelta y arrastrada por el torrente de una opinión, podrá ser una lamentable desgracia, mas nunca será un crimen.

De la proscripción de la raza judaica hemos dicho lo bastante en el número IX de estas consideraciones.

¿Entró en la intención de los Reyes Católicos faltar á lo capitulado en la Vega de Granada, bautizando por fuerza á los moros rendidos y arrojándolos del suelo español? No hay sino recordar aquellas palabras que les dirigían desde Sevilla. «Sepades que nos es fecha relacion que algunos vos han dicho que nuestra voluntad era de vos mandar tornar é haceros por fuerza cristianos: é porque nuestra voluntad nunca fué, ha sido, ni es que ningun moro torne cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos é prometemos por nuestra fe é palabra real, que no habemos de consentir dar logar á que ningun moro por fuerza torne cristiano: é Nos queremos que los moros nuestros vasallos sean asegurados é mantenidos en toda justicia como vasallos é servidores nuestros.» «Sed ciertos, les repetía Isabel en otra carta, que el Rey mi Señor é Yo vos mandaremos tener en justicia é paz é sosiego, é si necesario es, de nuevo por esta mi carta os aseguro por esta mi fe é palabra real que el Rey mi Señor é Yo no consentiremos ni daremos logar que ninguno de vosotros ni vuestras mujeres é fijos é nietos sean tornados cristianos por fuerza contra sus voluntades, antes queremos é es nuestra merced que seais y sean guardados é mantenidos en toda justicia como buenos vasallos nuestros, segun que en la dicha carta del Rey mi Señor é mia es contenido.»

¿Cómo se concilia con tanta piedad, con tan solemnes palabras, y con tan humanos y generosos sentimientos, el quebrantamiento de la capitulación, los bautismos forzosos y la ruda expulsión de los moriscos? Si tal vez estos mismos no fueron los primeros á romper las condiciones del pacto rebelándose contra sus nuevos señores, así les fué persuadido á Fernando é Isabel. La exaltación de los ánimos, consecuencia de una guerra porfiada, hizo lo demás.

Si el fanatismo tuvo parte en aquellas crueles medidas, ¿será cosa que deba asombrarnos? Todavía á fines del siglo XVI un obispo español (el de Orihuela), comentando los libros de los Macabeos, escribía y enseñaba que cualquiera podía quitar impunemente la vida á los herejes, infieles y renegados; que los reyes de España debían exterminar á los moros, ó á lo menos echarlos de sus dominios; ponía en cuestión si los hijos podían asesinar á sus padres herejes ó idólatras, y tenía por lícito y corriente hacerlo con los hermanos, y aún con los hijos. Si un prelado tenía estas ideas y enseñaba estas máximas á fines del siglo XVI, ¿cuántos las tendrían y enseñarían á principios del mismo siglo?

Sepamos hacer apreciación de las ideas y del espíritu de cada época.

XI. Hácense á los españoles y á sus reyes, á la nación en general, dos gravísimos cargos, uno moral, otro económico, sobre una materia en que si bien los mayores abusos y errores se refieren á los reinados siguientes, indudablemente tuvieron principio en el de los Reyes Católicos, á saber; las crueldades cometidas por los españoles con los habitantes del Nuevo Mundo, y su funesto sistema de administración colonial.

Hay por desgracia en el primer cargo una buena parte de verdad, pero hay también por fortuna una buena parte de exageración. ¿Cómo hemos de negar que los españoles no trataron á los indios con la consideración que la humanidad, la religión y hasta su interés propio les prescribían, y que en vez de conducirse con ellos como civilizadores benéficos se condujeron como rudos conquistadores? Desgraciadamente se aunaron para esto las dos pasiones que endurecen más el corazón humano, el fanatismo y la codicia; el fanatismo engendrado por la lucha religiosa de tantos siglos, y la codicia excitada por las riquezas mismas de aquel suelo. La idea fatal, entonces muy común, de que era lícito disponer de las vidas de los infieles, y la sed de oro que aquejaba á los aventureros que iban á la conquista del Nuevo Mundo, los concitaba á hacer de los desgraciados indígenas meros instrumentos de explotación para su enriquecimiento. Esto es verdad, aunque verdad que está muy lejos de poder ser aplicada á los españoles solos. Pero también lo es que el tiempo ha venido á patentizar hasta qué punto se han abultado los excesos y demasías de los españoles en las regiones del Nuevo Mundo. No hay ya hombre de sano criterio que no considere como evidentemente exageradas las terroríficas relaciones de crímenes, el espantoso catálogo de horrores y las declamaciones hiperbólicas del célebre Fr. Bartolomé de las Casas y de los misioneros dominicos; de aquellos dominicos que después de haber encendido en España las hogueras de la Inquisición, se constituyeron en América en apóstoles de la humanidad, desplegando allá una especie de fanatismo humanitario en favor de los infieles del Nuevo Mundo, casi tan extremado como había sido aquí su fanatismo religioso contra los infieles del Mundo antiguo. Las relaciones del padre Las Casas han sido el arsenal de donde los escritores extranjeros han tomado las armas con que tan sin piedad nos han herido; y los accesorios horribles con que el religioso español creyó deber sobrecargar su historia, tal vez buscando por la exageración el remedio, han hecho más daño á la fama de los conquistadores de América que el fondo de verdad que hubiera en sus excesos.

Sabido es sin embargo y confesado por todos, incluso el mismo historiador dominicano, que aquellas demasías y crueldades no comenzaron sino después del infausto suceso de la muerte de la reina Isabel. Mientras vivió esta magnánima reina, los naturales de la India tuvieron en ella una amiga constante y una protectora eficaz. Siendo todo su afán la civilización de los habitantes del Nuevo Mundo por la doctrina humanitaria del Evangelio, y su propósito el de hacer de los indios ciudadanos españoles y no siervos, súbditos y no esclavos, jamás salió de su boca ni palabra, ni ordenanza, ni ley, sino para mandar que los colonos de América fueran tratados con la mayor dulzura y consideración; hasta en sus últimos momentos se acordó de sus infelices indios, y al despedirse del mundo les

dirigió su postrera mirada de piedad, que para gloria suya quedó consignada en su testamento. Hay motivos para creer que al mismo Fernando se le ocultaron los excesos que comenzaron después. El regente Cisneros quiso ya remediarlos y mejorar la condición de los indios. ¿Pero era fácil á tan inmensa distancia?

El segundo cargo encierra también una grande y triste verdad. España no supo aprovecharse de las inmensas riquezas con que la brindaba la posesión de las feracísimas é ilimitadas regiones conquistadas por Colón y sus sucesores. Mejor diremos que tuvo el funesto don de empobrecerse con la superabundancia de la riqueza. Como un arroyuelo primero, y como un copioso río después, venía el oro y la plata de las fecundísimas minas de aquellas colonias. Inundando la España estos preciosos metales y estancándose en su seno como una laguna sin desagüe, la nación, al parecer, más rica de Europa, padecía una especie de plétora que la mataba, y se encontró pobre en medio de la opulencia, como el avaro rey de la fábula.

Creyendo los españoles, como entonces se creía comunmente, que la mayor riqueza de un país consiste en la mayor abundancia de oro, descuidaron la riqueza positiva que tenían en la superficie de la tierra, y la iban á buscar en sus entrañas; sacaban de los subterráneos la plata y el oro, y los hombres quedaban sepultados en los subterráneos, ocupando el hueco de los metales que se extraían.

Veían que cuanto más abundaban el oro y la plata subían más los precios de los artículos de consumo, de los artefactos y de la mano de obra, y aun no comprendían que era menester dar salida al metal que los ahogaba, derramarle por Europa bajo todas las formas, en moneda, en muebles, en adornos y utensilios, y abrir en el mundo entero un vasto mercado en que consumir el sobrante de su oro y de su plata como una primera materia, de que hubieran podido hacer un monopolio inmensamente productivo. Al contrario, aplicando á los metales las fatales leyes restrictivas heredadas de sus abuelos, como á todos los demás productos. siguió prohibiéndose la extracción de oro y de plata lo mismo que en los tiempos en que su escasez pudo haber hecho conveniente la prohibición. En la ciencia económica, como en otras ciencias, un error engendra otro error. Y aplicando á las producciones y á las manufacturas para abaratarlas el mismo sistema prohibitivo, sucedía que no extrayéndose de España ni su oro ni sus productos indígenas, en vez de los remedios que buscaban, aumentaban los males: el valor del oro, que había de crecer, disminuía, y el de las mercancías, que había de abaratar, iba creciendo. De aquí la extinción de la actividad industrial, viniendo á ser la Península tributaria de la industria extranjera. Sólo el interés individual buscaba instintiva y clandestinamente el equilibrio de la balanza mercantil, y el contrabando del dinero suplía en parte lo que no hacían las leyes. Ni aun siquiera se supo establecer el oportuno comercio de cambio entre la metrópoli y las colonias, entre las producciones naturales é industriales del nuevo y del antiguo mundo, que por mucho tiempo hubiera podido monopolizar España.

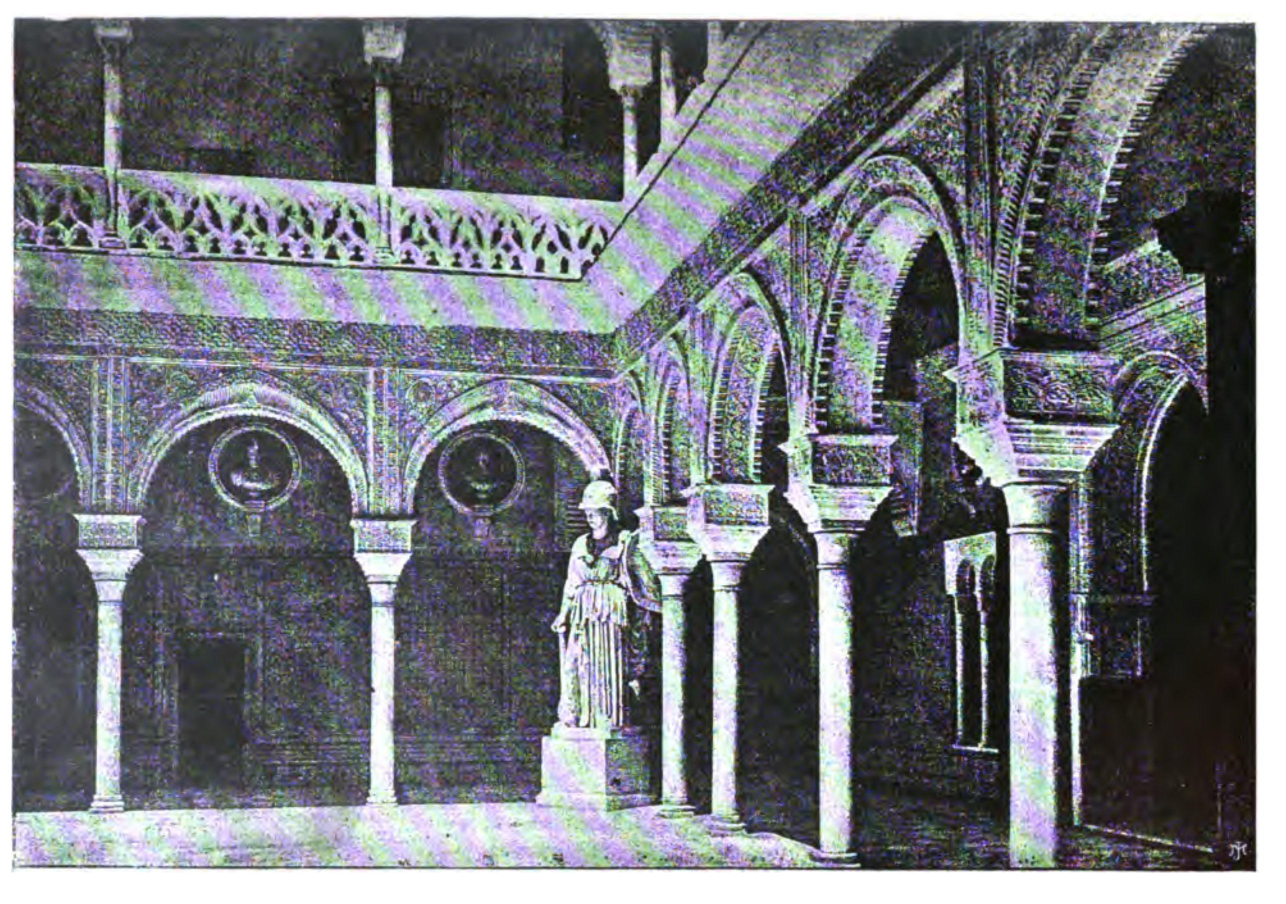
¿Culparemos á Fernando é Isabel de estos errores económicos?

En primer lugar, Isabel, con noble corazón y con miras más altas que el interés y las ganancias materiales, había cuidado más de civilizar los indios que de explotar su suelo. En segundo lugar, Isabel, en los doce años que mediaron entre el descubrimiento de América y su muerte, harto hizo en procurar que los habitantes de las nuevas regiones participaran de la cultura, de los productos, de las artes y de las comodidades de la metrópoli, trasportando para aclimatar en aquel suelo las semillas alimenticias y los vegetales más preciosos de España, el trigo, el arroz, el lino, el cáñamo, el olivo y la viña; los animales que sirven de sustento al hombre, como las aves, el ganado de cerda, el lanar y el cabrío, y los que le ayudan al trabajo y laboreo de la tierra, como el buey, el asno y el caballo. Después de la muerte de la reina fué cuando se empezó á cuidar menos del fomento y prosperidad de las colonias que de satisfacer la codicia de los pobladores castellanos, y de traer á la Península cuanto oro y plata se pudiese, de cualquier modo y sin reparar en los medios. No estamos lejos de calificar de un error nacido de la mejor intención de Isabel el haber dejado en herencia á su esposo la mitad de las rentas de Indias, que pudo ser un estímulo á la codicia de Fernando para hacer subir cuanto pudiese sus productos. Después fué cuando se reprodujo bajo el modesto nombre de encomiendas el sistema fatal de los repartimientos de indios que Isabel había desaprobado, y que fué una de las mayores causas de la despoblación de aquellos fértiles países, de la degradación y la ruina de sus naturales, de los malos tratamientos y crueldades de los españoles y del odio que contra éstos se fué engendrando.

Pero dado que los monarcas erraran en el sistema de administración que impidió el desarrollo de la mutua prosperidad de la metrópoli y de las colonias, el error no era de ellos solos, era de todo el pueblo, era de las cortes mismas, que acostumbradas á las leyes restrictivas de épocas anteriores, que constituían una especie de educación popular y tradicional, seguían proponiendo y abogando siempre por las medidas prohibitivas, y dos años después de la muerte de Fernando, las cortes de Valladolid, deplorando la subida diaria de los precios de los productos y artefactos de Castilla, y atribuyendo este mal á las remesas que se hacían á América, proponían como único remedio la prohibición de las exportaciones.

Tenemos, no obstante, dos observaciones que hacer, no en justificación, pero sí en disculpa de los errores y desaciertos de los reyes y del pueblo español en este reinado. Es la primera la ignorancia de los verdaderos y más sencillos principios de economía política que generalmente había en aquel tiempo en todas las naciones. Hay verdades que hoy nos parecen muy palmarias, y que sin embargo tardaron en descubrirlas los hombres; tales son las de la ciencia económica, creación que podemos llamar de ayer, y que aun dista mucho de haber llegado á su perfección. El sistema restrictivo era el sistema de la edad media en toda Europa, y todo el mundo creía entonces que la mayor riqueza de una nación consistía en la mayor masa ó suma de oro que poseyera. ¿Será, pues, justo asombrarnos de que lo creyera también la España?

Es la segunda, que los errores del sistema de administración colonial no hicieron sino comenzar en el reinado de los Reyes Católicos. El descu-



PATIO DE LA CASA LLAMADA DE PILATOS (SEVILLA).—COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA

y cardenal, lumbrera de la nación como literato y como político, á quien llamaron, sin que el paralelo rebajara el mérito de dos grandes príncipes, *el tercer rey de España;* y un Jiménez de Cisneros, religioso, confesor, reformador, prelado, cardenal y regente, grande en la virtud, grande en el talento, grande en la ciencia, grande en la política, grande en la guerra, grande en el gobierno, grande y eminente en todo.

La nueva política inaugurada en aquel tiempo, ¿requería el empleo y cooperación de diplomáticos diestros y astutos, dotados de dignidad, de firmeza y de energía, que sacaran á salvo los intereses de España de las complicaciones europeas? Pues España tuvo embajadores acomodaticios y pacientes como Alonso de Silva, que sabía sufrir y disimular los ásperos tratamientos de una corte extranjera, mientras así convenía al servicio de su rey; enérgicos y duros como Antonio de Fonseca, que tenía espíritu y valor para hacer trizas un tratado original á presencia del rey de Francia, y encomendar á la decisión de las armas la cuestión de las dos naciones: vigorosos y discretos como Garcilaso de la Vega, que supiera manejar los negocios de Roma é interesar al pontífice en favor de España sin comprometerse él mismo: firmes y enérgicos como el conde de Tendilla y Diego López de Haro, que sostenían con entereza las regalías de la corona: políticos y mañosos como Francisco de Rojas, que sabía reconciliar á las dos más enemigas y más poderosas familias de Italia, y hacerlas trabajar unidas en favor de la causa española: prudentes y entendidos como Juan de Albión y Pedro de Urrea, que sabían conducir maravillosamente los tratos de relaciones y enlaces de las familias reinantes de Austria, Inglaterra y España: ladinos y reservados como Lorenzo Suárez de Figueroa, alma de la Santa Liga, que supo terminar una confederación de cinco potencias, sin que se apercibiera de ello el astuto Felipe de Comines. Merced á tan diestros auxiliares diplomáticos pudo Fernando manejarse tan hábilmente con los papas Alejandro VI y Julio II, con los reyes de Francia Carlos VIII y Luis XII, con Maximiliano de Austria, con Enrique de Inglaterra, con Venecia y los Estados italianos, que más de una vez los envolvió á todos.

Si Isabel deseaba ordenar y mejorar la legislación de Castilla, encontraba jurisconsultos y compiladores como Montalvo y Ramírez, que ejecutaran en vida su pensamiento, y letrados como Galíndez de Carvajal, á quienes dejar encomendada la obra de la recopilación después de su muerte.

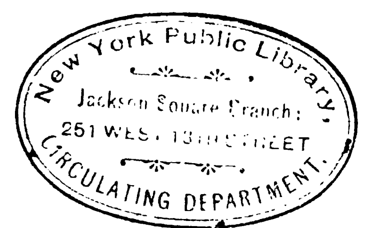
¿Proponíase Isabel el fomento y progreso de las ciencias, de la literatura, del idioma, de las artes, en todos los ramos de la cultura intelectual? Bien cumplidos pudieron quedar sus deseos, y bien puede llamarse siglo literario el en que florecieron Cisneros, Mendoza, Talavera, Lebrija, Oviedo, Palencia, Valera, Pulgar, Almela, Ayora, Oliva, Vergara, Manrique, Bernáldez, San Pedro, López de Haro, Montoro, Cota, Rojas, Encina, Naharro, Peñalosa, Santaella, Villalobos, Torres, y tantos otros con que podríamos aumentar largamente la nómina empezada aquí sin el cuidado del orden y arrojada como á granel, de varones doctos y eruditos en teología, en jurisprudencia, en historia, en medicina, en astronomía, en historia natural, en matemáticas, en poesía lírica y dramática, en idiomas, en música, en casi todos los conocimientos humanos.



hec tue obtulim⁹ maiestati. P.
In die natiuitatis beate marie.
Au Offici.
deam⁹ omēs
in dño. diē fe
stum celebran
tes sub hono
re marie uirgi
nis: de cuius natiuitate gaudent an-
geli: et collaudant filium dei. V. Ma
gnus dñs ⁊ laudabilis nimis: in ci
uitate dei nřī in monte sancto eius.
Upplica- Oro. Glorī.
tionē seruorū tuorū
deus miserator exaudi: ut q̄ i
natiuitate dei genitrīcis et uirgi
nis marie congregamur: eiu⁹

Copia de una página del llamado MISAL RICO, usado por el cardenal Cisneros

Este misal, que se conserva en la Biblioteca Nacional, consta de siete tomos, y en su iluminación invirtieron tres pintores quince años. — La miniatura mide 41 centímetros en su mayor longitud.



Era una mujer la que se sentaba en el trono y la que apetecía y fomentaba la ilustración, y las mujeres respondieron al ejemplo y al impulso de su reina, y lucieron como estrellas en el horizonte español damas tan eruditas como doña Beatriz de Galindo, la *Latina*, que tuvo la alta honra de ser maestra de su soberana; como doña Lucía de Medrano, que enseñaba los clásicos en Salamanca; como doña Francisca de Lebrija, que daba lecciones de retórica en las aulas de Alcalá; como doña María de Mendoza, notable por su instrucción en las lenguas sabias; y como doña María Pacheco, que en el reinado de Isabel la Católica sobresalía por su erudición, y en el de Carlos V había de admirar por su heroísmo en defensa de las libertades castellanas, como esposa y como viuda del célebre é infortunado Juan de Padilla.

Por si no bastaban los ingenios españoles para obrar tan universal regeneración, venían de otros países y se apegaban al suelo de España, atraídos por la grandeza y liberalidad de Isabel como por una fuerza magnética, ó se identificaban allá como movidos por un impulso mágico con la nación española, y trabajaban por su prosperidad y engrandecimiento. Así ayudaron en Italia á los triunfos memorables del Gran Capitán guerreros tan distinguidos como los Colonas y los Ursinos, familias rivales que se aunaban para ayudar á la victoria gloriosa del Garillano. Así vinieron á ilustrar la España y á naturalizarse en ella hombres tan doctos y esclarecidos como Lucio Marineo, el autor de las *Cosas memorables;* como Pedro Mártir de Angleria, el maestro general de la juventud y de la nobleza castellana; como los hermanos Antonio y Alejandro Geraldino, directores de la enseñanza y educación de la princesa y de las infantas de Castilla. Así vinieron á ensanchar ilimitadamente los límites de España y á convertirse en españoles, navegantes aventureros como el inmortal genovés que descubrió el Nuevo Mundo, y como el afortunado florentino que le dió su nombre.

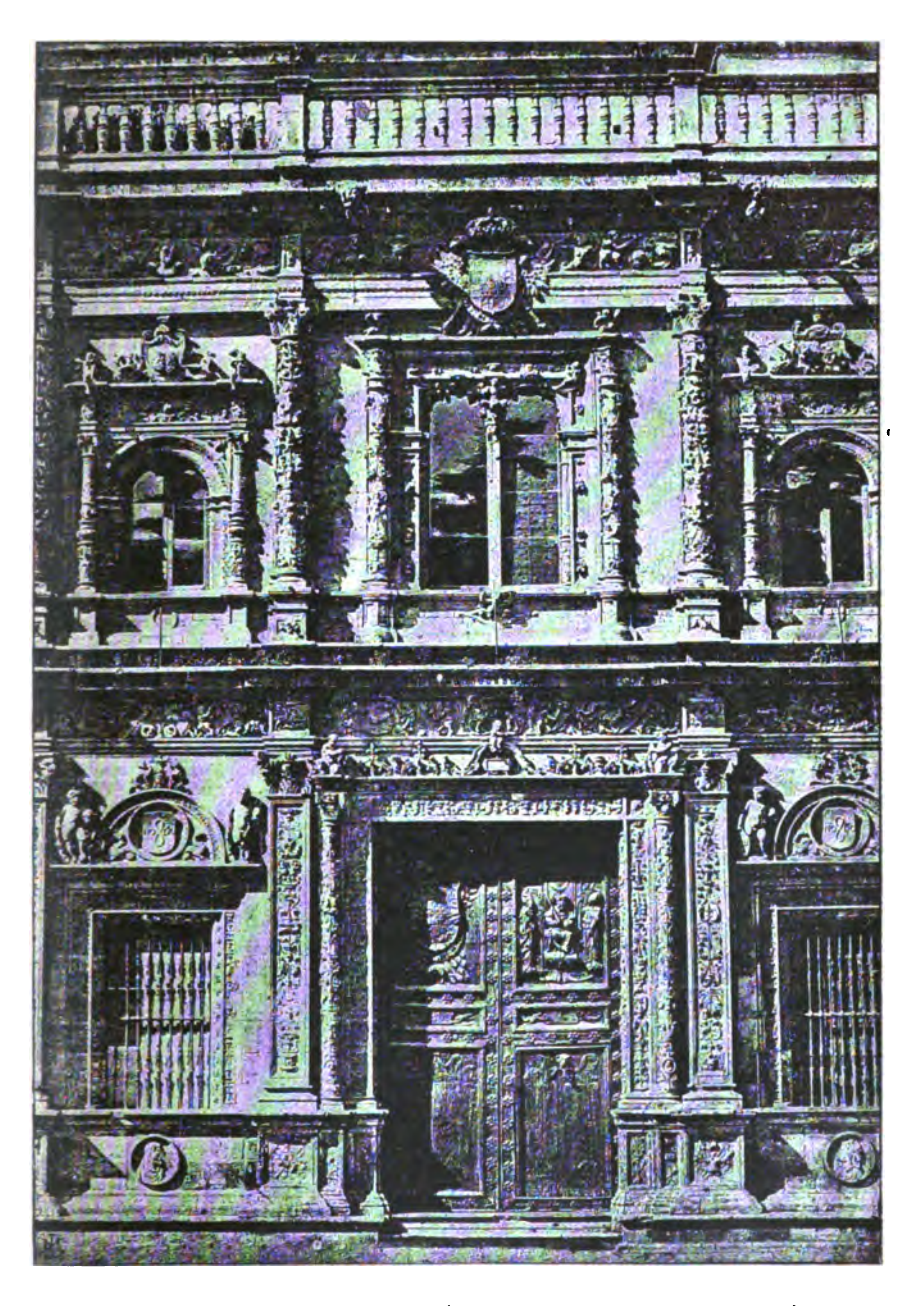
Bien decíamos que Fernando é Isabel parecía poseer el don singular de hacer brotar del suelo español los hombres eminentes que necesitaban para sus grandes fines, y el de atraer como un imán los ingenios de otros países que más pudieran convenir á sus designios.

No se condujeron de la misma manera los dos monarcas con los grandes hombres que ilustraron y engrandecieron su reinado. Todos hallaron una constante, decidida y generosa protectora en Isabel. Murió la reina, y Fernando dejó perecer casi en la mendicidad á Colón que le había regalado un mundo; dejó morir en el destierro á Gonzalo de Córdoba que le había dado un reino, y dió no poco graves disgustos á Cisneros, los tres hombres más insignes entre los muchos hombres insignes de aquel reinado. Cisneros sobrevivió á los disgustos del Rey Católico para recibir el último golpe de la mano de su nieto.

XIII. Hasta ahora hemos asistido al grandioso espectáculo de un pueblo que se recobra, que se reorganiza, que crece, que se moraliza y se ilustra, que conquista y se ensancha, que se dilata á inmensas regiones, que domina en las tres partes del mundo, todo bajo el influjo poderoso de una reina virtuosa y prudente y de un rey astuto y político. Por una fatal combinación de circunstancias, á la benéfica y discreta reina de Cas-

tilla y al experto y sagaz monarca de Aragón, sucede en el trono de Castilla y Aragón una princesa que tiene perturbada la razón y lastimadas sus facultades mentales. Para suplir esta incapacidad intelectual, la necesidad obliga á traer á España y ceñir la múltiple corona de tantos reinos á un joven príncipe nacido en extraña tierra, y que nunca ha pisado el suelo español. Así, como dijimos en nuestro Discurso preliminar, «cuando la trabajosa restauración de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una administración sabia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha extendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroísmo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragón, pasa íntegra á manos de Carlos de Austria.»

Por primera vez viene un extranjero á reinar en España, y la que era madre y señora de imperios sin límites, va á ser por muchos años como una provincia de otro imperio. España regenerada va á entrar en una nueva era social, y comienza la edad moderna.



CASA AYUNTAMIENTO DE SEVILLA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

PARTE TERCERA

EDAD MODERNA

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

DIFICULTADES PARA LA JURA DE CARLOS I.—*De* 1517 *á* 1519

Entrada de Carlos en Valladolid.—Cortes.—Firme y digna actitud de los procuradores. —Condiciones que le ponen para la jura.—Cláusulas del juramento.—Peticiones notables de las cortes.—Grave descontento de los castellanos con el nuevo rey, y sus causas.—El infante don Fernando es enviado á Flandes.—Pasa Carlos á Aragón. —Dificultades para su reconocimiento.—Es jurado en cortes.—Paz con Francia.—Triunfo de españoles en los Gelbes.—El rey en Cataluña.—Resistencia de los catalanes á reconocerle en vida de su madre.—Es al fin jurado como en Castilla y Aragón.

Dejamos en el último capítulo del anterior libro al joven príncipe-rey Carlos de Gante, recién venido á España, en el convento del Abrojo, esperando que se concluyeran los preparativos para su entrada pública en Valladolid. Hízola el 18 de noviembre (1517) con gran pompa, saliendo á recibirle su hermano el infante don Fernando, el condestable, el duque de Alba, el marqués de Villena, el conde de Benavente y otros muchos nobles castellanos. Aposentóse el rey en las casas de don Bernardino Pimentel, y agasajáronle con justas y torneos, en que tomó parte el mismo rey, joven entonces de diez y ocho años no cumplidos, y en que jugaron las lanzas tan de veras que algunos caballeros quedaron heridos y quebrantados, y otros tuvieron sus vidas en gran peligro.

Aunque Carlos había sido proclamado y se titulaba rey, faltábale el reconocimiento formal y solemne de las cortes, y el juramento mutuo que se acostumbraba á hacer en ellas en el principio de cada reinado. Bien hubieran querido los flamencos esquivar esta formalidad para ellos embarazosa é impertinente; mas como viesen á los castellanos resueltos á no renunciar á esta antigua y veneranda costumbre, expidióse en diciembre la convocatoria para enero del año próximo (1518). Lo que principalmente había que deliberar era, si se había de reconocer y alzar á Carlos por rey viviendo su madre doña Juana, reina legítima y propietaria, que era caso nuevo y desusado en Castilla, y si se le había de prestar juramento antes que él jurase guardar los capítulos de las anteriores cortes.

Congregados, pues, los procuradores de las ciudades en el convento de San Pablo de Valladolid (enero, 1518), desde la primera sesión preparatoria se mostraron altamente ofendidos los castellanos al ver que asistían como presidentes á nombre del rey, en unión con el obispo de Badajoz, don Pedro Ruiz de la Mota, y con el letrado don García de Padilla, dos consejeros flamencos, uno de ellos Sauvage, á quien Carlos había nombrado gran canciller de Castilla después de la muerte de Cisneros. Hízose intérprete del general disgusto el diputado por Burgos doctor Juan Zumel, hombre enérgico, vigoroso y firme, el cual protestó resueltamente á nombre de todos contra la asistencia de extranjeros á las cortes, diciendo que los naturales del reino lo recibían como agravio y afrenta, y de ello pidió testimonio. No intimidaron al digno diputado las conminaciones que al día siguiente le hizo el gran canciller flamenco; y como le reconviniese por andar induciendo á los procuradores á que no jurasen á Su Alteza hasta que él primeramente jurase guardar las libertades, privilegios, usos y buenas costumbres del reino, Zumel respondió con entereza que todo era verdad. Amenazóle entonces el canciller con que le haría prender como á deservidor del rey y como á reo incurso en pena de muerte y de confiscación de bienes, á lo cual el representante de Burgos replicó sin alterarse, que nada temía si se le hiciese justicia, y que tuviese por cierto que no sólo no sería Su Alteza jurado sin que él jurase primero lo susodicho, sino que el reino estaba resuelto á no permitir que Chievres y otros extranjeros le arrebatasen, como lo hacían, sus tesoros. Agrióse con esto la disputa, y se separaron desabridos y enconados.

Países-Bajos



JUANA Y CARLOS I

Movidos los demás procuradores, así por un sentimiento de dignidad propia, como por las excitaciones del valeroso burgalés, hicieron causa común, y formularon una petición al rey, exponiéndole lo que el reino quería y deseaba en el propio sentido en que había hablado el diputado por Burgos. Vencidas no pocas dificultades para entregarla al ministro Chievres, manifestó éste gran extrañeza de que se anticiparan á hacer peticiones al rey antes de saber lo que él les pensaba ordenar. «Bueno es, contestó á esto el enérgico Zumel, que S. A. esté advertido de lo que el reino quiere y desea, para que haciéndolo y observándolo se eviten contiendas y alteraciones.» Continuaron por unos días las conferencias, tratos y reuniones, ya de los diputados entre sí, ya de éstos con los ministros y consejeros de Carlos. Un día fué llamado Zumel solo á casa del canciller Sauvage; creyeron muchos que sería para prenderle, y se fueron hasta

la puerta de la cámara; pero redújose todo á un animado diálogo, en que el flamenco usó de ásperas palabras y de amenazas fuertes, y en que el castellano volvió á mostrar su inflexible entereza. Por último, después de muchas contestaciones y altercados entre unos y otros, al ver la vigorosa actitud de los representantes de Castilla, el rey se decidió á prestar el juramento tal como se le habían pedido.

Abierta la sesión regia (5 de febrero), y pronunciado que hubo el obispo de Badajoz un largo razonamiento sobre la vida y antecedentes del rey y sobre sus alianzas y relaciones con otros Estados, acto continuo los procuradores sin más responder le presentaron la fórmula del juramento. Carlos de Austria juró explícitamente guardar y mantener los fueros, usos y libertades de Castilla. Mas como pareciese esquivar otra de las cláusulas en que se contenía que no había de dar empleos ni oficios á extranjeros, el doctor Zumel insistió en que jurase también aquello en términos explícitos, á lo cual respondió el rey un tanto demudado: *esto juro*. Frase que no acabó de aquietar todavía á los procuradores, y que algunos tuvieron por ambigua, como si quisiese referirse á lo que antes había jurado, pero cuyo laconismo puede sin duda atribuirse á la dificultad que Carlos tenía en expresarse en lengua castellana. Con esto el domingo siguiente (7 de febrero) juráronle solemnemente todos los procuradores, prelados, grandes y caballeros del reino inclusos sus hermanos don Fernando y doña Leonor, que fueron los primeros. Acordóse en aquella sesión que todas las provisiones reales fuesen firmadas por doña Juana y don Carlos, precediendo siempre el nombre de la reina, como propietaria, y que si en algún tiempo recobrase doña Juana la razón, reinaría y gobernaría ella sola, quedando Carlos como príncipe de España solamente: testimonio grande del amor que los castellanos profesaban á su reina legítima, y de la repugnancia con que juraban á un hijo nacido y criado en tierra extraña, en vida de su madre, natural de estos reinos. Acto continuo otorgaron los procuradores al nuevo monarca un servicio extraordinario de doscientos cuentos de maravedís, pagaderos en tres años, y á condición de que hasta cumplirse este plazo no se pidiesen más tributos sino en caso de una necesidad extrema: cantidad por cierto la más considerable que se había concedido á ningún rey de Castilla (1).

En estas cortes se hicieron al rey por parte de los procuradores de las ciudades hasta ochenta y ocho peticiones, de las cuales algunas fueron demasiado notables para que podamos pasarlas en silencio, tales como las siguientes:

1.ª Que la reina doña Juana fuese tratada como correspondía á quien era señora de estos reinos: 2.ª Que el rey se casase lo más brevemente posible, para que el reino pudiese tener sucesión segura: 3.ª Que hasta tanto que esto sucediese, no saliera del reino el infante don Fernando: 4.ª Que confirmara el rey las leyes, pragmáticas, libertades y franquicias de Castilla, y jurara no consentir que se pusiesen nuevos tributos: 5.ª Que no se diesen á extranjeros oficios, beneficios, dignidades, ni gobiernos, ni cartas

(1) Sandoval, Historia de Carlos V, lib. III, párr. 1 al 10.—Mártir, epist. 608.—Robertson, Hist. de Carlos V, lib. I.

de naturaleza, y que se revocaran las que se hubiesen dado: 6.ª Que los embajadores de estos reinos fuesen naturales de ellos: 7.ª Que en la casa real sólo hicieran servicio castellanos ó españoles, como en los tiempos pasados: 8.ª Que se sirviese S. A. hablar castellano, para que así se entendiesen mejor mutuamente él y sus súbditos (1): 9.ª Que no se enajenase cosa alguna de la corona y patrimonio real: 12.ª Que mandase conservar á los Monteros de Espinosa sus privilegios acerca de la guarda de su real persona (2): 16.ª Que no permitiese sacar de estos reinos oro, plata, ni moneda, ni diese cédulas para ello: 18.ª Que tampoco se sacaran de él caba-

---

(1) A esto respondió el Rey, que se esforzaría á hacerlo, y que ya lo había comenzado á hablar.

(2) Acerca de la institución y de los privilegios de los Monteros de Espinosa dice Salazar de Mendoza en su Monarquía de España lo siguiente: «Por causas que para ello hubo instituyó el conde don Sancho García, y mandó que guardasen su persona, de noche, doce vecinos de la villa de Espinosa, en la montaña de Castilla la Vieja pasado el Ebro, escogidos de los varios de que se compone aquella villa que son Berueza, Quintanilla, Bárcenas, Santa Olalla, Taguseras y Para. Llámanse Monteros de Espinosa, porque el primero que tuvo este oficio y fué cabeza de los doce, era montero del conde y natural de Espinosa. También se llaman monteros de guarda. Hanse hallado tan bien los reyes de Castilla sucesores del conde con la fidelidad de que ha usado siempre esta manera de guardar, que la han acrecentado y honrado mucho con privilegios y favores que concedieron á los hidalgos que la han hecho hasta el tiempo del rey católico don Felipe II, que los confirmó en 1557, estando en San Lorenzo el Real, y el estatuto que entonces se hizo de que los que hubiesen de tener este oficio sean hijosdalgo de padre y abuelo y sin raza de judíos, moros ó penitenciados por la Santa Inquisición por cosa tocante á la santa fe católica, ni tenido oficio vil, bajo ó mecánico.

»El Rey Católico don Fernando á los doce que instituyó el conde añadió otros doce para la guardia del príncipe don Juan, su hijo. Después cuando la primera reina doña Juana se retiró á Tordesillas se aumentaron otros veinticuatro, con que se completó el número de cuarenta y ocho que ahora sirve. El oficio de los monteros es guardar las personas reales desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana siguiente: para esto asisten á la sala más propincua á la antecámara donde duermen los reyes y personas reales. Aquí tienen sus camas alzadas de día y cubiertas con reposteros de armas reales. Tienen una hacha encendida en esta sala toda la noche: visitan el palacio real; velan cuatro la hora de prima; otros cuatro la hora de modorra y otros cuatro la del alba, y en siendo de día abren las puertas y alzan sus camas; y si hallan en palacio alguno le pueden matar. Hállanse presentes al desnudarse el rey, visitan su aposento, cierran la puerta, guardan la llave habiéndola recibido de manos de los ayudas de cámara. En cerrando la dueña de honor, que es la azafata que guarda los tocados de la reina, le hacen guardar hasta la mañana por la orden que al rey. Cuando muere el rey ó alguna persona real, en acabando de expirar le empiezan á guardar y hacen la vela de día y de noche hasta que le meten en la sepultura. Solían visitar á las personas reales después de estar en la cama, para certificarse de ello y encargarse de su guarda. Están sujetos á las ordenanzas y mandatos del mayordomo mayor del rey; es oficio renunciable, vendible y se hereda; y si viene á parar á alguna mujer, le puede servir su marido, siendo hijodalgo y natural de la villa de Espinosa.» Monarquía, t. I, lib. II, cap. VII.

Silva, Catálogo Real, pág. 43, dice hablando de don Sancho:

Que en el año 1013 concedió á su muy leal mayordomo Sancho Peláyez, natural de Espinosa, que él y los demás de aquella villa guardasen de noche la persona real, como todo latamente escribe en su libro don Pedro de la Escalera Guevara, montero de la cámara y fiscal de la junta de aposento.



CARLOS 1.°

llos: 29.ª Que mandara proveer de manera que en el oficio de la Santa Inquisición se hiciese justicia, guardando los sacros cánones y el derecho común, y que los obispos fuesen los jueces conforme á justicia: 38.ª Que

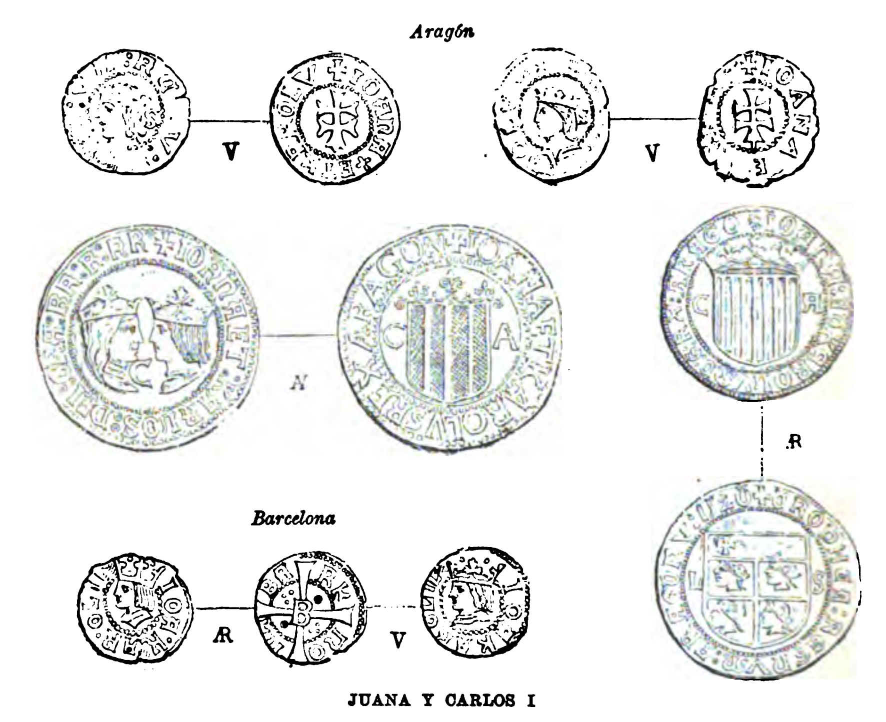


Castilla

JUANA Y CARLOS I

hiciese cumplir el legado de veinte cuentos de maravedís que había dejado el cardenal Cisneros para redención de cautivos, de otros cuatro para dotes de huérfanas, y de otros diez para un colegio de doncellas pobres en Toledo: 42.ª Que mandara plantar montes por todo el reino y se guardaran las ordenanzas de los que había: 48.ª Que tuviese consulta ordinaria para el buen despacho de los negocios, y diese personalmente au-

diencia, al menos dos días por semana: 49.ª Que no se obligase á tomar bulas, ni para ello se hiciese extorsión, sino que se dejara á cada uno en libertad de tomarlas: 55.ª «Que ninguno pueda mandar bienes raíces á ninguna iglesia, monasterio, hospital ni cofradías, ni ellos lo puedan heredar ni comprar, porque si se permitiese, en breve tiempo sería todo suyo:» 57.ª Que los obispados, dignidades y beneficios que vacaren en Roma volviesen á proveerse por el rey, «como patrón y presentero de ellos,»



JUANA Y CARLOS I

y no quedasen en Roma: 60.ª Que mantuviera y conservara el reino de Navarra en la corona de Castilla, para lo cual le ofrecían sus personas y haciendas: 68.ª Que se quitasen las nuevas imposiciones. Las demás peticiones versaban sobre otros asuntos de gobierno interior que nos parecen de menos interés (1).

La mayor parte fueron otorgadas por el rey: á algunos solamente respondió que lo mandaría ver y proveería.

Concluídas las cortes, hiciéronse en Valladolid lucidas fiestas de toros, cañas, justas y torneos, en que á porfía se señalaron los justadores en lo lujoso de sus trajes, y en que se distinguió el rey entre todos los mantenedores, así por lo precioso de su vestido, de sus armas y de los arreos de su caballo, como por su gallardía y apostura, rompiendo tres lanzas y de-

(1) Cuadernos de cortes.—Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. III, párrafo 10.—Robertson en su Historia pasa por alto todas estas peticiones.



Pieza de 100 *ducados, de Juana y Carlos I*

jando admirados á todos por su gentileza. Después de esto visitó á su madre, que se hallaba en Tordesillas, dejó encomendada su persona y su casa al cuidado de don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, y dispuso su viaje á Aragón, donde deseaba ser reconocido y jurado, y á cuyo efecto tenía convocadas las cortes de aquel reino.

No obstante las fiestas y regocijos con que Carlos había sido agasajado en Castilla, un profundo y muy fundado descontento se advertía en los castellanos. El rey había venido rodeado de flamencos, cuya codicia y rapacidad les era ya conocida desde el tiempo de su padre Felipe el Hermoso. Flamencos eran sus consejeros íntimos, y sin su licencia no les era dado á los españoles acercársele y hablarle. Entre flamencos se habían distribuído las dignidades y empleos que Cisneros había dejado vacantes. Chievres le dominaba como ayo y como ministro: á Sauvage le había hecho gran canciller de Castilla: Adriano de Utrech recibió por este tiempo el capelo de cardenal: pero lo que irritó más y llenó de indignación á los castellanos fué verle elevar á la dignidad de arzobispo de Toledo á Guillermo de Croy, sobrino de Chievres, joven que ni tenía carta de naturaleza en el reino, ni había cumplido siquiera la edad prescrita por los cánones. Los castellanos, en quienes estaba reciente y viva la memoria del venerable Jiménez de Cisneros, miraron aquella provisión como un escándalo, como un desacato, como un insulto hecho á la Iglesia, á la nación y á las leyes: y lo que los desconsoló más fué saber que no habían faltado magnates aduladores que aconsejaran al rey aquel nombramiento, aun desairando á su mismo tío el arzobispo de Zaragoza, uno de los que solicitaban la mitra toledana (1). Agregábase á esto lo subido del pedido hecho en cortes, la venalidad de los destinos, la descarada voracidad de la gente flamenca y la emigración de la moneda española á los Países Bajos (2). Y como Carlos apenas hablaba todavía algunas palabras en español, y parecía un joven de cortos alcances, no dando por entonces muestras de la capacidad intelectual que se desarrolló después, todo contribuía á que miraran con desagrado al nuevo monarca los que acababan de experimentar la sabia y justa administración de los Reyes Católicos.

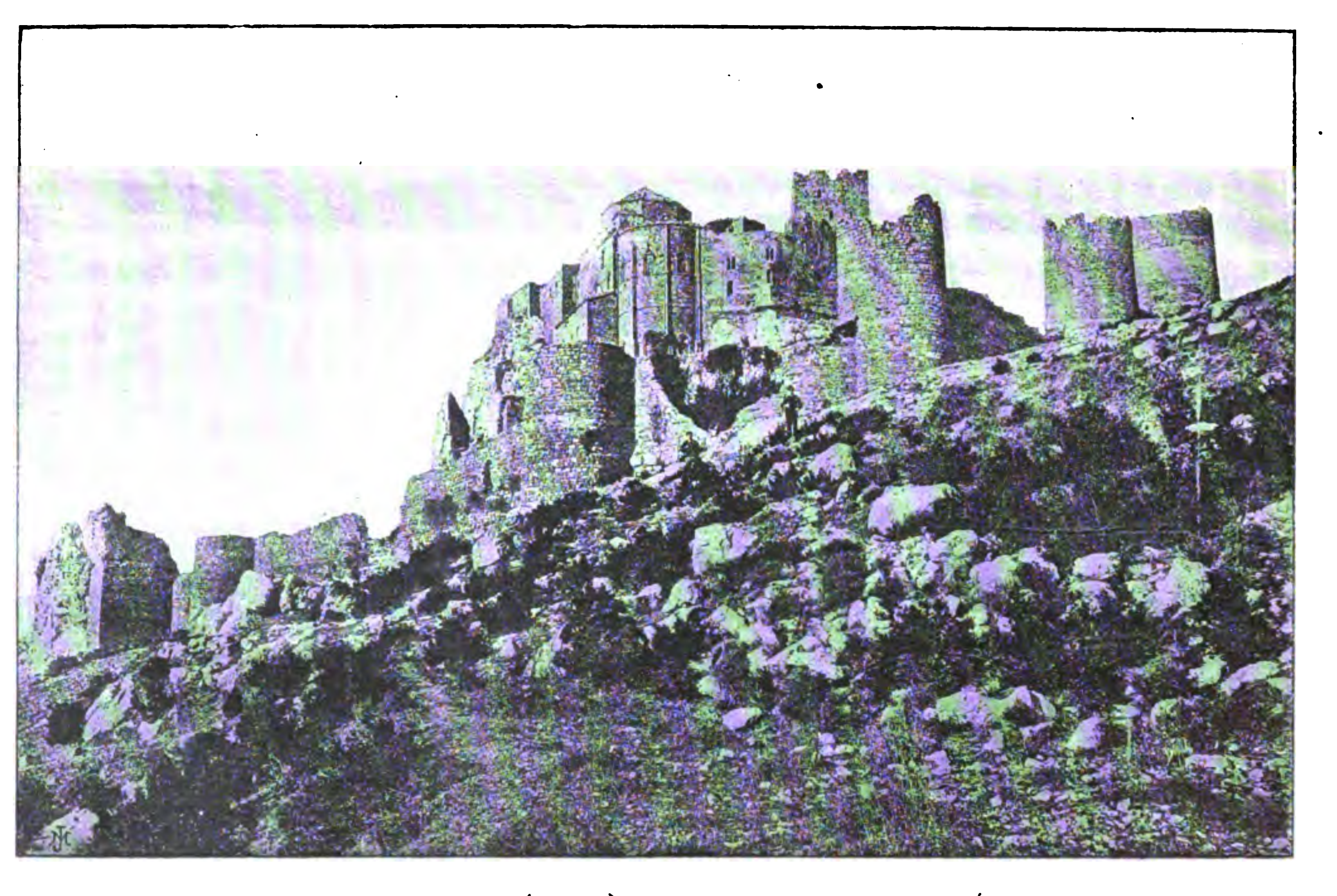
Aragón



JUANA Y CARLOS I

(1) MS. de la Academia de la Historia.—Sandoval, Historia, lib. III.—Robertson, Historia del Emperador, lib. I.

(2) Mártir de Angleria, epist. 607 á 662 passim.



CASTILLO DE LOARRE (HUESCA). — COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA

Para aumento de este disgusto, en su viaje á Aragón, contra lo expresamente pedido por los procuradores del reino en las cortes de Valladolid, despidió á su hermano don Fernando, enviándole á Flandes so pretexto de que su presencia sería agradable al emperador Maximiliano su abuelo, pero en realidad por recelos que le inspiraba el amor de los castellanos á aquel príncipe, nacido y educado entre ellos.

Todavía los aragoneses no habían reconocido á Carlos por rey, y á esto se encaminó (abril, 1518) en compañía de su hermana doña Leonor, de muchos caballeros extranjeros y pocos castellanos. Al día siguiente de llegar á Calatayud juró en la iglesia colegial los fueros de la ciudad, y desde allí escribió á la de Zaragoza (3 de mayo) sobre la forma como deseaba que las cortes le hiciesen el juramento (1). Con esto partió para aquella ciudad, donde hizo su entrada el 6 de mayo (2). Congregáronse seguidamente en cortes los cuatro brazos del reino, pero lo acaecido en Castilla había hecho estar muy sobre sí á los aragoneses, naturalmente celosos de la conservación de sus fueros y libertades, y no estaban ellos tampoco acostumbrados á jurar como rey á un heredero en vida del que hubiesen

Barcelona

JUANA Y CARLOS I

(1) Hállase esta carta en Dormer, Anales de Aragón, lib. I, cap. XVII.

(2) No el 9 ni el 15, como se lee en varios autores. Consta así en los registros del reino.

reconocido como rey ó reina legítima. Así, pues, costó á Carlos no poco trabajo, tiempo y esfuerzo, alcanzar que le juraran en la misma forma que en Castilla, esto es, en unión con su madre, después de haber él jurado ampliamente guardar sus usos, libertades y privilegios. No menos le costó arrancar un servicio do doscientos mil ducados, y esto á condición de invertir esta suma en el pago de las deudas de la corona, tiempo hacía descuidadas, para que no fuese á parar á manos de extranjeros (1).

Hallándose el rey en Zaragoza, murió la hija del rey Francisco I de Francia, Luisa Claudia, con quien se había concertado su matrimonio en el tratado de paz de Noyón (2). Esto no obstante, y á consecuencia de excitación que le fué hecha por el cardenal de Viterbo á nombre del papa León X, ratificó allí la paz con el monarca francés haciendo públicas demostraciones de amistad aquellos dos príncipes que después habían de ser tan terribles enemigos, y cuyas guerras habían de costar tanta sangre á Europa.

A excitación también del mismo legado, y entrando el nuevo rey de España en la liga y confederación que tres años antes habían hecho los de Francia é Inglaterra contra el turco, que estaba haciendo notables daños en la cristiandad, ordenó Carlos al virrey de Sicilia don Hugo de Moncada que juntando las gentes y las naves que pudiese pasase á hacer la guerra al famoso corsario Barbarroja, terror de los mares y de las poblaciones de la costa africana. Esta expedición, después de algunos desastres y derrotas, causados los unos por las borrascas, en una de las cuales se anegaron lastimosamente hasta cuatro mil españoles, las otras por las armas del terrible pirata, que se apoderó de Argel, dió al fin por resultado la toma de los Gelves, con lo cual se vengó la pérdida sufrida diez años antes y la muerte del primogénito del duque de Alba en aquella isla de fatales recuerdos.

Faltábale á Carlos solamente ser reconocido en Cataluña, y con este objeto partió y llegó á Barcelona entrado ya el año 1519 (15 de febrero). Esperábale allí más fuerte y más violenta oposición que la que había experimentado en Aragón y en Castilla, y más insistencia en no quererle jurar en vida de su madre, tanto que se burlaban los catalanes de la blandura con que se habían allanado á hacerlo los aragoneses y castellanos. Sin embargo, el soborno y la intriga fueron templando poco á poco la dureza de aquella gente, y al fin acabaron por prestarle, aunque de mala gana, el mismo juramento que en los demás reinos, si bien en lo de dar dinero fueron más parcos los catalanes, y se lo escatimaron

---

(1) La enérgica oposición de los aragoneses produjo un serio y gravísimo altercado entre el conde de Benavente y el de Aranda, castellano el uno y aragonés el otro. El primero se había propasado á decir, que si S. A. quisiese seguir su consejo, él *los traería á la melena*. Contestóle el segundo con aspereza: trabáronse de palabras, y al fin vinieron á las manos, no ya ellos solos, sino llevando cada cual su gente, á punto de armarse una noche en la calle una ruda refriega, en que hubo hasta veinticinco heridos. El arzobispo de Zaragoza apaciguó la contienda y el rey puso tregua entre los dos acalorados magnates.—Gonzalo de Ayora, Comunidades de Castilla, cap. IV.

(2) Este tratado de paz entre Francisco I de Francia y Carlos de Flandes, ahora rey de España, se celebró el 13 de agosto de 1516.

más, no tanto por negárselo al rey, cuanto por mortificar á los avaros flamencos.

Tal era la disposición de los ánimos, y tales fueron las dificultades que el nieto de los Reyes Católicos halló para su proclamación en los tres principales Estados de la monarquía española: dificultades nacidas de su cualidad de extranjero, de la impaciencia con que se había anticipado á tomar el título de rey viviendo su madre y sin esperar la declaración de las cortes, de la circunstancia de no conocer el idioma español, de venir circundado de extranjeros, sedientos del oro y de los empleos de España, y de haber ofendido el orgullo nacional con sus primeras provisiones y con el favoritismo de los flamencos.

CAPÍTULO II

CARLOS ELECTO EMPERADOR

ALTERACIONES EN CASTILLA

De 1519 *á* 1520

Muerte de Maximiliano, emperador de Alemania.—Aspirantes á la corona imperial: Carlos I de España y Francisco I de Francia.—Otros pretendientes.—Dieta de Francfort.—Elección del duque de Sajonia.—Renuncia.—Dase el trono imperial á Carlos de Austria, rey de España.—Comienza á usar el título de Majestad.—Disgusto de los españoles y sus causas.—Convoca cortes en Santiago de Galicia.—Crece el descontento.—Tumulto en Valladolid y apuro del rey.—Resuelve Carlos pasar á Alemania y va á Galicia.—Cortes famosas de Santiago y la Coruña.—Servicio cuantioso que pidió el rey en ellas.—Conducta de los procuradores.—Firmeza de unos y venalidad de otros.—Vota el subsidio la mayoría.—Nombramiento de regente, y salida del rey á Alemania.—Indignación en los pueblos.—Sublevaciones.—Tumulto en Toledo: Juan de Padilla y Hernando Dávalos.—Alboroto en Segovia: suplicio horrible del procurador Tordesillas.—Alteraciones en otras ciudades.—Zamora, Toro, Madrid, Guadalajara, Soria, Ávila, Cuenca, Burgos.—Excesos del pueblo.—Causas y carácter de estos alzamientos.

Recibió Carlos, á poco de haber llegado á Barcelona, la noticia de un suceso importantísimo, no ya para su persona solamente, sino también para España y para la Europa entera, á saber, la muerte de su abuelo Maximiliano, rey de Romanos y emperador de Alemania (1). La vacante de la corona imperial de Alemania tenía en esta ocasión una importancia especial, así por la natural preeminencia del jefe del imperio sobre todos los príncipes cristianos, como por las circunstancias del estado de Europa, señaladamente de Italia, y principalmente por las que concurrían en los pretendientes á la sucesión del imperio. Maximiliano había tenido intención de hacer nombrar sucesor suyo á su nieto el infante don Fernando de España, con preferencia á su hermano don Carlos, en atención á los

(1) Maximiliano no había sido considerado sino como rey de Romanos y emperador *electo*, en razón á no haber sido coronado por el papa, ceremonia que se tenía entonces por esencial.

ricos dominios y vastos reinos que éste ya poseía. Pero aconsejado por los príncipes enemigos de los franceses, y con deseo de engrandecer la casa de Austria, se decidió por fin en favor de don Carlos, aunque no pudo realizarse por entonces un nombramiento que tenía que ser electivo.

Muerto el emperador, Carlos, que se consideraba ya con cierto derecho á la herencia de su abuelo, y que contaba con alguna predisposición de los electores en favor suyo, empleó toda clase de medios, de gestiones y de artificios para alcanzar la corona imperial. Pero presentósele un competidor poderoso y un rival temible, Francisco I de Francia, que con menos títulos, pero con sobra de energía y de ardor, pretendía para sí el trono, y por medio de sagaces emisarios procuraba persuadir á los príncipes de Alemania que ya era tiempo de probar que la corona del imperio era electiva y no hereditaria, y que entregarla á un soberano tan poderoso, y por otra parte tan inexperto como era el español, sería crear un poder desmedido y peligroso; cuanto más que la constitución del imperio excluía á todo príncipe que poseyera el reino de Nápoles. Esforzaba el francés estas y otras razones con remesas de oro que públicamente enviaba á Alemania; aparato de corrupción, que le hacía tan poca honra á él como á los príncipes que se proponía sobornar por tales medios.

Los cantones suizos favorecían, por odio á los franceses, las pretensiones del rey de España. Venecia por el contrario, por celos contra la casa de Austria, se declaró en favor del francés. Enrique VIII de Inglaterra, sintiéndose como desairado de no figurar en aquella contienda, echó también su especie de memorial al imperio, pero desengañado por su embajador de las pocas probabilidades que podía prometerse, se retiró y se mantuvo neutral entre los dos competidores. El pontífice León X, que con su claro talento veía casi iguales riesgos para la Iglesia y para la paz de Europa en ambos candidatos, que así temía ver sentado en el trono imperial á un soberano que dominaba en España, en Nápoles y en el Nuevo Mundo, como á un rey de Francia, que era al propio tiempo duque de Milán y señor de Génova, discurrió inducir sucesivamente á los príncipes alemanes á que eligiesen de entre ellos mismos un sucesor al imperio, procurando entre tanto excitar y mantener la rivalidad entre los dos grandes contendientes.

En tal estado se abrió la dieta de Francfort (17 junio, 1519), y reunidos los siete electores (1), no obstante las intrigas, manejos y sobornos empleados por los competidores, determinaron unánimemente ofrecer la corona á Federico, duque de Sajonia, á quien por su talento, virtud y discreción denominaban el Prudente. Pero este modesto y desinteresado príncipe, lejos de dejarse fascinar por el brillo de una posición que otros tan ardientemente ambicionaban, la renunció con el más admirable desprendimiento, y en un discurso en que examinó y cotejó las cualidades de los soberanos de Francia y España, declaró que votaba por Carlos, en quien concurría la circunstancia de ser príncipe del imperio por sus Estados hereditarios, y de ser el soberano más poderoso y el más interesado en contener y rechazar las invasiones del gran turco, cuya pujanza y osa-

---

(1) Eran éstos, el arzobispo de Maguncia, el de Colonia, el de Tréveris, el rey de Bohemia, el conde palatino del Rhin, el duque de Sajonia y el marqués de Brandeburgo.

día tenían alarmadas y en cuidado las potencias cristianas. El voto de Federico de Sajonia decidió al colegio electoral en favor del candidato español, y el 28 de junio, á los cinco meses y diez días de haber vacado el trono, recayó la elección en Carlos de Austria, rey de España. El único de los siete electores que disintió, declarándose por el monarca francés, fué el arzobispo de Tréveris, que al fin acabó también por adherirse á sus colegas, pudiendo decirse que fué Carlos ensalzado al trono imperial de Alemania por el voto unánime de los electores (1). El conde Palatino, duque de Baviera, fué el encargado de traer á Carlos la noticia oficial de su nombramiento, mas no faltó quien se le adelantara oficiosamente á darle la nueva, llegando en nueve días de Francfort á Barcelona, espoleado por el afán de ganar las albricias.

Compréndese hasta qué punto halagaría á un joven de la edad de Carlos verse ensalzado á tan alta dignidad y encontrarse el mayor de los soberanos de Europa, precisamente en ocasión que las cortes de Cataluña le escatimaban hasta el título de rey. Disculpable es que se desvaneciera un poco al verse elevado á tanta altura, y no debe maravillarnos que comenzaran á bullir en su imaginación los ambiciosos proyectos con que después había de asustar al mundo. Desde luego empezó á usar en las cartas y provisiones el dictado de *Majestad;* y mandó que se le dieran sus súbditos en muestra de respeto (2). Sin consultar la opinión aceptó la corona imperial que le presentó con solemne embajada el conde Palatino, y declaró su intención de pasar pronto á Alemania á tomar posesión del imperio, según la misma constitución de éste prevenía, declaración que hizo por medio de Mercurino Gattinara, nombrado gran canciller del reino por muerte de Sauvage. En los despachos adoptó primero los títulos de rey de Romanos y futuro emperador, que el de rey de España en unión con doña Juana su madre (3).

Tan lejos estuvo de lisonjear á los españoles el encumbramiento de su rey, que lo miraron como un acontecimiento infausto. Siempre habían sentido los castellanos la ausencia de sus reyes: recordaban la fatal expe-

---

(1) Georg., Sabini, de elect. Carol. V.—Goldsmit, Constit. imperiales, t. I.—Guicciardini, *Istor.*, lib. XIII.—Freheri, *Rer. Germ. Scriptor.*, t. III.—Giannone, *Istor. di Napoli*, t. II.—Robertson, Hist. del emperador Carlos V, lib. I.

(2) Aunque hasta entonces se había acostumbrado á dar á los reyes de España el tratamiento de *Señoría*, y más comunmente el de *Alteza*, ya no era nuevo el de *Majestad*, si bien sólo se había empleado vagamente y en casos aislados y especiales. Habíanle usado ya en algunas ocasiones don Martín de Aragón, don Alfonso V, don Juan II y el mismo don Fernando el Católico, pero raras veces y alternando con otras fórmulas reverenciales. El duque de Segorbe en 1483 llamaba al rey Fernando *Vuestra Excelencia:* al año siguiente le decía *Serenísimo Señor:* en 1487 le denominaba *Ilustrísimo Señor Rey*. Con esta misma variedad se solía tratar á los demás soberanos. Desde el emperador Carlos se fijó el tratamiento de *Majestad*, y á su imitación le fueron adoptando los demás soberanos de Europa.

(3) La fórmula era: «Don Carlos por la gracia de Dios, rey de Romanos, futuro emperador, semper Augusto, y doña Juana su madre y el mismo don Carlos por la misma gracia reyes de Castilla, de León, etc.» Documentos de los archivos de Barcelona y Simancas.—Sandoval, lib. III, párrafo 36.

dición de Alfonso el Sabio cuando pretendió la corona del mismo imperio: temían el gobierno de una regencia; preveían que habrían de verse envueltos en el intrincado laberinto de la política italiana y alemana, y auguraban sobre todo que sus tesoros acabarían de emigrar á tierras extrañas, y vaticinábanlo con tanto más fundamento cuanto que tenían ya demasiadas pruebas de la insaciable voracidad de los flamencos. No había ciertamente en esto exageración: España experimentaba bien la triste realidad del vacío que en poco tiempo dejó la salida de dos millones y quinientos cuentos de maravedís de oro que se sacaron por Barcelona, la Coruña y otros lugares. A cada paso se veían salir con todo descaro acémilas, recuas enteras cargadas de oro y plata y telas preciosas con real permiso (1). Los doblones llamados de á dos, por ser de dos caras, acuñados en tiempo del Rey Católico del oro más acendrado y puro, eran buscados con tal afán que casi desaparecieron todos de Castilla, y tanto que cuando por casualidad venía alguno á manos de un español, habíase hecho ya costumbre popular apostrofarle con el siguiente sarcástico saludo: *Sálveos Dios, ducado de á dos, que monsieur de Xevres no topó con vos* (2).

Aumentóse el disgusto y creció el descontento popular con la nueva que rápidamente corrió de que se preparaba Carlos á ausentarse de España para ir á ceñirse la corona imperial, y el anuncio de que convocaba cortes en Santiago de Galicia á fin de pedir un nuevo subsidio á los pueblos para los gastos de viaje y coronación. La ausencia del soberano, la

(1) En los papeles pertenecientes á la antigua diputación de Cataluña, que se conservan en el archivo de Barcelona, se hallan relaciones de lo que salió de aquella ciudad en el trienio de 1518 á 1521, entre los cuales se lee una partida de trescientas cabalgaduras y ochenta acémilas cargadas de riquezas para la esposa de Chievres y su comitiva, con otras poco menos escandalosas.

(2) Alcocer, Comunidades de Castilla.—Cabezudo, Antigüedades de Simancas, MS. —Sandoval, Hist. de Carlos V, cita este adagio en otra forma:

«Doblón de á dos, norabuena estedes,
Que con vos no topó Xebres.»

En prueba de que no recargamos este cuadro, citaremos el testimonio de un testigo ocular, no sospechoso, porque no era español, á saber, el ilustrado Pedro Mártir de Angleria, que en muchas de sus cartas se lamentaba de estos excesos con expresiones harto fuertes, picantes y duras. «Hasta el cielo (le decía al obispo de Tuy) se levantan voces diciendo que el Capro (así llamaba por chunga á Chievres) trajo al rey acá *para poder destruir esta viña después de vendimiarla.* No se les ocultaba que habían de ocurrir estos sucesos cuando el Capro se tomó para sí el arzobispado de Toledo contra las leyes del reino, apenas entró en él para odio de todo el reino contra el rey... Ninguno le acusa. ¿Qué podría hacer un joven sin barba puesto al pupilaje de tales tutores y maestros? Lo que ha sucedido con las demás vacantes lo sabes, y no ignoras que apenas se ha hecho mención de ningún español, y con cuánto descaro se ha quitado el pan de la boca de los españoles para llenar á los flamencos y franceses perdidos, que dañaban al mismo rey. ¿Quién ha venido del helado cierzo y del horrendo frío á esta tierra templada *que no haya llevado más onzas de oro que maravedís contó en su vida?* Tú sabes cuál ha quedado la real hacienda por su causa. Omito otras capaces de hacer perder la paciencia al mismo Job...» Epist. 703, traduc. por el maestro La Canal.—En términos no menos enérgicos se expresa en otras muchas cartas.

reunión de las cortes en un punto excéntrico y desusado, y el nuevo pedido, cuando aun no había acabado de cobrarse el servicio otorgado en las cortes de Valladolid, cada una de estas tres cosas era bastante, y todas juntas sobraban para irritar á los castellanos, ya harto desazonados por las causas que llevamos expuestas. Fué, pues, tomando cuerpo el disgusto, y se trató ya de formar resistencia por parte de algunas ciudades de voto en cortes. Dió la primera señal Toledo con una enérgica carta que dirigió á las demás ciudades, recordando los agravios que había sufrido el reino desde la venida del rey, y representando los males que podrían seguirse de su ausencia (1); y además nombró dos regidores para que en unión con dos jurados fuesen á exponer lo mismo al rey de palabra. Algunas ciudades no contestaron á la carta, hiciéronlo otras con cierta tibieza, pero otras respondieron y se adhirieron de lleno á las excitaciones de los toledanos.

Carlos, á quien ya en Barcelona, ya en el viaje de aquella ciudad á Castilla habían dado harto que hacer los populares sublevados en Valencia con el nombre de *Germanías*, de que después habremos de hablar, cuando llegó á Valladolid halló la ciudad bastante inquieta y los ánimos sobremanera alterados. El ministro Chievres y los del consejo llamaron al palacio á la justicia y regidores; expusiéronles las justas causas que motivaban el viaje del emperador, ofreciéronles que estaría de vuelta antes de tres años; y les manifestaron la necesidad urgente que tenía del servicio de trescientos cuentos de maravedís que pensaba demandar á las cortes. El ayuntamiento, obtenido un plazo para deliberar, se presentó al rey pidiéndole que desistiese de su viaje á Alemania, pero los flamencos á fuerza de sobornos lograron ir ganando algunos individuos, con lo cual se creyeron ya triunfantes. El pueblo, por el contrario, se irritó más, y la agitación se fué convirtiendo en alarma y en tumulto, animándose más con la llegada de los comisionados de Toledo y de Salamanca. El rey, vista la actitud amenazadora del pueblo, dispuso aceleradamente su partida sin reparar en lo lluvioso y crudo del día, y á los emisarios de aquellas ciudades que solicitaban hablarle les respondió que en Tordesillas (6 leguas de Valladolid, camino de Galicia) les daría audiencia. La noticia de la salida como furtiva del rey, junto con la voz que se difundió de que los flamencos intentaban sacar del reino á la reina doña Juana, puso en armas la población, se tocó á rebato la campana de San Miguel, y armados unos, y sin armas otros, acudieron en tropel hasta el número de seis mil hombres á la puerta del Campo, algo tarde para impedir la salida, y con no poca fortuna del rey y su fugitiva corte que lograron tomar alguna delantera. Los promovedores de aquel tumulto fueron después procesados y castigados de real orden: entre ellos había clérigos, artesanos y vecinos honrados: los castigos fueron crueles: se desterró á unos, se encerró en calabozos á otros, á algunos se quemaron las casas, los hubo á quienes se cortaron los pies, y

---

(1) Carta de 7 de noviembre de 1519, en Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. V.—Alcocer, Comunidades de Castilla, donde se cuentan los pormenores de lo que precedió á la revolución de Toledo.—En la carta se pedían tres cosas: que el emperador no saliese del reino, que no sacase dinero de él, y que no diera oficios á extranjeros.

tres eclesiásticos fueron paseados en mulos por las calles cargados de grillos, y encerrados después en el castillo de Fuensalida (1).

Los mensajeros de Toledo y Salamanca que iban en pos de la corte no alcanzaron ser oídos hasta que llegaron á Villalpando, donde obtuvieron audiencia del rey, á presencia de Chievres: pero la respuesta se les difirió hasta Benavente con harta ofensa y mortificación del pundonor castellano. En vez de aflojar por eso en sus pretensiones los maltratados representantes, añadían á sus anteriores demandas la de que en caso de ausentarse el rey dejara alguna parte de la gobernación del Estado á las ciudades. Excusado es decir que fueron contestados con altanería y acritud por el rey y los del consejo, y sólo el presidente, el arzobispo Rojas. les respondió con más templanza, que puesto que se iban á celebrar las cortes, enviaran allí las ciudades en cuyo nombre hablaban sus procuradores, y S. M. proveería lo que mejor á su servicio cumpliese. Los comisionados no desistieron ni por la aspereza ni por la blandura, y allá siguieron tras de la corte hasta la misma ciudad de Santiago. En el camino no cesaba el rey de recibir memoriales contra la reunión de cortes en Galicia, pero se mantuvo inflexible.

Las cortes se hallaban convocadas (2) para el 20 de marzo (1520), y todas las ciudades habían enviado sus procuradores con poderes más ó menos amplios, á excepción de Toledo, que habiendo por casualidad señalado la suerte á dos de los pocos regidores adictos al gobierno, la ciudad quiso neutralizar su influencia limitándoles tanto los poderes y dejándolos tan menguados y tan sin autoridad, que los procuradores electos se negaron á aceptarlos en aquella forma, y Toledo prefirió quedarse sin representantes. En cambio tenían allí los dos activos mensajeros de que hemos hablado, don Pedro Laso de la Vega y don Alonso Suárez, que con los de Salamanca trabajaban eficazmente á fin de impedir la celebración. protestaban contra la legalidad de las cortes mientras no estuviesen representadas sus respectivas ciudades, y alentaban vigorosamente y por todos los medios, especialmente el don Pedro Laso, á los procuradores de la oposición, hasta que les costó salir desterrados.

Los comisionados de Salamanca, don Pedro Maldonado Pimentel y Antonio Fernández, que se presentaron como procuradores, fueron rechazados por no llevar los poderes en forma; y aunque después les llegó poder de la ciudad, conócese que no fueron admitidos, pues no hacen mención alguna las actas ni de Salamanca ni de sus representantes.

Galicia á su vez se ofendió de que siendo un reino tan antiguo, tan leal y tan grande, se negasen á darle procurador, y no sin razón se agraviaba de estar sujeta al voto de Zamora, pero también le costó al conde de Villalba, uno de los peticionarios, salir desterrado de la corte en el perentorio plazo de una hora.

Abriéronse pues las cortes en 31 de marzo, con asistencia del rey, y

---

(1) Pedro Mejía, lib. II, cap. II.—Sandoval, Hist. del Emperador, lib. V, párrafo 9.

(2) La real convocatoria fué expedida con fecha 12 de febrero en Calahorra.—Archivo de Simancas, Cortes, Legajo núm 3 º

bajo la presidencia del gran canciller del reino Mercurino Gattinara (1). En la sesión regia pronunció el obispo de Badajoz don Pedro Ruiz de la Mota un discurso lleno de erudición, que podríamos llamar el discurso de la corona, exponiendo las justas causas que obligaban al rey á ausentarse, lo que pensaba proveer para la gobernación del reino durante su ausencia, y la necesidad que había de otorgarle para sus nuevos gastos un servicio igual y por igual tiempo al que le habían concedido las cortes de Valladolid. Habló en seguida el rey, y en breves palabras manifestó que la partida le era de todo punto necesaria para honra suya y bien de sus reinos; ofreció bajo su fe y palabra real que volvería á España al cumplirse los tres años, ó antes si pudiese, y prometió y juró que en este intermedio no daría empleos ni oficios á personas que no fuesen naturales de estos reinos. Contestó al rey el procurador por Burgos, García Ruiz de la Mota, hermano del obispo de Badajoz, aplaudiendo todo lo que el soberano y el consejo á su nombre proponía y quería.

No hubo ya la misma conformidad en la sesión del día siguiente (1.º de abril). Tratóse lo primero de que se otorgara al rey el servicio, que era lo que más interesaba á Chievres y á la comitiva flamenca. Entonces los procuradores de León por sí y á nombre de otras ciudades propusieron, que no se entendiera en nada en aquellas cortes sin que antes el rey viera y respondiera á las instrucciones, capítulos y memoriales que llevaban sobre cosas convenientes al buen servicio de Dios y del Estado. Córdoba pidió lo mismo, y aunque algunas ciudades opinaron por que antes se concediera el servicio y después se oyeran las peticiones, las más se adhirieron á lo propuesto por León. Salió de la asamblea el canciller presidente á dar cuenta de esta oposición al rey, y volvió á la tarde á decir de parte de S. M. que tuviesen á bien otorgarle primeramente el servicio, y que él daba palabra de que antes de partir de estos reinos proveería en los memoriales que le fuesen presentados. Puesto á deliberación, mantuviéronse las más de las ciudades en su anterior propósito, pero algunas, como Cuenca y Segovia, comenzaron ya á flaquear, bajo el pretexto, ó tal vez bajo la buena fe de que debiéndose mirar la palabra real como ley, no había inconveniente en anticipar la concesión del servicio.

Hízose relación de esto al soberano. Púsose en juego toda especie de manejos y de intrigas para ganar los votos de los procuradores, halagos, honores, mercedes, y hasta dinero, al decir de los más sensatos escritores de aquel tiempo. Fiado en la eficacia de los argumentos se presentó el canciller en la sesión del 3 de abril, manifestando que S. M. estaba resuelto á que se decidiese antes que todo lo del pedido. Sin embargo, mantuvié-

(1) El señor Ferrer del Río, último historiador del Levantamiento y Guerra de las Comunidades de Castilla, y uno de los que en nuestro sentir han juzgado con mejor criterio aquel ruidoso acontecimiento, al hablar de estas cortes incurre, siguiendo al obispo Sandoval, en algunas equivocaciones. Tal es, por ejemplo, la de que obtuviese la presidencia Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, y algunas otras.

Nosotros tenemos á la vista copia exacta de estas célebres cortes, acaso las más famosas que se celebraron en Castilla por sus circunstancias y consecuencias, sacada de las originales que existen en el archivo de Simancas. De consiguiente nada diremos de ellas que no sea auténtico.

ronse firmes León, Córdoba, Jaén, Toro, Zamora, Valladolid y Madrid. En su vista en la del 4 se exigió ya de orden del soberano á los procuradores que dijesen terminantemente si negaban ó no el servicio. En la votación de aquel día se vió que el gobierno había ido ganando algunas individualidades: algunos se ratificaron en lo que habían dicho en las anteriores sesiones, y otros dieron una contestación ambigua.

A pesar de todo, circulaban tales noticias del descontento y alarma de las ciudades de Castilla, y aun de la misma Santiago, cuyo arzobispo, enojado de no haberse dado voto en cortes á Galicia, andaba allegando secretamente gente de armas, que se creyó oportuno suspender las sesiones, y no contemplándose seguros los flamencos en aquella ciudad, indujeron al rey á que trasladara las cortes á la Coruña para estar, como quien dice, á flor de agua, y prontos en cualquier evento al embarque. Antes, sin embargo, quisieron hacer otra tentativa, y vueltas á abrir las cortes, el 20, queriendo halagar á los procuradores, se les manifestó que el rey había provisto ya que no se sacase moneda ni caballos del reino, que empeñaba de nuevo su palabra real de que no daría oficios á extranjeros, que dejaría en su ausencia un regente de toda confianza, y que respondería antes de marchar á los capítulos que le pidiesen: que por lo tanto determinaran pura y abiertamente si le otorgaban ó no el servicio. Contestaron afirmativamente Burgos, Cuenca, Ávila, Jaén, Soria, Sevilla, Guadalajara, Granada y Segovia: Mantuviéronse dignamente en su anterior resolución León, Córdoba, Zamora, Madrid, Murcia, Jaén, Valladolid y Toro; añadiendo Valladolid, que accedería por aquella vez á lo que el rey demandaba, siempre que el servicio se comenzara á contar pasados los tres años del anterior, y á condición de que el rey otorgara todo lo prometido en las cortes de Valladolid y de Santiago.

Con esta mayoría de un voto en favor de la corona se verificó la traslación de las cortes á la Coruña, donde se abrieron el 25 con otros discursos de los hermanos Motas, obispo de Badajoz el uno, y procurador por Burgos el otro, ambos órganos del partido del rey. Allí se conoció ya más la influencia de los manejos y artificios empleados por la corte con los procuradores en este intermedio. Ya el prelado de Badajoz se atrevió á anunciar que el emperador dejaría encomendada al consejo la administración de justicia, y por presidente de él, gobernador y regente del reino, al cardenal Adriano, obispo de Tortosa, contra una de las peticiones expresas de las ciudades. El cardenal era un teólogo eminente, de buenas y honradas costumbres, de genio dulce y carácter templado y contemporizador; pero era extranjero, y esto les bastó para que muchos magnates de los que aspiraban á tener parte en el gobierno dejaran resentidos la corte y se viniesen desazonados á sus tierras. En cuanto á los procuradores, los de León y algunas otras ciudades insistieron todavía en negar el servicio hasta que el rey hubiese satisfecho á las peticiones. é invocaron las leyes de Castilla, según las cuales el gobernador debía ser persona natural de estos reinos. Pero las más de las ciudades, no sólo condescendieron á otorgar el tributo, sino que aplaudieron el nombramiento de gobernador, entre ellas Segovia, que en el principio había estado tan negativa como León. En su virtud en sesión del 19 de mayo se dió por otorgado

el ruidoso servicio extraordinario pedido por el rey don Carlos á las cortes.

Después de esto, y como para salvar los procuradores la nota de debilidad, cuando no otra peor en que hubieran podido incurrir para con los pueblos, presentaron al rey un memorial que contenía sesenta y una peticiones sobre cosas convenientes á la buena administración y servicio del reino, muchas de las cuales eran las mismas ó semejantes á las que habían pedido en las cortes de Valladolid. Muchas les fueron concedidas, á otras se reservó el monarca proveer, ó las dejó encomendadas al consejo (1).

Terminadas y despedidas las cortes, embarcóse el rey al día siguiente (20 de mayo) con su comitiva, pudiendo llegar á sus oídos antes de abandonar las playas españolas el murmullo de las alteraciones que quedaban agitando á Castilla, y dejando, como dice el prelado historiador, «á la triste España cargada de duelos y desventuras (2).»

En efecto, cuando el cardenal y los del consejo volvían de la Coruña camino de Valladolid, ya supieron los movimientos de algunas ciudades, y los procuradores que habían votado el impuesto regresaban con harto temor de la cuenta que del uso de sus poderes les habían de pedir los pueblos. El temor era sobradamente fundado. Al disgusto que ya habían producido en las poblaciones la altivez y la rapacidad de los ministros y cortesanos flamencos, la provisión de los más altos empleos en gente extranjera, la reunión de las cortes en Galicia, el pedido extraordinario, las noticias que se tenían de la conducta de los procuradores y el viaje del rey, se habían añadido otras especies exageradas, entre ellas la de un impuesto perpetuo sobre cada persona, sobre cada cabeza de ganado y sobre cada teja que saliese á la calle; especies que el crédulo vulgo acogía fácilmente, pareciéndole todo verosímil en vista del comportamiento de los flamencos, y los sacerdotes con sus predicaciones acaloraban y enardecían en vez de templar y sosegar los ánimos.

Toledo, la primera en exponer sus quejas al soberano, la más ofendida y con más adustez tratada en las personas de sus mensajeros en Valladolid, en Benavente y en Santiago, fué también la primera en alzarse y la que dió el primer impulso al movimiento, comenzando por una solemne procesión religiosa que celebró el pueblo so pretexto de rogar á Dios que iluminara el entendimiento del rey. Noticioso el monarca de que los regidores Juan de Padilla y Hernando Dávalos eran los que daban calor á la agitación popular, mandóles por real cédula que compareciesen en Santiago sin demora: ellos hicieron demostración de obedecer, y salieron de Toledo: pero fuese por resolución espontánea, fuese de acuerdo y connivencia con los dos caminantes, salió una multitud del vecindario á atajarles la marcha, volviéndolos á la ciudad, é hicieron ademán de custo-

(1) Por consecuencia no es exacto que él no concediera nada de lo que en este memorial se pedía, como indica Ferrer del Río (Comunidades de Castilla, cap. II). Lo que hubo fué que, como dice Sandoval, «estas cosas cayeron en manos de extranjeros, y él mozo, y con cuidados de su camino ó imperio, y así se quedaron.» Lib. V, párrafo 27.

(2) Sandoval, lib. V, párrafo 28.

diarlos en la iglesia mayor, guardándolos hasta siete mil hombres, los más de ellos ya armados, con lo cual los dos caudillos enviaron cartas al rey mostrando la pena que les causaba no poder acudir á su llamamiento, presos como se hallaban por el pueblo. Los bandos y pregones del corregidor eran ya abiertamente desobedecidos, y creciendo el tumulto popular, después de algunas refriegas con las autoridades y alcaides de las fortalezas, se apoderaron los amotinados de la ciudad, de los puentes y del alcázar. Cuando don Pedro Laso de la Vega, desterrado en Padrón por el rey, supo este movimiento, salió secretamente de aquella villa, y haciendo rodeos logró entrar en Toledo, donde fué recibido en triunfo, aclamándole nobles, clérigos y populares, como defensor de la patria. De esta alteración tuvo noticia don Carlos antes de partir de la Coruña: su primera tentación fué de venir en persona sobre Toledo á escarmentar ejemplarmente á los revoltosos, pero disuadiéronle sus cortesanos, ansiosos de dejar á España, pintándole la asonada como una llamarada pasajera y fugaz (1).

Pronto se trasmitió el fuego de la insurrección á Segovia, donde estalló de una manera más sangrienta. Indignada esta ciudad con la venal conducta de sus procuradores á cortes, y en efervescencia los ánimos, descargó primeramente el furor popular contra dos infelices corchetes que se atrevieron á defender al delegado de la autoridad real. Aquellos desventurados fueron uno tras otro arrastrados por el pueblo con una soga al cuello, y colgados en seguida por los pies en una horca de improviso levantada extramuros de la población. Noticiosos de este horrible caso los dos procuradores, Juan Vázquez y Rodrigo de Tordesillas, que acababan de regresar de la Coruña, el primero anduvo muy prudente en no presentarse en la ciudad; pero el segundo, ó más altivo, ó más confiado, sordo á los avisos que con loable caridad le dieron, cometió la imprudencia de acudir vestido de gala á la iglesia de San Miguel donde aquel día se hallaba reunido el ayuntamiento, á dar cuenta del desempeño de su cometido según costumbre. Tordesillas tenía contra sí, no sólo el haber votado el donativo contra las instrucciones que llevaba, sino también venir agraciado con un buen corregimiento y con un oficio de la casa de la moneda.

Sabedor el populacho de la ida de Tordesillas al ayuntamiento, congregáronse multitud de cardadores, pelaires y otros artesanos, forzaron furiosos las puertas del templo, hicieron pedazos los capítulos de las cortes que Tordesillas les entregó, y sin querer oirle se apoderaron violentamente de su persona y le llevaron á la cárcel, donde le echaron una soga á la garganta, y le sacaron arrastrando por las calles dando desaforados gritos de ¡muera el traidor! En vano el deán y el cabildo entero, revestidos todos y llevando el Santísimo Sacramento, se presentaron ante la desaforada muchedumbre. Lo que más enternecía y quebrantaba el corazón era ver á un hermano del mismo Tordesillas, fraile franciscano muy

---

(1) Mártir de Angleria, epist. 677.—MS. anónimo contemporáneo, de la Biblioteca del Escorial.—Maldonado, Comunidades de Castilla, lib. II.—Alcocer, Mejía y Sandoval, en sus respectivas historias.

grave, vestido como para celebrar el santo sacrificio y con la hostia sagrada en la mano, arrodillado, con todos los religiosos de su convento, ante la desenfrenada turba, pidiendo con lágrimas y por Jesucristo que no mataran á su hermano. Nada bastó á ablandar aquella empedernida gente. Rogábanles los sacerdotes que al menos le permitieran confesarse, y contestaban que no había más confesor para los traidores que el verdugo. Lleváronle, en fin, al lugar del suplicio, donde llegó exánime, y colgáronle por los pies de la horca entre los dos ahorcados del día precedente. Excusado es decir que el pueblo se apoderó tras esto del gobierno de la ciudad, deponiendo á las autoridades reales (1).

Zamora se alzó también al propio tiempo y por las mismas causas, con la diferencia que los procuradores, votantes también del subsidio, no pudiendo ser habidos, porque tuvieron la feliz precaución de evadirse, fueron quemados en efigie en la plaza pública, y puestos sus retratos en las casas de ayuntamiento con rótulos infamantes. Restableció allí al pronto la calma el conde de Alba de Liste, con no poco peligro de su persona, principalmente por ser el sostenedor de la revolución el obispo Acuña.

Este bullicioso prelado, que tanta celebridad alcanzó en las guerras de las comunidades, había obtenido la mitra de Zamora en Roma por concesión del papa Julio II sin propuesta y suplicación de la corona ni intervención del consejo; en cuya virtud se hizo una enérgica reclamación al pontífice, y se expidió orden al cabildo para que no le reconociese. Pero Acuña, que tenía más de guerrero que de sacerdote, y de tumultuario que de apostólico, se propuso posesionarse por fuerza del obispado, allegó la gente de armas que pudo, y con ella se hizo fuerte en la iglesia de Fuentesaúco, perteneciente á la diócesis. El consejo envió contra él al frente de algunas tropas al alcalde Ronquillo, magistrado que tenía merecida fama de adusto, de vehemente, de inexorable y de inaccesible á la compasión, y era por lo tanto tenido por el terror de los delincuentes ó acusados. Manejóse, no obstante, el obispo con tal valor y destreza y con tan buena fortuna, que después de haber mermado é inutilizado su gente al alcalde, le sorprendió una noche en su casa, le prendió fuego, se apoderó de su persona, le encerró en el castillo de Fermoselle, que era de la mesa episcopal, y se enseñoreó del obispado (2).

Muy propio el genio de este turbulento prelado para figurar en los movimientos y revueltas populares, y más aficionado al manejo de la espada que al rezo divino, mezclóse de lleno en la sublevación de Zamora. Obligado por el conde de Alba á salir de la ciudad, y no pudiendo tolerar el papel de fugitivo, revolvió luego sobre la población con trescientos hombres, fuerza al parecer insignificante para tomar una plaza fuerte y bien amurallada, de cuyo alarde se mofaba por lo tanto el victorioso con-

(1) Pero Mejía, lib. II, cap. V.—Sandoval, lib. V, párr. 31.—Colmenares, *Historia de la ciudad de Segovia*, cap. XXXVII.—MS. anónimo de la Real Academia de la Historia.

(2) En el cap. XXVI del libro anterior de nuestra historia le vemos ir enviado por el monarca, á negociar con el rey de Navarra don Juan de Albret para que no siguiese el partido del rey de Francia.

de. Pero el obispo contaba con numerosos amigos y parciales dentro y fuera de la ciudad, y alentados los zamoranos con la noticia que les llegó del levantamiento de Segovia, salieron en gran número á recibirle, franqueáronle las puertas de la plaza, y entrando en ella el belicoso prelado, apenas tuvieron tiempo para escapar por el lado opuesto el de Alba de Liste y sus adictos. Con esto quedaron el obispo y los sublevados dueños de la población (1). La ciudad de Toro siguió inmediatamente el ejemplo de Zamora.

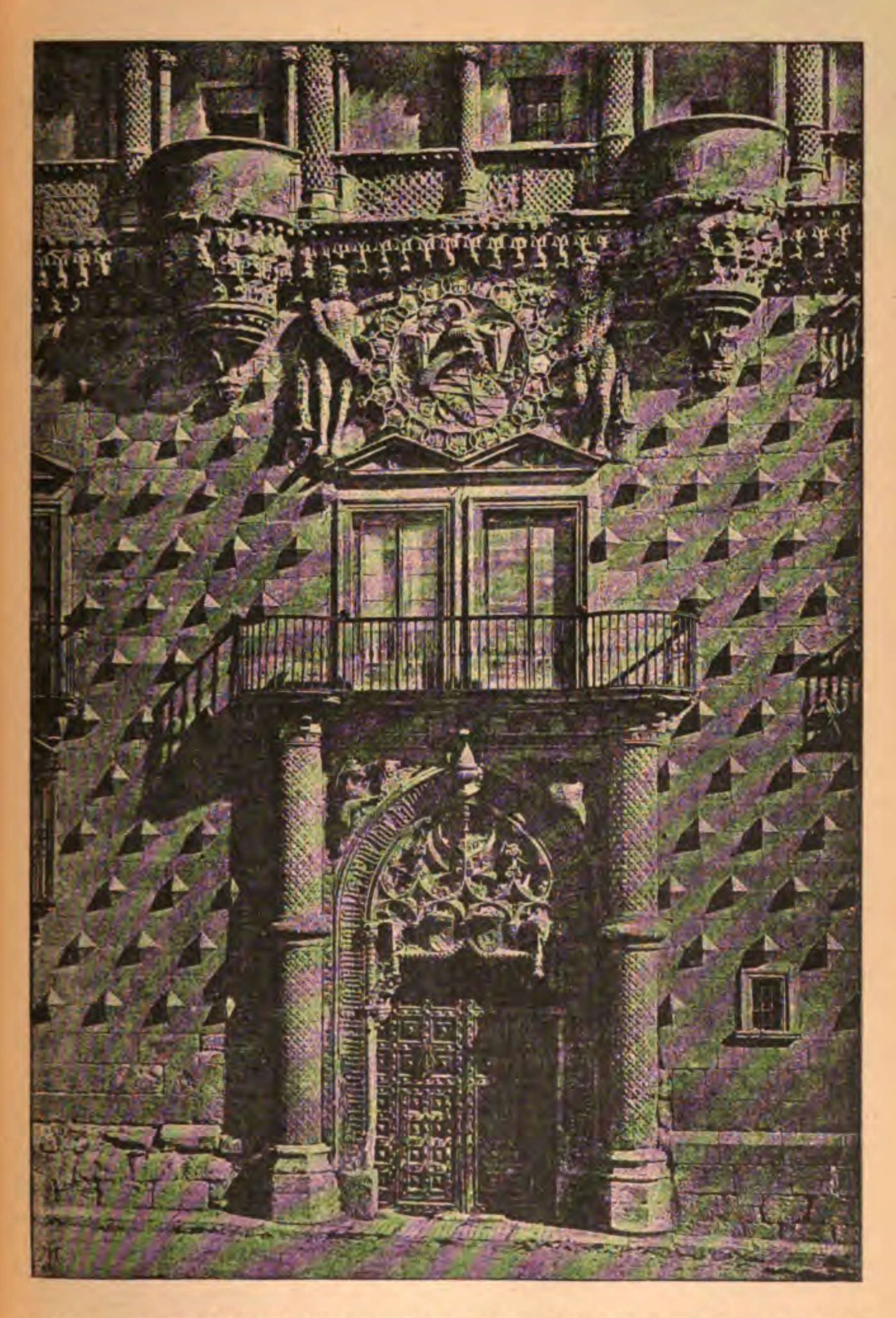
Propagábase rápidamente como voraz incendio el fuego de la insurrección. Madrid, Guadalajara, Alcalá, Soria, Ávila y Cuenca se asociaron al movimiento, en unas partes triunfando el pueblo sin resistencia, en otras, como en Madrid, teniendo que luchar y que sostener formal cerco para apoderarse del alcázar: en unos puntos transigiendo los nobles con los populares, como en Ávila; en otros, como en Guadalajara, poniéndose al frente del movimiento un caudillo de alta jerarquía tal como el conde de Saldaña: allí fueron arrasadas las casas de los procuradores á cortes, y sembrados de sal sus solares como de traidores á la patria. El alzamiento de Cuenca se señaló por un suceso horrible: el señor de Torralba, don Luis Carrillo de Albornoz, que intentó contenerle, fué objeto de pesadas burlas por parte de algunos populares: su esposa doña Inés de Barrientos disimuló y meditó una venganza abominable: fingiéndose muy amiga de los promovedores de la revuelta, los convidó una noche á cenar en su casa, los agasajó espléndidamente, los embriagó, les dió camas para dormir, y cuando los había tomado el letargo del primer sueño, los envió al eterno descanso haciéndoles coser á puñaladas. Al día siguiente amanecieron aquellos desgraciados colgados de los balcones, pero el pueblo, enfurecido á la vista del horrendo espectáculo, cometió á su vez cuantos atentados sugieren la ira y el encono á una plebe irritada (2).

Extrañábase ya la quietud de Burgos, pero poco tuvieron que esperar los impacientes. La prisión de dos artesanos hecha por el corregidor á consecuencia de unas palabras dichas con cierta altivez, sublevó al pueblo contra aquella autoridad, allanáronle su casa, le quemaron las joyas, intentaron extraerle del convento de San Pablo en que se había refugiado, y tuvo que dejar la vara de la justicia, que hicieron tomar á un hermano del obispo Acuña. Ensañáronse allí los tumultuados, como era de esperar, contra los votantes del impuesto, y más especialmente contra el procurador Ruiz de la Mota, el hermano del obispo de Badajoz, señalados y decididos parciales ambos del gobierno y de la corte, así como contra otros anteriores diputados de quienes se decía que habían mirado más por sus propios intereses que por los del reino. Vengábanse los revoltosos en demolerles las casas, quemando antes las alhajas y muebles, en lo cual mostraban más ira y encono que deseo de pillaje y de enriquecerse con

---

(1) Sandoval, Hist. del Emperador, libs. V y VI. – Maldonado, Movimiento de España, lib. V.—Cartas de Fr. Antonio de Guevara. – Cabezudo, Antigüedades de Simancas, MS.

(2) Rico, *Hist. de la ciudad de Cuenca*, págs. 94 y siguientes.—Sandoval, libro VI.



PORTADA DEL PALACIO DEL INFANTADO (GUADALAJARA). — COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA

lo ajeno, cosa extraña en tales desbordamientos, y más mezclándose en ellos tanta gente plebeya y pobre.

Congregóse al amanecer del siguiente día á voz de pregón una inmensa muchedumbre, hombres de todas las clases de la sociedad, inclusos eclesiásticos y caballeros, armados todos de lo que cada cual pudo haber á las manos, y en tropel acometieron el alcázar con tal furia, que á pesar de haberles hecho traición los dos caudillos que habían elegido, se apoderaron por asalto de la fortaleza. Discurriendo después frenéticamente por las calles, desahogaron su furor reduciendo en pocas horas á escombros unas magníficas casas que había levantado y tenía adornadas con ostentoso lujo un francés llamado Jofre, de quien era fama que había medrado grandemente en poco tiempo con el favor de la corte, diciendo que insultaba á los pobres tanta riqueza amontonada á costa de la sangre y de los tributos del pueblo. Escondido primeramente Jofre, y protegido después por algunos nobles y por el embajador de Francia, hubiera podido fugarse sin daño de su persona si al hacerlo no hubiera cometido la imprudencia de decir con arrogante tono á dos menestrales que encontró al paso: «Decid á los marranos burgaleses que yo reedificaré mi casa poniendo sus huesos por cimientos y dos cabezas por cada piedra que de ella han arrancado (1).» Pusieron aquellos hombres en conocimiento del pueblo la altiva amenaza que habían oído, irritáronse más los burgaleses, salieron en persecución del francés, alcanzáronle en la aldea de Atapuerca, y sin que le valiera el embajador de la legación, ni la mediación de un sacerdote con la custodia en la mano, ni la intervención del corregidor Osorio, sino para que no le asesinaran en el acto, lleváronle á la cárcel de Burgos; pero á poco tiempo asaltaron la prisión, le echaron una soga al cuello, y le arrastraron hasta la plaza, donde le colgaron de los pies, haciendo, para mayor escarnio de la justica, que el corregidor firmara la sentencia de muerte sentado en la escalera misma del cadalso. Por fortuna los excesos de la plebe cesaron en gran parte con el nombramiento que después se hizo para corregidor de Burgos en el condestable don Íñigo de Velasco, con cuya influencia tomó tan distinto rumbo el movimiento, que los hombres más populares, como el doctor Zumel, se fueron apartando del pueblo y poniéndose del lado de los nobles.

Las causas que habían motivado tales levantamientos en estas y otras ciudades de Castilla las hemos indicado ya: las tiranías y las rapacidades de los ministros flamencos; la venta de los oficios públicos y la provisión de los más altos empleos y dignidades en extranjeros; la pronta ausencia de un rey á quien todavía no habían tenido ni tiempo ni motivos para

(1) *Marrano* era en aquel tiempo una palabra injuriosa, muy comunmente usada por el vulgo, con que se designaba á los malos cristianos y á los descendientes de judíos. Era corruptela de la voz *marhanata*.—Maldonado, Movimiento de España, lib. II.

El presbítero Maldonado es el que cuenta con más minuciosidad el alzamiento de Burgos y los diferentes giros que se le fué dando. Su obra titulada *El Movimiento de España*, una de las más útiles para estudiar el espíritu y carácter de esta revolución de Castilla, fué escrita en latín, y ha sido traducida al castellano y publicada por el entendido bibliotecario del Escorial don José de Quevedo, enriquecida con interesantes notas sacadas de los preciosos manuscritos de la biblioteca de aquel monasterio.

amar, y el temor de que tras él emigrasen á extrañas tierras los pocos caudales que ya dejaban en España: la desusada reunión de cortes en Galicia; el exorbitante pedido extraordinario después del gran servicio que acababan de otorgarle en Valladolid; y por último, la venal conducta de los procuradores en las cortes de Santiago y la Coruña. Así el carácter de estos movimientos era la irritación y el encono popular contra los causadores de su empobrecimiento y de sus males: y en medio de los excesos desmanes y crímenes á que se suelen entregar los pueblos en tales desbordamientos, el grito que comunmente se oía era el de *¡Viva el rey, y mueran los malos ministros!* Algunos invocaban el nombre de la reina doña Juana, y pocos, los más exaltados, recordaban y citaban el gobierno de las repúblicas italianas. Pero las representaciones de Segovia, de Toledo, de Guadalajara y de Burgos al regente ó al emperador, eran en el primer sentido respetuosas al monarca, y pidiendo la reforma de los abusos y la conservación de las libertades y privilegios del reino. Aunque en lo general era la plebe la más tumultuosa y acalorada, mezclábase con ella en muchas partes el clero, y jugaban en la sublevación no pocos nobles. Veremos si de parte de los gobernantes hubo la suficiente prudencia para sosegar y acallar estos movimientos.

CAPÍTULO III

LA JUNTA DE ÁVILA

1520

Providencias del regente y del consejo.—Envían al alcalde Ronquillo contra Segovia.—Juan Bravo, capitán de los segovianos.—Acude en su auxilio Juan de Padilla y derrotan á Ronquillo.—Alzamiento de Salamanca, León, Murcia y otras ciudades.—Fonseca y Ronquillo marchan contra Medina del Campo.—Horroroso incendio de Medina.—Defensa heroica de los medineses.—Notable y lastimosa carta de Medina á Valladolid.—Enérgica y elocuente carta de Segovia á Medina.—Nuevos y terribles alborotos en Valladolid y Burgos.—Reunión de los procuradores de las ciudades en Ávila: la *Santa Junta.*—Padilla, capitán general de las comunidades.—Depone la Junta al regente y consejo.—Trasládase á Tordesillas.—La reina doña Juana.—Prosperidad de los comuneros.—Cómo la malograron.—Memorial de capítulos que la Junta envió al rey.—Peligro que corrieron los portadores.—Nombra el emperador nuevos regentes.—El condestable y el almirante.—Decláranse los nobles contra la causa popular.—El condestable en Burgos: el cardenal Adriano en Rioseco: reunión de grandes.—División entre los comuneros.—Noble y conciliadora conducta del almirante.—Promesas que hace á la Junta.—Negociaciones frustradas.—Causas por qué se irritaron de nuevo los comuneros.—Apercíbense todos para la guerra.

Conocido era ya y usado de antiguos tiempos en Castilla el nombre de hermandades, según en diversos lugares de nuestra historia ha podido verse, aplicado á las federaciones y alianzas que las ciudades y concejos solían formar entre sí para resistir de común acuerdo á las invasiones de la corona ó á la opresión de la nobleza, y para defender armadas sus fueros, libertades y costumbres, contra todo poder que intentara atacarlas ó lastimarlas. Dióse ahora el nombre de *comunidades* á las ciudades y po-

blaciones que se levantaron y empuñaron las armas para vengar los agravios recibidos de los ministros extranjeros del rey Carlos, y el comportamiento más interesado que patriótico de los procuradores á cortes, y se llamó *comuneros* á todos los que defendían el movimiento popular, porque á la voz de comunidad se habían alzado.

Regresando de la Coruña el regente Adriano y el consejo real, supieron en Benavente el levantamiento de Segovia. Llegado que hubieron á Valladolid, y tratado en junta el medio que convendría emplear para atajar más brevemente una revolución que se presentaba con síntomas graves, prevaleció el voto de los que preferían el rigor y la dureza á la templanza y la blandura: á ellos se adhirió el cardenal regente, y en su virtud se dió la comisión de someter á Segovia y se nombró pesquisidor al alcalde Rodrigo Ronquillo, el mismo á quien había tenido el obispo Acuña preso en Fermoselle, poniendo á su disposición mil hombres montados. No podía haberse encomendado la empresa á persona menos á propósito para traer á la sumisión y obediencia á los segovianos, que más que nadie habían experimentado su ruda crueldad en el tiempo que le tuvieron por juez. Así fué que su nombramiento bastó para que los menos dados á revueltas hiciesen causa con los revoltosos. La ciudad amenazada escribió á otras de Castilla, nombró por capitán de la comunidad á Juan Bravo, y en su irritación y para mostrar su poco miedo hizo levantar una horca en medio de la plaza, que se barría y regaba todos los días, para colgar en ella á Ronquillo. Situóse éste con su gente en Santa María de Nieva, y alguna vez se adelantó hasta Zamarramala, donde pregonó por rebeldes y traidores á los que le impedían la entrada en la ciudad. Vengábase el feroz alcalde, ya que otros triunfos no alcanzaba, en ahorcar á algunos que caían en su poder en las escaramuzas con que le molestaban los segovianos, ó á los que llevaban víveres á la población. Así estuvieron hasta que llegó de Toledo el comunero Juan de Padilla, con dos mil infantes y doscientos caballos, y de Madrid Juan Zapata con cincuenta jinetes y cuatrocientos peones. Alentados con este socorro los de Segovia mandados por Juan Bravo, acometieron los tres caudillos denodadamente las tropas del alcalde, las cuales se desbandaron á la aproximación de los comuneros, y Ronquillo huyendo á todo correr no paró hasta Arévalo, su patria (1).

El peligro de Segovia y la elección de una persona tan aborrecida como Ronquillo aceleró, si no ocasionó, el alzamiento de otras ciudades, tal como Salamanca, donde á pesar de la oposición de los caballeros y nobles venció el pueblo que quería socorrer á los segovianos, y quedó enseñoreando la ciudad un curtidor llamado Villoria, mientras don Pedro Maldonado Pimentel salió á campaña capitaneando la gente de armas. En León acaloraba al pueblo el prior del convento de Santo Domingo, ensalzando las hazañas de los comuneros, y ayudó á la explosión la enemistad de la ilustre familia de los Guzmanes con el conde Luna, uno de los pro-

(1) Maldonado, Movimiento de España, lib. III.—Mejía, Hist. de las comunidades, lib. II.—Sandoval, lib. V.—Colmenares, Hist. de la ciudad de Segovia, capítulos XXXVII y XXXVIII.

curadores de las cortes de Galicia, el cual tuvo que salir huyendo de la ciudad por haber abrazado la causa popular los Guzmanes. En Murcia se inauguró la rebelión con el asesinato del corregidor y de algunos alguaciles: y el alcalde de corte Leguizama, parecido á Ronquillo en lo desconsiderado y cruel, que fué enviado para procesar á los alborotadores, manejóse con tan poca prudencia y cordura que enconó doblemente los ánimos, y tuvo al fin que abandonar presurosamente la ciudad temeroso de morir quemado en ella según las amenazas que propalaban sin rebozo los amotinados (1).

Empeñados el regente y los del consejo en castigar á Segovia, pidieron á los de Medina del Campo la artillería que se guardaba en aquella población, á lo cual contestaron con entereza los medineses, conociendo el objeto, que de ninguna manera consentirían en entregar los cañones para emplearlos contra sus hermanos; y conduciendo las piezas á la plaza, les quitaron las ruedas y cureñas para que fuese más difícil sacarlas. En su vista el gobernador y consejo dieron orden á don Alonso Fonseca, general nombrado por el rey, y hermano del obispo de Burgos, para que en unión con Ronquillo pasase á Medina á apoderarse por fuerza de la artillería. Cuando los moradores de aquella rica ciudad vieron acercarse las tropas reales (21 de agosto, 1520), pusiéronse en actitud de defensa y tomaron las avenidas de las calles que desembocan en la plaza. Comerciantes como eran los más, batiéronse vigorosamente con las tropas de Fonseca. Reducidos por éstas al recinto de la plaza, juraron todos que antes perecerían ellos y sus hijos y esposas que consentir en que se sacase un solo cañón. Indignado Fonseca de tan heroica y tenaz resistencia, apeló á uno de aquellos medios crueles que deshonran siempre á un guerrero. Hizo arrojar alcancías de alquitrán sobre las casas y edificios, apoderóse el fuego de ellos, el convento de San Francisco quedó pronto reducido á cenizas, ardían manzanas enteras de casas, las llamas de aquella inmensa hoguera parecía subir hasta el cielo y alumbraban las poblaciones de la comarca, las mujeres y los niños discurrían por las calles despavoridos y desnudos dando lamentos tiernos y horribles, y los medineses, como otros saguntinos, veían impávidos arder sus moradas, devorar las llamas sus riquezas, perecer sus haciendas y sus hijos, antes que rendirse al incendiario Fonseca y al feroz Ronquillo, que al fin se vieron precisados á retirarse, con afrenta, de la ciudad, sin otro fruto que la rapiña de la soldadesca, y el baldón de haber sido rechazados después de haber destruído la ciudad más opulenta de Castilla.

Medina había sido hasta entonces el emporio del comercio, el gran mercado del reino, y el principal depósito de las mercaderías extranjeras y nacionales, de paños, de sedas, de brocados, de joyería y tapicería; sus tres ferias anuales tenían fama en todo el mundo: todo pereció en aquel día de desolación: de setecientas á novecientas casas fueron consumidas por las llamas (2). Nada pinta más al vivo este horrible suceso que algu-

---

(1) Cascales, Discursos históricos de Murcia, disc. XIII.—Sandoval, lib. VI.

(2) Con muy poca variedad en los pormenores cuentan este lamentable y horroroso suceso los autores siguientes: Maldonado, en el Movimiento de España, lib. III.—

nos períodos de la elocuente y patética carta que la ciudad de Medina dirigió á la de Valladolid al día siguiente de la catástrofe. «Después que no hemos visto vuestras letras, ni vosotros, señores, habéis visto las nuestras, han pasado por esta desdichada villa tantas y tan grandes cosas, que no sabemos por do comenzar á contarlas. Porque, gracias á Nuestro Señor, aunque tuvimos corazón para sufrirlas, pero no tenemos lenguas para decirlas. Muchas cosas desastradas leemos haber acontecido en tierras extrañas, muchas hemos visto en nuestras tierras propias, pero cosa como la que aquí ha acontecido á la desdichada Medina, ni los pasados ni los presentes la vieron acontecer en toda España...» Refieren la ida de Fonseca y Ronquillo y la defensa heroica de los habitantes, y prosiguen: «Por cierto, señores, el hierro de nuestros enemigos en un mismo punto hería en nuestras carnes, y por otra parte el fuego quemaba nuestras haciendas. Y sobre todo veíamos delante nuestros ojos que los soldados despojaban á nuestras mujeres y hijos. Y de todo esto no teníamos tanta pena como de pensar que con nuestra artillería querían ir á destruir á la ciudad de Segovia, porque de corazones valerosos es los muchos trabajos propios tenerlos en poco y los pocos ajenos tenerlos en mucho..... No os maravilléis, señores, de lo que os decimos, pero maravillaos de lo que os dejamos de decir. Ya tenemos nuestros cuerpos fatigados de las armas, las casas todas quemadas, las haciendas todas robadas, los hijos y las mujeres sin tener do abrigarlos, los templos de Dios hechos polvo, y sobre todo tenemos nuestros corazones tan turbados que pensamos tornarnos locos..... El daño que en la triste Medina ha hecho el fuego, conviene á saber, el oro, la plata, los brocados, las sedas, las joyas, las perlas, las tapicerías y riquezas que han quemado, no hay lengua que lo pueda decir, ni pluma que lo pueda escribir, ni hay corazón que lo pueda pensar, ni hay seso que lo pueda tasar, ni hay ojos que sin lágrimas lo puedan mirar: porque no menos daño hicieron estos tiranos en quemar á la desdichada Medina, que hicieron los griegos en quemar la poderosa Troya..... Entre las cosas que quemaron estos tiranos fué el monasterio del señor San Francisco, en el cual se quemó de toda la sacristía infinito tesoro, y agora los pobres frailes moran en la huerta, y salvaron el Santísimo Sacramento cabe la noria en el hueco de un olmo. De lo cual todo podéis, señores, colegir que los que á Dios echan de su casa, mal dejarán á ninguno en la suya. Es no pequeña lástima decirlo, y sin comparación es muy mayor verlo, conviene á saber, á las pobres viudas y á los tristes huérfanos y á las delicadas doncellas, como antes se mantenían de sus propias manos en sus casas propias, agora son constreñidas á entrar por puertas ajenas. De manera que por haber Fonseca quemado sus haciendas, de necesidad pondrán otro fuego á sus famas. Nuestro Señor guarde sus muy magníficas personas. De la desdichada Medina á veinte y dos de agosto, año de mil quinientos y veinte.»

Pero Mejía en el lib. II.—Sandoval, lib. V, párr. 54.—Sepúlveda, Hist. de Carlos V, libro II.—El Lic. Cabezudo en las Antigüedades de Simancas, MS.—López Osorio, Historia del principio, de la grandeza y caída de Medina, MS.—Colmenares, *Hist. de Segovia*, cap. XXXVIII.—Argensola, Anales de Aragón.—Méndez Silva, Población general de España.—Sangrador, *Hist. de Valladolid*, y otros muchos.

Tan pronto como Segovia supo el desastre de Medina, sufrido principalmente por evitar su destrucción, dirigió á los medineses una enérgica carta de agradecimiento, en que, entre otras cosas, se leen las siguientes vigorosas frases: «Nuestro Señor nos sea testigo, que si quemaron desa villa las casas, á nosotros abrasaron las entrañas, y que quisiéramos más perder las vidas, que no se perdieran tantas haciendas. Pero tened, señores, por cierto, *que pues Medina se perdió por Segovia, ó de Segovia no quedará memoria, ó Segovia vengará la su injuria á Medina*..... Nosotros conocemos que, según el daño que por nosotros, señores, habéis recibido, muy pocas fuerzas hay en nosotros para castigarlo. Pero desde aquí decimos, *y á la ley de cristianos juramos, y por esta escritura prometemos, que todos nosotros por cada uno de vosotros pornemos las haciendas é aventuraremos las vidas;* y lo que menos es que todos los vecinos de Medina libremente se aprovechen de los pinares de Segovia cortando para hacer sus casas madera. Porque no puede ser cosa más justa que pues Medina fué ocasión que no se destruyese con la artillería Segovia, que Segovia dé sus pinares con que se repare Medina..... (1).»

Más es de sentir que de extrañar que en una población que acababa de sufrir tan rudo ultraje se cometieran algunos desmanes y excesos, y que un hombre grosero y bajo, pero fogoso, resuelto y audaz, tal como el tundidor Bobadilla, llegara á tomar ascendiente en la gente del pueblo, y la manejara por algún tiempo á su antojo, y se hiciera en todo su voluntad, que de esto sucede comunmente en las revoluciones populares (2).

El incendio de Medina encendió también en ira y enojo los corazones de los castellanos. Muchas ciudades le enviaban á un tiempo el pésame por su desgracia y la enhorabuena por su triunfo. Valladolid, el asiento del gobierno, movida á lástima y á indignación con la carta de los medineses, rompió el freno de la subordinación, sonó de nuevo á rebato la campana de San Miguel, y por más esfuerzos que hicieron el obispo de Osma y el conde de Benavente, no pudieron evitar que se armaran cinco ó seis mil brazos, y que acometieran y destrozaran las casas del opulento comerciante Portillo, de los últimos procuradores á cortes, de los regidores de la ciudad que pasaban por adictos á los flamencos, del destructor de Medina don Alonso Fonseca, no dejando en ellas ni piedra, ni teja, ni madero, complaciéndose en ver cómo ardían á las puertas de las casas los muebles, las joyas, las telas y brocados arrojados antes por las ventanas y balcones. Dominábalos siempre más la idea de la destrucción que la del robo y el saqueo, porque «hasta las gallinas, como dice el historiador obispo de Pamplona, arrojaban á las llamas.» No se hallaban allí ni el general Fonseca ni el alcalde Ronquillo. No contemplándose seguros en Castilla, ganaron la frontera de Portugal y se embarcaron para Flandes á contar al emperador su vencimiento y su deshonra. Asombrados el cardenal regente y el consejo, ni acertaban á deliberar ni se atrevían á juntarse

---

(1) Estas cartas las conoció ya Sandoval, y las inserta en los libros V y VI de su Historia del emperador Carlos V.

(2) De este Bobadilla, dice el obispo Sandoval con cierta donosa sencillez, «que tomó luego casa, puso porteros, *y se dejaba llamar señoría* » Lib. VI, párrafo 1.

siquiera, y Adriano se disculpaba con no haber mandado él el incendio de Medina, y para justificarse con el pueblo mandó licenciar las tropas de Fonseca.

Volvieron en Burgos á levantar cabeza los populares. El anciano prelado de aquella ciudad, hermano del incendiador de Medina, tuvo que andar fugitivo de pueblo en pueblo, después de haber visto destruir su palacio, buscando hospitalidad entre los clérigos de su diócesis. Con no menos furor descargaron sus odios los comuneros de Palencia sobre todo lo que pertenecía á su obispo, don Pedro Ruiz de la Mota, que lo era antes de Badajoz, y se hallaba á la sazón en Flandes; el mismo que en las cortes de Santiago y la Coruña había hecho el panegírico del rey en los discursos de las sesiones regias. Al alzamiento de Palencia precedió la muerte en garrote dada por los del consejo á un fraile agustino que había ido á excitar á los populares. El fuego de la insurrección se trasmitió á las poblaciones de Extremadura y Andalucía, á Cáceres y Badajoz, á Sevilla, Jaén, Úbeda y Baeza, si bien en estas últimas tuvo más carácter de guerra de familias entre los nobles y magnates.

A este tiempo ya las ciudades sublevadas habían acordado, á excitación de Toledo, y para dar al movimiento impulsión y unidad, enviar sus representantes ó procuradores á un punto céntrico, y fué designada por parecer el más á propósito la ciudad de Ávila. Dióse á esta congregación el nombre de *Junta Santa* (1). En esta asamblea había representantes de todas las clases del Estado: caballeros nobles como los Fajardos, los Ulloas, los Maldonados y los Ayalas; priores de las órdenes, canónigos y abades; doctores y letrados; artesanos y plebeyos, representados por un frenero de Valladolid, por un lencero de Madrid y por un pelaire de Ávila. Nombróse presidente de la Junta al caballero toledano don Pedro Laso de la Vega, y caudillo de las tropas de las comunidades á Juan de Padilla, que en 1518 había sido nombrado por don Carlos capitán de gente de armas (2), hombre de unos treinta años, de gallarda presencia, de limpia sangre, de ánimo esforzado, de sentimientos patrióticos, de amable condición y muy querido del pueblo.

Los objetos á que había de consagrarse la Junta los había expresado ya Toledo en su carta á las demás ciudades. «En aquella Santa Junta, decía, no se ha de tratar sino el servicio de Dios. Lo primero la fidelidad del rey nuestro señor. Lo segundo, la paz del reino. Lo tercero, el remedio del patrimonio real. Lo cuarto, los agravios hechos á los naturales. Lo quinto, los desafueros que han hecho los extranjeros. Lo sexto, las tiranías que han intentado algunos de los nuestros. Lo séptimo, las imposiciones y cargas intolerables que han padecido estos reinos. De manera que para destruir estos siete pecados de España se inventasen siete remedios en aquella Santa Junta..... etc. (3).» Y como el nombramiento de un extranjero para regente del reino era una infracción de las leyes de

(1) Es lo que los escritores extranjeros suelen denominar la Santa Liga.

(2) Archivo de Simancas, donde existe el despacho original, y Colección de documentos inéditos, t. I.

(3) Inserta la carta íntegra Sandoval en el lib. VI, párr. 13.

Castilla y una ofensa hecha al orgullo y al pundonor nacional, la primera deliberación fué declarar caducada la jurisdicción del cardenal Adriano y del consejo real, constituyéndose la Junta en autoridad superior sin que los artificios y lisonjas del cardenal y de los consejeros alcanzasen á hacer variar esta resolución suprema, de lo cual y de todos los sucesos dió cuenta el gobierno caído al emperador, diciéndole entre otras cosas: «Que queramos poner remedio en todos estos daños, nosotros por ninguna manera somos poderosos: porque si queremos atajarlo por justicia, no somos obedecidos; si queremos por maña y ruego, no somos creídos; si queremos por fuerza de armas, no tenemos gente ni dineros (1).»

Acordáronse entonces el débil regente y los desautorizados consejeros y volvieron la vista á la reina doña Juana, quince años hacía encerrada en Tordesillas, ajena á todos los negocios y aun á todos los sucesos que el reino había presenciado desde la muerte de la Reina Católica su madre, y á ella apelaron para que firmase algunas provisiones contra los comuneros. Aquella desventurada señora se halló sorprendida de verse visitada en su retiro, y de que la despertasen de la especie de sueño letárgico en que había vivido tantos años, hablándole de cosas para ella completamente ignoradas. Hubieran tal vez los consejeros obtenido las firmas de la reina, si en medio de estas negociaciones no se hubieran apresurado los caudillos de las comunidades, Juan de Padilla y Juan Bravo, á apoderarse de la villa de Tordesillas y á hablar á doña Juana, que los recibió con benevolencia, y aun con agasajo. Hízole Padilla una triste pintura de los males que aquejaban al reino desde la muerte de su padre, y antes y después de la partida de su hijo, y de la imponente actitud que para remediarlos habían tomado los pueblos de Castilla. Parece cierto que la Providencia concedió á la infeliz doña Juana en aquella ocasión algunos momentos de lucidez, y que hablando más en razón de lo que podía esperarse, manifestó que á haberlo sabido hubiera procurado poner remedio á tamaños males. Más ó menos recobradas sus facultades intelectuales, Padilla alcanzó un nombramiento de capitán general por la reina, y el consentimiento de que se trasladase la Santa Junta á Tordesillas, cosa que daba grande autorización, cualquiera que fuese el verdadero estado de la reina, á las determinaciones del gobierno central de los comuneros. La reina se mostraba contenta con unos agasajos y ceremonias de respeto á que no estaba acostumbrada, y parecía distraerse en los torneos y otros festejos con que la obsequiaron, si bien tardó muy poco en volver á su habitual melancolía, y no hubo ya medio de conseguir que pusiese su firma en los despachos.

Instalada la Junta en Tordesillas, movióse el capitán toledano con su gente á Valladolid, donde fué recibido en triunfo por los populares. De los consejeros fugáronse unos y se escondieron otros, y á algunos pudo haber y los redujo á prisión, excepto al cardenal de Tortosa, á quien dejó libre por respetos á su alta dignidad, y porque él solo no era ni ofensivo ni

(1) Las ciudades cuyos representantes se juntaron en Ávila, fueron: Toledo, Madrid. Guadalajara, Soria, Murcia, Cuenca, Segovia, Ávila, Salamanca, Toro, Zamora, León, Valladolid, Burgos y Ciudad Rodrigo.

temible. Cogió el sello real, y llevando presos á los consejeros, dió la vuelta á Tordesillas por Simancas, cometiendo el error de no tomar y guarnecer esta última villa, fuerte por su posición en una eminencia sobre el Duero, por sus muros y por su buen castillo (1), con lo cual hubiera podido tener asegurada y expedita toda la línea desde Valladolid hasta Zamora, y hubiera impedido el grande apoyo que en esta población, casi la única de Castilla enemiga de los comuneros, tuvieron después los imperiales. Bien que mayor yerro fué haberse establecido la Santa Junta en Tordesillas, y no en una ciudad y plaza más fuerte, donde hubieran podido trasladar la reina, y estar á cubierto de un golpe de mano como el que luego sufrieron.

Mientras la reina dió señales de no tener tan perturbado el juicio y tan extraviada la razón como antes, los procuradores le expusieron por medio del doctor Zúñiga de Salamanca, las calamidades con que habían afligido al reino los extranjeros que habían rodeado al rey su hijo, las causas del levantamiento de las ciudades, y lo dispuestos que estaban todos á sacrificarse por su reina, rogando les ayudase en la santa empresa de restaurar sus libertades y reparar sus vejaciones (setiembre, 1520). Ella lo prometía así, y aun dicen que manifestaba extrañeza de que los castellanos no hubieran tomado más pronta venganza de los flamencos. Teníase á milagro verla hablar con tal cordura, volaba por todas partes la noticia de no estar ya loca doña Juana, y todos se entregaron al regocijo (2). Mas todo se trocó en abatimiento y desánimo cuando se supo que la reina había vuelto á su anterior estado de enajenación mental.

En tal situación, y cuando parecía asegurado el triunfo de los comuneros, puesto que toda Castilla se había alzado en el propio sentido, que las tropas reales habían sido batidas y sus caudillos se habían refugiado á extrañas tierras, que el rey se encontraba ausente y aun no había tomado medidas de represión, que el regente y los consejeros andaban ó fugitivos ú ocultos, los que no estaban á buen recaudo, que no tenían ni autoridad, ni ejército, ni dinero; cuando las comunidades habían vencido todos los materiales obstáculos, dominaban en el reino, tenían á la reina en su poder, y parecía no faltarles más que organizar un gobierno vigoroso y enérgico, entonces fué cuando comenzaron á flaquear, dejando á medio hacer la obra y á medio camino la jornada, y mostrando que aquellos hombres tan impetuosos para los sacudimientos y tan esforzados para la pelea, carecían de cabeza para dirigir, de energía para organizar la revolución y de talento para gobernar. La primera providencia de la Junta mandando comparecer á los diputados de las cortes de la Coruña, para dar cuenta del uso que habían hecho de sus poderes, era muy fundada en

---

(1) El que hoy está destinado á archivo nacional.

(2) Se ha puesto en duda y Sandoval lo indica ya, refiriéndose á Pero Mejía, el hecho de haber recobrado su razón la reina doña Juana en aquellos días, pero Alcocer y el mismo Sandoval, en el lib. VI, párr. 30 de su Historia, insertan íntegro el testimonio público que se sacó de todo lo que pasó y se trató entre la reina y los procuradores, redactado con tal extensión y tales pormenores que parece no dejar duda de su autenticidad.

justicia, pero completamente ineficaz, puesto que debía suponerse que los que andaban huídos por no verse arrastrados por el pueblo no habían de ir á entregar sus cabezas al fallo y á la cuchilla de un tribunal. Cuando doña Juana volvió á caer en su demencia, no se les alcanzó cómo suplir su falta, y no les ocurrió llamar á su hijo el infante don Fernando, criado en España y querido de los españoles, que puesto al frente del gobierno hubiera podido consolidar la revolución, y tal vez inhabilitar para lo sucesivo á su hermano. Tampoco supieron interesar en su causa á la nobleza, pues aunque una parte de ella en el principio les favoreciese, y otra permaneciese inactiva, naturalmente había de ladeárseles para acabar por hacérseles contraria, no sólo por haber dejado las ciudades y villas á discreción de la plebe, con sus feroces instintos y sus tendencias á los desmanes y excesos cuando no hay freno que la contenga en los momentos de desbordamiento, sino también por el afán de establecer una inoportuna igualdad, y de despojar á la clase noble de privilegios y títulos, de los cuales, siquiera fuese por abuso respecto á muchos de ellos, estaban en posesión, y no era aquella ocasión de despojar, sino de atraer.

La Santa Junta, en vez de reformar, obrando ya como autoridad suprema, los abusos de que se lamentaba, y de reparar los agravios que el reino sufría, se limitó á usar el tono de súplica, dirigiendo al rey una larga carta (20 de octubre, 1520), refiriéndole todo lo acontecido en Castilla desde su ausencia, y á la cual acompañaba en forma de memorial un extenso catálogo de los capítulos que el reino pedía, y de los agravios y vejaciones que había sufrido, y que le suplicaba remediase. En este importantísimo documento, al paso que se ve la debilidad á que se condenó á sí misma la Junta, se descubre el respeto que siempre quiso guardar á la persona del monarca y á la institución, los graves motivos que había tenido el pueblo para su alzamiento, y la justicia con que pedía la reparación de sus agravios y de sus vulnerados derechos. Bastará para patentizarlo el extracto de los capítulos que nos parecen más importantes.

«Que el rey volviera pronto al reino para residir en él como sus antecesores, y que procurara casarse cuanto antes para que no faltara sucesión al Estado:—Que cuando viniera no trajera consigo flamencos, ni franceses, ni otra gente extranjera, ni para los oficios de la real casa, ni para la guarda de su persona, ni para la defensa de los reinos:—Que se suprimieran los gastos excesivos, y no se diera á los grandes los empleos de hacienda ni del patrimonio real:—Que los gobernadores puestos en su ausencia fuesen naturales de Castilla, y á contentamiento del reino:—Que no se cobrara el servicio votado por las cortes de la Coruña contra el tenor de los poderes que llevaban los diputados, ni otras imposiciones extraordinarias:—Que á las cortes se enviasen tres procuradores por cada ciudad, uno por el clero, otro por la nobleza, y otro por la comunidad ó estado llano:—Que *los procuradores que fueren enviados á las cortes*, en el tiempo que en ellas estuvieren, antes ni después, *no puedan por ninguna causa ni color que sea, recibir merced de Sus Altezas, ni de los reyes sus sucesores que fueren en estos reinos, de cualquier calidad que sea, para sí, ni para sus mujeres, hijos ni parientes, so pena de muerte y perdimiento de bienes..... Porque estando libres los procuradores de codicia, y*

sin esperanza de recibir merced alguna, entenderán mejor lo que fuere servicio de Dios, de su rey y bien público...:—Que no se sacara de estos reinos oro ni plata, labrada ni por labrar.—Que separara los consejeros que hasta allí había tenido y tan mal le habían aconsejado, para no poderlo ser más en ningún tiempo, y que tomara á naturales del reino, leales y celosos, que no antepusieran sus intereses á los del pueblo:—Que se proveyeran las magistraturas en sujetos maduros y experimentados, y no en los recién salidos de los estudios:—Que los alcaldes fueran residenciados cuando dejaran las varas, y que no hubiera corregidores sino en las ciudades y villas que los pidieren:—Que á los contadores y oficiales de las órdenes y maestrazgos se tomara también residencia para saber cómo habían usado de sus empleos, y para castigarlos si lo mereciesen:—Que no se consintiera predicar bulas de cruzada ni de composición, sino con causa verdadera y necesaria, vista y determinada en cortes; y que los párrocos y sus tenientes amonesten, pero no obliguen á tomarlas:—Que á ninguna persona, de cualquier clase y condición que fuese, se dieran en merced indios para los trabajos de las minas y para tratarlos como esclavos, y se revocaran las que se hubiesen hecho:—Que se revocaran igualmente cualesquiera mercedes de ciudades, villas, vasallos, jurisdicciones, minas, hidalguías, expectativas, etc., que se hubieren dado desde la muerte de la Reina Católica, y más las que habían sido logradas por dinero y sin verdaderos méritos y servicios; que no se vendieran los empleos y dignidades; y que se despidiera á los oficiales de la real casa y hacienda que hubieran abusado de sus empleos, y enriquecídose con ellos más de lo justo con daño de la república ó del patrimonio:—Que todos los funcionarios públicos desde el tiempo del Rey Católico dieran cuenta de sus cargos ante personas nombradas por el rey y por el reino:—Que todos los obispados y dignidades eclesiásticas se dieran á naturales de estos reinos, hombres de virtud y de ciencia, teólogos ó juristas, y que residan en sus diócesis:—Que se anulara la provisión del arzobispado de Toledo hecha en extranjero sin ciencia ni edad, á quien podía dar las rentas que quisiere en otra parte; y que los clérigos no entendieran en causas criminales contra seglares:—Que hiciera restituir á la corona cualesquiera villas, lugares, fortalezas ó territorios que retuviesen los particulares contra lo mandado y dispuesto por la reina doña Isabel:—Que los señores pecharan y contribuyeran en los repartimientos y en las cargas vecinales como otros cualesquiera vecinos:—Que tuviera cumplido efecto todo lo otorgado al reino en las cortes de Valladolid y la Coruña:—Que se procediera rigurosamente contra Alonso de Fonseca, el licenciado Ronquillo, Gutierre Quijada, el licenciado Janes y los demás que habían destruído y quemado la villa de Medina:—Que aprobara lo que las comunidades hacían para el remedio y reparación de los abusos, concluyendo con un proyecto de decreto ó edicto real dando sanción á todos los capítulos y mandando que fuesen observados en el reino (1).»

(1) Con el título impropio de *Proyecto de la constitución de la Junta de las comunidades de Castilla*, se imprimió y publicó en 1842 en Valladolid una especie de Compendio de los capítulos ó peticiones que se hicieron al emperador, sacado del archivo

Al propio tiempo que enviaron emisarios á Flandes con la carta y los capítulos, despacharon un mensaje al rey de Portugal suplicándole escribiese al emperador y le aconsejara como padre y hermano tuviese á bien cumplir lo que la Junta le demandaba, por ser tan razonable y justo, pues de otro modo tomarían á Dios en su protección y defensa. El monarca portugués desestimó completamente sus instancias. Y por lo que hace al emperador, obraban con demasiada candidez los comuneros en el hecho de pensar que había de mover un escrito á tan larga distancia al mismo á quien no había afectado la presencia de los males cuando los había visto por sus propios ojos en España, ni se había dejado conmover por las murmuraciones y quejas de los pueblos, ni por las súplicas verbales: y no conocían que desaprovechando la ocasión de poder dar ellos mismos por ley lo que creían tan conveniente al bien del reino cuando no había quien pudiera estorbárselo, y que obrando como súbditos sumisos cuando podían obrar como vencedores, daban una insigne prueba de irresolución y debilidad, y mostraban que los que habían tenido arranques y resolución para rebelarse y vencer, carecían de dirección y de energía para mandar y organizar. Así fué que de los tres portadores del memorial, el uno, que se adelantó á Worms, fué mandado prender por Carlos y encerrado en una fortaleza, y los otros dos con noticia de este hecho ni aun siquiera se presentaron al emperador, no atreviéndose á pasar de Bruselas.

Ya antes que estos mensajeros arribaran á los Países Bajos, había tomado el emperador una providencia, que vino á ser la más oportuna para producir una mudanza favorable á su abatida causa. Aguijado por la carta del general gobernador y del consejo, en que le retrataban fielmente la situación del reino, y le decían que no había en Castilla una sola lanza que se blandiera por él, aconsejáronle los flamencos que buscara el apoyo de la nobleza, y en su virtud determinó asociar al honrado y débil cardenal Adriano otros dos gobernadores castellanos, pertenecientes á la grandeza, poderosos ambos, acreditados en armas, y de grande autoridad é influencia en el pueblo, que fueron el condestable don Íñigo de Velasco y el almirante don Fadrique Enríquez. Tras el nombramiento y los poderes vinieron las instrucciones. Contenían éstas, entre otros capítulos, las prevenciones siguientes: que disolvieran la Junta de Ávila y echaran de Tordesillas al capitán toledano; que convocaran las cortes, pero no otorgaran nada en ellas sin consultarlo con él, y le dieran diariamente aviso de lo que en ellas se tratara; que las ciudades que no enviaran sus procuradores quedaran privadas de tener voto en cortes para siempre; que los que habían tomado fortalezas las devolvieran á sus antiguos alcaides, y que las rentas reales se repusieran en su anterior estado; que pudieran conceder indultos, pero á reserva de los instigadores principales de la rebelión; que divulgaran la voz de su venida á España antes de lo que se había pensado; que no permitieran se menoscabara en un átomo la autoridad real; que hicieran á los clérigos predicar la obligación en que estaban los pueblos de amar al rey, y las mercedes que el rey había hecho y hacía á

---

de Simancas, y el cual tenemos á la vista. Pero están con mucha más extensión especificadas en el documento que pone Sandoval en el principio del libro VII de su historia.

los pueblos. Y concedía algunas cosas de las que le habían sido pedidas en cortes (1).

Desde el nombramiento de los nuevos gobernadores comenzaron á advertirse síntomas de mal agüero para la causa de las comunidades. El condestable, que había logrado en un principio adulterar el alzamiento de Burgos, se hizo después tan sospechoso á los populares, que en un nuevo alboroto y rompimiento que se movió contra él se vió muy en peligro de perder la vida en más de una ocasión, y tuvo á gran felicidad el poder fugarse y buscar asilo en su villa de Bribiesca. En ella se hallaba cuando le llegó el nombramiento de virrey. Entonces entabló secretos tratos con los parciales que le habían quedado en la ciudad para entrar otra vez y enseñorearse de ella: procuró ganar al pueblo con promesas de exenciones é inmunidades, con halagos y dádivas; y derramando dinero y dando esperanzas de mejor fortuna, consiguió sobornar á unos, templar á otros, y á otros intimidarlos, hasta que, siendo ya pocos los inflexibles, la mayoría de la población determinó franquearle la ciudad, é hizo en ella su entrada el condestable, siendo recibido por sus adictos, vestidos de gran gala, si bien teniendo que sufrir todavía amenazas é insultos de la irritada muchedumbre. Este fué, sin embargo, el primer anuncio de empezar á rehabilitarse la causa del rey, que hasta entonces se había tenido por perdida.

La defección de Burgos alarmó á los comuneros, como el memorial de la Santa Junta había alarmado á los nobles, viendo en él que la revolución ya no se limitaba á la reforma de los abusos y á la defensa de los derechos del pueblo contra los ataques y usurpaciones de la corona, sino que tendía también á cercenar los privilegios de la nobleza y el poder de la clase aristocrática. Así, cuando el condestable, dueño ya de Burgos, hizo publicar el nombramiento de los dos nuevos virreyes, muchos nobles de los que habían atizado, ó fomentado ó consentido el levantamiento de los comunes, torcieron de rumbo y se adhirieron á los representantes de la autoridad real, que lo eran al propio tiempo de la grandeza. Y como coincidiese la fuga del cardenal Adriano á Medina de Rioseco, disfrazado y acompañado de un solo paje, logrando al fin burlar la vigilancia de los que le detenían y guardaban en Valladolid, vióse acudir á Rioseco en torno al cardenal regente los principales personajes de la nobleza, el marqués de Astorga, el conde de Benavente, el de Lemus, el de Valencia, y otros grandes de Castilla, todos con sus lanzas y gente de guerra, mientras el duque de Nájera enviaba al condestable quinientos hombres de Navarra, el del Infantado sujetaba á los comuneros de Guadalajara y daba garrote al capitán de ellos en un calabozo, y exponía después su cadáver en la plaza pública; el señor de Torrejón de Velasco molestaba á los de Madrid; el conde de Chinchón peleaba con los de Segovia dentro de la

(1) Quevedo, en la nota 8.ª á la obra titulada: *El movimiento de España*, del presbítero Maldonado, copia estas instrucciones, así como las que dió el emperador á Lope Hurtado de Mendoza y á Pero Velasco cuando vinieron á traer el nombramiento de los nuevos virreyes, sacadas de los manuscritos de la biblioteca del Escorial, y suscritas por el secretario del emperador, Francisco de los Cobos.

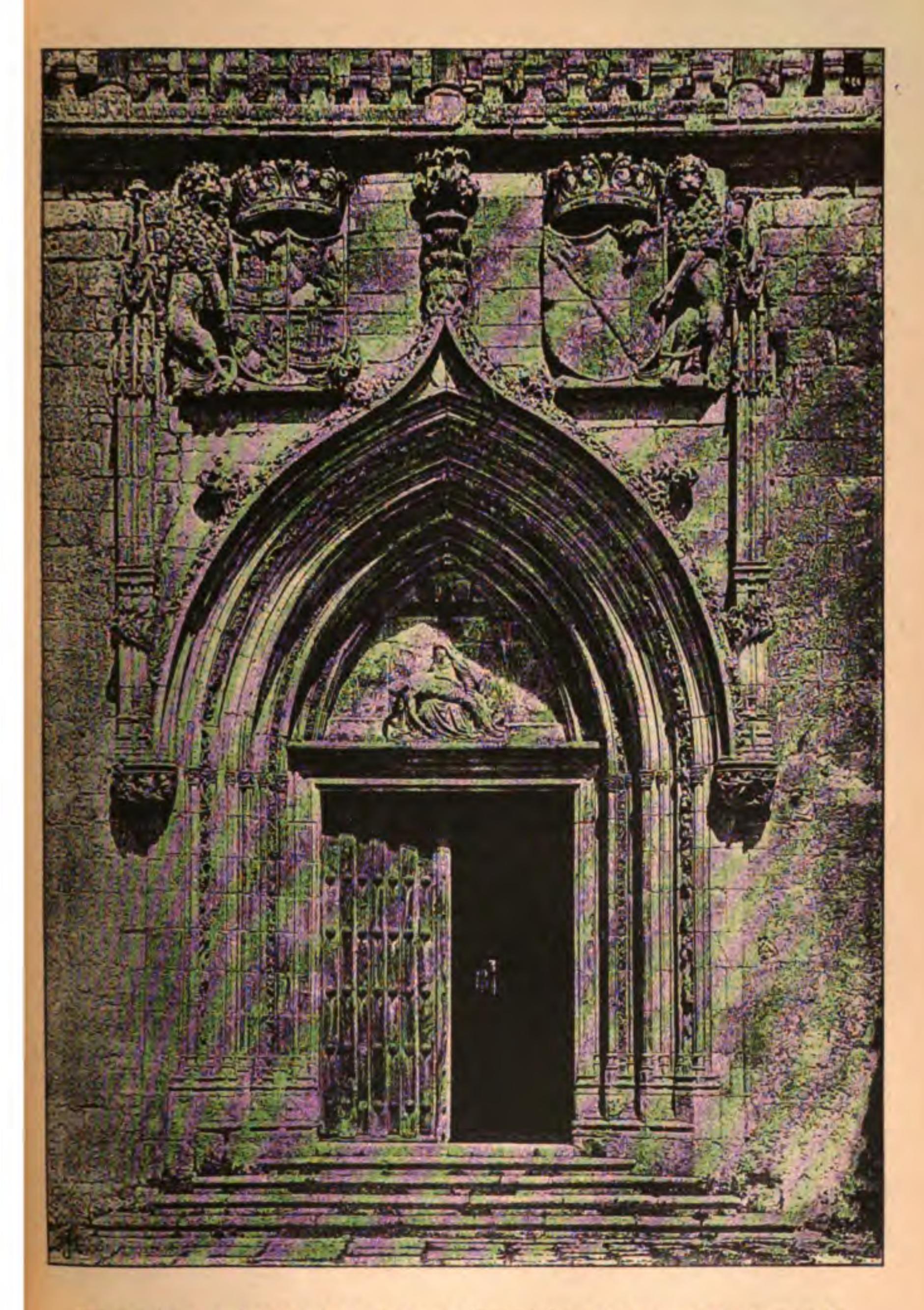
misma catedral, cruzándose los fuegos en el atrio, en el claustro, en las naves de la iglesia, en las capillas y en el coro; el conde de Luna reclutaba gente miserable y haraposa en las montañas de León; y cuando el joven conde de Haro, primogénito del condestable, y nombrado capitán general de los imperiales ó realistas, salió de Burgos con los navarros en dirección de Rioseco, juntáronsele en el camino los condes de Oñate y de Osorno y el marqués de Falces con los soldados de sus tierras y señoríos.

Sorprendidos y desconcertados se quedaron los comuneros al ver la imponente actitud y el movimiento hostil de los nobles, muchos de los cuales habían sido hasta entonces cooperadores y amigos, ó no se habían mostrado adversarios. Burgos, segregada de las comunidades, dirigía cartas á Valladolid y á la Junta, como instigándolas, inducida ella misma por el condestable, á abandonar la causa popular. Valladolid se indignaba y no contestaba. La Junta respondía á Burgos afeándole en términos vigorosos y duros su veleidad, recordándole sus compromisos, y echándole en rostro los excesos con que más que otras ciudades había manchado su alzamiento. Reinaba en Valladolid la mayor agitación, amenazando nuevas alteraciones: la discordia se había introducido entre sus habitantes, y entre la ciudad y los procuradores de la Junta, y alimentaban la división las cartas y provisiones que desde Rioseco enviaba el cardenal Adriano, alentado y fortalecido con el refresco de los nobles (1).

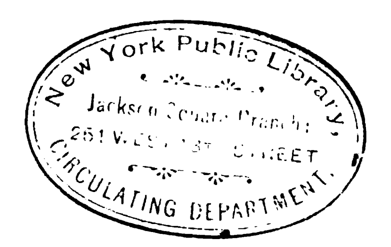
Faltaba saber si aceptaría el almirante el cargo de corregente. El almirante don Fadrique Enríquez era hombre más templado y conciliador y más querido del pueblo que el condestable. En las cortes de Valladolid fué de los que más repugnaron la aclamación de don Carlos mientras su madre viviese; había sentido y mirado como perjudicial la ausencia del rey; disgustado de los excesos de la corte, y lamentando los males del reino que no podía remediar, vivía retirado en sus estados de Cataluña, cuando recibió el nombramiento de gobernador. Hombre sin ambición, después de haber vacilado algún tiempo en admitirle, le aceptó llevado del deseo de procurar la paz y hacer un gran bien al reino. En este buen designio escribió á Valladolid una carta de nobles y humanitarios sentimientos, exhortándolos dulce y paternalmente á la paz, y aconsejándoles la concordia: revelábase en ella el afán de componerlo todo sin efusión de sangre, y fiaba en que el rey por su mediación usaría de benignidad; producíase como un comunero de corazón y como un realista de convencimiento, como quien conocía la razón que tenían los pueblos para quejarse, y reprobaba y lamentaba las violencias y los crímenes, como quien condenaba los abusos de la corte y reconocía la necesidad del restablecimiento de la autoridad real.

El mejor testimonio de las buenas intenciones y de las miras pacíficas y conciliadoras del almirante es el siguiente notable documento que diri-

(1) Toda esta larga correspondencia entre Burgos, Valladolid, la Junta de Tordesillas y el gobierno de Rioseco, llena de recriminaciones y cargos, de proposiciones, de exigencias y negativas, ocupa multitud de páginas en el lib. VII de la Historia del emperador Carlos V por el obispo Sandoval.



PUERTA DE LA IGLESIA DE LA CARTUJA (BURGOS). — COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA


New York Public Library,
CIRCULATING DEPARTMENT.

gió á la Santa Junta, en que se ve lo poco que pedía á los comuneros, y lo mucho que les prometía en nombre del rey.

«Yo don Fadrique Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla y de Granada, conde de Modico, etc., en nombre de los reyes nuestros señores, y de los caballeros que aquí están é mio, os requiero delante de Dios, á quien tomo por juez de mi intencion, que no querais pedir con las armas aquello que se os dará de parte de Sus Altezas sin ellas; y á nombre de Su Majestad me obligo de cumpliros todas las cosas que aquí van declaradas; é para la seguridad que serán otorgadas é cumplidas daré todo lo que pidiéredes, no seyendo en términos imposibles, é cumpliendo primero, señores, vosotros lo que aquí diré.

»Lo que de parte de los procuradores que ahí, señores, estais, é de la Junta, se ha de hacer é cumplir primero es esto:

»Poner á la reina en libertad sin tenella con gente.

»Restituir al rey nuestro señor la gobernacion de su reino que hasta agora le está usurpada.

»Restituir al conde de Buendía su casa, é al marqués de Moya, é á don Hernando de Bobadilla, é las otras cosas que están usurpadas de particulares.

»Hecho esto por vosotros, señores, yo me obligo y prometo en nombre del rey de firmar lo que aquí dice, y traerlo dentro de tres meses firmado, para lo cual daré la seguridad que quisiéredes demandar.

»Prometo en nombre del rey que S. M. encabezará las rentas conforme á la cláusula del testamento de la católica reina nuestra señora.

»Prometo en nombre de S. M. que quitará el servicio que echó en la Coruña, é que de aquí adelante, cuando los pecharen, será con voto de las ciudades, é por cosa que manifiestamente vean que conviene, é con voluntad de ellas; é que quedarán libres por siempre los procuradores, con poder de consultar, ó como ellas quisieren, é que el servicio esté depositado en nombre de las ciudades, porque non pueda ser gastado en otra cosa sino en aquello porque será demandado é otorgado, y esto viendo la manifiesta necesidad, é aun en ella non habrá fuerzas sinon con su voluntad.

»Prometo que otorgará Su Alteza que ninguna dignidad, ni beneficio, ni oficio, ni encomienda ni tenencia non pueda ser dada á extranjeros.

»Prometo que no se sacará ninguna moneda de Castilla, é que para esto se dará toda la órden é seguridad necesaria.

»Prometo que en el derecho de las bulas se terná la forma que en las ciudades de Italia, sin hacer vejaciones ni descomuniones, como en las ciudades se tiene.

»Prometo que quitará todas las posadas del reino, que jamás se aposenten sinon por dineros.

»Prometo que S. M. revocará las naturalezas que ha dado en el reino.

»Prometo que no se cargará nada en naos extranjeras, sinon en las del reino.

»Prometo que S. M. dará los corregimientos conforme á las leyes del reino, y no irá contra ellas.

»Prometo que S. M. guardará todas las leyes del reino como lo ha jurado, y las provechosas al reino aunque no se hayan usado.

»Prometo que si han puesto algunas imposiciones ó hecho cuerpo de rentas en alguna manera que no fué acostumbrada, que se revocará.

»Prometo que ningún oficial del reino terná mas de un oficio, y que los oficiales de la casa real serán castellanos y no extranjeros, y que la casa real estará en pié con todos los caballeros é contínuos que solian tener los pasados.

»Prometo que todos los oficios que vacaren serán proveidos en Castilla, é non fuera del reino, é que así será lo de las renunciaciones.

»Prometo que el consejo é chancillería se terná de personas de ciencia é de conciencia, y tales que el reino no pueda de ellas tener sospecha; y que S. M. mandará tomarles residencia de tres en tres años, é á los presidentes é alcaldes del consejo, é chancellería, é de la corte.

»Prometo que se tomará estrecha cuenta á los oficiales reales para saber las rentas del rey qué se han hecho.

»Prometo que se verán los cambios y logros que se han pasado, y que se hará restituir todo lo mal levado.

»Prometo que se hará perdon general á todo el reino de todas las cosas pasadas, ansi para perlados como para caballeros, como para las comunidades é pueblos de todo el reino, y que S. M. dará forma para que se satisfaga el daño que se hizo en la villa de Medina del Campo en la quema, é por los otros daños que se han hecho en el reino.

»Prometo asimismo que la gente de armas será pagada de cuatro en cuatro meses, de manera que no puedan comer en los aposentos á costa de los pueblos.

»Que las fortalezas que tienen agora tomadas las tengan así hasta que esto se firme y cumpla, con tal que seyendo firmado las dejen como antes estaban.

»Paréceme, señores, que si deseais como decís el bien general del reino, que debeis tener por bien esto, pues se os otorga con buena voluntad, que non querello por fuerza é con daño del reino. Y si, lo que Dios no quiera, esto no tubiéredes por bien, desde agora tomamos á Dios delante, y esperamos en él que será nuestro capitan (1).»

Parece que los comuneros deberían haberse dado por satisfechos con tan amplias concesiones propuestas con tan buen modo. Pero la conducta inconsiderada del condestable y de los otros nobles había agriado ya demasiado los ánimos. El conde de Benavente con fingidos halagos y torcidos designios había intentado que Valladolid le franqueara sus puertas, y la ciudad, que se mantenía inflexible, le dió una repulsa muy urbana, y no menos ladina que su proposición. Así, cuando el almirante se vino de Cataluña á Castilla y solicitó que Valladolid le admitiera en su seno, negóselo también el vecindario, escamado con la sospechosa pretensión del

(1) Sacado de un códice MS. de la biblioteca del Escorial, señalado ij V. 3.—Pueden verse otros pormenores relativos al almirante en Alcocer, Mejía, Sepúlveda, Maldonado, Sandoval, en las cartas de Fr. Antonio de Guevara, y en otro manuscrito de la biblioteca del Escorial, titulado: *Fuero de Cuenca.*

conde. Mas no por eso desmayó el desairado almirante en sus benéficos planes de excelencia. Colocado en Torrelobaton, pidió á la Junta su bene-

CAPÍTULO IV

LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES

De 1520 *á* 1521

Don Pedro Girón es nombrado general de los comuneros.—Resentimiento y retirada de Padilla.—Marcha del ejército de las comunidades hacia Rioseco.—Peligro de los regentes y magnates.—Extraña conducta de Girón.—Sospechosa intervención de Fr. Antonio de Guevara.—Traición de don Pedro Girón.—Injustificada retirada del ejército á Villalpando.—Apodéranse los imperiales de Tordesillas.—Sensación y resultados de este suceso.—Girón y el obispo Acuña en Valladolid: descrédito de aquél y popularidad de éste.—Retírase Girón de la guerra odiado y escarnecido.—Triste situación de Castilla.—Valladolid y Simancas.—Padilla es nombrado segunda vez capitán general de las comunidades: entusiasmo popular.—Sublevación de las Merindades: el conde de Salvatierra.—Operaciones y triunfos de Padilla y del obispo Acuña.—Crítica situación de Valladolid.—Tratos y negociaciones de paz.—Rómpese de nuevo la guerra.—Padilla se apodera de Torrelobaton.—Nuevos tratos de Concordia: tregua: error de los comuneros.—Se rompe la tregua.—Campaña del obispo Acuña en Toledo.—Derrota al prior de San Juan.—Incendio horrible de la iglesia de Mora: quémanse más de tres mil personas.—Acuña es proclamado tumultuariamente arzobispo de Toledo.—Escándalos y sacrilegios en la catedral.—Entereza y dignidad del cabildo.—Decadencia de la causa de las comunidades.

La Junta de Tordesillas había perdido un tiempo precioso, pasándole en la inacción mientras los grandes iban agrupando y concentrando sus fuerzas en Rioseco, donde se hallaban dos de los regentes. Tal apatía, unida á la división que se había infiltrado entre los comuneros, y aun entre los procuradores mismos, siendo no la menor de las causas los celos con que veía don Pedro Laso de la Vega, no contento con la presidencia de la Junta, la gloria que Juan de Padilla había ganado como capitán general de las comunidades, produjo la idea de poner la dirección de las armas en manos de otro caudillo que hiciera revivir el amortiguado vigor de la causa popular. Recayó la elección en don Pedro Girón, hijo primogénito del conde de Ureña.

Había sido contrariado Girón en sus pretensiones á la herencia del duque de Medina-Sidonia: una promesa empeñada y no cumplida por el rey en el asunto en que ponía todo su anhelo le hizo apartarse enojado del monarca, y en su despecho, y pareciéndole que podría medrar á favor de las revueltas, hizo causa con los comuneros, y se presentó á la Junta de Tordesillas blasonando de gran patriota y ofreciéndole sus servicios. Acogieron los procuradores hasta con avidez el ofrecimiento del joven prócer, que tenía reputación de esforzado, y les halagaba la idea de que unida la bandera de la esclarecida casa de Ureña á las de la ciudades, en cualquier contratiempo que pudieran experimentar los nobles, se pasaran muchos al estandarte que conducía uno de sus más ilustres deudos. Esta consideración influyó mucho en su nombramiento de capitán general de la Junta. Mas como quiera que no fuese fácil ganar de pronto la anti-

gua popularidad de Padilla, no tuvo éste tampoco ni abnegación, ni política para disimular su resentimiento, y so pretexto de tener su esposa enferma partió en posta para Toledo, y tras él se fué la gente que de allí había traído, con no poca satisfacción de los de Rioseco, y no poca alarma de la Junta y de las ciudades confederadas (1).

Repusiéronse, no obstante, al pronto de aquel desánimo con la oportuna llegada del obispo Acuña á Tordesillas. Llevaba consigo el famoso prelado de Zamora quinientos hombres de armas de las guardas del reino, setenta lanzas suyas, y cerca de mil infantes, en cuya hueste se contaban hasta cuatrocientos clérigos, gente resuelta y de armas tomar. El ejército de las comunidades acreció hasta diez y siete mil hombres. Sería una tercera parte la gente con que contaban los virreyes y los magnates de Rioseco. Dejando, pues, don Pedro Girón en Tordesillas para custodia de la Junta y de la reina doña Juana el escuadrón clerical de Acuña con pocos más infantes y jinetes, púsose en marcha con las demás tropas la vía de Rioseco, tan confiados él y los suyos en la victoria, que se celebraba ya de antemano, y de muchos lugares acudían las gentes á ser testigos del triunfo de los comuneros. Sin embargo, la prisión de los reyes de armas enviados por Girón á la ciudad para intimar la rendición á los gobernadores le indicó que estaban determinados á todo menos á rendirse (2). También los soldados de la comunidad ardían en deseos de entrar en pelea, y no bien habían llegado al campamento cuando ya se mostraban impacientes murmurando la tardanza en el ataque.

Movió, pues, don Pedro Girón una mañana su campo con grande estruendo de trompetas, pífanos y tambores, y con grande aparato bélico, en muy vistosa formación, llevando delante el pendón morado de Castilla y siguiendo detrás al ejército multitud de labriegos, mujeres y muchachos, llevados de la curiosidad de presenciar la victoria y del anhelo de ser los primeros á divulgar la fausta nueva por el país. Así llegaron hasta dar vista á las tapias de Rioseco: Girón envió sus corredores á provocar á batalla á los magnates, diciéndoles que allí estaban para castigar á los que habían querido gobernar á Castilla contra su voluntad. Los grandes fueron bastante prudentes para no aceptar la pelea: el jefe de los comuneros no hacía sino galopar en su brioso corcel delante de las filas, los soldados provocaban á los de la ciudad, y todos esperaban de un momen-

---

(1) Pero Mejía, lib. II, cap. x.—Maldonado, lib. V.—Sandoval, lib. VIII.

(2) Los próceres que se hallaban en Rioseco, además del cardenal y el almirante, eran: el conde de Benavente, el marqués de Astorga, el prior de San Juan, el marqués de Denia, el conde de Alba de Liste, el de Rivadavia, el de Cifuentes, el de Altamira, el vizconde de Balduerna, el señor de Alcañices, el de la Mota, el de Santiago de la Puebla y otros varios grandes y caballeros.

Los caudillos de las tropas de las comunidades, eran: don Pedro Girón, primogénito del conde de Ureña, el obispo Acuña de Zamora, don Pedro Laso de la Vega, caballero de Toledo, don Pedro y don Francisco Maldonado, capitanes de la gente de Salamanca, Gonzalo de Guzmán de la de León, don Fernando de Ulloa de la de Toro, don Juan de Mendoza, de Valladolid, hijo natural del gran cardenal de España, don Juan de Figueroa, hermano del duque de Arcos, con algunos otros capitanes y muchos procuradores de las ciudades.

to á otro oir la voz de ataque. ¡Esperanza vana! Pasóse así todo el día, y quedáronse todos absortos y fríos cuando ya á la puesta del sol se les dió la orden de regresar al campamento de Villabráxima.

A no dudar hubiera podido aquel día don Pedro Girón con un pequeño esfuerzo apoderarse de los principales defensores de la causa imperial, y asegurar el triunfo de las comunidades, y lo que hizo con su inacción fué dar lugar á que entrara por la otra banda de la villa el conde de Haro con refuerzo de gente; y tras él los condes de Miranda y de Luna, don Beltrán de la Cueva y otros caballeros, formando ya un ejército de ocho á diez mil infantes y más de dos mil jinetes. Gran disgusto produjo en el país el malogro de aquella ocasión, mas no por eso dejaron de aprontar las ciudades los nuevos contingentes de hombres que les fueron pedidos, armándose en algunas, como Valladolid, todos los varones de diez y ocho á sesenta años. Todavía la chancillería de Valladolid, y muy en especial su presidente, animados del buen deseo de evitar derramamiento de sangre, entablaron con calor y eficacia negociaciones de concordia. La propuesta fué bien acogida por los de Rioseco, señaladamente por el almirante (24 de noviembre, 1520), que continuaba abrigando los sentimientos y designios conciliadores tan propios de su buen corazón. No fueron tan felices aquellos magistrados en el campo de los comuneros, donde oída su pacífica misión por el obispo Acuña, á cuyos ojos se presentaba continuamente el ejemplo de Génova y Venecia que se gobernaban sin reyes, y que estaba resuelto á seguir en la demanda aunque se quedara solo, negóse á toda avenencia, y apenas partieron los desairados oidores calóse el arnés, tomó la espada, montó en su caballo y salió con una parte de su gente al encuentro de una hueste enemiga que le dijeron avanzaba desde Rioseco en ademán de ataque.

Hubo otro negociador de peor condición que los magistrados de Valladolid, más astuto que ellos, y más afortunado en el logro de sus torcidos fines. Fué éste un fraile franciscano, de no oscuro nacimiento ni escasa instrucción, fácil en el decir, enérgico en el obrar, y fecundo y mañoso en recursos. Llamábase Fr. Antonio de Guevara, y había pasado la vida alternativamente entre la soledad y silencio del claustro y el bullicio de la corte y el ruido mundanal del siglo. Veíasele andar incesantemente, é ir y venir del asilo de los magnates al campo de los comuneros con aire de tratador de paces. Aunque el obispo de Zamora sospechara de las pláticas del astuto franciscano con Girón, que llevaba alguna misión secreta, felicitábase de que trabajaría en balde y predicaría en desierto. Lo que se trataba entre los gobernadores y partidarios del rey y el caudillo de los comuneros por medio del sagaz franciscano no se reveló hasta que éste tuvo la audacia, cuando ya daba por consumada su obra, de requerir al final de un sermón al ejército de las comunidades y de mandar á sus caudillos de parte de los gobernadores que depusiesen las armas, deshicieran el campo y desencastillaran á Tordesillas. El auditorio le interrumpió con murmullos y denuestos, y le apostrofó con picantes burlas. El obispo de Zamora le dió una contestación enérgica y dura, que aplaudieron todos con entusiasmo, y concluyó diciéndole: «Andad con Dios, padre Guevara, y decid á vuestros gobernadores, que si tienen facultad del rey para pro-

meter mucho, no tienen comisión para cumplir sino muy poco; y guardaos de volver acá, porque si viniereis no tornaréis más allá.» Y aun es de extrañar en el genio virulento de Acuña que se limitara á contradecirle con vehemencia y á despedirle con ásperas palabras (1).

Si las engañosas ofertas de Fr. Antonio fueron tan desestimadas por las tropas de la comunidad como enérgicamente rechazados sus requerimientos, no por eso dejó de llevar á cabo su inicuo plan. La causa de los comuneros había sido vendida: concertada estaba ya una gran traición; el general en jefe de las tropas populares estaba ganado. Con pretexto de los fríos de diciembre y de estar la tropa sin tiendas y escasear en el país los recursos, dió don Pedro Girón al ejército la orden de marchar á Villalpando, donde tendría cómodos alojamientos y abundarían las vituallas. Villalpando está á seis leguas de Rioseco, y era población del condestable. A pesar de esta sospechosa circunstancia, de no vislumbrarse objeto en la ocupación de aquella villa, de lo inoportuno y extraño del movimiento, y de conocer que los mejores alojamientos para invernar hubieran sido los que en Rioseco ocupaban los virreyes y los magnates, el ejército obedeció, aunque murmurando, deslumbrado por las comodidades que se le ofrecían, y lo que es de maravillar, y prueba que el obispo Acuña tenía menos de perspicaz que de osado, todavía el prelado de Zamora no descubrió la traición que envolvía aquel movimiento (2).

No se descuidaron los nobles en aprovechar el desembarazo en que quedaban para ejecutar la segunda parte de lo que había entrado en el trato, que era lanzarse de improviso sobre Tordesillas, que había quedado con corta guarnición, apoderarse de la reina doña Juana, y si podía ser, de la Santa Junta, y dar sobre el gobierno central de las comunidades el golpe de mano que éstas habían podido darles á ellos. Salió, pues, la hueste imperial de Rioseco al mando del conde de Haro: los que echaban en cara á los comuneros los excesos y desmanes con que habían manchado sus alborotos, iban saqueando las poblaciones, dejando tras sí una huella de miseria y de desolación, y hasta robando con sacrílega mano, como lo hicieron en Peñaflor, las alhajas y los vasos sagrados de los templos. Cuando se supo en Valladolid y en Villalpando la marcha de los imperiales, ya estaban éstos combatiendo los muros y las puertas de Tordesillas, y no era posible que llegaran á tiempo los socorros. Con arrojo atacaron la villa los próceres, pero con arrojo la defendían también los moradores, en unión con los pocos soldados que había, y especialmente el escuadrón de clérigos

(1) Epístolas familiares del P. Guevara, fols. 55 á 81.

(2) «Todos los autores, dice el ilustrado traductor de El Movimiento de España en la nota 11, que escribieron algo sobre esta revolución, convienen en que Girón fué traidor á su partido, y le hacen aparecer como la causa principal de la pérdida de los comuneros. En efecto, cuando estaba á la vista de Medina de Rioseco, tenía en su favor todas las probabilidades, y un ataque sobre Medina hubiera puesto en su mano la corona de vencedor en toda España.—Pero pudo más en su ánimo el temor de ser vencido; se dejó llevar de las promesas y halagos de los grandes, y confiado en ellas, sin adelantar nada para sí, vendió inicuamente al partido que se había entregado en sus manos.»

Así se deduce con sobrada claridad de Alcocer, de Sandoval, de Colmenares y otros autores, y muy principalmente de las cartas del mismo Padre Guevara.

de Acuña, que nadie hubiera podido decir aquel día que eran ministros del altar, sino soldados veteranos y aguerridos, y hubo uno entre ellos que de once tiros derribó once imperiales, hasta que una saeta que le acertó á él en la frente, acabando con su vida, suspendió la cuenta de las que él iba quitando. En las cinco horas que duró el combate perdieron más de doscientos cincuenta hombres los próceres. Entre los muertos lo fué el capitán Vosmediano, á quien se encontró escondido en la manga del sayo un cáliz de plata de los del saqueo de la iglesia de Peñaflor. Naturalmente morían menos de los de dentro como más resguardados. Con mucha intrepidez, repetimos, combatieron aquel día los magnates. «Mirad, le decía el conde de Cifuentes al de Haro, empuñando su estandarte de damasco encarnado y verde con la efigie del apóstol Santiago, mirad dónde me ponéis con este estandarte real, porque yo no he de volver atrás de donde me pusiéredes (1).»

Ultimamente, agujereada la bandera real y hecha jirones con los certeros tiros de los de dentro, pero agujereadas también por los de fuera las puertas y tapias de la villa, abiertos boquetes, penetrando el primero por uno de ellos el medinés Nieto, armado de espada y de rodela, plantada sobre la almena la bandera del conde de Alba de Liste, ingiriéndose tras él por la abertura ó encaramándose por el muro otros valientes soldados y desparramándose por la población, todavía tuvieron que sostener en las calles combates sangrientos, pero al fin dominaron la villa; apoderáronse de la reina y de su hija que cruzaban el atrio del palacio, y de nueve procuradores; los demás se habían salvado con la fuga. Toda la noche la pasó la soldadesca engolfada en el pillaje. «Robaron casas, iglesias y monasterios, que no perdonaron cosa, hasta las estacas de las paredes,» dice el obispo historiador, con ser como era adicto á la causa de los imperiales (2).

Súpose la toma de Tordesillas casi á un tiempo y causó igual sensación de sorpresa y de ira en Valladolid, que se hallaba casi sin soldados y temía una marcha rápida y una acometida de los vencedores, y en Villagarcía, donde llegaban los destacamentos de los comuneros que marchaban al socorro de Tordesillas. Dos caminos quedaban todavía á los comuneros para resarcir aquella pérdida; ó lanzarse rápida é impetuosamente sobre Tordesillas, ó volver sobre Rioseco, donde había quedado el cardenal regente con muy escasa guarnición. Pero la torpeza de los unos ayudó á la traición del otro. Discordes los caudillos, de mal talante el obispo de Zamora con don Pedro Girón, aunque sin caer todavía en la cuenta de su perfidia, no les ocurrió, ó por mejor decir, no quiso el general de la comunidad seguir el consejo y parecer que le proponían los de Valladolid de marchar de concierto sobre Tordesillas y cogerla entre dos fuegos. Lo que hicieron fué tolerar, ó por lo menos no impedir que se des-

(1) MS. de la Academia de la Historia: Hist. inédita de las Comunidades.

(2) Sandoval, Hist. del emper. Carlos V, lib. VIII, párr. 8.—Maldonado, Movimiento de España, lib. VI.—Pero Mejía, lib. II, cap. XIII.—Mártir de Angleria, ep. 709. —Cabezudo, Antigüedades de Simancas, inéd., t. I, pág. 544.—«Así se perdió, dice Alcocer, en pocos días lo que Juan de Padilla había ganado con muertes y combates.»

bandaran numerosos destacamentos y penetraran en Valladolid después de haber asolado en su marcha los campos y saqueado los lugares. Allí vendían á menos precio el fruto de sus rapiñas, las alhajas, las reses y hasta los aperos de labranza (1). Los infelices labriegos y pastores que lograban rescatar con algún dinero su hacienda, eran otra vez asaltados y robados por nuevas bandas apenas salían de las puertas de la ciudad. Era tal el desorden, que como dice un escritor de estos sucesos, «ni las mujeres en su casa estaban seguras, ni los hombres por los caminos. Entre los lugares comuneros y los que tenían la voz real se mataban, robaban y hacían correrías como entre enemigos mortales. Los oficiales no hacían sus oficios. Los labradores no sembraban los campos. Cesaban los trabajos de los mercaderes por no haber seguridad en los caminos. No había justicia.» ¡Tal estaba el reino en que tanta justicia, tanto orden y tanta paz habían dejado Fernando é Isabel!

A Valladolid fueron también luego Girón y el obispo Acuña con toda la gente. Colmaba el vecindario de bendiciones al obispo de Zamora por su conocida fidelidad á la causa de las comunidades, mientras don Pedro Girón, de cuya deslealtad apenas dudaba ya la gente común, era objeto del odio y hasta de las maldiciones del pueblo. Conociendo el primogénito de Ureña la odiosidad popular que su vergonzoso tráfico le había acarreado, y que ya se manifestaba con amenazas nada encubiertas, salió una mañana á la cabeza de algunos jinetes con pretexto de practicar un reconocimiento, pero con ánimo y resolución de no parecer ya más en ninguno de los bandos contendientes. Tal era su impopularidad, que en Tudela le cerraron las puertas, y no hallando mejor acogida en otros pueblos, hubo de resignarse á pasar escondido en las tierras de su padre todo el tiempo que duraron las revueltas de Castilla, para recibir después otro más triste desengaño todavía y el premio más digno de su traición, siendo exceptuado hasta del indulto general del emperador, como habremos de ver en su lugar (2).

Unos y otros padecían escasez y apuro de numerario para pagar las tropas: advertíase la falta de tanto como habían extraído los flamencos; interrumpido el comercio y paralizada la agricultura, escasas y mal cobradas las rentas reales, no atreviéndose ni los unos ni los otros á sobrecargar con nuevas imposiciones los pueblos en que dominaban, los mag-

---

(1) «Daban, dice Sandoval, un carnero por dos reales, una oveja por un real, y una vaca por dos ducados.» Lib. VIII, párr. 9.

(2) Hasta el mismo obispo de Pamplona, con ser adicto á la causa imperial, no puede dejar de decir de don Pedro Girón, que «sin duda hizo la treta que se sospechó.» Ibídem, párr. 11.

Robertson (en su Historia de Carlos V, lib. III) opina de diferente modo, pues dice que «verosímilmente carecía de fundamento esta imputación y que los realistas debieron su triunfo á la mala dirección de aquél más bien que á su perfidia.» Pero Robertson está lejos de poder ser considerado como autoridad relativamente á los acontecimientos que en aquella época pasaron dentro de la Península, en cuya relación es por otra parte muy sucinto, así como se extiende difusamente en los sucesos de fuera. Este historiador trató el reinado de Carlos V considerándole más como emperador que como rey de España. Desconocía además varias de las principales fuentes históricas de aquel tiempo.

nates, á pesar de su reciente triunfo, se hallaban aún en peor situación que los plebeyos, porque éstos ó se remediaban con la hacienda de los mismos nobles, ó percibían algunos donativos voluntarios de las ciudades federadas. De todos modos, imperiales y comuneros asaltaban y robaban en caminos y poblaciones. Urgía un remedio á tan grave mal. El obispo Acuña ganó mucho crédito en Valladolid castigando á los saqueadores de las casas y haciéndoles restituir lo hurtado. La Junta de los procuradores, que refugiada en aquella ciudad había vuelto á abrir sus sesiones, publicó un pregón imponiendo pena de muerte á los que robaran en el campo, y el almirante expidió una orden igual para los suyos en Tordesillas y Simancas.

Aun con la defección de Burgos y la pérdida de Tordesillas quedaban todavía pujantes los comuneros; tenían muchas más fuerzas que los regentes y magnates, contaban con más recursos, y podían reponerse más fácilmente de un contratiempo. Así fué que no tardaron en acudirles refuerzos de Salamanca, de Toro, de Ávila y de Zamora. Por tanto, cuando el almirante, que no se cansaba de procurar y proponer la paz, escribió á Valladolid exhortando á la Junta y aun intimándola que hiciese cesar la guerra, la Junta no sólo no le contestó, sino que hizo un acuerdo prohibiendo recibir carta alguna que viniese de los regentes ó de los grandes, y en un arranque de arrogancia resolvió seguir haciéndoles todo el daño posible. Los próceres por su parte se limitaron con mucha prudencia á guarnecer y fortificar los lugares que poseían en un pequeño radio, y á mantener expedita la comunicación de Tordesillas, donde se hallaban la reina doña Juana, el cardenal, el almirante y el conde de Haro, con Burgos, donde estaba el condestable con el consejo. El principal de aquellos puntos era Simancas, así por su natural fortaleza, como por su posición intermedia entre Valladolid y Tordesillas. Allí fueron destinados el conde de Oñate como caudillo, y como capitán de la gente de á caballo el de Alba de Liste. En la guerra de combates parciales que se sostuvo aquel invierno entre comuneros é imperiales y en que el obispo Acuña ganó algunas victorias y tomó algunas villas, Simancas, población realista desde el principio, era el padrastro de Valladolid, que se había hecho el núcleo de la revolución de las comunidades. Todos los días ocurrían encuentros, escaramuzas, insultos, muertes, y aun ataques y peleas formales entre los de una y otra población, que se miraban y trataban como irreconciliables enemigos; y entonces pudieron conocer los comuneros con cuánta imprevisión habían obrado sus caudillos en no haberse apoderado de aquella villa cuando lo tuvieron en su mano, y cuán torpes anduvieron en no calcular el daño que de ella habrían después de recibir y la mala vecindad que les había de hacer (1).

Grandemente reanimó á los populares y gran júbilo les dió la noticia que tuvieron, apenas entrado el año 1521, de que Juan de Padilla había

(1) El licenciado Cabezudo, en su obra inédita de *Antigüedades de Simancas*, refiere la multitud de choques, algunos bastante porfiados y sangrientos, que casi diariamente sostenía la gente de Simancas con la de Valladolid, y de incidentes curiosos que darían materia abundante para una historia particular.

vuelto á salir á campaña y dirigídose á Medina al frente de dos mil toledanos. Golpe era este de mal agüero para los nobles, y hubiéralo sido mucho más si Padilla y Acuña hubieran llevado el plan que concibieron de marchar en combinación sobre Tordesillas, arrojar de allí á los regentes y magnates y trasladar la reina á otro punto de menos peligro. Pero desbaratóse el proyecto por las vacilaciones que en los momentos críticos entorpecían siempre y desvirtuaban las operaciones de los comuneros, y uno y otro se fueron á Valladolid, burlando mañosamente la vigilancia de los de Simancas. Recibiéronlos en aquella ciudad con grande entusiasmo, y tratóse luego de proveer la plaza de general en jefe de las tropas de la comunidad que la deslealtad de don Pedro Girón había dejado vacante. La Junta de los procuradores quería investir con este cargo á su presidente don Pedro Laso de la Vega, que en verdad era más experto y tenía más suficiencia que Padilla, pero era mucho menos simpático. El pueblo, por el contrario, amaba á Padilla con delirio, y sin tener en cuenta sus anteriores errores y su mayor ó menor capacidad, no veía en él sino el campeón decidido de su causa, y le aclamaba general con frenético empeño. Padilla en esta ocasión se condujo con la mayor nobleza y galantería con su compatriota Laso, ensalzando sus buenas prendas, recomendando su mayor aptitud para el mando, y exponiendo y esforzando la conveniencia de su nombramiento. Alborotado y tumultuado el pueblo nada oía y á nadie escuchaba; las arengas del mismo Padilla eran interrumpidas y las reflexiones de la Junta menospreciadas; no se oía otro grito por las calles que el de *¡Viva Juan de Padilla!* La Junta tuvo que transigir, con no poco desprestigio de su autoridad, y Juan de Padilla quedó nombrado capitán general por aclamación. Desde entonces don Pedro Laso de la Vega comenzó á irse desviando de la causa de los comuneros y á irse arrimando disimuladamente á la de los nobles, de la que había de acabar por ser partidario (1).

Buena ocasión se presentaba á los jefes de los comuneros para su nueva campaña, puesto que el más temible de los tres gobernadores, el condestable don Íñigo de Velasco, que permanecía en Burgos, tenía harto á que atender con los alborotos de dentro y fuera de la ciudad. Produjeron los de dentro los despachos que llegaron del emperador otorgando á los burgaleses tan sólo una mínima parte de los derechos y exenciones que ellos, y el condestable en su nombre, habían pedido, y bajo cuya condición se habían sometido á la obediencia real. Llamáronse con esto á engaño los vecinos, y los más valerosos se reunieron con resolución de echar al condestable de la ciudad. Gracias á los oportunos socorros que le enviaron el duque de Medinaceli y otros grandes, y merced al soborno de los procuradores del común y á la traición del alcaide que los populares tenían en la fortaleza, logró restablecer su autoridad y rescatar sus dos hijos que estaban en poder de los del pueblo.

Dábanle que hacer por fuera los pueblos de las Merindades, y otros de las provincias de Vizcaya, Álava y Navarra, que hacía tiempo andaban

(1) Gonzalo de Ayora, Hist. de las Comunidades, cap. XXXVII.—Mejía, lib. II, capítulo XIV.—Maldonado, Movimiento de España, lib. VIII.

alborotados, movidos por el conde de Salvatierra, hombre turbulento y altivo, de condición recia y desapacible, que por disensiones domésticas después de haberse indispuesto con la corte de los reyes se había rebelado contra el condestable, y al abrigo de las turbulencias de Castilla andaba desmandado y traía revueltas aquellas comarcas. Aunque la causa del conde de Salvatierra era diferente de la de las comunidades, la Junta y los caudillos de éstas procuraron traerle á su partido, y veníale grandemente al orgulloso magnate su apoyo; de modo que recíprocamente podían auxiliarse y servirse contra el condestable don Íñigo de Velasco, quien por otra parte podía fiar poco en los burgaleses, oprimidos y tiranizados, quejosos de él y del emperador, deseosos de vengar su taimado porte, y sólo por fuerza sujetos á su autoridad.

Para obligar y comprometer más en su causa al revolvedor de las Merindades, acordaron Padilla y Acuña rescatar para el magnate alavés la fuerte villa de Ampudia, en la tierra de Campos, que era de su señorío, y de la cual se había posesionado el condestable. Encamináronse á esta empresa los dos jefes de los comuneros con una respetable hueste y buenas máquinas de batir, entre las cuales se contaba un célebre y famoso cañón llamado San Francisco, fabricado en tiempo de Cisneros, cuyos disparos eran tan terribles, que solía en las batallas decirse comunmente: *¡Guárdate de San Francisco!* Batido y aportillado el muro de Ampudia, como el alcaide de la fortaleza se saliera por un postigo y se refugiara en la Torre de Mormojón, á una legua de distancia, noticioso Padilla de su fuga, fuése tras él y puso cerco á la torre, y la combatió, é intimó la rendición á los que la defendían, amenazando ahorcar á todos los que no se entregaran. A un tiempo resonaba la artillería del caballero toledano contra la torre de Mormojón, y la del obispo de Zamora contra el castillo de Ampudia, y casi á un mismo tiempo se les rendían las dos fortalezas, si bien no sin haber obtenido sus defensores capitulaciones bastante honrosas, con seguro para sus vidas, y pudiendo salir con armas y caballos (1).

Con la fuerza moral que daba á los comuneros este triunfo y obligado á ellos por gratitud el conde de Salvatierra, hubiera peligrado Burgos si unos y otros hubiesen atacado en combinación la residencia del condestable. Pero el artificioso gobernador tuvo maña para hacer una especie de armisticio con el de Salvatierra, que dirigió sus miras hacia Vitoria. El prelado zamorano fué enviado á tierra de Toledo, donde andaba el prior de San Juan levantando los pueblos en favor de los imperiales, y el ambicioso obispo, noticioso de la muerte del arzobispo Guillermo de Croy, no iba descontento á hacer la guerra en aquella comarca, por si tal vez podía alcanzar la primera mitra del reino por los mismos medios con que se había posesionado de la de Zamora, y estado á punto de ponerse la de Palencia (2). Y por otra parte Juan de Padilla tuvo que acudir á Valladolid,

---

(1) Sandoval, Hist. del Emperador, lib. VIII.—Ayora, capítulo XXXVII.—Carta del P. Guevara al obispo Acuña.

(2) En una de sus recientes expediciones se trasladó una noche de Valladolid á Palencia, combatió y tomó el castillo de Fuentes de Valdepero (una legua), y fortificó y guarneció los de Monzón, Torquemada, Carrión y otros. Mucha parte del vecindario

llamado por los de esta ciudad para que los ayudara á contener y enfrenar á los de Simancas, que diariamente se les llegaban á las puertas de la población, y los traían en continua zozobra; ya con diarias acometidas, ya con correrías y rebatos por el territorio intermedio, no pudiendo salir nadie de la ciudad que no le costase por lo menos sostener una escaramuza con los simanquinos.

Valladolid era la población que más sufría, ya por tener los enemigos tan cerca, ya por los sacrificios de hombres y de dinero que tenía que hacer continuamente, ya porque habiéndose hecho el asiento de la Santa Junta y como el alma del movimiento de las comunidades, era también el punto principal á que asestaban los tiros de su encono el emperador, los gobernadores y el consejo. Un clérigo tuvo la audacia de presentarse en la ciudad con unas provisiones imperiales, mandando que la chancillería, la universidad y el colegio, los tres establecimientos que más amaban los vallisoletanos, se trasladasen en el término de tres días á Arévalo y Madrigal. Alborotóse el pueblo y se puso en armas, pidió y obtuvo que le fuese entregado el clérigo, el cual fué puesto en la cárcel, y se apoderaron también los tumultuados de las provisiones. Los regentes y los caballeros desde Tordesillas despachaban cartas á la Junta y á los procuradores y jefes de las comunidades, requiriéndoles que depusiesen las armas y obedeciesen al gobierno de S. M., ó de otro modo los pregonarían y tratarían como traidores y los desafiarían á fuego y á sangre. La Junta contestaba con altivez y resolución desafiándolos á su vez á sangre y á fuego si no se apartaban de su mal camino. En estas agrias contestaciones, en que unos y otros, comuneros y realistas, blasonaban de ser los mejores servidores del rey, la Junta y los populares volvieron á caer en el lamentable error de enajenarse cada vez más, en vez de atraer á los nobles, amenazándolos con reincorporar al patrimonio real los muchos bienes de que habían despojado á la corona, con lo cual no sólo se hacía imposible toda transacción, no obstante las condiciones razonables que algunas veces proponían los caballeros, sino que colocaban al monarca en una condición absoluta y más independiente de sus vasallos, y en más aptitud de acabar con las mismas libertades que se proponían defender (1).

Por otra parte, el presidente de la Junta don Pedro Laso de la Vega, que, como ya indicamos, había quedado resentido de la preferencia que el pueblo había dado á Padilla para el mando en jefe de las tropas, comenzó á apartarse de la causa que tan ardientemente defendiera hasta entonces, y á entablar negociaciones secretas de concordia con el almirante por medio del jurado de Toledo Alonso Ortiz, y llevando mañosamente el hilo de estos tratos los padres Loaisa y Quiñones, generales de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco. Don Pedro Laso se

---

de Palencia le aclamó por su obispo, y le fueron ofrecidos diez y seis mil ducados de la iglesia y del obispado. «Hecho esto, dice en tono sarcástico Sandoval, volvió á Valladolid hecho un rey y un papa.»

(1) Sandoval trae mucha parte de esta correspondencia que medió entre los de Tordesillas y Valladolid en enero y principios de febrero de 1521. En los dos primeros tomos de la colección de Documentos inéditos se insertan también varias cartas.

obligaba á desmembrar de la Junta algunos procuradores, y á entregar una parte de la artillería y de la gente de á caballo y de á pie, con tal que los gobernadores se obligasen á traer concedidos por el emperador los capítulos que el reino pedía, que eran ciento diez y ocho, de los cuales sólo cinco fueron negados. Mediaron de una á otra parte muchas embajadas y conferencias secretas, no sin grave peligro algunas veces de los negociadores, que eran frailes los más de los que en estos tratos andaban

Traslucidos, sin embargo, estos planes, á que decididamente se oponían Juan de Padilla y la gente popular, y conociendo los perjuicios de tener en inacción las tropas, determinaron emprender de nuevo la campaña Sobrevínoles en esta situación un grave entorpecimiento. Cuatrocientas lanzas, procedentes de los Gelbes, que los comuneros tenían á sueldo, gente acostumbrada á pelear y vencer, se sublevaron en reclamación de los atrasos que se les debían, y que ascendían á una considerable suma, é intentaron abandonar la población. No era cosa de dejar escapar soldados tan valientes y aguerridos, y se les cerraron las puertas de la ciudad. Mas como la Junta careciese absolutamente de fondos para aprontarles las pagas, tomó del monasterio de San Benito seis mil ducados que tenían en depósito personas particulares, sacó del colegio lo que pudo, y lo demás lo pidió prestado. A poco de terminado este incidente, salió Juan de Padilla con sus tropas camino de Zaratán, con ánimo de caer sobre Torrelobaton, villa del señorío del almirante. Acompañábanle Juan Bravo, capitán de la gente de Segovia, Francisco Maldonado, que capitaneaba la de Ávila y Salamanca, y Juan Zapata, que conducía la de Madrid, reuniendo en todo sobre siete mil hombres, quinientas lanzas y la correspondiente artillería (13 de febrero, 1521). El obispo Acuña, que se hallaba enfermo, se hizo llevar á Zaratán en una litera para sosegar algunas alteraciones que comenzaban á amagar por la diversidad de pareceres entre los capitanes de las comunidades. Los caballeros habían tenido también cuidado de apercibir su gente de guerra; habían pedido refuerzos á muchas ciudades y villas, y el condestable desde Burgos había hecho un llamamiento á los montañeses, «para resistir, decía, al obispo de Zamora y á otros traidores que estaban con él (1).»

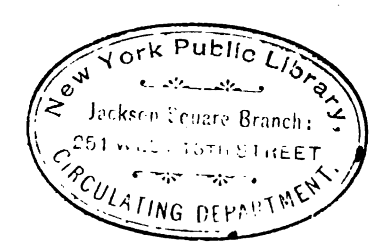
Partió, pues, Padilla al cabo de unos días con su hueste (21 de febrero) camino de Torrelobaton, villa bien murada y defendida con buena guarnición por Garci Osorio. Sin disparar un tiro se metieron los comuneros en el arrabal, y comenzaron á asestar con gran furia los arcabuces, cañones y ballestas contra el muro. Sosteníanse con valor y brío los sitiados contra los tiros de las lombardas y contra los asaltos que uno y otro día

(1) Habían pedido los regentes y nobles, á Ávila 1,800 infantes, á Córdoba 1,000 infantes, á Jaén 300, á Trujillo 150 lanzas y 200 infantes, á Badajoz 100, á Baeza 200, á Écija 300, á Úbeda 200, á Cáceres 200, á Andújar 150, á Ciudad Real 120, á Jerez 150 lanzas, á Carmona 150 infantes, al duque de Arcos 60 lanzas, al conde de Ureña 60 ballesteros, á don Fernando Enríquez 20 lanzas, al conde de Palma 20, á don Rodrigo Mejía 20, al marqués de Tarifa 80, al conde de Ayamonte 30, al marqués de Comares 30, al marqués de Villanueva 20, al conde de Cabra 50, y al duque de Medina-Sidonia 100; toda esta gente se pedía pagada por tres meses.



ARMADURAS DEL SIGLO XVI

1. Media armadura de Juan Padilla, jefe de los Comuneros. – 2. Armadura completa del marqués de Pescara. – 3. Armadura milanesa de Antonio de Leiva. – 4. Media armadura de Diego García de Paredes. ***(Consérvanse en la Armería Real de Madrid.)***


New York Public Library,
Branch:
CIRCULATING DEPARTMENT.

intentaron con arrojo y denuedo los sitiadores. El conde de Haro, que desde Tordesillas acudió en auxilio de los cercados con un buen refuerzo de peones y jinetes, hubo de volverse por desavenencias con el almirante y por orden de éste, sin otro resultado que algunos soldados que llevó de menos A los ocho días, después de haber recibido Padilla un refuerzo de tres mil infantes y cuatrocientos caballos de los veteranos de los Gelbes, combatida y aportillada la parte más flaca del muro, fatigada y debilitada ya la guarnición, penetraron á escala vista los comuneros, llevando delante la bandera de Valladolid, rindiéronse los defensores, fué preso su caudillo Garci Osorio, y la villa fué entregada á un horroroso saqueo. Al día siguiente, aislados y desalentados los del baluarte, hicieron también su entrega, á condición de salvar las vidas y la mitad de su ropa y haciendas (1).

Si inmediatamente después de la toma de Torrelobaton se hubieran lanzado los comuneros de improviso y sin perder instante sobre Tordesillas, con el prestigio que les daba su reciente triunfo, consternados como se hallaban los regentes y los nobles, y sin fuerzas suficientes para presentarles batalla, sin duda se hubiera terminado la guerra y resuelto la lucha en favor de las comunidades. Todo en efecto parecía ya hacedero y fácil con soldados tan intrépidos y con un jefe tan brioso como Juan de Padilla. Pero en vez de avanzar aquel paso, dieron imprudente oído á las proposiciones de una tregua de ocho días que hicieron los regentes y á los tratos de concordia que volvieron á anudarse: tregua y tratos que estuvieron á punto de romperse de una manera estruendosa y de convertirse en tumultuoso estallido, por los vigorosos, ardientes y coléricos discursos que en las conferencias fulminó fray Pablo de Villegas, uno de los comisionados por la Santa Junta á Flandes, que acababa de llegar rebosando de ira por el desaire recibido allí del emperador. Hasta en las calles peroraba furiosamente á las turbas, concitándolas contra Alonso Ortiz y otros negociadores de la paz, apellidándolos traidores, y á las voces del acalorado fraile se formaron grupos de gente armada que penetraron hasta en la sala de sesiones. La Junta, no obstante, logró aplacarlos y prevaleciendo el partido contrario á la guerra, se ajustó al fin la tregua entre la Junta de Valladolid, los gobernadores de Tordesillas y los capitanes de Torrelobaton; tregua, aunque corta, mal observada por ambas partes, infringida con mutuos asaltos, escaramuzas y robos de la indisciplinada soldadesca de ambos bandos, y cuyas consecuencias exaltaron al partido belicoso, en términos, que en una reunión habida en el pueblo de Bamba en que se trató de prorrogar el armisticio, hubo quien amenazara á Padilla de muerte, viéndose éste obligado á volverse á uña de caballo á Torrelobaton (2).

En realidad había quien trabajaba por la paz de buena fe; el almirante

(1) Mártir de Angleria, epist. 714. — Maldonado, Movimiento de España, lib. VI.— Pero Mejía, Hist. de las Comunidades, lib. II, cap. XVI. — Cabezudo, Antigüedades de Simancas, MS. — Sandoval, libro VIII. — Carta del arzobispo de Granada al emperador Carlos V. MS. de la Real Academia de la Historia.

(2) Cartas de Gonzalo de Ayora. — Sandoval, libs. VIII y IX.

la deseaba y la procuraba ardientemente; el mismo don Pedro Laso de la Vega obraba como hombre resentido, mas no como traidor, y procuraba sacar partido en favor de la causa popular. Entabláronse formales y reservadas negociaciones de paz entre la Junta de Tordesillas y la de Valladolid. Mediaban en ellas, además de don Pedro Laso, el bachiller de Guadalajara, procurador de Segovia, fray Francisco de los Ángeles y el caballero don Pedro Ayala. Las conferencias se celebraban secretamente en dos conventos que había extramuros de las poblaciones; corriendo á veces los negociadores no poco peligro, especialmente por parte del pueblo y gente menuda de Valladolid, que era el partido intolerante y exaltado.

A pesar de todo, se trabajaba por algunos con ahinco y resolución en favor de la paz, los tratos iban marchando, y las condiciones que servían de base á la concordia en las conferencias de los dos conventos no dejaban de ser razonables (1).

---

(1) En el archivo de Simancas, entre los muchos documentos de las comunidades, hemos visto también gran parte de la correspondencia que medió en estos tratos. De ella hemos escogido y copiamos (por ser una de las que dan más clara idea de todo) la siguiente carta de don Pedro Ayala, escrita desde Valladolid á don Juan su hijo, fecha 21 de febrero de 1521.

«Don Juan: oy me truxo una carta de la cibdad un correo, y el traslado de la carta del condestable y la respuesta que la cibdad enbia: yo enbié allá la respuesta á la cibdad á otras ciertas escrituras que se han hecho en lo que agora te contaré. Aqui vino Fray Francisco de los Angeles habrá cinco ó seys dias y truxo una creencia del almirante, la cual llevó primero á esta villa, y ella deputó ciertos deputados para que viniesen con el dicho frayle á nosotros, para que tuviésemos por bien la conferencia; é como nosotros no queremos otra cosa sino paz, acordamos que fuese con tal medio que eligiésemos nosotros á dos que fuesen á conferir á un monesterio que está un tiro de ballesta de Tordesillas, é otros dos de Tordesillas que viniesen á Prado, un monesterio que está dos tiros de ballesta de aquy, á conferir con nosotros; é hizímoslo entonces saber á la villa, y á ellos les paresció muy bien; é despachamos al frayle con una carta al almirante, é enbiámosle seguro para los que de allá habian de venir, é que enbiasen seguro de allá para los que de acá hubiesen de ir. Elegimos para que fuesen el señor don Pedro Laso, é el bachiller de Guadalajara, procurador de Segovia, y ellos mismos fueron á decirlo á la junta de la villa como estaban elegidos, y la villa olgó mucho dello. Estando en esto, anoche que se contaron 20 de este mes vino el frayle, é truxo el despacho del traslado que allá enbiamos, é á la puerta fué muy mal tratado, é tomáronle las cartas, é hubimonos de juntar á las diez de la noche en nuestra junta, é enbiamos por ellas é truxeronnoslas, é despachamos á los dichos que habian de ir; y estando el procurador de Valladolid delante, determinamos que porque otro dia de mañana no hubiese alguna falta, porque los menudos no muestran buena voluntad al señor don Pedro Laso ni al bachiller de Guadalajara, que fuesen otro dia de mañana su camino, é amostrariamos el despacho á la villa, é ge los embiariamos con sus criados é azémilas. Oy jueves fueron á mostrar el despacho á la villa, é tuvieron por muy grande desaire porque se avia ydo el señor don Pedro Laso sin hazerlo saber á toda la villa, no obstant quél avia demandado licencia, é dicholo en la villa. Mas dixeron que á todas las quadrillas se habia de decir, é fué tanto el alboroto que le saquearon todos sus caballos y azémilas, é quanto tenia, é dieron de palos á sus criados, é los maltrataron, diziéndoles asy mismo de muchas palabras feas é injuriosas, en lo cual trabajó su parte Moyano, ensuciando muchas veces su lengua en palabras perjudiciales; y la misma junta de la villa a sentido, á lo que ha parecido, lo que a acaecido oy. Estamos muy peligrosos aquy y pasamos mucho trabajo, é no sabemos qué hacernos. Por una parte estamos apremiados que no nos

Convenían ya todos en que el emperador nombraría los gobernadores á gusto del reino; en que éstos jurarían en cortes guardar las leyes de Castilla; en que no se darían empleos ni oficios á extranjeros; en que cesaría la extracción de moneda; en que se reunirían las cortes por propia autoridad al menos cada cuatro años, aunque no fueran convocadas; en que se obligaría á la corte y comitiva del rey á pagar los alojamientos; en que se indemnizaría á Medina del Campo de los daños ocasionados por Fonseca; en que se obtendría el perdón del levantamiento bajo la fe y palabra real, y en otros varios capítulos sobre consejo, chancillería, alcabalas y otros asuntos. Mas cuando á tal altura y tan en buen camino se hallaban las negociaciones, la desconfianza inspiró á los comuneros exigir á los nobles la condición de que si el rey no accedía á las capitulaciones, se comprometerían á ayudar con las armas y á hacer causa común

---

dejan salir del lugar, é por otra querriamonos yr cada uno á su tierra, sino que se acabe de perder todo el negocio del reino. Mirese todo allá, é tórnenme á despachar un correo, porque me parece que debe descrebir largo esa cibdad á Valladolid el mal tratamiento que pasamos, é como no castigan ningun escándalo destos, y como delante dellos nos dicen cada dia que nos han de matar. Yo te juro á Dios que querria mas ser uno de los procuradores questan presos en Tordesillas questar en Valladolid, porque no ternya tan grandes sobresaltos como tengo: *como aquel señor que de allá vino con la gente nos mete todo el trabajo que puede por deshacer la junta: y no sé qué ganancia le verná á él, que á mi paréceme quél queda perdido si nos vamos.* Y tengo tanta pasion que se me ha olvidado todo lo que te habia descrebir. Plega á Dios que lo remedie todo con paz, aunque á mi no me quede qué comer. Amuestra esta carta al señor Anton Alvarez, porque vea su md. qué cosa es gobernar, y que le beso las manos myl veces. Fecha oy jueves XXI de hebrero en la noche á las diez.

»Agora vienen los criados de don Pedro Laso con todo lo que yo é trabajado oy por la villa y predicado, á dezirme como poco á poco an cobrado todo lo de don Pedro Laso. Plaziendo á Dios, si tenemos mejor dicha, mañana gelo enbiaremos; y enbiame á decir la junta de la villa que querrian escribille demandándole perdon de lo pasado, é asy mismo lo hará nuestra junta: no dexe de entender en los negocios por lo acontecido, aunquél ternya mas razon de tornarse Moria (asi) que entender en ellos, pues tan buena paga le dan que yo creo que en Castilla no hay cosa mas ingrata que la que con él se ha hecho, no mereciendo mas que un ángel; porque asy viva yo que despues que naci nunca yo tal hombre conoci de tener tal ynclinacion, é tan reta é entera al bien comun, sino que los zapateros le hazen perder cuanta devocion tiene hombre á ello. Y en lo de las pazes torno á dezir que ay tanta voluntad en los buenos de la una parte é de la otra, é veen tan conocido el destruyamiento del reino como los menores se van soliviando, é como están pobres, é como no pueden desear otra cosa sino robar, habemos de trabajar con todas nuestras fuerzas de dar un corte para que aya pazes, porquesto cumple á todos los buenos é zelosos de nuestro Señor: por esto por amor de mí que agora mas que nunca se hagan plegarias en todos los monesterios de esta cibdad, para que Nuestro Señor no mire á nuestros pecados, sino que nos dé paz verdadera.—Don Pedro de Ayala.

»En todo caso despache luego la cibdad un correo para ver lo que me manda, que aunque sepa que me han de cortar la cabeza en este lugar yo esperaré el correo. Mas bien seria que me diesen ó nos diesen libertad para quando nos viesemos, ó me viese en peligro, que mas no pudiesemos y en todo provea brevemente. E de una cosa me place, que si en la villa me dejan, ya que me saqueen no me saquearán mucho que me duela. Estéban y Ribadeneyra están buenos y te besan las manos.» Archivo de Simancas, Comunidades de Castilla, Legajo núm. 3.

con las comunidades. Los próceres, recelosos, y no sin razón, de las tendencias de los populares, y no olvidando la idea y el designio que la Junta había ya indicado de devolver á la corona las tierras y rentas que le tenían usurpadas, esquivaban entregarse en brazos de los comuneros, y dieron una respuesta dilatoria y ambigua hasta consultar con el condestable.

No hubo necesidad de esperar la respuesta de don Íñigo de Velasco, porque harto significativa la dió por él un edicto que amaneció un día en Valladolid, puesto de noche en sitio público por oculta mano, y era copia de una provisión imperial espedida en Worms, que el condestable había hecho pregonar á son de trompeta en la plaza de Burgos, por la cual el emperador Carlos declaraba rebeldes, traidores y desleales á los que sostenían la revolución popular, y señaladamente á doscientas cuarenta y nueve personas principales que en ella nombraba, condenando desde luego á los seglares á la última pena, y á los eclesiásticos y obispos á la ocupación de sus temporalidades y demás penas establecidas para semejantes delitos (1). A este acto de duro rigor, y bajo la impresión del fatal cartel, contestó la Junta de Valladolid con otro no menos fuerte y enérgico, haciendo levantar en la plaza mayor un estrado, que se cubrió con telas de seda y oro, y pregonando con solemne acompañamiento y á son de timbales y clarines como traidores y quebrantadores de la tregua al condestable, al almirante, á los condes de Haro, de Benavente, de Alba de Liste y de Salinas, al obispo y al marqués de Astorga, á los consejeros y á sus dependientes, á los mercaderes y otros vecinos de Burgos, de Tordesillas y de Simancas (2). Con esto se hizo ya imposible todo proyecto de concordia, y á las negociaciones de paz sucedieron los preparativos de guerra.

Pero mucho había dañado á la comunidad, y aun fué, como veremos, causa de su perdición, el tiempo invertido en infructuosos tratos, cuando urgía emplearle en activas y provechosas operaciones. Dormido y como encantado Padilla en Torrelobaton, esperando que viniese por negociaciones de otros una paz que podía haber sido glorioso fruto de sus victorias, dió lugar á que muchos soldados abandonaran sus banderas, los unos por acogerse al indulto que les ofrecía el emperador, los otros por llevar á sus casas el botín que habían podido recoger, y á que se rehicieran los magnates y señores, y manteniendo viva y libre la comunicación entre Tordesillas y Burgos, pudiera el condestable dar la mano al de Haro su hijo, y reunirse con los otros dos regentes para caer de concierto y de improviso sobre el descuidado Padilla, como veremos que se ejecutó.

Diremos antes lo que hizo el obispo Acuña en tierra de Madrid y de Toledo, punto que anteriormente se le había designado para combatir al prior de San Juan don Antonio de Zúñiga que andaba revolviendo el país en favor de los imperiales, y donde el obispo de Zamora acudió tan pronto

(1) Alcocer pone los nombres de todos los exceptuados.—Sandoval inserta la real provisión en el libro IX, párr. 2.°, copiada, dice, del registro del canciller y secretario del Consejo real. Su provisión estaba fechada en Worms á 17 de diciembre de 1520, y el edicto del condestable en Burgos á 16 de febrero de 1521.

(2) «La paz es buena, decía este cartel, pero no la de Judas, como esta que te dan. La cual paz mora en el rencor de sus pensamientos, porque no tratan sino de quien más parte ha de llevar de la copa.»

como se vió restablecido de la enfermedad que le había tenido postrado en Valladolid. La aparición del belicoso prelado en las comarcas de Madrid, Ocaña y Guadalajara, fué acompañada de aclamaciones, aplausos y festejos; su presencia excitó el entusiasmo en unas poblaciones, y reanimó en otras el espíritu de la causa popular, inclusa Alcalá, donde los estudiantes, dividiéndose en los dos opuestos bandos que traían revuelta la Castilla, habían tenido entre sí una reñidísima batalla, prevaleciendo al fin el partido de los realistas ó imperiales, que allí llamaban el de los andaluces, porque en Andalucía se acababan de confederar varias ciudades y villas contra los comuneros castellanos, si bien ofreciéndoles ser sus buenos intercesores con el emperador para alcanzar su indulgencia si dejaban la voz de comunidad y deponían las armas (1).

Fogoso y ardiente partidario de las comunidades el obispo Acuña, tan mal prelado como buen comunero, sin que su investidura episcopal le sirviera de embarazo, ni los sesenta inviernos que ya contaba hubieran enfriado, ni templado siquiera sus bríos, se vió un día asaltado de repente cerca del Romeral y atacado por la espalda por las tropas del prior, que al pronto desordenaron á los populares. Revolvió el obispo velozmente su caballo, arengó á su gente, la hizo volver cara al enemigo, restableció el orden de las filas, enardeció los corazones de los soldados, y en lo más recio de la pelea saltó ligeramente del caballo, embrazó el escudo, blandió la pica, é infundiendo con el ejemplo vigor en los suyos, arrojó y dispersó á los de Zúñiga, que con su vergonzosa fuga perdió en aquella ocasión la reputación de caballero y de esforzado que hasta entonces hubiera podido ganar, viéndose obligado á pedir tregua por unos días (2).

O por sobra de confianza, ó por un resto de miramiento hacia sus deberes sacerdotales y su carácter episcopal, licenció el prelado la mayor parte de sus tropas durante la Semana Santa, y dirigiéndose á Toledo, entró en la ciudad acompañado de un solo guía. Nadie hubiera podido sospechar que aquel hombre era don Antonio de Acuña, porque nadie por el traje podía deducir que era un obispo; pero el guía lo reveló á algunos, é instantáneamente y como chispa eléctrica cundió la voz por la ciudad, y llenóse la plaza de Zocodover de un gentío inmenso que circundó al prelado, aclamándole con loca alegría padre de la patria. Extremadas siempre las masas populares en las demostraciones de odio ó de amor, en uno de esos arranques de frenético entusiasmo que suelen tener las turbas, se vió el obispo de Zamora desmontado de su caballo, cogido en hombros y llevado en medio de la muchedumbre hasta las naves de la catedral, en oca-

(1) Las poblaciones andaluzas confederadas eran: Sevilla, Córdoba, Écija, Jerez, Antequera, Cádiz, Ronda, Andújar, Martos, Arjona, Porcuna, Carmona y Torre Don Jimeno. Estos pueblos enviaron un mensaje al emperador suplicándole regresase pronto á España y entrase por algún puerto de Andalucía. Juramentáronse para impedir los alborotos, auxiliar las justicias del rey y no obedecer ninguna orden que emanara de la Junta de Castilla.

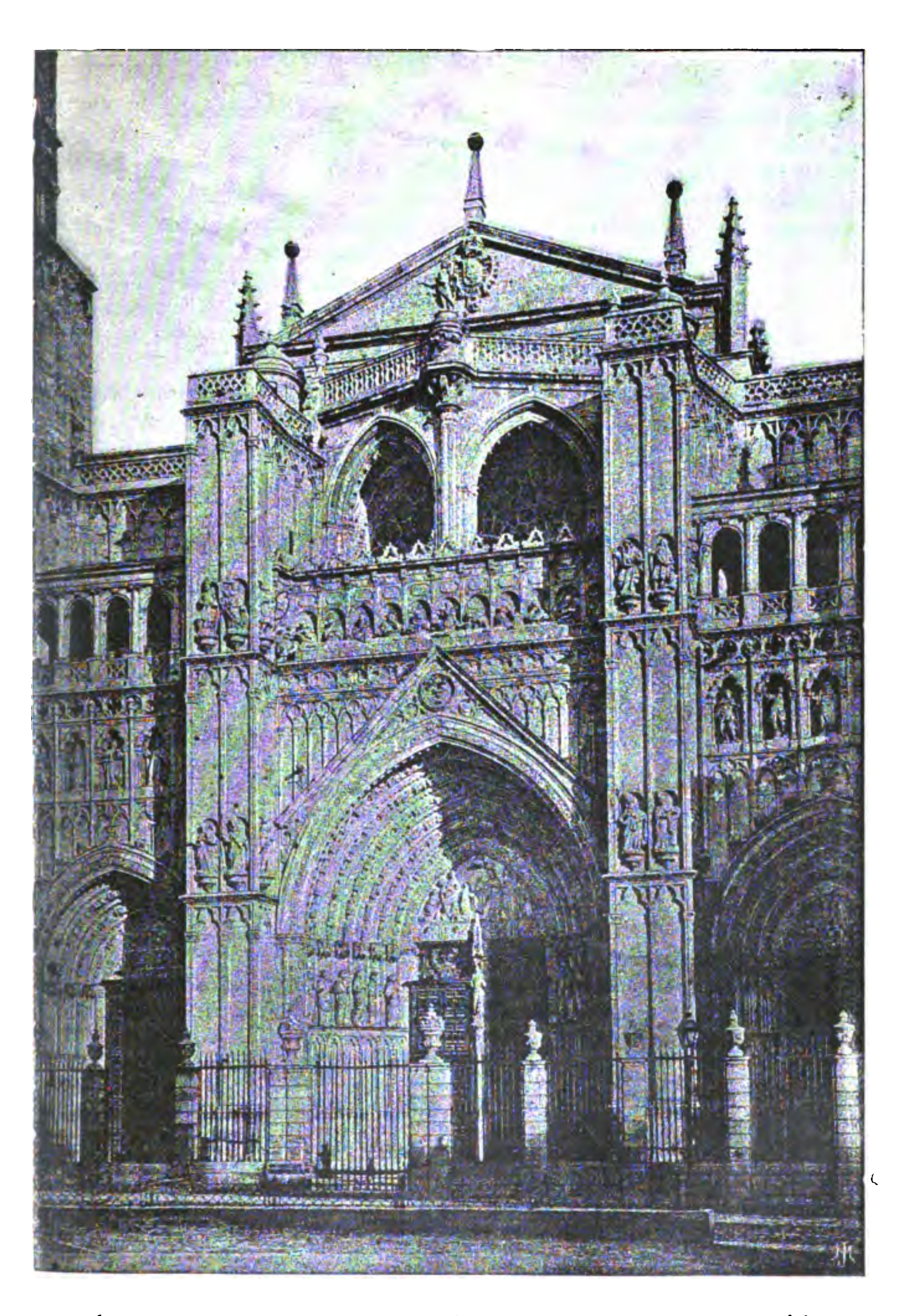
(2) El presbítero Maldonado, en su libro VI del Movimiento de España, es el que da más extensas y minuciosas noticias sobre la expedición y campaña del obispo Acuña en tierra de Toledo. De ella no hablan nada ni Robertson en su Historia del emperador Carlos V, ni Lista en sus adiciones á la universal del conde de Segur.

sión que resonaban en sus bóvedas las sublimes lamentaciones del Profeta que la Iglesia repite anualmente en la grave y poética ceremonia de las tinieblas del Viernes Santo. En vano pugnaba el obispo para desprenderse de los brazos de los que así profanaban el augusto santuario en momentos tan solemnes: que aunque nada escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones apostólicas, comprendía toda la trascendencia de aquel desacato, y le repugnaba; pero el pueblo, llevando adelante la sacrílega profanación, le metió en el coro, le sentó en la silla pontifical y le proclamó arzobispo de Toledo. Por más que Acuña ambicionara la silla primada del reino, era imposible que entrara en su pensamiento obtenerla por un medio tan tumultuario, ilegítimo é irreverente; sin embargo, fundándose sus enemigos en los antecedentes de su vida profana, y haciendo servir á su inculpación la memoria de lo ocurrido en Zamora y en Palencia, le supusieron ó promovedor, ó por lo menos, cómplice en el escándalo de la catedral de Toledo, y la locura del pueblo toledano dañó á la causa de las comunidades más que la pérdida de algunas batallas (1).

A la escena lamentable de Toledo siguió otra á las cinco leguas de la población, de naturaleza bien diferente, pero no menos lastimosa y mucho más horrible. El competidor de Acuña en la guerra, el prior de San Juan don Antonio de Zúñiga, el vencido por el prelado de Zamora junto al Romeral, envalentonado con la ausencia del obispo, en una de sus atrevidas correrías por la comarca cayó con todas sus fuerzas sobre la rica villa de Mora, adicta á la causa de los comuneros. Atacada la población, y resueltos á defenderla hasta perder sus vidas los habitantes, á fin de quedar más desembarazados para la pelea, condujeron á la iglesia, que era fuerte, todos los ancianos, mujeres y niños. Embestida la villa por la gente del prior, forzados unos en pos de otros los parapetos en que los moradores se atrincheraban, perseguidos éstos de barrera en barrera y de calle en calle con furor insano y con mortandad terrible de acometidos y acometedores, refugiáronse al fin á la iglesia, donde tenían los objetos queridos de sus entrañas. Sordos á toda intimación los de Mora, rabiosos y frenéticos los realistas de Zúñiga, acudieron para rendirlos al bárbaro recurso del incendio. A las puertas, y sobre la techumbre y en derredor del templo hacinaron combustibles y les pusieron fuego. Apoderáronse pronto de todo el edificio las voraces llamas; á unos aplastaban los trozos de bóveda que se hundían; muchos perecieron al derrumbarse el pavimento del coro; el humo ahogaba á los que acaso perdonaba el fuego; prolongaron un poco su existencia los que se colocaban en los huecos de los altares ó en los arcos de las capillas, hasta que los alcanzaban las llamas devoradoras. Sobre tres ó cuatro mil desgraciados sucumbieron entre tormentos horribles; Mora quedó despoblada, y el terrible perseguidor de los comuneros plantó el pendón imperial sobre montones de escombros, de cenizas y de cadáveres.

Con la noticia de tan horrorosa catástrofe, salió Acuña de Toledo ar-

(1) Pero Mejía, Hist. de las Comunidades, lib. II, cap. xv.—Maldonado, Movimiento de España, lib. VI.—Sandoval. Hist. del Emperador, lib. IX.—Pisa, Descripción de Toledo, lib. V



PÓRTICO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

diendo en ira y ansioso de venganza, y con la gente que de pronto pudo recoger arremetió á un escuadrón de los del prior que andaba talando el territorio de Illescas, y que á la vista de la pequeña hueste del obispo se refugió á un castillo fuerte, situado en la cumbre del cerro del Águila. Trepó tras ellos furioso el prelado por la áspera pendiente, pero no le ayudaron los suyos, que los más se quedaron á la falda de la eminencia. Siguiéronle, no obstante, los más resueltos, á los cuales hizo colocar con las bocas frente al baluarte algunas piezas de batir que llevaba, y que él mismo á veces disparaba con su mano y hacía resonar con estruendo. Allí pasó la noche al raso, y por la mañana halló que habían aportillado la fortaleza. Alentáronse con esto á subir los que á la falda del cerro estaban; mas cuando se preparaban á la acometida, yendo el sexagenario obispo delante de todos, acudieron los de dentro á un ingenioso artificio, que fué soltar de repente todas las cabezas de ganado, fruto de sus rapiñas, que allí tenían encerradas. El estrépito de las reses asustó á los soldados, de modo que creyéndose asaltados por numerosa falange enemiga, bajaron ó corriendo ó rodando por la ladera, y cuando se repusieron del susto, se dieron á recoger á porfía el ganado, sin cuidarse del castillo, poco solícitos de la victoria cuando tenían ya el botín. Sólo el impertérrito Acuña se quedó con unos pocos combatiendo el baluarte, hasta que las lluvias le obligaron á retirarse otra vez á Toledo para no perder la artillería.

El resultado afrentoso de esta jornada, junto con el escándalo de la tumultuaria promoción de Acuña al arzobispado de Toledo, produjeron en el espíritu público una mudanza desfavorable á la causa popular. Muchos de los comprometidos en ella se entibiaron ó se ladearon del todo. Los religiosos ya no exhortaban como antes á la defensa de las libertades del reino, sino que predicaban la paz: arrimábansele cada día partidarios al prior Zúñiga, y numerosas partidas realistas bloqueaban á Toledo, y casi la incomunicaban con las demás ciudades. El vecindario, sin embargo, se mantenía fogosamente decidido, y en venganza de los contratiempos de Mora y del cerro del Águila, incendiaba y destruía dentro y fuera, siempre que podía, pueblos, casas y haciendas de los desafectos.

Cada vez más entusiastas del obispo Acuña los toledanos, quisieron darle una nueva prueba de su estimación, haciendo que el cabildo sancionara y legitimara con su voto el nombramiento popular para la mitra primada. Un día se apostaron los más turbulentos en las calles contiguas á la catedral, y á la hora que los canónigos concurrían al santo templo, se iban apoderando de ellos individualmente, y los conducían y encerraban en la sala capitular. Cuando hubo ya número suficiente, presentáronse las turbas y exigieron la confirmación del nombramiento sin excusa ni réplica. Conservaron su dignidad los prebendados, y negaron con entereza, hasta los más pacatos y tímidos, tan injusta é incompetente demanda. Noticioso de esta resistencia el díscolo prelado, á instigación de sus parciales, depuso ya todo miramiento, y colocándose á la cabeza de los peticionarios, ultrajó de palabra á los capitulares. Cuanto más arreciaba el empeño de Acuña y de sus desatentados aclamadores, más inflexible se mantenía el cabildo. Treinta y seis horas duraron los debates, y todo este tiempo estuvieron los canónigos sin comer ni beber, sin que las conmina-

ciones ni el material desfallecimiento quebrantaran su espíritu ni amansaran sus ánimos. Por último, aunque con repugnancia y de mal talante, los puso Acuña en libertad, no sin darse el placer efímero y pueril de engalanarse con las vestiduras y atributos arzobispales, de que tan poco tiempo, por fortuna y para honra de la Iglesia española, había de gozar.

Semejantes excesos de parte del más fogoso sostenedor de la causa de las comunidades, hubieran bastado para desnaturalizarla y perderla, si ya por otra parte no le estuviera amagando el último golpe, no en el claustro de una iglesia y en la persona de un prelado bullicioso y desaconsejado, sino en los campos de batalla y en la persona de un capitán esforzado y generoso, lo cual nos conduce á referir lo que pasaba allá por donde hemos dejado á Juan de Padilla (1).

---

(1) Maldonado, lib. VI.—Mejía, lib. II, cap. XV.—Sepúlveda, lib. IV.—Sandoval, libro IX.—Mártir de Anglería, epist. 719.

Ocúrrenos, con motivo del bárbaro incendio de la iglesia de Mora, una reflexión bien triste, y que en vano querríamos apartar de nuestra imaginación.

En la guerra de las comunidades, los eclesiásticos que tomaron parte en pro ó en contra, ya con la predicación ó con las negociaciones, ya con las armas en la mano, excedieron á todos en exaltación, en fogosidad y en reprobadas y criminales acciones. Entre otros muchos que pudiéramos nombrar citaremos sólo los siguientes:

Fray Antonio de Guevara, partidario de los imperiales, más amigo del mundo que del claustro, por más que predicaba las ventajas y excelencias del retiro; más palaciego que religioso, por más que reprendía los vicios de la corte; orgulloso de su cuna aristocrática y despreciador del pueblo, por más que hiciera profesión de humilde; hombre que no carecía de erudición, aunque indigesta y de mal gusto, fué el que preparó, instigó y negoció en Villabráxima la traición de don Pedro Girón á la causa de los comuneros. Este famoso franciscano, intrigante infatigable y realista furibundo, en sus cartas al obispo Acuña, á Padilla, á la esposa de éste doña María Pacheco, y á otros personajes, exhortándolos á que abandonaran la causa de la comunidad, usaba siempre de un lenguaje el más destemplado, el más violento y grosero que puede salir de la boca ó de la pluma del hombre más deslenguado. Omitiendo las insultantes frases de sus escritos á los jefes del movimiento popular, sirva de muestra de su impudencia, de su grosería y de su encono la manera como trataba á la esposa de Padilla, sin considerar siquiera que escribía á una señora, y señora de tan noble cuna y limpia sangre como pudiera serlo cualquiera otra. «Si las historias (le decía en una ocasión) no nos engañan, Mamea fué superba, Medea fué cruel, Marcia fué envidiosa, Populia fué impúdica, Zenobia fué impaciente, Helena fué inverecunda, Macrina fué incierta, Mirtha fué maliciosa, Domicia fué mal sobria; mas de ninguna he leído que sea desleal y traidora sino vos, señora, que negasteis la fidelidad que debíades y la sangre que teníades...» «Suelen ser (le decía luego) las mujeres piadosas, y vos, señora, sois cruel; suelen ser mansas, y vos, señora, brava; suelen ser pacíficas, y vos sois revoltosa; y aun suelen ser cobardes, y vois sois atrevida...» Así, poco más ó menos, en todas las cartas.

Por el contrario, el dominico Fr. Pablo de Villegas, comunero acérrimo, uno de los enviados por la Santa Junta al emperador con el Memorial de Capítulos, cuando volvió de Flandes y vió que se andaba en tratos de concordia y de paz, lleno de indignación, y como le pinta un escritor de nuestros días, «saliéndosele de las órbitas los ojos, pálido el semblante y trémulo de ira,» pronunció en las conferencias los más vehementes y coléricos discursos contra toda idea de paz, de tregua ó de transacción. Peroraba á los corrillos en las calles, concitaba á las turbas y provocaba á tumultos. El padre Villegas proclamaba la guerra á todo trance hasta acabar con todos los nobles, y quedar los comuneros y los procuradores de la Junta dueños únicos y absolutos de Castilla.

CAPÍTULO V

VILLALAR

1521

Justas reclamaciones de las ciudades.—Falta de dirección en el movimiento.—Cómo se malograron sus elementos de triunfo.—Errores de la Junta y de los caudillos militares.—Dañosa inacción de Padilla en Torrelobaton.—Cómo se aprovecharon de ella los gobernadores.—Célebre jornada de Villalar, desastrosa para los comuneros.—Prisión y sentencia contra Padilla, Bravo y Maldonado.—Ultimos momentos de Juan de Padilla.—Suplicios. – Sumisión de Valladolid y de las demás ciudades. —Dispersión de la junta.—Derrota del conde de Salvatierra.—Rasgo patriótico de los comuneros vencidos.

Con dificultad causa alguna política habrá sido más popular, ni contado con más elementos de triunfo que la de las comunidades de Castilla. Por desgracia eran sobradamente ciertos los desafueros y agravios de que los castellanos se quejaban; asaltado habían visto su reino, esquilmado y empobrecido por una turba de extranjeros, sedientos de oro y codiciosos de mando, que les arrebataron voraces sus riquezas y sus empleos: el rey, de quien esperaban la reparación de tantos agravios, desoyó sus quejas, menospreció sus costumbres, holló sus fueros y atropelló sus libertades; al poco tiempo los abandonó para ir á ceñir sus sienes con una corona imperial en apartadas regiones, dejando á Castilla, á cambio de los agasajos que había recibido, un exorbitante impuesto extraordinario, un gobernador extranjero y débil, y unos procuradores corrompidos. Si alguna vez hay razón y justicia para estos sacudimientos populares, tal vez ninguna revolución podía justificarse tanto como la de las ciudades castellanas, puesto que ellas habían apurado en demanda de la reparación

---

El incendio de la iglesia de Mora, donde se hallaba encerrada toda una población, la mortandad de más de tres mil personas, entre ellas una gran parte ancianos decrépitos, débiles mujeres é inocentes párvulos, aplastadas por los escombros ó derretidas por las llamas, tragedia horrible, propia sólo de los tiempos de la mayor barbarie, ordenada por el prior de San Juan don Antonio de Zúñiga, revela harto tristemente toda la negrura de alma de este caudillo de los imperiales.

No tuvieron los comuneros entre todos sus capitanes y caudillos uno que igualara en decisión, en energía, y en entusiasmo por su causa al obispo de Zamora. Abominable en su conducta como prelado de la Iglesia, pero sin ser cruel como su competidor el prior Zúñiga, era Acuña, como comunero, más exaltado, más fogoso, más avanzado, más comunero en fin que el mismo Padilla. De seguro sus ideas en punto á libertad iban más adelante que las de todos los castellanos, y si él hubiera sido el intérprete de la Junta no hubiera mostrado tanto respeto como aquélla mostraba en todos sus memoriales y escritos á la autoridad del emperador.

Lo mismo pudiéramos decir en menor escala de otros eclesiásticos que militaban en los dos opuestos bandos, y duélenos por lo mismo observar que los hombres de la Iglesia fuesen los más apasionados y más fogosos en cuestiones políticas y en contiendas profanas.

de las ofensas todos los medios legales que la razón y el derecho natural y divino conceden á los oprimidos contra los opresores, y todos habían sido desatendidos y menospreciados. El levantamiento no fué resultado de una conjuración clandestina, ni producto de un plan hábil y maliciosamente fraguado. Fué un arranque de despecho, fué la explosión de la ira popular por mucho tiempo provocada; y si una ciudad tomó la iniciativa, su excitación no necesitó de grande esfuerzo, y apenas logró ser la primera, porque una tras otra se fueron las demás alzando, toda vez que en casi todas dominaba el mismo espíritu; y el movimiento fué tan espontáneo, que se acercó á la simultaneidad, y tan uniforme, que parecía combinado sin que precediera combinación. El grito era el mismo en todas partes: venganza y castigo de los procuradores que se habían prestado al soborno, y habían sobrecargado al pueblo faltando á los poderes é instrucciones recibidas de sus ciudades; que no gobernaran extranjeros; que los empleos de que se habían apoderado volvieran á ser desempeñados por españoles; que cesara la extracción del dinero á Flandes que tenía agotado el tesoro y empobrecido el reino; que se guardaran las leyes, costumbres, fueros y libertades de Castilla; que el rey otorgara y cumpliera los capítulos presentados en las cortes por las ciudades; que volvieran las cosas al estado en que las dejó la reina Católica; que el monarca residiera en el reino. Ni una palabra contra la autoridad real, ni un pensamiento de menoscabar las atribuciones que daban á la corona las leyes de Castilla.

Mancharon y afearon el movimiento en su principio los desórdenes, desmanes y crímenes, las escenas sangrientas que de ordinario acompañan al desbordamiento de las masas en los sacudimientos populares, y que si hacen mirar con justo horror y fundado estremecimiento estas revoluciones, son al propio tiempo un cargo terrible para los que abusando del supremo poder, ú obcecados no las evitan, ó á sabiendas las provocan. En los primeros movimientos todos los excesos que cometían los amotinados eran producidos por una irritación patriótica, que los conducía y arrastraba á ensañarse con los que llamaban traidores; ahorcaban tumultuariamente los procuradores desleales, incendiaban sus casas y alhajas y destruían sus haciendas, pero no robaban; gentes muchas de ellas pobres y de humilde cuna, aun sin el freno de la educación ni de la autoridad, no se mostraban codiciosos de lo ajeno, antes bien gozaban en ver consumirse por las llamas lo mismo de que se podrían aprovechar: eran enconados vengadores de los que habían ultrajado sus derechos, no arrebatadores de los bienes de otros. Pero prolongada la lucha, y pasado el primer fervor patriótico, todos saqueaban ya y pillaban cuanto podían, así los comuneros como los imperiales, sin que los defensores del rey y de la nobleza tuvieran en este punto nada que echar en rostro á la soldadesca del pueblo; y entre unos y otros no había hacienda guardada ni segura, ni en yermo, ni en caminos, ni en poblado. Era insoportable la situación de Castilla. Achaque y paradero común de las revoluciones, aun de las de origen más legítimo.

Indudablemente los comuneros en un principio, y por bastante tiempo, fueron dueños de la fuerza física y moral, y pudieron en muchas ocasio-

nes triunfar por completo de sus adversarios. Además de la justicia de sus reclamaciones y de estar animadas de un mismo espíritu casi todas las ciudades y poblaciones castellanas, erraría grandemente el que creyera que sólo había entrado en el movimiento la plebe, los menestrales, y gente menuda y de oficios mecánicos. Abrazaron la causa de las comunidades, eclesiásticos de todas categorías, religiosos de virtud y de ciencia, jurisconsultos doctos y graves, hombres acaudalados, honrados aunque humildes artesanos: y de entre los mismos magnates y próceres algunos se adhirieron, y otros guardaban neutralidad en expectativa del desenlace. Suya era también la fuerza material. Soldados tenían para la guerra en triple número que sus contrarios, y de cualquier descalabro podían reponerse fácilmente los comuneros con los contingentes que gustosa y espontáneamente aprontaban las ciudades confederadas. Mientras, ausente á larga distancia el rey, extranjero y de poca expedición su lugarteniente, sin prestigio el consejo, menguadas las rentas, el impuesto sin cobrar, escasas las tropas y enemigo el país, con pocos recursos podían contar los delegados del emperador para contener el torrente revolucionario. Así que, en los dos ataques que los imperiales intentaron contra dos importantes poblaciones, Segovia y Medina, cometieron atrocidades y horrores, pero quedaron derrotados; y sus dos caudillos, el magistrado cruel y el general incendiario, Ronquillo y Fonseca, tuvieron que huir á Flandes á exponer al rey Carlos su bochornosa impotencia y sus infructuosas crueldades.

¿Cómo, pues, siendo tan popular y contando con tantas probabilidades de triunfo la causa de los comuneros, llegó á la peligrosa decadencia que dejamos apuntada en el anterior capítulo, y que veremos consumarse en el presente?

Las causas más populares, los movimientos más espontáneos y robustos flaquean y se malogran, cuando no se les da una dirección atinada, cuando carecen de un jefe hábil, discreto, político, que poniéndose á la altura de los acontecimientos, y como quien dice dominándolos, sepa enderezarlos y conducirlos á término feliz. De faltar esta dirección al movimiento de las ciudades de Castilla se vieron sobradas pruebas en todo el trascurso de la contienda. Valerosos é intrépidos los populares para pelear y vencer, no era su habilidad saber aprovecharse de la victoria. Padilla mismo, capitán esforzado, cumplido caballero, patricio excelente, querido de los pueblos por su decisión y por sus prendas de alma y de cuerpo, hubiera sido un buen ejecutor, pero no era un hombre de dirección, de gobierno. ni de planes que exigieran combinaciones. Acertado en apoderarse de Tordesillas, residencia de la reina doña Juana, cuyo nombre no dejaba de dar cierta autorización al gobierno de la comunidad, él y la Santa Junta erraron en asentarse en una villa tan expuesta á un golpe de mano como el que sufrió después, y no fué más disculpable error el no haber tomado y guarnecido á Simancas; omisión funesta que proporcionó á los imperiales un punto de apoyo, del cual ya no hubo medio de desalojarlos, y desde el que molestaban á mansalva á los comuneros, cortando su línea de operaciones y siendo un perpetuo estorbo para todos sus planes.

Animada de los mejores deseos la Santa Junta, y celosa de las libertades y franquicias del reino, obró con debilidad, puesto que pudiendo haber planteado las reformas que reclamaba, y remediado los abusos que constituían su memorial de quejas y agravios, no acertó á elevarse á la altura de su misión, y habiendo podido ser ejecutora se limitó á ser suplicante, para sufrir una brusca repulsa del rey, y un altivo desaire en las personas de sus emisarios, hasta con peligro de la vida de éstos. En lugar de atraerse con maña la grandeza, de cuyo apoyo necesitaba, se enajenó la clase aristocrática, revelando imprudentes proyectos y designios sobre una parte de sus bienes; y en vez de hacer de los próceres amigos provechosos los convirtió en terribles adversarios. De este mal paso de los procuradores supo aprovecharse el emperador, y el nombramiento de corregentes, hecho en dos magnates castellanos de los de más poder é influjo, quebrantó moralmente á los populares, y lo que antes era causa nacional se trocó en contienda entre dos grandes partidos, en que estaba de una parte el trono y la nobleza, de otra solamente el pueblo.

Era, sin embargo, tan fuerte este último por sí solo, que sin la traición hecha á los comuneros en Villabráxima hubieran de seguro sucumbido los nobles en Rioseco. Aun después de apoderados éstos de Tordesillas, dueños de la reina los regentes y de Burgos el condestable, dispersa la Junta, la revolución sin cabeza, infiltrada la discordia y la rivalidad entre los procuradores y los caudillos de los comuneros, entre Acuña y Girón, entre Padilla y Laso de la Vega, todavía era tal su pujanza, que bastó la reelección de Padilla, aunque hecha en tumulto, por capitán general de las tropas de la comunidad, para que aterrados los nobles y desconfiando de vencer por armas, recurrieran á tratos y negociaciones de concordia. De error en error se había ido bastardeando y debilitando el gran movimiento de las comunidades, y desde que las cosas llegaron á este punto se notó más la falta de dirección y de cabeza. Ni Padilla y Acuña, jefes de las armas, aprovecharon las ventajas que iban obteniendo en la guerra, ni Laso y Ortiz, negociadores de la paz, ni los procuradores de la Junta aceptaron condiciones harto razonables que los próceres les ofrecían y de que hubieran podido salir harto aventajados. Y en estas perplejidades y vacilaciones, y en un estado que no era de paz ni de guerra, el más perjudicial á las revoluciones, para las cuales el no marchar es retroceder, y es perder el no ganar, malgastaron un tiempo precioso, sin acertar á salir ni vencedores ni amigos de los magnates.

Cuando una provisión imperial y un pregón del condestable llamando á los comuneros traidores vino á encender de nuevo la ira popular, el capitán toledano desenvaina de nuevo el acero que nunca debió estar ocioso, y al frente de los soldados de la patria, siempre valerosos para la pelea, se apodera de Torrelobaton, la villa más murada y fuerte de los imperiales. Un paso más y tal vez el pendón de las comunidades hubiera tremolado definitivamente victorioso. Pero Padilla se durmió sobre su postrer triunfo: los procuradores volvieron á escuchar proposiciones de avenencia; adormecidos éstos, y como encantado aquél, los unos gastaron el tiempo en inútiles tratos de concordia, el otro perdió cerca de dos meses en for-

tificar una villa donde no debió pernoctar sino una sola noche, sin advertir que mientras él reparaba los muros, los soldados le abandonaban, y los imperiales se rehacían y se preparaban á tomar la iniciativa. Y mientras la Junta se dejaba arrullar al son de buenas palabras de paz, el sagaz almirante la desmembraba y enflaquecía, llevando á sus filas á don Pedro Laso, á los procuradores de Segovia y de Murcia, al bachiller de Guadalajara, y á otros miembros importantes de la Junta y capitanes del ejército, y por su parte el condestable desde Burgos congregaba fuerzas y se disponía á unirse á los corregentes y al conde de Haro, su hijo y general de los imperiales, para caer todos juntos sobre el jefe de los comuneros, que yacía como inmóvil en Torrelobaton.

Gracias á que el pueblo de Zaragoza, noticioso de que los caballeros de Aragón enviaban al condestable más de dos mil hombres de guerra contra las comunidades de Castilla, se tumultuó, les quitó las armas, y deshizo aquella gente diciendo: *Aragón no debe ayudar á quitar las libertades á Castilla* (1). Gracias también á que el conde de Salvatierra se apoderó de más de mil veteranos que el duque de Nájera, virrey de Navarra, enviaba al gobernador de Burgos, si bien no pudo interceptar siete piezas de artillería gruesa con que también le auxilió. Gracias, decimos, á todo esto, cuando el condestable don Íñigo de Velasco se determinó á salir de Burgos, cuyo gobierno dejó á cargo del conde de Nieva, y se puso en marcha para Tordesillas, sólo llevaba tres mil infantes, quinientos hombres de armas y alguna caballería ligera. Al ruido de este movimiento, despertó Padilla de su letargo, trasladóse en una noche á Valladolid, púsose de acuerdo con la Junta, quedó determinado que se corriese á Toro, llevóse de allí unos dos mil peones con doscientas lanzas, y con la gente que tenía en Torrelobaton y la que instantáneamente pudo reunir en Tierra de Campos, se halló al frente de unos ocho mil hombres escasos de á pie, quinientas lanzas y la artillería de Medina. Los de Palencia y Dueñas no se pudieron incorporar, pero en Toro esperaba que se le allegasen refuerzos de León, Zamora y Salamanca. Mas cuando así pudo prepararse, ya el condestable, que había partido de Burgos, y su hijo el conde de Haro y el almirante Enríquez, que habían salido también de Tordesillas, dejando la reina doña Juana y la guarda de la villa encomendadas al cardenal Adriano y al conde de Denia, se hallaban todos reunidos en Peñaflor, á corta distancia de Torrelobaton, cada cual con su hueste, y con la guarnición de Portillo y otras que pudieron recoger, formando entre todos un cuerpo de unos seis mil infantes y sobre dos mil cuatrocientos caballos (2).

En la mañana del 23 de abril (1521) se oyeron sonar trompetas en los campos de Torrelobaton. Era la gente de Padilla, que con las banderas de la comunidad desplegadas al viento tomaba la vía de Toro. El último marchaba el capitán toledano con la caballería, protegiendo la artillería que iba en el centro. El cielo estaba encapotado y sombrío, llovía con fre-

---

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. IX.
(2) Maldonado, Movimiento de España, lib. VI.—Mejía, Comunidades, lib. II, capítulo XVII.—Sandoval, lib. IX, párr. 17.

cuencia, y aunque escampaba á ratos, el camino estaba lodoso y pesado, y la marcha no podía ser ligera. Noticiosos del movimiento los dos mil cuatrocientos jinetes imperiales, entre los cuales iba la flor de la nobleza castellana, emprendieron á todo andar su persecución, dejando atrás la infantería. Fácil les era no perder la pista de los comuneros, por las rodadas de los cañones y por las huellas de los caballos. Divisáronse unos á otros ya cerca de Villalar, pueblo situado sobre la meseta de una colina lindante con el camino de Toro á las tres leguas de Torrelobaton. La gente de Padilla iba un poco suelta y desbandada, acaso por la lluvia que á la sazón se desgajaba copiosa. En vano trabajaba por ordenar su hueste el capitán de Toledo para dar la batalla: so pretexto de ganar el pueblo de Villalar, donde mejor podrían defenderse, y de que volviendo caras los azotaba en ellas el viento y el agua, perdieron formación los que iban más delanteros. Entonces los próceres soltaron algunos corredores, é hicieron algunos disparos de artillería con algunas piezas de fácil trasporte que llevaban, lo cual bastó para que los comuneros, otras veces tan valerosos y ahora extrañamente azorados, huyeran en desorden, atropellándose unos á otros, aunque más despacio de lo que quisieran, á causa del lodo en que se metían hasta la rodilla: advertido lo cual por los imperiales, cargaron sobre ellos acometiéndolos en dos mitades por los flancos. La artillería pesada de los comuneros se quedaba atascada en los lodazales, y no parece que los artilleros hicieron los mayores esfuerzos para sacarla. Los soldados se arrancaban las cruces rojas de la comunidad, y se ponían las blancas de los imperiales para confundirse con ellos.

Desesperado Padilla de verse desobedecido de los suyos, y de no poderlos detener ni ordenar, «No permita Dios, exclamó, que digan en Toledo ni en Valladolid las mujeres que traje sus hijos y esposos á la matanza, y que después me salvé huyendo.» Y poniendo espuelas á su caballo, y seguido de solos cinco escuderos de su casa, al grito de *¡Santiago y Libertad!* arremetió y se abrió paso por medio de un escuadrón de lanceros imperiales, que á la voz de *¡Santa María y Carlos!* cargaron sobre aquellos valientes y los hirieron á todos. Todavía Padilla acometió otra vez al escuadrón, haciendo pedazos su terrible lanza á fuerza de dar botes, de uno de los cuales derribó del caballo al señor de Valduerna don Pedro Bazán, hasta que él mismo cayó al suelo herido en una corva por don Alonso de la Cueva, entregándole su espada y su manopla. Llegóse entonces un caballero de Toro llamado don Juan de Ulloa, y al saber que el rendido era don Juan de Padilla, le hirió y ensangrentó el rostro de una cuchillada; acción villana é infame que los mismos del bando del cobarde agresor no pudieron menos de reprobar.

A este tiempo habían sido ya hechos también prisioneros los capitanes Juan Bravo de Segovia y los Maldonado de Salamanca, que intentaron defenderse abandonados de los suyos. Los imperiales seguían dando caza á los fugitivos por más de dos leguas, matando y degollando impunemente, pisoteando sus caballos las desparramadas banderas de la libertad, y sin dolerse de los ayes de los moribundos, haciéndose notar el fraile dominico fray Juan Hurtado, que corriendo desaforadamente por el campo en una pequeña cabalgadura, enronqueció á fuerza de exhortar á los im-

periales á que no aflojaran en la matanza (1). «Matad, matad, les decía, á esos malvados; destrozad á esos impíos y disolutos: no haya perdón; eterno descanso gozará en el cielo el que destruya esa raza maldita: no reparéis en herir de frente ó por la espalda á los perturbadores del sosiego.» «Pedían confesión algunos, dice el mismo obispo cronista, y no se la daban, ni aun había quien de ellos se doliese; que era una gran compasión verlos padecer así, siendo todos cristianos, amigos y parientes.» A todos los iban desnudando y dejando en carnes, y hasta al mismo Padilla le despojaron de la bordada y relumbrante ropilla de brocado que encima del arnés llevaba puesta. De los así desnudos se contaron más de cien muertos, sobre cuatrocientos heridos, y prisioneros más de mil. De los imperiales no se cuenta que muriese ninguno, lo cual no es de maravillar, pues aunque la derrota de los comuneros fué completa, no hubo batalla, y puede decirse que sólo Padilla y sus cinco escuderos pelearon (2).

Llevaron aquella noche los cuatro capitanes prisioneros al castillo de Villalva, propiedad de don Juan de Ulloa, el que tan alevemente después de rendido hirió á Padilla, y á la mañana siguiente (24 de abril) los trasladaron á Villalar para juzgarlos y sentenciarlos. Bien quisieron algunos hombres de sentimientos generosos, como el almirante, que no enrojeciera el cadalso la sangre de tan valerosos capitanes, pero prevaleció el dictamen de los más rencorosos y la dureza de la ley, que en los procesos políticos condena á los vencidos como traidores (3). Tomáronles, pues, declaración jurada, y confesado por ellos haber sido capitanes de las comunidades, se condenó á los tres á ser degollados, y confiscados sus bienes y oficios como traidores al rey (4). Don Pedro Maldonado Pimentel se libró de morir entonces, pero no más adelante, como luego veremos.

---

(1) Ratifica este hecho nuestra observación de que los eclesiásticos eran los más exaltados y furiosos de los dos bandos.

(2) Para la narración de esta triste jornada hemos tenido presentes y cotejado las relaciones que de ella hacen Alcocer, el presbítero Maldonado, Ayora, Pero Mejía, Sepúlveda y Sandoval en sus respectivas historias, Angleria en su epist. 720, López de Gomara en sus Anales de Carlos V, las Cartas y Advertencias al mismo por el almirante de Castilla, un MS. anónimo contemporáneo de la Biblioteca del Escorial, los documentos insertos en los tomos I y II de la Colección de Navarrete, Salvá y Baranda, y otros que nosotros hemos copiado del archivo de Simancas, Legajos de Comunidades.

(3) El mismo Sandoval lo reconoce así, diciendo en una parte: «Porque, según vemos, todas las acciones ó hechos de esta vida se regulan más por los fines y sucesos que tienen que por otra causa. Si á Cortés le sucediera mal en Méjico cuando prendió á Motezuma, dijéramos que había sido loco y temerario. Tuvo dichoso fin su valerosa empresa, y celébranle las gentes por animoso y prudente.» Y en otra parte: «De haber vencido, Padilla figurara entre los hombres de más renombre.»

(4) Sentencia contra Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado. «En Villalar á veinte é cuatro dias del mes de abril de mil é quinientos é veinte é un años, el señor alcalde Cornejo por ante mí Luis Madera, escribano, recibió juramento en forma debida de derecho de Juan de Padilla, el cual fué preguntado si ha seido capitan de las Comunidades, é si ha estado en Torre de Lobaton peleando con los gobernadores de estos reinos contra el servicio de SS. MM.: dijo que es verdad que ha seido capi-

Juan Bravo y Francisco Maldonado bramaron de coraje al notificárseles la sentencia. Padilla la recibió con la inalterable dignidad de un jefe que va á morir por una causa grande y noble. Pidió un confesor letrado para cumplir el último deber religioso, y un escribano para hacer testamento, y ni uno ni otro le fué otorgado. Confesáronse todos con el primer fraile franciscano que al acaso se encontró, y después de llenar esta sagrada obligación de cristianos, Padilla pidió recado de escribir, é inflamado de patriotismo y de amor conyugal, escribió las dos siguientes cartas, que con razón han alcanzado una celebridad histórica.

CARTA DE JUAN DE PADILLA Á LA CIUDAD DE TOLEDO

«A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos de sangres extrañas como de las tuyas cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí, de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos morí por tí; é que tú has criado á tus pechos á quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.»

---

tan de la gente de Toledo é que ha estado en Torre de Lobaton con las gentes de las Comunidades, é que ha peleado contra el condestable é almirante de Castilla gobernadores de estos reinos, é que fué á prender á los del consejo é alcaldes de Sus Majestades.

»Lo mismo confesaron Juan Bravo é Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia é Salamanca.

»Este dicho dia los señores alcaldes Cornejo, é Salmeron é Alcalá dijeron que declaraban é declararon á Juan de Padilla, á Juan Bravo é á Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona Real de estos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban é condenaron á pena de muerte natural, é á confiscacion de sus bienes é oficios para la cámara de Sus Majestades, como á traidores, é firmáronlo.—Doctor Cornejo.—El licenciado Garci Fernandez.—El licenciado Salmeron.» Archivo de Simancas, Comunidades de Castilla, n.° 6.

El señor Ferrer del Río, el último y el que con mejor crítica ha escrito la historia del Levantamiento y guerra de las Comunidades, indica equivocadamente haberse condenado á los tres caudillos sin forma de proceso. Hist. de las Comunid., lib. X, página 251. Lo mismo viene á decir Sandoval, de quien sin duda lo ha tomado. «En la justicia que se hizo de este caballero (Padilla) no se hizo, dice, proceso ni auto alguno judicial de los que suelen hacerse en cosas de otros crímenes.» Hist. de Carlos V, libro IX, párr. 19. Pero contra estos asertos está la letra de la sentencia, que sin duda Sandoval no conoció.

Á DOÑA MARÍA PACHECO SU ESPOSA

«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algún servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mi me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso (1).»

Llegada la hora salieron los tres sentenciados camino del lugar donde había de ejecutarse el suplicio, que era al pie del rollo de la villa. Iban en mulas cubiertas de negro y auxiliados de sacerdotes. Como en la carrera fuese gritando el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. y los gobernadores en su nombre á estos caballeros. Mándalos degollar por traidores....» *Mientes tú, y aun quien te lo mandó decir*, exclamó altiva y fieramente Juan Bravo: *traidores no, mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.* A lo cual le contestó con noble entereza Padilla: *Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos.* El capitán segoviano guardó silencio, y así llegaron á la plaza. *Degüéllame á mí primero,* le dijo al verdugo, *porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.* Y la cuchilla segó su garganta. Llegóse al cadalso Padilla, y quitándose unas reliquias que llevaba al cuello las entregó á don Enrique Sandoval y Rojas, primogénito del marqués de Denia, que se hallaba á su lado, para que las trajese mientras durase la guerra, suplicándole las enviase después á doña María Pacheco, su esposa. Vió el cadáver de Juan Bravo y exclamó: *¡Ahí estáis vos, buen caballero!* Levantó los ojos al cielo y pronunció el: *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis,* é instantáneamente le fué cortada el habla y la vida separándole la cabeza del cuello. Lo propio se ejecutó con Francisco Maldonado, y las tres cabezas fueron clavadas en escarpias y puestas á la expectación pública en lo alto del rollo (2).

---

(1) Hay quien ponga en duda la autenticidad de estas cartas, pero nosotros no hallamos razón ni motivo fundado para sospechar de ellas.

(2) «E luego incontinente se ejecutó la dicha sentencia é fueron degollados los susodichos. E yo el dicho Luis Madera, escribano de Sus Majestades en la su corte é en todos los sus reinos é señoríos que fuí presente á lo que dicho es, é de pedimiento

Así acabaron los tres más bravos caudillos de las comunidades. Su suplicio fué también la muerte de las libertades de Castilla. La jornada de Villalar en el primer tercio del siglo XVI no fué de menos trascendencia para la suerte y porvenir del reino castellano, que la de Epila para el aragonés al mediar el siglo XIV. En esta quedó vencida la confederación de las ciudades, como en aquella quedó vencida la Unión. Con la diferencia que allí, el vencedor de Epila, Pedro IV de Aragón, si bien rasgó con el puñal el privilegio de la Unión, fué bastante político y prudente para conservar y confirmar al reino aragonés sus antiguos fueros y libertades: aquí un monarca que ni corrió los riesgos de la guerra, ni se halló presente al triunfo de los realistas en Villalar, despojó, como veremos luego, al pueblo castellano de todas las franquicias que á costa de tanta sangre por espacio de tantos siglos había conquistado. Por siglos enteros quedaron también sepultadas en los campos y en la plaza de Villalar las libertades de Castilla, hasta que el tiempo vino á resucitarlas y á hacer justicia á los campeones de las comunidades. Al tiempo que esto escribimos, los nombres de los tres mártires de Villalar, Padilla, Bravo y Maldonado, por una ley de las cortes del reino, se hallan decorando, esculpidos con letras de oro, el santuario de las leyes y el sagrado recinto de la representación nacional española.

El desastre de Villalar infundió, como era consiguiente, el desaliento en las ciudades de Castilla. Sin obstáculo pudieron llegar los vencedores hasta las puertas de Valladolid, y la junta de los comuneros se dispersó intimidada. A la voz de perdón se abrieron las puertas de la ciudad á los imperiales, que entraron ostentando orgullo en una población que con su silencio, con la soledad que se notaba en sus calles, con las ventanas de las casas cerradas, significaba la tribulación que la afligía. Doce solos fueron exceptuados del perdón, que al fin tuvieron la fortuna de salvarse escondiéndose ó huyendo, á excepción de un alcalde y un alguacil que fueron habidos y justiciados (1).

Benigno y generoso como siempre se mostraba el almirante don Fadrique Enríquez, y el que antes con tan buena intención había exhortado á la paz, no negó su indulgencia á los mensajeros de Toro, de Zamora, de Salamanca y de León, que acudieron á solicitarla. Fuéronse rindiendo las poblaciones situadas entre Valladolid y Burgos. Dueñas recibía de nuevo á su conde. Palencia habría las puertas al condestable. No tardaron en enviar mensajes de sumisión Medina del Campo, Ávila, Soria, Cuenca y Murcia. Volvía Alcalá á la obediencia del duque del Infantado. El primer conde de Puñonrostro don Juan Arias Dávila sometía á Madrid bajo las

del fiscal de Sus Majestades lo susodicho fice escrebir é fiz aqui este mio sino á tal.—En testimonio de verdad.—Luis Madera.» Alcocer, Mejía, Sepúlveda, Maldonado, Sandoval, en sus citadas obras.

En el tomo I de la Colección de documentos inéditos, págs. 284 y siguientes, se hallan unas notas biográficas muy curiosas de Juan de Padilla y de su mujer, sacadas de los documentos originales que existen en el archivo de Simancas por el penúltimo archivero don Tomás González.

(1) Sandoval inserta el edicto del perdón que se concedió á Valladolid, fechado en Simancas el 26 de abril. La entrada de los imperiales fué el 27.

mismas condiciones que otorgaban los regentes á las demás ciudades. Y por último, los realistas que aun seguían sosteniendo el alcázar de Segovia estando la ciudad por los comuneros, salieron libres (27 de mayo) á dominar la población, que también se puso bajo la obediencia de los gobernadores y del soberano. Así se fué apagando el voraz incendio tan rápidamente como se había levantado y cundido.

Para mayor fortuna de los imperiales, el conde de Salvatierra que tan alborotadas tenía las Merindades, y servía como de auxiliar á los comuneros de Castilla, había sufrido también una completa derrota en el puente de Durana, teniendo que fugarse él solo con un paje, dejando en poder del enemigo seiscientos prisioneros, y siendo entre ellos decapitado el capitán Barahona; con lo que había quedado todo sosegado y sujeto por la parte de las Merindades.

Sucedió en este tiempo una invasión de franceses en Navarra, motivada por las eternas discordias que ya habían comenzado entre Carlos V y Francisco I, y como las tropas reales se hallasen ocupadas en destruir las comunidades de Castilla, los franceses se habían apoderado fácilmente de Pamplona, y avanzando por un país desguarnecido sitiaban á Logroño. Citamos sucintamente este suceso, cuya explanación corresponde á otro lugar, sólo por hacer notar un rasgo de españolismo de los que habían seguido las banderas de las comunidades y acababan de ser derrotados y vencidos. Estos hombres, cuyos jefes habían perecido en un patíbulo, donde todavía humeaba su sangre, á la noticia de una invasión extraña en territorio español, olvidan si han sido comuneros, y acordándose sólo de que son españoles, acuden en defensa de su patria, y juntos marchan á Navarra próceres y populares. El desleal don Pedro Girón, Sánchez Zimbrón, el mensajero de la Santa Junta á Flandes y compañero de fray Pedro Villegas, los procuradores fugitivos de la junta de Valladolid, y hasta los dispersos del día aciago de Villalar, todos acuden á las fronteras de Navarra en unión con los gobernadores que tanto los habían humillado y maltratado; y olvidando recientes agravios los ayudan á lanzar del territorio español á los extranjeros. Así obraron los comuneros de Castilla, cuya causa han venido pintando con tan feos colores nuestros historiadores por espacio de tres siglos (1).

---

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. X.

CAPÍTULO VI

TOLEDO.—LA VIUDA DE PADILLA

De 1521 *á* 1522

Mantiene la viuda de Padilla en Toledo el pendón de las Comunidades.—Nobleza, carácter y cualidades de doña María Pacheco.—Algunos hechos de su vida.—Amor y respeto que le tenían los toledanos.—Heroica defensa de Toledo.—Fuga y prisión del obispo Acuña.—Honrosa capitulación con los imperiales.—Entrada del prior de San Juan.—Odiosidad entre imperiales y comuneros: insultos: peligrosa disposición de los ánimos.—Rompimiento terrible en medio de una solemnidad pública, y su causa.—Prisión y suplicio de un infeliz artesano.—Infructuosos esfuerzos de doña María por libertarle.—Inténtanlo á la fuerza los comuneros y no pueden.—Refriega sangrienta en las calles.—Los populares sueltan las armas y evacuan la ciudad.—La viuda de Padilla se esconde en un convento.—Huye de la ciudad disfrazada de aldeana.—Refúgiase en Portugal.—Demolición de la casa de Padilla.—Se siembra de sal su terreno, y se coloca en él un padrón de infamia.—Término de la guerra de las Comunidades.

El lector habrá observado que entre las ciudades que se fueron sometiendo á los gobernadores reales victoriosos en Villalar, no hemos nombrado la más fuerte de todas, y la primera que se había alzado á la voz de comunidad. Toledo era la única en que se mantenía enarbolado el pendón de las libertades castellanas, y le mantenía la mano enérgica y vigorosa de una mujer heroica y varonil. Esta mujer era doña María Pacheco, viuda del desdichado Juan de Padilla.

Doña María Pacheco, hija del conde de Tendilla y de una hermana del marqués de Villena, señora de honestas costumbres, de entendimiento claro, ejercitada en la lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar los corazones, tan entusiasta por la causa de las comunidades como su propio marido, ejercía tal ascendiente sobre los toledanos, que todos la amaban, reverenciaban y obedecían, como si con un mágico talismán los tuviese encantados. En una ocasión, cuando las ciudades se hallaban en mayor penuria por la escasez de metálico para pagar la gente de guerra, ella con una resolución extraña en las personas de su sexo entró en la catedral de Toledo, enlutada, cubierto con un velo el rostro, y puesta de rodillas ante el altar mayor, teniendo delante de sí dos hachas encendidas, hiriéndose él pecho y cayéndole las lágrimas de los ojos, como pidiendo á Dios perdón, tomó la plata que en la iglesia había, y de ella se pagó á las tropas: acción que reprobaron y calificaron de horrible sacrilegio los enemigos de las comunidades, pero que no era sino la repetición de un hecho practicado en casos de necesidades públicas por monarcas muy piadosos, y aun por la misma Reina Católica (1).

(1) Cartas de Fr. Antonio de Guevara.—Sandoval, Historia del Emperador, libro VIII, párr. 29.

La primera nueva del desastre de Villalar la halló en su oratorio rezando delante de un crucifijo, acompañada de sus dueñas y de un criado (1). Para que los demás no desmayasen, procuró disimular la honda sensación que tan terrible contratiempo le produjo, y esforzándose por conservar la mayor entereza de ánimo, mandó poner en buena guarda las puertas de la ciudad. No tardaron en llegar los dispersos de aquella triste jornada, en cuyos semblantes leyó, antes que oyera sus palabras, el trágico fin de su idolatrado esposo. Afectos encontrados agitaron entonces su grande alma, y hubo momentos en que se creyó que desfallecía, no pudiendo sobreponerse á tan aguda pena. Pero Padilla en sus últimos instantes mostró que moría con el consuelo de que no faltaría en su ciudad natal quien tomara enmienda de su agravio, y doña María resolvió tomar á su cargo aquella enmienda como en holocausto á su esposo, y salvar, si podía, la ciudad que tanto había comprometido con sus excitaciones, ó defenderla hasta alcanzar al menos las condiciones más ventajosas posibles para un pueblo que tanto la amaba. Con esta resolución se encaminó, ó más bien se hizo conducir al alcázar, llevando en sus brazos á su tierno hijo, acompañada del obispo Acuña y de Hernando Dávalos, y siguiéndola con respetuoso silencio una inmensa muchedumbre.

Cercaba ya á Toledo el prior de San Juan, acantonado en los vecinos lugares con una hueste de siete mil peones y tres mil caballos. Al lado del terrible incendiario de Mora se hallaba, entre otros notables personajes, el doctor Zumel, aquel célebre procurador de Burgos que en las cortes de Valladolid había sido el más fogoso orador y panegirista de los derechos del pueblo, y después vendió sus servicios al emperador, y ahora era alcalde de corte, comisionado para procesar á los comuneros que habían obrado en conformidad á sus antiguas doctrinas. Allí se encontraba Gutierre López de Padilla, hermano del primer caudillo de las comunidades, enemigo siempre el Gutierre de los comuneros, arrojado por ellos en otro tiempo de la ciudad, y que ahora en venganza iba á rendir á la viuda de su hermano y á acibarar más y más los últimos días de su anciano padre. ¡Lastimosa condición la de las guerras civiles: pelear los hijos de un mismo padre en opuestas banderas, y pugnar el hermano por verter la sangre del hermano!

Nada arredraba á la heroica viuda del ajusticiado en Villalar. Siendo lo más urgente tener con qué pagar á los defensores de Toledo, obligó al cabildo á aprontar seiscientos marcos de plata. Alentados los toledanos, hacían salidas frecuentes de la ciudad á los vecinos pueblos, y aunque les costaba batirse con las tropas del prior, rara vez volvían de sus rebatos sin algún fruto. Dos capitanes hermanos, llamados los Aguirres, que antes habían interceptado los auxilios pecuniarios que Toledo enviaba á Padilla, y embolsádolos para sí después de su muerte, tuvieron la candidez de creer que no se sabría su deslealtad, y que podían llegarse impunemente al alcázar llamados por doña María. Mas no bien pisaron sus umbrales, cuando fueron acometidos y muertos á estocadas, y arrojados por el muro sus cadáveres, con los cuales se ensañó el populacho, arras-

(1) MS. de la Biblioteca del Escorial, por un testigo de vista.

tràndolos hasta la Vega, y haciendo hogueras con ellos y aventando sus cenizas, y cometiendo otras irreverencias contra una procesión que se acercaba á impedir el desacato y á dar sepultura cristiana á los restos de aquellos infelices. Castigo merecían los desleales capitanes, pero doña María Pacheco faltó en esta ocasión á la nobleza de heroína, dejándose arrastrar del vengativo genio de la mujer, y la frenética plebe obró con la ciega crueldad que en tales casos acostumbra, cuando afloja la mano fuerte que en tales desbordamientos pudiera reprimirla y contenerla.

Con propósito de ver si reducía la ciudad por tratos entró en Toledo el marqués de Villena, tío de la Padilla, y tras él el duque de Maqueda con escasa escolta para no infundir recelos. Mas como el vecindario, en vez de acomodarse á las proposiciones de los magnates, se alborotase de nuevo, viendo sólo en ellos sospechosos agentes, ambos próceres tuvieron que abandonar la población, saliéndose tras ellos muchos de los que anhelaban ya la paz, y quedando con esto más á sus anchas los decididos á la defensa á todo trance. Dábales aliento la noticia de la invasión francesa en Navarra, y no carece de fundamento la sospecha de que entre el caudillo de los franceses y doña María, ó hubiese ó se intentase al menos algunas inteligencias, si bien nunca llegó á haber formales tratos (1).

En esto el obispo Acuña, ó por falta de conformidad con doña María, ó porque presagiara un desenlace funesto, ó sentido de verse eclipsado por el ascendiente y predominio de una mujer, tan acostumbrado él á descollar entre los comuneros, trató de poner en cobro su persona, y una noche se salió de Toledo solo y disfrazado con traje de vizcaíno. A Francia parece que se dirigía con ánimo de pasar de allí á Roma, mas quiso su mala suerte que al ganar la frontera de Navarra, en el pueblo de Villamediana, fuese conocido por un alférez de los imperiales, el cual se apoderó de su persona, y no quiso soltar la presa ni aun por el cebo de cincuenta mil ducados que por su rescate le ofrecía el turbulento prelado de Zamora. Encerrado primeramente el obispo guerrero en el castillo de Navarrete, fué andando el tiempo trasladado al de Simancas, donde tuvo el desgraciado y trágico fin que diremos más adelante.

Aunque privada doña María Pacheco del apoyo de Acuña, no por eso pensó en rendirse, ni dejó de defender la ciudad con igual heroísmo que antes de la salida del prelado, «y como si fuera un capitán cursado en las armas, que por eso la llamaron la mujer valerosa,» dice el historiador obispo de Pamplona. Ni el prior de San Juan ganaba terreno, antes bien tenía que sostener diarias escaramuzas con los toledanos á orillas del Tajo, ni se atrevía á aprobar de lleno las proposiciones de paz que en diferentes ocasiones de uno á otro lado se cruzaron, por insistir siempre los de Toledo en las que les eran más ventajosas, como que en ellas entraba la de conservar sus fueros, franquicias y libertades, con el dictado de muy noble y muy leal, la de que se alzara el secuestro de los bienes de Padilla, y se rehabilitara su fama y honra y la de sus parientes, y otras condiciones

(1) MS. de la Academia de la Historia, cit. por Ferrer del Río en la Hist. de las Comunidades, cap. XI, pág. 264, nota.

semejantes, hasta la de ratificar los capítulos concedidos por los grandes en Tordesillas.

De esta manera se pasó hasta mediados de setiembre, en que el prior pudo situarse, dejando atrás el Tajo, en el monasterio de la Sisla al sur de la ciudad, el cual hizo su centro de operaciones, y desde allí podía más fácilmente cortar la introducción de víveres á los toledanos. Pero cuanto más aumentaban para éstos las dificultades, más crecía su brío, y los encuentros y escaramuzas eran más reñidas y más frecuentes (1). Por desgracia para los sitiados se recibió entonces la nueva de haber sido desbaratados los franceses por los gobernadores reales en batalla campal cerca de Pamplona. Naturalmente se envalentonaron con esto los sitiadores, al paso que desanimaron los de la ciudad, introduciéndose entre ellos la desconfianza, y comenzando la discordia entre los que se inclinaban á la rendición y los que se obstinaban en la defensa. Apoyábanse aquéllos en el resultado de la guerra de Navarra, en la dificultad cada día mayor de introducir mantenimientos, y en la falta de salud de doña María, que iba visiblemente empeorando. No faltó entre ellos uno tan atrevido y tan desleal que intentara llevarla ó por engaño ó á la fuerza al campamento del prior, pero fué descubierto su pérfido designio, y arrojado él por el muro del alcázar. A tal punto llegaron las desavenencias, que reuniéndose un día en la plaza de Zocodover los que opinaban contra la prolongación de la guerra, hicieron ademán de acometer en tres grupos el alcázar al grito de *¡Viva el rey!* Al de *¡Padilla y Comunidad!* se echaron fuera del castillo sus defensores, y hubiérase trabado sangrienta refriega si doña María no hubiera pronunciado con su mágico acento la palabra *paz*, y sosegado los dos bandos, entre los cuales se interpuso haciéndose conducir en una litera.

Todavía después de esto, en una salida que hicieron los toledanos en busca de provisiones, pusieron en el mayor aprieto y conflicto al prior de San Juan, entrando atrevida é impetuosamente en el monasterio de la Sisla y matando ó ahuyentando á sus guardadores, hasta que socorrido el prior oportunamente por los suyos, volvió de recio sobre los toledanos, y los arremetió tan briosamente que tuvieron que refugiarse en la ciudad, menguados, aturdidos y á la desbandada. De resultas de este lance amai-

(1) Alcocer, y después de él Sandoval, refieren una anécdota, que fué consecuencia de una de estas excursiones de los toledanos, propia de los mejores tiempos de la caballería, y que honra tanto el carácter de la viuda de Padilla, como le desfavoreció el hecho con los dos hermanos Aguirres.

En un encuentro cerca del castillo de San Serván fué herido y hecho prisionero el valeroso joven don Pedro de Guzmán, hijo del duque de Medina-Sidonia. En una camilla le llevaron á Toledo, por no permitirle sus graves heridas ir de otra manera. Doña María, que desde una ventana del alcázar había visto la bizarría y el denuedo con que había peleado su ilustre enemigo, salió á recibirle personalmente, le hizo llevar al alcázar, encargó que le cuidasen con esmero, le trató con dulzura y le regaló con esplendidez. Cuando ya estuvo restablecido, le convidó á que se quedase de general de los comuneros: el pundonoroso y valiente joven rechazó noblemente la oferta, y entonces doña María con no menos nobleza dejó al prisionero en libertad de volverse á su campo, con la sola condición de que le diese á canje de su persona varios toledanos que estaban en poder del prior, lo cual todo se cumplió así.

naron los más tenaces en la defensa, creció el partido de la paz, y tan general se hizo ya el clamor, que la ilustre viuda creyó que sería temeridad persistir en contrariar el deseo general del pueblo; y calculando que podría arribar á más honrosa capitulación cuanto fuera la situación menos desesperada, allanóse á entrar en negociaciones, de que resultó al fin una escritura de concordia (25 de octubre, 1521) bajo las principales condiciones siguientes, que el prior de San Juan se comprometió á trabajar é influir para que fuesen aprobadas por el rey, los gobernadores y el consejo:

Que Toledo conservaría siempre el renombre de muy noble y muy leal; que se otorgaría perdón general á todos sus moradores y comarcanos; que no se trataría de indemnización de daños y perjuicios hasta que volviese el rey á Castilla; que no se devolvería lo tomado de las rentas reales; que se alzaría el secuestro de los bienes de Padilla, se rehabilitaría su buena fama y honra, y si su viuda pidiese justicia, el rey nombraría un juez competente y no sospechoso que la hiciese; que la guarda del alcázar, puertas y puentes se confiaría á vecinos de confianza; que continuarían los diputados de las parroquias en el derecho de nombrar procuradores generales del pueblo; que la ciudad conservaría íntegros sus privilegios, franquicias y libertades; que se nombraría corregidor á su gusto, y que éste podría impedir la vuelta á la ciudad de los ausentes y desterrados que le pareciese, para evitar que se renovaran los disturbios, hasta que el emperador determinase (1).

En virtud de esta concordia entró el prior de San Juan en Toledo, de cuyo gobierno se posesionó el arzobispo de Bari. El perdón general concedido por este tratado dejó ocioso al doctor Zumel, encargado de procesar á los culpables. La viuda de Padilla se trasladó del alcázar á su casa, pero quedándose con la artillería y gente de armas para su seguridad, precaución atinada y que justificaron los sucesos, puesto que lejos de armonizar en la población comuneros é imperiales, y con motivo de haber empezado á introducirse en la ciudad los desterrados, contra los capítulos del pacto, comenzaron unos y otros por mirarse de mal ojo, prosiguieron insultándose, y hubieran acabado por romper en abierta lucha, si la ilustre heroína no infundiera á todos temor y respeto. Sin embargo, era tal la enemiga, y tal la exaltación de los ánimos, que al cabo fué insuficiente toda la prudencia de doña María, y cuando menos podía pensarse una leve chispa bastó para encender en llama de guerra la ciudad, y para convertir sus calles en sangriento campo de batalla. El motivo fué el siguiente.

A los tres meses de haber entrado en la ciudad los imperiales se recibía la nueva (22 de enero de 1522) de haber sido elevado á la silla pontificia, por muerte de León X, Adriano de Utrech, antes deán de Lovaina,

(1) En el tomo I de la *Colección de documentos inéditos* se inserta á la letra esta Capitulación, que ocupa cerca de veinte páginas; encontróse entre los papeles de las oficinas de amortización de Toledo, y fué remitida por el presbítero don Ramón Fernández de Loaisa á la Academia de la Historia en 1841. Se ve que Sandoval no conoció este importante documento.

después cardenal obispo de Tortosa, maestro del emperador y regente de España. Todos se alegraron de la exaltación del cardenal, los unos porque veían premiadas sus virtudes, los otros porque la nueva dignidad le alejaba de Castilla. Acordó, pues, la ciudad solemnizar la elevación de Adriano con públicos y grandes festejos. Comuneros y realistas tomaron igual parte en aquellos vistosos espectáculos. Mezclados iban todos y no poco alborozados con las caprichosas mascaradas que á caballo recorrían las calles (2 de febrero), cuando hizo la mala suerte que á un muchacho, hijo de un artesano forastero, como había de dar otro grito de entusiasmo saltando con sus compañeros, le diera el fatal antojo de gritar *¡viva Padilla!* Cogido el imprudente joven por un grupo de realistas, fué bárbaramente azotado. El padre, rebosando de cólera, la emprendió con los crueles maltratadores de su hijo: uniéronsele otros á vengar tan rudo ultraje, y enredáronse ya en formal pelea imperiales y comuneros, agrupándose éstos en derredor de la casa de la viuda de Padilla, los otros en la del gobernador arzobispo de Bari. Los populares fueron dispersados por los jinetes realistas, y preso el infeliz menestral, padre del incauto mancebo.

Inútilmente apuró doña María Pacheco, en medio de la conflagración en que el pueblo ardía, mensajes, ruegos y súplicas al arzobispo, al cabildo y á los nobles, para que no se usara de rigor con el desgraciado artesano, exponiendo cuán natural cosa era en un padre irritarse de ver maltratado á su hijo. El desventurado menestral fué sentenciado á pena de horca, y sacado en medio del día al lugar del suplicio. A libertarle de las manos del verdugo acudieron grupos armados á la casa de doña María, pero el arzobispo á la cabeza de las tropas reales rechazó con la fuerza á los libertadores. Conatos tuvo la viuda de Padilla de salir en persona á librar la víctima, aunque fuese desde el pie mismo del cadalso, pero estorbáronselo la condesa de Monteagudo, su hermana, y su cuñado Gutierre López de Padilla, exponiéndole que era menos malo que se perdiese un hombre que ponerse en nuevo peligro ella y los suyos. Con trabajo se contuvo la piadosa y resuelta señora, no sin vaticinar que de todos modos ella y su gente corrían gran riesgo.

Su pronóstico se cumplió. Ahorcado que fué el supuesto delincuente, volvieron las tropas del arzobispo contra los populares que permanecían armados en las bocas-calles. Al verse éstos acometidos dispararon la artillería haciendo grande estrago en las filas de sus contrarios; por largo espacio continuaron después la refriega con los aceros. El hermano de Juan de Padilla, Gutierre López, con la más loable resolución corría de unos en otros, colocándose á veces con grave peligro entre los combatientes, exhortándolos á que cesasen en la pelea. Oída fué su voz de los comuneros, los cuales se conformaron á soltar las armas, á condición de que se les permitiría salir libres de la ciudad aquella misma noche, y ofreciendo que de no hacerlo así, desde el otro día quedarían sus vidas y haciendas á merced del rey y de los oficiales de su justicia. Quedó, pues, de hecho anulada la concordia y capitulación de la Sisla, y los comuneros rendidos evacuaron la ciudad todos por una misma puerta, no sin que necesitara Gutierre López de Padilla protegerlos de los insultos de los vencedores (3 de febrero).

Este Gutierre López, que, aunque enemigo de los comuneros, al cabo sentía correr por sus venas la noble sangre de los Padillas (1), se condujo en Toledo con la nobleza heredada de su familia. La viuda de su hermano fué puesta por él en seguridad en el convento de Santo Domingo, con el cual se comunicaba su casa, y él mismo ayudó á la desconsolada doña María Pacheco á salir clandestinamente de una ciudad en que por horas corría peligro su persona. Merced á su auxilio, la mujer fuerte que por espacio de diez meses había mantenido con honra enarbolado el estandarte de las comunidades dentro de los muros de una ciudad aislada, logró salir de aquella ciudad disfrazada de labradora, con saya, basquiña y calzado de aldeana y con un viejo sombrero en la cabeza. Cuéntase que al trasponer la puerta del Cambrón, la reconoció un soldado, y que el generoso guerrero disimuló, entretuvo á sus compañeros de guardia, é hizo espaldas á la dama fugitiva. Luego que se vió en la vega, montó en una mula que la condesa de Monteagudo le tenía preparada. Acompañábanla el alcalde de Almazán, Hernando Dávalos, y una esclava negra que siempre tuvo consigo y á quien la fama vulgar calificaba de hechicera. Con no poco riesgo pudo eludir la pequeña comitiva la vigilancia de un destacamento de imperiales que guardaba un paso á la orilla del río, y sin más tropiezo llegaron de noche á Escalona, pueblo del marqués de Villena, su tío. Negóse bruscamente el rudo magnate á dar hospedaje á su desgraciada sobrina. «Que se vaya en buen hora, dijo ásperamente, donde fuere de su agrado.... y bueno es que sufra por haber desoído mis instancias cuando estuve á tratar con ella de la paz y asiento de las cosas.» Dotada de más piadosas entrañas la marquesa su esposa, le envió una buena mula, con trescientos ducados en oro y algunas cajas de conserva para el camino, con lo que llegaron con alguna menos incomodidad á la Puebla de Sanabria, donde otro tío de doña María, hermano del marqués, le franqueó una hospitalidad benévola, y estuvo con su sobrina tan agasajador y galante como desabrido y áspero había estado su hermano en Escalona.

Tomado allí el necesario reposo á las fatigas del viaje, y dado algún alivio al espíritu, prosiguió la ilustre heroína su peregrinación por la vía de Portugal, traspuso la frontera á los ocho días de haber salido de Toledo, y después de gratificar generosamente á los guías que la habían puesto en salvo, respiró ya más desahogadamente al verse en seguridad, y se internó en el reino lusitano.

Mientras así se ponía en cobro doña María Pacheco, su persona era objeto de escrupulosas pesquisas en Toledo. Buscábanla con afán por todas partes, sin quedar rincón que no escudriñaran los agentes del prior de San Juan, del gobernador arzobispo, y del oidor Zumel, y no pudiéndola hallar, desahogaron su encono en lo que había sido su morada. Derribaron, pues, la casa de Padilla, demoliéronla hasta los cimientos, araron el suelo, le sembraron de sal, «para que no pudiera producir ni aun hierbas silvestres,» y en medio del solar que había ocupado pusieron un pilar con un letrero, en que se expresaban las causas, para que fuese padrón de

(1) Su anciano y apenado padre, don Pero López, había muerto hacía cinco meses.

infamia (1). A tal extremo llevaron su sañudo furor los que en el monasterio de la Sisla habían accedido á todas las condiciones que les impuso una ciudad mandada por una mujer.

Así acabó el levantamiento de las comunidades (2).

CAPÍTULO VII

SUPLICIOS.—PERDÓN DEL EMPERADOR

1522

Venida del emperador á España.—Su conducta con los comuneros vencidos.—Medidas de rigor: suplicios.—Quejas del almirante sobre la calidad de los jueces y la forma de los procedimientos.—Perdón general.—Son exceptuados del perdón cerca de trescientos.—Injustas y apasionadas alabanzas de los historiadores á la clemencia del emperador.—Sentida desaprobación de su rigor por parte del almirante.—Suplicio del conde de Salvatierra.—Severidad de don Carlos.—Piadosos consejos del padre Guevara.—Suplicio del obispo Acuña.

Aparte de los suplicios de Padilla, Bravo y Maldonado en Villalar, y de algunas ejecuciones con que el prior de San Juan ensangrentó el cadalso levantado en Toledo, los virreyes y los magnates vencedores no habían hecho alarde de crueldad después de vencidos los populares y sosegado el reino. Muchos comuneros notables se hallaban presos en varias ciudades y fortalezas, pero aplazado habían su castigo los gobernadores,

(1) La inscripción en verdad no pecaba de corta: decía: «Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, su mujer, en la cual por ellos é por otros, que á su dañado propósito se allegaron, se ordenaron todos los levantamientos, alborotos y traiciones que en esta ciudad é en estos reinos se ficieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla derribar el muy noble señor don Juan de Zumel, oidor de S. M. é su justicia mayor en esta ciudad, é por su especial mandado porque fueron contra su rey é reyna é contra su ciudad, é la engañaron so color de bien público por su interese é ambicion particular, por los males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado perdon fecho por SS. MM. á los vecinos de esta ciudad, que fueron en lo susodicho, se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha doña María Pacheco, queriendo tornar á levantar esta ciudad é matar todos los ministros de justicia é servidores de S. M. Sobre ello pelearon contra la dicha justicia é pendon real, y fueron vencidos los traidores el lúnes dia de San Blas 3 de febrero de 1522 años.»

Posteriormente por orden de Felipe II se trasladó esta columna á la puerta de San Martín, y se le añadió la inscripción siguiente: «Este padrón mandó S. M. quitar á las casas que fueron de Pedro López de Padilla donde solía estar, y ponerlo en este lugar, y que ninguna persona sea osada de le quitar so pena de muerte y perdimiento de bienes.» MS. de la Real Academia de la Historia.

(2) Extrañamos que Fr. Prudencio de Sandoval, tan prolijo en la relación de la guerra de las Comunidades, nos dé tan escasas y diminutas noticias de los últimos sucesos de Toledo durante el mando y la defensa de la viuda de Padilla, omitiendo muchos de los más característicos é importantes. El que mejor y con más extensión trata este período es Ferrer del Río en el cap. XI de su Historia del Levantamiento, con arreglo á los datos sacados de Alcocer, Relación de las Comunidades, de las Probanzas de Gutierre Gómez de Padilla, de una relación escrita por un criado de doña María Pacheco y de la Colección de documentos inéditos.

ó por innecesario ya, ó por apartar de sí la odiosidad del rigor, ó tal vez con la intención noble de que el emperador se acreditara de clemente usando con ellos la prerrogativa de perdonar. Faltaba saber si Carlos de Alemania y de España, que no había corrido como ellos personalmente los peligros de la guerra, optaría por el camino de la indulgencia ó por el de la severidad.

Si hubiéramos de guiarnos por los encomios que le prodigan los historiadores sus panegiristas, le calificaríamos nosotros, como ellos, de clementísimo (1). Mas los documentos, que son la verdadera luz histórica, nos obligan con sentimiento nuestro á separarnos en esta parte de lo que han trasmitido escritores por otro lado muy respetables, pero que escribiendo bajo la influencia de aquel monarca ó de sus hijos y sucesores, ó tuvieron la flaqueza ó se vieron en la necesidad de tributar inmerecidas alabanzas al que tenía en su mano el poder, ó al menos dejaron correr sus plumas con menos imparcialidad de la que fuera de apetecer. De clemencia y de rigor, de todo usó Carlos V. Los hechos nos dirán cuál de estos dos medios fué el que preponderó.

Presos, ocultos, fugitivos ó atemorizados hacía meses los comuneros, sufrieron en todas partes la suerte de los vencidos: sometidas las ciudades, aterrados los pueblos y sin fuerza moral, muchos de los populares habían peleado ya en las filas del ejército real contra los franceses en Navarra, cuando por las causas que en otro lugar explicaremos regresó Carlos V á España, desembarcando en Santander (16 de julio de 1522), y trayendo consigo bastantes flamencos y un cuerpo de cuatro mil alemanes, contra las peticiones tantas veces hechas por las cortes y por las ciudades españolas. De Vitoria partieron sus virreyes á besarle la mano y á darle cuenta de su administración, y después de haber conferenciado se trasladó el emperador á Palencia (6 de agosto). Allí se ocupó en tomar medidas para castigar á los que resultara haber tenido más parte en el movimiento de las comunidades, ó excitado á él, ó acaudillado tropa de los populares. Consecuencia inmediata de estas medidas fueron los procesos que se formaron, y las sentencias que llevaron al patíbulo á Alonso de Sarabia, procurador de Valladolid, á Pedro Maldonado Pimentel, al licenciado Bernardino y á Francisco de Mercado, capitán de la gente de caballería de Medina del Campo (2).

En Maldonado Pimentel mediaba la circunstancia de haberse librado del suplicio de Villalar por intercesión y particular empeño de su pariente el conde de Benavente. No le valió ahora ni el deudo ni la recomendación de uno de los magnates que más ardientemente habían peleado contra los comuneros y en defensa del emperador. Enviado fué al patíbulo como los otros (3). Igual fin tuvieron otras muchas personas notables; en-

(1) El obispo Sandoval encabeza el párrafo ó número 21 del libro IX de su Historia con el epígrafe: *Notable clemencia del emperador.*

(2) Archivo de Simancas, Comunidades de Castilla, núm. 6, donde se hallan las copias de las sentencias y los testimonios de las ejecuciones.

(3) Su sentencia decía: «Debemos condenar y condenamos al dicho don Pedro Pimentel... á pena de muerte natural, la cual le sea dada desta manera: que sea sacado

tre ellas siete procuradores de los aprehendidos en Tordesillas, que fueron ajusticiados en Medina del Campo. Ni en el nombramiento de jueces, ni en la forma y trámites de los procedimientos debió haber grande imparcialidad ni escrúpulo, cuando el mismo almirante, uno de los gobernadores del reino, le decía al emperador: «En otra parte que no se aconsejó bien V. M. fué en no hacer que sentenciasen los procesos personas con quienes el reino no tuviese necesidad ninguna, porque convenia dalles á entender que habian errado, y hasta quitalles esta credulidad podia pasar algun tiempo, segun la informacion que les daban legistas y teólogos, y otros que ellos tenian por buenos. Y pues los condenados lo habian de ser de cualquier manera que fuesen sentenciados, ¿por qué no miraron esto en que tanto iba, y agora los del reino no dudaran que los justiciados padecieron por sus culpas, sino porque con enemistad se les hizo justicia? Y aunque los del consejo son buenos y no lo hacen sino como deben, no quita su bondad que el que quiso matallos y fué en prendellos no los tenga por sospechosos. Así que en esto no fué el consejo sano y bueno, como lo fuera si el reino conociera en esta ejecucion su culpa (1).»

A 26 de agosto se presentó él emperador en Valladolid, desde donde pasó á Tordesillas á visitar á la reina doña Juana, su madre, y se volvió á aquella ciudad. A los dos meses de su estancia en dicha población, más de año y medio después de la derrota de los comuneros en Villalar, cerca de uno de la rendición de Toledo, último asiento de la revolución, decapitados los principales caudillos, tranquilo y sosegado todo el reino, y sin que nadie pensara ni pudiera pensar en moverse, entonces se presentó un día el emperador Carlos V (28 de octubre) vestido de ropas talares, rodeado de los grandes y del Consejo en la plaza de Valladolid, y subiendo todos á un estrado, cubierto de ricos paños bordados de oro y plata, hizo leer á un escribano de cámara la famosa carta de perdón general, que ha dado motivo á los historiadores para apellidarle clementísimo y levantar hasta las nubes su generosidad y su indulgencia (2). Pero mirando fría y desapasionadamente este célebre documento, no nos es posible conformarnos con tan desmedidas alabanzas. Muy cerca de trescientos eran los exceptuados (3). Entre ellos figuraban todos los comuneros de alguna

---

de la cárcel donde está preso en la villa de Simancas á caballo en una mula, atados los pies y las manos con una cadena al pie, y sea traído por las calles acostumbradas de la dicha villa con voz de pregonero que publique sus delitos, é sea llevado á la plaza de la dicha villa, é allí le sea cortada la cabeza con cuchillo de fierro y acero, por manera que muera naturalmente y le salga el ánima de las carnes, etc.» – La ejecución se verificó el 16 de agosto. Las de Bernardino y Mercado fueron acompañadas de circunstancias más atroces.—Archivo de Simancas, ubi sup. – Colección de documentos inéditos, tomo I.

(1) Cartas y advertencias del almirante de Castilla

(2) Esta carta ó cédula de perdón es muy conocida, y la insertan varios autores. Cópiala también don José de Quevedo en la nota 17.ª á la obra del presbítero Maldonado: *El Movimiento de España*.

(3) Por consecuencia se equivoca mucho Sandoval cuando dice: «Fueron hasta doscientas personas de toda suerte las que en el perdón general se exceptuaron.» Y mucho más todavía cuando añade: «pues bien, de todas ellas no se castigaron dos, y casi

cuenta, nobles, magistrados, procuradores, capitanes, eclesiásticos, así seglares como religiosos, letrados, escritores, y aun menestrales y gente de la clase más humilde. Sonaban también entre los exceptuados en el perdón los que habían muerto ya en el suplicio, por la parte del perdimiento de bienes que comprendía la sentencia. De modo que el perdón sólo venía á alcanzar á los comuneros insignificantes, á las masas del pueblo, y no era posible tampoco castigar á los habitantes de provincias enteras (1).

---

todos alcanzaron perdón.» En parecidos términos se expresan Pero Mejía, el P. Sigüenza y otros. Los documentos están por desgracia en contradicción con estos asertos.

(1) «Declaramos y mandamos, que deste nuestro perdón y remisión no hayan de gozar, ni gocen, ni sean comprendidos, ni entren en él, antes queden fuera dél para proceder contra ellos y contra sus bienes conforme á justicia, las personas siguientes:

Don Pedro de Ayala, conde que fué de Salvatierra.
Don Pedro Girón, capitán general de la junta.
Don Pedro Laso de la Vega, vecino de Toledo, procurador en la junta.
Juan de Padilla, vecino de Toledo, *justiciado.*
Doña María Pacheco, su mujer.
Don Pedro Maldonado, vecino y regidor de Salamanca, *justiciado.*
Don Antonio de Quiñones, vecino de León, procurador en la junta.
Ramiro Núñez de Guzmán, vecino y regidor de León (y cuatro hijos).
Diego de Ulloa Sarmiento, vecino de Toro.
Don Fernando de Ulloa, vecino y regidor de Toro, procurador en la junta.
Gómez de Avila, vecino de Avila, procurador en la junta.
Suero del Aguila, vecino y regidor de Avila, capitán de la junta.
Luis de Quintanilla, y Alonso, su hijo mayor, vecinos de Medina del Campo, capitanes que fueron de la junta.
Don Carlos de Arellano, vecino de Soria, capitán de la junta.
Don Juan de Figueroa, capitán de la junta.
Don Juan de Luna, capitán de la junta.
Don Juan de Mendoza, capitán de la junta, hijo del cardenal don Pedro González de Mendoza.
Don Juan de Guzmán, vecino y veinticuatro de Sevilla.
Don Pedro de Ayala, vecino de Toledo, procurador en la junta.
Fernando de Avalos, vecino y regidor de Toledo.
Juan de Porras y el comendador Fernando de Porras, procurador en la junta, su hermano, vecino de Zamora.
Francisco Maldonado, vecino de Salamanca, *justiciado.*
Diego de Guzmán, vecino de Salamanca, procurador en la junta.
Juan Bravo, vecino y regidor de Segovia, capitán de la junta, *justiciado.*
Don Juan Fajardo, vecino de Murcia, procurador en la junta.
Gómez de Hoyos, *que está preso.*
García López de Porras, hijo de Juan de Porras, vecino de Zamora.
Juan Zapata, vecino de Madrid, capitán que fué de la junta.
Alonso Saravia, vecino de Valladolid, procurador que fué en la junta, *justiciado.*
Gonzalo Barahona, vecino de la merindad de...
Gonzalo Gaitán y Juan Gaitán, vecinos de Toledo.
Juan Carrillo, vecino de Toledo.
Francisco de Rojas, vecino de Toledo.
Fernando de Rojas, vecino de Toledo.
Fernando de Ayala, vecino de Toledo.
Francisco de Guzmán, vecino de Illescas.
Pedro de Tovar, vecino y regidor de Valladolid, capitán de la junta.

Disgustó tanto este rigor á los mismos regentes y gobernadores á quienes se debía el triunfo sobre los comuneros, que uno de ellos, el almirante, cuyos sentimientos humanitarios nos son conocidos, dijo al rey cosas bastante fuertes, y le hizo observaciones, que bien podríamos llamar reconvenciones y cargos harto duros. Dábale á entender que se conocía no

---

El jurado Pero Ortega, vecino de Toledo.
Francisco de Mercado, vecino de Medina del Campo, *justiciado.*
Pedro de Sotomayor, vecino de Madrid, procurador en la junta, *justiciado.*
Luis Godínez, vecino y regidor de Valladolid, capitán de la junta.
El licenciado Bernaldino, vecino de Valladolid, *justiciado.*
El doctor Juan Cabeza de Vaca, vecino de Murcia, *justiciado.*
El jurado Montoya, vecino de Toledo, procurador en la junta, *justiciado.*
El licenciado Bartolomé de Santiago, vecino de Soria, procurador en la junta, *justiciado.*
El doctor Alonso de Zúñiga, procurador en la junta por Salamanca.
El licenciado Manzanedo, vecino de Valladolid, alcalde en la junta.
Diego de Esquivel, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.
El doctor Francisco de Medina, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.
Juan de Orvina, vecino de Guadalajara, procurador en la junta.
El doctor Martínez, vecino de Toledo.
El licenciado Rincón, vecino de Medina del Campo, *justiciado.*
El licenciado Urrez, vecino de Burgos, *justiciado.*
El licenciado Sancho Ruiz de Maluenda, vecino de Valladolid.
El bachiller Tordesillas, vecino de Valladolid, fiscal en la junta.
Juan de Solier, vecino de Segovia, procurador en la junta, *justiciado.*
El comendador Fr. Diego de Almaraz, vecino de Salamanca, procurador en la junta.
Pedro Bonal, vecino de Salamanca, Diego de Torremocha, comendador de la cámara.
El doctor Juan González de Valdivieso, vecino de Salamanca.
Francisco de Anaya, defuncto, vecino de Salamanca, hijo del doctor Gabriel Álvarez.
El licenciado Lorenzo Maldonado, vecino de Salamanca.
El licenciado Gil González de Avila, alcalde que fué de nuestra corte.
.... de Villaroel, vecino de Avila, capitán de la junta.
Sancho de Zimbron, vecino y regidor de Avila, procurador en la junta.
El licenciado Juan de Villena, el mozo, vecino de Valladolid.
Antonio de Montalvo, vecino de Medina del Campo.
Gonzalo de Ayora, coronista, vecino de Palencia.
Pedro de Ulloa, vecino de Toro, procurador en la junta.
El bachiller Alonso de Guadalajara, vecino de Segovia, procurador en la junta.
Francisco de Campo, vecino de Zamora.
Francisco de Porras, vecino de Zamora.
El licenciado de la Torre, vecino de Palencia.
Antonio de Villena, vecino de Valladolid, *justiciado.*
El licenciado del Espina, vecino de Palencia.
Pedro de Losada, vecino de Madrid, procurador en la junta.
El doctor de Aguerra, vecino de Murcia.
El bachiller Zambrana.
El bachiller García de León, vecino de Toledo, alcalde que fué en la junta.
El licenciado Dobravo, alcalde que fué en la junta.
Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, capitán general de la junta.
Don Juan Pereira, deán de Salamanca.
Don Alonso Enríquez, prior de Valladolid.

haberse hallado en España en tiempo de la guerra; quejábase de que no entendía sino en deshacer lo que sus gobernadores habían hecho, dando oídos á malos servidores, y le representaba con amargura el compromiso y conflicto en que le ponía, habiendo él prometido perdón á los procuradores de la Junta en los tratos que con ellos había hecho (1). La censura

---

El doctor don Francisco Álvarez y Zapata, maestre-escuela de Toledo.
Alonso de Pliego, deán de Avila.
Don Juan de Collados, maestre-escuela de Valladolid.
Don Francisco Zapata, arcediano de Madrid.
Rodrigo de Acebedo, canónigo de Toledo.
Don Alonso Fernández del Rincón, abad de Compludo y de Medina del Campo.
Don Pedro de Fuentes, chantre de Palencia.
Gil Rodríguez Juntero, arcediano de Lorca.
Juan de Benavente, canónigo de León.
Don Pedro González de Valderas, abad de Toro.
Fray Alonso de Medina.
Fray Pablo y Fray Alonso de Villegas, y el maestro Bustillo, dominicos.
Fray Francisco de Santa Ana, de la orden de San Francisco.
Fray . . . . de la orden de los mínimos, y Fr. Juan de Bilbao, guardián de San Francisco de Salamanca.
Fray Bernardino de Flores, de la orden de San Agustín.
Francisco Pardo, vecino de Zamora, *justiciado*.
Juan Repollo, vecino de Toro, *justiciado*.
Juan de Bobadilla, tundidor, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.
Valloria, pellejero, vecino de Salamanca, *justiciado*.
El alguacil Pacheco, y Francisco Gómez Delgado, vecino de Palencia, *justiciados*.
Gervas, artillero, vecino de Medina del Campo, *justiciado*.
Pedro Merino, vecino de Toro, *justiciado*.
Pedro Sánchez, vecino de Salamanca, *justiciado*.
El licenciado Úbeda, vecino de Toledo, alcaide que fué en el ejército de la junta.
Antonio de Linares, escribano del número.
Francisco de San Miguel, Pero González, joyero.
El bachiller Andrés de Toro, escribano, y siete vecinos de Salamanca.
Alvaro de Bracamonte, y . . . . de Henao, capitán, y otros trece vecinos de Avila.
El bachiller Alcalá, relator de la Audiencia, y otros seis vecinos de Valladolid.
Bernaldo de Gil, y otros ocho vecinos de León.
Alonso de Beldredo, y otros diez vecinos de Medina del Campo.
García Gimeno, y otros catorce vecinos de Aranda.
Francisco Delada, y otros tres vecinos de Toro.
García de Esquina, y otros diez y ocho vecinos de Segovia.
Alonso de Arreo, vecino de Navalcarnero, tierra de Segovia.
Alonso, pescador, y otros seis vecinos de Zamora.
Diego de Villagrán, y otros veinticinco de la Puebla.
Ricote, Miguel de Aragón, batidor, Andrés de Villadiego, el mozo, vecinos de Palencia.
Juan Negrete, y otros quince vecinos de Madrid.
García Cabrero, y otros siete vecinos de Murcia.
Martín Alonso, y otros siete vecinos de Cartagena.
Francisco de Santa María, y otros ocho vecinos de Huesca.
Juan de la Bastida, Juan de Losa, Juan González, criados y vasallos del duque de Nájera.»

(1) «A V. M. he suplicado muchas veces que quiera confirmar el perdón que yo prometí á los que saqué de la Junta, teniendo tanta necesidad, que se tomó por reme-

de persona tan autorizada como el almirante de Castilla, regente del reino, y vencedor de las comunidades, nos ahorra el trabajo de dudar si en el llamado perdón general de Carlos V hubo ó no más de crueldad que de lo que han nombrado «notable clemencia» nuestros historiadores. Aparte de las consideraciones del almirante, no dejaba de ser una lista de proscripción de cerca de trescientas personas, después de año y medio de pacificado el reino.

Verdad es que, fuese porque hicieran mella en el ánimo del rey las sentidas quejas del respetable prócer, ó por otra causa, la mayor parte de los procesados no llegaron á sufrir la pena. Puede ser cierto que al darle cuenta de los que habían sido justiciados, dijo: «Basta ya, no se derrame más sangre.» Que habiéndole sido denunciado Hernando Dávalos, el cual desde Portugal había venido secretamente á la corte y andaba escondido negociando su perdón, le dijo al denunciante: «Mejor hubiérades hecho en avisar á Hernando Dávalos que se fuese, que no á mí que lo mandase prender.» Pero también es verdad que todavía dos años después del llamado perdón (en 1524) pedía con instancia al rey de Portugal que le entregara los comuneros que en su reino se habían refugiado. Que allá tuvo que morir desvalido el ilustre capitán y escritor Gonzalo de Ayora. Que el conde de Salvatierra, que cometió la indiscreción de venirse á Castilla con la esperanza de obtener su indulto, fué descubierto y sentenciado á muerte: diósele ésta abriéndole las venas en la cárcel hasta que expiró desangrado (1524). Llevósele á la sepultura en un ataúd hecho de forma que se le descubrieran los pies para que se vieran los grillos: ¡singular alarde de crueldad (1)!

No es menos cierto que ni aun en celebridad de la famosa victoria de Pavía (1525), de que trataremos en su lugar, quiso el emperador ampliar el indulto y hacerle extensivo á los exceptuados. Puede inferirse cuál sería en este punto la severidad del rey á quien llamaron clementísimo, cuando en el sermón de albricias por aquella victoria el hombre más enemigo de los comuneros, el padre fray Antonio de Guevara, le decía excitándole á la compasión: «Más seguro es á los príncipes ser amados por la clemencia que no ser temidos por el castigo..... Los que á V. M. ofendieron en las alteraciones pasadas, dellos son muertos, dellos son enterrados, dellos están escondidos, y dellos están huídos: razón es, serenísimo príncipe, que en albricias de tan gran victoria se alaben de vuestra clemencia, y no se quejen de vuestro rigor. Las mujeres de los infelices hombres están pobres, las hijas están para perderse, los hijos huérfanos y los parientes están afrentados; por manera que la clemencia que se hiciere con pocos redundará en remedio de muchos..... (2).»

---

dio ofrecelles perdon y mas, lo cual fué causa de que estuviesen las cosas en el estado que hoy están, pues á no tomarse este trabajo, la batalla fuera muy dudosa.» Cartas y advertencias del almirante de Castilla á Carlos V.

(1) Pasó el conde muchas miserias durante su prisión. Para alimentarle tuvo su hijo, que era paje del emperador, que vender su caballo. Súpolo el rey, y mandó dar á aquel buen hijo cuarenta mil maravedís, mas no por eso se libró su padre de la sangría suelta.—Sandoval, lib. IX, párr. 29.

(2) Cartas familiares de Fr. Antonio de Guevara, part. 1.ª

Un año después de este sermón, y á los cinco de haberse acabado la guerra de las Comunidades, expiaba el obispo Acuña sus extravíos y ex-

---

Creeríamos dejar incompleta la relación del levantamiento, guerra y fin de las comunidades, si no diéramos una breve noticia de la suerte que corrieron algunos de los principales personajes que sobrevivieron á su terminación.

Doña María Pacheco, viuda de Padilla.—Después que esta ilustre y desgraciada heroína se refugió en Portugal, anduvo algunos meses como errante de población en población, á causa de las reclamaciones que el emperador hacía al monarca de aquel reino para que hiciese salir de él á los comuneros refugiados, hasta que pudo alcanzar del portugués que la permitiese subsistir allí, y entonces fijó su residencia en Braga, cuyo arzobispo le dió un magnífico hospedaje. Allí permaneció de tres á cuatro años, hasta que lo delicado de su salud la obligó á trasladarse á Oporto, y se hospedó en las casas del obispo don Pedro de Acosta, que se hallaba en Castilla de capellán mayor de la emperatriz. Este prelado trabajó por espacio de tres años consecutivos para alcanzar el indulto imperial para doña María; le obtuvo para sus criados, pero no le fué posible conseguirle para la viuda de Padilla, que al fin falleció agoviada de disgustos y llena de achaques, en marzo de 1531.

Dejó encargado en su testamento que se la enterrase en San Jerónimo de Oporto, y que después de consumido su cuerpo se llevasen sus huesos á Villalar, para unirlos con los de su malogrado esposo. Mas esto no pudo tener efecto, á pesar de las vivas diligencias que para ello practicó el bachiller Juan de Losa, su capellán.—Dícese que era muy versada en la Sagrada Escritura, en historia y en matemáticas, y muy docta en latín y en griego.

Don Pedro Girón.—Hemos visto este personaje que tan poco envidiable papel hizo en la guerra de las Comunidades, entre los exceptuados del perdón, sin que hubiera sido bastante recomendación para con el monarca su innoble comportamiento con los populares. Sin embargo, debió después tenérsele en cuenta este servicio, puesto que fué el único que alcanzó el indulto y logró reconciliarse con el emperador. Verdad es que había abrazado con ardor la causa imperial en la guerra de Navarra, en la cual salió herido, y valiéronle además los empeños y ruegos del conde de Ureña, su padre, y la intercesión del almirante, su deudo, que fué más afortunado con él que el conde de Benavente con Maldonado. Don Carlos le perdonó á condición de que fuese á Orán á hacer la guerra á los turcos. Hízolo así Girón; en ella recibió una herida peligrosísima en la cabeza; y una sorpresa importante que hizo á los turcos le volvió á la gracia del emperador, el cual le permitió regresar á España, y le colmó de gracias y mercedes, de que disfrutó poco tiempo, pues murió en Sevilla en abril de 1531, muy poco después que doña María Pacheco.—Gudiel, Historia de los Girones, fol. 151 y siguientes.

El obispo Acuña.—Preso, como dijimos, este famoso y turbulento prelado antes de ganar la frontera de Navarra cuando se fugó de Toledo, y encerrado á cargo del duque de Nájera en la fortaleza de Navarrete, fué después trasladado de orden del emperador á la de Simancas, de lo cual se sintió no poco aquel magnate, tomándolo como una señal de desconfianza, y como un agravio hecho á su persona. Encargó el emperador el proceso del obispo de Zamora al de Oviedo. Pero elevado el cardenal Adriano, regente de Castilla, al pontificado, admitió á su gracia y clemencia al procesado obispo, y le hizo remisión de todos sus crímenes cometidos en tiempo de las comunidades. Muerto por su desgracia el papa Adriano (setiembre, 1523), fué de nuevo encausado por el obispo de Burgos, de cuyo proceso salió triunfante. Otra vez, sin embargo, se procedió contra él por breve del papa Clemente VII (abril, 1524), que encomendó las actuaciones al arzobispo don Antonio de Rojas, presidente del Consejo. A los pocos días se presentó contra él una terrible acusación como promovedor principal de las revueltas pasadas, como desleal á su patria y á su rey, y como mal ministro de la Iglesia. Notificósele el auto del presidente para que en el término de 15 días diera sus

cesos en un patíbulo y era colgado de una almena en la fortaleza de Simancas.

---

descargos por medio de procuradores: alegó el obispo haber sido perdonado ya por el pontífice, pero acusado en rebeldía, tuvo que nombrar sus procuradores.

Durante este tercero, ó cuarto proceso, no perdonó medio el obispo para ver de ablandar la cólera del emperador. Dirigíale frecuentes cartas y exposiciones recordando sus antiguos padecimientos por servicios á su abuelo y padre don Fernando y don Felipe, y en una de ellas le traía á la memoria que por obra suya se habían sostenido Fuenterrabía y San Sebastián. Otras veces ponía por intercesor al duque de Nassau. Ni las súplicas del preso, ni los motivos de júbilo que al emperador deparaba la prosperidad de sus armas, alcanzaban á ablandar el corazón de Carlos. Ni siquiera la alegría de sus bodas con doña Isabel de Portugal inspiró al emperador un rasgo de clemencia para con Acuña, por más gestiones que éste hizo con ocasión de tan fausto acontecimiento.

El proceso parecía haberse estancado; el obispo llevaba ya cinco años de prisión, insoportable para un genio inquieto, vivo y bullicioso como el suyo, y no viendo el término que podría tener, y cansado de la inutilidad de los ruegos, le entró la desesperación, y meditó recurrir á su propia industria para ver de lograr por la violencia lo que ya por otros medios había perdido toda esperanza de conseguir. Al efecto procuró entenderse con el alcaide Mendo de Noguerol, y con otras personas de las que habitaban en la fortaleza ó entraban en ella, como una esclava de aquél llamada María, un criado del mismo, nombrado Esteban, y el clérigo don Bartolomé Ortega que celebraba misa en el castillo, decidido á emplear para su evasión el soborno, y cuando éste no alcanzase, la fuerza. Con el capellán llegó á cartearse, y con los otros á tener entrevistas y entenderse. Así logró proveerse de tres armas, una especie de maza y dos cuchillos, uno de los cuales había sujetado á la punta de un palo con clavos y cuerdas á manera de pica, y además un guijarro que guardaba en una bolsa de cuero como si fuese el breviario. Sus medios de seducción parece que se estrellaron contra la incorruptibilidad del alcalde Noguerol, que sin faltar á los miramientos que debía á la alta dignidad del preso, no se olvidaba de su deber como guardador y responsable de su persona.

Una tarde (25 de febrero, 1526), en una larga conferencia entre el obispo y su guarda, parece que aquél esforzó sus artificios para obtener de éste alguna más libertad y desahogo en la prisión, y que éste se mantuvo inaccesible á los halagos, que versaban principalmente sobre cesión de beneficios que Noguerol deseaba para sus dos hijos Francisco y Leonardo. Entonces el obispo ya no pudo reprimir su arrebatado genio, y con el guijarro que guardaba en la bolsa descargó un terrible golpe en la cabeza del alcaide, que le dejó aturdido, derribóle al suelo, y con uno de los cuchillos le remató á puñaladas, echándole después encima el brasero para asegurar más su muerte, y por último le ató al pie de su cama. Hecho esto, aprestó el prelado homicida sus dos cuchillos, sonó una campanilla, á cuyo llamamiento subió el hijo del alcaide, Leonardo: *Entra* le dijo el prelado, saliéndole al encuentro, *porque tu padre está escribiendo y te necesita.* En el azoramiento de Acuña y más todavía en alguna mancha de sangre que observó en su vestido, comprendió el mancebo algo de lo que había pasado, corrió por una espada, volvió á subir á la prisión y acometió al obispo. Defendióse éste con su pica, y después de alguna lucha retrocedió el joven, bajó la escalera, tras él marchó Acuña, pero los 65 años y la poca agilidad de sus piernas después de tanto tiempo de prisión no le permitieron alcanzarle: el fugitivo mancebo cerró tras sí la puerta del castillo y se dió á vocear por el pueblo, dejando al obispo encerrado: el cual se dirigió á las almenas del castillo, con el intento de arrojarse fuera de la fortaleza y emprender su fuga.

A caballo en el adarve le encontraron los vecinos de Simancas, que á las voces del hijo de Noguerol acudieron corriendo desde la iglesia. Rogáronle los alcaldes que se

Tal fué la clemencia del emperador con los comuneros, y tales las consecuencias de su funesto perdón general.

---

volviera al cubo, y bajo el seguro y la confianza de sus personas lo ejecutó el prelado, no sin que el hijo de su víctima se tomara el atrevimiento de poner su mano con violencia en las espaldas del obispo. Juntos se encaminaron á la prisión, donde hallaron caliente todavía el cadáver. Inmediatamente pasaron de Valladolid á instruir el correspondiente proceso los alcaldes Menchaca y Zárate. En las declaraciones pintó el obispo el suceso de la manera mejor y menos desfavorable que le sugirió su maña; tomadas estaban también las confesiones á sus cómplices, y en tal estado, muy adelantado ya el proceso, no pareciendo á la corte del rey bastante rígidos en sus actuaciones los alcaldes Menchaca y Zárate, se envió á Simancas de real orden al terrible y famoso alcalde Ronquillo con un asignado de mil quinientos maravedís al día, y con un escribano y dos alguaciles, para que fallara sumariamente la causa. Sabido es que el feroz Ronquillo, sobre ser el más furioso enemigo de los comuneros, lo era personal de Acuña, y deseaba vengarse de haberle tenido preso en el castillo de Fermoselle.

Indignó á Acuña verse sometido á un juez como Ronquillo, y tener que comparecer á su presencia con grillos en los pies y sujetas con esposas las manos. A todas las preguntas del nuevo magistrado ó contestó negando ó respondió con evasivas. Examinados los cómplices y testigos, y puestos á tormento y martirizados, nada averiguó Ronquillo que no hubiesen confesado ya á los otros alcaldes. Procedió en seguida á dar tormento al prelado: *lo que tengo dicho es la verdad*, dijo éste al prepararse á sufrirle, *y no se más: pero en el tormento diré lo que sepa y lo que no sepa.* En efecto, de orden del alcalde el verdugo de Valladolid, Bartolomé Zaratán, ató las manos y los pies al obispo, sujetó además éstos con grillos y con una cadena á una pesa de hierro de cuatro arrobas, y de las manos subía una maroma colgada de una garrucha. Por tres veces tiró el verdugo de ella hasta levantar al obispo del suelo: á cada tirón prometía decir la verdad, y luego respondía evasivamente. Sintió al fin que se le descoyuntaba el cuerpo, y no pudiendo sufrir aquel dolor horrible, hizo algunas declaraciones incompletas y vagas, concluyendo por suplicar al alcalde que se abstuviese de hacerle más preguntas, pues serían inútiles. Pidió un abogado y un procurador, conforme á derecho y le fué negado. Lleváronle al fin á la cama, donde había de pasar la última noche de su agitada y azarosa vida.

A la mañana siguiente (23 de marzo), entró el escribano con los alguaciles á notificarle la sentencia del alcalde, que le condenaba, así por haber movido escándalos y bullicios en Castilla en ausencia del rey, como por haber dado muerte al alcaide de la fortaleza de Simancas Mendo Noguerol, á ser agarrotado á una de las almenas por donde quiso fugarse. En la misma mañana otorgó Acuña su testamento, en que ordenó se le enterrara en San Ildefonso de Zamora, é hizo bastantes mandas á varias iglesias, entre ellas á la de Simancas, á la cual dejó una renta anual de doce mil maravedís, con cargo de una misa todos los viernes por su ánima y las de sus bienhechores, y de Mendo Noguerol. Concluído el cual se preparó á bien morir, y todo se hizo con tal precipitación, que antes de la tarde se le sacó al suplicio. Acompañáronle todos los clérigos de Simancas, atribulados de verle en tan terrible trance, y asombrados de la presencia de ánimo con que marchaba al patíbulo, entonando con más entera voz que ellos el salmo de David. Al llegar al lugar de la ejecución se prosternó el obispo, oró con devoción, puso la cabeza sobre el repostero, y le dijo al verdugo: *Yo te perdono, y empezando tu oficio, procura apretar recio.* El ejecutor le echó al cuello el lazo fatal, y le dejó colgado de una almena.

Tal fué y tan desastroso el fin del famoso don Antonio Acuña, obispo de Zamora.

De los cómplices en su tentativa de fuga, el criado del alcaide, Esteban, fué condenado en ausencia á ser ahorcado dondequiera que fuese habido: el presbítero don Bartolomé Ortega, fué puesto bajo la jurisdicción eclesiástica por aquel mismo Ronquillo.

CAPÍTULO VIII

LAS GERMANÍAS DE VALENCIA

De 1519 *á* 1522

Origen de las Germanías.—Opresión en que vivía la clase plebeya en Valencia: injusticias y tiranías de los nobles.—Lo que sirvió de pretexto á la plebe para insurreccionarse.—Alzamiento en Valencia.—Junta de los Trece.—Por qué se llamó Germanía. —Alarma de los nobles.—La conducta del rey alienta á los plebeyos.—Alarde de fuerza de los sublevados.—Alzamiento en Játiva y Murviedro.—Nombramiento de virrey.—Gran tumulto en Valencia.—Fuga del virrey conde de Mélito.—Guerra de las Germanías.—Fidelidad de Morella al rey.—Demasías y excesos de los agermanados.—Suplicios horribles ejecutados por plebeyos y nobles: escenas sangrientas. Fuerzas respetables de uno y otro bando: batallas: sitios de ciudades.—Agermanados célebres: Juan Lorenzo: Guillem Sorolla: Juan Caro: Vicente Peris.—Alzamiento de moros en favor de los nobles.—Imponente motín en Valencia, y sus causas.—Grande expedición del ejército de la germanía.—Auxilio que reciben los nobles.—Derrota de los agermanados en Orihuela.—Anarquía en la capital.—Rendición de la capital al virrey.—Germanías de Játiva y Alcira: guerra obstinada.—Suplicios horribles en Onteniente.—El marqués de Zenete.—Vicente Peris en Valencia.—Acción sangrienta que motiva en las calles de la ciudad.—Su temerario valor.—Es cogido y ahorcado: es arrasada su casa.—Prosigue la guerra.—*El Encubierto.*—Es hecho prisionero y decapitado en Játiva.—Quién era *el Encubierto*.—Rendición de Játiva y Alcira.—Fin de la guerra de las germanías.—Persecución y suplicio de los agermanados. Reflexión sobre esta guerra.

Con fatales auspicios se había inaugurado en España el reinado de Carlos I. Mientras agitaban al antiguo reino castellano las alteraciones

---

que no había tenido escrúpulo en entregar al verdugo un prelado de la Iglesia, bien que criminal é indigno: á la esclava Juana le dió tormento metiéndole astillas de tea por las uñas, y la sentenció á ser azotada por las calles, y por último á que le cortaran la lengua; todo lo cual fué ejecutado.

Hemos tenido presente para esta reseña el proceso original del obispo Acuña, que existe en el archivo de Simancas, cuyo edificio es la fortaleza misma en que estuvo preso y fué ejecutado, y muchas veces hemos visitado el lugar de su prisión y la pieza destinada al tormento, en cuyas paredes y bóvedas subsisten aún garfios y argollas. También hemos consultado la Historia MS. de Simancas por el licenciado Cabezudo, que da muy curiosas noticias suministradas por testigos de vista de la catástrofe.

Réstanos rectificar una inexactitud de las muchas de esta especie en que incurrió Sandoval por empeñarse en defender la clemencia del emperador. Hablando del proceso y suplicio de Acuña, dice: *Todo esto se hizo sin saberlo el emperador, á quien pesó mucho de ello*. Lib. IX, párr. 28.

Tan lejos estuvo de ignorarlo el emperador ni de pesarle de ello, que lo mandó él mismo, y felicitó á Ronquillo por lo bien que había desempeñado su comisión. *Lo que habeis fecho en lo que llevasteis mandado* (le decía) *ha sido como vos lo soleis facer y habeis siempre fecho en lo que entendeis: yo os lo tengo en servicio: y pues ya eso es fecho, en lo que resta, que es mandar por la absolucion, yo mandaré que con diligencia se procure tan cumplida como conviene al descargo de mi real conciencia y de los que en esto han entendido.* La absolución vino, como era de esperar, interesándose en ello el emperador.

que acabamos de referir, disturbios de carácter aun más sangriento afligían otra de las más bellas porciones de la monarquía, y al tiempo que ardía en los feraces campos de Castilla la guerra de las Comunidades, ensangrentaba el fértil suelo valenciano la guerra de las Germanías. Daremos idea de lo que fué aquella revolución popular, ni de todo punto desemejante, ni tampoco de la misma índole que la de Castilla, y sin conexión ni coherencia entre sí.

En Valencia las clases del pueblo vivían duramente oprimidas por la clase noble. Los aristócratas valencianos trataban á los que llamaban plebeyos con tal orgullo, insolencia y tiranía, como si fuesen sus esclavos. Reducidos estaban éstos á odiar en silencio á los nobles, porque era inútil toda queja y excusada toda demanda de justicia; en sus causas y pleitos. no sólo eran desatendidos, sino hasta castigados y maltratados, en términos que como dice el obispo Sandoval, «si un oficial hacía una ropa, los caballeros le daban de palos porque pedía que le pagasen la hechura; y si se iba á quejar á la justicia, costábale más la querella que el principal.» Llegaba á tal punto el escándalo y la osadía, que en alguna ocasión hubo magnate que arrebató á una desposada al salir de la iglesia de entre las manos de su marido y de sus padres. Con hechos de esta naturaleza frecuentemente repetidos, el enojo de los plebeyos contra los nobles era tal, que no ansiaban estos sino una ocasión de sacudir el yugo y vengar las demasías de aquellos.

Con motivo de una epidemia que en 1519 tenía consternada la capital de aquel reino, abandonaron á Valencia huyendo de la peste las autoridades y casi todos los nobles y personas notables de la ciudad. En tales circunstancias, difundióse la voz de que los moros argelinos preparaban un desembarco en las costas valencianas, y con arreglo á una disposición de Fernando el Católico, se armaron los artesanos para prepararse á la defensa. En este estado, se predicó en la catedral un sermón en que se atribuían las calamidades que en aquella y otras ocasiones habían afligido la población á los vicios que atraían la cólera divina, y especialmente al de sodomía, crimen nefando que miraba con justo horror el pueblo. Concluído el sermón, como la voz pública designase á un panadero como mancillado con aquel delito, dirigiéronse á su casa varios grupos, le prendieron y le llevaron á la cárcel eclesiástica por ser tonsurado. Condenado por el vicario á ser expuesto á la vergüenza en la iglesia durante la misa mayor, ya no fué posible volverle á la cárcel; una turba numerosa trató de arrebatar del templo á aquel infeliz: cerráronse, para protegerle, las puertas, y entonces la muchedumbre se encaminó al palacio del nuncio, al cual puso fuego, exasperada por la resistencia que halló en él, y volviendo en mayor número á la catedral, forzó una de las puertas, y sin intimidarse por el toque de la campana de entredicho que hizo sonar el vicario, ni respetar la hostia sagrada que en procesión presentaron las parroquias, los amotinados penetraron hasta la sacristía, se apoderaron del infeliz panadero, y arrastrándole al lugar del suplicio, hicieron una hoguera y le quemaron vivo (1).

(1) Los que más de propósito y con más extensión han escrito sobre el levanta-

Orgulloso el pueblo con aquel terrible triunfo y con la humillación del justicia, comenzó á armarse más en orden so pretexto de la guerra contra los moros. A la cabeza de él figuraba un cardador llamado Juan Lorenzo, hombre astuto y atrevido, de no vulgar elocuencia, que gozaba cierta fama de adivino, y era como el oráculo del pueblo (1). Este menestral propuso que para la defensa del reino contra los moros y del pueblo contra los nobles. y para el gobierno de la ciudad, se nombrara una junta de trece artesanos. Con aplausos estrepitosos se recibió la proposición de Lorenzo, y en su virtud, á pluralidad de votos, se formó la junta llamada de los Trece (2), continuando no obstante el Juan Lorenzo ejerciendo una ilimitada influencia en la dirección de lo que se llamó Germanía (3). Asociado á él obraba un individuo de la Junta, tejedor de lana, nombrado Guillem Castelví, conocido por Guillem Sorolla, joven audaz, de buena figura y de una capacidad superior á la de sus compañeros. Era esto á últimos de diciembre de 1519, en ocasión de hallarse el rey Carlos en Barcelona. Los sublevados se declararon abiertamente contra los nobles, á quienes daban los apodos de traidores y de tiznados, y los amenazaban con la hoguera.

---

miento y guerrra de las Germanías, son: Martín de Viciana «escriptor de vista,» como él se dice, en la cuarta parte de su Crónica de Valencia; Gaspar Escolano, en el lib. X de la Historia de Valencia; Bartolomé Leonardo de Argensola, en su libro I de los Anales de Aragón; y Sandoval, aunque más brevemente, en su Historia del emperador Carlos V.—Con presencia, á lo que se ve, de estas obras, y de los documentos que haya podido recoger en los archivos de aquella ciudad, publicó recientemente (en 1845) don Vicente Boix su *Historia de la ciudad y reino de Valencia*, cuyo libro VI dedica á la relación del alzamiento y guerra de las Germanías. Seguimos generalmente este extracto, por hallarle conforme en lo sustancial con las relaciones de los historiadores citados.

Don José Quevedo publicó por apéndice, ó sea nota, á su traducción de la *Historia de las Comunidades de Castilla* de Maldonado, una sucinta relación de la de las Germanías de Valencia, sacada de una *Apología* escrita en latín *á Joanne Baptista Agnesio, Christi Sacerdote*, impresa en Valencia en 1543. Tomamos muy poco de ella, porque la hallamos en muchos puntos en contradicción con lo que aquellos respetables historiadores nos suelen decir contestes.

(1) «Mostraba, dice Escolano, tener entre todos gran celo, mejor labia y no poca agudeza.»—«Era anciano, leído y bien hablado, dice Argensola, y con esto ganaba y conservaba autoridad, con lo cual llegó á tener tanta mano en el pueblo, que le gobernaba desde su casa.» Anal., lib. I, cap. LXXV

(2) «Por memoria, dice Escolano, de Christo nuestro Señor y de los doce Apóstoles.» Lib. X, cap. IV.

Los trece nombrados fueron: Antón Garbi, pelaire; Sebastián de Noha, vellutero (tejedor de terciopelo); Guillem Sorolla, tejedor de lana; Vicente Montolí, labrador; Pedro Villes, tundidor; Pedro Bage, curtidor; Damián Isérn, guantero; Alonso Cardona, cordonero; Juan Hedo, botonero; Jerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; Juan Sancho y Juan Gamis, marineros.

Declararon además que siempre habían de ser de la junta un pelaire, un terciopelero, un tejedor y un labrador: los demás oficios serían echados á la suerte en un sombrero, y de los que saliesen se nombraría un menestral á votación, hasta que todos los oficios participaran del gobierno.

(3) De la palabra lemosina *germá*, hermano; y así *Germanía* quería decir Hermandad.

Alarmados los nobles á la vista del aspecto que presentaba la revolución, acordaron entre otras cosas enviar á Barcelona ocho comisionados para que informaran al rey del estado de Valencia y del peligro que había de que cundiera el mal por todo el reino, exponiéndole además lo conveniente que sería para calmar la agitación que viniese á Valencia y jurase sus fueros. El rey se limitó á expedir una real cédula prohibiendo á los gremios presentarse armados y celebrar reuniones sin previa autorización del gobernador. Pero leído el despacho en la cofradía de los carpinteros, y á consecuencia de un discurso que Juan Lorenzo pronunció en ella, determinó también la germanía enviar sus representantes al rey, para hacerle ver la necesidad que habían tenido de empuñar las armas para defenderse de la amenazante invasión de los moros y de las injusticias y tropelías de los nobles. Entretanto la Junta de los Trece continuó celebrando sus sesiones, trabajando en su propia defensa y en los medios de propagar la revolución.

Próximo entonces don Carlos á dejar á Barcelona para celebrar las cortes de Santiago de Galicia, de que en otro capítulo hicimos mérito, no accedió á pasar personalmente á Valencia, sino que ordenó que se congregaran las cortes de aquel reino, bajo la presidencia del cardenal Adriano. Muy á mal llevaron el clero y la nobleza valenciana que esquivara venir en persona á prestar el juramento á sus fueros, según era de antigua é inviolable costumbre; y lo que fué peor para ellos y los irritó más fué, que mientras le enviaban otro mensaje, llegaron los comisionados de la Junta popular trayendo y presentando con orgullo una carta real, fechada en Fraga, concediéndoles el uso de armas, y facultándoles para tener sus revistas militares. Déjase comprender con cuánto júbilo la recibirían los plebeyos, los cuales prepararon su gran revista para el domingo inmediato (29 de febrero, 1520), á la que tuvieron la atención de invitar al cardenal y al vice-canciller don Antonio Agustín, y éstos la imprudente condescendencia de asistir. Juntáronse hasta ocho mil hombres del pueblo armados: al desfilar por delante del cardenal se daba la voz de *¡Viva el rey!* y el buen prelado, halagado por este grito, y admirado de ver el continente marcial de aquella tropa, llevó su complacencia hasta recibir al día siguiente una comisión de los plebeyos que pasó á cumplimentarle. Por otra parte, los delegados de los nobles no consiguieron nada del rey, á quien hallaron en Lérida, de camino ya para Castilla; antes bien, en otra carta que se recibió luego en Valencia volvió á ordenar que los estamentos prestaran el juramento en manos del cardenal de Tortosa. Mostrábase en esto don Carlos tan desaconsejado como desconocedor de las costumbres y de la situación del reino.

Tomaron alas los de la plebe, viéndose tan halagados del rey, para excitar á la revolución á los demás pueblos. Játiva proclamó la germanía, y Murviedro siguió también el movimiento, formando su junta á ejemplo de la de Valencia, por cuyas instrucciones obraba. Habiéndose refugiado al castillo los principales de aquella población, atacáronlos allí los populares, asaltaron éstos la fortaleza, y pasaron á cuchillo á todos los que habían buscado un asilo en la capilla, hasta niños de siete y nueve años. De los prisioneros alguno recibió una muerte horrible en la plaza pública.

Por todas partes circulaban copias de la real cédula en que se autorizaba al llamamiento de la gente popular, y multitud de poblaciones se iban adhiriendo á la germanía, y proclamándola y obligando á las que ponían resistencia á seguir el impulso y á reconocer las órdenes que emanaban de la Junta de los Trece. Viéndose ya los nobles en la precisión urgente de proveer á su propia defensa, nombraron veinte representantes con poderes amplios para dictar las providencias que creyeren más convenientes á la seguridad de todos. De este modo se pusieron frente á frente, dispuestos á hacerse cruda guerra, nobles y plebeyos.

Una cuestión suscitada por un pequeño incidente, ocurrido con el aprendiz de un artesano, bastó para producir en Valencia un grave tumulto, en que grupos de amotinados gritaban ya *¡mueran los caballeros!* Inútilmente se esforzó el cardenal Adriano por contener los desmanes, tropelías y aun muertes que cometieron las turbas, y entonces sólo conoció, aunque tarde, el terrible aspecto y las fatales tendencias de la revolución. De resultas de este tumulto pasó una comisión de los nobles á la Coruña, donde ya el rey se hallaba, y habiéndole informado de la lamentable y crítica situación en que se encontraba el país, lograron que nombrara virrey y capitán general del reino al conde de Mélito, don Diego Hurtado de Mendoza, persona de cuyo valor y prudencia se esperaba que sabría sosegar aquellas turbaciones. Pero tras ellos fué también un individuo de la Junta de los Trece, el cual volvió con reclamaciones de la corte para el nuevo virrey, con más una carta del emperador (7 de mayo), en que expresaba que, vistos los fueros en que se apoyaban los plebeyos, les facultaba para que entre los jurados se nombrara á dos de su clase. Merced á esta conducta ambigua y débil de Carlos, que no pensaba entonces sino en recabar de las cortes de Castilla el servicio extraordinario para embarcarse en seguida á ceñirse la corona imperial, Valencia continuaba siendo teatro de sangrientos desórdenes, parecidos al que dió por resultado el suplicio del panadero.

Llegado que hubo el virrey conde de Mélito á Cuarte, y hecha presentación de sus poderes á los estamentos, dispuso su entrada pública en Valencia. A las puertas de la ciudad salieron á recibirle el gobernador don Luis Cabanillas, los jurados y una numerosa comisión de la nobleza. A la catedral se enderezaba la comisión por el camino más corto, cuando al doblar una esquina le salieron al encuentro los Trece de la Junta popular con muchos de los agermanados. *Los reyes y los príncipes*, le dijo Guillem Sorolla, cogiendo las bridas y deteniendo la mula del conde, *no buscan atajos en sus entradas solemnes*. Le designó las calles por donde había de ir, tomó la comitiva la ruta marcada por el audaz plebeyo, entró en la catedral, fué reconocido y jurado el de Mélito por virrey, no sin que los estamentos protestaran que lo hacían obligados por las circunstancias y sin que sirviera de precedente para lo sucesivo, puesto que el monarca no les había jurado á ellos sus fueros, y admitida la protesta y concluída la ceremonia, se dirigió el virrey á su alojamiento.

Entre las peticiones que la Junta popular presentó al virrey en aquellos primeros días, era una de las principales el nombramiento de dos jurados de la clase plebeya. Como un día le anunciasen en el palacio al sín-

dico Sorolla que les sería negada su petición: *Pues bien,* exclamó, *habrá dos jurados plebeyos, ó la sangre inundará el pavimento de esta casa.* Llegó en esto la víspera de la elección de los seis jurados (25 de mayo), y comenzaron los preparativos amenazantes de la gente popular. Intercedieron varios religiosos para que se accediera á la petición de los plebeyos en obsequio á la tranquilidad pública: el virrey se mantenía en su negativa, escudado en las últimas instrucciones que decía tener del monarca. Por último, se hizo la elección, y resultaron nombrados los que proponían los Trece, sin que obtuvieran un solo voto los propuestos á nombre del rey. Recibióse el juramento á los nombrados, pero el virrey se obstinó en no reconocerlos, exasperando con este desaire al pueblo y á la Junta de los Trece, que protestaron vengarse en la primera ocasión; y por de pronto aquel mismo día hicieron un alarde de sus fuerzas, pasando una gran revista, y descargando al tiempo de desfilar algunos arcabuzazos á las puertas del palacio del virrey.

Las ocasiones vienen pronto cuando se desean y se estudian pretextos para buscarlas, y así sucedió á los agermanados. A los pocos días, por sentencia del tribunal y mandamiento del virrey, era llevado al patíbulo un malhechor con el aparato de costumbre: hízose cundir la voz de que aquel infeliz, en contravención á los fueros, había sido condenado sin darle tiempo para su defensa, y lanzándose el atrevido Sorolla con gente de su bando sobre la comitiva fúnebre, arrebató al reo de manos de la justicia y le llevó á la catedral diciendo que era tonsurado. Puesto después el Sorolla á la cabeza de tres mil hombres, se dirigió al palacio del virrey conde de Mélito, con ánimo de apoderarse de su persona. Mas no habiendo salido con su intento á causa de la resistencia que por más de dos horas halló en la guardia del conde, se escabulló por entre los suyos, se escondió en su casa, y encargó á su amigo Bartolomé Domínguez hiciese correr la voz de que el virrey le había hecho asesinar secretamente.

El diabólico artificio del sagaz artesano surtió todo el efecto que se proponía. Difundida aquella falsa voz, se alarmaron todos los plebeyos, batieron cajas, sacaron los estandartes de las cofradías, y á los gritos de *¡muera el virrey! ¡mueran los caballeros!* se encaminaron en espantoso tumulto al palacio del conde. Defendióse éste vigorosamente con su corta guardia: su familia se puso en salvo pasando de casa en casa con los mayores peligros: los amotinados pedían que pareciese Sorolla, ó degollarían al conde y á cuantas personas se encerraban en el palacio. En tal conflicto el obispo de Segorbe que se hallaba accidentalmente en Valencia, y que acaso supo ó sospechó que Sorolla estaba escondido, se fué á su casa, preguntó por él á su mujer y nególe ésta la verdad. Insistió el anciano prelado; redobló y esforzó sus súplicas, hasta echarse á los pies de aquella mujer, que al fin confesó la verdad del caso. Presentóse entonces Sorolla, el obispo le abrazó cariñosamente, le hizo cargos sobre las calamidades que estaba ocasionando, y le redujo á que montado á la grupa de su mula se presentara con él al pueblo. Era de noche, y á la luz de unas hachas que el obispo hizo encender marcharon los dos al lugar del combate. La presencia y la voz de Sorolla hicieron prorrumpir al pueblo en los gritos de *¡viva el rey! ¡viva Sorolla!* Con la alegría de su aparición cesó como

por encanto el tumulto, y el virrey aprovechó aquellos momentos para salir muy de madrugada de Valencia y retirarse á Concentaina, y de allí á Játiva, llamado por los nobles de esta ciudad, que al fin tuvo que abandonar expulsado por los plebeyos, refugiándose por último en Denia.

Con la cobarde retirada del conde de Mélito los nobles de Valencia, sin protección y sin apoyo, tuvieron que salir de la ciudad con sus familias y criados, quedaron los Trece dueños absolutos de ella, dejando únicamente al marqués de Zenete, hermano del virrey, que gozaba de mucha popularidad. En mal hora, cuando tan poderosa quedaba la germanía en Valencia, le ocurrió al vizconde de Chelva hacer ahorcar á un jefe de germanía de otra villa inmediata. Los valencianos enviaron allí una hueste, la cual, después de saquear y destruir cuanto le sugirió su furor de venganza, volvió ufana y victoriosa á la ciudad. Los Trece publicaron entonces una orden mandando que en adelante no se impusiese la pena de horca á ningún plebeyo, aunque fuera delincuente, sin que antes fuera ahorcado algún caballero, que fuese también criminal (julio, 1520).

Mientras los nobles concertaban con el capitán general refugiado en Denia los medios de conjurar tan deshecha borrasca, se proclamaban en germanía multitud de poblaciones; levantáronse en hermandad Elche, Mogente, Jérica, Segorbe, Onda, Orihuela, y muchas otras villas y lugares del reino, con más ó menos desórdenes, y con más ó menos resistencia de los nobles y de las autoridades. Sólo el pueblo de Morella se mantenía resuelto y firme contra las germanías, al modo que en Castilla se había mantenido Simancas contra las comunidades. Los de Morella se habían obligado con juramento hasta á matar á sus propios hijos, si menester fuese, si se atrevían á hablar en favor de los agermanados. ¡A tal extremo exaltan los ánimos las contiendas políticas, cualquiera que sea el partido por que se decidan los hombres! Allí no fué oída la voz del orador popular Guillem Sorolla, que pasó comisionado por la Junta de los Trece á exhortar á los morellanos á que se adhirieran á la germanía; antes bien fueron obligados á salir inmediatamente de la población el tejedor de lana y sus compañeros, y Morella se puso en un estado de defensa imponente, por cuya decisión escribió el emperador á sus vecinos desde Aquisgrán una carta sumamente honorífica y laudatoria (22 de octubre, 1520). Pero esta distinción imperial exasperó más á los plebeyos de Valencia, de Játiva y de otros puntos, multiplicándose con este motivo los desmanes y los excesos de la plebe. En Játiva se puso fuera de la ley á los nobles; las casas del gobernador y asesor fueron allanadas, y el tumulto penetró en la ciudad en busca de los jurados, arrollando una procesión religiosa que para impedir tamaña tropelía había salido con grande acompañamiento de sacerdotes, llevando uno en sus manos el Santísimo Sacramento.

En Valencia era ya impotente para reprimir las demasías la autoridad de los Trece. Un infeliz llamado Francín, salinero de oficio, cometió la imprudencia de decir que el medio más derecho de acabar con la germanía sería pegar fuego á la población. No bien tan indiscreta imprecación había salido de su boca, cuando se lanzó sobre él un grupo de agermanados Cerca estaban ya de acabar con su vida, cuando se presentó un sacerdote rogándoles que por lo menos le permitieran confesarse antes de

morir; y con objeto de ganar tiempo y dar treguas para ver si podía templar el furor de los agresores hizo que de la inmediata iglesia le llevasen el Santo Viático. El desgraciado moribundo se abrazó en su agonía con el sacerdote y procuró cubrirse con sus vestiduras. El pueblo pedía desaforadamente que le entregaran la víctima; el vicario, que lo era Mosén Antonio Bonet, enseñó la sagrada forma y cubrió con la estola el objeto de las iras populares, como para mostrar que estaba bajo la salvaguardia de la religión. Nada bastó á contener los ímpetus de la plebe, que se abalanzó sobre el acompañamiento, derramó por el suelo las formas sagradas, hirió y maltrató al vicario manchando con sangre sus vestiduras sacerdotales, y acabó de asesinar bárbaramente á Francín. No se sabe lo que habrían hecho con el cadáver de aquel desventurado, si no los hubiera contenido Juan Lorenzo que llegó á la sazón, é impidió que aquella gente desalmada diera todavía otro escándalo. Con su muerte acreditó este comunero que era hombre de buen corazón, pues le afectó tanto aquella horrible escena, que murió á las pocas horas de haber vuelto á su casa poseído de terror, y lleno tal vez de remordimientos por haber impulsado una revolución que así se desbordaba (1).

Habían los Trece suprimido varios impuestos y repartido entre los plebeyos los cargos públicos. El tejedor Sorolla fué nombrado gobernador de Paterna, Benaguacil y la Pobla. El carpintero Miguel Estellés marchó al frente de quinientos hombres en socorro del Maestrazgo, cuyo país amenazaba ser dominado por los realistas de Morella, que acababan de apoderarse por asalto de San Mateo, y de ahorcar seis de los principales agermanados de aquella villa, y repartídose sus bienes en castigo de haber ellos asesinado al gobernador cuando se alzaron en germanía. Por su parte los nobles reunidos en Albatera, viendo los pocos resultados de sus embajadas y reclamaciones al emperador, habían celebrado á propuesta del almirante de Aragón don Alonso de Cardona una junta en Gandía á que asistió el virrey, y acordado en ella convocar á todos los caballeros del reino, y facultar al señor de Albatera para que organizara un cuerpo de ejército que comenzara á obrar por la parte de Orihuela. También el duque de Segorbe, don Alonso de Aragón, hijo del infante don Enrique, se ofreció voluntariamente á socorrer con gente de su reino á los de Morella, hacia donde avanzaba con sus comuneros el carpintero Estellés. Después de algunos movimientos se encontraron las tropas de Estellés con las del duque de Segorbe en Oropesa, y empeñada allí una acción, bien sostenida por ambas partes, fueron al fin vencidos los agermanados, y presos Estellés y sus oficiales, y conducidos á Castellón, fueron ahorcados él y doce más de los principales entre los suyos.

Algunas ventajas obtenidas en otros puntos por las germanías no bastaron á atenuar la irritación que produjo en Valencia la derrota de la división de Estellés y los suplicios de sus jefes. Sonó la campana de rebato,

(1) «Nunca para esto se inventó la germanía,» había dicho Juan Lorenzo al presenciar el sacrilegio y la atrocidad: y volviéndose á Vicente Peris y á uno de los asesinos les dijo: «Vosotros dos seréis la perdición de Valencia.» El pronóstico de Juan Lorenzo se cumplió.—Escolano, lib. X, cap. IX.

congregáronse en la plaza de San Francisco más de dos mil hombres, y sin que los ruegos de la clerecía, ni las lágrimas de las mujeres y ancianos fueran bastantes á contenerlos, salieron animosos de la ciudad y se alojaron aquella noche en Catarroja, donde por renuncia del jurado Jaime Ros que los mandaba nombraron general al confitero Juan Caro. Reforzados en su marcha por gente de las germanías que se les allegaba, entraron en Alcira, desde cuyo punto, en número ya de cuatro mil hombres, hicieron una excursión y emprendieron el ataque del castillo de Corbera defendido por caballeros. Después de algunos combates infructuosos, marchó Juan Caro hacia Játiva, cuyo castillo estaba por los nobles, con noticia que tuvo de que el virrey se disponía á sitiar la ciudad. Pero antes tuvo Juan Caro que acudir á Mogente, para impedir que el señor de esta villa se incorporase al virrey. También aquí fueron inútiles los asaltos que por cinco veces dió al castillo, si bien en uno de ellos consiguió clavar dos banderas en lo alto del muro. Avanzó, en fin, sobre Játiva, decidido á libertar la ciudad rindiendo la fortaleza. Resistieron por algunos días los caballeros que la guardaban, mas por último tuvieron que entregarse á los populares á condición de que los dejaran ir libres. Sin embargo, uno de ellos, llamado don Guillén Crespi, fué asesinado al salir de la ciudad. En este sitio murió el jefe de la germanía de Alcira Tomás Urgellés, siendo reemplazado por Vicente Peris, terciopelero de oficio y no menos audaz que Juan Caro.

Mientras este último rendía el castillo de Játiva, entraba en Valencia un comisionado de la germanía de Murviedro á pedir socorro á los Trece, no sólo contra el duque de Segorbe que los hostigaba con correrías, sino también contra dos mil moros del país que se habían levantado en favor de la nobleza. Para concitar más los ánimos llevaba el mensajero sobre dos caballos los cadáveres de dos jóvenes que se encontraron ahogados en la acequia de Murviedro, de cuyo crimen se culpaba á los moros que se habían alzado por el partido de los nobles. Al rumor de la noticia y á la vista del espectáculo se armó instantáneamente el pueblo; un fraile agustino, llamado fray Lucas Bonet, corría las calles con un crucifijo en la mano arengando al pueblo y excitándole á vengar la muerte de los dos jóvenes, que llamaba mártires de Jesucristo. A la cabeza de la muchedumbre se dirigió el fraile á la catedral en busca del estandarte de la cruzada, que se negó á entregarle el cabildo. Entonces un mancebo, hijo de un escribano, se comprometió á sacar de la casa municipal la bandera que se enarbolaba en las guerras contra los moros, y así lo ejecutó entre los aplausos de la multitud, colocándola en la puerta de Serranos. Por su parte el religioso fray Lucas puso á la ventana de su casa un crucifijo entre dos banderas, como símbolo de la guerra santa que los exhortaba á emprender. Al día siguiente salían de Valencia en dirección de la antigua Sagunto cinco mil agermanados, mandados por el jurado Jaime Ros, llevando la bandera de la ciudad el cardador Miguel Marza, y haciendo de maestre de campo el mesonero Juan Siso. Era ya el verano de 1521.

Con la gente que se les agregó de Murviedro ascendía la legión de los agermanados hasta siete ú ocho mil hombres. El duque de Segorbe, que se hallaba en Almenara con una mitad de gente, de la cual acaso la mayor

parte era de los moros allegados, supo atraer los enemigos á la llanura donde pudiera maniobrar la caballería, en que llevaba gran ventaja á los de Valencia. Así fué que á pesar de la inferioridad numérica de los realistas, fueron los de la germanía destrozados, dejando en el campo cerca de dos mil hombres, si bien costó también al duque la pérdida de muchos caballeros de distinción (18 de julio, 1521). Recayeron sospechas de traición en el mesonero Juan Siso, y en su virtud fué alanceado en la plaza pública de Murviedro. No fué tan feliz el virrey, conde de Mélito, que alentado con la victoria del duque de Segorbe, acometió con cuatro mil quinientos hombres los agermanados que acaudillaba el intrépido y brioso Vicente Peris en Biar, y tuvo que retirarse vergonzosamente vencido y con no pocas bajas en sus filas; y aun de los nobles que se hallaron en la batalla, unos se retiraron con el virrey á Denia, otros se embarcaron á Peñíscola, y otros se internaron en Castilla (1).

Vicente Peris era el terror de los nobles en aquella comarca, y de los moros que auxiliaban al virrey. Cerca de seiscientos de éstos, refugiados en el castillo de Polop, se rindieron á las tropas de Peris, que les ofrecieron perdón con tal que recibieran el bautismo. Fiados en esta palabra y accediendo á la condición, salieron aquellos infelices y se dejaron bautizar. Mas no bien se verificó la ceremonia cristiana, se arrojaron sobre ellos los agermanados y los degollaron á todos bárbaramente, diciendo que aquello «era echar muchas almas al cielo y mucho dinero en las bolsas.»

Para ver de abatir á los populares que tan pujantes y soberbios se ostentaban, y de poner término á tan desastrosa lucha, se avistó el duque de Gandía con el condestable y el almirante de Castilla, gobernadores á la sazón de este reino, y acordaron que la gente que los caballeros castellanos reclutaban en Andalucía fuese en auxilio del virrey de Valencia, y que el marqués de los Vélez obraría también en combinación con los señores valencianos por la parte de Orihuela. Tan oportunamente acudió el de los Vélez, que no sólo llegó á tiempo de apoderarse de Elche, donde los agermanados estaban dando harto que hacer al almirante de Aragón y á los magnates del país, sino que tomando sucesivamente á Aspe, Crevillente y Alicante, libertó también el castillo de Orihuela que defendía don Jaime Despuig, próximo ya á rendirse á los plebeyos. No esquivaron éstos presentar batalla á los nobles reunidos, confiando la dirección de su hueste al escribano Pedro Palomares. Pero el resultado de la batalla fué calamitoso y terrible para los agermanados (20 de agosto). Contáronse en ella hasta cuatro mil muertos; con los cadáveres se cubrió una acequia, en términos de pasar por encima de ellos como por un puente la caballería de los vencedores: el caudillo Palomares fué preso y decapitado, y los Trece que formaban la Junta de la ciudad fueron también ahorcados en la plaza. De resultas de la derrota de Orihuela se sometieron á los nobles, abandonando la causa de las germanías, casi todos los pueblos situados entre Orihuela y Játiva.

---

(1) Cuando le preguntaron los nobles qué harían, respondió el virrey: «Que se dé cada uno cobro: batalla han querido, buena batalla les queda.» Y picó su caballo y se partió volando á Denia á poner en salvo su mujer y sus hijos.

La mayor anarquía reinaba entretanto en la capital. Sin recursos el gobierno de los Trece para mantener las tropas sobre las armas, sublevábasele con el más ligero pretexto la plebe, y los reveses de fuera aumentaban, como acontece siempre, la exasperación de los más revoltosos y díscolos. Como el único remedio posible á tamaños males acordaron las personas más sensatas llamar al infante don Enrique de Aragón, el cual después de haberlo meditado se resolvió á ir á Valencia y se alojó en el palacio arzobispal (19 de setiembre). Pero el buen efecto que pudo producir la presencia del príncipe se malogró á los pocos días con la llegada de Vicente Peris, que ufano con sus triunfos y su popularidad pretendía mandar en jefe y revocaba las órdenes de don Enrique. Con esto crecían diariamente los desórdenes y la confusión. El día que se celebraba el aniversario de la conquista de Valencia por don Jaime I (9 de octubre), pasando los populares en procesión por delante del palacio del arzobispo, insultaron al príncipe que se había asomado á una ventana y dispararon de paso algunos tiros.

Semejante situación no podía prolongarse mucho. El virrey se había apoderado de Murviedro y amenazaba la capital, mientras por otro lado avanzaban los marqueses de los Vélez y de Moya con los señores de Albatera y de Mogente, al frente de siete mil infantes y ochocientos caballos. Viendo la Junta de los Trece la imposibilidad de resistir, en la situación anárquica de la población, á tan considerables fuerzas, propuso capitulación (1). Admitióla el virrey á condición de que los plebeyos dejaran las armas, depositándolas en el convento de San Francisco, y de que admitieran los jurados que él proponía. Aviniéronse á ello los Trece, y en su virtud resignaron el gobierno en manos de don Ramón de Viciana: los nuevos jurados tomaron posesión de sus cargos (18 de octubre); los agermanados más comprometidos abandonaron la ciudad, refugiándose Vicente Peris en Alcira, y trece días después hizo su entrada el conde de Mélito en Valencia (1.° de noviembre), dejando acantonadas sus tropas en los pueblos de la comarca.

El nervio y la fuerza principal de las germanías quedaba en Alcira, donde se hallaba el intrépido Vicente Peris con gente denodada y resuelta á defenderse peleando á todo trance, y en combinación con la de Játiva hacía atrevidos rebatos contra los destacamentos realistas. Sobre Alcira se puso el virrey con ocho mil hombres y un buen tren de batir. Pero á los pocos días de sitio, faltas sus tropas de víveres, intentando infructuosamente un asalto, y con noticia de que se aproximaban tres mil agermanados en socorro de la población, levantó el cerco con pérdida de más de mil hombres, y enderezóse á Játiva, no sin que los de Alcira destacaran en pos de él una respetable columna que le fué molestando todo el camino y diezmándole su retaguardia.

Cuando parecía ir tocando á su término esta desastrosa guerra, se derramaba más sangre de compatriotas y hermanos. En los diferentes ata-

(1) Para esto pasaron á Murviedro en nombre de la ciudad el obispo de Mallorca, tres canónigos, el racional, un abogado, y dos de cada oficio, que serían entre todos ciento cincuenta de á caballo.

ques que el virrey intentó contra Játiva, y en las varias salidas que contra él hicieron los de la ciudad, perecieron de una y otra parte cerca de cuatro mil hombres. Recurrió el virrey á medios políticos para hacer venir la ciudad á una capitulación, y se vió envuelto por un ardid de los agermanados, con el cual se acreditaron de muy artificiosos, pero de nada nobles. Dijéronle que rendirían la ciudad con tal que se les permitiera entregarla á su hermano el marqués de Zenete, de quien tenían confianza. Accedió á ello el virrey; en su virtud el marqués su hermano fué llamado á Játiva (diciembre), y el conde, fiado en que se haría su rendición, se retiró á Montesa. Tan luego como se vieron libres los de la germanía, provocaron un motín dentro de la ciudad; trató de sosegarle el marqués de Zenete, echóse sobre él Vicente Peris, que parecía hallarse en todas partes, con doscientos de los suyos, el marqués se defendió briosamente, pero fatigado del largo combate hubo de rendirse, y le encerraron en la torre de San Jorge.

Justamente exasperado el virrey con tamaña deslealtad y tan pesada burla, antes de revolver contra los de Játiva, descargó primero sus iras en los de Onteniente, que sometidos ya, habían vuelto á rebelarse. Acometida la villa, y hechos fuertes los comuneros en la iglesia y en la casa del párroco, incendió el virrey la una y se apoderó á viva fuerza de la otra, hizo sobre quinientos prisioneros y mandó ahorcar en su plaza á más de setenta. Angustíase el alma y se estremece el corazón al tener que reseñar (y lo hacemos lo más compendiosamente que nos es posible) tan trágicas escenas. No sucedía así en verdad á los autores de aquellos dramas sangrientos, puesto que en la misma plaza de Onteniente un oficial del rey veía impasible y sereno ejecutar en la horca á un hermano suyo que militaba entre los agermanados.

Á reclamación de casi todo el vecindario de Valencia fué puesto en libertad el marqués de Zenete, que volvió á la capital con gran satisfacción de los nobles, y hasta de los plebeyos, que de todos era generalmente bienquisto el marqués. Pero aquella alegría se aguó pronto con la nueva de que el temible Vicente Peris había salido de Játiva con alguna gente y se dirigía á Valencia á reanimar á sus parciales. A prenderle ó impedirle la entrada salió con cien caballos el gobernador don Luis Cabanillas, que temiendo ser cortado por una columna de la germanía de Alcira, regresó á la ciudad sin otro fruto que ser insultado á la entrada por la plebe, contra la cual tuvo que dar algunas cargas de caballería.

No obstante la vigilancia y las prevenciones de las autoridades de Valencia, el diabólico y artificioso Peris tuvo maña para introducirse una noche en la ciudad (18 de febrero, 1522), y con una osadía que no puede menos de asombrar se instaló en su propia casa, en la calle de Gracia, donde inmediatamente congregó á los más resueltos de sus amigos, decididos todos á morir por defenderle. Con la noticia de su llegada puso el gobernador sobre las armas cinco mil hombres, de los cuales formó tres cuerpos; confió el mando del uno á su lugarteniente don Manuel Exarch, el del otro al marqués de Zenete, y él en persona había de dirigir el tercero. Todos habían de confluir simultáneamente por diferentes puntos á la calle en que moraba Vicente Peris. La guerra de las germanías se iba á decidir aquel día, pero tenía que ser un día de horror para Valencia. Se

abrieron todos los templos, se expuso en ellos el Santísimo Sacramento y se llenaron de gente. Las tres columnas avanzaron por diversas calles hasta penetrar á un tiempo en la de Gracia. Sobre las tropas del rey caían de todas las ventanas de aquella estrecha calle las piedras, los utensilios y enseres de las casas, y el agua hirviendo que desde ellas arrojaban las mujeres. Tres horas duró el combate y la defensa de la casa de Vicente Peris, y la calle estaba sembrada de muertos, heridos y moribundos. Pudieron al fin los soldados acercarse á la casa y ponerle fuego. Por entre las llamas salieron la mujer de Peris y sus hijos, quedándose él dentro con unos pocos. El fuego le abrasaba ya, desplomábase la humilde vivienda, y ya no tuvo otro remedio sino entregarse al capitán don Diego Ladrón, que tenía más inmediato. Entre el gobernador y el marqués de Zenete se hallaba el Vicente Peris á poco rato, cuando se lanzaron sobre él unos grupos y le asesinaron bárbaramente. Arrastrando llevaron su cadáver hasta la plaza del Mercado; medio despedazado su cuerpo le colgaron en la horca: bajáronle después, le cortaron la cabeza y la colocaron en una ventana del palacio episcopal, de donde más adelante la quitaron para clavarla en la puerta de San Vicente. Hasta otros diez y nueve de sus compañeros fueron ahorcados en las cárceles en aquel mismo día, y sus miembros se veían después en las puntas de los maderos en los caminos reales. La casa de Peris fué arrasada, y de su solar quedó la plazuela llamada de Galindo.

Parecía que vencida la revolución, de una manera tan trágica, pero tan definitiva en Valencia, debía haber quedado sosegado el reino; pero alentaba á los agermanados de Játiva un hombre misterioso, á quien habían recibido con entusiasmo, y que había logrado alucinar la gente crédula, diciendo que era hijo de unos grandes príncipes, pero que graves motivos de política le obligaban á ocultar su nacimiento y su nombre, por cuya razón le llamaban *El Encubierto*. Este singular personaje hablaba varias lenguas, seducía con la palabra, atraía con sus modales, mostraba valor en los peligros, dábase aire de apóstol, y se decía inspirado y como predestinado por Dios para acabar con la morisma del reino. Suponíase hijo del príncipe don Juan de Castilla y de Margarita de Flandes, y por consecuencia nieto de los Reyes Católicos. Decía que lo que había dado á luz la princesa Margarita no había sido una niña, como había figurado el cardenal Mendoza de acuerdo con la partera, sino un niño, que era él, y que no había muerto como se dijo entonces, sino que había sido trasportado á Gibraltar y dado á criar á una pastora, que le puso el nombre de Enrique Enríquez de Ribera. Al principio, cuando los agermanados le preguntaban su nombre respondía que se llamaba el *Hermano de todos*. «Vestía, dice un historiador valenciano, una hernia parda de marinero, un capotín de sayal abierto por los lados, calzones de lo mismo á lo marinesco, y el bonete, una gallaruza castellana: el calzado, una abarca de cuero de buey y otra de pellejo de asno. De cuando en cuando salía á predicar en público (1).»

Con esto logró el Encubierto fascinar á muchos, se hizo un gran partido entre la gente popular, y había quien le reverenciaba como á verda-

(1) Escolano, Historia de Valencia, lib. X, cap. XIX.

dero príncipe. Habíase hecho amigo de Peris, y cuando se levantó el sitio de Játiva, se trasladó á Alcira, donde fué espléndidamente agasajado. Presentóse el Encubierto como vengador de la muerte de Vicente Peris, y así se lo escribió desde Alcira á los de Valencia, anunciando su ida á la ciudad. Súpolo el marqués de Zenete, hizo vigilar las puertas y frustró su tentativa. Penetrado el marqués de la necesidad de acabar con aquel hombre, pregonó su cabeza, ofreciendo al que le cogiera muerto ó vivo doscientos ducados de oro. Abandonado por sus parciales en otra segunda tentativa que hizo sobre la capital, y retirado á Burjasot, le sorprendieron una noche en su casa dos plebeyos y le asesinaron (19 de mayo, 1522). Llevado el cadáver del Encubierto á Valencia, fué quemado de orden del Santo Oficio, y su cabeza y la del que había de haberle facilitado la entrada en la ciudad, fueron clavadas sobre la puerta de Cuarte (1).

Continuó, sin embargo, por algún tiempo la guerra entre las tropas reales y las de las germanías de Játiva y Alcira por la parte de Sueca, Carlet, Luchente, Albaida y Bellús. En este último punto tuvieron los agermanados un encuentro con el virrey, en que perdieron más de mil infantes y siete banderas. Con esto y con los refuerzos que al conde de Mélito envió el emperador, de vuelta ya en España, acometió otra vez la rebelde y obstinada ciudad de Játiva, en ocasión que se hallaban las mujeres casi solas en la población (6 de setiembre de 1522), las cuales hicieron una defensa varonil, dando lugar á que entraran los hombres que andaban corriendo la comarca. Pero el virrey, jefe de un ejército ya respetable, apretó tanto el sitio, que después de algunos días tuvieron que rendirse aquellos tenaces agermanados. Privada Alcira del apoyo de Játiva, y sola ya en la contienda, se entregó sin resistencia al vencedor, que pasó á plantar el estandarte imperial en el último baluarte de las germanías (2).

Terminada aquella sangrienta guerra y sosegado el reino, comenzaron los procesos contra los agermanados, como en Castilla contra los comuneros después de concluída la guerra de las comunidades. El famoso Guillem Sorolla, gobernador de Paterna y Benaguacil, que había sido traidoramente vendido y entregado á la justicia por un moro criado suyo, fué sentenciado á muerte y ejecutado en Játiva, sufriendo después igual pena el agermanado Oller, cuyo interrogatorio había servido para condenar á Sorolla, su cabeza fué llevada á Valencia, y colocada á una esquina de la casa de la ciudad. Su casa fué arrasada como la de Vicente Peris. El nombre de aquel famoso tejedor, individuo del gobierno de los Trece, y uno

---

(1) Este famoso embaidor parece era hijo de padres judíos y natural de Castilla, cuya lengua hablaba muy bien. Había estado algún tiempo en la Huerta de Valencia haciendo vida de ermitaño. Después sirvió en Cartagena á un rico comerciante llamado Juan Bilbao, en cuya compañía fué á Orán á asuntos mercantiles. Al cabo de algún tiempo sedujo la mujer ó la hija del comerciante, por lo cual fué despedido de la casa ignominiosamente y pasó á servir al gobernador de Orán. Habiéndosele descubierto otra fechoría semejante, fué azotado públicamente por las calles de aquella ciudad. Y desde allí se vino á Valencia, y tomó la parte que hemos visto en la guerra de las germanías.

(2) Allí recibió el virrey orden del emperador para que diera libertad al duque de Calabria don Fernando de Aragón, preso hacía diez años en el castillo de Játiva.

de los más audaces caudillos de las germanías, se conserva inscrito en la calle misma en que vivía, que desde entonces se ha llamado calle de Sorolla. Igual fin que Sorolla tuvieron Juan Caro y otros jefes de la germanía. La muerte, el destierro ó la fuga fueron haciendo desaparecer á todos los agermanados de alguna cuenta, y los gremios de Valencia, y en general todas las clases de menestrales y artesanos, todos los que se llamaban plebeyos, fueron objeto de una activa persecución, sufrieron la triste suerte de los vencidos, y fueron recargados de gravísimos impuestos. Un escritor valenciano hace subir á catorce mil el número de víctimas que costó la guerra de las germanías (1).

Así sucumbió casi á un tiempo y de un modo igualmente trágico la clase popular en Castilla y en Valencia, y en uno y otro reino quedó victoriosa y pujante la clase nobiliaria. Diversas en su origen y en sus tendencias las dos revoluciones, sobrábanles á los populares de ambos reinos motivos de queja, y aun de irritación, á los unos por las injusticias y las tiranías con que los oprimían los nobles, á los otros por la violación de sus fueros y franquicias que sufrían de parte de la corona. Para sacudir la opresión ó reivindicar sus derechos acudieron unos y otros á medios violentos, cometieron los excesos que acompañan de ordinario á los sacudimientos populares, fueron en sus pretensiones más allá de lo que consentía el espíritu de la época y de lo que convenía á ellos mismos; les sobró valor é intrepidez, y les faltó dirección y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Aun así estuvo Carlos de Gante á peligro de perder su corona de España mientras ceñía en sus sienes la del imperio alemán. Pero una y otra revolución sucumbieron, y las guerras de las comunidades y de las Germanías dieron por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

(1) La isla de Mallorca, donde se había propagado también la revolución de las germanías, con los mismos horrores que en Valencia, se rindió y sometió al poco tiempo á consecuencia de una armada que envió allá el emperador.

CAPÍTULO IX

CORONACIÓN DE CARLOS V.—PRIMERAS GUERRAS DE ITALIA

De 1520 *á* 1522

Salida de Carlos de España.—Va á Inglaterra.—Situación, carácter y relaciones de los reyes de Francia é Inglaterra.—El cardenal Wolsey.—Alianza de Carlos con Enrique VIII.—Coronación de Carlos V en Aix-la-Chapelle.—Entrevista de Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra en el *Campo de la Tela de Oro*.—Relaciones entre los monarcas y príncipes de Europa.—Guerra del Luxemburgo.—Rompimiento entre Carlos V y Francisco I.—Guerra de Navarra.—Toman los franceses á Pamplona y sitian á Logroño.—Son rechazados.—Guerra de Milán.—Alianza entre el emperador, el papa y Enrique VIII.—Los franceses expulsados de Milán.—Muerte del papa León X.—Elección de Adriano, regente de Castilla.—Nueva guerra y derrota de franceses en Lombardía.—Vuelve Carlos V á Inglaterra.—Guerra entre ingleses y franceses.—Regresa el emperador á Castilla.

Gana y deseo vehemente teníamos ya de dar algún desahogo al espíritu fatigado del sombrío cuadro de las guerras civiles, y de apartar nuestra vista de los campos de Castilla y de Valencia regados con sangre española, vertida por españoles mismos en batallas y cadalsos, y de esparcirla por más ancho horizonte, y de distraer nuestro ánimo y el de nuestros lectores con espectáculos de otra índole que estaban representándose en otro más vasto teatro.

Y en verdad, tan pronto como se tienden al viento las velas de la nave que desde la Coruña conducía á Carlos de Gante á los dominios del imperio que acababa de heredar (mayo de 1520), desde aquel momento no puede menos de desplegarse á los ojos de nuestra imaginación el cuadro general de la Europa, en que el regio navegante está llamado á representar el primer papel. En efecto, el nieto de los Reyes Católicos, joven de veinte años, pero rey ya de Castilla, de Aragón, de Navarra, de Valencia, de Cataluña, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de una parte de África, y de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo Mundo, va á agregar á tan grandes y ricas coronas la del imperio alemán, cuya elevadísima posición le ha de obligar á entenderse con todos los soberanos de Europa, y á tomar una parte principalísima en todas las grandes cuestiones y en todos los grandes intereses del mundo y del siglo; de un mundo y de un siglo en que encontraba ya dominando príncipes tan grandes como Francisco I de Francia, como Enrique VIII de Inglaterra, como Solimán el Magnífico de Turquía, y como León X, que desde la silla de San Pedro regía y gobernaba la cristiandad; «cada uno de los cuales, hemos dicho en otra parte, hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo (1).»

Francisco I de Francia, rival ya de Carlos desde sus frustradas pretensiones al imperio, con todo el resentimiento de un pretendiente desairado,

(1) Discurso preliminar, t. I, pág. LIX.

y con toda la envidia que inspira el amor propio mortificado con la preponderancia alcanzada á los ojos de Europa por otro contendiente más feliz (1); soberano de un reino grande, enclavado en el centro de Europa, y fuerte por la unidad que acababa de alcanzar; dotado de un espíritu caballeresco, que no cuadraba ya á la época, pero alimentado por la lectura de los libros de caballería; dueño del Milanesado, que el imperio alemán miraba como feudo suyo, y cuya investidura no había logrado aún el monarca francés;.con pretensiones todavía al reino de Nápoles, de que su antecesor había sido desposeído por Fernando el Católico; conservándolas Carlos al ducado de Borgoña, que el astuto Luis XI de Francia había desmembrado de la herencia de Carlos el Temerario; interesado Francisco en que se restituyera el reino de Navarra á Enrique de Albret, y con aspiraciones el rey de Francia á dominar sobre las dos vertientes de los Alpes, puédese descubrir cuán imposible era augurar ni prometerse que se mantuvieran amigos dos jóvenes príncipes, entre quienes tantos y tan graves y complicados motivos de rivalidad existían, á pesar del tratado de paz de Noyón (2). Para un caso de rompimiento, Carlos contaba con mucho mayor poder y con mucho más vastos dominios que Francisco, pero de tal manera desparramados, que no le había de ser posible colocarse nunca en el centro, de modo que pudiera atender fácilmente á las necesidades que en los puntos extremos pudieran ocurrir. La Francia, mucho más pequeña que la totalidad de aquellos inmensos Estados, pero más fuerte que cada uno de ellos, estaba en más ventajosa posición para defenderse y para ofender.

Enrique VIII de Inglaterra, que había reunido en su persona los opuestos derechos de las familias de Yorck y de Lancáster; que había subido al trono en una de las épocas más felices para su pueblo; que había heredado paz y tesoros; activo, emprendedor, ambicioso, diestro en los ejercicios militares, y con un carácter acomodado á las inclinaciones de sus súbditos, se hallaba en una posición de todo punto diferente de la del monarca francés. Separada la Inglaterra del continente europeo, al abrigo de una invasión extraña, dueña del puerto de Calais, que le abría la entrada en Francia y le franqueaba el camino á los Países Bajos, hallábase el rey Enrique en disposición de mantenerse neutral, de poder ser mediador entre Carlos y Francisco, y de impedir el desequilibrio europeo que pudiera ocasionar la preponderancia de uno de los dos rivales. Pero no tenía Enrique ni la habilidad ni la calma para mantener tan ventajosa posición, y sobrábale pasión y vanidad para conocer como debiera sus verdaderos intereses y los de su reino. Verdad es que tanto como á su carácter culpa

(1) Cuéntase que decía el monarca francés cuando se agitaban las pretensiones: «Cortejamos á una misma dama; empleemos cada cual para lograrla todos nuestros esfuerzos; mas luego que ella haya designado al rival más dichoso, toca al otro conformarse y quedar tranquilo.» Pronto había de acreditar que tales propósitos se hacen mejor que se cumplen.

(2) En este célebre tratado (13 de agosto de 1516), se había concertado entre otras cosas el matrimonio de Carlos con Luisa hija de Francisco de Francia, niña de pocos meses; como en seguridad del auxilio y asistencia que se habían prometido, aun en sus respectivas conquistas.

la historia á los consejos y al influjo de su primer ministro y favorito el cardenal Wolsey, hombre devorado de la ambición y de la codicia, y lleno de orgullo por la solicitud con que los príncipes mismos buscaban su amistad y le adulaban, como el mejor medio para congraciarse con el rey (1).

Había logrado el rey de Francia granjearse el favor del cardenal inglés, halagando su codicia con una considerable pensión, y su vanidad consultándole en los más arduos é importantes negocios; y por su mediación había ajustado el casamiento del delfín con la hija de Enrique, y concertado tener los dos monarcas una solemne entrevista, á que asistiera todo lo más brillante de las cortes de Europa. Temiendo el rey Carlos de España las consecuencias de esta unión, determinó ganar á su rival por la mano, y desde la Coruña se dirigió á Inglaterra, desembarcando en Douvres (26 de mayo, 1520), sin avisar de ello á Enrique, á quien sorprendió y halagó tan inesperada visita. En solos cuatro días que permaneció Carlos en Inglaterra consiguió atraerse y separar de la amistad de la Francia al rey Enrique y á su ministro favorito; á éste prometiéndole todo su valimiento para que un día cambiara el capelo de cardenal por la tiara pontificia, que sabía ser el sueño dorado de Wolsey: á aquél ofreciendo hacerlo árbitro de todas sus diferencias con Francisco I. Seducidos ambos con tan bellas promesas, agasajaron á Carlos á competencia, y Enrique le dió palabra de pagarle su atención, volviéndole la visita en los Países Bajos, tan luego como tuviera la acordada entrevista con el francés.

Despidiéronse con esto afectuosamente ambos monarcas, y Carlos se reembarcó para Flandes, donde permaneció poco tiempo, y de allí partió á Aix-la-Chapelle, ciudad designada en la Bula de Oro para la coronación de los emperadores. Allí, con la más suntuosa magnificencia, y á presencia de la asamblea más brillante y más numerosa que jamás se había visto, vestido Carlos de una ropa talar de brocado, con un rico collar al cuello, se hizo la solemne ceremonia (23 de octubre), ungiendo sus manos y colocando la corona de Carlomagno en su cabeza los arzobispos de Colonia y de Tréveris (2).

---

(1) He aquí el retrato que hace Robertson de este prelado: «De la hez del pueblo, dice, había este hombre subido á una elevación que no había podido alcanzar vasallo alguno, pues dominaba como amo imperioso al más orgulloso é intratable de los reyes. Sus cualidades le hacían á propósito para sostener el doble papel de ministro y favorito. Un juicio profundo, una aplicación infatigable y un conocimiento cabal del estado del reino, unido al de los intereses y miras de las cortes extranjeras, le hacían capaz de ejercer la autoridad absoluta que se le había confiado; mientras que sus finos modales, la gracia de su conversación, su insinuante genio, su gusto por la magnificencia y sus progresos en el género de literatura que más agradaba á Enrique le captaban la confianza y el afecto del joven rey. Lejos estaba Wolsey de emplear en bien de la nación, ó del verdadero engrandecimiento de su amo, la amplia y casi regia autoridad de que gozaba, antes codicioso y pródigo á la vez, nunca se saciaba de riquezas, etc.» Historia del emperador Carlos V, lib. II.

(2) El obispo Sandoval, en el lib. X de su Historia de Carlos V, trae todo el largo ceremonial de la entrada del emperador en Aix-la-Chapelle (Aquisgrán) y de su coronación

Antes de esto se había verificado ya en Ardres, ciudad de la costa de Francia, la célebre y fastuosa entrevista de Francisco I y Enrique VIII en la llanura llamada *Campo de la Tela de Oro;* famosa reunión, por el lujo, el boato y la esplendidez que ostentaron los nobles de ambos reinos, que como dice un escritor francés (1), «llevaban sobre sus cuerpos sus molinos, sus bosques y sus prados:» fiesta de placer y de etiqueta, solemnizada por espacio de diez y ocho días con juegos y ejercicios en que reinó la galantería, la elegancia y el buen gusto (2). Concluída aquella fiesta, Enrique VIII pasó á visitar á Carlos en Gravelines, donde estrecharon su alianza los dos soberanos, acompañando después Carlos á Enrique hasta el puerto de Calais.

Entre los graves negocios que reclamaban la presencia del recién coronado emperador en Alemania el más importante de todos era el de la reforma religiosa proclamada por Lutero. Interesaba á la cristiandad, y urgía atajar la revolución y el cisma que amenazaban producir las nuevas doctrinas difundidas por el fraile alemán, y á este efecto convocó el emperador la dieta imperial para el 6 de enero (1521) en la ciudad de Worms. Pero antes de informar á nuestros lectores de lo que se determinó en la dieta de Worms sobre la famosa Reforma, origen de grandes acontecimientos materiales y principio de una revolución en las ideas del mundo; piedra de toque de todos los principales sucesos y complicaciones de este reinado y de este siglo, de la cual por lo mismo nos proponemos hablar separadamente, cúmplenos para la mayor claridad histórica dar cuenta de las causas y de las primeras consecuencias del rompimiento que ya se temía entre los dos poderosos rivales Carlos V y Francisco I.

Temiendo ya este rompimiento, que la política del ministro Chièvres había podido retardar, cada uno de los dos monarcas había procurado hacerse aliados y amigos, en lo cual también se anticipó al francés el emperador, que desde su salida de España obraba con una previsión, una destreza y una energía, que el emperador de Alemania no parecía ser el rey de España, y en los asuntos generales de Europa mostrábase muy otro que en los negocios del reino español. De contado tuvo la habilidad de halagar la ambición de su hermano Fernando cediéndole el ducado hereditario de Austria, con lo que contaba un aliado seguro en aquella frontera. La amistad de Enrique VIII era un gran peso en la balanza de su poder, como lo significaba sobradamente la arrogante divisa no sin fundamento adoptada por el monarca inglés: *Cui adhæreo, præest:* «á quien yo me adhiero, aquel prevalece.» Una vez inclinado el rey de Inglaterra del lado del emperador, restábale á Francisco I de Francia ganar el favor del papa León X, que había empleado todo su estudio en mante-

(1) Du Bellay.

(2) Cuéntase que en estas fiestas, habiéndose retirado ambos reyes á una tienda de campaña, donde bebieron juntos, asió Enrique del cuello á Francisco y le dijo: *Hermano, es menester que luchemos los dos:* y que se esforzó una ó dos veces para echarle la zancadilla: pero Francisco, que era más diestro luchador, le cogió por la mitad del cuerpo y con prodigiosa violencia le tiró al suelo: que quiso Enrique renovar la lucha, mas no se lo permitieron. Mem. de Fleuranges, cit. por Robertson.

ner cuanto le fué posible su neutralidad y en diferir la hora de decidirse por uno de los dos soberanos. Llegado el momento de resolverse, logró el de Francia pactar con él un tratado de partición de Nápoles. Pero bajo este pacto ostensible celebró secretamente otro más serio con el emperador, en que concertaron unirse para arrojar los franceses de Italia, dando el Milanesado en usufructo al duque Francisco Sforza, y comprometiéndose el emperador á devolver á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, á sostener en Florencia los Médicis, y aumentar el tributo que con el feudo de Nápoles pagaba á la Santa Sede. Así se apartó León X de la prudente neutralidad que tanto le hubiera convenido, ya que no tenía el genio y la osadía de Julio II. Venecia seguía su acostumbrada política expectante, y las demás repúblicas y príncipes de Italia estaban más para guardarse y defenderse lo mejor que pudieran, que para moverse y ofender á otros.

No pudiendo sufrir Francisco I, aunque desprovisto de aliados, el engrandecimiento de su rival, y deseando tener motivo ó pretexto para romper el tratado de Noyón, discurrió, á guisa de rey-caballero, cuyo dictado se daba, ayudar á su infortunado pariente Enrique de Albret en sus pretensiones á la corona de Navarra, incorporada desde Fernando el Católico á la de Castilla. Pero era menester cohonestar la ruptura con Carlos, para lo cual se le deparó la ocasión siguiente. Roberto de la Marca, que estaba al servicio del emperador, por un desaire que sufrió en sus pretensiones á un castillo del ducado de Luxemburgo se despidió de Carlos, y pasando á Francia levantó gente y se metió por las tierras del Luxemburgo que pertenecían al imperio. Comprendió luego el emperador de dónde podía venirle aquel golpe, y quién era quien había promovido ó alentado la agresión, y sin dejar de enviar contra el rebelde Roberto al duque de Nassau, despachó un mensaje al rey de Francia haciéndole cargo de haber roto la paz. de Noyón, cargo de que procuró excusarse Francisco I. Mas como á los pocos días continuasen las hostilidades, á pesar de la mediación y de las conferencias de paz abiertas por Enrique de Inglaterra en Calais, la guerra prosiguió por Luxemburgo y las fronteras de Flandes, sosteniéndola por parte del emperador el duque de Nassau, por la del rey de Francia La Marca, Bayard y el condestable de Borbón: guerra que hizo al emperador ponerse en marcha para los Países Bajos, que dió por resultado una alianza secreta entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia, y que fué como el pequeño preludio de otros más graves acontecimientos.

Rotas ya entre los dos monarcas las hostilidades, que habían de durar toda su vida con pocos intervalos, parecióle á Francisco que las alteraciones en que España andaba por aquel tiempo envuelta con motivo de las guerras de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, ofrecían oportuna ocasión para acometer la Navarra en auxilio de Enrique de Albret. Envió, pues, de este lado de los Pirineos un ejército al mando de Andrés de Foix, señor de Lesparre (1), hermano de Mr. de Lautrec, virrey de Milán. Navarra estaba en efecto desguarnecida de tropas,

(1) El *Mr. de Asparrós*, que dicen Sandoval y nuestros historiadores.

y no les fué difícil á los franceses apoderarse de Pamplona, que el virrey duque de Nájera había desamparado; y pasando el Ebro y siguiendo adelante casi sin resistencia pusieron sitio á Logroño. Por fortuna para el emperador los gobernadores de Castilla acababan de quedar desembarazados de la guerra de las comunidades con la derrota de los comuneros en Villalar, y convocando y allegando cuanta gente pudieron, y ofreciéndose á servirles para rechazar la invasión extranjera muchos de los mismos que habían peleado en favor de los populares, acudieron todos al peligro, obligaron á los franceses á levantar el sitio de Logroño (1), y continuaron rechazándolos y persiguiéndolos hasta lograr batirlos en un campo entre Esquiroz y Noaín. El señor de Lesparre tuvo la temeridad de aceptar allí la batalla sin esperar los refuerzos que le llevaba el de Albret. El resultado fué quedar derrotado y deshecho el ejército francés (30 de junio, 1521), con no poca gloria del condestable, del almirante, del duque de Nájera y demás caballeros castellanos que á aquella batalla concurrieron, siendo pocos los franceses que pudieron volver á su tierra, porque los montañeses navarros les atajaban, como de costumbre, los desfiladeros, y los mataban en aquellos peligrosos pasos tan funestos á los soldados de Francia.

Algunos meses más adelante (fines de setiembre) hicieron los franceses otra invasión en España: tomaron las fortalezas del Peñón y de Maya, y lo que fué más sensible, rindieron á Fuenterrabía en Guipúzcoa, que custodiaba el capitán Diego de Vera, y dejándola bien pertrechada se volvieron á Bayona (octubre). Causó mucho dolor esta pérdida en Castilla, y el fiscal real entabló acusación contra Diego de Vera, que tuvo necesidad de dar sus descargos. Para mantener en respeto á los franceses y contener sus progresos se destinó á San Sebastián con buenas compañías de guarnición á don Beltrán de la Cueva, primogénito del duque de Alburquerque, hombre reputado por valeroso; pero ni los franceses trataron ya de internarse más, ni se recobró Fuenterrabía. Harto tenían aquéllos que hacer por otro lado.

Como uno de los designios del emperador y del papa fuese arrojar de Italia á los franceses, cuya dominación había sido siempre repugnante y odiosa á los italianos más que la de otra nación alguna (2), extendióse también la guerra por el Milanesado, á la cual dió buena ocasión el carácter y conducta del mariscal de Lautrec, que mandaba en Milán, general experto y hábil, pero codicioso, altivo é insolente, que con sus exacciones y sus violencias tenía irritados á los milaneses y había hecho aborrecible

(1) En premio de sus servicios en esta guerra, el emperador declaró á la ciudad y habitantes de Logroño libres de servicios, pechos y armas, y al condestable le confirmó los diezmos del mar.

Por este tiempo había muerto ya el ministro y antiguo ayo de Carlos V, señor de Chievres, que tan funesto había sido á España. Dicen que aceleró su muerte el pesar de haberse hecho sin su consulta ni conocimiento la alianza entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia.

(2) «La flema de los alemanes y la gravedad de los españoles, dice Robertson, se avenían mucho mejor con el celoso carácter y ceremoniosos modales de los italianos que la vivacidad francesa, sobrado galante y poco atenta al decoro.»

y execrable el nombre francés. Uno de los que habían salido huyendo de sus tiranías, el vice-canciller Jerónimo Morón, se había refugiado en casa de Francisco Sforza, y reveládole un plan para sorprender muchas plazas en aquel ducado. El papa no sólo acogió y alentó este proyecto, sino que habiéndose atrevido el de Lautrec á acometer, aunque sin fruto. una plaza de los dominios pontificios (1), valióse de esta ocasión para declarar abiertamente la guerra al virrey de Francia en Milán de concierto con el emperador. Dióse el mando de las tropas imperiales y pontificias á Próspero Colona, general prudente y consumado, compañero en otro tiempo del Gran Capitán español, el segundo de Gonzalo de Córdoba y su émulo después. Sorprendió esta novedad comunicada por Lautrec al rey Francisco I, que teniendo una parte de sus tropas en los Países Bajos, otra en las fronteras de España, y no esperando tan repentino ataque por la parte de Italia, se apresuró á pedir auxilios á sus aliados los suizos, y á mandar á Lautrec que se retirase inmediatamente á su gobierno y cuidara de la defensa de Milán.

Lautrec, á pesar de las dificultades y entorpecimientos que experimentó, llegó á reunir un ejército respetable, con el cual pudo detener algún tiempo los progresos de las tropas confederadas y defender su Estado. Mas por una combinación artificiosa que supo emplear el cardenal de Lyón su enemigo, mientras que la legión suiza que militaba bajo las banderas imperiales continuó al servicio del emperador y del papa contra una orden de la dieta helvética, que le fué interceptada y no comunicada, los suizos auxiliares de Lautrec, que constituían su fuerza principal, obedeciendo aquella orden que les fué intimada, abandonaron las filas francesas retirándose á sus cantones. Disminuído así el ejército francés, el general de los imperiales Próspero Colona atravesó el Adda, y obligó á Lautrec á recogerse en Milán; un desconocido que salió de la ciudad al campamento de los aliados les reveló el modo y la hora en que podían sorprender la plaza; en su virtud de orden de Colona avanzó el marqués de Pescara con la infantería española, siguió á éste todo el ejército; al llegar á la puerta de la ciudad huye la guardia, prosigue internándose casi sin resistencia el ejército y se encuentra dueño de la población, sin tener tiempo Lautrec para otra cosa que para dejar guarnecida la ciudadela y retirarse él á territorio veneciano. El ejemplo de Milán es seguido por otras ciudades. Parma y Plasencia vuelven al dominio de la Santa Sede, y fuera de Cremona, del castillo de Milán y de algunos otros fuertes poco considerables, no queda nada á los franceses de todas sus conquistas en Lombardía.

Tal fué el trasporte de júbilo que causó al pontífice León X la noticia de este suceso feliz, que habiéndole cogido con una fiebre que estaba bien lejos de creerse peligrosa, le alteró de tal manera y agravó de tal modo su enfermedad, al decir de muchos historiadores, que en pocos días le condujo al sepulcro (2 de diciembre, 1521), en el vigor de su edad y en los momentos que más le sonreía la fortuna. La muerte del papa trastornó

(1) Reggio, donde mandaba el célebre historiador Guicciardini, que rechazó á los franceses.

la marcha de los sucesos: los cardenales que seguían al ejército, dejaron los campamentos militares para asistir al conclave: los suizos, atrasados en sus pagas, se fueron á sus cantones, y para la defensa del Milanesado no quedaron más tropas que las españolas y algunos alemanes al servicio del emperador. Buena ocasión para Lautrec, si no se hubiera hallado sin soldados y sin dinero, y si Colona y Morón no hubieran sido tan á propósito para frustrar sus débiles tentativas.

Reunióse el sacro colegio para la elección de pontífice. Fiado en la promesa del emperador, esperaba el cardenal Wolsey que sería para él la tiara en la primera vacante, pero su nombre apenas fué pronunciado en el conclave. Quien contaba con más probabilidades era Julio de Médicis, sobrino del papa difunto, y el más distinguido de los miembros del colegio; pero contrariado por los viejos cardenales, él y sus partidarios dieron sus votos al cardenal Adriano de Utrech, que gobernaba la España á nombre del emperador; en despique le dió también sus sufragios la otra fracción del conclave, y con sorpresa de todos salió electo por unanimidad (9 de enero, 1522) en tan delicadas circunstancias un extranjero, ausente, y desconocido de los mismos electores. Pero fuese casualidad, ó mañosa combinación de alguno, se vió elevado á la silla de San Pedro el antiguo preceptor de Carlos V, su regente en España y hechura suya, con lo cual creció grandemente el influjo, la importancia y el poder del emperador en Europa.

Pero esto mismo excitó más los celos y la envidia de su rival Francisco I, que determinado á hacer un esfuerzo para arrancar á Carlos sus últimas conquistas de Lombardía, reclutó otra vez diez mil suizos, y facilitó algún socorro de dinero á Lautrec, que con estos elementos hubiera podido poner en apuro á los conquistadores y defensores de Milán, si otra vez no hubieran sido funestos á los franceses los auxiliares de Suiza. Debíanseles ya á éstos algunas pagas; una escolta que iba de Francia con dinero fué detenida por el vigilante Morón; con esta noticia se agruparon los suizos en derredor de Lautrec, pidiendo tumultuariamente y á gritos ó las pagas ó el combate. En vano les expuso la imposibilidad de lo primero por falta de numerario, y la temeridad y peligro de lo segundo, atendidas las posiciones que Colona ocupaba en la Bicoca. Los suizos se obstinaron en dar la batalla para ver de salir de aquella situación, y fué menester llevarlos á la pelea al día siguiente (mayo, 1522). Ellos combatieron con desesperado arrojo, pero habiendo perdido sus más bravos oficiales y sus mejores soldados, tuvieron que retirarse del campo de batalla, y de allí los que quedaron se volvieron á los cantones de la Helvecia. Lautrec, abandonado de nuevo, tuvo por prudente regresar á Francia, dejando guarnecidos algunos puntos, que todos se fueron rindiendo, á excepción de la ciudadela de Cremona.

Alentado Colona con el éxito de las dos campañas de Milán, procedió á arrojar á los franceses de Génova, donde todavía dominaban, y era siempre un punto de apoyo para la reconquista del Milanesado. Los partidos interiores de aquella importante ciudad le facilitaron su reducción casi sin resistencia, y la Francia se vió otra vez desposeída de todas sus conquistas y arrojada de Italia.

La feliz situación de los negocios en Italia y en España permitió al emperador pensar en su regreso á este último reino, y cumplir así la palabra que al partir había empeñado de volver antes de los tres años. Pero antes quiso visitar otra vez á su aliado el rey de Inglaterra, ya con el fin de estrechar los lazos de amistad que con él le unían y empeñarle en la guerra con Francia, ya con el de desenojar al cardenal Wolsey, á quien suponía resentido por el desaire del conclave en la elección de papa. Uno y otro objeto logró Carlos cumplidamente en su viaje á Inglaterra. Las muestras de consideración y deferencia, juntamente con el aumento de pensión que de Carlos recibió el cardenal, las nuevas promesas que aquél le hizo de apoyar sus pretensiones en otra vacante, y la esperanza de que ésta no tardaría mucho en ocurrir, atendidos los muchos años y no pocos achaques del nuevo pontífice, todo contribuyó á templar el enojo del altivo Wolsey, que continuó mostrándose tan propicio como antes al emperador. Enrique VIII, halagado con esta nueva visita de Carlos, se ligó con él más estrechamente, le prometió la mano de su hija María, y adoptó todos sus proyectos de guerra contra la Francia. El pueblo inglés, lisonjeado en su orgullo nacional con la elección que hizo el emperador del conde de Surrey para su primer almirante, se prestó con ardor á pelear contra los franceses.

Compréndese bien el mal humor con que recibiría Frascisco I la declaración de guerra de parte del inglés, después de sus recientes derrotas en Italia. Sin embargo, se preparó á recibir al nuevo enemigo; y como las guerras y los placeres le hubiesen agotado el tesoro, apeló á recursos extraordinarios, creó y vendió empleos, enajenó el patrimonio real, y convirtió en moneda la balaustrada de plata maciza con que Luis XI había cercado el sepulcro de San Martín. Con estos arbitrios levantó un buen ejército y fortificó sus ciudades fronterizas. Dueños los ingleses del puerto de Calais, metióse en él el rey Enrique con un ejército de diez y seis mil hombres, y penetró en Picardía uniéndose á las tropas flamencas; todo esto después de haber enviado una flota á cargo de Surrey á devastar las costas de Normandía y de Bretaña. Pero Surrey no pudo tomar ninguna plaza importante, y la táctica prudente y mesurada del duque de Vendome, general del ejército francés en Picardía, detuvo los progresos de los ingleses, que después de algunas desgraciadas escaramuzas, cansados, faltos de víveres y con sus filas diezmadas, tuvieron que volverse á su reino, sin que Francisco viera pasar á poder del enemigo una sola ciudad del suyo, ni una comarca de su territorio (1).

El emperador, apenas logró la satisfacción de ver el principio de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, se despidió de Enrique y se dió á la vela para España, donde llegó el 17 de junio (1522), hallando su reino hereditario en la situación que le hemos visto en los capítulos anteriores, á consecuencia de las alteraciones que durante su ausencia habían ocurrido y que él había dejado como incoadas. Tal y tan prósperamente habían marchado sus negocios en Europa durante los dos largos años de su ausencia de Castilla.

---

(1) Guicciardini, *Istor.*, lib. XIV.—Mem. de Du Bellay.—Sandoval, Historia del Emperador, lib. X.

CAPÍTULO X

GUERRAS DE ITALIA

PAVÍA

De 1522 *á* 1525

El papa Adriano VI.—Su carácter.—Tentativas inútiles en favor de la paz.—Nueva confederación contra el francés.—Defección del duque de Borbón.—Sus causas y sus consecuencias.—Invaden los franceses el Milanesado.—El almirante Bonnivet.—Muerte del papa Adriano VI y elección de Clemente VII.—Invasión de ingleses y españoles en Francia.—Cómo se salvó este reino.—Recobran los españoles á Fuenterrabía.—Los franceses expulsados otra vez de Milán.—Muerte del caballero Bayard.—Sitio de Marsella por los imperiales, y su resultado.—Repentina entrada de Francisco I en Milán.—Grande ejército francés en Italia.—Retíranse los imperiales á Lodi.—Sitio de Pavía.—Antonio de Leiva.—Apurada situación de los imperiales en Pavía y en Lodi.—Recursos de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara.—Célebre sorpresa de Melzo: notable estratagema: los *encamisados*.—Continúa el sitio de Pavía.—Solapada conducta del papa.—Imprudencia y presunción de Francisco I.—Su reto al marqués de Pescara, y contestación de éste.—Admirable rasgo de desprendimiento de los españoles.—*Famosa batalla de Pavía*.—Incidentes notables.—Célebre derrota de los franceses.—Prisión de Francisco I.—Cartas del rey prisionero á su madre y al emperador.—Carta de Carlos V á la madre de Francisco I.

Coincidió la vuelta del emperador á España con la marcha del nuevo pontífice Adriano á Roma, decidido después de alguna vacilación á aceptar una dignidad que no había buscado. La presencia del antiguo deán de Lovaina en la capital del orbe católico (30 de agosto, 1522) produjo en el pueblo romano tan desagradable efecto, como el que había producido la noticia de su elección. Modesto y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, enemigo de la ostentación, del boato y de la opulencia, fué muy severamente juzgado por un pueblo, que tenía tan reciente la memoria de la fascinadora grandeza marcial de Julio II, de la seductora brillantez artística de León X, y le hubiera disimulado mejor algunos vicios, que hasta gozaban de alguna boga en la época, que las oscuras virtudes que le adornaban, y que parecían una reprensión tácita de la culta corrupción de la corte (1). Sabían además los romanos que el honrado y virtuoso Adriano, como regente del emperador de Castilla, se había conducido con debilidad, y que no era á él á quien se debía haberse sofocado las insurrecciones populares. Por lo mismo, estaban muy lejos de creerle capaz de colocarse á la altura que las complicaciones políticas de Europa y la cuestión religiosa que agitaba entonces á la cristiandad exigían del jefe de la Iglesia.

---

(1) Adriano, ó por capricho ó por modestia, ni siquiera quiso dejar su nombre bautismal para tomar el pontificio, según era costumbre cinco siglos hacía. Así fué que siguió nombrándose Adriano VI.

Enemigo de los abusos y de la inmoralidad, intentó la reforma de los vicios que se habían introducido en la Iglesia y en la corte romana, que hecha con prudencia y con energía hubiera podido ser el mejor medio de acallar las agitadoras declamaciones de Lutero. Mas con mejores deseos é intención que fuerzas y habilidad para tan grande obra, tenía Adriano, como tuvo, que sucumbir en una empresa que hubiera necesitado el genio de un Gregorio VII. La restitución al duque de Ferrara de plazas de que se había apoderado la Iglesia, y el restablecimiento de La Rovere en el ducado de Urbino, eran actos que le acreditaban de escrupuloso de conciencia, pero de poco diestro en la política. Con el mejor propósito del mundo exhortó á los príncipes cristianos á que se unieran contra Solimán el turco, que acababa de apoderarse de la isla de Rodas y se presentaba amenazante y orgulloso á la faz de Europa (1). Pero no era tampoco Adriano el hombre del ascendiente y del influjo que requería negocio tan grave y difícil como el de hacer que los soberanos y príncipes cristianos depusieran sus rivalidades y disensiones, y se unieran para atajar hermanados los progresos de las legiones otomanas. Sus laudables esfuerzos para procurar la paz entre los monarcas y las potencias enemigas, y su bula proponiendo y solicitando una tregua de tres años, surtieron poco efecto, con harto sentimiento suyo, y de los mismos Estados de Italia, los más interesados en la paz, como que eran los que más sufrían las cargas y gastos, los perjuicios y calamidades de la guerra.

Estrelláronse, pues, las tentativas de Adriano en favor de la paz contra la ambición y las pasiones de los príncipes, y formóse otra alianza (8 de junio, 1523) entre el emperador, el archiduque de Austria, el rey de Inglaterra, y la mayor parte de los Estados italianos, inclusa la república de Venecia, aliada de Francia hasta entonces, contra Francisco I de Francia, concluyendo el mismo papa Adriano por adherirse á la confederación (3 de agosto), instigado por su compañero y paisano Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles. Quedaba, pues, solo contra todos Francisco I. Pero lejos de mostrarse intimidado el rey-caballero con tan poderosa y general conjuración, era su carácter no volver la cara á los mayores peligros, y mostrar más valor y resolución cuanto eran más formidables sus contrarios. Así, con la actividad que en tales casos acostumbraba, se anticipó á todos, levantó un brillante ejército, y cuando los confederados andaban todavía en proyectos y preparativos, tomó audazmente al frente de sus tropas el camino de Italia con intento y resolución de recobrar el Milanesado.

---

(1) Solimán II, conquistador de Belgrado y enemigo terrible de la cristiandad, se había presentado en 1521 con una formidable escuadra delante de Rodas, que defendían los caballeros de San Juan de Jerusalén con solos cinco mil quinientos hombres. Esta pequeña hueste, con su gran maestre á la cabeza, resistió con admirable valor un sitio de seis meses contra doscientos mil turcos ayudados de cuatrocientos buques. Después de rechazar multitud de asaltos y de inutilizar más de cincuenta minas practicadas por los enemigos, aquellos heroicos cristianos se vieron reducidos á tal extremidad, que al fin tuvieron que rendir la plaza, que era el baluarte de la cristiandad en Oriente, mas no sin obtener una muy honrosa capitulación, que Solimán les otorgó, admirado de la heroicidad de aquellos pocos y esforzados caballeros. Éstos se establecieron después en la pequeña isla de Malta que les cedió Carlos V.

Atajóle en su atrevida empresa la defección inopinada del condestable duque de Borbón, su pariente, y el vasallo de más influencia y de más fortuna de toda la Francia. Este opulento y poderoso personaje había sido blanco de los odios de la reina viuda, Luisa, madre de Francisco, mujer tan avara como altiva, que había perdido ya á Lautrec, y por cuyas sugestiones había recibido el condestable desaires y desdenes de su monarca. Tan impetuosa la reina madre en sus venganzas como en sus amores, á cuya pasión no había aún renunciado á los cuarenta y seis años, tan luego como supo la muerte de la duquesa de Borbón, empezó á mirar con otros ojos al duque, concibió por él tanta pasión como antes le había tenido encono, y llegó á ofrecerle su mano. El de Borbón no sólo la desdeñó con entereza y dignidad, sino hasta con altivez, profiriendo expresiones que hirieron el orgullo y el amor propio de la reina. Entonces la madre de Francisco llevó su resentimiento y su rencor hasta consumar la ruina del condestable, y no paró hasta desposeerle por medio de un pleito injusto de todos los bienes y riquezas pertenecientes á la casa de Borbón, adjudicándose una parte al patrimonio de la corona, y otra á ella misma como heredera inmediata de la difunta duquesa. Este despojo, unido á las anteriores persecuciones, puso al condestable en situación de tomar un partido desesperado. Creyó que el proceder inicuo que se había tenido con él le daba derecho á todo, y entabló inteligencias y tratos con el emperador, y le ofreció su brazo para conquistar la Francia. Carlos no vaciló en aceptar tan bello ofrecimiento, y para más obligar al condestable, le propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal, que había regresado á Castilla, y de acuerdo con el rey de Inglaterra se proyectó darle los condados de Provenza y del Delfinado con título de rey.

El plan de la conjuración era, tan pronto como Francisco traspusiera los Alpes, invadir simultáneamente la Francia, Carlos por los Pirineos con los españoles, el monarca inglés con los flamencos por la Picardía, y doce mil alemanes pagados por ambos ocupar la Borgoña y obrar de concierto con un cuerpo de seis mil hombres que el de Borbón se proponía levantar de entre sus vasallos y parciales. No faltó quien denunciara la conspiración al rey, el cual pasó inmediatamente á avistarse con el condestable, que se había fingido enfermo en Moulins para eludir el compromiso de acompañarle á Italia. Con tanta candidez obró en esta ocasión el rey Francisco, y costábale tanto trabajo creer en la traición del primer príncipe de la sangre, que á pesar de las razones que tenía para no dudar del hecho se dejó alucinar y seducir por las protestas de inocencia del duque, y por la palabra que le dió de que muy pronto se incorporaría al ejército. Con esto el crédulo monarca tomó otra vez el camino de Lyón; no tardó en salir en la misma dirección el condestable, mas torciendo luego repentinamente de rumbo, atravesó el Ródano y se metió en Italia salvando todos los peligros, sin que alcanzaran ya á evitarlo las tardías precauciones que tomó el imprudente y confiado monarca.

Viéndose así burlado Francisco, y temiendo perder su propio reino si faltaba de él, renunció á conducir la expedición en persona, pero no á la invasión del Milanesado, que confió á su favorito el almirante Bonnivet, ene-

migo personal de Borbón, valeroso, galante y cumplido caballero, pero que distaba mucho de ser tan buen general. Cuarenta mil franceses penetraron en Italia, y franquearon el Tesino: abierto quedaba el camino de Milán: pero la incalificable inacción de Bonnivet permitió á Colona y á Morón, que no contaban con la mitad de la fuerza de su contrario, fortificar la plaza y sus contornos, almacenar víveres y ponerla á cubierto de un golpe de mano, y aun de resistir un sitio. Bonnivet la bloqueó sin fruto, y después de algunas tentativas y movimientos inútiles, obligado por el rigor de la estación se replegó sobre el Tesino á cuarteles de invierno, sin otro resultado que haber tomado á Lodi, y dejar no bien parado el honor de las armas francesas y el suyo propio.

Ocurrió en este intermedio un suceso que celebraron los italianos, á saber, la muerte del papa Adriano VI (14 de setiembre, 1523), que sucumbió lleno de amargura por los males que veía dentro y fuera de la Iglesia, y que sus esfuerzos fueron impotentes á remediar (1). Reunido el conclave por espacio de cincuenta días, venció esta vez todos los obstáculos el cardenal Julio de Médicis, y salió electo pontífice (18 de noviembre), y proclamado con el nombre de Clemente VII con general aplauso, por lo mucho que se esperaba de sus vastos conocimientos, de su práctica en los negocios, y de las buenas relaciones y grande influjo de su ilustre familia. Excusado es decir cuán herido quedaría en su orgullo el ambicioso y altivo cardenal inglés Wolsey, al ver por segunda vez burladas sus esperanzas y pretensiones, mucho más cuando ya no podía prometerse sobrevivir á un papa de cuarenta y cinco años. Y aunque el nuevo pontífice le nombró su legado perpetuo en Inglaterra con amplísimas facultades, á fin de templar un poco su resentimiento y su índole vengativa, no por eso dejó de encenderse en odio, especialmente contra el emperador, de quien se dió por vergonzosamente engañado, si bien disimuló al pronto y continuó mostrándosele afable, mientras el tiempo le deparaba oportuna ocasión para vengar el agravio.

Cumpliendo los aliados contra la Francia lo pactado en 18 de junio, invadieron los ingleses aquel reino en unión con los flamencos, todos al mando del duque Suffolk, dirigiéndose á Picardía: los españoles por la parte de Guiena, y los alemanes por la de Borgoña. Parecía imposible que

(1) El pueblo romano trató injusta y duramente á este buen pontífice, aun después de muerto. Bien que careciese del genio, de la energía, y aun de la capacidad que en aquellas circunstancias demandaba en la cabeza de la Iglesia el estado religioso y político de Europa, sus buenas intenciones, su moralidad y sus virtudes le hacían acreedor á otras consideraciones que las que con él tuvieron. Su muerte fué celebrada por los romanos con sarcástico ludibrio. En la casa de su médico colocaron entre guirnaldas un lema que decía: *Al libertador de Italia*. Habiéndosele enterrado entre Pío II y Pío III pusieron en su tumba la siguiente inmerecida y detestable inscripción: *Hic jacet impius inter Pios*. Algún más fundamento tenía el epitafio que se asegura había compuesto él mismo: *Adrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicius in vita, quam quod imperaret, duxit:* «Aquí yace Adriano VI, que nada tuvo por tan funesto en su vida como la necesidad de mandar.» Teller, Novales, Artaud de Montor, y otros escritores de Vidas de romanos pontífices. – Gobernó Adriano la Iglesia un año, ocho meses y algunos días.

Francisco I pudiera desenvolverse y salvar su reino de estas tres invasiones simultáneas, en ocasión que tenía su ejército imprudentemente distraído en el Milanesado. Y sin embargo, Francisco I y la Francia se salvaron maravillosamente, y ganaron no poca reputación en Europa, merced á la inteligencia y denuedo de sus oficiales generales. La Tremouille con un puñado de hombres supo contener los progresos de los ingleses y flamencos, que habían avanzado ya hasta siete leguas de París y llenado de espanto á la capital, obligándolos á retirarse faltos de víveres. El duque de Guisa, gobernador de la Champagne, rechazó con no menos vigor á los alemanes de Borgoña, y los españoles que amenazaban á Bayona no consiguieron mejor resultado, habiendo tenido que habérselas con el intrépido Lautrec. Así las armas francesas alcanzaron en la campaña de invierno de 1523 dentro del reino contra tres poderosos ejércitos triunfos tan gloriosos como inopinados, mientras en Italia, donde Bonnivet contaba con más seguros elementos de victoria, estaba lejos de corresponder al comportamiento y á los esfuerzos de su patria y de su rey.

Bajo muy diferentes auspicios se abrió para los franceses la campaña de 1524. Los españoles habían ido apretando el sitio de Fuenterrabía, que aquéllos conservaban en su poder, y cuando ya los tenían estrechados y minados, y propensos á dar oídos á tratos de rendición, el condestable de Castilla, que mandaba el cerco, entabló pláticas secretas con el mariscal de Navarra, marqués de Cortes y deudo suyo, que capitaneaba la guarnición de la plaza, compuesta de franceses y navarros. El resultado de aquellos trabajos y de estas negociaciones fué la entrega de la plaza, retirándose los franceses á su reino sin que quedara en su poder un palmo de terreno del territorio español (1). En Italia el papa Clemente VII, antiguo enemigo de la nación y de la influencia francesa, comenzó á pensar en los peligros que podría traer á los Estados italianos la desmedida preponderancia del emperador, y olvidando ó haciendo el sacrificio de su aversión personal á la Francia, rehusó formar parte de la liga, y trabajó por dar la paz á la cristiandad; pero sus gestiones no pasaron de un loable propósito. Al paso que disminuía el odio del nuevo pontífice á la Francia, crecía el de Enrique VIII y el del condestable de Borbón, sin menguar el de Carlos V. Así, lejos de pensarse en dejar la guerra, reunieron los aliados un respetable y floreciente ejército en Milán, donde por muerte del octogenario Colona mandaba el duque de Lannoy, virrey de Nápoles, si bien la dirección de las operaciones se encomendó principal-

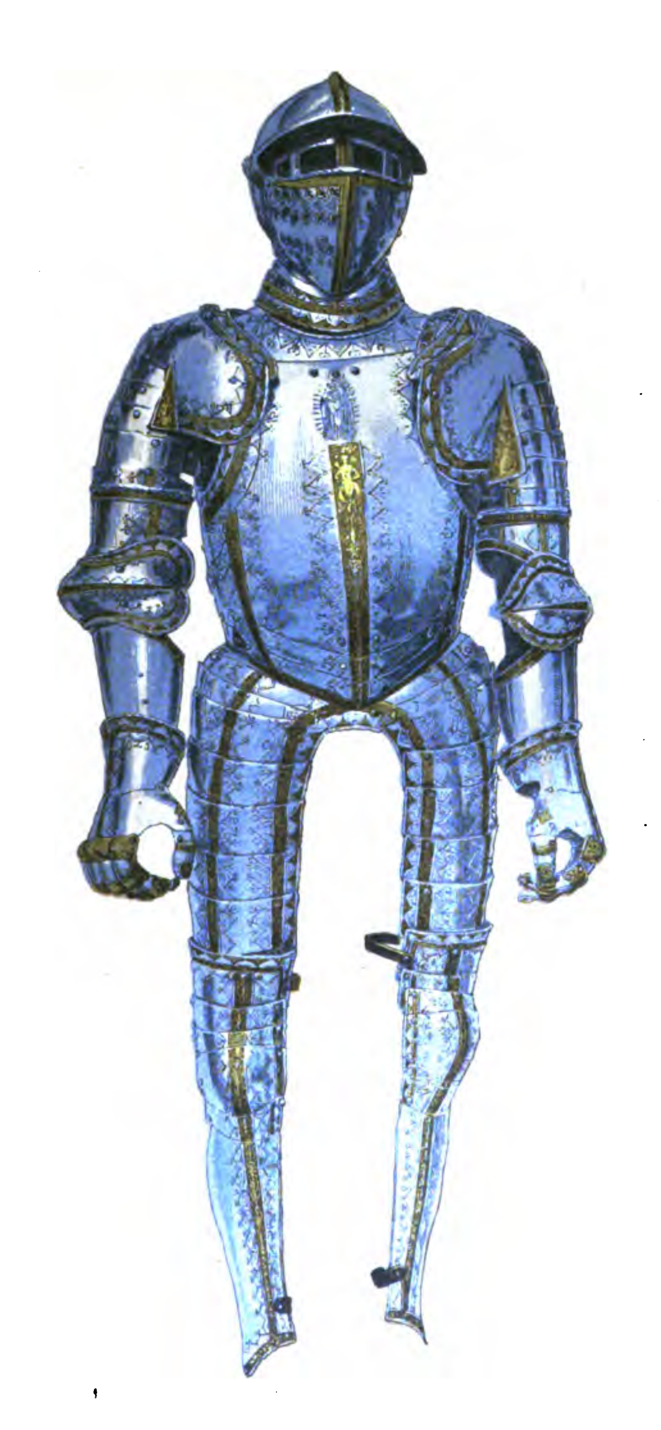
(1) Sandoval, lib. XI, párr. 25. – Esto es diferente de lo que indican los historiadores extranjeros, incluso Robertson, que todo lo atribuyen á traición del gobernador. Los sitiados se hallaban ya muy apurados, y aunque hubo inteligencias del condestable con el gobernador, hay que tener presente que el mariscal de Navarra era pariente de aquél, que los navarros eran súbditos rebeldes del emperador, y que rindiéndole la plaza volvían á la obediencia de su legítimo soberano. El emperador devolvió al mariscal su hacienda en Navarra, y le hizo del consejo de Estado y presidente de las Ordenes. Los caballeros y soldados navarros fueron indultados, con algunas excepciones. El rey Francisco sintió tanto la pérdida de Fuenterrabía, que al capitán Le Frange, compañero del gobernador, le mandó prender, le afrentó en la plaza pública de Lyón, hizo raer las armas de su escudo y le privó para siempre de ceñir espada.

mente al de Borbón, y al valeroso y perito marqués de Pescara (marzo, 1524).

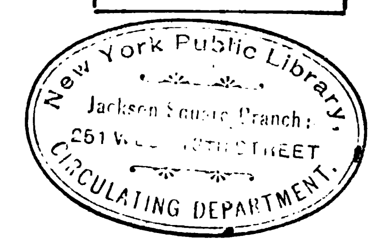
No tenía Bonnivet ni la fuerza ni los conocimientos necesarios para resistir á tan expertos jefes y á ejército tan brillante. De modo que después de verse forzado á abandonar la ventajosa posición de Biagrassa en que se había atrincherado, y á vista de las bajas que iba experimentando en sus tropas, de continuo molestadas por el enemigo, tuvo por prudente probar de retirarse á Francia. Mas no bien hubo empezado á cruzar el Sessia, cuando se vió impetuosamente acometido por Borbón y Pescara reunidos al frente del primer cuerpo de los aliados. Valor no le faltaba á Bonnivet, y peleó briosamente; mas como tuviese la fatalidad de salir gravemente herido en el principio del combate, hubo que retirarle del campo de batalla, lo cual obligó á confiar el mando de la retaguardia al valeroso y entendido Bayard, *el caballero sin miedo y sin tacha.* Este esforzado guerrero, puesto á la cabeza de los gendarmes, detuvo con su brío el ímpetu de los contrarios y salvó el ejército, aunque á costa de su propia sangre, y aun de su vida; que allí sucumbió la flor de los campeones y el tipo de los caballeros franceses. Cuéntase que este intrépido paladín, al sentirse herido de muerte, y cuando le faltaban ya las fuerzas para sostenerse en el caballo, mandó que le arrimaran á un árbol dando rostro al enemigo, en cuya actitud le halló el duque de Borbón, jefe de la vanguardia enemiga, y como éste le mostrara compasión al verle desangrado y moribundo: «No me compadezcáis, le replicó el arrogante caballero; muero con la tranquilidad del hombre honrado que cumple su deber: los dignos de compasión son los que combaten contra su rey, contra su patria y contra su juramento.» Y levantando con trémula mano su espada, besó la cruz de su pomo y expiró. El marqués de Pescara, pagando un tributo de respeto á las virtudes de su heroico adversario, hizo embalsamar su cadáver, y el duque de Saboya mandó tributar á sus restos los mismos honores fúnebres que á los reyes y príncipes de la sangre. «Con él se apagó, dice un escritor de su nación, la última centella de aquel espíritu caballeresco de que Bayard era el verdadero tipo, y Francisco I la fastuosa parodia.»

Este monarca tuvo el triste consuelo de ver llegar á Bonnivet con los restos del destrozado ejército de Italia, donde no le quedó ya ni una ciudad ni un aliado.

Mas no contentos Carlos y Enrique con haber expulsado de Italia á los franceses, volvieron á sus proyectos de guerrear á la Francia en la Francia misma, que era lo que más halagaba los vengativos designios del duque de Borbón, mucho más cuando no sólo se prometía por este medio recobrar las posesiones de que había sido despojado, sino ser rey de Provenza una vez conquistada esta provincia, pues así se lo había prometido el emperador, á condición de que hiciera homenaje por el nuevo reino á Enrique VIII de Inglaterra, como á soberano legítimo de la Francia. El emperador debía invadir otra vez la Guiena con los españoles, y Enrique se comprometía á suministrar diez mil ducados mensuales para los gastos de la guerra, ó en su defecto á enviar un ejército inglés á Picardía. De las tres invasiones proyectadas sólo se verificó la de Provenza (julio, 1524) por



ARMADURA DE CARLOS V
(Armería Real de Madrid.)



los Alpes y Var, con diez y ocho mil hombres, cuyo mando había confiado el emperador al marqués de Pescara, si bien debiendo oir el parecer y consejo de Borbón. Sin gran dificultad fueron sometiendo las ciudades provenzales, recién incorporadas á la Francia y desprovistas de tropas. El de Borbón quería seguir avanzando, pero aquí se separó de su dictamen el marqués de Pescara, que tenía instrucciones especiales del emperador para apoderarse á toda costa de Marsella.

Proponíase Carlos V con la ocupación de Marsella tener una puerta siempre abierta para entrar en Francia, como los ingleses la tenían con la posesión de Calais, y hacer también de Marsella como un puente entre España é Italia. En su virtud el marqués de Pescara, contra el dictamen y la voluntad de Borbón, detuvo el ejército delante de Marsella y ordenó el asedio de la ciudad (7 de agosto, 1524). Francisco, tan descuidado cuando tenía el peligro lejos, como activo y enérgico cuando le veía cerca, tan luego como penetró la idea del emperador hizo devastar todo el país contiguo, introdujo una buena guarnición en la plaza y la hizo ceñir de un segundo muro, en que trabajaron todos los habitantes á porfía, llegando á nueve mil los que de ellos tomaron las armas; una flota francesa combatió las naves españoles en las aguas del Var; la nobleza de Francia, con la cual se había atrevido á contar el de Borbón, se hizo sorda al llamamiento de un tránsfuga y se agrupó en derredor de su soberano, y Francisco reunió un buen ejército bajo los muros de Avignón, con el cual se puso en marcha hacia Marsella. El ejército imperial, fatigado de un asedio inútil de cuarenta días, sin víveres, sin dinero y sin confianza, y amenazado por los de Avignón, levantó el sitio y se volvió precipitadamente á Italia, teniendo que seguirle el de Borbón, desesperado de no haber hallado en Provenza ni la venganza que ansiaba, ni el trono que se le había prometido (setiembre, 1524).

Ni el emperador había invadido á Guiena, según el plan, porque las cortes de Castilla se iban cansando de sacrificar los intereses de los pueblos á guerras extrañas y le escatimaban los subsidios; ni Enrique VIII de Inglaterra cumplió por su parte lo que estaba concertado, ya porque Wolsey, resentido con el emperador, no le alentaba como antes en favor de los intereses de éste, ya porque el de Borbón le tenía ofendido con no prestarse á reconocer sus derechos al trono de Francia. Ello es que habiendo podido poner este reino en el mayor conflicto, lo que hicieron con limitarse á una sola invasión fué darle el convencimiento de su propia fuerza y envalentonar á su rey.

Fascinado Francisco I con aquel triunfo, en vez de contentarse con mostrar á la Europa que sabía hacer invulnerable el territorio de sus naturales dominios, dejóse desvanecer; y dado como era á todo lo que fuese arriesgado, ruidoso y caballeresco, ya no pensó en más que en llevar otra vez la guerra á Italia, olvidando tantos escarmientos como le había costado, «que para él (dice un escritor francés) improvisar una campaña en Italia era como improvisar una partida de caza.» Fiado, pues, el rey caballero en sus propias fuerzas y en su reciente fortuna, y dando gusto á su capricho, sin escuchar los prudentes consejos de Chavannes, de La Tremouille y de otros valerosos y expertos generales, ni querer oir á su misma ma-

dre, que siquiera por una vez le aconsejaba en razón, y animado sólo por su favorito Bonnivet, que tenía las mismas tendencias y los mismos defectos que él (1), llevó adelante su temeraria resolución, y á marchas forzadas franqueó los Alpes, por el monte Cenis (25 de octubre de 1524), y se encaminó en derechura á Milán. Once días empleó en su marcha á Lombardía, celeridad maravillosa para aquellos tiempos.

Semejante velocidad frustró al pronto todos los proyectos de defensa de los imperiales, que se limitaron á encerrarse en las plazas fuertes, tanto más, cuanto que el ejército que allí tenía Carlos no pasaba de diez y seis mil hombres, y éstos sin pagas, sin municiones y sin vestuario. Milán, donde se había recogido el marqués de Pescara con los restos del ejército de Provenza, Milán, devastado por una epidemia que había arrebatado hasta cincuenta mil almas, no se hallaba en disposición de defenderse, y Pescara y Lannoy evacuaron aquella desgraciada ciudad, dejando guarnecida la ciudadela, al tiempo que por otra puerta entraba La Tremouille con la vanguardia francesa (2). Lannoy y Pescara se retiraron hacia Lodi sobre el Adda, y el español Antonio de Leiva se refugió con seis mil hombres en Pavía. En tan crítica situación los imperiales hubieran sido perdidos y los Estados de Carlos en Italia corrido gran riesgo, sin una falta indisculpable de Francisco, y sin la enérgica, vigorosa y patriótica conducta de los jefes y de los soldados imperiales.

Mientras Francisco descuidó de perseguirlos, dejándoles fortificarse á espaldas del Adda, Lannoy empeñaba sus rentas en Nápoles para propor-

---

(1) Dícese que el galante Bonnivet deseaba también volver á Italia por el afán de ver á una dama milanesa de quien se había apasionado violentamente y le tenía cautivado el corazón, y que había hecho á Francisco tal retrato de su hermosura y de sus gracias, que también el monarca cayó en tentación y concibió un vivo deseo de conocerla. Todo es verosímil y creíble de dos personajes que adquirieron cierta funesta celebridad por sus pasiones amorosas. – Brantome, *Œuvres*, t. VI. – Mr. Rœderer, *Louis XII et François I*, t. II.

Tenemos á la vista una interesante obra publicada en París de orden del rey en 1847 con el título de *Captivité du Roi François I*, par *M. Aime Champollion-Figeac*, y perteneciente á la *Collection de Documents inédits sur l'Histoire de France*. En este volumen, que es un grueso tomo en cuarto mayor de 658 páginas, se insertan cerca de 600 documentos originales relativos á la conquista de Milán por Francisco I, al sitio y batalla de Pavía, á la prisión del rey y á su cautiverio en Italia y en España, hasta que recobró la libertad. Es una interesantísima colección, que nos ha servido mucho para la relación de los sucesos comprendidos en este capítulo y en el siguiente.

Con arreglo á estos documentos desmiente Mr. Champollión muchos de los hechos y anécdotas que refieren Brantome, Garnier, Sismondi y otros historiadores: entre ellas la que hemos puesto al principio de esta nota. – También pretende deducir de una carta de la reina Luisa á Mr. de Montmorency que el rey Francisco no emprendió esta campaña contra el consejo de su madre, como afirman todos los historiadores: pero de esta carta que hemos leído, no creemos pueda deducirse otra cosa sino que la reina madre sabía los planes de su hijo, y temía que se precipitara. – *Captivité*, pág. 11, nota. —Robertson, Hist. del Emperador, lib. IV.

(2) Champollión-Figeac, *Captivité*, págs. 31 y 33. Documentos titulados: *Prise de Milan par François I à la mi-octobre* 1524. – *Extrait d'un journal du regne de François I.*

cionar algún dinero con que subvenir á las primeras necesidades de las tropas. Pescara empleó su inmenso prestigio y ascendiente en persuadir á los soldados españoles á que tuvieran la abnegación y dieran á Europa el magnánimo ejemplo de servir sin sueldo al emperador, y aquellos valientes guerreros accedieron á hacer este sacrificio en obsequio de su soberano y de un jefe que tanto amaban. El mismo Borbón empeñó todas sus alhajas para reclutar gente en Alemania, y volvió con doce mil lansquenetes, á quienes sedujo su valor y su nombre, y la esperanza y perspectiva de los ricos despojos de Italia. El monarca francés, en lugar de perseguir á los imperiales por la parte de Lodi aprovechando los primeros efectos de la sorpresa, dejó á La Tremouille el cuidado de asediar el castillo de Milán, y él con el grueso del ejército pasó á poner sitio á la importante plaza de Pavía (28 de octubre, 1524), donde se hallaba, como hemos indicado, el español Antonio de Leiva, «oficial superior de una clase distinguida, de grande experiencia, bizarro, sufrido y enérgico (copiamos las palabras de un historiador extranjero), fecundo en recursos, deseoso de sobrepujar á los demás, tan acostumbrado á obedecer como á mandar, y por lo mismo capaz de intentarlo todo y sufrirlo todo por salir airoso en sus empresas (1).»

Comenzó el monarca francés por tomar y guarnecer todos los lugares vecinos á Pavía, y por cercar la plaza con fosos y vallados. Después de combatida unos días con su artillería, mandó dar un asalto (7 de noviembre), que costó la vida á los que le intentaron, contándose entre los muertos Mr. de Longueville. Al otro día jugaron todas las piezas por espacio de siete horas sin interrupción; contestaban los de dentro con su artillería y arcabucería, y con el estruendo de uno y otro campo parecía hundirse el mundo. Las brechas causadas por las baterías francesas eran instantáneamente reparadas por los sitiados, siendo Antonio de Leiva el primero á dar personal ejemplo de actividad, de arrojo y sufrimiento á soldados y habitantes. En los muchos combates que en los siguientes días se dieron perecieron tantos franceses, que el rey Francisco ordenó que se suspendieran para ver de emplear otros medios y recursos. Uno de ellos fué el de torcer con muchas estacadas el curso del Tesino que defendía la ciudad por un lado; mas cuando ya estaba casi terminada la obra, sobrevinieron tan copiosas lluvias que la corriente arrastró todas las estacadas y reparos. Hizo también destruir los molinos de ambas riberas; pero el general español, previendo este caso, había hecho construir molinos de mano suficientes para las necesidades de la población. No teniendo con qué pagar los soldados, los repartió por las casas imponiendo á los vecinos la obligación de darles de comer: y á fin de que no faltase moneda, al menos para los tudescos, que eran los más impacientes, recogió toda la plata de los templos, y la hizo acuñar con un letrero que decía: *Los cesarianos cercados en Pavía, año* 1524.

Poco menos cercados que ellos los imperiales que con Lannoy y Pescara permanecían en Lodi, fortificándose lo mejor que podían, pero sin atreverse á separarse una legua de aquel punto, parecían tan ignorados

---

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, lib. IV.

de todos, que en la misma Roma se fijó un pasquín diciendo: *Cualquiera que supiere del ejército imperial qne se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo, y darle han buen hallazgo: donde no, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de excomunión sobre ello.* Mas no tardaron en dar señales de vida los que parecían muertos ó se pregonaban por perdidos.

Tenía el marqués de Pescara preparada una sorpresa, que ejecutó de una manera admirablemente ingeniosa. Un día al anochecer llamó á todos los capitanes de infantería, y les mandó que sin ruido ni toque de tambor ni de trompeta recogiesen toda la gente en el castillo. A las nueve de la noche se presentó él en la fortaleza: el país se hallaba cubierto todo de nieve (eran los últimos días de noviembre). Hizo el marqués que los soldados españoles, hasta el número de dos mil, se pusiesen sus camisas blancas sobre la ropa exterior. Mandó bajar el puente levadizo, y ordenó á los soldados que fueran saliendo por una puertecilla estrecha que daba al campo. Nadie sabía el objeto de la maniobra, mas como todos se agolpasen para seguir á su general dondequiera que fuese, *Salid despacio, hijos,* les decía el marqués: *que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia* (1). Luego que hubo salido toda la gente, quedando sólo la necesaria para la guarnición del castillo, el marqués de Pescara comenzó á marchar delante de todos, llevando consigo al del Vasto. Con la nieve y el lodo se les desprendía á los soldados el calzado, pero todos seguían sin dar la menor señal de disgusto al ver á su jefe delante. Faltarían como dos horas para amanecer cuando se detuvieron un tanto atemorizados al ver que tenían que vadear un río. El marqués hizo colocar á la parte superior una hilera de caballos para que quebrantaran la corriente; se metió el primero en el agua medio helada que le llegaba á la cintura, y su ejemplo y dos solas palabras de animación bastaron para que ningún español vacilara en seguirle. Continuaron todos marchando á pie hasta que al apuntar el alba llegaron cerca de los muros de Melzo, que era la plaza á que solos los jefes sabían y los soldados hasta entonces ignoraban que se dirigían. Melzo está á las cinco leguas de Lodi, y más cerca de Milán. Con el silencio que guardaban los imperiales oyeron que uno de

(1) Llamaba rey de Navarra á Enrique de Albret, el cual seguía, como el príncipe de Escocia, las banderas de Francisco I.

Tomamos muchas de las noticias referentes al célebre sitio y batalla de Pavía de una relación escrita por un testigo de vista y sacada de un códice de la Biblioteca del Escorial. Se ha impreso en el tomo IX de la Colección de documentos inéditos, y parece que el obispo Sandoval debió conocerla ya, según se explica en el lib. XI de su Historia.

También hemos visto en la Biblioteca nacional otras dos relaciones manuscritas de la batalla de Pavía, que cotejadas con la que acabamos de citar, no creemos tengan otra variación sino estar estas últimas divididas en capítulos, y parece ser copias unas de otras. La señalada con T. 159, debe ser la que en el tomo XIII de la Colección de documentos inéditos se dice perteneció á los libros del P. Burriel, que regaló á la Biblioteca el P. Diego de Ribera, dedicada á don Pedro Dávila, marqués de las Navas, pues corresponden todas las señas.

los centinelas del muro le decía á otro: *No sé qué cosas blancas veo moverse hacia aquella parte.—Serán*, contestaba el otro centinela, *los árboles nevados que se menean con el viento.*

En esto se oyó dentro de la población el sonido de un clarín que tocaba á montar. Entonces el de Pescara se volvió á su gente, y dijo con mucho donaire: *Razón es, amigos, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayamos á calzarles las espuelas.* Y alentándolos á escalar el muro, cruzando el foso con el agua el pecho, él y el marqués del Vasto delante siempre, comenzaron los españoles á porfía á trepar la muralla apoyándose en las picas. Luego que hubieron subido varios, abrieron una puerta, por donde fueron entrando los demás en tropel á los gritos de *¡España y Santiago!* que se confundían con los toques de las trompetas que sonaban en la plaza, El capitán de los de Melzo, Jerónimo Tribulcis, se encontró con el español Santillana, alférez del capitán Ribera, el que más se había distinguido en la batalla de Bicoca, y cuyas hazañas no había en Italia quien no conociera (1). Rindió Santillana al conde Jerónimo Tribulcis después de haberle herido mortalmente. Los demás fueron cogidos en la plaza y en la iglesia, muriendo pocos, pero sin escapar ninguno. Inmediatamente dispuso Pescara regresar á Lodi por el mismo camino, con los despojos, los caballos y los prisioneros de Melzo, á los cuales dejó pronto ir libres donde quisieran, para enseñar al rey de Francia cómo trataba él á los prisioneros, y ver si avergonzándole con este ejemplo templaba la rudeza y mal trato que usaba con los españoles que caían en su poder.

A los pocos días recibió el marqués de Pescara un mensaje del rey Francisco, diciéndole que le daría doscientos mil escudos porque saliese á darle la batalla. *Decid al rey*, contestó el de Pescara al mensajero, *que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que los habrá menester para su rescate.* No tardó en verse que lo que pareció sólo una jactancia había sido una profecía. Cuando se supo en Roma la aventura de los encamisados, se puso otro pasquín que decía: *Los que por perdido tenían el campo del emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado, y con doscientos hombres de armas presos y otros tantos infantes: ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?*

Entretanto continuaba el sitio de Pavía, sin que apenas hubieran adelantado nada los franceses, gracias á la entereza, á las enérgicas medidas y al indomable valor de Antonio de Leiva. Sin embargo, todo el mundo opinaba que la plaza tendría que rendirse por falta de recursos, y porque Francisco I dominaba todo el país con un ejército brillante de cincuenta ó sesenta mil hombres. El papa Clemente VII, con color de ser medianero entre Carlos y Francisco, enviaba emisarios al rey de Francia y al campo de los imperiales, para que se informaran de las fuerzas y de las probabilidades de triunfo de cada uno, para decidirse en favor de quien más viera convenirle, y entreteniendo á unos y á otros con buenas palabras, concluyó por favorecer con capa de neutralidad al francés, envolviendo en la

(1) Había en Italia un refrán que decía: *Un capitán Juan de Urbina y un alférez Santillana.*

misma conducta á la república de Florencia, y privando así al emperador de sus más importantes aliados.

Afortunadamente esta misma confianza inspiró á Francisco I la loca idea de distraer su ejército en expediciones imprudentes, enviando al marqués de Saluzzo á reconocer á Génova, y al duque de Albany con diez mil hombres á Nápoles, expedición que consideró el virrey Lannoy tan poco peligrosa, que no quiso destacar un soldado para impedirla, diciendo: «la suerte de Nápoles se decidirá ante los muros de Pavía.» En todo esto no hacía Francisco sino seguir como antes las inspiraciones de su favorito Bonnivet, menospreciando los consejos de La Tremouille, La Paliza y otros generales veteranos en las guerras de Italia; los cuales se asustaban de verse colocados entre el ejército imperial y la guarnición de Pavía, é instaban al rey á que renunciara al sitio. Pero el rey-caballero juró morir antes que abandonarle, porque como decía Bonnivet: *Un rey de Francia no retrocede nunca delante de sus enemigos, ni abandona las plazas que ha resuelto tomar*. Pronto iba á pagar la Francia entera la presunción, y las imprudencias y locuras de su rey (1).

Mientras él había desmembrado de este modo sus fuerzas en expediciones insensatas, el duque de Borbón entraba en Lombardía con los doce mil lansquenetes reclutados en Alemania con el favor del infante don Fernando, hermano del emperador, y se incorporaba á los imperiales en Lodi (enero, 1525). La mayor dificultad para los imperiales, y especialmente para la guarnición de Pavía, era la extrema escasez de víveres, de dinero y de municiones. Los tudescos, que constituían la mayor parte y eran los menos sufridos, amenazaban entregar la ciudad, y sólo la sagacidad y firmeza de Leiva pudieron impedir una rebelión. En este conflicto, y con noticia que del apuro tuvieron Lannoy y Pescara, discurrieron cierto arbitrio para enviar algún socorro á los de Pavía, de que merece darse cuenta.

Dos intrépidos españoles, el alférez Cisneros y su amigo Francisco Romero, se encargaron de esta peligrosa comisión, ofreciéndose el primero á cumplirla con tal que le indultaran de la muerte que había dado á un soldado, y por cuyo delito andaba prófugo. Puestos de acuerdo los dos, convinieron con el marqués de Pescara en que irían al campo francés y fingirían querer ponerse al servicio del rey Francisco por las causas que llevarían estudiadas: dos labradores del país, de su confianza, que irían á los reales franceses á vender ciertos víveres, llevarían cosidos á sus jubones los tres mil escudos que se quería enviar á los de Pavía, y con ellos se entenderían para tomar el dinero y meterse con él en la plaza

(1) Sismondi, *Hist. des Français*, t. XVI, pág. 320. – Sin embargo, Champollión-Figeac (*Captivité du Roi*, *Introduction*, pág. XIV) sostiene que el rey, así para el sitio de Pavía como para aceptar la batalla, consultó y oyó á los viejos generales, fundándose para ello en las palabras de unas cartas patentes de la duquesa de Angulema, gobernadora del reino (fecha 10 de setiembre), que así lo expresan. No sabemos hasta qué punto influiría en el texto de las letras patentes de la regente el interés de que no cargara sobre su hijo toda la responsabilidad de aquellos desgraciados sucesos (*Captivité*, página 312). Garnier, Sismondi, Sandoval, Robertson y otros historiadores convienen en lo primero.

cuando viesen ocasión. Con esto los dos soldados se pusieron las bandas blancas que distinguían á los franceses, y pasaron como tales por los puestos enemigos hasta llegar al real, donde tuvieron medio de presentarse al rey Francisco y ofrecerle sus servicios, que el monarca recibió con mucho beneplácito, y más cuando manifestaron no querer recibir sueldo hasta acreditar que sabían ganarlo. En este concepto sirvieron varios días, y aun pelearon como si fuesen franceses con los de la plaza, siempre estudiando una ocasión y entendiéndose con los labriegos vendedores. Cuando creyeron llegada aquélla, con pretexto del frío cambiaron sus jubones por los de los labriegos en que estaban los tres mil escudos, diciéndoles al oído: «Si mañana antes de medio día oís tres cañonazos en la plaza, id á Lodi y decid al marqués de Pescara que el socorro está en poder de Antonio de Leiva; si no los oís, decidle que hemos muerto.» Hecho esto, tomaron sus alabardas, se dirigieron de noche á una mina, degollaron á los dos centinelas que guardaban su entrada y salieron cerca del muro de Pavía: á los de la plaza que se asomaron al ruido les hablaron en español pidiendo seguro, y como no eran más que dos, el capitán Pedrarias no tuvo dificultad en permitirles la entrada. Al día siguiente tres estampidos de cañón en Pavía anunciaron á los labradores que los tres mil escudos habían llegado á manos de Leiva, y ellos corrieron á llevar la noticia á los imperiales de Lodi. Con aquel socorro Antonio de Leiva pagó á los imperiales tudescos, y uno de sus capitanes, de quien todavía desconfiaba, murió envenenado: borrón que sentimos hallar en la vida del valeroso defensor de Pavía.

Dado el rey Francisco á los rasgos caballerescos y confiando en tanta y tan buena gente como tenía, envió otro reto al marqués de Pescara ofreciéndole veinte mil escudos y dándole el plazo de veinte días para que se presentase á dar la batalla, y que si dejaba de hacerlo por no tener tanta gente como él, se comprometía á que fuesen tantos á tantos. Contestóle Pescara, que estaba pronto á ello con el consentimiento que ya tenía de su general en jefe el virrey de Nápoles, y que dentro de diez días juntaría hasta diez y ocho mil hombres, con los cuales pelearía en campo igual; y que respecto á los veinte mil escudos, los guardara para una ocasión que esperaba había de venir. A esto respondió La Tremouille á nombre del rey, que era contento de salir con otra tanta gente, á condición que los fosos de una y otra parte fuesen allanados, pero que le aseguraba que con la gente de Pavía no esperara juntarse aunque el plazo fuera más largo. En fe de lo cual lo firmaba con su nombre y lo sellaba con su sello (13 de enero, 1525).

Preparáronse, pues, Lannoy, Pescara y Borbón á levantar el campo y á dar la batalla que tenía en expectación á todo el mundo, de la que dependía la suerte de Italia y de Francia, y que iba á decidir la preponderancia de uno de los dos soberanos rivales. La gran dificultad era la falta absoluta de dinero para pagar por lo menos á los alemanes, que sin esto no se esperaba poderlos reducir á que se moviesen. En tal apuro el marqués de Pescara juntó una tarde á todos los capitanes de la infantería española, y en una enérgica plática les expuso la condición de los tudescos y el conflicto en que con ellos se veía; que no solamente no había

sueldo que poderles dar, pero ni esperanza de recibir dinero de España ni de Nápoles, teniendo los franceses interceptados todos los caminos; que él mismo había mandado empeñar ó vender sus estados de Venecia, pero que nadie se había atrevido á realizarlo por temor á los franceses; que los jefes estaban prontos á dar todo su dinero, pero que esto era muy insuficiente recurso para tan gran necesidad. Así pues, los exhortaba y pedía que en tan solemne ocasión dieran al mundo un brillante ejemplo de desprendimiento y patriotismo, ejemplo que sería tan glorioso á España como á ellos mismos que tenían la fortuna de haber sido puestos allí por el mayor monarca del mundo para sostener su poder, renunciando su propio salario, y lo que era más, dando cada cual una parte del dinero que tuviese para pagar á los alemanes; que bien se hacía cargo de que les proponía una cosa nueva y nunca vista, pero que harto se indemnizarían luego con el gran botín que tras la victoria les esperaba. «Por tanto, concluyó diciendo, yo os ruego que me respondáis lo que penséis hacer en todo.»

La respuesta de los soldados españoles, después de dar gracias á su digno general por la mucha estima que de ellos hacía, fué, que no sólo se prestaban gustosos á marchar al combate sin paga, aunque tuvieran que vender las camisas para comer, sino que darían á los tudescos ochenta de ciento, ó seis de diez, según lo que cada uno tuviese. Con lágrimas de placer oyó tan generosa contestación el de Pescara, se procedió á recoger los dineros con su cuenta y razón, llevada por el contador del ejército, y se recaudó lo bastante para dar á cada tudesco un ducado de socorro (1).

Al día siguiente se hizo un llamamiento general á todas las tropas, y en la mañana del 24 de enero, encomendado al duque de Milán el gobierno y la guarda de Lodi, se desplegaron banderas y se movió el campo con gran ruido de trompetas y tambores. Llevaba la vanguardia con la caballería ligera el marqués de Santángelo, caballero griego, gran servidor del emperador y muy estimado como guerrero. Seguía el virrey Carlos de Lannoy, general en jefe de todo el ejército, con su rey de armas delante y las insignias de su dignidad. El duque de Borbón con setecientas lanzas y muy lucida gente de armas. El marqués de Pescara, acompañado de su sobrino el del Vasto, con seis mil infantes españoles. Seguía un escuadrón de gente italiana, cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, que era toda su artillería, y á retaguardia un escuadrón de tudescos muy bien provistos de hermosas picas. Aquella noche se alojaron en Marignano, lugar gloriosamente célebre para Francisco I por haber ganado en él en 1515 la famosa victoria contra los suizos, que se llamó *el Combate de los Gigantes*. De allí torciendo á la izquierda camino de Pavía, se detuvieron á combatir la villa fortificada de Santángelo, siendo el marqués de Pescara el primero que después de abierta la brecha entró al grito de ¡España! embrazada la rodela en que llevaba pintada la muerte. Tomado y saqueado el lugar y hecha prisionera su guarnición, movióse al

---

(1) Relación de Fr. Juan de Oznayo, sacada de un códice de la biblioteca del Escorial. – Sandoval, lib. XI, párr. 16.—De este rasgo de patriótico desprendimiento de las tropas españolas, ó no dicen nada, ó se contentan con alguna ligera indicación los historiadores extranjeros.

día siguiente (30 de enero) el ejército imperial hasta ponerse cerca del francés, dando vista á Pavía.

Saludaron los franceses la aproximación de los imperiales con una salva de cincuenta cañonazos. El rey Francisco reunió su consejo de generales para resolver lo que debería hacerse. Los más opinaron por atrincherarse en algún punto bien defendido, esperando que la falta de recursos y la desesperación acabarían por disolver el ejército enemigo sin necesidad de combatirle. Pero Bonnivet, que parecía el hombre destinado á perder la Francia con sus consejos, insistió en que se diera el combate, representando el mal papel que hacía un rey de Francia retirándose á la vista de un enemigo inferior en fuerzas. El marqués de Pescara tomó el sistema de reposar de día é incomodar á los franceses todas las noches con rebatos, alarmas y falsos ataques que no los dejaban descansar. Así los tuvo cinco ó seis noches seguidas, hasta que llegaron á no inquietarse por aquellas aparentes embestidas, y cuando conoció que estaban ya desapercibidos por lo confiados, una noche los acometió de veras, penetró dentro de sus bastiones hasta su plaza principal de armas, mató mucha gente, recogió algún botín, y se volvió á salir con sus pocos españoles sin perder apenas un soldado. Estas acometidas las repitió algunas noches (1). Ya con esto empezó el monarca francés á temer aquellos mismos á quienes con tanta arrogancia había retado, y á fortificarse más y excusar la batalla, esperándolo todo de la falta de víveres y de dinero, así en el campo imperial como en Pavía.

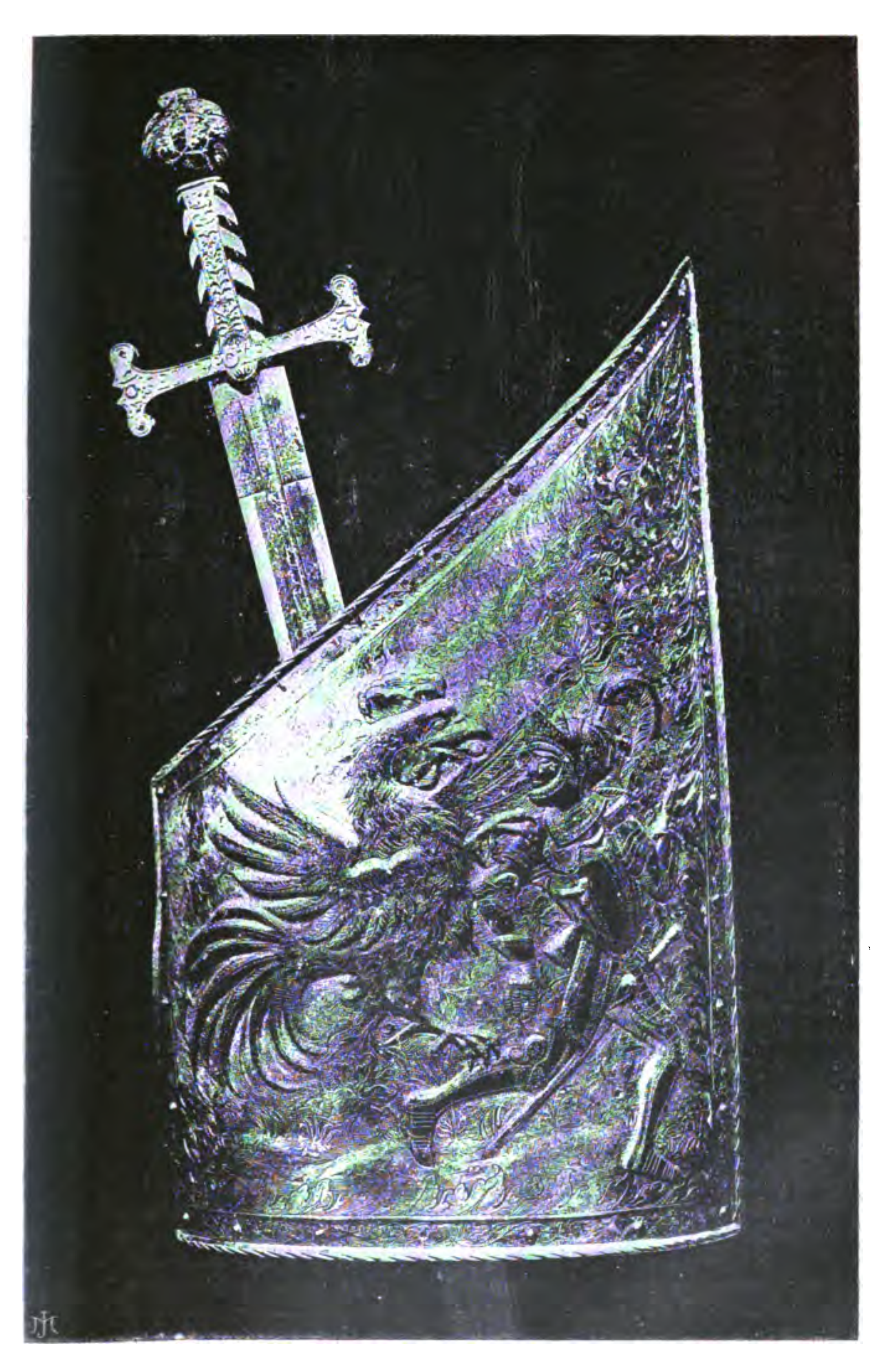
En efecto, la escasez en el campo de los españoles llegó á ser tal, que no sólo faltaba al soldado lo indispensable para el sustento de la vida, sino que no había de dónde ni por dónde pudiera venirles, y en vano se destacaban gruesas partidas á buscar qué comer, pues volvían desfallecidos sin encontrar ningún género de vianda. En tal estado se celebró consejo general de capitanes. Los unos proponían ir á Cremona, donde hallarían vituallas, los otros dirigirse á Milán, y los otros marchar sobre Nápoles. Acudió entonces el marqués de Pescara á los recursos de su enérgica oratoria, que nunca habían dejado de ser eficaces, y les dijo: «Hijos míos, no tenemos más tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros pies; todo lo demás es contra nosotros: todo el poder del emperador no bastaría para darnos mañana un solo pan. ¿Sabéis dónde le hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que veis allí. La otra noche en la entrada que hicimos pudisteis ver la abundancia de pan, de vino y de carne que había, y de truchas y carpiones del lago de Pesca-

(1) «Una noche, viendo yo algunas banderas, aunque fortificadas, fuera de la frente de todo el ejército, pedí licencia para dar en ellas al duque y viso-rey; oviéronlo por mucho bueno; y así fuí con doce banderas de españoles, y creo que les matamos obra de ochocientos hombres, aunque por otra escribí á V. M. seiscientos. La noche tras esta me llegué al aloxamiento de los tudescos con toda la arcabuzería española, y aunque no quise que entrasen, que bien lo pudieran hazer, desde su reparo les matamos obra de trescientos hombres á arcabuzazos: y algunos días antes los de Pavía dieron en cinco banderas de Juanin de Médicis, las quales tomaron, con muerte de mas de quinientos hombres de los suyos...» Parte de la batalla de Pavía, dado al emperador por el marqués de Pescara, el mismo día 24 de febrero.

ra, y de los otros pescados para mañana viernes. Por tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener qué comer, vamos á buscarlo allí; y si esto no os parece bien, decídmelo para que yo sepa vuestra voluntad.» «Esto es lo que deseamos, contestaron á una voz los soldados, y no debéis pedirlo con lágrimas, sino decirlo con regocijo, y no lo dilatéis más, que cada hora se nos harán mil años.»

Aquella misma noche dió el marqués á todos los cuarteles la orden siguiente: que todos se vistieran la camisa sobre el uniforme; que los que tuvieran más de una les dieran las otras á los tudescos; que los demás se hicieran capotillos de las sábanas y de las tiendas, y sombreretes blancos de papel los que pudiesen para que fueran todos conocidos (1); y que á una hora dada pusieran fuego á los pabellones y chozas, para que los franceses pensaran que huían y salieran de sus fuertes. Hecho todo así, movióse antes de amanecer y se puso en marcha el ejército. Avisado el rey Francisco de la grande hoguera que se veía en el campo de los imperiales, «eso es que huyen, respondió; preparar las armas para cuando venga el día, y los seguiremos hasta desbaratarlos ó arrojarlos de todo el Estado de Milán.» Cuando asomó el alba, ya los imperiales habían derribado parte de la tapia de un parque que había delante de Pavía, y colocádose en él viendo todo el campo de los franceses. Ordenados los escuadrones, y cuando el sol comenzaba á resplandecer, se divisó á la izquierda el grande ejército francés, en el cual iba el rey Francisco en persona, acompañado del príncipe de Escocia y del príncipe Enrique de Albret de Navarra, el duque de Alenzón, cuñado del rey, el almirante de Francia Bonnivet, el señor de La Paliza, el virrey de Borgoña, y otra multitud de príncipes y altos personajes, «tan aderezados de armas y atavíos, que lo de los nuestros, dice el autor de la relación, era muy gran pobreza.» El ejército que mandaban era tan numeroso, que al decir del mismo testigo ocular, «apareció estar allí todo el mundo junto.» «¿Pensáis, les dijo el marqués de

(1) En la citada Relación se dan muy curiosas noticias sobre las vestimentas que llevaba cada cuerpo del ejército, y sobre los trajes y divisas de sus caudillos y capitanes. «Las camisas, dice, iban cogidas las mangas sobre el codo, y las haldas á las cinturas, y todos con bandas de tafetán colorado sobre las camisas.» La infantería alemana «llevaba sobre el coselete é camisa una capilla de fraile francisco, de que mucho reian el viso-rey é aquellos señores.» *El virrey* «iba muy bien armado con unas armas doradas y blancas: en el almete un penacho muy hermoso, colorado y amarillo; llevaba un sayo de brocado é raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bien encubierto, e todo de la mesma devisa.» *El duque de Borbón* «llevaba un sayo de brocado sobre un fuerte arnés blanco sin otra devisa ninguna.» *El marqués del Vasto*, «uno de los más apuestos caballeros que en nuestro tiempo fué visto, iba armado de unas armas de veros azules y doradas muy bien labradas; una pluma en el almete, blanca y encarnada, muy hermosa, y un sayo de tela de plata, en un caballo castaño; una camisa muy rica con un collar de muchas piedras y perlas.» *El señor de Alarcón* «iba bien armado con unas sobrevestas de terciopelo negro, sin otra devisa ninguna.» *El marqués de* [illegible] *de Santángel*, «sobre las armas un sayo de carmesí pelo, y los paramentos del caballo lo mismo.» *El marqués de Pescara* «iba armado de una celada borgoñona sobre un hermoso caballo tordillo que llamaba el Mantuano: no llevaba otra devisa sino la común, y unas calzas de grana, y un jubón de carmesí raso, con una camisa rica de oro y perlas.»



ESPADA Y ESCUDO DE FRANCISCO I (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

Pescara á los suyos, que es poca arrogancia la de estos borrachos, que han hecho al rey de Francia dar un bando para que no dejen un español á vida, so pena de perder la suya? ¿Si creerá que nos tiene las manos atadas?» Al oir esto bramaron los españoles de coraje, y juraron morir antes que rendirse, y no dar á nadie cuartel; y este ardor fué el que se propuso inspirarles el de Pescara con aquel dicho.

«Jamás, dice un historiador inglés, llegaron á las manos dos ejércitos con mayor furor; jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por odio, y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte se veía á un soberano valeroso y joven apoyado por una nobleza generosa, seguido de súbditos cuyo ímpetu crecía por la indignación que les causaba una resistencia tan constante, y que peleaban por el triunfo y por el honor. Por otra un ejército mejor disciplinado, dirigido por más expertos generales, que luchaba por necesidad con aquella rabia que la desesperación inspira.» Terrible fué la primera arremetida de los franceses, rompiendo un escuadrón imperial y matando la mayor parte. Tomaron también pronto su vieja y escasa artillería, lo cual les bastó para gritar *¡victoria! ¡victoria! ¡Francia! ¡Francia!* y para que la nobleza y la gendarmería dejara sus atrincheramientos y se arrojara confiada al campo abierto. Pronto se aprovecharon los imperiales de su imprudencia. El marqués del Vasto estrecha sus líneas, penetra con ellas en las filas francesas por el lado que había dejado descubierto la gendarmería, y da una mortífera carga á los suizos y á los alemanes. Los suizos, olvidando su antiguo valor, abandonan el puesto, y la guarnición de Pavía penetra por medio de una división francesa, y se incorpora á la hueste del marqués del Vasto. El de Pescara, viendo venir á su frente un numeroso cuerpo de tropas: *Ea, mis leones de España,* les dijo á los suyos, *hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de pécoras*..... Hicieron una descarga los lansquenetes alemanes al servicio de Francia, mas como volviesen las espaldas, según su costumbre, para cargar de nuevo, «*¡Santiago y España!* gritó el marqués; ¡á ellos, que huyen!» Y sin dejarlos respirar dieron sobre ellos los arcabuceros españoles, entre ellos los vascos, famosos por su certera puntería, de tal manera que en brevísimo tiempo sucumbieron más de cinco mil hombres, cayendo los que pensaban salvarse en manos de la compañía del capitán Quesada, que venía en ayuda de sus compatriotas.

Lannoy, Borbón, Alarcón, todos los jefes de los imperiales se conducían no menos bizarra y heroicamente, arrollando la hueste que á cada cual le tocó combatir. El veterano La Paliza, el más ilustre de los capitanes franceses formados en la guerra de Italia, murió peleando en primera fila al frente del ala derecha. Diesbasch, el jefe de los suizos, que había desdeñado seguirlos en la retirada, buscó y halló la muerte en lo más espeso de las filas imperiales; y Montmorency, que mandaba una de las alas del ejército francés, cayó prisionero. El bravo defensor de Pavía, Antonio de Leiva, que se hallaba enfermo, se hizo sacar en una silla á la puerta de la plaza, y allí con mil soldados españoles y tudescos tuvo entretenido un escuadrón italiano de los del ejército francés, impidiendo que fuese á

la batalla. El marqués de Pescara se metió de tal manera y tan adelante por entre los enemigos, que en más de media hora no se supo de él, hasta que se le vió llegar herido en el rostro y en la mano derecha, y todavía sentía caliente entre el vestido y la carne una bala de arcabuz que le había traspasado el coselete. En sus armas se conocían muchas mellas de alabarda y de pica, y su caballo Mantuano volvía acribillado de cuchilladas. «Oh Mantuano! exclamó él, ¡pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida!» Pero el Mantuano murió á poco de esta exclamación de su dueño.

Manteníase ya solamente el combate en el centro en que estaba el rey Francisco, el cual en una carga desesperada de caballería mató por su mano al comandante de un cuerpo de caballería imperial italiana. Mas los intrépidos montañeses de Vizcaya y Guipúzcoa se deslizaban y escurrían por entre las patas de los caballos, y fueron dando cuenta de los más famosos capitanes franceses. Longueville, Tonnerre, La Tremouille, Boissy d'Amboise, el almirante Bonnivet, el causador de aquella catástrofe, y cuya muerte apenas fué sentida, todos fueron cayendo al lado de su rey. Sólo el duque de Alenzón, que mandaba el ala izquierda, viéndolo todo perdido para los franceses tomó, ó cobarde ó prudentemente, la fuga, arrastrando consigo toda el ala.

El rey Francisco, decidido á no sobrevivir á su derrota, luchó hasta el último momento. Herido y fatigado su caballo, dió con él en tierra. Un soldado vizcaíno que le vió caer corrió á él, y poniéndole el estoque al pecho le intimó que se rindiera sin conocerle. «No me rindo á tí, le dijo, me rindo al emperador: yo soy el rey.» En esto, llegóse allí un hombre de armas de Granada, llamado Diego Dávila, el cual le pidió prenda de darse por rendido, y el rey le entregó el estoque, que llevaba bien ensangrentado, y una manopla. Entre él y otro hombre de armas español, llamado Pita, le levantaron de debajo del caballo, y hubiéranle tal vez muerto los arcabuceros, no creyendo á los que le llevaban y decían que era el rey, si á tal tiempo no se hubiera aparecido allí Mr. de la Motte, grande amigo de Borbón, que al reconocerle dobló la rodilla y le quiso besar la mano. Los soldados le tomaban los penachos del yelmo, le cortaban pedazos del sayo que vestía, y cada uno quiso llevar alguna reliquia del ilustre prisionero para memoria (1).

---

(1) Relación individual de los personajes franceses muertos y prisioneros en la batalla de Pavía.

(Sacada de los documentos oficiales publicados de orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847).

Príncipes y señores muertos

El duque de Suffolk, á quien pertenecía el reino de Inglaterra.
Francisco, señor de Lorena.
Luis, duque de Longueville.
El mariscal La Tremouille.
El conde de Tonnerre.
El mariscal de Chavannes, primer mariscal de Francia.

Divulgada la prisión del rey Francisco, muchos caballeros franceses de los que se habían puesto ó pudieran ponerse en salvo, se dieron voluntariamente á prisión de los españoles, ofreciendo grandes rescates y diciendo: «No quiera Dios que nosotros volvamos á Francia quedando prisionero nuestro rey.» Todos los jefes imperiales se fueron uno tras otro presentan-

---

El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrec.
El príncipe bastardo de Saboya, gran maestre de Francia.
El general Bonnivet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.
Mr. de Boissy d'Amboise.
Mr. de Chaumont d'Amboise.
Mr. de Sainte-Mesmes.
Mr. de Tournón.
Mr. Chataigne.
Mr. de Morette.
El bastardo de Luppé, preboste de palacio.
El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.
El señor Laval de Bretagne.

Príncipes y capitanes prisioneros

El rey de Francia.
El rey de Navarra (el príncipe Enrique de Albret).
Luis, señor de Nevers.
Francisco, señor de Saluces.
El príncipe de Tallemond.
Mr. d'Aubigny.
El mariscal de Montmorency.
Mr. de Rieux.
Mr. de Chartres.
El señor Galeas Visconti.
El señor Federico de Bauges.
El conde de Saint-Paul, hermano del duque de Vendome.
El hijo del bastardo de Saboya.
Mr. de Brion.
El gobernador del Limosín.
El barón de Bierry.
Mr. de Bonneval.
El baile París.
Mr. de Viot.
Mr. de Charrot.
El baile de Bugency.
El señor de la Chartre.
Mr. de Boissy.
Mr. de Lorges.
Mr. de Moni.
Mr. de Crest.
Mr. de Guiche.
Mr. de Montigent.
Mr. de Saint-Marsault.
El senescal d'Armaignac.

do al prisionero monarca, é hincando ante él la rodilla en señal de acatamiento, y él recibió sucesivamente con buen semblante al marqués de Pescara, al virrey Lannoy, al señor de Alarcón y al marqués del Vasto, á quien manifestó los muchos deseos que había tenido de conocerle, aunque no en aquella situación. Llegóse por último el duque de Borbón, su pariente, y arrodillado delante de él como todos, «Señor, le dijo, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la necesidad

---

El vizconde de Lavedán.
Mr. de la Claiette.
Mr. de Potón.
Mr. de Changy.
Mr. de Aubijón.
Mr. d'Annebaut.
El hijo de Mr. de Tournón.
La Roche-Aymond.
La Roche du Meyne.
Mr. de Clermont.
Mr. de Saint Jean d'Ambornay
Mr. de Vatithieu.
Mr. de Silans.
Mr. de Boutieres.
Mr. de Barbesieux.
El poeta Clemente Marot.

Despojóse al rey prisionero de sus armas, y le fueron enviadas á Carlos V como uno de los más preciosos trofeos de la victoria. La espada se depositó en el alcázar de Toledo, y la armadura del cuerpo fué llevada á Alemania. En 1806 se conservaba todavía en Inspruck, de donde la recobró en dicho año el príncipe de Neufchatel, y el emperador Napoleón la hizo colocar en el museo de artillería de París, donde se enseña todavía. – La espada, cuyo puño en forma de cruz es esmaltado, con adornos de oro en que se distingue la salamandra emblemática, se hallaba en la armería Real de Madrid, y de aquí la sacó Murat, gran duque de Berg, en 1808, y la hizo trasportar con gran ceremonia á Francia.

Un diario español, en su número del 18 de junio de 1858, inserta los siguientes documentos para probar que aquel rey fué hecho prisionero en Pavía por un tal Joanes de Urbieta, natural de las montañas de Vizcaya.

«Francisco por la gracia de Dios rey de Francia: Hacemos saber á todos aquellos á quienes tocase, que Juan de Urbieta, del señor don Hugo de Moncada, fué de los primeros que se hallaron en mi riesgo cuando fuimos presos delante de Pavía. y nos cuidó con todo su poder á salvar la vida en que le estamos en obligación, y entonces nos pidió diésemos libertad al dicho señor don Hugo su amo, nuestro prisionero; y porque esto es verdad, hemos firmado la presente de nuestra mano, en Pisquitón á cuatro días del mes de marzo de 1525.—Francisco.»

Consérvase también el testamento del mismo Joanes de Urbieta, otorgado en 22 de agosto de 1553 ante Martín de Percáiztegui, en que hace mención de haber hecho prisionero al rey Francisco de Francia, y verse cruzado caballero de la orden de Santiago, y dotado de muchos bienes con que le premió S. M., y con una divisa y escudo en que se ve cifrada la prisión, y corona del timbre de las águilas imperiales, merced que le fué otorgada por real privilegio de 20 de marzo de 1530, otorgada por Francisco de los Cobos, secretario.

El ayuntamiento de Hernani por decreto de 4 de agosto de 1669, mandó renovar la

presente, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» Alzó el rey los ojos al cielo, dió un suspiro, y respondió: *Paciencia, duque, pues ventura falta.* Observó el de Pescara que la presencia de Borbón afectaba demasiado al rey y le rogó que se retirara. Hecho esto, caminaron con él hacia Pavía (1).

Al verse á las puertas de la ciudad detuvo su caballo y dijo al marqués de Pescara: «Ruégoos, marqués, que vos y estos caballeros me hagáis placer de no meterme en Pavía, que sería grande afrenta para mí no haberla podido tomar, y meterme en ella preso.» Pareció á todos muy justo el reparo, y acordaron apcsentarle en un monasterio fuera de Pavía. Tratóse á quién había de encomendarse la guardia de su persona, y el marqués de Pescara expuso que, siendo los españoles á quienes se debía principalmente el premio de la victoria, debía fiársele á don Fernando de Alarcón, jefe de los españoles, con lo cual el emperador se daría por servido, su nación por honrada, y todos por satisfechos y seguros. Convínose en ello, y Alarcón quedó encargado de la persona del rey. Alojado el ejército en las tiendas francesas, llegó un soldado español, llamado Cristóbal Cortesía, llevando prisionero al príncipe de Navarra (2). Presentóse también un villano pidiendo albricias por haber muerto al príncipe de Escocia, en tes-

---

inscripción y armas del sepulcro de este famoso capitán á expensas de la villa, y en un cuadro al pie de sus armas consagró un elogio que decía así:

Hoc jacet in templo magnus de Urbieta Joannes,
Natale Hernani, cui dedit ante Solum.
Paviæ vindex: Gallorum terror: honoris
Hispani assertor: bellica ad arma potens,
Gallorum Regem Franciscum fœdere belli
Captivum duxit: res ea Martis opus
Erigit hoc vitæ, pariter mortisque tropheum
Patria: si pietas est tibi, funde preces.

(1) En el camino oyó dichos muy propios del genio y buen humor de los soldados españoles. «Vaya, señor, le decía uno, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.» «Yo apuesto, decía otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo.» «A bien, decía otro, que ha caído en manos de la mejor gente del mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba á Mr. de la Motte lo que querían decir, y traducidos los dichos de los soldados se reía de ellos.

Cuéntase que se acercó á él un arcabucero español y le dijo: «Señor, sepa V. A. que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz, las de plata para unos Musiures, y la de oro para Vos; creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente común: no topé más Musiures, y por esto sobraron dos: la de oro veisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la más honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.» Dicen que el rey la tomó, y dijo al soldado que le agradecía el buen deseo. «Esto, añade el testigo ocular, fué muy reído.»

(2) Este fué puesto en el castillo de Pavía, y habiendo logrado sobornar á un criado del marqués del Vasto que le guardaba, se fugaron los dos juntos y se fueron á Francia.

timonio de lo cual enseñaba la rica cadena de oro que el príncipe llevaba al cuello. En efecto, el príncipe escocés había tomado por guía aquel labriego para fugarse, ofreciéndole una buena paga, y aun hacer su fortuna si quería acompañarle á Escocia, y dándole desde luego aquella preciosa cadena. El villano lo prometió así; mas al llegar á un barranco, le dijo al príncipe que lo atravesara; hundióse desde luego su caballo hasta las cinchas, y entonces el traidor le dió una cuchillada en la cabeza dejándole muerto. Enterado el marqués de Pescara de la felonía del villano, le mandó ahorcar inmediatamente, y envió con mucha solemnidad por el cuerpo del príncipe y le hizo honrosas exequias (1).

Tales fueron los principales incidentes de la famosa batalla de Pavía (24 de febrero, 1525). De ocho á diez mil franceses sucumbieron en el campo al filo de las lanzas imperiales, sin contar otra muchedumbre de ellos que se ahogó en las aguas del Tesino en su ciega y precipitada fuga. Allí pereció la flor de la nobleza de Francia, y en aquella jornada debieron acabar los sueños de gloria del rey-caballero y sus arrogantes pretensiones al dominio de Italia. Al divulgarse la noticia del desastre, la pequeña guarnición de Milán se retiró sin dar tiempo á ser perseguida, y á los quince días no había en Italia más franceses que los prisioneros. El defensor de Pavía, Antonio de Leiva, se presentó también al rey Francisco, y le besó la mano, oyendo de su boca los justos elogios que tan brillante defensa merecía. Los despojos de la batalla, en vituallas, acémilas, caballos, armas, vestidos, joyas y vajillas fué inmenso, y los vencedores se indemnizaron bien de tantas escaseces y privaciones como habían sufrido.

Al día siguiente, fué trasladado Francisco I al castillo de Pizzighetone en Lombardía, á orillas del Adda, siempre bajo la salvaguardia del caballero don Fernando de Alarcón. En los primeros momentos escribió Francisco á su madre la duquesa de Angulema, á quien él había dejado por gobernadora del reino, una carta, de la cual sólo han adquirido celebridad (como si más no le hubiera dicho) aquellas famosas palabras: *Todo se ha perdido menos el honor;* pero no las siguientes, que decían: *y la vida, que se ha salvado: et la vie, qui est sauve* (2).

---

(1) «Era, dice el autor de la Relación, de diez y ocho años, y la más hermosa criatura que jamás ví.»

(2) Vamos á dar una copia exacta de esta célebre carta, que nuestros historiadores no conocieron, y que en las mismas historias modernas de Francia se ha copiado generalmente con poca exactitud. Decía así:

«Madame, pour vous faire sçavoir comme se porte le reste de mon infortune, *de toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur, et la vie qui est sauve.* Et pour ce que, en vostre adversité, ceste nouvelle vous fera ung peu de reconfort, j'ay prié qu'on me laissat vous escripre ceste letre: ce que l'on m'a aissement accordé, vous supliant ne vouloir prendre l'extremité vous mesme, en usant de vostre accoustumée prudence; car j'ay esperance á la fin que Dieu ne m'abandonnera point, vous recommandant vos petits enfans et les miens, et vous suppliant faire donner le passage á ce porteur pour aller et retourner en Espagne, car il va devers l'empereur, pour sçavoir comme il voudra que je sois traicté.

»Et sur ce va tres humblement se reccommander á vostre bonne grace,

»Vostre tres humble et tres obeissant filz,

FRANÇOIS.»

Por el mismo portador de esta carta, que era el comendador Peñalosa, dirigió otra el rey prisionero al emperador, en la cual le decía: «Sed cierto que no tengo consuelo en mi infortunio, sino es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguiere usarla conmigo, vos obraríais como príncipe generoso, y yo os quedaría para siempre obligado..... Así pues (añadía), si os placiere tener piedad de mí, dándoos la seguridad que merece la prisión de un REY DE FRANCIA, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podéis hacer una adquisición, pues en lugar de un prisionero inútil, haríais un rey siempre esclavo vuestro (1).» Al mismo tiempo, y por el mismo conducto escribió Mad. Luisa, madre del rey, al emperador, diciéndole: «Señor, mi buen hijo: desde que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caído en manos del príncipe que más amo en el mundo; esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él: y en el caso que así sea, tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la cristiandad vuestra amistad y unión. Por tanto, os ruego humildemente, señor é hijo mío, que penséis en ello, y mandéis que sea entretanto tratado como á vuestra honra y la suya cumple, y permitáis que sea servido de modo que pueda yo saber con frecuencia de su salud. Haciéndolo así, os quedará reconocida una madre, á quien vos disteis siempre este nombre, y que otra vez os ruega que ahora en afición os mostréis padre.—Vuestra muy humilde madre,—LUISA.»

Recibió el emperador la noticia del suceso de Pavía con una moderación admirable, y sin ostentar orgullo ni excesiva alegría. Dirigióse á la capilla á dar gracias á Dios, volvió á la sala de la audiencia, donde recibió las felicitaciones de la nobleza española y de los embajadores extranjeros, mostrando condolerse de la adversidad del ilustre prisionero, prohibió que se hiciesen regocijos públicos, que dijo reservaba para el primer triunfo que alcanzara contra los infieles, y contestó á la madre de Francisco I la carta siguiente:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho acerca de la pri-

(1) «Pourquoy s'il vous plaist avoir cette honneste pitié de moyenner la seureté que merite la prison d'un roy de France, lequel on veut rendre amy et non desesperé, pouvez estre seur de faire un acquett au lieu d'un prisonnier inutile, de rendre un roy á jamais vostre esclave.

»Doncques, pour ne vous ennuyer plus longuement de ma fascheuse lettre, fera fin, avec humbles reccommandations á vostre bonne grace, celuy qui n'a aise que d'attendre qu'il vous plaise nommer, au lieu de prisonnier,

»Vostre bon frere et amy,

FRANÇOIS.»

Documentos relativos á la cautividad de Francisco I publicados de orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847, pág. 130.

Consta también que el rey Francisco tuvo necesidad de recibir un socorro de dinero del alcaide de la fortaleza, y que el virrey de Nápoles le prestó una suma, hasta que la reina su madre pudiera librarle algunos fondos.

sion del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, porque espero en su divina providencia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado. Yo envio á Mr. Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su prisión esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entretanto que esto se platica, he dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi virrey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta lo pedís. Mucha esperanza tengo de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á buen fin, lo cual si así hiciéredes, me echareis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran provecho.»

Mas de los términos de aquella instrucción y de las largas consecuencias de la derrota y prisión de Francisco I en Pavía iremos dando cuenta en otros capítulos.

CAPÍTULO XI

PRISIÓN DE FRANCISCO I EN MADRID

De 1525 *á* 1526

Conducta de Carlos V después de la batalla de Pavía.—Estado del ejército imperial en Italia.—Recelos del papa y de los venecianos.—Firmeza de la reina regente de Francia: medidas para salvar el reino.—Sus tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.—Condiciones que Carlos V exigía á Francisco I como precio de su libertad.—Contestación de éste: mensajes.—Es traído á Madrid.—Desatenciones del emperador con el regio cautivo.—Peligrosa enfermedad de Francisco en la prisión.—Visítale Carlos.—Nuevo desvío.—Proyecto de fuga.—Abdicación de Francisco.—Temores del emperador.—Célebre concordia de Madrid entre Carlos V y Francisco I para la libertad de éste.—Capítulos del tratado.—Protesta secreta de Francisco.—Pláticas amistosas entre los dos soberanos.—Sale el rey Francisco para Francia.—Casamiento del emperador.—Ceremonial que se observó en el rescate de Francisco I.—Dramática escena en el Bidasoa.—Entra en su reino, y vienen sus hijos en rehenes á España.—No cumple el rey de Francia lo pactado.—Anuncios de graves complicaciones.

Si siempre es difícil obrar del modo más discreto, más conveniente y atinado después de una gran victoria ó de un gran golpe de fortuna, lo era mucho más para el emperador Carlos V después del glorioso y memorable triunfo de sus armas en Pavía. Un príncipe joven, de imaginación ardiente, ávido de gloria y no desnudo de ambición, que se veía el soberano más poderoso del mundo, halagado por la suerte, con una perspectiva risueña y brillante ante sus ojos, con sus banderas victoriosas en Italia, aprisionado el monarca que se había presentado como su rival más temible, y teniendo por aliados, más ó menos sinceros, á casi todos los príncipes y Estados de Europa, bien necesitaba de prudencia para no faltar á la moderación y templanza que al recibir la fausta nueva había por lo menos aparentado, para no dejarse fascinar con tanto brillo, para no malograr el fruto de tan próspero suceso, para utilizar el ascendiente que en el mundo le daba, y al propio tiempo para no abusar de la fortuna, para no hacerse sospechoso y no excitar los celos y la envidia de otros príncipes, y no convertir en adversarios á los que, ó con sinceridad, ó por necesidad, ó por política se le habían mostrado amigos.

Dos preguntas suponemos que haría en aquella ocasión todo el mundo. ¿En qué empleará el emperador sus tropas imperiales victoriosas en Pavía? ¿Qué hará del rey prisionero?—Una y otra eran difíciles de resolver, y uno y otro exigía gran pulso de parte del soberano vencedor.

En verdad el suceso de Pavía parecía poner á la Europa entera en riesgo de ser presa del afortunado príncipe cuyo poder ninguno otro era capaz por sí solo de contrarrestar. Los Estados de Italia de tal modo se sobresaltaron é intimidaron, que el mismo pontífice Clemente VII, á pesar de su anterior conducta, amenazado por el virrey Lannoy, se allanó á pagarle ciento veinte mil ducados por ciertas ventajas que en recompensa

debía recibir. El duque de Ferrara satisfizo cincuenta mil, so pretexto de gastos de guerra. Lo mismo hicieron otras repúblicas y señorías; y hasta Venecia ofreció ochenta mil ducados de oro. Francia sin rey, sin tesoro sin tropas y sin generales, aparecía en peligro de una ruina inminente, y se consideraba casi prisionera como su rey. La consternación era general Todo, pues, parecía presentarse favorable al emperador y halagar el pensamiento de dominación universal, si en su mente hubiera entrado.

Mas bajo esta apariencia lisonjera se ocultaba mucho de adverso. Las rentas positivas del que tantos dominios poseía eran muy cortas, y el ejército imperial de Italia ascendía á poco más de veinte mil soldados. De ellos, los alemanes que tan briosamente habían defendido á Pavía, orgullosos y altivos con su victoria y sus servicios, siempre codiciosos de pagas, y prontos á indisciplinarse cuando no se les satisfacían con regularidad, á duras penas se acallaron mientras duró el dinero que Lannoy sacó al papa y á los otros príncipes. Después, temeroso siempre de que volvieran á amotinarse, el mismo virrey tuvo por bien licenciar los cuerpos alemanes é italianos. Apenas, pues, quedaban fuerzas imperiales en Italia. Por otra parte, recelosos tiempo hacía el papa y los venecianos del engrandecimiento desmedido del emperador, y considerándose los más expuestos á sufrir los efectos de su ilimitado poder, comenzaron á pensar seriamente en los medios de atajar sus progresos y de restablecer el equilibrio que formaba la base de su seguridad. El mismo Enrique VIII de Inglaterra conoció que había dado demasiado apoyo al emperador, y empezó á discurrir que la superioridad de Carlos podría ser más peligrosa ó más fatal á Inglaterra que la de los mismos reyes de Francia sus vecinos; y el cardenal Wolsey, que ni olvidaba ni perdonaba haber sido burlado dos veces por el emperador, no perdía ocasión de apoyar é inculcar estas ideas á su monarca.

De todas estas disposiciones supo aprovecharse bien la madre de Francisco I, que en lugar de abatirse y entregarse á la tristeza por la prisión de su hijo, no pensó sino en salvar el reino, ya que tanto en otras ocasiones le había perjudicado, y lo hizo obrando con la energía y la habilidad de un gran político. Ella se fué inmediatamente á Lyón, á fin de reunir y rehacer más pronto los restos del destrozado ejército de Italia: envió á Andrés Doria con una flota á buscar al duque de Albania que se hallaba en Civitavecchia, con cuyo auxilio pudo volver á Francia con su hueste poco disminuida: halagó á Enrique VIII, reconociéndose y haciendo que los parlamentos se reconociesen también deudores de dos millones de coronas de oro á la Inglaterra á nombre del rey prisionero; y ganó á Venecia y al papa, que reclutaron reservada y silenciosamente hasta diez mil suizos. Todo lo cual se manejaba con tal disimulo, que el papa estaba al mismo tiempo celebrando un pacto simulado con el emperador, y el rey de Inglaterra le enviaba embajadores á Madrid, dándole el parabién por la prosperidad de sus armas: si bien, invocando anteriores conciertos le requería que pusiese en su poder y á su disposición la persona del rey Francisco, y le hacía otras semejantes demandas y proposiciones á que le constaba no había de acceder, todo para tener un pretexto honroso de ligarse con la Francia. De este modo el emperador en los momentos de mayor prosperi-

dad se veía abandonado de sus antiguos aliados, y todos estudiaban cómo engañarle.

Por lo que hace al rey prisionero, no extrañamos que el emperador vacilara en la conducta que debía observar con él, puesto que el consejo mismo á quien consultó se dividió también en tres diversos pareceres. Ciertamente lo más caballeroso y lo más galante hubiera sido adoptar el dictamen del obispo de Osma, confesor de Su Majestad Imperial, que proponía se pusiese inmediatamente en libertad al cautivo monarca, sin otra condición que la de que no volviera á hacer la guerra; pero dudamos que si era lo más noble, hubiera sido también lo más seguro, atendido el carácter del rey Francisco. Prevaleció, pues, el dictamen del duque de Alba, que sin oponerse á la libertad del prisionero, quería que antes de otorgársela se sacaran de su situación las condiciones más ventajosas posibles. Adhirióse á este consejo el emperador, y en su virtud despachó á Mr. de Croy, conde de Roeux, con la carta que transcribimos en el anterior capítulo para la reina madre de Francia, con el encargo de visitar al rey cautivo, y con la instrucción de las condiciones con que podría alcanzar su libertad.

Las principales condiciones que se le imponían, y también las más duras, eran: la restitución del ducado de Borgoña al emperador, con todas sus tierras, condados y señoríos, en los términos que le había poseído el duque Carlos: la devolución de la parte de Artois que los reyes de Francia habían tomado á los predecesores del emperador: la cesión del Borbonés, la Provenza y el Delfinado al duque de Borbón, cuyos estados había de poseer éste con el título de rey: que diese al de Inglaterra la parte del territorio francés que decía corresponderle: que renunciara á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán y demás Estados de Italia (28 de marzo, 1525). Condiciones eran en verdad sobradamente fuertes, y equivalían á exigirle la mutilación y desmembramiento de la Francia, despojándola de sus mejores provincias.

Indignóse el prisionero al escuchar tales proposiciones. «Decid á vuestro amo, le dijo con voz firme al mensajero, que prefiero morir á comprar mi libertad á tal precio..... Si el emperador quiere recurrir á tratos, es menester que emplee otro lenguaje (1).» Sin embargo, pasada esta primera impresión, todavía el rey Francisco y la reina Luisa su madre dirigieron á Carlos cartas de mensaje, contestando en varios capítulos á las proposiciones del emperador. En ellos accedían á renunciar para siempre toda acción ó derecho que pudiera tener al reino de Nápoles, al ducado de Milán, al señorío de Génova, á las tierras de Flandes y condado de Artois; á restituir al duque de Borbón sus estados y á pagar sus pensiones, y aun darle en matrimonio su hija; á costear la mitad del ejército y de la armada, si el emperador quisiese pasar á Italia, ó á hacer la guerra á los infieles, y aun á acompañarle en persona. Pero negábase á la devolución de la Borgoña y á la cesión de las provincias de Francia, y proponía ciertos enlaces de familia para seguridad de una paz perpetua. Produjo esto contestaciones y réplicas, siendo siempre el principal punto de desavenencia

(1) «Dites à votre maitre, que j'aimeroys mieux mourir que ce faire... Si l'Empereur veut venir à traictés, il fault qu'il parle autre langage.»

y como la manzana de la discordia lo concerniente al ducado de Borgoña (1).

Mientras estas negociaciones corrían, el virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy, procuró persuadir hábilmente á Francisco que le sería más ventajoso entenderse personalmente con el emperador, venirse á Madrid, presentarse á él, y dándole esta prueba de confianza sacaría mejor partido y obtendría más suaves condiciones. Francisco, á cuyo carácter se acomodaban bien estos golpes caballerescos, se dejó fácilmente alucinar de las bellas palabras del virrey, y accedió á ello.

Sin comunicarlo al emperador y sin revelar sus intenciones ni á Borbón ni á Pescara, preparó Lannoy una flota en Marsella; las naves las suministraba el mismo rey de Francia, y las tropas de la escolta habían de ser españolas (2). So pretexto de trasladar á Francisco á Nápoles para mayor seguridad, fingió Lannoy llevarle por mar hacia Génova; más luego mandó á los pilotos virar hacia España, y á los pocos días arribó la escuadrilla al puerto de Rosas en Cataluña (8 de junio). Sorprendió agradablemente á Carlos la nueva de que su ilustre prisionero se hallaba en territorio español, y perdonando que se hubiese hecho sin su mandato á trueque de lisonjear su amor propio, dándole en espectáculo á una nación orgullosa, ordenó que se le condujera á Madrid. En Barcelona, en Valencia, en Guadalajara, en Alcalá, en todas las poblaciones del tránsito, fué agasajado y festejado el ilustre prisionero. Venían con él el virrey Lannoy y el encargado de su custodia don Fernando de Alarcón, y llegado que hubo á Madrid, se le aposentó en la torre de la casa llamada de los Lujanes, siempre bajo la vigilancia del mismo Alarcón (3).

---

(1) Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia. Núm. 59. *Instrucciones de Carlos V á sus embajadores para tratar del rescate y libertad del rey de Francia con los de Madama la regente.*—Núm. 66. *Carta de Francisco I al emperador Carlos V* (abril, 1525.)—Núm. 67. *Respuestas del rey á los artículos propuestos por el emperador para tratar de su libertad, y comunicados por H. de Moncada.*—Núm. 69. *Los artículos de un tratado de Paz propuestos por el rey estando prisionero en Pizzighetone, y llevados al emperador por M. de Rieux.*—Núm. 71. *Primera instrucción á M. D'Embrun para tratar de la libertad de Francisco I.*

De alguno de estos documentos manifiesta haber tenido noticia el obispo Sandoval: Robertson sin duda no los conoció.

(2) «Concierto celebrado entre el virrey de Nápoles y el mariscal de Montmorency para trasportar á España al rey y la escolta española en galeras francesas (6 de junio, 1525).» Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, núm. 88.

(3) Tres distintos lugares sirvieron sucesivamente de prisión á Francisco I en Madrid. Primeramente se le puso en la torre de la citada casa de los Lujanes, que está frente á la del ayuntamiento, ó sea la llamada de la Villa, cuya torre había sido en otro tiempo uno de los fuertes de la muralla que ceñía la antigua población. Allí estuvo hasta que se le preparó una habitación en el palacio del Arco, que hoy no existe: y últimamente se le trasladó á una torre del antiguo Alcázar, que ocupaba una parte del terreno en que se erigió después el magnífico palacio de nuestros reyes.—Informe dado por Mr. de Lussy, arquitecto, que residió mucho tiempo en Madrid, á Mr. Rey, autor de un volumen sobre la cautividad de Francisco I.—Quintana, Grandezas de Madrid, capítulo XXX, pág. 336.

Fuerza es confesar que no tuvo nada ni de generosa ni de galante la conducta de Carlos V con el real prisionero de Madrid. Le cumplimentaba por escrito, pero no le visitaba. Dado que se le otorgara cierto material ensanche en la prisión y que se le permitiera tal cual salida al campo con más ó menos escolta, había una cosa más sensible que el encierro y más mortificante que los mismos grillos, que era el desaire de no haber sido visitado por el emperador. Pasaban días y semanas, y Carlos, so pretexto de tener que asistir á las cortes que se hallaban reunidas en Toledo (1), como si fuesen dos mil leguas y no doce las que separan á Toledo de Madrid, no hallaba ocasión de hacer una visita al infortunado monarca, tratando en este punto al huésped de Madrid como si fuese un prisionero vulgar. Cayósele con esto á Francisco de los ojos la venda de las ilusiones y de las esperanzas con que Lannoy le había traído á Madrid. Herido y mortificado en su amor propio, cayó en una profunda melancolía, que al fin le produjo una enfermedad grave, y en los accesos de la fiebre se le oía prorrumpir en amargas quejas, no tanto sobre el rigor de la prisión como sobre el desdén y menosprecio con que el emperador le trataba. La enfermedad se agravó en términos, que llegó á infundir serios temores así á los médicos como á Fernando de Alarcón, y unos y otros opinaron que la presencia del emperador podría serle de grande alivio, y así se lo avisaron y rogaron.

Había pasado el emperador una temporada, concluídas las cortes, distrayéndose en partidas de montería por la sierra de Buitrago, y cuando regresaba ya á Toledo alcanzóle en San Agustín, lugar del conde de Puñonrostro, un posta enviado por los médicos del rey, avisándole que si quería ver á su regio prisionero se diese prisa á caminar, porque estaba al cabo de su vida (18 de setiembre). Leyó Carlos la carta á los caballeros de su comitiva, y les dijo: *El que quisiere quedarse, quédese; y el que quisiere ir conmigo, aguije.* Y poniendo espuelas á su caballo, emprendió á todo galope camino de Madrid. Al llegar á Alcobendas, salióle al encuentro otro posta despachado por los médicos y por Alarcón, instándole á que apretara si quería hallar al rey de Francia vivo. De tal manera espoleó el emperador, que en dos horas y media salvó las seis leguas que separan á San Agustín de Madrid, y entre ocho y nueve de la noche entró en el aposento del acongojado enfermo. Llegó precisamente en momentos en que el doliente monarca experimentaba algún alivio y tenía la cabeza despejada. La escena fué interesante y tierna. Los dos monarcas se abrazaron al parecer afectuosamente, é incorporándose en la cama Francisco. *Señor* le dijo á Carlos, *veis vuestro esclavo y prisionero. No, sino libre,* le contestó el emperador, *y mi buen hermano y verdadero amigo.—No sino vuestro esclavo,* repuso el francés —*No, sino libre,* replicó Carlos, *y mi*

(1) En estas cortes de Toledo de 1525 se otorgó al emperador un servicio mayor que el de costumbre, en atención á los grandes gastos de la guerra que acababa de terminar: se hicieron algunas leyes de gobierno interior, y se le excitó á que pensara ya seriamente en casarse, para que pudiera dar pronto sucesión al reino, y se le propuso como el más conveniente enlace el de la infanta doña Isabel de Portugal, al cual se inclinó también el emperador y se empezó desde entonces á tratar de él.

buen hermano y amigo: y lo que yo más deseo es vuestra salud; é á ésta se atienda, que en lo demás todo se ha de hacer como vos, señor, lo quisiéredes. No, sino como vos lo mandéis, volvió á replicar el francés: *y lo que yo os ruego y suplico es que entre vos y mí no haya otro tercero.* Estas últimas palabras las dijo ya turbado y casi sin sentido (1).

Al día siguiente repitió el emperador la visita. Pero lo que dió al postrado monarca más consuelo fué la llegada de su hermana la princesa Margarita, que noticiosa de su enfermedad venía á ofrecerle sus fraternales cuidados, vestida con el traje de luto por la reciente muerte de su esposo el duque de Alenzón, de resultas de heridas recibidas en la batalla de Pavía. Recibióla el emperador con mucha cortesía y afectuosidad, y la llevó él mismo de la mano hasta la cámara del rey. Oyó la ilustre princesa de boca del emperador no menos dulces palabras de esperanza y de consuelo que las que había dicho á su hermano. Pero la pronta marcha del César á Toledo hizo recelar á Francisco y á su hermana la duquesa de Alenzón de lo no muy dispuesto que aquél debería hallarse á cumplir sus bellas promesas de libertad, cuando consentía en dejar cautivo un rey moribundo.

En efecto, al día siguiente de la partida del emperador, se agravó tanto la enfermedad del rey, que la desconsolada princesa su hermana «le santiguó, le besó, y le cubrió el rostro con la sábana teniéndole ya por muerto.» Mas el rey vivía. La princesa y sus damas y criados comulgaron todos, y dirigieron al cielo fervorosas preces por su salud. Al rey se le administraron también los sacramentos, y desde aquel día (24 de setiembre) fué prodigiosamente aliviándose, en términos que no tardó en recobrar su salud. Durante el peligro de su enfermedad se habían hecho en Madrid, y aun en otros puntos del reino, rogativas y procesiones públicas por la salud del monarca francés, y el pueblo de Madrid, muy señaladamente mostró en esta ocasión el mayor interés por su restablecimiento, y aun por su libertad, con la esperanza de ver asegurar una concordia entre los dos soberanos, y con ella la paz universal.

---

(1) Tomamos todos estos pormenores de un precioso libro manuscrito de la Biblioteca nacional (X, 227), compuesto por el ilustre Gonzalo Fernández de Oviedo, el célebre historiador de Indias, con el título de: *Relacion de lo sucedido en la prision del rey Francisco de Francia, desde que fué trahido á España, y por todo el tiempo que estuvo en ella, hasta que el emperador le dió libertad y volvió á Francia.*—El autor de este libro estuvo, como él mismo dice, todo este tiempo en Toledo y en Madrid, y su posición en la corte le proporcionó ser testigo de todo lo que aconteció relativamente á la prisión y estancia de Francisco I en esta villa. Da por lo tanto curiosísimos y muy interesantes pormenores sobre todo lo que ocurrió en este asunto, y su narración tiene todo el sello y todos los caracteres de verídica.

De manera que con esta obra y con la copiosa Colección de documentos hecha de orden del rey Luis Felipe de Francia, que varias veces hemos ya citado, podemos decir que conocemos lo acaecido en este notable período de nuestra historia. Sentimos que la índole de una Historia general no nos permita detenernos en multitud de incidentes curiosos y que no carecen de interés. Sin embargo, nuestros lectores podrán todavía notar en nuestra narración algo que no habrán visto en los historiadores que nos han precedido.

Con esto, y con haber escrito el emperador invitando á la princesa Margarita á que pasase á Toledo para tratar los medios de dar libertad á su hermano. encaminóse la duquesa de Alenzón á aquella ciudad, dejando al rey en convalecencia. Salió á recibirla el emperador (3 de octubre) é hízole grandes acatamientos y agasajos, de todo lo cual escribía muy complacida y dando las más halagüeñas esperanzas al rey su hermano, como á la regente de Francia su madre. Tuvieron, pues, diferentes pláticas en Toledo el emperador y la princesa sobre las condiciones de la concordia. ya en el palacio imperial, ya en la casa de la princesa misma; mas no tardó en convencerse la duquesa de que ni aquellos obsequios ni las buenas palabras dadas al rey en el lecho del dolor estaban en consonancia con las condiciones que el emperador seguía exigiendo para el rescate. La piedra de toque era siempre el ducado de Borgoña. Ya la princesa se allanaba á que el rey su hermano, una vez verificado su matrimonio con la reina viuda de Portugal, doña Leonor, hermana de Carlos, recibiera de ella en dote la Borgoña, con tal que pasara en herencia á sus hijos, y renunciaba á todos los demás derechos que pudiera tener á los Estados de Nápoles, de Milán, de Génova, de los Países Bajos y demás sobre que habían versado las primeras capitulaciones. Carlos insistía en la restitución de la Borgoña sin restricción, y en los mismos términos que la había poseído el duque Carlos su bisabuelo. Convencida al fin la de Alenzón de la inutilidad de sus negociaciones, y de lo infructuoso de las conferencias, pidió licencia al emperador para volverse á Madrid, y obtenida que fué, se vino á esta villa (14 de octubre) á dar cuenta á su hermano del resultado, y á discurrir otros medios de poder restituirle la libertad.

Ocurrió á poco tiempo un incidente que acabó de desanimar á Francisco y á su hermana y de desengañarlos acerca de las intenciones del emperador. Por las causas que después diremos vino á España el duque de Borbón, á quien Carlos tenía prometida la mano de su hermana doña Leonor, la viuda del rey don Manuel de Portugal. Y aquel emperador, que no se había dignado ni recibir ni visitar al monarca prisionero, se mostró tan extremadamente galante, atento y obsequioso con el hombre á quien la Francia y su rey miraban sólo como un vasallo rebelde y traidor, que no solamente salieron de orden suya el obispo de Ávila y muchos caballeros á esperarle á los confines de Castilla, sino que cuando llegó á Toledo (15 de noviembre), le recibió con todo el aparato de la corte, le abrazó con el interés más cariñoso y le llevó á su mismo palacio, haciéndole en el camino las demostraciones más afectuosas, y los más lisonjeros y pomposos ofrecimientos (1). Estas y otras particulares distinciones, hechas con

(1) *Colección de documentos sobre la cautividad de Francisco I.*—Núm. 160. *Carta de Carlos V al rey.*—Núm. 176. *Carta de la duquesa de Alenzón al rey.*—Núm. 181. *Carta de la misma al mismo.*—Núm. 182. *Conferencia de la duquesa de Alenzón con el emperador Carlos V.*—Número 192. *Carta de Carlos V al rey.*—Núm. 193. *Carta del rey á Carlos V.*

Muy de otro modo y con más dignidad se cuenta haberse conducido el marqués de Villena con el condestable de Borbón. Habiéndole pedido el emperador que franqueara su palacio para hospedar al príncipe francés, contestó aquel magnate con mucha urbanidad, que no podía dejar de complacer á su soberano: «Mas no extrañéis, añadió con

el mayor enemigo del monarca prisionero, y que tanto contrastaban con el desdeñoso comportamiento que con éste había tenido, convencieron más y más á Francisco y á la duquesa de que era excusado pensar en obtener la libertad con condiciones decorosas. Entonces la de Alenzón dió trazas como pudiera sacar de la prisión á su hermano, empleando un ardid que la facilitara la fuga (1). Mas como también se le frustrara este artificio, recurrieron los dos á otro medio más político, más solemne, y que sin duda fué de grande efecto.

Extendió, pues, Francisco una acta de abdicación renunciando la corona en el delfín su hijo, mandando que se hiciera registrar con las formalidades de estilo por el parlamento del reino, y que en seguida se procediera á la coronación del delfín. bajo la tutela y regencia de la reina madre, ó en caso de fallecimiento de ésta, de su hermana la princesa Margarita. Este documento fué llevado á Francia por el duque de Montmorency; y dado este golpe, la duquesa, cuya salud se iba también debilitando. partió igualmente (28 de noviembre) para aquel reino (2).

Resolución tan extraña y vigorosa hizo pensar al emperador que si se consumaba, tendría en su poder, no ya un rey prisionero, sino un caballero cautivo. Esta consideración, unida á las noticias que tuvo de la liga que contra él se formaba en Italia, le movió á pensar seriamente en dar libertad al prisionero, porque él por desesperación no hiciera inútil su cautividad, ó antes que los confederados hicieran de la libertad del rey de Francia condición precisa de paz ó de guerra. Coincidió con esto que la regente de Francia, madre de Francisco, cansada de llevar sobre sus hombros el peso del gobierno, y persuadida de que la presencia de su hijo era más necesaria á la Francia que el ducado de Borgoña, le decía que aceptara cualquier partido, pues nada era tan perjudicial y todo era más tolerable que la prolongación del cautiverio (3). Y como Francisco había

---

enérgica entereza, que tan luego como le haya evacuado el condestable, le mande arrasar hasta los cimientos, porque un hombre de honor no debe habitar ya la casa en que se ha alojado un traidor.»—Guicciard., libro XVI.—De esto, sin embargo, nada dice en su Relación Gonzalo de Oviedo.

(1) El ardid consistía, según Sandoval, en que un esclavo negro que tenía á su servicio se acostara en la cama misma del rey, y que éste, vestido con las ropas del esclavo y tiznándose el rostro, saliera del alcázar al anochecer, fingiendo ser el negro que llevaba la leña á su cámara. Parece que habiendo reñido entre sí dos de los pocos que estaban en el secreto, uno de ellos, por vengarse del otro, reveló el proyecto al emperador, el cual, si bien al principio no dió entera fe al denunciante, no por eso dejó de ordenar á don Fernando de Alarcón que estuviese sobre aviso y vigilase con más cautela y rigor al prisionero.

(2) Colección de documentos inéditos sobre la cautividad de Francisco I. Núm. 207. —El acta de la abdicación no se registró en el parlamento por no haber sido presentada en tiempo oportuno. no porque el rey la retractara á muy poco de haberla firmado, como dice Sismondi: y no la llevó la duquesa de Alenzón, como la mayor parte de los historiadores dicen, sino el duque de Montmorency.—Champollión-Figeac, *Captivité du roi François I.—Introductión*, pág. LIV.

(3) Ultimas instrucciones de la reina regente, madre del rey, á sus embajadores para la conclusión al tratado de Madrid, traídas por monsieur de Brión.—Colección de documentos, núm. 206.

visto por tanto tiempo la firme resolución del emperador, no sintió verse alentado por su madre, y dió orden á sus embajadores para que aceptaran y firmaran en su nombre el tratado que proponía Carlos V (19 de diciembre), aplazando, no obstante, la restitución de la Borgoña para después que estuviese libre.

La dificultad estaba en los del consejo del emperador, puesto que consultado por Carlos, se dividieron los pareceres, opinando los unos, entre ellos el virrey de Nápoles, que la libertad del rey de Francia era indispensable para la paz universal, y aconsejándole resueltamente otros y señaladamente el gran canciller Gattinara, que le tuviese preso y asegurado, por lo menos hasta que hubiese hecho la restitución de la Borgoña, fundándose en la desconfianza que les inspiraba el genio bullicioso y emprendedor del francés, y su natural deseo de vengar la afrenta de Pavía y las humillaciones de Madrid. Optó, no obstante, el emperador por el primer dictamen, y en su virtud se estipuló y ajustó la famosa *Concordia de Madrid*, de 14 de enero de 1526, cuyos principales capítulos eran los siguientes:

Paz y amistad perpetua entre ambos soberanos. «De manera, dice el texto, que los dichos señores emperador y rey en la manera sobredicha sean é queden de aquí adelante buenos, verdaderos é leales hermanos, amigos, aliados y confederados, y sean perpetuamente amigos de amigos y enemigos de enemigos, para la guarda, conservación y defensión de sus Estados, reinos, tierras y señoríos, vasallos y súbditos, donde quier que estén: los cuales se amarán y favorecerán el uno al otro, como buenos parientes é amigos, é se guardarán el uno al otro las vidas, honras, Estados y dignidades, bien é lealmente, sin alguna fraude ni engaño, y no favorecerán ni mantendrán alguna persona que sea contra el uno ni el otro de los dichos señores.»

Libre trato, comercio y comunicación entre los súbditos de ambos reinos.

Restitución y entrega completa del ducado de Borgoña al emperador dentro de las seis semanas siguientes al día en que el rey Francisco se viese libre en su reino, renunciando por sí y por sus sucesores para siempre á todo derechc al ducado de Borgoña, quedando éste perpetuamente separado de la corona de Francia.

Que el 10 de marzo el rey Francisco entraría libremente en su reino por la parte de Fuenterrabía; pero con tal condición, que en el acto y simultáneamente le serían entregados al emperador en calidad de rehenes los dos hijos primeros del rey Francisco, el delfín y el duque de Orleáns, ó en lugar de este último, doce principales personajes del reino, que el emperador designaba (1); los cuales habían de estar en su poder hasta que el rey Cristianísimo hubiera hecho la restitución y cumplido los artículos de la concordia; y aun cumplido esto, vendría en lugar de los

(1) Eran éstos, el duque de Vendome, el de Albany, Mr. de Saint-Pol, el de Guisa, Lautrec, De la Val, el marqués de Saluzzo, Mr. de Rieux, el gran senescal de Normandía, el mariscal de Montmorency, Mr. de Brión y Mr. de Ambeguí: es decir, los hombres más notables de Francia, príncipes, políticos y generales.

dichos rehenes á España el duque de Agulema, hijo tercero del rey, como prenda de seguridad y firmeza en la amistad de los dos soberanos.

Renuncia absoluta y completa por parte del rey Francisco á todos sus derechos ó pretensiones á los Estados de Nápoles, de Milán, de Génova, de Artois, de Hainaut, y de todas las demás tierras y señoríos que poseía el emperador.

Casamiento del rey Francisco con doña Leonor, hermana de Carlos, y viuda del rey de Portugal, la cual sería llevada á Francia, cuando se diese libertad á los rehenes: y casamiento del delfín con la hija del rey de Portugal, cuando tuviese la edad

El rey Francisco se obligaba á procurar que Enrique de Albret renunciara para siempre al título de rey de Navarra, y á todos los derechos que pretendiera tener á aquel reino, resignándolos perpetuamente en el emperador que le poseía, y en los reyes de Castilla sus sucesores

Obligábase también á costear, siempre que el emperador quisiese pasar á Italia, doce galeras. cuatro naos y cuatro galeones, y á dar al tiempo de la entrega de los rehenes la paga de seis mil infantes en Italia. quinientas lanzas y alguna artillería.

A satisfacer al rey de Inglaterra los 133,305 escudos anuales que el emperador le debía, á contar desde junio de 1522.

A restituir al duque de Borbón todos sus Estados, con las rentas y bienes muebles, señoríos, preeminencias y derechos que tenía antes de salir de Francia.

A dar libertad al príncipe de Orange y devolverle su principado, como igualmente á madama Margarita y al marqués de Saluzzo todo lo que poseían antes de la guerra.

Que ambos soberanos de común acuerdo suplicarían al papa que convocase un concilio general para tratar del bien de la cristiandad y de la empresa contra turcos y herejes, y que concediese una cruzada general por tres años.

Que en llegando el rey Francisco á Francia ratificaría los capítulos de la Concordia.

Que si cualquiera de estos capítulos no fuese guardado, el rey daba su fe y palabra de volver á la prisión (1).

Tal fué en sustancia la famosa Concordia de Madrid entre Carlos V y Francisco I: tratado que por lo humillante y deshonroso para la Francia y para su rey causó universal sorpresa y asombro en el mundo. y muchos desconfiaban de que llegara á realizarse. Sin embargo, se dió principio á su cumplimiento con la ceremonia de los esponsales entre Francisco y Leonor, que Carlos de Lannoy celebró por poderes en Madrid, donde se

(1) Este célebre tratado de Madrid fué solemnemente firmado y jurado por el emperador y por el rey de Francia, y suscrito además por el virrey Carlos de Lannoy, don Hugo de Moncada, Juan Alemán, el arzobispo de Embrun, Juan de Selva y Felipe Chabot. Los capítulos eran 45, de los cuales hemos omitido los menos interesantes. El documento es de bastante extensión. El obispo Sandoval le insertó íntegro, con su Proemio, en el lib. XIV de la Historia del emperador Carlos V.—*Recueil des Traités*, tomo II.

hallaba el rey, y en Torrijos donde se encontraba la reina: si bien el emperador no consintió la consumación del matrimonio, hasta que el acta de ratificación viniese de Francia.

Con razón se había asombrado el mundo, y no sin fundamento se recelaba que no podría realizarse el tratado. Así era, pero no por las causas que naturalmente se discurrían. Detrás de la concordia ostensible se ocultaba una protesta capciosa que la invalidaba. El rey cautivo, el día antes de firmar el convenio, había llamado á los consejeros que tenía en Madrid, y después de haberles exigido el secreto bajo juramento solemne, hizo extender á su presencia y ante notarios una protesta formal contra el tratado que iba á suscribir, declarándole nulo y de ningún efecto como arrancado por violencia, y hecho sin la libertad de deliberación necesaria para legitimar tales actos (1). Con esta artificiosa conducta se proponía el rey Francisco eludir la validez de lo mismo que iba á pactar, fiando más bien en que hallaría después casuistas que le absolvieran que creyendo satisfacer con esto su conciencia y su honor. Que sin negar que Carlos abusara de su posición imponiendo un pacto oneroso á quien estaba constituído en cautiverio, esto no justifica la doblez de Francisco y su insigne mala fe (2).

La protesta, no obstante, permanecía oculta é ignorada, siendo este el único caso en que Carlos se dejó engañar de Francisco. Como aliados y amigos paseaban ya juntos los dos soberanos (3), y las gentes se agolpa-

---

(1) Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I. Núm. 222. El acta de la protesta es también larga.

Debemos advertir que ya en 22 de agosto de 1525, con motivo de las negociaciones que se seguían por los embajadores de la reina regente con Carlos V acerca de la libertad del rey, había hecho éste una protesta secreta, parecida á esta segunda, cosa que no hemos visto en ningún historiador, pero de que no nos deja duda alguna el texto que leemos en la Colección de documentos, pág. 300, señalado con el número 134, y la firmaron el rey, el arzobispo de Embrun, Felipe Chabot, De la Barre y Bayard.

(2) Es curioso observar los esfuerzos que algunos historiadores franceses hacen para justificar la artificiosa protesta de Francisco I. Otros, por el contrario, la condenan como un acto deshonroso y abominable.

(3) Equivócase por consiguiente Champollión-Figeac cuando dice, que después de firmado el tratado de Madrid fué el rey guardado como antes, y se tuvieron menos consideraciones á su real persona: *Même après sa signature du traité de Madrid le Roi fut gardé comme auparavant, et moins d'egards furent prodigués á sa royale personne.* Aserto tanto más extraño, cuanto que en la página 502, documento número 241, inserta la *Relación de lo que pasó en Madrid entre el rey y el emperador después de firmado el Tratado de Madrid*, en la cual consta todo lo contrario.

Esta relación está bastante de acuerdo con las extensas noticias que nos da Gonzalo de Oviedo en su citado MS. de lo que pasó en aquel período. Oviedo cuenta pormenores muy individuales, y anécdotas muy curiosas, que él mismo presenció, de las expediciones que Carlos V y Francisco I hacían juntos de Madrid á Torrejón de Velasco, y de aquí á Illescas, donde estaban las reinas doña Leonor y doña Germana, de las visitas que se hicieron. de las danzas y fiestas que hubo con este motivo, y hasta de los diálogos entre el emperador y el rey, entre Francisco I y doña Leonor, á quien todos llamaban ya la reina de Francia, y entre las dos reinas y los dos soberanos. Estas expediciones y estas visitas duraron hasta el 20 de febrero, en que se despidieron Carlos y Francisco.

ban á verlos como una cosa extraña y sorprendente, y de ello auguraban una larga paz. «Ya veis, le dijo un día Francisco al emperador paseando por los campos de Illescas, ya veis cuán hermanados estamos vos y yo, y malhaya quien intentare desavenirnos. Por esto he pensado deciros, que pues el pontífice es hombre bullicioso, y los venecianos son más amigos de turcos que de cristianos, sería bien que al pontífice le allanásemos, y á los venecianos destruyésemos: para esta jornada, si nos queremos juntar, nadie será poderoso á resistirnos.—Sed cierto, hermano, le respondió el emperador maravillado de aquel lenguaje. que no tengo voluntad de buscar enemigos ni de alzarme con lo ajeno. En lo que decís de ser el papa bullicioso y los venecianos amigos de turcos, bien sabéis cuán poco les debo, y que en nada se han mostrado aficionados á mis cosas y que han sido más vuestros que míos. Mas esto no obstante, me parece que si en algo ellos se atrevieron contra la fe y contra nosotros, será bien avisarlos, mas no destruirlos: si no quisieren conformarse, ni vos ni yo nacimos para ser verdugos de los vicios del papa y venecianos.» Al oir esta respuesta del emperador, cortó discretamente la plática el francés diciendo: «Tenéis razón: no hablemos más de guerra, puesto que Dios nos tiene en paz» ¡Quién creyera entonces que el rey Cristianísimo había de ser después aliado del turco contra el emperador y contra el jefe de la Iglesia!

El día en que habían de despedirse ya para regresar Francisco á su reino, caminaban juntos en una litera por las cercanías de Madrid aquellos dos soberanos para quienes parecía ser estrecho el mundo, y cuando llegó la hora de separarse: «Acordaos, hermano, le dijo el emperador, de lo que conmigo habéis capitulado—Tanto me acuerdo, respondió Francisco, que os puedo decir todos los capítulos de memoria sin faltar una letra. —Pues que tan presente lo habéis, decidme: ¿tenéis voluntad de cumplirlo, ó halláis alguna dificultad? Porque si en esto hubiere alguna duda, sería tornar á las enemistades de nuevo.—No sólo tengo voluntad de cumplirlo, contestó el francés, sino que no habrá en mi reino quien me lo pueda estorbar: y si otra cosa en mí viereis, consiento que me tengáis por bellaco y vil *(lasche et mechant)*.—Lo mismo quiero que digáis de mí, repuso el emperador, si no os diere libertad. Una sola cosa os pido, y es que si en algo me habéis de engañar, no sea en lo que toca á mi hermana y vuestra esposa, porque sería injuria que no podría dejar de sentir y vengar.»

Con esto se hicieron una cortesía y se despidieron diciendo: «Dios vaya, hermano, en vuestra guarda.» Y el emperador tomó el camino de Illescas, y el rey el de Madrid para dirigirse desde aquí á Fuenterrabía y á Francia. Emprendió, pues, su viaje (21 de febrero), acompañado del virrey Lannoy, del capitán Alarcón y de otros caballeros. El condestable don Íñigo de Velasco había de conducir á la reina doña Leonor hasta Vitoria, para ponerla en Francia tan luego como estuviesen entregados los rehenes y se hubiesen ratificado los capítulos de Madrid.

Mientras el prisionero de Pavía se encaminaba á la frontera de su reino con el ansia de recobrar su libertad, el emperador, que había condescendido con los deseos manifestados por las cortes de Castilla de enlazarse

en matrimonio con su sobrina la infanta doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey don Manuel, pasó á Sevilla á celebrar sus bodas, que se solemnizaron con suntuosas fiestas (11 de marzo, 1526), y con todo el brillo y ostentación que era de esperar de la alegría y el gusto que este enlace causó en ambos reinos (1).

Al llegar el rey Francisco con su comitiva (18 de marzo) á la orilla del Bidasoa, que por la parte de Fuenterrabía divide los dos reinos de España y Francia, puestos anticipadamente de acuerdo para el acto y ceremonia de la entrega con la reina Luisa su madre, gobernadora de la Francia, y con arreglo al ceremonial que Francisco y Lannoy habían formulado en Aranda de Duero (26 de febrero) y en San Sebastián, se dió principio á aquel acto sublime de la manera siguiente (2). En medio del río y á igual distancia de ambas riberas se colocó y amarró con anclas una gran lancha. A las dos márgenes, y frente unos de otros, se colocaron de la parte de España el rey Francisco con Lannoy y Alarcón, de la de Francia los dos hijos del rey, el delfín y el duque de Angulema. Enrique, con el almirante Lautrec, unos y otros con igual número de caballeros y soldados. A un mismo tiempo partieron de las dos opuestas orillas y en dos botes iguales, Lannoy con el rey Francisco y doce caballeros españoles, y Lautrec con los dos príncipes y doce caballeros franceses, y bogando á compás los remeros de uno y otro bote llegaron simultáneamente á la barca anclada en medio del río. Saltaron á ella unos y otros. Los príncipes se acercaron á besar la mano á su padre, que les correspondió con un abrazo, y lo mismo hicieron los demás franceses. *Señor,* dijo entonces el virrey Lannoy, *ya estais en vuestra libertad: cumpla agora V. A. como buen rey lo que ha prometido. Todo se guardará cumplidamente,* respondió el rey. Y hecha la entrega, y pasando los príncipes á la barca de los españoles, y el rey á la de los franceses, trasladáronse á las respectivas márgenes de España y de Francia. El acto se concluyó á las tres de la tarde del 18 de marzo, al año y algunos días de la batalla de Pavía.

Tan pronto como el rey Francisco pisó el suelo de la Francia, montó en un caballo turco que se le tenía preparado, y apretándole las espuelas se dió á correr gritando: *¡Todavía soy rey! ¡Je suis encore roi!* y galopando llegó hasta San Juan de Luz, donde le esperaba la reina su madre con toda la corte. De allí prosiguieron sin detenerse á Bayona, desde donde el rey hizo muy vivas reclamaciones para que le fuera enviada luego su esposa; mas como se esperase en vano la ratificación del tratado de Madrid que se había obligado á hacer tan pronto como se viera libre en su reino, y como la reina doña Leonor no había de ser llevada á Francia hasta que esto se cumpliese, el condestable de Castilla que la acompañaba

(1) Los portugueses mostraron bien su satisfacción en el hecho de haber dado á la princesa Isabel el cuantioso dote de novecientos mil ducados. El obispo Sandoval refiere minuciosamente las magníficas fiestas que con motivo de estas bodas se hicieron en Sevilla, y copia y traduce todos los versos latinos que en alabanza del César se pusieron en los arcos triunfales. Hist. de Carlos V, lib. XIV, párr. 9.

(2) Ceremonial convenido para el acto de la libertad del rey. Colección de documentos, núm. 243, pág. 510.

en Vitoria volvióse con ella á Burgos, con arreglo á las instrucciones que había recibido del emperador. Los príncipes franceses fueron en el principio puestos bajo buena guarda en la fortaleza de Villalba de Alcor; y el virrey Lannoy, que infructuosamente había seguido al rey Francisco hasta Bayona, requiriéndole que confirmara la concordia de Madrid, recibió orden del emperador para que se volviese á Castilla. El rey prosiguió á París sin haber ratificado la concordia, so pretexto de tener que someterla á la aprobación del parlamento y del reino (1).

Aunque hoy ya no nos constasen, adivinaríase fácilmente los graves acontecimientos y las funestas complicaciones que naturalmente habían de producir el duro comportamiento del emperador con el rey prisionero, la artificiosa conducta de Francisco para recuperar su libertad, la protesta subrepticia á la concordia de Madrid, la falta de cumplimiento del tratado, y la enemiga que naturalmente se había de reproducir con más furor entre los dos soberanos rivales, que parecían destinados á traer perpetuamente conmovida la Europa.

---

(1) Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I.—MS. de Gonzalo de Oviedo, en la Biblioteca nacional.—Documentos de la casa de Haro, que originales vió Sandoval, y á que se refiere en el lib. XIV de su Historia.—Dormer, Anales de Aragón, lib. II.—Ulloa, Vida del emperador Carlos V.—Robertson, Historia del emperador, lib. IV.

En la citada Colección de documentos hecha de orden del rey de Francia y publicada en 1847, hay multitud de poesías líricas compuestas por el rey Francisco I durante su prisión en Italia y en Madrid, algunas de las cuales sin duda no carecen de mérito, y aun las comparan los franceses á las de su maestro Clemente Marot. Lo que podemos nosotros decir es que, á juzgar por el número de sus composiciones, la musa de Francisco I era por lo menos fecunda.

CAPÍTULO XII

ITALIA

MEMORABLE ASALTO Y SAQUEO DE ROMA

De 1525 *á* 1527

Sensación que produjo en Italia la traslación de Francisco I á Madrid.—Quejas y enojo de los generales Borbón y Pescara contra el virrey Lannoy.—Planes del canciller Morón.—Intenta libertar la Italia de la dominación española.—Induce á ello al marqués de Pescara.—Vacila el marqués.—Resuelve denunciarle.—Artificio que usó para descubrir y prender á Morón.—Sitia Pescara al duque de Milán.—Muerte del marqués de Pescara.—Sucédele el duque de Borbón.—Conducta de Francisco I después de su rescate.—Niégase á cumplir el tratado de Madrid.—Confederación contra Carlos V: la Liga Santa: tratado de Cognac.—Refuerza el emperador el ejército de Italia.—Inacción de Francisco I: compromete á los aliados: triunfo de los imperiales en Milán.—Conjuración contra el papa: entrada de los conjurados en Roma: prisión del pontífice: condiciones con que recobró su libertad.—Escaseces y apuros de los imperiales en Lombardía: terribles medidas del duque de Borbón: crítica y desesperada situación del país y del ejército.—Arrojada y funesta marcha de Borbón contra Roma. - Imprudente confianza del pontífice.—Asalto de Roma por los imperiales: muerte de Borbón: entrada y saqueo horrible de Roma: escándalos, sacrilegios, crímenes inauditos.—Prisión del papa Clemente.—Manifiesto de Carlos V á los príncipes sobre el asalto y saco de Roma.—Manda hacer rogativas por la libertad del papa.—El papa sigue cautivo.—Conjuración europea contra el emperador.—Anuncio de nuevas guerras.

Durante el cautiverio del rey de Francia en Madrid habían pasado en Italia acontecimientos importantes, y fraguádose en secreto una terrible trama contra el emperador. Ya indicamos en el anterior capítulo cuán bien había sabido explotar la reina Luisa de Saboya, madre de Francisco I y regente de Francia, los celos que al papa, á los venecianos y al rey de Inglaterra inspiraba el excesivo engrandecimiento y el asombroso poder del rey de España y emperador de Alemania, y cómo se habían ido desviando los que antes habían sido sus más eficaces auxiliares y sus más útiles amigos.

Por otra parte, el bullicioso canciller de Milán Jerónimo Morón, una vez expulsados los franceses de este ducado, mirábalos ya con menos enemiga y encono; y las onerosas condiciones y las reservas con que el emperador, después de mucho trabajo, accedió á otorgar la investidura del señorío de Milán al duque Sforza, en cuyo nombre se había conquistado, le hicieron sospechar y calcular que si á Carlos le diera tentación de agregar el Milanesado al reino de Nápoles, corría gran riesgo de que viniera á su poder toda la Italia. Libertar la Italia del yugo extranjero era tiempo hacía el pensamiento favorito de los políticos italianos. y emanciparla de la dominación de los españoles era la empresa que se le presentaba más gloriosa al canciller Morón, ya que tanta parte le había cabido en la ex-

pulsión de los franceses. A este designio encaminó sus planes, y no tardó en presentársele una ocasión que le parecía muy oportuna.

La traslación de Francisco I á Madrid, hecha por el virrey Lannoy secretamente y sin dar conocimiento de ella ni al duque de Borbón ni al marqués de Pescara, resintió altamente y ofendió el amor propio de estos dos generales, á cuyo esfuerzo se había debido principalmente el triunfo de Pavía. Borbón se vino, como hemos visto, lo más pronto que pudo á Madrid, receloso de que Lannoy pudiera perjudicarle en sus intereses. Hiciéronse aquí Borbón y Lannoy mutuas y muy duras recriminaciones á la presencia misma del emperador. El de Pescara quedó al frente del ejército, tronando contra el virrey y blasfemando de su solapada acción, resentido además y quejoso del emperador porque no le había premiado tan cumplidamente como creía merecer por sus servicios. Este descontento y enojo del vencedor de Pavía fué el que se propuso el intrigante Morón utilizar para sus planes. Con mucha maña le inflamaba en su resentimiento, y le avivaba los celos que ya le daban las preferencias del emperador hacia Lannoy, permitiéndole que dispusiera del monarca francés, siendo el de Pescara el caudillo á cuya dirección y bizarría se debió el triunfo de Pavía y la prisión del rey.

Con mucha sagacidad le fué Morón insinuando la idea de que la mejor venganza de tales agravios, y al propio tiempo el mejor camino para ganar gloria inmortal, sería erigirse en libertador de su patria, sacudiendo el yugo de la dominación extranjera; que á él más que á nadie correspondía llevar á cabo empresa tan generosa y noble; que á tan grandioso designio le ayudarían con decisión todos los pueblos; que él podría ser el alma de la liga secreta que se estaba formando entre el papa, Venecia, Florencia, Milán y la gobernadora de Francia, Luisa de Saboya; y que siendo el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, podía estar cierto de que los aliados le darían con gusto aquella corona, y con no menos satisfacción le otorgaría el pontífice la investidura.

Tentadora era la perspectiva para un genio ambicioso como el de Pescara, y para un hombre que, como él, se mostraba quejoso por sentirse mal remunerado. Suspenso se quedó al pronto, sin dar respuesta categórica, como quien fluctuaba entre la idea risueña de un porvenir brillante y la infamia de la traición que para ello necesitaba cometer. Por si se decidía á seguir las inspiraciones de Morón, quiso descargar su conciencia oyendo el parecer de hombres doctos, á quienes consultó, «si podía un vasallo levantarse legítimamente contra su señor inmediato por obedecer al señor feudal.» Los teólogos y letrados de Milán y Roma contestaron afirmativamente, que para todo hallaba favorable solución la jurisprudencia de los casuistas de aquel tiempo. Pero reflexionó de nuevo, y bien fuese que le horrorizara la alevosía, bien que viera dificultades en la realización del proyecto, bien que la enfermedad que entonces padecía el duque de Milán Francisco Sforza le sugiriera el pensamiento de sucederle en el ducado, como premio que el emperador no podía negarle por la revelación del secreto, decidióse á descubrir á Carlos todo lo que contra él se tramaba, deslizándose así, por querer huir de una traición, por una pendiente de no menos abominables alevosías.

Manifestósele el emperador informado ya de todo; y como quien indirectamente reprendía á Pescara lo tardío de la delación, y como quien le allanaba el camino de salvar aquella falta con nuevas pruebas de lealtad, le encargó que continuara tratando con los de la liga, y sondeándolos hasta arrancarles el secreto de todos sus planes. Pescara tuvo la flaqueza de aceptar la odiosa comisión de espía, además del papel abominable de traidor que antes no había acertado á rechazar. En desempeño, pues, de su nuevo oficio, citó un día á Morón para tener una conferencia en Novara. El canciller acudió á la cita sin ningún recelo. Allí hablaron de los medios de llevar adelante la conjuración, y Morón se explicó sin rebozo y con toda expansión y confianza. Compréndese cuál sería su asombro al verse sorprendido por Antonio de Leiva, que salió de detrás de una colgadura donde el de Pescara le había ocultado para que oyera la plática. En el mismo instante fué preso Morón y conducido al castillo de Pavía. Inmediatamente marchó Pescara con los imperiales contra el duque Francisco Sforza, que se hallaba enfermo en Milán, le declaró destituído á nombre del emperador, y le intimó la entrega de las fortalezas y ciudades de aquel Estado. Sabida por el duque la prisión de su canciller, y viendo no quedarle remedio para otra cosa, accedió á hacer la entrega que se le pedía, reservándose sólo los castillos de Cremona y Milán para seguridad de su propia persona.

No contento con esto el de Pescara, puso sitio al castillo de Milán, donde el doliente duque se había refugiado (1), y dió aviso al emperador, rogándole mandara al duque entregar los castillos de Milán y Cremona, y á él le diera licencia para tomar las ciudades de Parma y Plasencia que tenía el papa. No tuvo por político todavía el emperador ni obligar al duque á la cesión de sus dos castillos, sino pedirle que se presentara personalmente á responder á los cargos, ni romper tampoco con el pontífice; antes bien, como el papa siguiera fingiéndose amigo del emperador, disimuló también Carlos por su parte. Era jugar á quien más engañarse podía. El papa Clemente, para ocultar más la trama, envió un legado á pedir al emperador en nombre suyo y de los príncipes y repúblicas de Italia, que si el duque de Milán sucumbía de su enfermedad, tuviese á bien poner en aquel Estado ó al duque de Borbón ó á don Jorge de Austria, hijo natural del emperador Maximiliano. Y Carlos, fingiendo también ignorar lo que el papa y los de la liga tramaban contra él, aparentó tener gusto en complacer al pontífice, y dió la investidura del ducado de Milán al de

---

(1) Al llegar aquí el obispo Sandoval en su historia, dice: «De esta manera trató y llevó este negocio el marqués de Pescara, del cual hablaron, como suele el mundo, los descubiertos y agraviados mal por extremo, los contrarios bien, encareciendo su virtud, valor y lealtad hasta el cielo.» Nosotros creemos que se obcecó en este punto el buen juicio del obispo historiador, como con frecuencia le acontece siempre que se trata de algo favorable al emperador. La conducta de Pescara en este negocio no puede ser aplaudida por ningún hombre honrado, cuanto más ensalzada hasta el cielo, porque en ningún tiempo es virtud emplear el dolo y la traición para perder á aquellos mismos de quienes se finge ser amigo y aliado, ni una tentación de deslealtad se puede lavar con una deslealtad efectiva. Y sentimos en el alma hallar esta mancha en la carrera hasta entonces tan brillante y gloriosa del marqués de Pescara.

Borbón, que era á quien protegía con preferencia. La muerte del marqués de Pescara, ocurrida á poco tiempo de esto, dejó vacante otro importante puesto, el de general en jefe del ejército imperial de Italia, cuyo mando se apresuró también Carlos á confiar al de Borbón, que salió con este motivo de España (1).

Sucedió en esto la libertad de Francisco I, el cual no contento con eludir el cumplimiento del tratado de Madrid, según dejamos ya indicado, desde Bayona mismo escribió al rey de Inglaterra, manifestándole lo agradecido que estaba á sus servicios, y aprobando el tratado hecho entre él y la regente de Francia su madre. Y como hombre sin escrúpulos, ó como si ningún lazo ni compromiso le ligara, dirigióse también al papa y á Venecia, exhortándolos á unirse para arrojar de Italia á los imperiales. El papa Clemente tampoco escrupulizó ya en aprobar la no ejecución del tratado de Madrid, y saliendo de su política vacilante y doble, se unió abiertamente con el francés contra el emperador (2). Venecia volvió á su antigua alianza con Francia, y el sitiado duque de Milán, Francisco Sforza, pedía con urgencia socorros al papa y al monarca francés.

En su virtud se firmó en Cognac (22 de mayo, 1526) una alianza, que se llamó *Liga Santa ó Liga Clementina*, entre Francisco I de Francia, el papa Clemente VII, la señoría de Venecia y el duque de Milán, contra el emperador Carlos V. El rey de Inglaterra, sin adherirse abiertamente á la liga, aceptó el título de protector de la confederación, bajo la promesa de que habían de darle un principado en el reino de Nápoles después de la conquista, y otro estado al cardenal Wolsey en Italia. Las principales bases del concierto eran que Carlos V había de poner en libertad, mediante una cantidad que se ofrecía por el rescate, á los dos hijos del rey de Francia que tenía en rehenes, y poner á Sforza en tranquila posesión de Milán. De no hacerlo así, se comprometían los aliados á levantar un ejército de cuarenta mil hombres, cuyo contingente se señaló á cada uno, para arrojar á los imperiales del Milanesado, y acometer después á Nápoles por mar y por tierra (3). Se intentó, aunque en vano, ocultar esta liga á la sagacidad del emperador. El pontífice, que tanto le debía, rompió ya todo miramiento, y en virtud de la facultad de atar y desatar, relevó al rey Francisco del juramento que había prestado de cumplir la concordia de Madrid, y se atrevió á escribir al emperador diciendo: «Si queréis la paz,

---

(1) «Murió en la flor de su edad, dice Sandoval contando la muerte del marqués de Pescara: y si Dios le diera larga vida, fuera uno de los mayores capitanes que ha tenido el mundo... Fué de muy apacible condición, y aficionado grandemente á los españoles como verdadero español, castellano viejo, porque era bisnieto por línea de varón de don Ruy López de Avalos el Bueno, condestable de Castilla, que en los tiempos turbados del rey don Juan el II por falsas informaciones que el rey tuvo de él, se hubo de salir del reino perdiendo sus estados.» Sucedió á Pescara en los suyos su sobrino el marqués del Vasto.—Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XIV, párr. 27.—Diego de Fuentes, Historia del marqués de Pescara.

(2) Correspondencia del Cardenal de Yorck; Colección de documentos sobre Francisco I, núm. 258.—*Negotiat. Diplomat.*, t. II, pág. 656.

(3) *Recueil des traités*, t. II.—Sandoval inserta el texto del tratado, lib. XV, párrafo 3.

bien; si no, sabed que no me faltarán armas ni fuerzas para libertar la Italia y la república cristiana.»

Resuelto Carlos á no ceder un ápice en lo comprendido en el tratado de Madrid, y sobre todo á no escuchar proposición alguna contraria á lo estipulado respecto á la restitución absoluta de la Borgoña, envió al virrey Lannoy y á Fernando de Alarcón á intimar al rey de Francia, ó que cumpliera la concordia en todas sus partes, ó que se restituyera á la prisión de Madrid, conforme se había obligado. Tan inútil como era la demanda del emperador fué pueril el medio que buscó Francisco para eludirla. Mandó comparecer á la presencia de los embajadores á los representantes de los estados de Borgoña, y les manifestó el compromiso en que con el emperador se hallaba. Ellos contestaron, como era natural y se suponía, que si el rey había condescendido en desmembrar el reino y entregarlos á una potencia extranjera, ellos estaban resueltos á morir con las armas en la mano antes que consertirlo. «Ya lo veis, dijo Francisco volviéndose á los embajadores, me es imposible cumplir el tratado.» Y ofreció, en equivalencia á la restitución de la Borgoña, dos millones de escudos. Lannoy y Alarcón no eran hombres para dejarse engañar por el artificio cómico de Francisco y los borgoñones, y se retiraron asegurando que su señor no renunciaría una sola cláusula ni permitiría eludir un solo compromiso del tratado.

Irritado Carlos con la conducta de Francisco y del papa, desahogaba su enojo contra el primero llamándole soberano sin fe y sin honor, *lasche et mechant,* como él mismo le había dado derecho á hacerlo en las pláticas confidenciales de Illescas; y amenazaba al segundo con su cólera, intimidándole además con apelar á un concilio general, anuncio que parecía recibir como una terrible conminación el papa. Mas no se limitaba Carlos á simples amenazas y recriminaciones, sino que con su natural actividad se apresuró á reforzar el ejército de Italia, al propio tiempo que con maña y destreza, por medio de su embajador en Roma duque de Sessa, y de don Hugo de Moncada, interesaba en su favor la poderosa familia de los Colonas, y especialmente al que hacía cabeza de ella, el cardenal Pompeyo Colona, hombre tan hábil como ambicioso, rival y enemigo, aunque disimulado, del pontífice Clemente, como aspirante que había sido á la tiara, y que conservaba todo el resentimiento de un pretendiente burlado.

Francisco no había sido tan activo: los infortunios y los padecimientos le habían amansado, y ya no parecía el rey belicoso de otros tiempos. Dado á los goces tranquilos como quien los cogía á deseo, desconfiando de su fortuna en la guerra, y ávido de reposo, prefería negociar con el emperador esperando alcanzar por dinero la conservación de la Borgoña y el rescate de sus dos hijos, que le importaba más que la independencia de Italia. Así, en vez de corresponder con auxilios prontos y eficaces á las obligaciones contraídas en Cognac, respondía á las reclamaciones de los aliados con vagas promesas é interminables dilatorias (1). A duras penas y á fuerza de instancias pudieron lograr que una flota francesa al mando del tránsfuga español Pedro Navarro partiera del puerto de Marsella, con

(1) Cartas del embajador de Venecia, obispo de Bayeux, al rey y á la reina madre.

la cual, unida á las naves de Venecia y del papa, dieron principio al sitio de Génova. Pero ya la inacción de Francisco I había comprometido á los confederados, y más al duque Sforza, que apurado por los imperiales en el castillo de Milán y mal auxiliado por el duque de Urbino, general de los aliados, tuvo que entregarle al de Borbón que llegó con tropas de refresco (24 de julio), pudiendo él escapar é incorporarse al ejército aliado. De esta manera quedó el de Borbón poseedor del ducado de Milán, con que el emperador había prometido investirle (1).

Habíanse cruzado en este tiempo entre Francisco I y Carlos V proposiciones y respuestas, reclamaciones y negativas sobre el rescate de los dos príncipes que estaban en rehenes. Viendo Francisco la inflexibilidad del emperador, y después de haber declarado al parlamento de Francia la nulidad del tratado de Madrid, circuló á todos los príncipes de Italia y Alemania un largo escrito titulado: «Apología contra la concordia de Madrid: *Apología dissuatoria Madritiæ conventionis.*» Al cual contestó el emperador con otro todavía más extenso, con el título de: *Respuesta á la Apología del rey de Francia.* Al propio tiempo escribía el pontífice Clemente al emperador dándole quejas, y el emperador se las volvía harto más fuertes, recordándole sus beneficios, mostrándole cuán poco correspondía á ellos su comportamiento, y no dejando sin respuesta muy firme ninguno de sus cargos. Y no contento con esto, se dirigió el emperador al colegio de cardenales con pliego cerrado, que no había de ver el pontífice, rogándoles encarecidamente que si Su Santidad negase ó difiriese el concilio general, le señalasen ellos, pues veían los peligros en que la Iglesia estaba (2).

Pero otro golpe más terrible descargó sobre el papa Clemente para hacerle arrepentirse de haber abandonado al emperador y afiliádose á la liga llamada Santa. El cardenal Colona, Moncada y el duque de Sessa, habían conducido tan hábilmente y con tal sigilo su conspiración, que un día, cuando más desapercibido se hallaba el pontífice, y antes que pudiese tener aviso de ello, vió con sorpresa penetrar por las calles de Roma una hueste de tres mil hombres, españoles, napolitanos y coloneses, con banderas desplegadas y apellidando «libertad.» Guiábalos don Hugo de Moncada. Sobresaltado y aterrado el pontífice, y sin que nadie se presentara á defenderle, huyó de su palacio y se refugió en el castillo de Sant-Angelo. Los soldados de Moncada saquearon el Vaticano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros más adictos al papa. Vióse éste atacado en el mismo castillo en que había buscado asilo, y como careciera de bastimentos y de medios de defensa, apresuróse á pedir capitulación á Moncada, que aseguraba no había ido sino á apartarle de la liga y hacerle amigo del emperador, añadiendo que todo lo hacía forzado y con el buen deseo de la paz. Sin embargo impuso al Santo Padre las condiciones que le pareció, á saber: tregua por cuatro meses entre el emperador y el papa; que Su Santidad retirara el ejército que tenía en Lom-

(1) Guicciardini, lib. XVII.

(2) Aquellos escritos, y la sustancia de toda esta correspondencia, que se conserva en el archivo de Simancas, pueden verse en Sandoval, Historia de Carlos V, lib. XV.

bardía; que perdonara á todos los coloneses, y aun los admitiera á su gracia y privanza, y que don Hugo se volvería con su tropa á Nápoles, como así lo verificó (setiembre, 1526), aunque con algún disgusto de los Colonas, satisfecho con haber intimidado al papa, y héchole separarse de la confederación de una manera ciertamente nada diplomática ni respetuosa, pero directa y eficaz (1).

Coincidió la salida de los tropas pontificias del Milanesado, con arreglo á la capitulación, con la llegada á Lombardía de un cuerpo de doce mil alemanes reclutados en favor del emperador, y mandados por el valeroso y acreditado Jorge Frundsberg, uno de los vencedores de Pavía; lo cual obligó al duque de Urbino, general de los aliados, á levantar el sitio de Génova, no haciendo después sino un vano alarde sobre Cremona. Por otra parte, el emperador había tenido por conveniente enviar á Nápoles al virrey Lannoy y á Fernando de Alarcón con siete mil españoles, que arribaron allá salvando el encuentro de las galeras del papa. En semejante ocasión dióle para su mal al pontífice la tentación de quebrantar la tregua, procediendo abiertamente contra los coloneses, haciendo quemar y destruir en pocos días catorce villas suyas, y excomulgando y privando de todas sus dignidades al cardenal Pompeyo Colona, contra lo capitulado con Moncada. Pidieron los Colonas fávor al virrey de Nápoles, que no pudo negársele como á amigos del emperador, y que por él habían padecido. Juntando, pues, el virrey su gente con la de Colona y con la de don Hugo de Moncada, autor de la quebrantada capitulación, y á quien por lo mismo había agraviado el papa, reunió un ejército de veinte mil hombres con el cual tomó el camino de Roma. Sospechó el pontífice que iba contra él, y se salió de la ciudad santa, si bien las tropas de la iglesia fueron bastantes para detener en su marcha al virrey, fijando su campo cerca unos de otros en los límites de las Estados de Roma y Nápoles, fortificándose cada cual lo mejor que pudo por ser ya la entrada del invierno (fin de noviembre).

Otra más furiosa tormenta se estaba ya formando en otra parte para descargar sobre la capital del mundo católico y sobre la cabeza del romano pontífice. Las tropas imperiales del Milanesado hacía tiempo que vivían del merodeo en el desgraciado país de Lombardía; esquilmada y agotada ya la tierra, sin pagas los soldados, sin recursos los jefes, empobrecidos los naturales, y hasta apurada la plata de los templos, entregábase la soldadesca á todo género de desmanes, y el condestable de Borbón tuvo que desplegar, para mantener su gente, un sistema de rigor, de violencia y de tiranía que acaso repugnaba á su genio. Los dueños mismos de las casas en que vivían eran puestos en tortura para ver de arrancarles hasta la última moneda, si acaso alguna les había quedado. Muchos se suicidaban, y todos vivían en la miseria y en la desesperación. El refuerzo de los alemanes aumentaba el número y la fuerza material, pero aumentaba también las dificultades para los mantenimientos. Era menester sacar de tan agotado país tal enjambre de consumidores, pero era necesario también para

(1) Paolo Giovio, Vita Pomp. Colonna.—Guicciardini, lib. XVII.—Sandoval y Robertson en la Hist. de Carlos V.

arrancarlos de allí satisfacerles algunos de sus atrasos, y halagarlos con la perspectiva de otro país donde se indemnizaran de sus escaseces (1). Entre los arbitrios que para esto discurrió el de Borbón fué uno el de vender la vida y la libertad al canciller Morón, preso en el castillo de Pavía y condenado á muerte, por precio de veinte mil ducados, con lo cual logró dos cosas, dar algunas pagas á su gente, y llevar á su lado un consejero experto y sagaz.

Merced á estos y otros recursos que á fuerza de ingenio ó de violencias proporcionaba el de Borbón, y al ascendiente que su carácter y su capacidad le daban sobre los soldados, logró sacar al famélico ejército de Milán, y dejando encomendada esta desventurada ciudad á Antonio de Leiva, púsose en marcha (últimos de enero, 1527), é incorporándosele en el camino los lansquenetes de Frundsberg, reunió así un ejército de veinticinco mil hombres, de países, de lenguas, de costumbres diversas y aun de creencias distintas (2), mercenarios los más, vendidos muchos, hambrientos de pillaje todos, sin artillería, sin bagajes, sin dinero, que marchaban bajo la fe de Borbón, más bien que como soldados del emperador á quien no conocían. ¿Dónde se detendrá en su devastadora marcha esta bandada devoradora? En medio de los rigores de una estación cruda caminaron, los meses de febrero y marzo, por países cortados de ríos y de montañas, talándolo todo, y sufriendo las penalidades con la esperanza de un inmenso botín. Plasencia y Bolonia, protegidas por los aliados, se libraron de la tormenta, que iba á descargar más lejos, porque ya Borbón se veía obligado á marchar adelante, empujado por sus mismos soldados, impacientes de hallar el botín y las riquezas que les había ofrecido. Llegó ya el caso de apurárseles el sufrimiento, y de rebelarse abiertamente. Algunos capitanes que intentaron sosegarlos perecieron víctimas de su cólera, y el mismo Borbón tuvo que esconderse para librarse de sus primeros arrebatos. Al fin se apareció cuando los vió algo más en calma, y usando de su particular habilidad para manejar los corazones y las voluntades de los soldados, logró persuadirlos de que sus esperanzas estaban próximas á cumplirse, y los alentaba con su ejemplo caminando á pie como ellos, y tomando parte en sus canciones y en las chanzonetas con que buscaban alivio á sus trabajos, trabajos que procuraba hacer más tolerables permitiéndoles saquear las poblaciones y comarcas por donde transitaban (3).

---

(1) El emperador no sólo no tenía un escudo que enviarles de España, sino que las cortes se negaban á otorgarle ningún subsidio extraordinario. En las que por aquel tiempo celebró en Valladolid obtuvo á su demanda las respuestas siguientes (13 de marzo): los caballeros le dijeron que si él mismo fuese á la guerra, cada uno de ellos le serviría con su hacienda y su persona, pero que darle dineros en cortes parecía ser cosa de tributos y pechos á que la nobleza no estaba obligada, y le suplicaban desistiese de pedirlos: los procuradores de las ciudades respondieron, que los pueblos estaban muy pobres, y les era imposible servirle con dinero: el clero contestó que cada uno con su hacienda propia le serviría lo mejor que pudiese, pero que como brazo de las cortes resistiría toda nueva imposición.—Cortes de Castilla, 1527.—Sandoval, Hist., lib. XVI.

(2) Los alemanes de Frundsberg eran ya luteranos.

(3) Hállase más extensamente referida esta marcha devastadora en Guicciardini, Sismondi, Varchi, y en la Historia de los Frundsberg.

Temió ya el papa Clemente que la tempestad fuera á descargar sobre Florencia ó sobre Roma, y temblando por la seguridad de ambas ciudades, vacilante y zozobroso sobre el partido que debería tomar, al fin se decidió á entrar en tratos con el virrey Lannoy, con quien ajustó un concierto bajo las bases siguientes: tregua de ocho meses entre el ejército pontificio y el del virrey; que los Colonas serían repuestos en todos sus bienes, empleos y dignidades; que él anticiparía setenta mil escudos para los gastos del ejército imperial de Lannoy, y que éste iría á Roma para impedir que el de Borbón se acercara á Roma ni á Florencia. Con esto el papa se contempló ya seguro, y entregándose á una confianza imprudente y ciega, licenció todas sus tropas, no conservando más que los suizos de su guardia (1). Lannoy, en cumplimiento del tratado, y de buena fe, á lo que se cree, envió un mensaje á Borbón haciéndole saber el concierto que tenía hecho con Su Santidad, pidiéndole que detuviera su marcha. Borbón, que se hallaba ya resuelto á llevar adelante su plan, y que estaba comprometido con sus soldados, contestó que él sólo recibía órdenes del Cesar. Pidióle Lannoy una entrevista, y Borbón la eludió, prosiguiendo su marcha hacia Florencia. Ni era ya dueño de contener el ímpetu de sus soldados. Florencia acababa de ser socorrida por el duque de Urbino, y entonces Borbón se decide á anunciar á sus tropas que donde las va á llevar es á Roma, donde les serán pagados todos sus atrasos, y los anima con el próximo saqueo á que va á entregar la ciudad eterna. Los soldados acogen el anuncio con universal regocijo, y aclaman á Borbón con entusiasmo.

Cuando el pontífice suponía aún en Toscana el ejército imperial, quedóse asombrado de saber que tenía ya á Borbón casi bajo los muros de Roma (5 de mayo). Aun entonces confiaba en que un ejército sin artillería no era posible que se atreviera á acometer la ciudad, y limitó su defensa, y en verdad ya no tenía tiempo para otra cosa, á armar á los criados de los cardenales, á reunir los soldados licenciados y los artesanos de Roma bajo el mando de los *caporioni*, y á excomulgar á Borbón y á sus tropas: con esto pensaba poder defenderse, al menos hasta que llegaran los aliados. Pero no eran Borbón y los suyos gente ni á quien intimidaran aquellas censuras, ni á quien detuvieran aquellos débiles medios de defensa. Todos iban resueltos á no malograr tan penosa marcha, á indemnizarse de sus escaseces, á saciar su sed de botín, y á hacer memorable aquella jornada. Una densa niebla ocultaba sus movimientos hasta aproximarse al muro. Borbón se vistió un traje blanco sobre su armadura para que todos pudieran verle y distinguirle de lejos. Dividió su ejército en tres cuerpos, uno de españoles, otro de alemanes y otro de italianos, y á cada uno les destinó á asaltar un lado de la muralla. «Ea, compañeros y hermanos, les dijo; vais á combatir á Roma, la cabeza del mundo y la dominadora de las gentes: ved que la honra del emperador está en vuestras

(1) El historiador Guicciardini, que se hallaba á la sazón en el ejército de los aliados como comisario general del papa, manifiesta que no pudo concebir la razón de una confianza y de una medida semejante en un hombre naturalmente desconfiado y tímido, como era el pontífice Clemente.—Guicciard, lib. XVIII.

manos, y espero que corresponderéis á la fama que lleváis de ser los mejores y más bravos soldados que se conoce.»

Hecho esto, y dada la voz de asalto (6 de mayo), arrojáronse todos escala en mano á trepar por la muralla. Los primeros asaltadores caían casi todos al nutrido fuego de arcabucería con que los recibían los veteranos y la guardia suiza del papa. Viendo esto el duque de Borbón, arranca una escala de las manos de un soldado, se adelanta á todos: «¡Seguidme, compañeros!» les dice; clava la escala en el muro, y trepa por él denodadamente. Pero en este instante un tiro de mosquete le atraviesa el cuerpo, le derriba al foso, se siente herido de muerte, y manda que cubran su cuerpo con una capa para que los soldados no le conozcan y no se desalienten. A los pocos momentos dejó de existir el condestable de Borbón, como si de intento hubiera buscado la muerte, para no oir los terribles anatemas que la Iglesia había de lanzar sobre el autor del horrible atentado que se iba á cometer.

Ni se pudo ocultar su muerte á los soldados, ni éstos desmayaron por verse sin general: antes creciendo su rabia y su coraje, se arrojaron como furiosos leones sobre el muro, los españoles al grito de *¡España, imperio!* y todos al de *¡Sangre, venganza!* y muriendo y matando se apoderaron de las murallas; los lansquenetes alemanes arrancaron la artillería á los del papa, y abriendo paso á los españoles é italianos, derramáronse todos como rabiosos tigres por la ciudad degollando á los romanos con sus *caporioni*, y tiñendo sus espadas en la sangre de los doscientos suizos de la guardia del pontífice dentro de la iglesia misma de San Pedro. El papa huyó con algunos cardenales y los embajadores, del Vaticano á San Pedro, y de San Pedro al castillo de Sant-Angelo, que en otra ocasión no muy remota le había servido de momentáneo y poco seguro asilo. Poca resistencia hallaron ya los vencedores para ir ganando y enseñoreando toda la población: de seis á siete mil romanos habían perecido; y cuarenta mil soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos, cuarenta mil bandidos recorrían desaforadamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase, y tratando con igual brutalidad á hombres y á mujeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casadas y á doncellas.

«Nos falta aliento, exclama al llegar aquí un historiador de nuestro siglo, para referir por menor tantos horrores. Atila á la cabeza de sus hordas salvajes, había respetado á Roma, defendida por la majestad de sus pontífices; Alarico y Genserico la habían saqueado dos veces; pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licenciosa ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saco de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no había visto el siglo VII: soldados ebrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades: cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada, abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida

que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos, hijas deshonradas á los ojos de sus madres! Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres días, sino ocho meses; bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habían dado su fruto: Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habían dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martín Lutero bajo los muros del castillo de Sant-Angelo, los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos las víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que crueles, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia, se dormían como muertos en los conventos de que habían hecho sus serrallos; pero los españoles eran desapiadados: habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisición, parecía gozar más en los suplicios que en el vino y la lujuria..... (1).»

---

(1) El que hace esta triste descripción es Rosseew-Saint-Hilaire en el lib. XXI, capítulo IV, de su Historia de España.—En la Historia de los Frundsberg, de donde parece que lo ha tomado, se dice (fol. 114 v.): «Se ató á muchos cardenales, obispos y prelados, las manos á la espalda, y se los paseó por las calles hasta que pagaran su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de oro. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos: los españoles especialmente se excedieron con las mujeres y las doncellas á la vista de sus padres y amigos. Los alemanes se contentaron con comer y beber, y con módicas contribuciones: pero los soldados andaban sin freno, como que no tenían jefes.»

«Se calcula (añade en el folio 115) en diez millones lo que se robó en objetos de oro, de plata y piedras preciosas.» «Los lansquenetes se pusieron los birretes de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas, y recorrieron así las calles montados en jumentos, haciendo así bufonadas y mojigangas...»

«Duró esta obra no santa (dice nuestro obispo Sandoval) seis ó siete días, sin el primero, en que fueron hechas mayores fuerzas é insultos de los que aquí se puede decir. Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII por su mala y ambiciosa condición, sin quererlo el emperador, ni pasarle por el pensamiento.»

Puede verse sobre el asalto y saqueo de Roma á Guicciardini, lib. XXVIII.—Paolo Giovio, Vit. Colonn.—Commentar., de capta urbe Romæ.—La Hist. de los Frundsberg.—La de las Repúblicas italianas, de Sismondi.—La de Nápoles, de Giannone.—La vida de Carlos V, por Ulloa.—La Hist. de Italia, por Leo y Botta, lib. XI, cap. IV.—Sandoval, Robertson y otros historiadores modernos.

En unas cartas escritas al canciller Gattinara por persona que se hallaba en Roma en aquel tiempo, y que se conservan en el archivo de Simancas, se ven confirmados todos los horroros de aquel terrible saqueo. «Y no crea V. S. (dice entre otros muchos cuadros que presenta) que se pueden decir ni creer las crueldades que se han hecho y se hacen de cada día si no se viese... que no ha bastado tomar los dineros y la ropa sino prendernos á todos para rescatarnos después, y sacar á vender á las plazas á mu-

Tomó al fin el mando de las tropas imperiales, después de la muerte de Borbón, el príncipe de Orange, Filiberto de Chalóns, francés y proscrito como aquél, que con gran trabajo pudo hacer que los soldados dieran alguna tregua al saqueo, y le siguieran y ayudaran á bloquear el castillo de Sant-Angelo. El papa conoció su error en haberse retirado donde otra vez ya se había visto obligado á rendirse, pero esperaba que no dejarían de acudir los aliados á libertarle. Vana é ilusoria fué la esperanza del pontífice. Desde la torre del castillo pudo divisar las banderas del duque de Urbino que se acercaron á la ciudad; pero el de Urbino, enemigo de los Médicis, parecía haberse propuesto insultar la desgracia más que socorrer al pontífice, pues sin otra demostración se retiró so pretexto de ser la empresa peligrosa. El marqués de Saluzzo, al frente de una hueste francesa, se contentó con hacer otro alarde igualmente desdeñoso. Parecía que todos daban por muerto al papa y por muerta también la dignidad pontificia, y no pensaron sino en repartirse sus despojos. El de Urbino se apoderó de Perusa, el duque de Ferrara tomó á Módena, Malatesta á Rímini, y los venecianos á Rávena. Florencia aprovechó aquella ocasión para sacudir el dominio y gobierno de los Médicis, y restableció la república. El papa, abandonado de todos, tuvo que capitular, ó por mejor decir, tuvo que suscribir á las proposiciones que quisieron hacerle.

Obligóse el pontífice á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército imperial; á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Ostia, y casi todas las plazas fuertes de la Iglesia, y á permanecer prisionero en el castillo hasta que se cumpliera la capitulación. Hecho este asiento, el príncipe de Orange encomendó la guarda y custodia del pontífice á don Fernando de Alarcón, el mismo á cuyo cuidado había estado la persona de Francisco I, siendo de este modo Alarcón el guardador de los dos más grandes personajes que en muchos siglos se vieron en prisión en Europa; que sin duda el que había sido fiel carcelero de un rey fué considerado el más digno de serlo del papa.

Deseábase saber cómo recibiría el emperador la noticia del sacrílego asalto y saqueo de Roma, escándalo de la cristiandad, cometido sin orden

---

chos hombres honrados, entre los cuales ha seído uno el obispo de Terrachina, ques un tudesco abreviador y clérigo de cámara muy rico, que estaba para ser cardenal. Y cuando no había quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, ansi á españoles como á tudescos é italianos, sin eceptar ninguna nación ni calidad de persona.» Dos fragmentos de estas cartas se insertaron en la Colección de documentos inéditos, tomo VII.

«Roma, dice Artaud de Montor en la Historia de Clemente VII, había sido saqueada por los galos á los 372 años de su fundación; por Alarico, rey de los godos, el 24 de agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro en 467; por los ostrogodos en 536; por los godos en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de setiembre de 548; por el emperador Constante II el 5 de julio de 663; por los lombardos en 750; por Astolfo, rey de la misma nación, en 775; por los sarracenos de Africa en 896; por el emperador Arnoldo en 996; y por el emperador Enrique IV en 1084. Pero los excesos, las matanzas ejecutadas por el ejército de Carlos V, hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que la habían despojado.»

suya, pero perpetrado por tropas imperiales y por generales que proclamaban su nombre, y ejecutado por soldados católicos, precisamente cuando se acriminaba á Lutero y á los sectarios de la reforma sus desacatos y desmanes. La política que en esta ocasión adoptó Carlos V pareció el tipo de la que á su tiempo había de seguir constantemente el primer hijo que le acababa de nacer. Carlos se mostró exteriormente muy apenado por aquel triste suceso. Escribió al pontífice dándole el pésame, y asegurándole de su cariño y ofreciéndole su amistad. Se vistió él, é hizo vestir á la corte de luto; mandó suspender los festejos públicos que se celebraban en España por el nacimiento de su hijo Felipe, diciendo que un pueblo cristiano no debe alegrarse cuando su pastor está encadenado; y ordenó que en todas las iglesias de sus dominios se hicieran rogativas públicas por la libertad del Santo Padre. Publicó además un manifiesto á todos los príncipes cristianos deplorando la catástrofe de Roma y la prisión del papa, condenando las iniquidades cometidas por los suyos, protestando haberse hecho todo sin su voluntad ni consentimiento, y haberlo sabido con gran amargura, y declinando todo cargo y responsabilidad por tan infausto y abominable suceso (1).

Pero el soberano que mandaba hacer procesiones y rogativas públicas por la libertad del papa, no le redimía del cautiverio, y el que tanto lamentaba la prision del pontífice no daba orden á sus generales para que le sacaran de ella; atento, como había hecho con Francisco I, á sacar el mejor partido que le fuese posible de su cautividad.

La muerte de Borbón fué tan sentida por el emperador como celebrada en Francia, donde por sentencia del parlamento fué anatematizada su memoria y borrado perpetuamente su nombre y rayadas las armas de su casa. Todas las circunstancias que concurrieron en el saco de Roma fueron tales, que no es maravilla que tan terrible acontecimiento fuera mirado como un rayo de la cólera divina, y como un castigo providencial. Tampoco extrañamos que la odiosidad de la Europa católica alcanzara á Carlos V por más que él se sincerara. Ello es que la Italia entera pareció salir de su estupor para unirse por primera vez contra el príncipe de quien eran súbditos los saqueadores de Roma, y que la Francia y la Inglaterra, no obstante las protestas y las proposiciones de Carlos, se confederaron formalmente (18 de agosto) para rescatar al papa y á los dos príncipes franceses que estaban en poder del emperador, y para reponer á Sforza en el ducado de Milán, conviniendo en que pasaría á Italia un ejército francés al mando de Lautrec, costeado por la Inglaterra. Lo cual nos deja ya entrever otra nueva guerra europea, en que habrá de verse envuelto el emperador.

(1) Tenemos á la vista una copia de este documento, sacada del archivo de Simancas (Estado, Leg. núm. 1554), escrito en latín, y fechado en Valladolid á 31 de julio de 1527, no á 2 de agosto, como dice equivocadamente Sandoval.

CAPÍTULO XIII

GUERRAS DE ITALIA

TRATADO DE CAMBRAY.—LA PAZ DE LAS DAMAS

De 1527 *á* 1529

Nueva alianza de príncipes contra Carlos V.—Tratado y liga de Amiéns.—Triste situación del pontífice.—Más horrores y calamidades en Roma.—Muerte del virrey Lannoy.—Ejército francés en Italia: Lautrec: sus primeros triunfos y reconquistas.—Tratos del papa con Carlos V.—Fúgase el pontífice de la prisión.—Embajadores de Francia y de Inglaterra en España: proposiciones y contestaciones.—Declaración formal de guerra.—Desafío personal entre Francisco I y Carlos V.—Conducta de cada soberano en este negocio y su resultado.—Marcha de Lautrec y de los franceses sobre Nápoles: bloqueo de esta ciudad.—Comportamiento de los generales del imperio.—Muerte del virrey Moncada en combate naval: el marqués del Vasto prisionero.—Miserable situación del ejército francés frente de Nápoles: hambre, peste, abandono de los aliados.—El famoso almirante genovés Andrés Doria: deja el servicio de Francia y pasa al del emperador: consecuencias.—Muerte del mariscal Lautrec.—Prisión y muerte del marqués de Saluzzo: completa destrucción del ejército francés en Nápoles.—Destrucción de otro ejército francés en Milán por Antonio de Leiva.—Trátase de una paz general.—Concierto entre el papa y el emperador.—Tratado de Cambray entre Carlos V y Francisco I.—*Paz de las Damas.*—Juicio crítico sobre este tratado y sobre las causas que le produjeron.

Excelente ocasión ofrecía el asalto y saco de Roma y el cautiverio del pastor universal de los fieles á todos los príncipes y soberanos enemigos de Carlos V, ó envidiosos de su poder, ó recelosos de su engrandecimiento, para conjurarse en su daño. Que por más que se esforzara por sincerarse á los ojos del mundo, si él no ordenó aquel escándalo, decían, suyos eran los generales y suyas las tropas que le cometieron: si Borbón obró sin su mandamiento, Carlos honra su memoria como la de uno de sus más predilectos caudillos; si el emperador deplora y condena el saqueo, no castiga á los saqueadores; y si manda hacer procesiones públicas por la libertad del Santo Padre, el Santo Padre sigue en cautiverio bajo la custodia de un rudo soldado imperial. A estos cargos, dictados al parecer por un plausible celo religioso y por el sentimiento de ver ultrajada la suprema autoridad de la Iglesia y presa de forajidos la ciudad santa, se agregaba, y era en verdad el principal móvil, aunque menos ostensible, el interés político de cada príncipe y de cada Estado, y el mayor ó menor resentimiento ó motivo de queja que cada cual tuviera contra el emperador.

Preparada venía de muy atrás la alianza de Francisco I y Enrique VIII de Inglaterra. Los tratos del inglés con la reina regente de Francia durante la cautividad de Francisco; el título de protector de la Santa Liga que Enrique había tomado en el tratado de confederación de Cognac; las conferencias celebradas entre los embajadores de uno y otro monarca en Westmínster en los meses de abril y mayo (1527), todos eran precedentes

que conducían naturalmente al tratado de alianza celebrado en 18 de agosto en Amiéns entre el rey Francisco de Francia y el cardenal Wolsey, representante del soberano de Inglaterra. El objeto ostensible de este concierto era, como hemos indicado, la libertad del Sumo Pontífice y el rescate de los hijos del rey Francisco. Las bases principales del pacto, el matrimonio del duque de Orleáns con la princesa María de Inglaterra, la guerra al emperador, cuyo teatro sería otra vez la Italia, si no se allanaba á las proposiciones que le harían, y que Francisco levantaría los soldados y que Enrique proporcionaría los subsidios. Los motivos que impulsaban al francés á esta alianza son de sobra sabidos. En cuanto al inglés, además del designio de atajar los grandes progresos y la prepotencia del emperador, movíale otro particular interés: traía ya en su pensamiento el divorcio con la reina Catalina, hija de los Reyes Católicos de España, y para obtener la autorización de la Santa Sede, necesitaba presentarse como el más interesado y más activo promovedor de la libertad del pontífice.

Entretanto el papa permanecía aprisionado en Sant-Angelo con trece cardenales, pues no habiendo podido pagar sino 150,000 escudos de los 400,000 á que se había obligado, no le daban soltura los imperiales mientras no completara la suma de la capitulación. A los horrores y calamidades que Roma acababa de sufrir se agregó la de una epidemia, que así se cebaba en aquella miserable población como en el relajado ejército imperial. Y como si la ira de Dios no hubiera descargado bastante sobre la ciudad santa, allá acudieron también el virrey Lannoy, don Hugo de Moncada y el marqués del Vasto, con el ejército de Nápoles, á acabar de recoger el botín, si alguno hubieran dejado sus compañeros. Alcanzó á los nuevamente llegados el contagio de la peste y el de la indisciplina, y á tal punto creció la insubordinación, que el virrey Lannoy, viéndose en peligro de perder la vida á manos de sus mismos soldados, huyó de aquella desventurada ciudad, y al fin enfermó en Aversa y acabó sus días en Gaeta. Otro tanto tuvo que hacer el príncipe de Orange, so color de ir á organizar la constitución de Siena y mantenerla á la devoción del imperio, recayendo el virreinato de Nápoles y el mando de aquel desenfrenado ejército en don Hugo de Moncada, enemigo del pontífice. De esta manera, sin pertenecer Roma al emperador, mandaban en ella imperiosamente sus soldados.

En tal situación, y habiendo entrado Venecia y Florencia en la nueva liga, nada hubiera sido más fácil ni más glorioso al rey de Francia que redimir á Roma y al pontífice, si Francisco, renunciando una vez á sus placeres, hubiera marchado resueltamente á ella como libertador de Italia y protector de su independencia. Pero aun le costó trabajo nombrar generalísimo de las tropas aliadas á Lautrec, y éste, conociendo la negligencia del rey, aceptó con repugnancia aquel cargo. Sin embargo, Lautrec marchó á Italia, y sus primeras operaciones fueron coronadas con el mejor éxito. Auxiliado del famoso marino Andrés Doria, se apoderó de Génova y restableció en ella el dominio de los Fregosos y del partido francés. Arrojó á los imperialistas de Alejandría, y enseñoreó toda esta parte del Tesino. Pavía, de funesto recuerdo para los franceses, fué entrada por asalto, y pagó la heroicidad de su anterior defensa siendo entregada al

saco de los nuevos conquistadores. Venecia y el duque Sforza querían que marchara sobre Milán y destruyera á Antonio de Leiva, que con corto número de tropas se sostenía allí desde la salida de Borbón sólo á fuerza de maña y de habilidad. Pero Lautrec, que sabía el pensamiento secreto de Francisco, que no era el de reponer á Sforza en Milán, obró con arreglo á sus instrucciones, y dejando la Lombardía se dirigió sobre Roma como á libertar al papa (1).

No extrañaríamos, aunque no hemos visto documento que lo acreditase, que Carlos V tuviera alguna vez el pensamiento que los historiadores extranjeros le atribuyen de traer á España al papa Clemente, por el orgullo de tener cautivos bajo un mismo techo uno tras otro á los dos más importantes y elevados personajes de Europa y de su siglo. Si tal acaso imaginó, graves consideraciones políticas le movieron sin duda á no ponerlo por obra y á adoptar otro partido. Escaso siempre de recursos pecuniarios el emperador, porque las cortes de Castilla los otorgaban de mala gana para que los empleara en guerras extranjeras y las de Valladolid se los habían negado, prefirió negociar por dinero el rescate del pontífice, y Clemente, allanándose á todo, sucumbió hasta vender algunas dignidades eclesiásticas para pagar, á dar en rehenes sus mejores amigos y no hacer nunca la guerra al emperador; que á tal estado se veía reducido el jefe de la Iglesia por el funesto afán de mezclarse en la política del mundo como el príncipe más secular. Mas no inspirándole completa confianza las promesas de Carlos, é impaciente por verse libre de la prisión, después de siete meses de cautiverio, de acuerdo sin duda con alguno de sus guardadores, se fugó una noche del castillo de Sant-Angelo (9 de diciembre de 1527) disfrazado de mercader, y saliendo á pie por una puerta del jardín del Vaticano se fué á Orvieto al campo de la liga. Desde allí se apresuró á escribir á Lautrec, dándole gracias por su buena intención de restituirle la libertad; mas no queriendo romper ni con el emperador ni con la liga, instaba á los confederados á que sacaran sus tropas de los Estados de la Iglesia, esperando así obtener de Carlos que sacara las suyas de Roma, entregada ocho meses hacía á un permanente saqueo.

Mientras esto pasaba, embajadores de Francia y de Inglaterra habían venido á España á negociar con Carlos la libertad de los príncipes franceses. El emperador accedía ya á modificar el tratado de Madrid, recibiendo dos millones de escudos de oro por el rescate de los rehenes, con tal que Francisco retirara sus tropas de Italia, y le restituyera Génova y demás conquistas hechas por Lautrec. Envanecido el francés con los recientes triunfos de sus armas en Italia, rechazó altivamente la proposición del español, exigiendo por primera condición que le volviera sus dos hijos, y repusiera á Sforza en el ducado de Milán sin las restricciones que Carlos le ponía. El soberbio tono de Francisco encolerizó al emperador, y contestó indignado que no cedería un ápice de lo que acababa de ofrecer. Oída por los embajadores esta respuesta, y con arreglo á las instrucciones que de sus soberanos habían recibido, comparecieron un día en la corte

(1) Guicciardini, lib. XVIII.—Sismondi, 107.—Verchi, 87 y sigs.—Sandoval, libro XVIII.—Robertson, lib. V.—Leo y Botta, lib. XI, cap. IV.

del emperador (22 de enero, 1528), acompañados de dos reyes de armas, y en nombre de sus amos le declararon la guerra con todas las formalidades de costumbre (1). Respondió el emperador con dignidad y firmeza, pero con moderación y templanza, al heraldo del monarca inglés; menos templado con el de Francia, díjole palabras harto duras y fuertes para que se las trasmitiera á su amo, tratándole de infractor de la fe, sin perjuicio de contestarle por escrito en un papel «que no contendría sino verdades (2).»

Trasmitida al rey de Francia esta respuesta, Francisco, sobrado orgulloso y más arrebatado que prudente, despachó al mismo heraldo con el famoso cartel de desafío á Carlos V, que tanto ruido hizo en Europa entonces y en la historia después, concebido en los siguientes términos: «Nos, Francisco, por la gracia de Dios rey de Francia, señor de Génova, etc. A vos, Carlos, por la misma gracia electo emperador de Romanos, rey de España: hacemos saber que, habiendo sido informados de que en las respuestas que habéis dado á nuestros embajadores enviados cerca de vos para el bien de la paz, nos habéis acusado, diciendo que tenéis nuestra fe, y que sobre ella, faltando á nuestra promesa, nos éramos idos de vuestras manos: para defender nuestra honra, que en tal caso sería contra verdad muy cargada, hemos querido enviaros este cartel, por el cual, aunque en ningún hombre guardado pueda hacer obligación de fe, y que esta ofensa nos sería harto suficiente para haceros entender, que si habéis querido ó queréis hacernos cargo, no sólo de nuestra fe y libertad, sino de haber hecho jamás cosa alguna que un gentil hombre que ame su honor no deba hacer, os decimos que habéis mentido por la gola, y que tantas cuantas veces lo dijerais, mentiréis, estando resueltos á defender nuestra honra hasta el último instante de nuestra vida. Por tanto, pues contra verdad nos habéis querido hacer cargo, de aquí adelante no nos escribáis más sino para asegurarnos el campo, y llevaros hemos las armas, protestando que si después de esta declaración decís ó escribís palabras que sean contra nuestra honra, la vergüenza de la dilación del combate será vuestra, pues que venidos á él, cesa toda escritura. Fecho en nuestra buena villa y ciudad de París á 28 de marzo de 1528 años.—FRANCISCO (3).»

---

(1) Tratados de paz. Ofrecimientos hechos por los embajadores á Carlos V y respuestas del emperador: 10, 15, 20 y 21 de setiembre en Palencia.—Instrucción dada al obispo de Tarbes embajador del rey de Francia cerca de Carlos V para la intimación de la guerra: 11 de noviembre en París. – Proceso verbal de la intimación de la guerra hecha por Guiena, heraldo del rey de Francia, á Carlos V, el 22 de enero de 1528 en Burgos.—Granvelle, Papeles de Estado, pág. 310.—Sandoval inserta también las contestaciones y las réplicas que produjeron los célebres desafíos entre Francisco I y Carlos V, que son muchas y largas, lib. XVI.

(2) En las palabras del emperador, que textuales copia Sandoval, aunque fuertes y enérgicas, no hallamos los insultos que suponen los historiadores extranjeros haber producido los retos siguientes.

(3) «Nous François, par la grace de Dieu, roi de France, seigneur de Génes, etc. Á vous Charles, par la meme grace élu empereur des romains, et roi d'Espagne; savoir faisons que... si vous nous avez voulu charger, non pas de notre dite foi et delivrance seulement. mais que jamais nous ayons fait chose qu'un gentilhome aimant son honneur ne doive faire, nous disons *que vous avez menti par la gorge et qu'autant de fois que le*

Este cartel no llegó á manos del emperador hasta el 8 de junio, sin que se manifestase la causa de tal dilación (1). A él contestó que aceptaba darle el campo y asegurársele por todos los medios razonables, señalándole para el combate un sitio entre Fuenterrabía y Andaya; y añadía: «Y para concertar la elección de las armas, que pretendo yo pertenecerme á mí, y no á vos, y porque en la conclusión no haya longuerías ni dilaciones, podremos enviar gentiles hombres de entrambas partes al dicho lugar, con poder bastante para platicar y concertar así la igual seguridad del campo, como la elección de las armas, y el día del combate, y la resta que tocará á este efecto. Y si dentro de cuarenta días de la presentación de ésta no me respondéis, ni me avisáis de vuestra intención sobre esto, bien se podrá ver que la dilación del combate será vuestra, que os será imputado y ayuntado con la falta de no haber cumplido lo que prometisteis en Madrid..... etc. Hecho en Monzón en mi reino de Aragón á 28 días del mes de junio de 1528 años.—CHARLES (2).»

Cruzáronse además varios manifiestos y mensajes haciéndose mutuas inculpaciones, y lanzándose recíprocos vituperios. Carlos por su parte despachó al rey de armas BORGOÑA á Fuenterrabía para asegurar el campo y arreglar las circunstancias del duelo (julio): el mismo BORGOÑA iba encargado de llegar hasta París y presentar el cartel del emperador al rey Francisco. Pero fueron tantos los pretextos de que se valieron para entorpecer su embajada así el gobernador de Bayona como el mismo soberano francés, que con mucho trabajo y gran dilación logró BORGOÑA el salvoconducto para pasar á París. No menores dificultades y embarazos experimentó para poderse presentar al rey, que disimulaba poco andar huyendo y esquivando aquella entrevista. Admitido al fin el rey de armas español á la presencia del monarca con todo el ceremonial de costumbre, el rey-caballero no consintió en manera alguna que le fuera leído el cartel del emperador. Con desabridas palabras atajaba siempre al enviado en cuanto éste empezaba á hablar, y mostrando un enojo injustificado, so color de que debía presentarle antes el seguro del campo que el cartel, concluyó por despedirle con aspereza diciendo, que no le hablara de cosa alguna, pues no quería entenderse con él para nada, sino con su amo. Instó BORGOÑA en que por lo menos le diera un testimonio escrito de lo que le había pasado en el desempeño de su embajada, y como no pudiera conseguir que le certificaran la verdad, deliberó volverse á España á dar cuenta al emperador

---

direz, vous mentirez. Pourquoy... etc.» Granvelle, Papeles de Estado, t. I.—Du Bellay, Memorias.—Sandoval trae la traducción castellana.

En los MS. de la Biblioteca nacional, tomo de Varios, G, 53, se halla una relación del desafío, en que se da cuenta de este cartel, añadiendo que le leyó en alta voz el secretario Juan Alemán.

(1) «Hago saber á vos, Francisco, por la gracia de Dios, rey de Francia (le decía Carlos en respuesta), que á ocho días de este mes de junio, por Guiena, vuestro rey de armas, recibí vuestro cartel, hecho á 28 de marzo, el cual de más lejos que de París aquí pudiera ser venido más presto...»

(2) Puede verse todo el documento en Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XV.—Véase cuán sin razón dice un historiador francés que Carlos estaba decidido á no batirse: *Charles, fort decidé à ne pas se battre...*

su amo de todo lo ocurrido, lo cual hizo, no sólo de palabra sino por escrito, en un manifiesto que publicó en Madrid (7 de octubre). En estas gestiones habían trascurrido los meses de julio, agosto y setiembre (1).

Oída la relación del rey de armas, y vista la conducta evasiva del monarca francés, tan poco correspondiente á su arrogante reto, consultó Carlos V al consejo de Castilla sobre lo que debería hacer. Informado de todo aquel grave tribunal, respondió después de muy madura deliberación, que puesto que su majestad imperial había cumplido y satisfecho al desafío propuesto por el rey de Francia, como al honor y estado de su imperial y real persona correspondía, y como caballero y gentil hombre hijodalgo era obligado, y que el rey de Francia no había hecho ni cumplido lo que debía, no queriendo oir al rey de armas, por donde clara y abiertamente se veía que rehusaba el campo y el combate, el emperador no era obligado á hacer ni mandar otro acto, ni protestación, ni diligencia, ni demostración alguna en este caso, como con persona que no quiso oir ni leer lo que era obligado, y debía saber; y atendido á que la denegación del rey de Francia había dado fin á este asunto, no le restaba otra cosa que hacerlo saber al reino y al ejército, y á quien S. M. le pareciese, para que todos se enterasen de la verdad de lo que había pasado. En conformidad á este dictamen, el emperador hizo una manifestación pública al reino de todo lo ocurrido, y así terminó felizmente el ruidoso desafío que había llamado la atención de toda Europa, y que pareció caso más propio de dos héroes de romance que de los dos más poderosos soberanos de su siglo (2).

Durante la reyerta de los dos monarcas, el general francés Lautrec, libre ya el pontífice, y aprovechando la inacción del ejército imperial en Roma, determinó marchar sobre Nápoles decidido á arrancar al emperador aquel reino. Esto obligó al príncipe de Orange, que había vuelto á ponerse á la cabeza del ejército imperial, á hacer salir las tropas de Roma, si bien reducidas á la mitad, habiendo perecido la otra mitad en diez meses de inacción, víctima de la peste y de sus propios desarreglos. Los imperiales al mando del príncipe de Orange y del marqués del Vasto, franquearon los Apeninos á fin de cortar á los franceses el camino de Nápoles. En vano intentó Lautrec darles batalla ofreciéndosela varias veces; los

(1) Entre otros documentos relativos á este ruidoso suceso, se han conservado, además de los carteles y respuestas de ambos soberanos, las cartas al rey de armas Borgoña, del gobernador de Bayona Sanbonet, las contestaciones de éste, la carta del rey de Francia al gobernador de Bayona, el salvoconducto firmado por Bayarte, y el manifiesto del rey de armas contando la historia de lo acaecido en su misión.

(2) Es muy extraño que los historiadores extranjeros en general y más los franceses, y aun el mismo inglés Robertson, pasen tan de largo por un acontecimiento que tanto ruido hizo, dedicándole sólo cuatro líneas, sin indicar siquiera las muchas contestaciones y réplicas, manifiestos, cartas, intimaciones y formalidades que mediaron y dejando como en duda en cuál de los dos soberanos consistió no realizarse el duelo. En esta parte el obispo Sandoval no escaseó ciertamente los documentos ni las noticias relativas á este caso, que llenan largas páginas en folio del lib. XVI de su Historia del emperador Carlos V, y Granvelle suministra también multitud de piezas curiosas sobre este asunto en sus Papeles de Estado.

jefes imperiales la esquivaron con mucha prudencia, y con no menos habilidad lograron replegarse á la capital de aquel reino. Detúvose Lautrec á conquistar algunas plazas menos importantes, y esta detención salvó á Nápoles. Cuando se presentó delante de esta ciudad, reforzado con las bandas negras de Florencia (abril, 1528), ya el príncipe de Orange y el marqués del Vasto habían tenido tiempo para fortificarse, y Lautrec en lugar de un asalto tuvo por prudente limitarse á un bloqueo.

Ocurrió, no obstante, al mes de bloqueada la ciudad, un contratiempo que puso á Nápoles á dos dedos de perderse. El virrey Moncada, sucesor de Lannoy, y el marqués del Vasto atacaron con sus naves la armada genovesa que guardaba la entrada del puerto, mandada por un sobrino

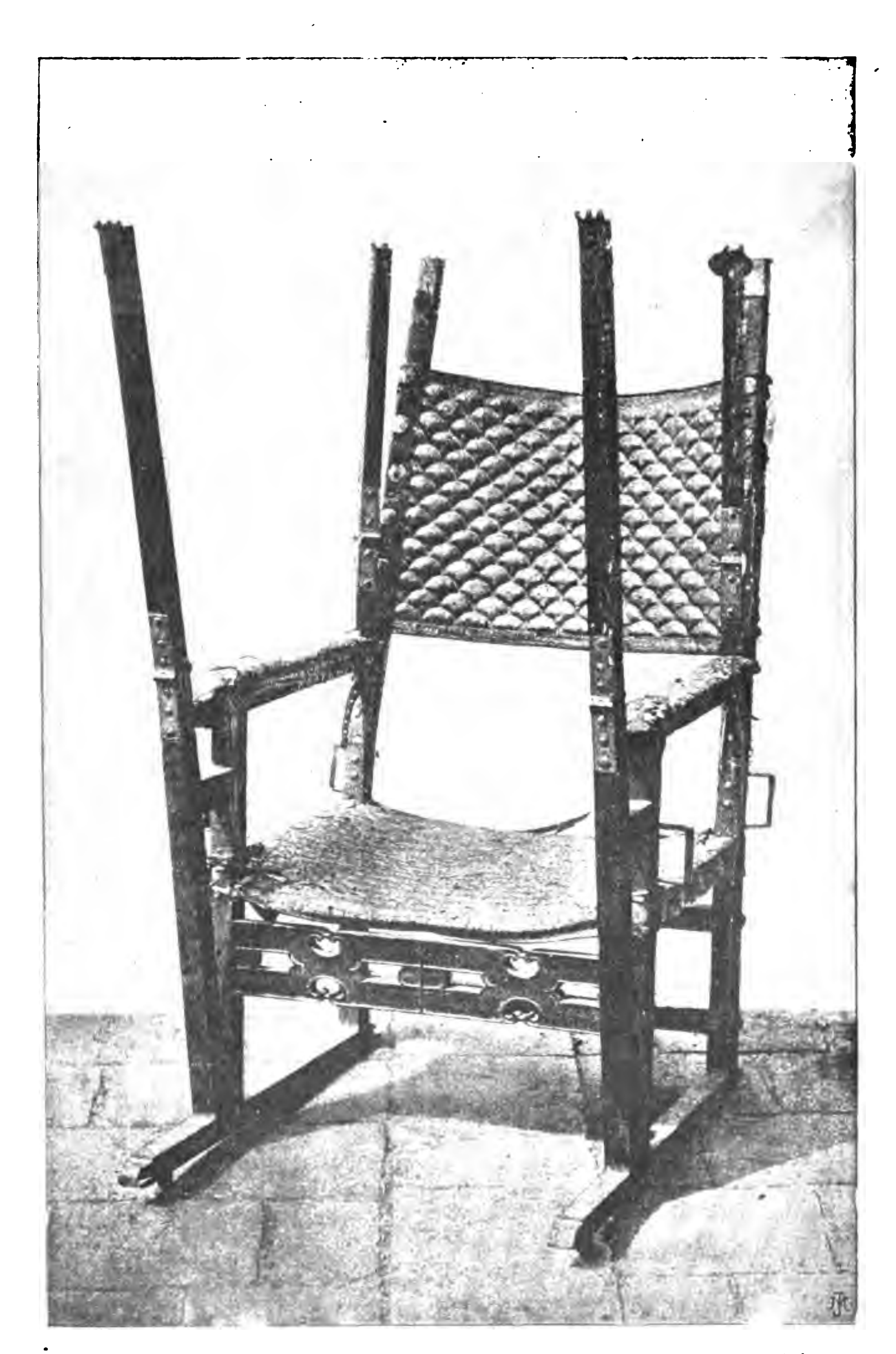
Dos Sicilias



JUANA Y CARLOS I

del almirante Doria. La tentativa fué tan desgraciada que las galeras imperiales fueron batidas y destrozadas, muerto el virrey Moncada, y prisionero el marqués del Vasto con muchos oficiales distinguidos (28 de mayo), los cuales fueron enviados por Felipino Doria á su tío el almirante como trofeos de su triunfo. La armada veneciana que arribó luego hubiera podido poner en el mayor conflicto á Nápoles, si los venecianos, celosos del poder de la Francia, no hubieran pensado más en recobrar para sí el dominio marítimo del Adriático, que en conquistar á Nápoles para los franceses. Por otra parte Enrique de Inglaterra, en vez de ayudar á los aliados guerreando en los Países Bajos, según había prometido, ajustaba una tregua de ocho meses con la gobernadora de Flandes; y el mismo Francisco I, más dado á malgastar en sus personales placeres que cuidadoso de enviar subsidios al ejército de Italia, tenía á Lautrec sin recursos ni mantenimientos, en ocasión en que las enfermedades de la estación calurosa diezmaban sus soldados en aquel país tan fatal á los franceses.

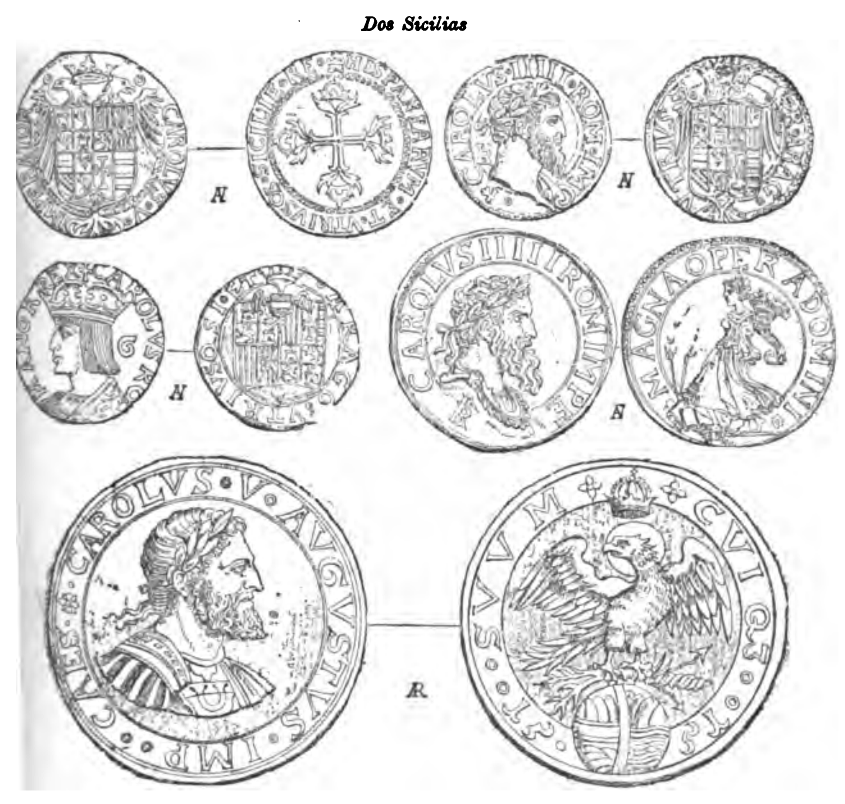
Vino á tal tiempo á acabar de hacer comprometida y crítica la situación de Lautrec, y á causar una profunda herida al poder de la Francia, la defección del famoso almirante genovés Andrés Doria, el más excelente y aventajado marino que en aquel tiempo se conocía, dejando el servicio de Francisco y pasando al del emperador. Esta defección, no menos funesta á la Francia y á su rey que la del condestable Borbón, fué motivada por las causas siguientes. Génova, aunque puesta bajo el protectorado de la Francia, quería conservar sus antiguas franquicias y libertades; y Doria, hombre de carácter independiente y altivo como buen republicano, abogaba por la libertad de su patria, y hacíalo con la independencia y la franqueza de quien tenía más de marino que de cortesano; cosa que disgustaba



SILLÓN DE CAMPAÑA DE CARLOS V (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

los palaciegos y aduladores de la corte del rey Francisco, y les dió oca-
ón y pretexto para malquistar al monarca con el almirante genovés, y
ıra que éste recibiese desatenciones, desaires y aun injusticias. Francisco,
ımo si quisiera humillar á Génova, hizo traspasar muchos de sus ramos
establecimientos mercantiles á Savona, ciudad que entonces fortificaban
s franceses. Génova invocó el patriotismo de Doria apelando á él como
un protector, el almirante abogó por su patria con energía, y aun con

Dos Sicilias



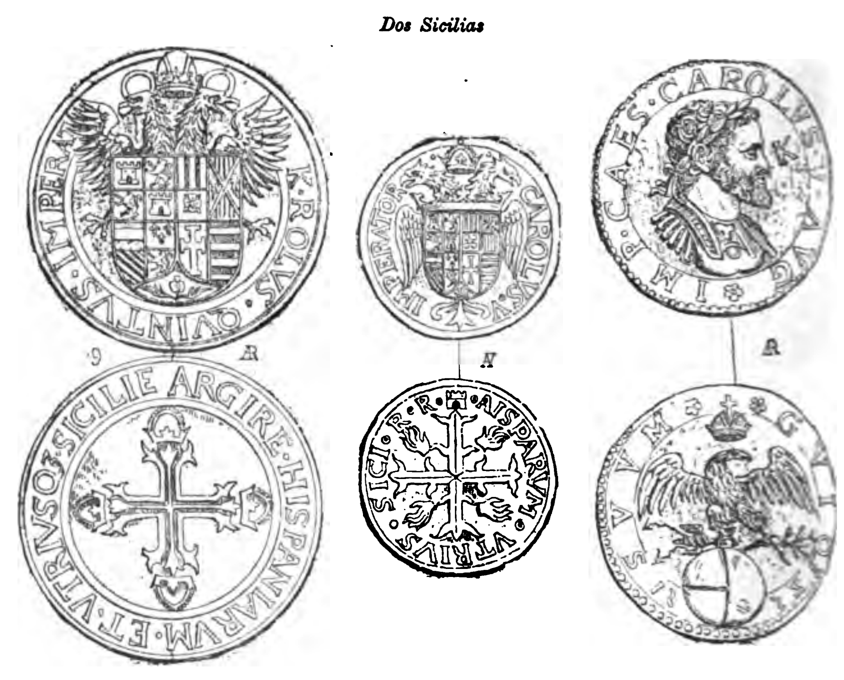
CARLOS I

ıreza, y Francisco, ofendido de aquel atrevimiento é instigado por sus
ırtesanos, confirió el mando de las naves genovesas á Barbezieux, y le
ió orden para que prendiese á Doria, orden no tan secreta que el almi-
ınte no la supiese antes de poderse poner en ejecución.

Tiempo hacía que el marqués del Vasto su prisionero, conociendo el
sentimiento de Doria, le andaba mañosamente catequizando y ofreción-
ıle ventajosos partidos para que entrase al servicio del emperador. Y
ırlos, que sabía el valor de Doria, y estaba siempre listo para aprove-
ıarse de los errores y de las imprudencias de su rival Francisco, había
ıtrado en negociaciones con el genovés, prometiéndole entre otras cosas
libertad de su patria y la dependencia de Savona. En tal estado tuvo

noticia Doria de la orden de su prisión; ya no vaciló más; se retiró á lugar seguro, devolvió lealmente á Francia las galeras francesas, pasóse al servicio de Carlos V con doce genovesas mediante la suma de sesenta mil ducados por año, y dió la vela á Nápoles, no ya para ayudar al bloqueo de los franceses, sino para libertarla de ellos. La situación de Lautrec era deplorable: de los treinta mil hombres que había llevado, apenas le había dejado la peste cuatro mil útiles. El príncipe de Orange le hostilizaba desde la ciudad, y Doria se puso en comunicación con la plaza. Era imposible á los franceses sostener el sitio: sin embargo, resistió Lautrec cuanto

Dos Sicilias



CARLOS I

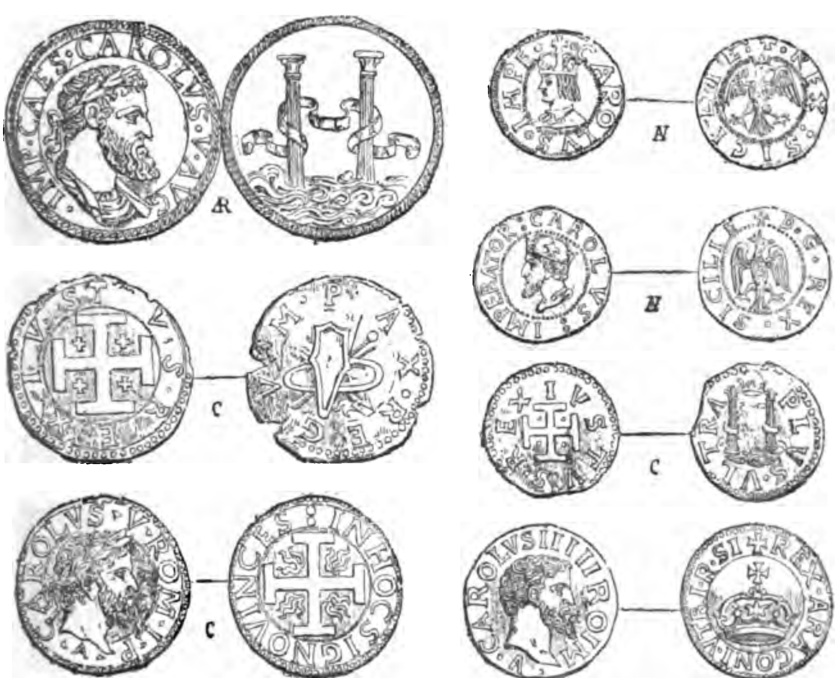
pudo, hasta que atacado él mismo segunda vez de la epidemia, sucumbió lamentando la negligencia de su rey y el abandono de los aliados (16 de agosto).

Muerto Lautrec, tomó el mando del abatido y apestado ejército el marqués de Saluzzo. A cualquier otro general más hábil que él le hubiera sido casi imposible prolongar una situación tan angustiosa; el marqués hizo una desastrosa retirada á Aversa, abandonando la artillería, los enfermos y los bagajes: lanzóse el príncipe de Orange en su persecución, hizo prisionero al famoso tránsfuga español Pedro Navarro que mandaba la retaguardia (1), y atacó á Saluzzo en Aversa. Herido éste mortalmente en

(1) El conde Pedro Navarro, el valeroso conquistador de Orán y de Bugía, fué conducido al castillo del Ovo de Nápoles, que él en otro tiempo había conquis-

el primer asalto, hizo una vergonzosa capitulación, rindiendo sus miserables tropas y entregándose él mismo prisionero al de Orange (setiembre, 1528). El marqués fué llevado á Nápoles, donde dejó pronto de existir, y los restos de su ejército conducidos á Francia por el enemigo, sin armas ni bagajes, conforme á lo capitulado. Así acabó uno de los más brillantes ejércitos que la Francia había lanzado sobre Italia. La defección del duque de Borbón había costado á Francisco I la pérdida de Milán, la de sus me-


Dos Sicilias



CARLOS I

jores generales y su prisión misma; la defección de Doria valió á Carlos V la conservación de Nápoles, y costó á Francisco dos de sus generales y todo un ejército. Francisco resentía y exasperaba á sus mejores caudillos, y Carlos sabía atraerlos y utilizarlos. El emperador vencía al rey con sus propios súbditos (1).

Y no le costó esto sólo, sino también la pérdida de Génova. Que aprovechando Doria tan buena ocasión para realizar su constante deseo de dar

también á los franceses como compañero del Gran Capitán, y allí acabó sus días condenado á muerte por Carlos V. Tal fué el lamentable fin á que arrastró á aquel insigne y bravo caudillo español la infidelidad á su patria y á sus reyes.

(1) Du Bellay, Mem. 114 y sigs.—Guicciard., lib. XVIII.—Heuter, Rer. Austr., libro X—Herbert, pág. 90.—Robertson, lib. V.—Sandoval, lib. XVIII.

la libertad á su patria y redimirla del alternativo dominio de franceses y españoles, presentóse atrevidamente con sus galeras delante de la ciudad. A su vista se retira Barbezieux con las naves francesas; Doria desembarca con un puñado de hombres; la ciudad le saluda y aclama como á su libertador; la guarnición francesa, contagiada de la peste, se refugia en la ciudadela, donde la falta absoluta de víveres la obliga á capitular, y los ciudadanos genoveses arrasan tumultuariamente hasta los cimientos de la ciudadela como un monumento odioso de su servidumbre, y otro tanto ejecutan con las fortificaciones de Savona, abandonada por los franceses. Aquí fué donde mostró el patricio Andrés Doria toda su abnegación y toda la grandeza de su alma. Pudiendo ser príncipe soberano de Génova por el emperador, ni siquiera vacila en rehusar esta alta dignidad, y anuncia á sus conciudadanos que, libres ya como eran, elijan la forma de gobierno que sea más de su agrado. Esto era poco todavía para su magnanimidad. Génova se erige nuevamente en república, y los ciudadanos admirados y conmovidos aclaman con frenético entusiasmo á Doria, que rechazando noblemente toda preeminencia, les manifiesta que no quiere ni admite para sí otro título que el de simple ciudadano, ni otra gloria ni recompensa que la satisfacción de haber restituído la libertad á su patria. Una estatua de mármol con la inscripción: *Al restaurador de la libertad genovesa*, recordó por siglos enteros la grata memoria de aquel insigne patricio, y por siglos enteros duró también el gobierno que con tan magnánimo desprendimiento supo dar á sus compatriotas (1). La ciudad natal de Cristóbal Colón tuvo también la fortuna de producir un Andrés Doria.

A la destrucción del ejército francés de Lautrec en Nápoles por el príncipe de Orange siguió la de las tropas francesas que obraban en el Milanesado al mando del conde de Saint-Pol, por el español Antonio de Leiva. El heroico y hábil defensor de Pavía, que atacado, doliente y casi postrado de la gota, se hacía conducir en una litera á los combates, supo triunfar con unos pocos imperiales de los esfuerzos aunados del duque de Urbino, de Sforza y de Saint-Pol á fuerza de actividad y de inteligencia. El gotoso general hizo prisionero al robusto y ágil Saint-Pol con lo más florido de sus oficiales, y las reliquias del ejército francés de Milán volvieron á Francia casi en tan miserable estado como las de Nápoles, para no volver en mucho tiempo á Italia. Tal fué y tan desastroso para Francisco I el resultado de las campañas de 1527 y 1528 en Nápoles y en Milán, mientras él vivía como de costumbre entre fiestas y placeres (2).

Había, no obstante, un deseo y una necesidad general de paz, y vencidos y vencedores la apetecían y anhelaban, cada cual por su particular interés. No hay que decir cuánto interesaría á Francisco I ver si rescataba por tratos á sus hijos, ya que tan desgraciado había sido en las guerras.

---

(1) Sigonii, *Vita Doriæ*.—Guicciard., lib. XIX, y todos los historiadores italianos.

(2) «Fué tan grande, dice con razón el obispo Sandoval, la reputación y crédito que con esta victoria y prisión del general francés ganó Antonio de Leiva, que ninguno de los capitanes de aquel tiempo tuvo más fama, así en tomar consejo, como en el valor para ejecutarlo, y decían que si tuviera salud se igualara con el Gran Capitán, su maestro.» Lib. XVII, párr. 19.

La Italia, y principalmente Lombardía, consumida y aniquilada por españoles, alemanes y franceses, no podía ya ni mantenerse á sí misma, cuanto más sostener ejércitos. El papa, resentido de los aliados, que en vez de prestarle auxilios, se habían ido repartiendo el patrimonio de la Iglesia, esperaba recobrar más por medio de tratados con el emperador que de unos confederados á quienes tan poco había debido en la ocasión más crítica. Y el mismo Carlos V, el más ganancioso en las pasadas luchas, que sin moverse de España había vencido á todos sus enemigos por medio de sus generales, tenía también graves motivos para desear la paz. Faltábanle los recursos, porque España no podía ni tenía voluntad de subvenir á los gastos de tantas y tan costosas guerras. Alarmábanle además los progresos de la reforma en Alemania y de los turcos en Hungría, y se susurraba ya que el rey de Francia andaba en tratos con Solimán contra él. Quería por otra parte pasar á Italia á recibir la corona de oro de manos del pontífice, y por todas estas razones le convenía la paz.

Las negociaciones entre el papa y Carlos V fueron las que más pronto llegaron á concierto. El jefe de la Iglesia creyó deber olvidar los insultos recibidos de los imperiales á trueque de recobrar el patrimonio de San Pedro, usurpado y dividido por sus malos aliados; y Carlos V, cuyos soldados habían saqueado á Roma y ultrajado la dignidad pontificia, quería justificarse de aquellos escándalos á los ojos de la cristiandad, reconciliándose con el papa y favoreciéndole, y como poner á Dios de su parte para combatir á reformistas y á infieles. Con esto, hallándose el emperador en Barcelona, se ajustó entre los dos un tratado de alianza (20 de junio, 1529), por el cual, entre otros capítulos, se acordó: que el papa dejara paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que pondría por su mano en la frente de Carlos la corona imperial; que le daría la investidura del reino de Nápoles sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; que la causa del duque Sforza de Milán se sometería al fallo de jueces imparciales; que serían absueltos todos los que habían tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el emperador, su hermano Fernando y el papa Clemente traerían de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fe católica; que en cambio el emperador haría devolver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habían sido usurpadas por los venecianos y el duque de Ferrara; que restablecería en Florencia el gobierno de los Médicis, y daría en matrimonio su hija natural Margarita al bastardo Alejandro Médicis, jefe de la familia, que tomaría título y soberanía de duque (1).

Mientras esto pasaba, dos ilustres damas habían tomado á su cargo la noble y santa obra de dar á Europa la paz que tanto anhelaba; y habiendo convenido en avistarse en Cambray, ellas solas, sin intermediarios, sin ruido y sin ceremonias ni formalidades, celebraban sus conferencias encaminadas á tan loable fin. Eran éstas Margarita de Austria, viuda de Saboya, tía del emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I de Francia, mujeres ambas de eminente talento, y ambas versadas en los negocios

(1) Guicciard., lib. XIX.—Varchi, págs. 224 y sigs.—Robertson, lib. V.—Sandoval, lib. XVII.

públicos y en los secretos de sus respectivas cortes. La noticia del tratado de Barcelona les hizo abreviar sus negociaciones amistosas, que dieron por resultado la *Paz de Cambray* (5 de agosto, 1529), por otro nombre llamada *Paz de las Damas.* Sirviéles de base para este tratado la Concordia de Madrid, de la cual vino á ser una modificación la de Cambray. En ella se estipuló que Francisco pagaría dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando antes todo lo que poseía todavía en el Milanesado; que cedería sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois renunciando igualmente sus pretensiones á Milán, Nápoles, Génova y demás ciudades de allende los Alpes; y que Carlos no demandaría por entonces la restitución de Borgoña, mas con reserva de hacer valer algún día sus derechos, contentándose con el Charolais, que volvería después de su muerte á la corona de Francia (1).

Por este tratado, poco menos ignominioso al monarca francés y á su reino que el de Madrid, quedó Francisco desacreditado á los ojos de Europa, é indignó á sus aliados, por quienes nada hizo, dejándolos comprometidos y sacrificados; pues mientras el emperador cuidó de asegurar los intereses de todos sus amigos, sin olvidar á los herederos del duque de Borbón, á quienes se habían de restituir todos sus bienes, Francisco no mencionó á nadie, como abandonándolos todos á merced de su rival, y aun se humilló hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en sus Estados á los que hubieran hecho armas contra el emperador. «La Francia misma, dice un moderno historiador francés, abatida por tantos desastres, había muerto como su rey al sentimiento del honor, tan vivo comunmente en ella. La paz la indemnizaba de todas sus afrentas, y ningún precio le parecía caro para comprarla. Los pueblos, como los individuos, se pervierten en la adversidad, y el sentido moral, borrado en el monarca, dormitaba también en el país. De todos los historiadores nacionales no hay uno sólo que proteste, en nombre de la antigua lealtad de la Francia, contra este innoble abandono de todos sus aliados. La impaciencia de Francisco por ver á sus hijos y por dar la paz á su reino lo disculpa todo á sus ojos.»

Comprendemos el justo dolor que á un francés ha debido causar un tratado en que el rey de Francia, después de nueve años de guerra, se despojaba de todo, mientras su victorioso rival, después de haberle vencido con las armas, le humillaba con capítulos, quedaba árbitro de los países disputados, y le imponía condiciones como señor. Pero en el estado á que habían llegado las cosas, ¿podía resolverse la cuestión de un modo más ventajoso á la Francia? Culpa era de Francisco ó de su carácter la tibieza y flojedad con que proseguía siempre planes y operaciones comenzadas con vigorosa energía, y distraerse con cortesanas y palaciegos mientras sus soldados morían de hambre ó de peste, ó á las descargas de los arcabuces enemigos. Culpa suya era haber puesto á sus mejores generales en el trance de abandonarle por despecho, y de vengar sus injurias, yendo á servir de poderosos auxiliares á un contrario que sabía explotar con destreza las injusticias de su rival y los resentimientos de sus grandes vasa-

(1) Tratados de paz.—Rimer, Fœder.—Sandoval inserta la letra del tratado, que consta de cuarenta y cuatro capítulos, y es larguísimo.

llos. Culpa sería de la reina de Francia, madre de Francisco, si es cierto que guardaba en sus cofres un millón y quinientos mil escudos, mientras Milán se perdía por no haber con qué pagar á los soldados franceses, y el ejército de Lautrec perecía de miseria bajo los muros de Nápoles.

Mérito fué de Carlos haber sido siempre enérgico en sus resoluciones y no haber aflojado nunca en sus planes; haber dirigido la política de Europa desde España; haberse aprovechado con sagacidad de los menores descuidos ó errores de sus adversarios, y no haber malogrado ninguna coyuntura de que pudiera sacar ventaja. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos la diferencia de las prendas y talentos de los generales con que contaba cada uno para la ejecución de sus designios políticos y para la dirección de las campañas: porque si La Tremouille y Lautrec eran entendidos y esforzados capitanes, ni Chabannes, ni Bonnivet, ni Saluzzo, ni Urbino, ni Saint-Pol reunían al valor, la prudencia y la astucia, como Pescara, Lannoy, Leiva, el del Vasto, Orange y Moncada. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos que los mismos tránsfugas de las banderas francesas, Morón, Borbón y Doria, fuesen los más decididos campeones de la causa del emperador, los más terribles adversarios del francés, y dos de ellos consecuentes siempre y admirablemente leales á las banderas del imperio.

Tales diferencias no podían menos de conducir á resultados como la Concordia de Madrid y como la Paz de Cambray.

CAPÍTULO XIV

ESPAÑA

SUCESOS INTERIORES

De 1524 *á* 1528

Sublevación de los moros en Valencia.—Sus causas.—Medidas y providencias del emperador para reducirlos.—Conversiones ficticias.—Rebelión y sumisión de los de Benaguacil.—Gran levantamiento de moros en la sierra de Espadán.—Dificultades para someterlos.—Son vencidos y subyugados.—Movimiento de los moros de Aragón.—Quejas de los de Granada.—Providencias para traerlos á la fe.—Reclamaciones que hicieron, y gracias que se les otorgaron.—El palacio de Carlos V en Granada.—Carácter de las cortes de Castilla en este tiempo.—Las de Toledo y Valladolid: firmeza é independencia con que obraron.—Las cortes en Aragón.—Cortes de Monzón.—Peticiones notables.—Situación de los príncipes franceses en Castilla: cómo eran tratados los hijos de Francisco I.—Prepárase el emperador á salir de España.—Carlos V en Zaragoza.—Canal imperial de Aragón.—Pasa el emperador á Barcelona.—Embárcase para Italia.

De tal magnitud é interés eran los acontecimientos europeos, en que el emperador Carlos V aparecía como el principal movedor ó agente, que los historiadores de este reinado, en general, olvidando la España por Europa, al reino por el imperio, y por el emperador al rey, apenas apuntan ligeramente lo que aquí acontecía y pertenece á la vida propia y especial de nuestra nación. Nosotros, historiadores de España, que vemos aquí

siempre el centro natural y perenne de su vitalidad, por más que parezca derramarse toda fuera y salirse por largos períodos de sí misma, no podemos menos de concentrarnos también de tiempo en tiempo para no perder de vista el enlace de su pasado, de su presente y de su futuro dentro de sus límites naturales, á que al fin habrá de tener que reducirse. Anudaremos pues los principales sucesos interiores que aquí acontecieron desde que Carlos regresó de Flandes hasta su marcha á Italia, para la cual quedaba preparándose en Barcelona después de su concierto con el pontífice Clemente.

Terminadas durante su ausencia las alteraciones de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, todavía llegó á tiempo de tener que presenciar y buscar remedio á otras turbaciones, consecuencias y restos de la gran lucha pasada de los españoles con los musulmanes, que él habría oído solamente contar desde lejos, y de la más reciente de las germanías, que tampoco había presenciado.

El lector recordará (1) que los agermanados de Valencia hicieron recibir por fuerza el bautismo á los moros de aquel reino que se habían alzado en defensa del partido de los nobles, de quienes dependían. Pues bien, aquellos moriscos así bautizados, como que sólo cediendo á la violencia habían abjurado la fe de sus padres á que interiormente estaban muy adheridos, abandonaron pronto el culto y las prácticas cristianas, y volvieron inmediatamente á sus ritos y ceremonias muslímicas (1524), contentos con pagar doble tributo á sus señores á trueque de no renunciar á sus creencias, y tolerándolos los caballeros, así porque habían sido sus defensores, como porque eran los vasallos que más rentas les pagaban. Noticioso de esto el emperador por diferentes conductos, reunió una junta de teólogos en unión con los Consejos de Castilla y de la Inquisición, que se congregaron en el convento de San Francisco de Madrid, para consultarles si á los moros así bautizados por fuerza los podría compeler á hacerse cristianos ó salir de España. Todos contestaron afirmativamente, á excepción de fray Jaime Benet, varón eminente y docto, que por espacio de treinta y ocho años había enseñado derecho canónico y civil en la universidad de Lérida, el cual opinó que no debía forzárselos á recibir el bautismo, porque si antes eran moros, después serían apóstatas. Este prudente consejo fué desestimado, y siguiendo el de la mayoría, expidió una real cédula (4 de abril, 1525) declarando cristianos y con las obligaciones de tales á los que de aquella manera se habían bautizado, y envió á Valencia al obispo de Guadix, comisario del inquisidor general, con oficiales del Santo Oficio y con dos predicadores, uno de ellos el célebre fray Antonio de Guevara (mayo). Éstos, en cumplimiento de su comisión, hicieron pregonar y citar por carteles á todos los moros, para que en el término de treinta días viniesen á la obediencia de la Iglesia, bajo la pena de muerte y confiscación de bienes á los rebeldes y contumaces.

Los más de los moros, en vez de acudir á la citación, se subieron en número de quince á diez y seis mil á la sierra de Bernia, donde se mantuvieron algunos meses, al cabo de los cuales, movidos por todo género

(1) Véase nuestro cap. VIII de este mismo libro.

de exhortaciones y amenazas, descendieron (setiembre) temorosos de que se ejecutaran las órdenes severas del emperador. Desde entonces y en los dos meses siguientes no se daban vagar los bandos y pregones públicos, ordenando sucesivamente que ningún moro saliera de su lugar, so pena de ser esclavo del que le hallare fuera; que llevasen un distintivo en el sombrero; que no pudieran usar armas; que no practicaran ninguna ceremonia de su antiguo rito; que asistieran á todas las solemnidades religiosas de los cristianos é hiciesen lo mismo que ellos; que en el término de tercero día cerraran todas sus mezquitas; y que toda persona, bajo pena de excomunión, delatase á los que faltaren á cualquiera de estos mandamientos. Por último, viendo su general desobediencia, se publicó solemnemente un edicto de la majestad cesárea mandando que todos los moros, hombres y mujeres, hubieran de estar fuera del reino de Valencia para fines de diciembre, y para último de enero fuera de España, habiendo de embarcarse precisamente en el puerto de Coruña, y marcándoles el itinerario por Requena, Utiel, Madrid, Valladolid, Benavente, Villafranca y la Coruña. La circunstancia de prescribirles para su embarque el puerto más lejano, discurre un historiador valenciano, llevaba el doble objeto de que no se quedasen en las fronteras de África, y que consumieran en tan largo camino el dinero que llevaban, cuando no tuviera también el de que con algún movimiento dieran ocasión á que los degollaran en Castilla (1).

Apretados los moros para su marcha, acudieron los más interesados de entre ellos, con seguro de la reina doña Germana, lugarteniente y gobernadora del reino de Valencia, á la corte del emperador, y propusiéronle que si les otorgaba cinco años de tiempo para hacerse cristianos le asistirían con cincuenta mil ducados. Respondióles ásperamente el emperador que no tenía necesidad de sus dineros. Suplicáronle entonces que les permitiera embarcarse en Alicante, y también les fué negado. Ofreciéronle que se harían cristianos con tal que en cuarenta años no los juzgara el tribunal de la Inquisición, y la respuesta definitiva de Carlos fué que les prorrogaría el plazo de su salida hasta el 15 de enero (1526), y que si para entonces no estuviesen ya en camino serían confiscados sus bienes y ellos quedarían esclavos (2). Todavía insistieron los moros en hacer nuevas súplicas al emperador y al inquisidor general que se hallaban en Toledo, por medio de sus síndicos que al efecto despacharon. Sus peticiones obtuvieron casi el mismo resultado que las primeras, si bien se les otorgó otra pequeña prórroga de una semana para abandonar sus hogares,

Llevada por los comisionados esta última contestación á sus correligionarios, resolvieron sucumbir á la necesidad, y pidieron el bautismo á los comisarios imperiales, los cuales los rociaron solemnemente con el agua bautismal, usando de la aspersión, por ser tan crecido su número que no era posible hacerlo de otro modo; cosa que dió gran contento al

(1) Escolano, Décadas de la Historia de Valencia, part. II, lib. X, cap. XXV.—Gonzalo de Oviedo, Relación de los sucesos, etc. MS. de la Biblioteca nacional.—Reales cédulas y edictos de 4 de abril, 14 de mayo, 13 de setiembre, 9 y 21 de octubre, 18 y 25 de noviembre de 1525.

(2) Escolano, ibid., cap. XXVI.—Bando publicado en Valencia el 2 de enero.

pontífice, al emperador y á los inquisidores. Mas luego se supo que habían disminuído notablemente el censo personal, y que los más se alababan de no haber quedado bautizados, por no haber tenido intención, y hasta se jactaban muchos de no haberles tocado siquiera una gota de agua, pues para que esta no les llegase se habían arrojado maliciosamente al suelo.

«Había en Valencia, dice el obispo Sandoval, cuando se hizo esta conversión, veintidós mil casas de cristianos y veintiséis mil de moros (1). Y de toda esta morisma, añade el historiador prelado, *no se bautizaron seis de su voluntad;* mas por no perder la hacienda se dejaban poner la crisma, y por no verse cautivos decían que querían ser cristianos.»

Menos hipócritas los de Benaguacil, habíanse resistido abiertamente y fortificádose en su villa, junto con los de los vecinos lugares. Menester fué que salieran de Valencia á atacarlos hasta dos mil hombres con su correspondiente artillería. Defendiéronse valerosamente los sarracenos, y sostuvieron el sitio hasta el 15 de febrero (1526), en que habiendo acudido el gobernador Cabanillas con cinco mil soldados más, hubieron de rendirse y someterse á las condiciones de los bandos, si bien la pena de cautiverio y confiscación se les conmutó en una multa de doce mil ducados.

Pero los más lograron fugarse y refugiarse á la fragosa sierra de Espadán, que está á la vista de Segorbe, entre el valle de Almonacid y la villa de Onda. Allí los siguieron millares de moros de toda la comarca, resueltos á perecer á fuego y sangre en aquellos ásperos riscos, antes que renegar de su fe. Lo primero que hicieron fué juntarse para nombrar un rey, recayendo la elección en un vecino de Algar, que tenía fama de valeroso y entendido, y se hizo llamar Zelim Almanzor. Hizo Zelim construir multitud de chozas en derredor de los sitios donde había agua. Fortificó en escalones todas las laderas de la sierra, y cortando peñascos dispuso labrar lo que llamaban galgas y muelas, para derrumbarlas por las cuestas abajo contra los que intentasen subir, además de la escopetería y ballestería de que estaban bien provistos. Así sucedió. Dos mil hombres que al mando del duque de Segorbe fueron de Valencia á atacarlos en aquellas rudas fortalezas, en el primer asalto que intentaron (abril, 1526) recibieron tanto daño de los tiros de ballestería, y más de las galgas y muelas que de lo alto de los riscos sobre ellos se desgajaban, que tuvieron que retirarse con gran pérdida á Segorbe, no sin que los soldados murmuraran del duque, diciendo que hacía con poco calor la guerra, porque los más de los rebeldes eran sus vasallos.

Aprovecháronse los moros de aquella retirada para descender á los pueblos inmediatos á la sierra á proveerse de bastimentos, y en una de estas devastadoras excursiones entraron en Chilches, lugar de cristianos viejos, degollaron los pocos vecinos que no pudieron huir, penetraron en la iglesia, y entre otras alhajas robaron la arquilla del Sacramento con las sagradas formas y se la llevaron á la montaña. La noticia de este sacrilegio inflamó en ira á los de Valencia, y aprestáronse todos á marchar á la sierra de Espadán, ansiosos de escarmentar á los sacrílegos, y de rescatar tan precioso depósito de manos de sarracenos. El clero, á quien no

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XIII.

se permitió ir á la guerra, significó su tristeza cubriendo de luto todos los altares del arzobispado como en la semana de Pasión, suspendiendo las procesiones y fiestas públicas, y no empleando sino ornamentos negros para todos los oficios divinos. Sacóse de Valencia el estandarte de la ciudad (julio), y en pos de él se puso en marcha una hueste de tres mil hombres, conducida por el gobernador y por los principales caballeros valencianos, la cual se incorporó con el duque de Segorbe y su gente en Nules. Fuéronseles agregando multitud de nobles é hidalgos de todo el reino con sus contingentes, hasta reunir un ejército formal (julio, 1526). El duque ordenó una batida, en que venció á la morisca que andaba fuera de la montaña, persiguiéndolos hasta la falda de la sierra de Espadán, y cogiéndoles un botín que graduó en valor de treinta mil ducados. Mas no se conceptuó el de Segorbe con gente bastante para acometer una sierra tan vasta, enriscada y fortalecida.

El legado del papa Clemente, que había venido á tratar negocios con el emperador y llegó á tal tiempo, concedió indulgencias á los que hicieran la guerra á los moros de Espadán: los caminos se cubrían de compañías de soldados que enviaban las ciudades: la diputación, el clero, la nobleza, el comercio, todas las clases de Valencia á porfía facilitaron un empréstito cuantioso para que no faltase dinero y viandas á la gente de guerra. Con esto comenzaron de recio los combates (agosto), que diariamente se repetían y menudeaban; pero siempre vigilante el reyezuelo Zelim y sus moros, cada asalto que se intentaba á la enriscada sierra costaba muchas víctimas. Los cristianos solían trepar denodadamente y con desesperado arrojo por los cerros, pero también bajaban los más rodando y mezclados con los peñascos que los moros arrojaban de la cumbre. Así trascurrieron dos meses, sin poder ganar aquellas rústicas trincheras, con poca reputación del general duque de Segorbe, cuyas órdenes de retirada, producidas por la compasión de ver perecer tanta gente, se achacaban á falta de interés ó á sobra de tibieza.

Suplicaron, pues, el de Segorbe, el gobernador Cabanillas y la reina Germana al emperador, diese orden para que los cuatro mil alemanes que había traído consigo de los Países Bajos, y á la sazón iban á embarcarse para Italia, se reuniesen al ejército valenciano y le ayudasen á guerrear á los moros de la montaña. Parecióle bien al emperador, y así lo ordenó. Reforzados, pues, los de Valencia con los cuatro mil tudescos, pudieron ganar una sierra contrapuesta á la de Espadán, y que servía como de paso para ella, de lo cual le quedó desde entonces el nombre de *Montaña de los Cristianos*. Fuertes ya en aquella posición, decidió el de Segorbe dar una batida general á la sierra por cuatro diferentes puntos á un tiempo, á cuyo efecto dividió toda su gente en cuatro grandes escuadrones. Hízose el asalto con tan horroroso estruendo (19 de setiembre, 1526), que parecía hundirse ó desmoronarse aquella nueva Alpujarra. Sobre diez mil cristianos trepaban simultáneamente por agrios recuestos, deshaciendo trincheras y reparos, en cada uno de los cuales tenían que sostener un reñido y vigoroso combate. Todo al fin se fué rindiendo á su esfuerzo, y el alférez Martín Vizcaíno fué el que tuvo la gloria de plantar su bandera en el castillejo de la cumbre en que tenían su principal fuerza los sarra-

cenos. Sobre dos mil moros quedaron muertos, y otros tantos prisioneros: los demás huyeron por la sierra, ó se acogieron á la Muela de Cortés, donde poco más adelante (10 de octubre) se dieron á merced del emperador. Muchos cristianos murieron también, y caballeros de cuenta recibieron muy graves heridas. Sólo la parte de botín de esta victoria, que se vendió después públicamente, valió doscientos mil ducados (1).

Día de gran júbilo fué para Valencia cuando se vió llegar á la ciudad el ejército vencedor, marchando delante mil alabarderos tudescos con ocho banderas desplegadas; detrás ocho compañías de valencianos con el venerado estandarte de la ciudad, y por último, el resto del ejército con sus respectivos capitanes y enseñas. Dieron todos un paseo triunfal por las calles de la población hasta dejar el estandarte en la sala en que se custodiaba siempre. Los alemanes se embarcaron á los pocos días para su destino: el emperador hizo mercedes á los capitanes y caballeros que más se habían señalado: á los moros que habían sido cabezas del alzamiento se les dió garrote: se desarmó á todos; se derribaron sus púlpitos, se quemaron sus libros, se bautizó á los que no lo estaban, y se les predicó y enseñó la doctrina del Evangelio, para no tardar en experimentar cuán poco había de durarles y de cuán poco provecho había de ser una fe impuesta por la fuerza (2).

Mientras tan grave rebelión habían movido los moros valencianos, agitáronse también los de Aragón, intentaron sublevar todo el reino, y tomaron las armas los de Villafeliz, Ricla, Calanda, Muel y otros lugares (marzo, 1526), y algunos dieron la mano á los de Valencia. Hubo también cédulas imperiales, bandos y pregones en Zaragoza; pero éstos fueron más fácilmente reducidos, desarmados y castigados, y condescendieron en recibir el bautismo, de tan mala voluntad y con no menos dolo y ficción que los de Valencia (3).

También se tomaron providencias, aunque de otro género, con los de Granada. Cuando el emperador, celebradas sus bodas en Sevilla, pasó á la antigua corte del reino musulmán (porque todas estas cosas acontecieron durante la cautividad de Francisco I en Madrid y las bodas de Carlos V con Isabel de Portugal), los regidores granadinos le presentaron un memorial de agravios que á los moriscos hacían los clérigos, escribanos y alguaciles (junio, 1526). El emperador le remitió al Consejo, y en su virtud se acordó enviar visitadores por el reino para averiguar así la certeza de los agravios como el proceder de los moriscos en materias de religión. De la visita resultó ser muy fundadas y graves las quejas de los moriscos, pero también se halló que de todos los bautizados veintisiete años hacía, no llegaban á siete los que habían dejado de ser mahometanos. Para remedio de esto, que en aquel tiempo era gravísimo escándalo, congregó

(1) Escolano, Décad., parte II, lib. X, caps. XXVI, XXVII y XXVIII.—Dormer, Anales de Aragón, lib. II, caps. I, VIII y IX.—Sandoval, lib. XIII, párrs. 28 y 29.—Oviedo, MS. de la Biblioteca nacional, G. 53.—Boix, *Historia de Valencia*, lib. VII.

(2) El mismo Gaspar Escolano dedica un largo capítulo, que es el 33, á probar con ejemplos lo inseguro y lo perjudicial de estas conversiones forzadas.

(3) Dormer, Anales de Aragón, lib. II, cap. I.—Zayas, Anal., cap. CXXX.

el emperador en su capilla al arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique, inquisidor general, al arzobispo de Granada, á los obispos de Guadix, Almería, Osma, Mondoñedo y Orense, al comendador mayor de Calatrava, á varios consejeros de Castilla, y á su primer secretario Francisco de los Cobos. En esta especie de asamblea-concilio se determinó: que la Inquisición de Jaén se trasladase á Granada para freno y terror de los conversos: que los moriscos no hablasen algarabía sino en sus aljamas: que todas las escrituras las hiciesen en lengua española: que dejaran sus trajes y vistieran como los cristianos: que los sastres no les cortaran vestidos, ni los plateros les labraran joyas á su costumbre y estilo: que á los partos de las moriscas asistieran cristianas viejas, para que no usaran de ceremonias musulmanas; y que en Granada, Guadix y Almería se erigieran colegios para la educación y enseñanza cristiana de los niños de los moriscos.

Hacíaseles sobre todo insoportable el tribunal de la Inquisición, «con tantos ojos para sus delitos, y con tantas manos para el despojo legal de sus bienes (1).» Como medio para obtener alguna indulgencia, ofrecieron al emperador servirle con ochenta mil ducados, además de sus ordinarios tributos. El expediente surtió su efecto. Hízoseles merced de que sus bienes no fuesen confiscados por el tribunal, de que ellos pudieran usar el traje morisco durante el beneplácito del emperador, y de poder llevar espada y puñal en poblado y lanza en el campo.

De aquellos ochenta mil ducados, después de haber destinado una parte á la fundación de un hospital de niños expósitos, dedicó los diez y ocho mil para que se comenzase á levantar un magnífico palacio en el recinto de la Alhambra, donde él se aposentaba, frente á la plaza de los Aljibes, obra á que se dió principio el año siguiente con gran solidez y suntuosa magnificencia, y que continuada después y embellecida con elegantes pórticos y columnas circulares y con delicados y maravillosos adornos, no llegó nunca á concluirse; y hoy el palacio de Carlos V en la Alhambra de Granada es uno de los muchos monumentos que hacen al viajero y filósofo lamentar el abandono y la incuria con que desgraciadamente suelen mirarse en nuestra patria las mejores obras del genio y del arte.

En aquella ciudad nombró el emperador su consejo de Estado, y convocó las cortes de Castilla para enero del año próximo en Valladolid. Condúcenos esto naturalmente á considerar el carácter y fisonomía de las cortes españolas en la época en que nos hallamos.

Desde las malhadadas cortes de Santiago y la Coruña, en que el influjo de la autoridad real menoscabó lastimosamente la antigua integridad é independencia de los representantes y procuradores de los pueblos de Castilla, y más desde que las libertades castellanas quedaron ahogadas y muertas en los campos de Villalar, Carlos V, poco afecto á la intervención del elemento popular en los negocios del Estado, sólo convocaba las cortes cuando le hacían falta subsidios, y no congregaba los brazos del reino sino para pedirles dinero. Las cortes de Toledo de 1525 le sirvieron con doscientos cuentos de maravedís. Y sin embargo, próceres y diputados, no

(1) Dormer, Anal., lib. II, cap. VII.—Sandoval, lib. XV.

pudiendo olvidar sus antiguas prerrogativas y deberes, procuraban todavía aprovechar aquellas reuniones para proponer y acordar algunas medidas conducentes al mejor gobierno de los reinos. Aconsejado fué por las cortes al rey su matrimonio con la princesa Isabel, y no dejaron de hacerse algunas leyes saludables y de provechosos resultados.

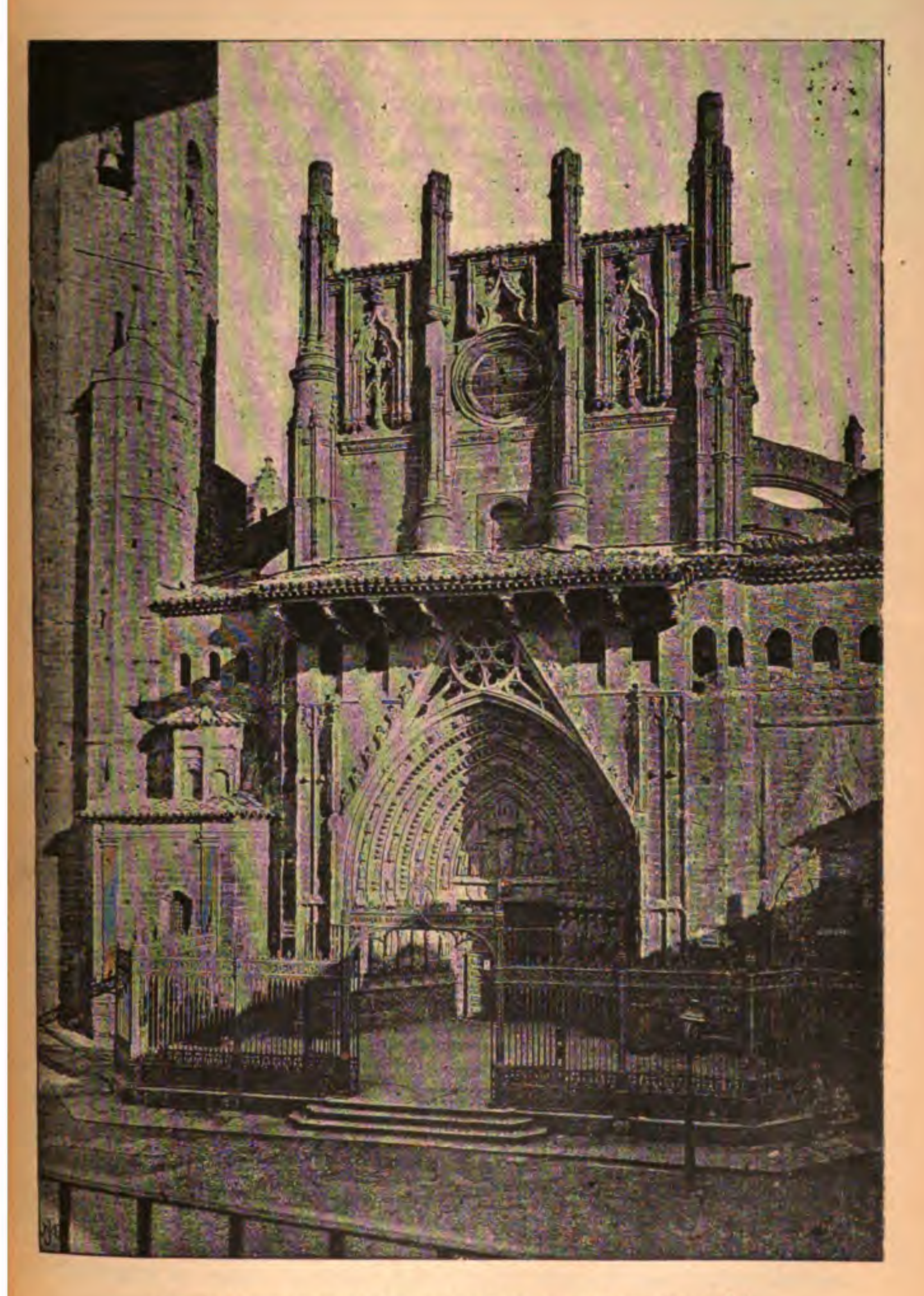
Las de Valladolid de 1527 dieron todavía una prueba mayor y más solemne de que aun no se había extinguido en los corazones castellanos el espíritu de su antigua dignidad, entereza é independencia. Convocadas para pedirles un servicio extraordinario, creyó el emperador de necesidad preparar los ánimos con un largo discurso, que mandó leer al secretario Juan Bázquez (1). Comenzó en él manifestando su confianza en la lealtad castellana y ponderando su amor á los reinos españoles; prosiguió exponiendo las causas de las guerras y los triunfos de las armas imperiales: continuó informando de los proyectos del rey de Francia, de los progresos del turco en Hungría, de su intención de unir las armas de toda la cristiandad contra los infieles, para concluir pidiendo las cantidades y sumas que les pareciese necesarias para realizar sus grandes, patrióticos y santos proyectos (2). A pesar de tan especiosas razones, presentadas con tan modesta y aun humilde urbanidad por el emperador, las cortes le negaron el subsidio. No seducía á los castellanos el brillo de las conquistas exteriores; tuvieron presente la pobreza de los pueblos, y no quisieron sobrecargarles con nuevos tributos para emplearlos en guerras extrañas. Clero, nobleza y procuradores, todos los brazos del Estado, contestaron unánimemente y con igual firmeza, al propio tiempo que con cortesía, que sus personas y haciendas las pondrían gustosos al servicio de S. M., pero que como tributo otorgado en cortes no les era posible concederle, porque no lo consentiría el estado de los pueblos (3).

Como Aragón había sufrido menos en sus franquicias, sus cortes conservaban también mejor su antiguo carácter. A propuesta de la diputación permanente del reino en Zaragoza, el emperador había convocado las generales de Aragón, Valencia y Cataluña para junio de 1528 en Monzón, pueblo que solía elegirse por su comodidad para las asambleas de las tres provincias. Quería el emperador abrirlas en persona, y después de haber asistido á la jura solemne de su hijo don Felipe (19 de abril), como príncipe de Asturias y sucesor de la corona, en Madrid, pasó á Valencia á recibir el juramento de fidelidad de los tres estados de aquel reino (4 de mayo), y en seguida se trasladó á Monzón. Abiertas las cortes (1.° de junio), y colocado en un solio regio, pronunció el razonamiento de costumbre, concluyendo por pedir que se habilitara al duque de Calabria don Fernando de Aragón, su primo, para que en su nombre continuara y concluyera aquellas cortes, en razón á tener él que ausentarse del reino.

(1) «Yo os he mandado llamar y juntar aquí, dijo Su Majestad Cesárea, para os hacer saber las causas por qué habeis sido llamados, como lo vereis por una escritura de proposición que aquí se leerá.»

(2) Este notable discurso, de que no habían hablado los historiadores, le puso íntegro Dormer en el cap. XXI, lib. II de sus Anales.

(3) Cuadernos de cortes.—Sandoval, lib. XVI.—Dormer, Anales de Aragón, lib. II.



CATEDRAL DE HUESCA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

Merecen notarse algunas de las peticiones hechas en las cortes de Monzón, respondidas favorablemente por el rey. Que los oficios y beneficios de los reinos de la corona de Aragón se den á naturales y no á extranjeros: que se sirva S. M. C. de aragoneses: que se puedan sacar caballos de Castilla para Aragón: que se observe lo suplicado en las cortes de 1518 sobre abusos de los ministros de la Inquisición: que los inquisidores no entiendan sino de los delitos de herejía: que los inquisidores no se entrometan en las causas de usura, sino que las dejen á los jueces ordinarios: que se suplique á Su Santidad dispense de la observancia de algunas fiestas. «Por cuanto (decían) por la esterilidad de la tierra y pobreza comun, la observancia de las fiestas es muy daniosa al reino: Por ende suplican á S. M. quiera favorecer al reino para impetración de una bula apostólica, con la cual S. S. absuelva á los aragoneses de la observación de las fiestas, así votivas como en otra manera mandadas guardar; exceptados domingos, pascuas, dias de Nuestro Señor, fiestas de Nuestra Señora, doce Apóstoles y San Juan Bautista (1).»

Por estas y otras semejantes peticiones que omitimos, se ve el descontento y la queja general que producían los abusos del Santo Oficio y su intrusión en causas y negocios que no eran de su competencia y jurisdicción: así como es digno de observarse un pueblo que avanzaba ya á pedir la reducción de las festividades religiosas, como dañosas á la prosperidad del reino y al bienestar de los ciudadanos; reforma á que ha habido pocos pueblos que se hayan atrevido á aspirar todavía, aun con el convencimiento de sus ventajas.

Atendidas las razones del rey y la necesidad en que se hallaba, acordaron los cuatro brazos de los tres reinos otorgarle un servicio extraordinario de doscientas mil libras, aunque por aquella vez solamente y con las reservas y seguridades acostumbradas (9 de julio); y complaciéronle también en lo de habilitar al duque de Calabria para presidente de las cortes durante su ausencia hasta su conclusión, con protesta igualmente de que aquel caso «no hiciera ni causara perjuicio alguno á los fueros, libertades y privilegios, usos y costumbres del reino, sino que aquéllos y éstas quedaran en toda su eficacia, fuerza y valor, sin que pudieran servir de precedentes ni citarse como ejemplo en lo sucesivo.» Prorrogó el emperador las cortes de Monzón para Zaragoza, y allí juró solemnemente en presencia de los cuatro brazos la observancia de los fueros aragoneses (fin de julio), y nombró á don Juan de Lanuza virrey y lugarteniente suyo en aquel reino.

Penetrado estaba ya á este tiempo el emperador de que los negocios generales de Europa, en todos los cuales andaban más ó menos directamente mezclados los intereses de sus vastos dominios, le obligarían á salir otra vez de España, y él lo deseaba también, convencido de la utilidad de su presencia para asegurar su dominación en los agitados países de Italia y Alemania, y al objeto que tanto apetecía de ser coronado rey de Romanos. Y sin perjuicio de dar desde aquí admirables instrucciones á sus generales de Italia, instrucciones que revelan cuánto había ido cre-

(1) Dormer, Anales, lib. II, cap. XLI.

ciendo la capacidad de este príncipe, cuyas facultades intelectuales se habían creído al principio harto limitadas (1), sólo esperaba ya el resultado de las negociaciones pendientes para la paz general que dejamos apuntadas. Entretanto levantaba en España gente de guerra, y aparejaba la armada que había de llevar consigo, porque como él decía: «Para poder alcanzar la paz, es menester tener las cosas de la guerra tan á punto y bien aparejadas, que nuestros enemigos tengan mas ganas de consentir en los medios razonables para haber paz que no lo han hecho hasta agora (2).»

A fin de poner al rey de Francia en trance y necesidad de hacer más sacrificios por el rescate de sus hijos, estrechó más la prisión de los príncipes, de cuyo servicio había separado ya á los criados franceses, y escribía al condestable de Castilla que los tenía á su cargo en la fortaleza de Villalpando: «Que aunque mi voluntad es que ellos sean muy bien proveidos y servidos, como es razon, no hay necesidad que se les señalen personas con títulos de oficios, ni tan principales como allí vienen, sino que tengan cargo de servirlos, así en la mesa como en la cámara, tres ó cuatro personas de recaudo y confianza que haya, sin ninguna cerimonia, pues con los prisioneros no se acostumbra ni es menester (3).» Y en otra decía: «No debeis dejar entrar á verlos á ninguno de los que van á ello, aunque sean grandes y otros caballeros; no por desconfianza que se tenga de los que van, ni que por vuestra parte ha de faltar buen recaudo, sino que por algunos buenos respectos conviene que no piensen que se hace de ellos tanta cuenta; y siendo avisados de esto los que los vienen á ver, dejarlo han de hacer, y será provechoso, y así vos ruego y encargo se haga.»

Instábanle ya al emperador sus generales de Italia á que apresurase su viaje. Especialmente el capitán Fernando de Alarcón le decía con la ruda franqueza de un soldado: «Si V. M. brevemente no viene en persona, ó no envia grande recado de armada de mar, gente y dineros, el ejército y el reino se perderán sin falta ninguna, muy mas presto de lo que V. M. podria pensar. Y no diga que no le aviso y desengaño, que yo con esto cumplo, pues acá no se puede mas (4).» Determinó, pues, el emperador su viaje á Barcelona, donde había de embarcarse para Italia. A su paso por Zaragoza dió á los aragoneses una señaladísima muestra del interés que tomaba por la prosperidad de aquel reino, condescendiendo en ejecutar por su cuenta la grande y utilísima obra de la acequia de riego que ya les tenía concedida, y que con el nombre de *Canal Imperial de Aragón*, que aun conserva, había de ser grato y perdurable monumen-

(1) Consérvase una larga carta suya escrita en este tiempo á Antonio de Leiva, instruyéndole en todo lo que hallá debería hacerse mientras él disponía su viaje, en la cual se ve, así la extensión de sus miras, como el cuidado con que sabía atender á los pormenores de cada asunto.

(2) Carta á Antonio de Leiva.

(3) Carta de Carlos V al Condestable, de Burgos á 2 de febrero de MDXXIX.

(4) Carta de Alarcón al emperador, de 8 de junio, 1529, en Dormer, Anal., lib. II, capítulo L.

to de su cesárea munificencia (1). Más político ya el emperador, y más conocedor del carácter de los españoles que en su primera estancia en España, supo lisonjear también á los catalanes, no queriendo que le recibiesen como emperador, sino como conde de Barcelona, que entre todos los títulos de los soberanos de España era el que miraban con más predilección los habitantes de Cataluña.

Cuando todo estuvo aparejado y pronto, hecha la concordia con el pontífice, y tratada la paz de Cambray, en los términos que dejamos relatado en el capítulo precedente, encomendada durante su ausencia la gobernación de España á la emperatriz Isabel, partió Carlos V de Barcelona para Italia (28 de julio, 1529) con una armada de treinta y una galeras y treinta naves, con ocho mil soldados españoles, con brillante cortejo de caballeros y nobles castellanos, catalanes, valencianos y aragoneses, y con toda la magnificencia y aparato de un conquistador.

CAPÍTULO XV

CARLOS V EN ITALIA

De 1529 *á* 1530

Su recibimiento en Génova.—Favorable impresión que su vista produjo en los italianos.—Sus proyectos de paz.—Concierto con Venecia.—Solemne y doble coronación de Carlos V en Bolonia.—El papa y el emperador.—Tratado de paz general.—Época notable en Italia.—Florencia no acepta la paz.—Guerra de Florencia.—Sitio: defensa heroica.—Triunfo de los imperiales.—Muda el emperador la forma de gobierno de Florencia.—Pasa Carlos V á Alemania.

La presencia del emperador en Italia tenía que producir gran sensación en los ánimos, y grandes variaciones y mudanzas en la condición de los Estados italianos. En Génova, donde primero desembarcó (12 de agosto, 1529), los compatricios de Andrés Doria que le acompañaba, le recibieron y agasajaron como al protector de la república. Allí acudieron á felicitarle embajadores de todos los príncipes y Estados de Italia, á excepción de Venecia y Florencia. Y como los italianos, cuyo país tanto había sufrido con la licencia y ferocidad de las tropas imperiales, se habían figurado hallar en el emperador un hombre áspero, adusto, intratable y cruel, sorprendiéronse agradablemente al ver un hombre de buen aspecto, de finos y corteses modales, de suaves costumbres y de apacible trato. De modo que, su vista primero y su porte después, persuadieron á los más de que no podía haber sido él el causador de las atrocidades cometidas por sus súbditos tudescos y españoles en Milán y en Roma.

Muchos, sin embargo, dudaban todavía si sus pensamientos é intenciones serían de paz ó de guerra, y teníalos esto en cierta recelosa ansiedad. Pronto los sacó Carlos de aquella zozobra, y no tardó en disipar sus

(1) Cédulas y cartas imperiales de 30 de noviembre de 1528, 21 de abril y 22 de junio de 1529, relativas á la construcción de la acequia ó canal de Aragón: Dormer, Anales, lib. II, cap. LI.

temores. Ya en España había manifestado diferentes veces que la paz era la cosa que más deseaba (1). Y aunque quisiera dudarse de la sinceridad de sus palabras y de sus sentimientos, la política y la conveniencia se lo aconsejaban así, y pocas veces se mostró Carlos tan político como en esta ocasión. Dos motivos poderosos y fuertes le obligaban á atender con preferencia á sus Estados de Alemania y reclamaban su presencia en ellos, á saber: los progresos de las doctrinas reformistas, que traían alterados aquellos países y en un estado de peligrosa efervescencia, y la entrada en Hungría de un formidable ejército turco, de doscientos cincuenta mil combatientes, que ocupaba ya una parte del Austria y había avanzado hasta poner cerco á la populosa ciudad de Viena. Para atender convenientemente á los peligros de aquellas regiones en que tanto le iba, necesitaba dejar tranquila la Italia.

Así fué, que habiéndosele presentado de orden suya en Plasencia (setiembre) el ilustre Antonio de Leiva, á quien el emperador deseaba conocer personalmente, por más que el afamado capitán le excitó á que continuara la guerra, asegurándole la victoria y representándole la facilidad con que podía hacerse señor de toda la Italia, Carlos, sin dejarse seducir, insistió en sus proyectos de paz, y mandó á Leiva que se volviese y se limitase á la reconquista de Pavía, que con poca dificultad ejecutó el que tan heroicamente en otro tiempo la había defendido. El duque Francisco Sforza de Milán, que en su angustiosa situación solicitaba la paz con más necesidad que nadie, halló tan benévola acogida en Carlos, que le envió para tratar de ella al cardenal y canciller mayor del imperio, Mercurino Gattinara: y sabiendo que Leiva lo contradecía, le ordenó que pasase á verle á Bolonia, donde Carlos iba á coronarse. La misma Venecia, privada de la alianza y del apoyo de la Francia por la paz de Cambray, despachó embajadores al emperador en solicitud de avenencia, poniendo por mediador al pontífice. También el César accedió á concertarse con los venecianos, y en su virtud se firmó un asiento, cuyas bases principales fueron: que los venecianos restituirían al pontífice las ciudades de la Iglesia que le tenían usurpadas, así como al emperador los lugares del reino de Nápoles que le habían ocupado durante las pasadas guerras, con más dos mil libras de oro que le habían de satisfacer en plazos que se señalaron; que en esta concordia sería comprendido el duque de Urbino, capitán general de la república; que lo sería también el duque de Ferrara, si viniese en gracia del papa y del emperador, siendo repuesto en sus Estados; que unos á otros se perdonarían las ofensas pasadas; que se ayudarían mutuamente, etc. Quedaba, pues, sólo Florencia, cuya obstinación había de costarle, como veremos luego, una guerra calamitosa.

Hechos estos tratos, y como supiese que le esperaba ya en Bolonia el papa con toda su corte y el colegio de cardenales, partió Carlos de Plasencia, é hizo su entrada en Bolonia (octubre), con una pompa verdaderamente imperial, marchando debajo de un riquísimo palio de oro, que llevaban los doctores de aquella célebre universidad, vestidos de rozagantes ropas de seda: recibiéronle el obispo, el clero, el senado, los magistra-

(1) Correspondencia del emperador con Antonio de Leiva desde Toledo.

dos, toda la nobleza y juventud de Bolonia con trajes de gran gala: condujéronle procesionalmente hasta la catedral, á cuya puerta se había erigido un estrado riquísimamente tapizado, en cuyas gradas se hallaban sentados los cardenales y obispos, que eran muchos, y en la parte superior el papa Clemente, vestido de pontifical y con la tiara en la cabeza. Los cardenales iban dando el brazo al emperador para subir al tablado. Todas las miras de aquella brillante concurrencia se fijaron en los dos esclarecidos personajes que por primera vez se reunían en aquel momento solemne. Llenáronse todos de asombro cuando vieron al poderoso jefe del imperio doblar la rodilla y besar con religiosa humildad el pie del soberano pontífice, á quien poco tiempo hacía había tenido aprisionado, y al jefe de la cristiandad levantar amorosamente al emperador y darle paz en el rostro. La escena era sublime y maravillosa. Cruzáronse entre los dos más excelsos príncipes de la tierra palabras afectuosas y corteses, y se despidieron para verse luego y tratar por espacio de muchos días de negocios interesantes á la cristiandad y á la suerte de las naciones. Y en medio de todas estas tiernas ceremonias, llamaba la atención otra escena poco menos sublime: la de los soldados alemanes y españoles llevando en hombros al famoso capitán Antonio de Leiva, mientras los prelados y el clero entonaban el *Te Deum*, acompañando á su canto la música religiosa.

Otro espectáculo no menos interesante se ofreció á los pocos días á los ojos de los boloñeses y á la contemplación de toda Europa. El duque Francisco Sforza de Milán, tan abatido por el emperador, tantas veces reducido á príncipe sin Estado, en cuyo despojo tantas veces se habían empleado las armas imperiales contra las mayores potencias confederadas y ganado por conquistarle tan señaladas victorias, se prosternaba á los pies del emperador para darle gracias por su generosidad, y Carlos le daba cariñosamente el título de duque de Milán. Todos los soberanos de Italia, incluso el Santo Padre, se habían interesado con el emperador en favor de aquel desgraciado príncipe, y la respuesta del emperador fué darle la investidura de aquel Estado y enviarle un salvoconducto para que fuese á Bolonia. Puesto el príncipe á la vista del César, no hallaba palabras con que expresarle su reconocimiento, y sacando del seno el salvoconducto, dijo que no quería usar de él sino para poner su persona y hacienda en manos de S. M. Añadió Carlos á su fineza la de dar al duque la mano de su sobrina, hija del rey de Dinamarca. Con este rasgo, sea de generoso desprendimiento, sea de bien calculada política, ganó el emperador no poca honra y fama. Renunció á un Estado, y se atrajo muchas voluntades: se desprendió de una conquista, y conquistó muchos corazones (1).

Acabado este acto tan á gusto de todos, tratóse de asentar solemnemente la paz general para la tranquilidad de Italia, entre todos los soberanos, príncipes y embajadores que allí se hallaban presentes, y concluyóse un tratado de paz y mutua defensa (23 de diciembre, 1529), de los más universales que se han celebrado entre las naciones, puesto que entraron en él el papa, el emperador, los reyes de Francia, de Inglaterra, de

(1) Carta del emperador á la emperatriz y á los grandes de Castilla en 23 de octubre.—Guicciardini, Ist., lib. XX.—Sandoval, lib. XVIII.—Robertson, lib. V.

Escocia, de Portugal, de Hungría, de Bohemia, de Polonia y de Dinamarca, las repúblicas de Venecia, Génova, Siena y Luca, los duques de Milán y de Ferrara, y los cantones católicos de Suiza (1). Sólo dejaron de entrar en esta concordia Florencia y los reformistas de Alemania. El tratado se publicó en Bolonia (1.° de enero, 1530) en medio de las más vivas y unánimes aclamaciones, y los pueblos colmaban de elogios al emperador, no cansándose de ensalzar su moderación y generosidad, ni de ponderar el

Milán



CARLOS I

inmenso beneficio que les proporcionaba después de tantos años de guerras y de funestas agitaciones. Carlos no se olvidó de sus buenos generales, y el único sacrificio que pidió á Sforza fué que diese algunas tierras en Milán al Marqués del Vasto y á Antonio de Leiva.

Tratóse en seguida de la coronación del emperador, y decidido, después de algunas disputas, sobre si la ceremonia había de hacerse en Roma ó en Bolonia, que fuese en esta última ciudad donde ya todos se hallaban, se señaló día para tan solemne acto, que fué el 24 de febrero (1530), el mismo en que el emperador cumplía sus treinta años, y quinto aniversario de la prisión de Francisco I en Pavía. Dos coronas recibió aquel día Carlos V con la más suntuosa pompa que jamás se había usado, la una como rey de Romanos, de manos del sumo pontífice, la otra, la célebre corona de hierro de Lombardía que por antigua costumbre se tomaba en Milán, y para lo cual habían llegado dos días antes los magistrados de Monza (2).

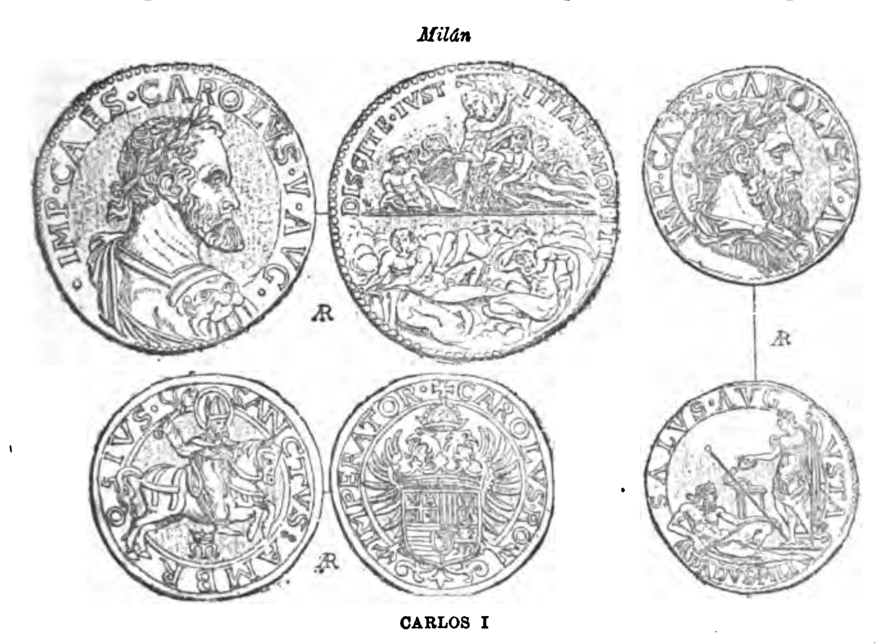
---

(1) Dumont, *Corps Diplomatique*, part. II.

(2) Sandoval inserta una larga y minuciosa descripción de las ceremonias de las dos coronaciones.

«La época de estas dos coronaciones, dice un entendido historiador extranjero, se puede considerar como la de la completa destrucción del equilibrio de los Estados de Italia, y por consecuencia, de la libertad de los pequeños Estados..... Puede decirse en general que en esta época la existencia política en Italia fué tan mutilada, que no conservaba, por de-

Milán

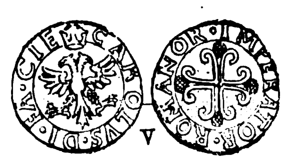


CARLOS I

cirlo así, sino fragmentos (á excepción de las pequeñas repúblicas en que la opinión era imperial), y que no había esperanza de verla recobrarse sino en una oposición victoriosa de la Francia á los planes y al poder de Carlos V (1).»

Quedaba, como hemos dicho, solamente Florencia fuera del tratado general de paz de Bolonia; y no porque se la quisiera excluir de él, sino porque los florentinos repugnaron sucumbir á las condiciones que se les imponían, con arreglo á lo concertado en Barcelona entre el pontífice y el emperador Carlos V, que era la reposición de los Médicis en su antigua autoridad, y por consecuencia la abolición del gobierno republicano que habían restablecido cuando supieron el asalto y desastre de Roma y la prisión del papa. Determinó, pues, el emperador reducir á Florencia por armas, no sólo por el compromiso que tenía con el pontífice de poner al frente de aquel Estado á su sobrino el jefe de la familia de los Médicis, Alejandro, sino como castigo que imponía á su obstinación por haber sa-

Milán



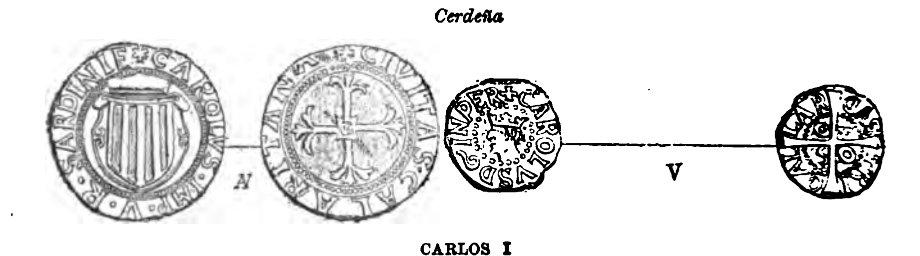
CARLOS I

(1) Leo et Botta, *Hist. d'Italia*, t. III, cap. v.

cudido el yugo imperial, y lo que era más, haberse aliado con los franceses cuando fueron á Nápoles con Lautrec á ocupar las tierras de aquella parte de los dominios de Carlos. Un ejército imperial compuesto de veinte mil italianos y sobre diez mil veteranos españoles y tudescos, al mando del príncipe de Orange, del marqués del Vasto, y de los capitanes Juan de Urbina, Barragán y otros españoles insignes, entró en el territorio de Florencia, se apoderó de varias plazas y puso cerco á la capital.

Los florentinos, abandonados de todo el mundo, solos en la contienda contra el inmenso poder del emperador y del papa, defendieron por espacio de muchos meses su ciudad con el valor, la constancia, el sufrimiento y el heroísmo propios de un pueblo decidido á no dejarse arrancar su libertad y su independencia. Capitaneados y dirigidos por el enérgico y entendido Malatesta, sostuvieron muchos y muy reñidos combates, hicieron muy impetuosas salidas, y pusieron más de una vez en conflicto á todo el ejército imperial. Ellos sufrieron con heroica firmeza el extremo de las escaseces y de las privaciones, determinados á morir de hambre, y aun á arrasar la ciudad antes que rendirse. Su entusiasmo por la república degeneraba en frenesí con el peligro. Era aborrecido allí el nombre del pontífice, á quien culpaban de todos sus males, y en una ocasión ahorcaron á un fraile con el hábito de San Francisco, sólo porque había hablado bien del papa (1). En otra ocasión, porque Malatesta no creía prudente hacer una salida contra los imperiales le declararon depuesto del mando, pero él dió de puñaladas al senador que fué á intimarle la orden, y la necesidad los obligó á reconciliarse con él y á reconocerle otra vez por general. Érales sin embargo imposible sostenerse ya mucho tiempo, y con todo, aun dieron una reñidísima batalla, en que pereció de un arcabuzazo el ilustre y valeroso príncipe de Orange, y en que sin duda hubieran sufrido

Cerdeña



CARLOS I

Cerdeña



CARLOS I

(1) Sandoval, lib. XIX, párr. 5.

los imperiales una derrota sin el denuedo de los españoles que capitaneaba el brioso don Pedro Vélez de Guevara, á cuyo esfuerzo se debió que este último arranque de desesperación les fuera desastroso á los florentinos (1).

Al fin la necesidad los forzó á pedir capitulación (agosto, 1530) después de una resistencia desesperada de más de ocho meses. Entre las principales condiciones á que se sometieron los rendidos fué una, y es la que á nosotros más nos interesa, que el emperador Carlos V dispondría la forma y manera cómo había de regirse en lo sucesivo aquella república. En su virtud confirió Carlos el título de duque perpetuo de ella al sobrino del papa, Alejandro de Médicis, con el derecho de sucesión en el pariente más cercano, en conformidad al tratado de Barcelona entre el papa y el César. Costó esta guerra á los imperiales la pérdida del esclarecido príncipe de Orange, á los pocos años de su edad, la del famoso capitán Juan Urbina, la de los valerosos Barragán, Sarmiento y otros muy esforzados y briosos capitanes españoles.

El emperador, después de su doble coronación en Bolonia, había partido para Alemania, donde de día en día se hacía más indispensable su presencia. Dirigióse por Mantua á Inspruck, donde tuvo el sentimiento de perder y asistir á los funerales del cardenal y gran canciller del imperio Mercurino Gattinara. Prosiguiendo su marcha, encontróse en Eniponte con su hermano don Fernando, rey de Bohemia, que salió á recibirle con la flor de la nobleza austriaca. Juntos se encaminaron á Baviera, y de allí á la ciudad de Augsburgo (18 de junio, 1530) donde había de celebrarse la Dieta del imperio.

La ida del emperador Carlos V á Alemania se enlaza ya con uno de los más grandes sucesos, que fué también la mayor novedad de aquel siglo, á saber, el de la famosa cuestión de la reforma religiosa, que traía ya la Europa grandemente conmovida y cuyo asunto exige ser tratado separadamente.

---

(1) El obispo Sandoval, que dedica bastantes páginas á la relación de la guerra de Florencia (la cual nosotros hemos creído deber compendiar todo lo posible), rectifica con razón en varios pasajes á Paulo Jovio que escribió su Historia, en la cual parece se propuso el historiador italiano privar á los españoles de la importante participación que en ella tuvieron, habiendo sido además los que con su valor decidieron la victoria en favor de los imperiales.

CAPÍTULO XVI

CARLOS V EN ALEMANIA

LUTERO Y LA REFORMA

De 1517 *á* 1534

Origen de la cuestión de reforma.—Indulgencias.—Martín Lutero.—Su doctrina y predicaciones.—El papa León X.—Lutero en la Dieta de Augsburgo: protégele el príncipe Federico de Sajonia: carácter que toma la cuestión.—Bula del papa condenando como herética la doctrina luterana.—Lutero la quema públicamente: escritos injuriosos contra el pontífice.—Va Carlos V á Alemania.—La Dieta de Worms.—Comparece en ella Lutero.—Su popularidad.—Contestaciones en la Dieta.—Edicto contra el reformador.—Lutero en el castillo de Warzburgo.—Progresos de la reforma.—Profanaciones, violencias y excesos de los reformistas.—Vuelve el emperador á España.—Laudables, pero inútiles tentativas del papa Adriano VI para combatir el luteranismo.—Clemente VII.—Dieta de Nuremberg.—Revolución social en Alemania.—Guerra de los campesinos.—Ideas de igualdad y comunismo.—Resultado de la insurrección.—Escandaloso matrimonio de Lutero.—Dieta de Spira.—Se da á los reformistas la denominación de *Protestantes*, y por qué.—Vuelve Carlos V á Alemania.—Dieta y *Confesión de Augsburgo*.—Famosa liga de Smalkalde.—Fernando, hermano del emperador, ès coronado rey de Romanos.—Únense católicos y protestantes para combatir al turco.—Grande ejército imperial: breve campaña: retirada de Solimán á Constantinopla.—Entrevista y tratos entre el emperador y el papa Clemente en Bolonia sobre convocación de un concilio general.—Contestaciones entre el papa y los protestantes sobre el mismo asunto.—Forma Carlos V una liga defensiva en Italia.—Regresa á España.—Nuevos planes de Francisco I contra Carlos.—Tratos entre el pontífice y Francisco.—Vistas del papa y el rey de Francia en Marsella.—Enrique VIII de Inglaterra: amores con Ana Bolena: gestiones de divorcio: negativa del papa.—Realízase el divorcio: coronación de Ana Bolena: excomunión pontificia.—El rey y reino de Inglaterra se apartan de la comunión católica.—Iglesia anglicana.—Muerte del papa Clemente VII.

Dejamos indicado que uno de los principales motivos, si no el primero y el mayor, que reclamaba la presencia del emperador en Alemania, era la cuestión de la reforma, que habiendo comenzado por las predicaciones de un fraile agustino, había hecho tantos progresos, que traía agitado el imperio y estaba causando una verdadera revolución social, á la vez religiosa y política, en el mundo; revolución de ideas que había de afectar hasta á las instituciones políticas de los pueblos, que estaba produciendo y había de consumar una lamentable división en el género humano, y romper la unidad de la Iglesia romana, separando de ella una gran parte de Alemania y de los Países Bajos, la Dinamarca, la Suecia, la Inglaterra, la Prusia y la Suiza. Necesitamos, pues, reseñar brevemente el principio y la marcha de aquella revolución, uno de los acontecimientos más importantes de la historia moderna, en el espacio de trece años que iban transcurridos desde las primeras predicaciones de Lutero hasta este viaje de Carlos V, motivado en gran parte por aquel suceso.

Sabido es que las indulgencias concedidas primeramente por el papa

Julio II y después por León X para la construcción del templo de San Pedro en Roma, ó más bien su prodigalidad, y el abuso que de ellas se hizo, fué lo que dió ocasión y pretexto á los ataques de Lutero y los reformistas contra el jefe y contra las antiguas y venerandas doctrinas de la Iglesia católica. La circunstancia de haber sido preferidos y como privilegiados para su publicación y distribución en Alemania los frailes dominicos excitó los celos de los agustinos; y la poca prudencia, discreción y parsimonia con que aquéllos se condujeron en el uso de la facultad pontificia para la recaudación y distribución de las limosnas, facilitaron á éstos cierta oportunidad para combatir á sus rivales y para levantar la voz contra lo que ellos llamaban el tráfico de las indulgencias. Protegidos los agustinos por el elector Federico de Sajonia, y á propuesta del superior de la orden, fué designado para escribir y predicar contra aquellos excesos un profesor de teología de la universidad de Wittemberg, de la orden de San Agustín, que gozaba cierta reputación de hombre de ciencia, que había predicado ya al pueblo doctrinas bastante atrevidas, y que habiendo ido á Roma á defender los privilegios de su orden había vuelto impresionado de la magnificencia de aquella capital y poco satisfecho de las costumbres del clero romano. Este hombre era Martín Lutero (1).

Comenzó Lutero por fijar en la catedral de Wittemberg noventa y cinco proposiciones ó tesis teológicas, relativas á indulgencias (1517), invitando á los sabios á discutirlas con él en una asamblea pública. Todavía Lutero no negaba ni la virtud de las indulgencias, ni la facultad pontificia para otorgarlas; sus proposiciones versaban sobre el abuso de ellas, con lo cual halagaba la opinión pública, que condenaba ya el abuso: todavía sometía su doctrina á juicio del papa y de la Iglesia; todavía su causa no era la de la filosofía racional y del libre examen; todavía Lutero era católico. El comisario general de indulgencias Juan Tetzel, dominicano, hizo no obstante quemar por su propia autoridad las proposiciones del agustino. Levantáronse otros antagonistas, los ánimos se inflamaron, y

---

(1) Lutero había nacido en 1483 en Eisleben, condado de Mansfeld, en Sajonia. Era hijo de padres humildes y pobres, pero esto no impidió que recibiese una regular educación literaria y científica, que no tardó en elevarle al profesorado. Cuenta la tradición que no tenía vocación alguna á la vida del claustro; pero le sucedió que filosofando un día en el campo con un compañero suyo, cayó una exhalación que quitó la vida á su interlocutor; aquel terrible fenómeno decidió á Lutero á abrazar la vida y el hábito religioso, escogiendo la orden de San Agustín. Su instrucción en la teología, y en el griego y hebreo, las dos lenguas que entonces cultivaba el mundo erudito, le hizo merecedor de una cátedra de teología en la universidad de Wittemberg, fundada por Federico, elector de Sajonia.

Según ha demostrado Seckendorf, Historia del Luteranismo, y después de él Lenfant y Chais, ya antes de las indulgencias había empezado Lutero á impugnar, aunque no abiertamente, varios puntos del catecismo romano.

En cuanto á los abusos que cometían los predicadores de las indulgencias y los cuestadores ó recibidores de las limosnas, están conformes todos los escritores católicos: el valor de aquéllas se llevaba á una exageración desmedida, y de éstas no se hacía el uso conveniente. Esto fué lo que dió ocasión á Lutero para predicar con una libertad, que luego degeneró en irreverencia y en insulto, pasando del abuso á la esencia de la materia, y de allí al ataque de la autoridad y del poder.

las disputas se hicieron acaloradas: el encono de sus adversarios le irritó, y la indiferencia y el silencio de Roma le alentaron en términos de propasarse ya á predicar contra la eficacia de los sacramentos, contra los votos monásticos, contra el purgatorio, contra muchas ceremonias de la Iglesia, y aun contra el poder pontificio: la Sagrada Escritura era ya para él la única regla de fe. Su doctrina lisonjeaba á los príncipes y halagaba al pueblo, que se figuraban ser libres sacudiendo la dependencia de Roma, y agradaba á los frailes y monjes que llevaban mal las trabas de la vida claustral y la ligadura de los votos monásticos. Tan laxa y halagüeña doctrina hizo pronto multitud de prosélitos, y la corte de Roma no se mostraba muy alarmada ni muy activa en atajar sus progresos (1).

Exhortado al fin el papa León X á que empleara los medios de contener tan peligrosa propagación, citó á Lutero mandándole comparecer en Roma en el término de dos meses (1518). Pero la universidad, apoyada por el elector Federico, logró del pontífice que el negocio fuera juzgado en Alemania; en su virtud el papa dió comisión al cardenal Cayetano, dominico, su legado en Alemania, y diputado en la dieta de Augsburgo, para que juzgase este negocio, autorizándole para absolver al innovador si se retractaba, ó para apoderarse de su persona si insistía en sus doctrinas. El cardenal mandó comparecer á Lutero; hízolo éste no sin repugnancia, y el legado pontificio le intimó desde luego que se retractara de sus errores. Pedía el profesor de Wittemberg que se le convenciera antes por la Sagrada Escritura, ó que se sometiera la decisión del negocio á las universidades, y protestaba todavía de su sumisión á la Santa Sede. Exigía el legado la retractación lisa y llana; negábase á ello Lutero, y apelaba *del papa mal informado al papa mejor informado*. En vista de esta insistencia le amenazó el cardenal con la excomunión, y temiendo Lutero y sus amigos las iras del legado, fugóse aquél secretamente de Augsburgo no contemplando allí segura su persona. Entonces fué cuando tomó la cuestión un carácter político. El cardenal legado reclamó del elector de Sajonia, ó que enviara á Roma á Lutero, ó que le desterrara de sus Esta-

(1) Maimbourg, Hist. del Luteranismo.—Luden, *Hist. de Alemania*, t. V, ed. de París, 1845.

Debemos advertir que Robertson, en su Historia del reinado de Carlos V, en todo lo que se refiere á la reforma ha seguido, á fuer de buen protestante, los autores y las obras que más favorecen el movimiento y el espíritu de aquellas doctrinas. Muy rara vez cita algún escritor católico, y da siempre la preferencia, por ejemplo, á Seckendorf, que escribió apasionadamente su historia contra la del católico Maimbourg: á Sleidan, en la suya *De statu religionis et reipublicæ Germanorum sub Carolo V ab anno* 1517 *ad annum* 1555, que supo dar cierto aire de similitud hasta á las calumnias y no careció de destreza para desnaturalizar todos los actos de Carlos V. Obsérvase no obstante de tiempo en tiempo que no le cegó siempre el espíritu de secta, pues hay pasajes que favorecen á los católicos, cosa digna de apreciar en un escritor protestante y á sueldo de los protestantes; bien que después de su muerte se hicieron desaparecer de sus obras aquellos honrosos testimonios: véanse las ediciones de 1556 y de 1653. Lo mismo podríamos decir de otros que frecuentemente cita Robertson. Es extraño que la obra de este apreciable historiador, tan generalizada en España, haya corrido siempre en las traducciones que de ella se han hecho sin los necesarios correctivos en lo relativo á la reforma.

dos. El príncipe Federico respondió, que obrar de aquella manera con un hombre que no estaba convencido de error sería un golpe deshonroso y funesto para su universidad de Wittemberg, y no accedió á la reclamación del comisario pontificio.

Una nueva Bula del papa en favor de las indulgencias, y condenando y amenazando con excomunión las doctrinas contrarias, ponía á Lutero en el caso de ser considerado como hereje, al propio tiempo que él, para prevenir el efecto de las censuras, apelaba para la decisión de su causa á un concilio general. La muerte de Maximiliano, rey de Romanos (el abuelo de Carlos V), ocurrida á este tiempo, favoreció mucho al progreso de la doctrina luterana; porque creció con ella la autoridad y el influjo del elector Federico de Sajonia, el gran protector del predicador reformista, y su importancia en el colegio electoral de Alemania para la elección de nuevo emperador, que tan interesante era para la Iglesia, retraía al pontífice de proceder de un modo resuelto que incomodara y malquistara á aquel poderoso elector. A favor de estas miras políticas hubo un largo intervalo, en que se notaba cierta falta de energía en la corte de Roma, que alentó á Lutero á dar extensión á su doctrina, haciendo ya entrar en ella los intereses de territorio, y dando á sus predicaciones un carácter de innovación filosófica y política. Atrevióse á declamar contra el fausto y los vicios de la corte romana, á publicar una diatriba contra los papas, á proponer á las naciones una gran reforma del poder pontificio, y á pedir que los emperadores y los príncipes tuvieran sobre los eclesiásticos el mismo poder que los papas, y que éstos y los obispos estuvieran sujetos al poder temporal. Con todo el orgullo de jefe de una secta formidable, escribía ya á León X (abril, 1520), proponiéndole un acomodamiento, pero con la condición de que el papa había de imponer silencio á los dos partidos, y que le había de permitir interpretar la Escritura en defensa de sus proposiciones (1).

Convenciéronse con esto el pontífice y los cardenales y prelados de la corte de que no era posible ya reducir á Lutero sino por medio del rigor, y en su consecuencia, y consultados los cánones, se publicó en 15 de junio de 1520, una bula condenando como heréticas cuarenta y una proposiciones sacadas de las obras de Lutero, dándole no obstante el término de sesenta días para que pudiera retractar públicamente sus errores, y de no hacerlo, transcurrido este plazo, serían quemados sus libros, y excomulgado él y sus secuaces, facultando á los príncipes para que se apoderaran de sus personas como de herejes obstinados. El audaz innovador, lejos de intimidarse con esta terrible sentencia, no se contentó con apelar de ella

(1) Habíale antes escrito en términos sumamente humildes: «Beatísimo Padre, le decía en una ocasión dirigiéndole su libro de controversias, yo me prosterno á vuestros pies y me ofrezco á vos con todo lo que puedo y tengo: dadme la vida ó la muerte, aprobad ó reprobad: yo escucharé vuestra voz como la de Jesucristo.» Obras de Lutero, Carta á León X.

La importancia que se le dió llamándole á la Dieta, haciendo ya su doctrina un asunto religioso y un negocio nacional, y la conducta sin duda no muy discreta del cardenal Cayetano, le envaneció hasta el punto de atreverse ya con el papa.

al concilio general, sino que se desató en denuestos contra la persona y autoridad del pontífice, excitó á los príncipes á que se desprendiesen del yugo del poder papal como ignominioso, proclamó la libertad del linaje humano, y arrebatado de furor reunió á los profesores y alumnos de la universidad de Wittemberg, arrojó delante de ellos al fuego la bula pontificia, é imprimió un comentario del derecho canónico contra la plenitud de la potestad apostólica. Con esto era imposible ya toda transacción con el osado heresiarca, y se acercaba el momento de una larga y sangrienta revolución (1).

Todo esto había acontecido durante el viaje de Carlos de Flandes á España, su permanencia primera en este reino y su elección para la corona imperial de Alemania. Cuando Carlos regresó la primera vez en 1520 á Flandes y á los Estados del imperio, halló ya encendido y propagado el fuego de las nuevas doctrinas que había de abrasar sus dominios imperiales, si bien los partidos no habían estallado en guerra material, y ningún príncipe había variado todavía la forma del culto. Sin embargo, la situación era grave: Lutero, condenado como hereje por la silla apostólica, había hecho escarnio de la bula y de las censuras; y la universidad de Wittemberg se había adherido solemnemente á sus doctrinas, y las habían adoptado profesores de mucha nota como Carlostadt, Amsdorft, y principalmente Melancton, hombre respetado por su ciencia en toda Alemania. Carlos, soberano de muchos y vastos Estados católicos, é interesado entonces en tener la amistad del pontífice, necesitaba cortar las disputas religiosas que tenían en combustión el imperio. Indicamos ya en otra parte, que después de haberse coronado en Aix-la-Chapelle había convocado la Dieta en Worms (enero, 1521). Los legados de la Santa Sede, y principalmente el cardenal Aleander, hombre más ilustrado y científico que los que hasta entonces habían sido enviados para oponerse á la predicación luterana, querían que en la Dieta se procediera por los príncipes germánicos contra un hombre excomulgado ya por el jefe de la Iglesia, y que se le aplicaran las penas temporales, como se había hecho, un siglo hacía, contra Juan Huss y Jerónimo de Praga. Vió no obstante el legado con asombro que Lutero no era ya un simple sectario ni un aislado ideologista, sino un hombre que arrastraba tras sí un gran partido, y á quien defendía y protegía en lo general la población alta y baja, ilustrada é ignorante, y que por todas partes andaban derramados escritos, canciones y pinturas ofensivas y denigrantes al papa y á la corte de Roma.

Insistió por lo mismo el legado en la necesidad de tomar medidas enérgicas contra el declarado ya hereje, y presentó á la Dieta un gran número de proposiciones heréticas sacadas de los escritos de Lutero, principalmente contra los artículos de fe reconocidos por el concilio de Constanza. Entonces se levantó el elector de Sajonia, y pidió que se oyera á Lutero para saber si aquellas proposiciones estaban bien deducidas de sus escritos, y si él las reconocía. Por más que el legado se opuso á esta demanda.

(1) Entonces fué cuando escribió su libro de la «Cautividad de Babilonia,» que tituló así, porque llamaba al pontificado el reino de Babilonia, de cuyo cautiverio exhortaba á los príncipes á salir.

diciendo que un asunto de fe decidido ya por el pontífice no podía someterse al examen de una asamblea de legos y de eclesiásticos, el emperador y los príncipes adoptaron la petición del de Sajonia, alegando que no se le oía para juzgar de sus creencias, sino para saber de su boca si era verdad que había enseñado aquello. A petición, pues, del elector Federico se llamó á Lutero, y el emperador expidió un salvoconducto para que pudiera venir con seguridad á la Dieta. De este modo el negocio de la reforma iba á ser tratado públicamente en una asamblea nacional, y este fué uno de los pasos más importantes, tal vez de los más inoportunos é imprudentes que señalaron la historia de la reforma.

En este viaje empezó á experimentar Lutero cuánta era su popularidad. Muchedumbre de gente de todas clases afluía á los caminos con el afán de conocerle y saludarle. Aun después de llegar á Worms, para ir desde su alojamiento al salón de la Dieta fué menester que el mariscal del imperio le hiciera pasar por los jardines de detrás del edificio para que no embarazara su tránsito la multitud. Cuando se presentó en la asamblea, pálido, macilento de una fiebre que padecía, y con el semblante descompuesto, al verle el emperador se volvió al que estaba á su lado y le dijo: *Nunca este hombre me hará á mí ser hereje.* Preguntado por un vicario del arzobispo de Tréveris á nombre del emperador y de la asamblea si reconocía por suyos los libros que se le presentaban, y si sostenía las proposiciones en ellos contenidas, respondió á lo primero afirmativamente, y en cuanto á lo segundo pidió algún tiempo para reflexionar. Diferida la contestación para el día siguiente, la respuesta fué que no tenía de qué retractarse, y menos de las doctrinas que se referían á la tiranía de los papas, concluyendo con decir que, como pecador que era, podría haber errado, pero que para retractarse era menester que le convencieran por la Escritura.—«Aquí, le replicó el canciller, no nos hemos reunido á discutir, sino á oir de vuestra boca si estáis dispuesto á hacer una retractación.—Pues eso, repuso Lutero con voz firme, no me lo permite mi conciencia.»

Oída esta respuesta, se le despidió; y entonces el emperador declaró ante los príncipes alemanes que estaba firmemente resuelto á consagrar todo su poder, su imperio y su misma vida, á mantener íntegro é ileso el dogma católico y las doctrinas de la Iglesia romana que habían profesado sus abuelos los emperadores de Alemania, los reyes católicos de España, y los duques de Austria y de Borgoña, y á cortar con mano vigorosa el vuelo á las perniciosas máximas del innovador. Por consecuencia, en conformidad á la bula del papa, declaraba herejes á Lutero y sus secuaces, y prohibía á todos sus súbditos del imperio germánico oir sus doctrinas, y menos darle ningún género de asilo, so pena de ser extrañados de los dominios imperiales; mandaba quemar todos los libros, papeles ó estampas que representaran sus principios ó doctrinas, ó atacaran la fe, ó vilipendiaran la autoridad ó persona del pontífice, y que no se imprimiera obra ó escrito alguno sin la licencia del prelado diocesano (1).

---

(1) Schannat, Hist. de Worms.—Maimbourg, Hist. del Luteranismo.—Sleidan,

Carlos creía y se proponía sofocar así y ahogar el torrente de la revolución religiosa; y al deber en que se contemplaba de extirpar la herejía de sus dominios hereditarios, se agregaban los consejos de los españoles y napolitanos que le exigían usase de rigor y severidad. Algunos querían que empleara en el acto medios violentos contra Lutero, ya que le tenía allí; pero él se negó á quebrantar su palabra imperial, y el que le otorgó salvoconducto para la ida quiso también que le tuviese para la vuelta. Temeroso sin embargo el elector de Sajonia de que se atentara secretamente contra la vida de su protegido, despachó al camino unos caballeros enmascarados, que transportaron á Lutero de noche y atravesando un bosque al castillo de Warzburgo cerca de Eisenach, donde le tuvo oculto hasta que se calmara el furor de sus perseguidores. Por de pronto un edicto imperial de Worms (8 de mayo, 1521) le condenaba á ser preso y entregado al emperador con sus sectarios, do quiera que fuesen habidos, expirado que hubiese el plazo, y sus libros se quemaban públicamente. En Roma produjo esto grande alegría, y aun en Alemania creían muchos que terminaría así la contienda. Pero el español Valdés, más previsor que todos, escribía á un amigo suyo de la Dieta: «Lejos de ver yo el desenlace de esta tragedia, creo que principia ahora, porque veo los ánimos en Alemania muy exaltados contra la Santa Sede.»

En efecto, por una parte Martín Lutero en su retiro de Warzburgo, que él solía llamar su Isla de Pathmos (por alusión á la isla en que San Juan escribió su Evangelio), se ocupaba en traducir al idioma vulgar alemán la Santa Biblia, ejemplo que imitado por otros y en otras naciones, y admitida la libertad de interpretación, había de hacer más daño á la unidad católica que todas sus predicaciones; y escribía contra las formas vigentes del culto, contra la misa rezada, contra la confesión auricular y contra la comunión de los legos bajo una sola especie. Sufrió no obstante en este tiempo su doctrina dos fuertes ataques; uno de la respetable universidad de París, que explícitamente la condenaba por un soleme decreto, otro de parte del rey Enrique VIII de Inglaterra, que escribió y publicó un tratado de los Siete Sacramentos en impugnación de un libro de Lutero que titulaba el Cautiverio de Babilonia. La obra del monarca inglés agradó tanto al Sumo Pontífice, que en remuneración de su celo le dió el título de *Defensor de la fe*. Pero tales impugnaciones irritaron tanto al solitario heresiarca, que desde entonces sus escritos eran libelos infamatorios, en que derramaba la hiel con la pluma, en un estilo grosero, soberbio é insultante, que reprendía su mismo discípulo Melancton, más templado que él, y que hacía decir á Erasmo, el hombre más sabio de su tiempo, que Lutero todo lo llevaba al extremo, y que era un Aquiles desapiadado en su cólera (1).

De Statu religionis, etc.—Pallavicino y Sarpi, Hist. del concilio de Trento.—Luden, *Historia de Alemania*, t. V.—Sandoval, lib. XIX.

(1) «No sé, decía hablando del rey de Inglaterra, si la locura misma puede ser tan insensata como la cabeza del pobre Enrique. ¡Oh! Quisiera cubrir esta majestad inglesa de lodo y de inmundicia! Tengo derecho á ello... Venid, señor Enrique, yo os enseñaré. *Veniatis, domine Henrice, ego docevo vos.*» Obras de Lutero. Sobre lo cual observaba el

Por otra parte en Wittemberg, en Francfort, en Nuremberg, en Hamburgo y en otras ciudades alemanas de primer orden estallaban horribles disturbios, promovidos por Carlostadt y otros de sus más violentos sectarios: se atacaba las iglesias, se hollaban las imágenes de los santos, y se despedazaban furiosamente los confesonarios y los altares. Mostróse Lutero muy indignado contra estos desórdenes, que no eran sino el fruto de sus predicaciones y sus escritos, y saliendo de su mansión de Warzburgo, sin esperar el permiso del elector (marzo, 1522), se presentó en Wittemberg á apaciguarlos.

Fué una desgracia para la Iglesia católica que en las alteraciones políticas de España, los asuntos de Flandes, de Italia, de Navarra, y las guerras de Francisco I de Francia, de que dejamos dada cuenta en los anteriores capítulos, distrajeran la atención de Carlos V de la cuestión religiosa en Alemania, llamándosela á tantas partes á un tiempo, y de un modo tan grave. La elevación de su súbdito el virtuoso y honrado Adriano VI á la silla pontificia por muerte de León X, se creyó que hubiera podido remediar mucho los males que aquejaban á la Iglesia, y así lo intentó el antiguo regente de España, procurando por una parte reformar las viciadas costumbres del clero romano, que era la mejor reforma que podía oponer á la reforma herética, y combatiendo por otra parte con energía la doctrina luterana. Pero ni en lo uno ni en lo otro fué ayudado aquel buen pontífice. En otra parte dijimos ya cómo su excesiva modestia había sido un obstáculo para el cumplimiento de sus buenos deseos en la corte de Roma. En la Dieta de Nuremberg, que se congregó entonces para ver de atajar los progresos del luteranismo, tampoco se vieron correspondidas sus loables intenciones. Dominó en aquella Dieta un tercer partido reformista, que no era ya el luterano puro, pero que en vez de impulsar el movimiento católico, hizo prevalecer las opiniones de una reforma filosófica. Expusiéronse en aquella asamblea cien artículos, comprensivos de otros tantos agravios, quejas ó acusaciones contra la corte romana, que se fundaban en las mismas declaraciones del pontífice Adriano sobre la relajación de las costumbres del clero católico que el papa tanto lamentaba (1523). Para prevenir los excesos populares, se decretaron en aquella Dieta, no obstante la intervención del nuncio apostólico, varios puntos de disciplina, como la supresión de las dispensas de parentesco, de la predicación de las indulgencias, de la abstinencia, de las annatas, de los votos monásticos, y la disminución del número de fiestas (1).

Concluyó, pues, su breve vida pontifical el bondadoso Adriano VI con la amargura de no haber podido detener el torrente de las reformas. Antes bien la resistencia al pontificado se organizaba en muchos países y naciones de Europa; una especie de vértigo de innovación se había apoderado de los espíritus; no sólo la Alemania, sino la Dinamarca y Suecia

sabio Erasmo que Lutero debía haber cuidado primero de aprender á escribir bien en latín.

(1) Historia de los soberanos pontífices: Vida de Adriano VI.—Las historias citadas del Luteranismo y de la Reforma.—Guicciardini, Luden, Jovio, Sandoval, Robertson y otros.

se separaban de Roma; Suiza seguía tras otro innovador, Zwingle, ó Zuinglio; pululaban los reformadores, y surgían diversas sectas, principio de las innumerables variaciones que habían de dividir siempre á los que se apartaban del gremio y de la unidad católica, con no poco sentimiento y pesadumbre del mismo Lutero, que se desataba en quejas al ver tan pronto fraccionada y hecha pedazos la grande obra de su revolución.

El papa Clemente VII, sucesor de Adriano, intentó que la segunda Dieta de Nuremberg (1524) ejecutara el edicto imperial de Worms contra Lutero, que había ido dejando de cumplirse. Al nuncio que lo propuso le contestaba la Dieta preguntando qué pensaba el pontífice respecto á la reunión de un concilio general, cosa á que el papa no se mostraba inclinado por razones de conveniencia, y enviaba á Roma la nota de los cien agravios. El nuncio Campege, más político que otros legados, dió algunas disposiciones para la reforma de costumbres del clero inferior, con objeto de atraerse el favor del pueblo antes de salir de Alemania; pero esto no satisfizo ni á la Dieta ni á los luteranos, que exigían una reforma radical en la cabeza y en los miembros.

Llegó ya el caso de que la revolución religiosa produjera una revolución política, en que no habían pensado los mismos innovadores, y que era hasta contra su mente misma y sus propósitos: achaque común de las revoluciones, ir donde ni quieren ni han imaginado los mismos que las promueven. Revolución grave, no tanto por los resultados que tuvo, que fueron harto lastimosos y sangrientos, como por las ideas avanzadísimas que se proclamaron, y que ahogadas entonces, las hemos visto resucitar en nuestro propio siglo. El luteranismo había cuidado de no romper los lazos y relaciones entre los súbditos y los príncipes; pero los sistemas que á favor de las nuevas doctrinas se fueron desarrollando, sembraron ideas que podían afectar, como afectaron, á las bases sociales y á las formas de las instituciones políticas y civiles de los pueblos.

De ellas, y del ejemplo de la vecina Suiza, que á impulsos de un sacudimiento había adquirido su libertad en el siglo XV, tomaron ocasión los labradores y campesinos de Alemania, que vivían bajo la opresión de un duro feudalismo, para levantarse contra sus opresores, proclamando tener iguales derechos á los de sus antiguos señores. La insurrección estalló en Suabia de una manera imponente, y no tardó en cundir en casi toda la Alemania. La población rural empuñó las armas, y se lanzó furiosa á la destrucción de las haciendas y castillos de los nobles, sin perdonar tampoco los monasterios (1525). En seguida redactaron y difundieron por toda la Alemania una Memoria en que declaraban que no soltarían las armas hasta que los nobles les otorgaran doce peticiones que hacían, de las cuales eran las principales: facultades amplias para nombrar ellos sus párrocos; exención de todo otro diezmo que no fuese de granos; emancipación de la servidumbre en que se los tenía; derecho de caza y pesca como los nobles; que no hubiera bosques de propiedad particular, sino que todos fuesen comunes; justicia equitativa; relevación de impuestos. Llevados estos artículos á Lutero para su aprobación, los halló justos, pero reprendió á los sediciosos sus violencias, diciendo que la libertad cristiana era la libertad del pensamiento, y aun excitó á los príncipes á que se unieran

á sujetar á los sublevados, que buena falta hacía, porque ya el fuego de la insurrección devoraba la Suabia, la Franconia, la Turingia, las márgenes del Rhin y hasta el Lorenés (1).

Estas masas rústicas y feroces, aunque numerosas, fueron fácilmente vencidas, no sin que los vencedores se entregaran á excesos poco menos atroces y crueles. Pero en la Turingia, provincia sujeta al elector de Sajonia, y cuyos habitantes en masa habían abrazado el luteranismo, hubo un levantamiento aun más terrible, semejante en el fondo, pero diverso en la forma, conducido por Munzer, uno de los primeros discípulos de Lutero, que decía conocer la esencia de la libertad cristiana por medio de revelaciones divinas mejor que su maestro. «Todos los hombres, decía, deben ser iguales, y todos los bienes comunes, porque la tierra criada por Dios, es la heredad de todos los creyentes. No hay necesidad de soberanos, de superiores, de nobles, ni de sacerdotes: el gobierno de los pueblos está en la Biblia: la diferencia entre señores y vasallos, entre ricos y pobres, es anti-cristiana.» A favor de estas halagüeñas máximas de igualdad absoluta y de comunidad de bienes reunió un número asombroso de secuaces: toda la Turingia, el Hesse, la Baja Sajonia estaban sublevadas; la guerra de los labriegos ejercía sus furores en el Mediodía del imperio: los magistrados eran depuestos, los nobles despojados, obligados á renunciar sus títulos y á vestir el sencillo traje de labradores. Pero las tropas reunidas del elector de Sajonia, del landgrave de Hesse y del duque de Brunswich cayeron sobre las indisciplinadas bandas del fanático Munzer. No le valió al jefe revolucionario recurrir á pronósticos fundados sobre la aparición del arco-iris para entusiasmar á las feroces turbas, ni ofrecerles que bajarían legiones de ángeles á pelear por ellos. Los ángeles no bajaron; más de cinco mil de aquellos ilusos quedaron muertos en el campo de batalla, y el jefe de los comunistas huyó cobardemente, para ser cogido después y sufrir en el patíbulo una muerte no menos cobarde (mayo de 1526).

Así acabaron las terribles guerras de los campesinos, que costaron la vida á más de cien mil labriegos, y que estuvieron á pique de trastornar toda la Alemania. Sin embargo, el fanatismo que las produjo no se extinguió, y aun había de reproducirse bajo formas todavía más extravagantes. Lutero, lejos de haber fomentado aquellas guerras, contribuyó á sofocar los movimientos, y trabajó para que los nobles trataran con más humanidad á sus vasallos.

Mas si tan templado y prudente anduvo Lutero en esto de los movimientos populares, en cuanto á su conducta como religioso había renunciado á toda consideración y miramiento de decoro público, cuanto más á los deberes de su profesión y estado, sin temor á la crítica del mundo ni á la censura de la Iglesia; puesto que en este mismo año el religioso de la orden de San Agustín y el severo reformador de las costumbres del clero, contrajo matrimonio con una monja llamada Catalina Boria, de familia noble, que arrojó la toca monástica y se fugó del convento para

---

(1) Petr. Crinit., *De bello rusticano, in Fæcher, Script. Rer. Germ.*—Luden, *Historia de Alemania*, t. V.—Gnodal. *De Rustican. tumult. in Germania.*

hacer vida conyugal con el gran reformista de Alemania. A pesar de la libertad y ensanche de ideas que él mismo había logrado introducir en materias religiosas, este hecho escandalizó hasta á sus mismos amigos (1).

La ausencia del emperador, sus debates con Francisco I, las guerras de Italia, la prisión y la libertad del monarca francés, la nueva liga contra Carlos, las campañas de Milán, el asalto de Roma, las contiendas con el papa, la guerra de Nápoles, y otros muchos asuntos ocuparon á Carlos de Austria y de España en términos de no permitirle atender como quisiera á la cuestión religiosa de los dominios imperiales. Con esto el luteranismo siguió creciendo, y muchos príncipes no sólo le adoptaron en sus Estados y abolieron los ritos de la Iglesia romana, sino que se confederaron para su mutua defensa en el caso de que se quisiera obligarlos á ejecutar el edicto de Worms. Y aunque había muerto en 1526 el elector Federico de Sajonia, su hermano Juan no se mostró menos celoso protector de Lutero y de los reformistas. Por su parte los príncipes católicos reunidos en Leipsick para defender sus países contra la propagación de las nuevas doctrinas, reclamaban con urgencia la presencia del emperador, el cual no pudiendo trasladarse allá todavía, convocó desde España una Dieta provisional en Spira, para que se procediese á una resolución vigorosa contra la reforma (1529). Prevaleció todavía en esta Dieta el partido católico, y por mayoría de votos se determinó en ella que se acataran los decretos de la de Worms; que se conservara la misa rezada; que en este y otros puntos relativos al culto los Estados mismos reformistas se abstuvieran de hacer innovaciones, por lo menos hasta la reunión de un concilio general.

Poco satisfechos con este acuerdo los partidarios de la reforma, concertáronse el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el margrave de Brandeburgo, y varios otros príncipes, junto con las catorce ciudades libres de Alemania para oponerse al decreto de Spira, y redactaron contra él una protesta solemne, de donde tomaron la denominación de *Protestantes*, nombre con que se designa todavía á todos los que se han separado de la Iglesia católica romana, y con que los nombraremos en lo sucesivo en nuestra historia.

Llegó al fin el caso tan deseado por todos de que el emperador Carlos V, vencido el poder de la Francia, concertado con el pontífice, en paz con el francés, dada también la paz universal á Italia, y coronado rey de Romanos en Bolonia, volviera al cabo de ocho años á los agitadísimos dominios imperiales de Alemania, y pudiera asistir personalmente á la Dieta general que estaba convocada en Augsburgo para tratar la ya famosa y gravísima contienda de la reforma (junio, 1530). La presencia majestuosa de Carlos, su digno continente, la grande idea que se tenía de su inmenso poder y de la vasta extensión de sus miras políticas, hizo una sensación favorable en la asamblea y arrancó la admiración y los elogios de algunos de sus mismos adversarios. Hiciéronle, sin embargo, los protestantes una oposición firme, y negáronsele abiertamente los príncipes reformistas á asistir á la procesión del Corpus que se celebraba al día siguiente, siendo uno de

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, lib. IV.

los que resistieron con más tesón á todo género de sugestiones y amenazas el elector de Sajonia, Juan, digno hermano y sucesor de Federico, cuya firmeza le valió el sobrenombre de Juan el Testarudo. Allí acordaron los protestantes hacer una profesión de su fe, comprensiva de todos los puntos en que la nueva doctrina se separaba de la antigua de la Iglesia, cuya redacción se encargó á Melancton, el hombre más distinguido por su ciencia, y el más templado, más comedido y de más fina educación de todos. El escrito de Melancton es el conocido con el nombre de la *Confesión de Augsburgo*, y que hoy constituye todavía la base de las doctrinas de la Iglesia protestante. El emperador respondió que le tomaría en consideración y comunicaría su resolución imperial.

Dividiéronse los pareceres de los católicos y de los consejeros de Carlos sobre lo que convendría hacer para reducir á los protestantes, opinando unos por el rigor, otros por la dulzura, según el carácter de cada uno y el temor que cada cual tenía á las turbaciones que podrían seguirse en el imperio y en toda la cristiandad. Redactóse al fin una contraconfesión, ó sea una forma católica harto templada, á la cual se exigía que se conformaran los protestantes. Los más moderados de uno y otro partido no veían imposible venir á un acomodamiento, pero los exaltados de ambas partes se obstinaron en no ceder en varios puntos, y después de varias tentativas de reconciliación se separaron más divididos que antes. Entonces el emperador declaró á los protestantes (noviembre, 1530), que les daba de plazo hasta 15 de abril próximo para reflexionar, que les prohibía entretanto alterar en sus países el culto de la Iglesia católica, y la impresión y propagación de todo escrito en defensa de la nueva doctrina; y que con respecto á los desórdenes y abusos introducidos en la Iglesia, procuraría del papa y de todos los príncipes de Europa que se convocara un concilio general en el término de medio año, ó de uno á lo más tarde.

Lejos de acomodarse los príncipes protestantes á esta resolución, salieron de Augsburgo y se reunieron en Smalkalde (diciembre, 1530), para estrechar más su alianza, formando un cuerpo compacto de resistencia, y acordaron invocar el auxilio de los reyes de Francia é Inglaterra en favor de la liga, con lo cual parecía amenazar á Europa una sangrienta guerra de religión. El emperador por su parte se trasladó á Colonia, donde tenía citados á los príncipes electores. Allí les propuso que eligiesen por rey de Romanos á su hermano Fernando, á quien había cedido ya sus Estados hereditarios de Austria, y que reunía las coronas de Bohemia y de Hungría por muerte del rey Luis en guerra contra el sultán Solimán II, á fin de que pudiera mantener la paz del imperio en sus frecuentes ausencias. Convinieron en ello los electores, y Fernando fué coronado rey de Romanos en Aix-la-Chapelle (1), sin más oposición que la del elector de Sajonia y de los duques de Baviera, que con esta ocasión se aliaron á los príncipes protestantes, aumentando así la confederación de Smalkalde (1531).

En buena ocasión apelaron los protestantes al favor de Enrique VIII de Inglaterra. Ciegamente prendado aquel monarca de la hermosura de

(1) *Historia de Alemania.*—Rimer. Fœder.—Dumont, Corps Diplomat.—Sandoval, libro XIX.

la célebre Ana Bolena, y resuelto á sacrificar á los goces de una pasión impura toda consideración de familia, de religión y de estado, había solicitado con empeño, aunque infructuosamente, la autorización del papa para su divorcio con la reina doña Catalina de Aragón su esposa. Persuadido de que la negativa del papa se debía en gran parte á influencias del emperador, y enojado con uno y con otro, alegrábase de una liga que con el tiempo podía ser formidable á ambos. El monarca que había escrito una terrible impugnación de las doctrinas de Lutero, dejaba de reconocer la potestad suprema del pontífice por los amores de una mujer, y trabajaba por apartar á su reino de la obediencia de la Santa Sede. El antiguo impugnador del luteranismo, ya que no podía entonces hacer otra cosa por los protestantes de Smalkalde, les envió un socorro de dinero. En cuanto al rey de Francia, se limitó por entonces á aliarse con ellos en secreto. y á fomentar la discordia religiosa, esperando ocasión oportuna de romper con Carlos más á las claras (1).

Interesado el nuevo rey de Romanos en conservar la paz en Alemania. porque le importaba mucho atender á su reino de Hungría estrechado y apurado por el turco, que lo había invadido á la cabeza de trescientos mil hombres, necesitaba la cooperación y auxilio de los príncipes protestantes, y de acuerdo con el emperador su hermano llegó á hacer con ellos un tratado provisional de paz en Nuremberg (1532), que se había de ratificar en Ratisbona, y que venía á ser una declaración de tolerancia religiosa. «Es mi voluntad, decía el emperador, establecer una paz general, durante la cual no se condene ni acrimine á nadie por sus creencias en materias religiosas, hasta que se celebre el concilio ó una asamblea general de los Estados del imperio.»

Con esta concesión, que era á cuanto podían aspirar por entonces los protestantes, sirvieron ya pronta y eficazmente á Carlos y á Fernando: y con las tropas alemanas, españolas é italianas, que mandaba como general del imperio el marqués del Vasto, con las del rey de Hungría y de Bohemia, hermano del emperador, y con las auxiliares de los príncipes protestantes, se reunió un ejército brillante de noventa mil infantes y treinta mil caballos, sin contar las tropas irregulares, al frente del cual quiso ponerse el emperador en persona, contra los trescientos mil de Solimán que cercaban á Viena. Toda Europa aguardaba con ansia el resultado de alguna gran batalla entre dos tan formidables ejércitos, mandados por los dos más poderosos soberanos del mundo. Pero el turco tuvo la prudencia de no esperar las falanges del emperador cristiano, y renunciando, con general sorpresa, á una expedición que había estado preparando tres años, emprendió su retirada á fines de otoño (1532), regresando á Constantinopla (2).

El emperador, que la primera vez que se había puesto personalmente á la cabeza de sus tropas había sido para libertar los dominios de su hermano, y con ellos á toda la cristiandad, de la dominación otomana con

(1) Du Bellay, *Mémoir.*—Herbert, Hist. de Enrique VIII.

(2) Hammer, Hist. del imperio Otomano.—Luden, *Hist. de Alemania*, t. V—Sandoval, lib. XX.

que estaban amenazados, determinó volver á España, pasando por Italia para asegurar la paz de aquellos países y tratar con el pontífice acerca del futuro concilio. Viéronse otra vez en Bolonia, mas no medió ya entre ellos aquella confianza y aquella expansión que la vez primera. Ni la confesión de Augsburgo, ni la tolerancia con los protestantes sancionada en Ratisbona habían podido ser del agrado del papa; y en cuanto al concilio, ni el pontífice ni la corte de Roma se mostraban afanosos por su convocación. Y como el emperador insistiese con instancia, representando la urgente necesidad que de él había, dió principio Clemente al arreglo de ciertas formalidades que decía debían preceder entre las partes interesadas para su celebración. No era fácil que convinieran en estas formalidades partidos tan opuestos ya como el protestante y el católico. Exigían los reformistas que el concilio se tuviera en Alemania; queríale en Italia el pontífice: pretendían aquéllos que la única regla de fe en él fuese la Sagrada Escritura; sostenía el papa que debían constituir también dogma los decretos de la Iglesia, y que había de respetarse la autoridad de los Santos Padres. En estas y otras disputas sobre los preliminares se alargaban las negociaciones, y no se resolvía nada en un punto que tanto interesaba á la Iglesia y á la cristiandad (1).

Para el afianzamiento del sosiego de Italia, propuso á todos los príncipes italianos que se formara una liga defensiva, debiendo levantarse al primer asomo ó peligro de invasión un ejército que mandaría Antonio de Leiva, costeado y mantenido por todos. Parecióles bien este pensamiento, y firmada por todos la alianza (24 de febrero, 1533), á excepción de los venecianos que no quisieron entrar en ella, Carlos, para desvanecer todo recelo, licenció una parte de sus tropas, y distribuyendo las demás entre Sicilia y España, dió la vuelta á Barcelona en las galeras del genovés Andrés Doria (24 de abril, 1533).

No faltaba quien conspirara activa aunque secretamente contra sus planes de concilio y de pacificación de Italia. Su eterno rival Francisco I, que sólo obligado por la necesidad había sucumbido á un tratado tan ominoso para él y para la Francia como el de la paz de Cambray; Francisco I, que usando del mismo indigno artificio que había empleado para burlar el compromiso del tratado de Madrid, protestó también secretamente contra el de Cambray, mientras acechaba una ocasión de romperle y de hacer daño al emperador; Francisco I de Francia, no contento con fomentar el descontento y la discordia de los príncipes alemanes, trabajó también por desviar al pontífice de la amistad de Carlos, halagándole él y creando obstáculos para la celebración del concilio. Entre los arbitrios que discurrió para lisonjearle fué uno el de ofrecer la mano de su hijo segundo, el duque de Orleáns, á Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, simple negociante de Florencia, pero primo del papa. Complació tanto al pontífice Clemente la elevación en que el de Francia quería poner á su familia, que no sólo no alcanzaron los esfuerzos del emperador á impedirlo, sino que, ó deslumbrado, ó poco reparado el papa, accedió á tener con Francisco una entrevista que éste le pidió en Marsella.

(1) Maimbourg, Sleidan, Seckendorf: Hist. de la Reforma.

Tampoco alcanzó á estorbar el emperador el impolítico viaje del pontífice á una ciudad del reino de Francia para ver y conferenciar amistosamente con su rival, en ocasión que tantas y tan estrechas relaciones mediaban entre Carlos y la Santa Sede. Las vistas se verificaron con mucha pompa (1532) y con gran disgusto del emperador; y el matrimonio del duque de Orleáns con Catalina de Médicis quedó ajustado, favoreciendo tanto el monarca francés á su hijo, que le cedió todos sus derechos á los Estados de Italia. Compréndese bien cuánto alarmaría á Carlos este suceso, y cuánto le desazonaría la conducta del pontífice (1).

Menos condescendiente éste con Enrique VIII de Inglaterra, y más en su lugar como primer depositario y guardador de la religión católica, nunca quiso otorgarle la autorización pontificia que aquél solicitaba hacía seis años para la anulación de su matrimonio. Irritado de tanta dilación el impaciente monarca, tan mal esposo como fogoso amante, y desconfiando ya de que sus gestiones alcanzasen más favorable éxito en la corte de Roma, acudió á otro tribunal para obtener la licencia que tanto ansiaba. No faltaron universidades y doctores que calificaran de legítimo su recurso, y Tomás Cranmer, nombrado por el rey arzobispo de Cantorbery para este objeto, no escrupulizó en anular el matrimonio de Enrique con la reina doña Catalina de Aragón, en declarar ilegítima su hija, y en sancionar que Enrique y Ana Bolena, que de hecho vivían ya conyugalmente y aun con síntomas de próxima sucesión, estaban legal y legítimamente unidos en matrimonio (20 de mayo, 1533). En su virtud la antigua manceba de Enrique VIII fué proclamada reina de Inglaterra, y coronada á presencia de toda la nobleza (1.° de junio) en medio de solemnes regocijos, procesiones, torneos y arcos triunfales. El papa Clemente, como era de esperar, creyó de su deber, excitado también por los dos soberanos Carlos y Fernando, sobrinos de la desgraciada reina de Inglaterra repudiada por Enrique, anular la sentencia dada por el arzobispo de Cantorbery (11 de julio), y excomulgar á Enrique VIII y Ana Bolena si no se separaban antes de fines de setiembre.

Excusado era pensar que ni Enrique ni Ana retrocedieran por esto del camino en que su voluptuosidad los había precipitado. Mas como en el otoño de aquel año tuvieran el pontífice y el rey de Francia las vistas de que hemos hablado en Marsella, y Francisco I se interesara en favor de su aliado el rey de Inglaterra, creyóse que aun se llegaría á una reconciliación entre el jefe de la Iglesia y el monarca inglés. No fué así sin embargo; y habiendo regresado el papa á Roma, instado por los amigos del emperador y de la infortunada Catalina, pronunció el Santo Padre en pleno consistorio (23 de marzo, 1534) sentencia definitiva, declarando válido y legítimo el matrimonio de Enrique VIII de Inglaterra con Catalina de Aragón, condenando el divorcio, anulando el matrimonio con Ana Bolena, y mandando á Enrique bajo pena de excomunión que volviera á unirse á la legítima esposa. Irritado con esta resolución el desatentado monarca, acabó de perder todo género de miramiento á la corte romana

(1) John Lingard, Hist. de Inglaterra.—Luden, Historia de Alemania.—Du Bellay, *Mémoir*.—Robertson, lib. V.—Sandoval, lib. XX.

y á la autoridad pontificia, y sus súbditos tomaron parte en su sentimiento. Aquel Enrique VIII, que años antes con tanto celo católico había escrito contra las doctrinas de Lutero, estaba ya, como hemos indicado, muy dispuesto á separarse de la comunión católica. El impugnador de la doctrina protestante, se hizo él é hizo á su reino protestante. El parlamento publicó un acta aboliendo el poder y jurisdicción pontificia en Inglaterra, y levantando en el reino una iglesia separada é independiente. Y por otra acta declaró á Enrique VIII y á los reyes sus sucesores jefes supremos de la Iglesia anglicana, con la plenitud de jurisdicción de que acababa de despojar al pontífice (1).

Poco sobrevivió Clemente á este infausto suceso, pues en 23 de setiembre de aquel mismo año (1534) acabó su vida, después de un pontificado de cerca de once años, dejando la Iglesia en un estado bien deplorable. «Una falsa política, dice una obra escrita por una congregación de sabios católicos, dirigida siempre por el interés, fué el alma de los errados pasos de este pontífice y el manantial de todas sus desgracias.»

Tal fué el resultado de las dos expediciones de Carlos V á Alemania, en 1520 y 1530, en cada una de las cuales estuvo ausente de España tres años. En la última de ellas hizo una paz general, restituyó al desgraciado país italiano el sosiego de que tanto necesitaba, y humilló la soberbia del turco libertando el Austria y la Hungría del poder de la media luna que amenazaba subyugar una gran parte de la cristiandad. Mas en cuanto á la cuestión religiosa, lo mismo el emperador que el pontífice Clemente mostraron mejores deseos que acierto y tino para atajar la funesta división que se introducía en las creencias, y en vez de sacar á salvo la unidad católica, las doctrinas reformistas progresaron más y más en Alemania, y se separó del gremio de la Iglesia romana una de las más importantes y poderosas naciones, la Inglaterra.

---

(1) Herbert, Hist. de Enrique VIII.—Brunet, Reform.—Du Bellay, Legrand, t. III. —Cartas de Cranmer.—Lingard, Hist. de Inglaterra.—Robertson, Carlos V, lib. V.— Sandoval, lib. XX.

CAPÍTULO XVII

CASTILLA Y ARAGÓN

PRÍNCIPES.—CORTES

De 1530 *á* 1534

Trátase del rescate de los hijos de Francisco I.—Precio en que se compró la libertad de los príncipes franceses.—Son sacados de la prisión y llevados á Fuenterrabía.—Concierto para su entrega.—Largo y minucioso ceremonial que había de observarse: recelos y precauciones.—Entrega de los príncipes y recibo del dinero.—Gobierno de la emperatriz en España.—Carta del Consejo de Castilla al emperador.—Embajadas de los aragoneses al César sobre privilegios y fueros de su reino.—Fuero de la «Manifestación.»—Cortes de Segovia.—Vuelta del emperador á España.—Cortes generales de Aragón, Valencia y Cataluña en Monzón.—Súplicas, concesiones, subsidio del reino.—Medidas del emperador contra los moriscos.—Viene á Castilla.—Importantes cortes de Madrid en 1534.—Responde el monarca á las peticiones de las de Segovia.—Recopilación de leyes.—Acuerdos contra la amortización eclesiástica.—Peticiones de las de Madrid.—Leyes que produjeron.—Varias reformas en el estado eclesiástico.—Reformas en la administración de justicia.—Reformas en la administración económica.—Leyes sobre mendigos y gitanos.—Ley para disminuir el excesivo número de doctores y licenciados de universidades.—Idea que dan estas cortes de la marcha política y del estado interior del reino.

Aprovechamos cuantas ocasiones podemos para volver la vista á las cosas de España, ya que la magnitud de las empresas del emperador nos obliga y aun obligará tantas veces á salir del reino y á seguirle por apartadas regiones en los grandes negocios de interés europeo, en que sus vastos dominios, su posición en el mundo y las extensas miras de su política le hacían intervenir y muchas veces resolver. Acontécenos en esto algo semejante á lo que les sucedía á los consejeros de Castilla cuando rogaban al emperador en 1531 que volviera cuanto antes á España, porque «estos reinos son, decían, su casa principal, y la silla más segura, más cierta y más preeminente, y de esta su casa y reinos, mejor que de otras partes del mundo, podría emprender y acabar sus santos intentos, etc.» Lo cual prueba más el buen deseo de los magistrados de Castilla, y el sentimiento de ver á su soberano ausente y distraído fuera del reino, que exactitud y verdad en el juicio de que desde aquí podría atender mejor a la solución de los graves negocios que por allá le embargaban.

Había sido uno de los capítulos de la paz de Cambray (1529) el rescate de los dos príncipes franceses hijos de Francisco I, que el condestable de Castilla don Pedro Fernández de Velasco tenía bajo su custodia en el castillo de Pedraza de la Sierra, provincia de Segovia. Aunque el monarca francés deseaba con ansia ver á sus hijos libres de cautiverio, no pudo reunir para el plazo prefijado, que era el 1.° de marzo de 1530, los dos millones de escudos de oro del sol que había ofrecido y Carlos había aceptado por precio del rescate. Menester le fué esperar á que le facilitara alguna cantidad el rey de Inglaterra, el más interesado entonces en la amistad

del de Francia. Cuando ya estuvo dispuesto y pronto para la entrega del dinero, concertóse entre el emperador, la emperatriz, el condestable, el rey de Francia, el señor de Montmorency, mayordomo mayor del monarca francés, y el señor de Praet, caballero flamenco y del consejo del emperador, la manera de sacar á los príncipes de Pedraza y de llevarlos hasta la línea de ambos reinos, juntamente con la reina doña Leonor, esposa de Francisco I, que al propio tiempo había de ser también conducida y entregada. Llegado que hubo el condestable con los rehenes á Fuenterrabía, hízose un concierto entre él, el señor de Praet y Montmorency, en que se redactó un largo ceremonial (26 de mayo, 1530) para la forma que se había de guardar en el acto de la entrega (1).

Fueron tantos los requisitos, y tantas las precauciones que se tomaron de una parte y de otra para el rescate de los príncipes, que excedieron á las que se guardaron en el de su padre cuatro años antes. Además de las medidas para que no hubiese gente armada diez días antes y diez días después á diez leguas de las fronteras de ambos reinos, y otras de esta especie, acordóse que en medio del río que divide las dos naciones se levantase un pontón de determinada forma y dimensiones, el cual dos horas antes de embarcarse los príncipes había de ser visitado por dos caballeros, uno español y otro francés: dos gabarras, una con el dinero del lado de Andaya, y otra con los príncipes de la parte de Fuenterrabía, ambas iguales y conducidas por igual número de remeros, habían de partir á un tiempo, y bogando á compás llegar simultáneamente al pontón.

La escrupulosa minuciosidad con que todo se previno lo prueba la cláusula décima del ceremonial. «Item (decía), para que no haya ventaja en las dichas gabarras, en ir mas liviana la una gabarra que la otra, que la gabarra donde entraren los dichos señores delfin y duque de Orleans sea cargada de tanto peso de hierro que pese tanto como los dichos cofres donde fueren los dineros, y flor de lis y escrituras, los cuales dichos cofres enviarán á pedir el dicho señor condestable y Mr. de Praet si quisieren, para que sea igual el peso del hierro que pusieren del que trajese la barca del dinero, etc.»

Como un negocio mercantil más que como asunto político parecía haberse tomado y tratado lo de los rehenes. Sobre lo poco digno que era ya para dos tan grandes soberanos el ajuste del rescate por dinero, suscitáronse cuestiones sobre la calidad de la moneda al contar la suma, pretendiendo los de la parte del emperador que el oro debía ser de veinticuatro quilates, y sosteniendo los franceses que había de ser sólo de veintiuno. Arreglada esta diferencia, cayó enfermo de gravedad el condestable (junio), y como los caballeros del rey Francisco instasen por que aquel no fuese motivo para diferir la entrega, y propusiesen al condestable que nombrara un delegado que la hiciera en su nombre, el caballero castellano, antes que confiar á otro la ejecución de un acto á que se daba tanta importancia, y con sospechas que le habían infundido acerca de la intención de los

(1) Este ceremonial constaba de veintiocho capítulos, en los cuales se prescribía con la mayor minuciosidad todas las formalidades con que había de hacerse el canje. Sandoval le copia en el lib. XX de su Historia del emperador Carlos V.

franceses, enfermo como se hallaba, quiso que le sacaran de Fuenterrabía, y le llevaran á hombros en una silla hasta la margen del río en que se habían de embarcar los príncipes. Fué primeramente trasladada la reina doña Leonor. Después se embarcaron de esta parte los dos príncipes, con todo el aparato, solemnidad y acompañamiento prescritos en el ceremonial, y partiendo de la otra orilla los que en la otra gabarra conducían los cofres con el dinero, arribaron unos y otros, y subieron á un tiempo al pontón (1.° de julio, 1530).

Hízose allí el deseado canje, entregando los franceses á los españoles los cofres del dinero, y los españoles á los franceses sus dos príncipes, como si fuese un cambio de mercancías: hecho lo cual, se volvieron los de acá con los cofres, los de allá con los hijos de su rey, siendo saludados y recibidos unos y otros con salvas, trompetas, ministriles y otras señales de regocijo. El condestable fué llevado otra vez á la cama, y la reina doña Leonor, junto con el delfín y el de Orleáns, conducida á Burdeos, donde esperaba á todos con impaciencia el rey Francisco. Tal fué la historia del rescate de los príncipes franceses, después de cuatro años de cautiverio en España, en que reemplazaron á un padre, que había comprado fría y calculadamente su libertad personal al precio de la cautividad de sus hijos (1).

Gobernaba, como hemos dicho, estos reinos en ausencia del emperador la emperatriz su esposa, auxiliada de los Consejos de Castilla y Aragón. Nótase falta de vida interior en España en este tiempo, como un cuerpo social, cuya cabeza y cuyos elementos vitales ejercían su acción y su influjo en apartada esfera. Sin duda lo conocía así el Consejo de Castilla, cuando excitaba al emperador (1531), no obstante que le veía dilatando por allá inmensamente su dominación material y moral, á que se viniese aquí, que debía ser el centro y asiento principal de su imperio. Más animado el reino de Aragón, porque no había sufrido en sus libertades y en su constitución intrínseca el golpe que recibió Castilla en las cortes de Santiago y en la jornada de Villalar, movíase más dentro de sí mismo, y recurriendo al emperador y enviándole frecuentemente diputaciones, do quiera que estuviese, fuese en Italia, en Alemania ó en Hungría, siempre en reclamación y demanda de la conservación de sus privilegios y fueros, que no consentía fuesen por nadie vulnerados.

Así, en una instrucción, aparte de otras reclamaciones anteriores, que dirigió el reino (enero, 1532) al secretario don Hugo de Urríes, señor de Ayerbe, muy favorecido del César, le pedía al emperador, entre otras cosas, que tuviese siempre en su consejo aragoneses, versados en los fueros de Aragón, para que no despachase letras desaforadas, conforme á los privilegios de don Jaime II y de don Pedro IV; que no se proveyese el oficio

---

(1) Sandoval, que cuenta extensamente este suceso, dice: «De esta manera fué la delibración de los príncipes de Francia, hecha con tan poca confianza de los unos y de los otros. Yo la he contado al pie de la letra cómo se hizo, y cómo la escribieron los que se hallaron en ella, que por eso va con tanta particularidad y menudencias, si bien dignas de saberse: *porque veamos cómo viven y se tratan los reyes, que quizá valdrá más la llaneza de dos tristes labradores.*»

de lugarteniente general del reino en persona extranjera, según se tenía entendido que lo pensaba hacer, por ser contrafuero; que el cardenal Campege, nombrado para el obispado de Huesca, fuese promovido á otra parte, pues siendo extranjero, el reino se daba por agraviado; que reparase S. M. el agravio que había hecho al reino quebrantando el especialísimo privilegio de la *Manifestación*. «Decid á S. M. (eran las palabras de la instrucción) cuán precipua é importante es á los aragoneses la *Manifestación*, y cómo conviene al servicio de S. M. se guarde, así como por sus predecesores ha sido siempre sin ninguna lesión observada, y por S. M. ha sido especialmente jurada; por cuanto el efecto de ella es para preservar á los aragoneses de cárceles indebidas y de malos tratamientos, sin otro recelo, lo cual por los jueces severos y rigurosos con mala voluntad, más que con celo de justicia, se hace, por do más venganza que castigo se toma..... Otrosí es, para que sin proceso ó sin conocimiento de causa los vasallos de S. M. por los oficiales criminales no sean maltratados, ni en sus personas castigados (1).» A estas y otras peticiones contestó el emperador favorablemente desde Bolonia y desde Alejandría (2).

Tampoco Castilla se olvidaba, en medio de su interior abatimiento, de poner en ejercicio siempre que podía el elemento más precioso de sus antiguas leyes fundamentales, y en este mismo año de 1532 se celebraron cortes generales en Segovia bajo la presidencia de la emperatriz. Hiciéronse en ellas á nombre del reino hasta ciento diez y nueve peticiones, todas sobre asuntos importantes de gobierno interior. Mas como quedasen entonces sin respuesta á causa de la ausencia del soberano, nos referiremos á ellas cuando las veamos reproducirse dos años después.

Cumplióse al fin el deseo de los españoles de ver otra vez al emperador en su reino, cuando hecha liga con los príncipes protestantes de Alemania, vencido el turco y asegurada la paz de Italia, dió la vuelta á Barcelona (28 de abril, 1533), donde le esperaba ya la emperatriz con sus dos hijos el príncipe don Felipe y la infanta doña María, y con el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo. Ambos á su vez fueron recibidos con públicos regocijos. El emperador había despachado desde Génova cartas convocatorias á los tres estados de Valencia y Cataluña y á los cuatro brazos de Aragón, para celebrar cortes generales de los tres reinos en Monzón á 15 de mayo. Congregadas que fueron, leyó el emperador en ellas un discurso, en que hizo una reseña de todo lo que le había acontecido en sus empresas de Italia, Alemania y Austria, ponderando los gastos y necesidades que le habían ocasionado, para concluir pidiendo un subsidio con ur-

(1) Este importante derecho de la *Manifestación*, que los escritores aragoneses llaman «el más superior de los remedios legales del reino,» tenía por objeto, además de lo que en la Instrucción se expresa, impedir que los jueces y magistrados, por venganza, pasión, ú otra causa cualquiera, precipitaran la ejecución de las sentencias criminales, ó que éstas no fueran ajustadas al fuero y derecho: y no privar al procesado, por miserable que fuese, de los medios de defensa y ponerle á cubierto de toda tropelía.—Fueros de Aragón.—Dormer, Anales, lib. II, cap. LX.

(2) Cartas del emperador de 15 de enero y de 25 de marzo de 1533, en Dormer, Anales, lib. II, cap. LXII.

gencia, y ofreciendo por su parte proveer con diligencia y buena voluntad en todo lo concerniente al gobierno y administración de los tres reinos. Contestaron éstos, como siempre, que tendrían en cuenta la proposición y acordarían sobre ella.

Guardóse en estas cortes de Monzón la misma forma que en las anteriores. Y como el emperador tuviera que ausentarse alguna vez á visitar á la emperatriz que había quedado enferma en Barcelona, hízosele observar la formalidad de pedir una especie de venia á los cuatro brazos, y de habilitar después ó legalizar todo lo ejecutado en su ausencia, con la protesta de que tales ausencias y prorrogaciones no perjudicaran á los fueros, usos y libertades del reino, sino que éstos quedaran íntegros, ilesos y salvos, cosa en que nunca dejaban de ser escrupulosos los aragoneses. Hiciéronsele en estas cortes, según costumbre, algunas súplicas, tales como, que llevara siempre en su corte dos caballeros y dos letrados aragoneses como miembros de su consejo; que el oficio de vicecanciller del reino se diera á natural de Aragón, que hubiera un notario para cada brazo, nombrados por ellos mismos, etc. Prorrogáronse con motivo de la venida de la emperatriz, ya restablecida, á Monzón: otorgáronse y se confirmaron en ellas varios fueros en materias criminales y civiles, en punto á provisiones de prelacías, dignidades y beneficios eclesiásticos, y por último se celebró lo que llamaba el solio (20 de diciembre, 1533), que era el place ó aprobación solemne que el monarca daba á los puntos tratados en cortes á presencia de los cuatro brazos, otorgando el reino al emperador en esta ocasión un servicio de doscientos mil escudos de á diez reales de plata, pagaderos en tres años, y en la forma y plazos que se expresaba en el acuerdo (1).

Terminadas las cortes de Monzón, vínose el emperador á Madrid, acompañado de la emperatriz su esposa, de los príncipes sus hijos, de la reina doña Germana y su tercer marido el duque de Calabria don Fernando de Aragón, del príncipe de Piamonte Filiberto de Saboya, de doña Beatriz hija del rey don Manuel de Portugal, y de gran séquito de prelados, grandes, títulos y caballeros. A su paso por Zaragoza (enero, 1534) ordenó al inquisidor general que ejecutase la bula de Clemente VII contra los moriscos de Aragón, Valencia y Cataluña, que bautizados antes contra su voluntad, y siempre renitentes y apegados á sus antiguas creencias, no sólo habían vuelto á sus ritos muslímicos, y aun seducían á la gente sencilla, sino que se les suponía en inteligencias secretas con los moros de África. Mandó, pues, al inquisidor que enviase personas de virtud y doctrina que los predicasen é instruyesen, y si de corazón no abrazaban la ley cristiana dentro del plazo que les señalase, procediera á expulsarlos del reino, ó les redujera á servidumbre, «sin usar de gracia alguna en esto.» Con tanto calor lo tomó esta vez el inquisidor, que aquel año se erigieron doscientas trece iglesias parroquiales en el arzobispado de Valencia, catorce en el arzobispado de Tortosa, diez en el de Segorbe, y catorce en la gobernación de Orihuela (2). Y sin embargo, aun hemos

(1) Dormer, Anales de Aragón, lib. II, caps. LXIV á LXIX.

(2) Escolano, Década de Valencia, 2.ª parte, cap. XXXIV.—Dormer, Anales de Aragón, lib. II, cap. LXX.

de ver cuánto dieron que hacer y por cuántos años á los monarcas españoles los moriscos de estos reinos.

Estaba tan arraigada, así en Aragón como en Castilla, la práctica de celebrar cortes, que se habían tenido hasta en ausencia del emperador, como en 1532 dijimos haberse verificado. Mas como en aquellas hubiesen quedado sin respuesta las peticiones, según hemos indicado también, lo primero que se hizo en las que este año (1534) mandó congregar el emperador en Madrid fué responder á las ciento diez y nueve peticiones que en las de Segovia le habían dirigido los tres estados ó brazos del reino (1). Aunque las más de ellas se referían al mejor arreglo de los tribunales de justicia y á diferentes materias secundarias de administración, algunas son muy dignas de notarse por las ideas que envuelven y que dominaban en los representantes del pueblo. Pedíase ya que se hiciera una colección de leyes, comprensiva de todas las decisiones de las cortes, en resumen y sin las súplicas y las causas, para que esta parte del derecho estuviese ordenada y clara (2). A lo cual respondió el emperador que lo hallaba justo, y que daba la comisión de ejecutarlo al doctor Pedro López de Alcocer, residente en Valladolid. Pedíase igualmente que se hiciera una recopilación de todas las ordenanzas y pragmáticas del reino, declarando las que se habían de guardar, y eliminando las que no estaban ya en uso (3); á lo cual respondió también el rey que nombraría personas hábiles para la ejecución de tan importante trabajo.

Reconocíase ya la necesidad de un sistema de igualdad de pesos y medidas en todo el reino, especialmente para los primeros artículos de consumo, como pan, vino y aceite; á cuya petición (4) fué respondido que se proveería lo conveniente, habida información del Consejo.

Merece notarse la que se encaminaba á impedir la acumulación de bienes en la Iglesia y á corregir el abuso de la amortización eclesiástica. «Y porque por experiencia se ve (5) que las iglesias é monasterios é personas eclesiásticas cada dia compran muchos heredamientos, de cuya causa el patrimonio de los legos se va disminuyendo, y se espera que si assí va, muy brevemente será todo suyo: Suplicamos á V. M. no permita lo susodicho, y se provea de manera que no se les venda ni dé heredamiento alguno, y en caso que se les vendiere ó donare, se haga la ley que los parientes del que lo diere ó vendiere, ó otras qualesquier personas en su defecto lo puedan sacar por el tanto dentro de cuatro años, é si fuese donacion, sea tasado el valor.» El monarca contestó que así lo consultaría al Consejo, lo suplicaría á Su Santidad, y encargaría al embajador en Roma que lo procurase.

---

(1) Damos con tanto mayor gusto cuenta de estas cortes de Madrid de 1534, cuanto que ni Sandoval, ni Robertson, ni otros historiadores de este reinado dan noticia de ellas. Tenemos á la vista el cuaderno de estas cortes en que se refundieron también las de Segovia de 1532, impreso en Salamanca en 1543.

(2) Petición 2.ª

(3) Petición 41.ª

(4) Es la 47.ª

(5) Petición 61.ª

Varias de estas peticiones se reprodujeron en las cortes de Madrid de 1534, con adiciones útiles. A la recopilación de las leyes de cortes se creyó conveniente añadir en un mismo volumen las del Ordenamiento, enmendado y corregido, y que cada ciudad y villa hubiera de tener un ejemplar (1); cuyo trabajo, aunque tardó todavía en llevarse á término, fué el fundamento y principio de la grande obra de la Nueva Recopilación.—En conformidad á las leyes del reino y otros acuerdos hechos en cortes, se inhibió á los jueces eclesiásticos el poder prender á seglares (2). —Se pidió la modificación de los aranceles eclesiásticos: «porque crea V. M. (decían) que es inmensurable lo que llevan los jueces eclesiásticos y notarios, y es maña para destruir el estado seglar (3).»—Se insistió en que las iglesias y monasterios no compraran bienes raíces (4).—En que no se diesen beneficios á extranjeros.—Se pidió que los eclesiásticos no pudieran ser arrendadores.—Que para los dotes de las monjas no se dieran bienes raíces.—Que los bienes que las iglesias y monasterios heredasen se vendieran dentro de un año.—Que los prelados y dignidades residieran en sus iglesias.—Que no se fundaran nuevas cofradías, y se redujeran las existentes. «Otrosí (decían), porque este reino está lleno de cofradías, donde gastan en comer y en beber todo cuanto tienen, y aun se siguen otros insultos, y es manera de empobrecer el estado seglar: Suplicamos á V. M. que sobre esto se provea de manera que de aquí adelante no se haga sin expresa licencia de V. M., y las hechas se reduzcan ó quiten, como paresciere á la justicia ó ayuntamiento juntamente con el provisor ó vicario ó arcipreste de la ciudad, villa ó lugar do las oviese, esto so graves penas (5).» —Y por este orden otras muchas peticiones enderezadas á corregir los abusos en materias eclesiásticas, y á disminuir la riqueza y moderar la preponderancia que se conoce había alcanzado el clero sobre el estado seglar.

Seguían otras muchas sobre obligaciones de los consejos, audiencias, jueces, alcaldes, notarios, receptores y alguaciles, sobre trámites y sustanciación de procesos, sentencias, apelaciones, penas de cámara, pesquisas y visitas, derechos y estipendios de jueces, abogados y procuradores, cárceles, multas y demás concerniente á la administración de justicia (6).—Continuaban las que se referían á asuntos de hacienda, como alcabalas, pragmáticas sobre caballos, ramo de montes, monedas, dotes, ferias, salinas, y varias otras materias de los ramos de agricultura, industria y comercio.—Hízose una ley de mendigos (7) y otra sobre gitanos, reproduciendo acerca de estos últimos la pragmática que ya había.

(1) Petición 1.ª de las cortes de Madrid de 1534.

(2) Petición 2.ª

(3) Petición 7.ª

(4) Petición 9.ª

(5) Petición 29.ª

(6) Desde la petición 32.ª hasta la 86.ª

(7) «Mandamos (decía el emperador, respondiendo á la petición 117) que de aquí adelante en la nuestra corte todos los pobres vagabundos que pudieren trabajar y anduvieren mendigando, sean echados della y castigados, conforme á las leyes destos reinos... y que los que verdaderamente paresciere que son pobres sean curados en los obispados

Era ya excesivo el número de doctores y licenciados de universidades, y sobre esto acordaron proveer también las cortes. «Item (decía la petición 126), porque por experiencia se ha visto que la multitud de letrados que se an hecho é hacen doctores, maestros é licenciados, assí en los estudios que nuevamente se an hecho en estos reinos como en las universidades de Aragón, y Cataluña y Valencia, é otras universidades de fuera de nuestros reinos, y otros por rescriptos apostólicos que por leyes de nuestros reinos están prohibidos, é por otras maneras, queriendo como se quieren libertar por esta razon de los pechos é contribuciones en que debian contribuir, si no fueran assí graduados, se an seguido é siguen muchos inconvenientes en daño y perjuicio del estado de los pecheros: Por ende, queriendo refrenar la dicha desórden, ordenamos y mandamos que de aquí adelante de la libertad y exempcion que á los tales les es concedida por leyes destos nuestros reinos, solamente gocen los que an sido é fueren graduados por exámen riguroso en las universidades de Salamanca y Valladolid, y los que fueren colegiales graduados en el colegio de la universidad de Boloña y no otros.» Pero el Consejo mandó que al pie de este capítulo se imprimiese la cédula en que S. M. imperial declaró después (1535) comprendidos en estas exenciones y privilegios á los doctores, maestros y licenciados de la universidad de Alcalá, una de las causas que más influyeron en el acrecentamiento y brillo de estas tres universidades de Castilla.

Tales fueron los principales acuerdos y leyes que produjeron las ciento diez y nueve peticiones de las cortes de Segovia de 1532, y las ciento veintiocho de las de Madrid de 1534, respondidas todas por el monarca en las celebradas en este último punto. Y tal era la marcha política y el estado de los negocios interiores en las dos grandes porciones de la monarquía española recientemente refundidas, Aragón y Castilla, mientras el emperador y los ejércitos imperiales obraban de la manera que hemos visto en los Estados de Europa, y en tanto que se preparaban el uno y los otros á emprender nuevas y ruidosas expediciones á extrañas tierras.

---

donde son naturales, poniéndolos en hospitales, buscando para los curar y dar de comer, é que los muchachos é niñas que anduvieren pidiendo sean puestos á oficios con amos; é si tornaren á andar pidiendo sean castigados: é para que esto se pueda mejor cumplir, mandamos que demás del cargo que los alcaldes de nuestra corte é justicias de los lugares tenian, se diputen dos buenas personas que tengan dello cuidado.»

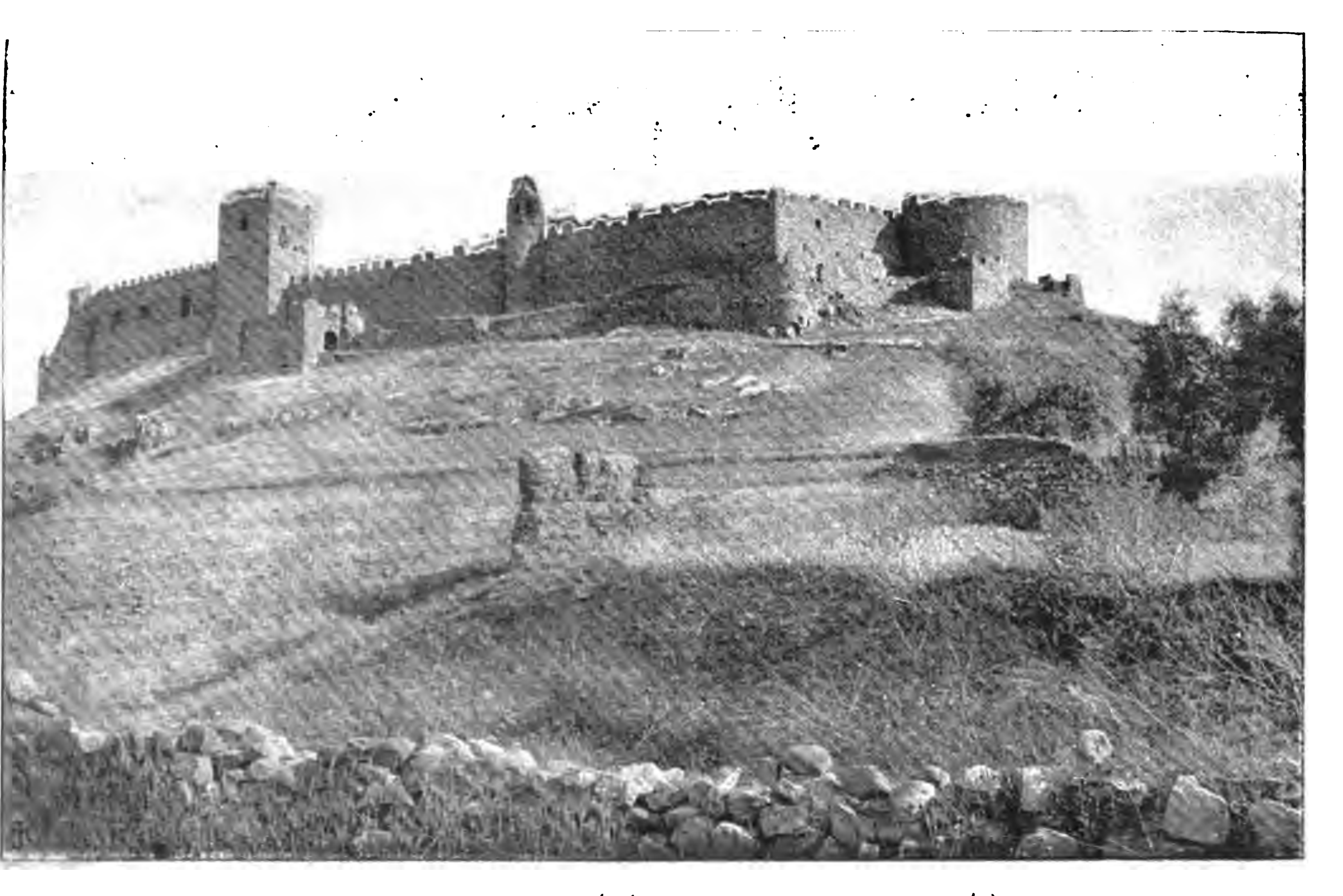
CAPÍTULO XVIII

MÉJICO.—EL PERÚ

HERNÁN CORTÉS.—FRANCISCO PIZARRO

Descubrimiento del Nuevo Mundo después de la muerte de Colón.—Vasco Núñez, Ponce, Grijalva, Velázquez.—HERNÁN CORTÉS.—Su patria, educación y juventud.—Sale de Cuba á la conquista de Méjico.—Buques y hombres que llevaba.—La isla de Cozumel; su conducta en ella.—Hernán Cortés en Tabasco: célebre victoria: efecto de las armas de fuego y de los caballos en los indios.—La bella esclava Marina.—Embajadores mejicanos.—El emperador Motezuma: sus primeros tratos con el caudillo español.—Apuros de Cortés con su misma gente: resultados felices de su mañosa política.—Hernán Cortés en Zampoala: sumisión y agasajos del cacique.—Fundación de Veracruz.—Religión bárbara de aquellos indios: sacrificios humanos: banquetes horribles.—Abolición de los sacrificios y destrucción de los ídolos por los españoles.—Efectos que causa.—Conspiraciones en el campamento español.—Heroica resolución de Hernán Cortés: quema las naves.—Cortés en Tlascala; triunfo.—Sumisión y alianza de los tlascaltecas.—Marcha á Méjico.—Recibimiento que le hace Motezuma.—Sorpresa y alegría de los españoles.—Recelos de Cortés: prisión de Motezuma.—Destrucción de ídolos mejicanos: culto cristiano en Méjico: indignación de los sacerdotes indios.—Pámfilo de Narváez enviado contra Cortés.—Cortés le derrota y hace prisionero.—Insurrección general en Méjico contra los españoles: combates sangrientos: muerte de Motezuma.—Desastrosa retirada de los españoles: horrible matanza: la *Noche triste*.—Hernán Cortés en Otumba.—Prodigioso triunfo.—Vuelve Cortés sobre Méjico.—Resistencia de Guatimocín.—Ataques repetidos, combates furiosos, mortandad, peligro de Cortés.—Bloqueo, hambre, sacrificio de españoles.—Captura y suplicio de Guatimocín.—Conquista definitiva de Méjico.—Otros descubrimientos de Hernán Cortés.—Disensiones y rivalidades de españoles: disgustos de Cortés.—Ingratitud de Carlos V.—Cortés en España.—Muere retirado en Sevilla.—FRANCISCO PIZARRO.—Su patria, educación y primeras expediciones marítimas.—Asociación de Pizarro, Almagro y Luque para la conquista del Perú.—Pizarro, jefe de la empresa.—Se embarca en Panamá.—Contratiempos.—Pizarro en Túmbez: riqueza del país.—Es nombrado gobernador de los países que descubriera.—Justo resentimiento de Almagro: se reconcilian.—Triunfos de Pizarro en Túmbez.—Religión de los peruanos.—Los Incas del Perú.—Derrota Pizarro y cautiva al rey Atahualpa.—Llena éste de oro la sala de su prisión para obtener su rescate.—No le sirve, y muere en garrote.—Repartimiento del oro.—Pizarro y sus españoles en Cuzco.—Riqueza inmensa que hallan en esta ciudad.—Funda Pizarro la ciudad de Lima.—Insurrección general de los peruanos: degüello de españoles.—Guerra civil entre Almagro y Pizarro.—Domina aquél en Cuzco y éste en Lima.—Artificios de Pizarro para vencer á su rival.—Le derrota y hace prisionero.—Almagro ajusticiado por Pizarro.—Indignación que causa la crueldad de éste.—Medidas de la corte de España para atajar sus tiranías.—Muere Pizarro asesinado por los españoles.—Proclamación del hijo de Almagro en el Perú.

Aunque los descubrimientos y conquistas que en el Nuevo Mundo continuaron haciéndose después de Cristóbal Colón, exigen, para ser debidamente conocidos y apreciados, no una sino muchas historias particulares, y fuera imposible hacer de ellos una narración detenida en la general de España sin menoscabo de su unidad, creemos, no obstante, necesario



CASTILLO DE MEDELLÍN (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

dar siquiera una rápida noticia de las principales adquisiciones con que siguió enriqueciéndose la corona de Castilla, para que se conozca al menos la manera admirable como se descubrieron y ganaron los principales dominios que en uno y otro mundo llegaron á estar sujetos al nieto de los Reyes Católicos, Carlos I de España y V de Alemania, y las proezas que en ambos mundos á un tiempo estaban ejecutando los españoles.

Cuando Carlos de Austria unió á las coronas de Castilla y Aragón el trono imperial de Alemania, encontró acrecentados los dominios españoles que acababa de heredar, no sólo con las conquistas hechas por el almirante Colón en el Nuevo Mundo por él descubierto, sino con las que habían añadido otros nuevos aventureros que siguieron ó su ejemplo ó sus mismos pasos, conforme al espíritu caballeresco de la época. Vasco Núñez de Balboa, á quien han llamado el segundo jefe de aquella caballería oceánica, había descubierto el Pacífico, vencida la poderosa barrera del istmo; Ponce de León, el conquistador de Puerto-Rico, había descubierto la Florida; Hernández de Córdoba había encontrado en Yucatán y Campeche indios que mostraban ser más civilizados que los conocidos hasta entonces; y el castellano Juan de Grijalva había tenido la gloria de poner el primero el pie en la tierra de Méjico. Gran sorpresa causó á la gente de esta expedición, enviada por Velázquez, el gobernador de Cuba, el aspecto de casas de cal y canto construídas con regularidad en el país que nombraron Nueva España, así como se la causó de horror el espectáculo de un templo, en cuyos altares había diferentes ídolos de horrible aspecto, á quienes se conocía haberse recientemente inmolado víctimas humanas, y de lo cual pusieron á aquella isla el nombre de Isla de los Sacrificios. Grijalva, con arreglo á las instrucciones que había recibido del gobernador Velázquez, no estableció colonias en el grande imperio que acababa de descubrir, y se limitó á regresar á Cuba con las muestras de la riqueza que encerraba, llevando gran cantidad de oro, armaduras de este metal guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y otros objetos y regalos recibidos de los naturales á cambio de vidrios y algunas baratijas que les dejaron los españoles.

El caprichoso y altivo Velázquez acriminó á Grijalva y le trató con dureza por no haber establecido una colonia en el país descubierto, siendo así que en ello no había hecho sino cumplir sus órdenes. Y excitada la avaricia de Velázquez con las noticias y las muestras de tan abundante riqueza, determinó enviar mayor flota y con mayor armamento para la conquista y colonización de aquellas nuevas regiones. ¿Á quién podría encomendar el suspicaz Velázquez, y cuál sería la persona á quien fiara tan importante empresa?

Varios hidalgos la pretendieron; pero á todos fué preferido uno, que seguramente aventajaba á todos en idoneidad, en inteligencia y valor, pero que habría sido el postrero de quien Velázquez se hubiera valido, á haber previsto el éxito de tamaña empresa. Era éste un extremeño, de edad de treinta y tres años, natural de Medellín, é hijo de padres nobles, aunque no ricos, que dejando el estudio de la jurisprudencia, que en su juventud había comenzado en Salamanca, por la inclinación á las aventuradas expediciones al Nuevo Mundo á que el espíritu de la época arrastraba en-

tonces á todos los jóvenes de imaginación y de genio, se había embarcado para la Española á principio del siglo, llevando cartas de recomendación para el sucesor de Colón D. Nicolás de Ovando. Este joven, á quien la Providencia tenía destinado á eclipsar todas las reputaciones del Nuevo Mundo, si se exceptúa la de Colón, se había hecho célebre por sus galanterías y aventuras amorosas. Velázquez le había llevado consigo á la conquista de Cuba, donde se distinguió por su valor y su actividad. Su esbelto y agraciado continente, su buen humor, sus finos modales, su discreción y gracia en el decir, y otras aventajadas prendas, así le daban partido entre las damas como le captaban el aprecio de los soldados, y le granjeaban el afecto de cuantos le conocían. Por su genio travieso y emprendedor fué escogido por los descontentos de Velázquez para ser el alma de una conspiración contra él, lo cual le puso varias veces á riesgo de perder la vida; escapóse de las cárceles en que se vió metido, rompiendo los grillos, escalando los muros, y acogiéndose á sagrado, y del buque en que en una ocasión le llevaban preso se libertó arrojándose á las olas y ganando á nado la orilla. Reconciliado después con Velázquez, vivía tranquilo en Santiago de Cuba, en compañía de su esposa la hermosísima doña Catalina Juarez, labrando las tierras que le habían tocado en el *repartimiento*, y explotando las minas de oro que le cupieron en suerte, con lo cual llegó á hacer una más que mediana fortuna, cuando fué nombrado capitán general de la flota que se destinaba á la conquista del vasto y opulento imperio mejicano. En la construcción y armamento de los buques empleó toda su fortuna particular, y todos se aprestaban á seguir gustosos al hombre que gozaba de más prestigio entre españoles y cubanos.

Este hombre era Hernán Cortés, el más famoso de los conquistadores del Nuevo Mundo después de Cristóbal Colón.

De buena gana le hubiera destituído el suspicaz y envidioso Velázquez del mando que acababa de conferirle, pero Cortés había tenido la previsión de preparar y activar en secreto la marcha de su flota; y cuando una noche (18 de noviembre de 1518), con aviso que de ello tuvo el gobernador, corrió presuroso al muelle, halló la armada dándose ya á la vela. *¿Qué es esto?* gritó á Cortés desde el muelle; *¿así os vais sin despediros?—Perdonad*, le respondió el capitán, *el tiempo urgía, y hay cosas que son más para hechas que para pensadas: ¿tenéis algo que mandarme?* Y continuó desplegando al viento las velas de su buque, dejando al gobernador burlado y entregado al despecho. Cuando desembarcó en Trinidad, presentóle el alcalde una orden que acababa de recibir del gobernador de Cuba, destituyéndole del mando de la flota, que había dado ya á otro. Cortés afectó respeto á la orden del gobernador, pero mandó levar anclas y prosiguió á la Habana. El comandante de esta plaza recibió también pliegos de Velázquez, en que le mandaba prender á Cortés; mas ni éste estaba dispuesto á obedecer, ni aquél mostró gran voluntad de ejecutar las órdenes del gobernador, y Cortés, seguro de la decisión de su gente, bogaba la noche del 10 de febrero (1519) hacia el cabo de San Antonio, y siguiendo el rumbo de Grijalva, se dirigió á la costa de Yucatán y se detuvo en la isla de Cozumel.

Toda la fuerza de naves, hombres y armamento que Hernán Cortés

llevaba para una de las mayores empresas que cuentan los anales del mundo, y cuyas inmensas dificultades hubieran arredrado y detenido al hombre de más esforzado corazón si hubiera sido posible preverlas, consistían en once naves, entre grandes y pequeñas, con la dotación de 110 marineros, 10 cañones de montaña y 4 falconetes, 553 soldados, entre ellos 32 ballesteros y 13 arcabuceros, 200 indios de la isla, y sobre todo 16 hombres montados, que era lo que constituía su mayor fuerza, por el terror que habían de infundir á los indios salvajes. Puso la armada bajo la inmediata protección de San Pedro, santo á que tenía particular devoción, y en su estandarte de terciopelo negro bordado de oro había hecho inscribir en derredor de una cruz roja el lema siguiente, imitación del Lábarum de Constantino: *Vincemus hoc signo;* con esta señal venceremos.

Sentimos no poder seguir paso á paso al ilustre extremeño, que casi desde que puso el pie en las regiones de Nueva España tuvo que luchar con tales y tan ímprobos y continuados trabajos, que habiéndoles dado feliz cima, con razón ha podido llamársele el Hércules del Nuevo Mundo. Viósele ya en la isla de Cozumel, tan político guerrero como fervoroso apóstol del cristianismo, dominar á los naturales, ya con el halago, ya con el terror, derribar los ídolos de sus templos, hacer á los indígenas presenciar absortos y callados las ceremonias sagradas del culto cristiano, y dejar derramada la luz de la fe en aquellos isleños; vencer los indios en la embocadura del Grijalva; marchar por entre mil dificultades y peligros hacia lo interior del país; apoderarse de la gran ciudad de Tabasco; tomar posesión de ella á nombre del rey de Castilla; triunfar después con su diminuta hueste en batalla campal de un ejército de cuarenta mil indios (25 de marzo, 1519) en el sitio con justicia nombrado *Santa María de la Victoria;* convertir al día siguiente en sumisos súbditos del monarca español los que acababan de pelear como arrogantes y terribles enemigos; recibir el homenaje de los caciques de la provincia, que le ofrecían como dádivas propiciatorias su oro y sus más bellas esclavas. Hernán Cortés en Tabasco aparecería una figura mitológica, un héroe fabuloso, si á tales hazañas no hubieran seguido otras aun más heroicas, otras aun más prodigiosas realidades. No es extraño que los españoles victoriosos en Tabasco, asombrados ellos mismos de su triunfo, creyeran haber visto al santo Apóstol patrón de España pelear en su favor contra los infieles; lo mismo se contó en otro tiempo de los de Clavijo, porque los efectos de una fe fervorosa en las imaginaciones de los hombres son los mismos en todas las partes del mundo.

Bien conocemos lo que influyó en tan portentosa victoria el estruendo y el fuego de la artillería y mosquetería, que tanto asustó y tanto estrago causó á los indios que por primera vez veían y experimentaban los terribles efectos de aquellos nuevos truenos y rayos lanzados por manos de hombres, así como la sorpresa y espanto que les causaron la especie de monstruos que se les representaban en los jinetes y caballos, que creían ser una misma cosa, al modo que los antiguos gentiles representaban sus centauros. Pero aun así, sin la habilidad, el denuedo y la serenidad de Cortés, y sin el valor de sus capitanes y soldados, no hubiera sido posible arrollar con un puñado de hombres aquellas imponentes y numero-

sas masas de indios, que al cabo peleaban con arrojo, manejaban armas terribles, acometían con ímpetu, se reemplazaban sin aprensión, y no carecían de cierta táctica de guerra, ni eran tan inciviles y salvajes como los indios de otras regiones.

De gran recurso y de utilidad inmensa sirvió á Cortés en sus expediciones sucesivas la más bella de las esclavas que le regalaron en Tabasco. Sin los auxilios de la joven y hermosa Marina (éste fué el nombre que se le puso después), que como hija de un cacique mejicano, entendía y hablaba el idioma de los países que los españoles fueron recorriendo, ni Cortés hubiera podido entenderse en San Juan de Ulúa con los generales y enviados del gran emperador Motezuma, soberano del vasto imperio de Méjico, que le llevaban regalos y presentes de gran valor, y le preguntaban quién era y con qué objeto visitaba aquel imperio, ni hubiera podido marchar sino á ciegas por países que no conocía y entre gentes á quienes no tenía medio de entender. Pero la Providencia pareció haberle deparado en Marina un genio tutelar, que comenzando por intérprete, pasando luego á ser su confidente y secretaria, para concluir por hacerse dueña del corazón del ilustre caudillo, fiel siempre á los españoles, fué su más eficaz y útil auxiliar, y sacó al atrevido conquistador de los más apurados y críticos trances.

La conducta de Cortés con los embajadores mejicanos; sus discretas respuestas; su mezcla de dulzura y energía, alternando entre los halagos y las amenazas; sus contestaciones á Motezuma, ya blandas y apacibles, ya fuertes y belicosas, según el tono con que le hablaba el gran emperador; el tráfico que en forma de regalos sostenía con los indígenas, en que á trueque de fruslerías iba recogiendo una inmensa riqueza en cajas llenas de joyas y piedras preciosas, en cascos colmados de oro puro, en finísimas telas de algodón, en planchas circulares de oro y de plata maciza de grandes dimensiones con que los mejicanos representaban el sol y la luna; la oportunidad con que supo hacer evolucionar sus escasas tropas ante los caciques indios, para que vieran el fuego del cañón y oyeran su estampido y el silbido de sus balas, y la facilidad con que los jinetes manejaban los enormes cuadrúpedos; el disimulado ardid con que procuró que los pintores aztecas pudieran llevar á Motezuma dibujos exactos de sus armas, trajes y pertrechos, para que tuviera una muestra de su poder; el toque de la campana y la escena de arrodillarse los soldados ante la cruz para dar una idea á los indios de las ceremonias del cristianismo, y ocasión para explicarles las excelencias de su doctrina; todo revelaba en Hernán Cortés, no ya sólo un guerrero intrépido y un aventurero audaz, sino un hombre de genio superior y un político diestro y astuto.

No menos político, y aun más mañoso con los suyos, manejóse tan hábilmente con los descontentos que murmuraban de que los tuviese en tan abrasado é insalubre clima, y con los partidarios de Velázquez que intrigaban para hacerle volver á Cuba, que aquello mismo que parecía ponerle en el conflicto más extremo, y dar al traste con todos sus designios de engrandecimiento y de gloria, supo Cortés convertirlo en provecho propio, en afianzamiento de su autoridad y en general entusiasmo por su jefe. Su renuncia del mando ante el ayuntamiento de la *Villa-Rica de la*

Vera Cruz, que acababa de fundar y establecer, para salir nuevamente nombrado capitán general por aclamación popular, fué un golpe maestro de política que afirmó su poder y desconcertó á Velázquez. Las murmuraciones se convirtieron en aplausos, los conspiradores en súbditos sumisos, y todos gritaron «¡Viva Cortés!»: transformación admirable, que no hubiera podido hacer un talento vulgar.

Una embajada de indios de Zampoala se presenta al caudillo español á invitarle de parte de su cacique á que vaya á su ciudad, porque desea ser aliado y amigo del extranjero, cuyas proezas en Tabasco han llegado á su noticia. Acepta Cortés la propuesta, y se pone en marcha con su pequeña hueste. Atraviesan primero desiertos países y abandonadas poblaciones; entran luego en una fertilísima comarca, especie de paraíso, regado de limpios riachuelos, vestido de bosques frondosos, tapizado de olorosas plantas, y esmaltado de vistosas flores: llegan á Zampoala, y el lustre de las paredes de las casas hace á los españoles la ilusión de una ciudad fabricada de plata: el pueblo los rodea con una curiosidad pacífica y aun afectuosa; un obeso personaje, que excita la hilaridad de los españoles, pero cuyas insignias mostraban ser el cacique, recibe á Cortés con demostraciones de benevolencia y alegría: le revela que desea libertar su país del tirano yugo de Motezuma, cuyo despotismo querían también sacudir muchos vasallos del imperio: Cortés escucha con secreto gozo tan importante revelación; ve en ella un camino que se le abre para apoderarse del inmenso imperio mejicano: contesta al cacique que él es enviado por el grande emperador de Oriente, el poderoso rey de España, para exterminar los opresores de aquella parte del mundo; el cacique recibe con lágrimas de júbilo la declaración del extranjero, le ofrece de nuevo su amistad, y Hernán Cortés cuenta ya con un poderoso aliado entre los indios. El cacique de Quiabislán se le somete igualmente, y reduce á prisión á seis ministros de Motezuma que de parte de su amo se presentaron á reconvenirles de traidores. La política de Cortés saca partido de este suceso; pone á los prisioneros en libertad y los envía á Motezuma, para que vea que el general español es el libertador de sus propios vasallos.

Satisfecho Cortés con la adquisición de tantos súbditos para la corona de Castilla, funda entonces entre Quiabislán y el mar la verdadera ciudad de Vera-Cruz, que había de servir de punto de apoyo para las operaciones futuras, de almacén de provisiones y de puerto para los buques, y determina llevar adelante su arriesgado plan de marcha hasta la capital del imperio mejicano. Mas poco faltó para que su ardiente celo religioso comprometiera su empresa. Resuelto á abolir los horribles sacrificios de víctimas humanas que aquellos indios inmolaban á sus dioses, haciéndole el entusiasmo de la religión olvidar por un momento su ordinaria y prudente política, accedió al deseo manifestado por sus soldados de derribar á la fuerza y hacer pedazos los ídolos de los templos. Informados los indios de la intención de los españoles, preséntanse todos armados y en tumulto, dando horribles gritos, mezclados con ellos los sacerdotes con sus largas vestiduras y sus destrenzadas cabelleras tintas en sangre. Cortés, por medio de su intérprete la bella Marina, hace anunciar á caciques y guerre-

ros, que si una sola flecha se lanza sobre los españoles, ellos y todo el pueblo serán irremisiblemente degollados. Asusta tan terrible intimación á los tumultuados, y cincuenta soldados españoles, á una señal de su caudillo, suben al templo, echan á rodar sus ídolos, vasos y altares, en medio de los sollozos de la aterrada muchedumbre; lávanse las paredes salpicadas de sangre humana; en el sitio en que había estado el ídolo principal se coloca una cruz y una imagen de la Virgen: una misa y una procesión solemne terminaron aquella ceremonia, y como los indios vieron que el fuego del cielo no consumía á los profanadores de su templo y á los destructores de sus divinidades, enmudecieron atónitos, y aquella acción y el espectáculo de las ceremonias cristianas les hicieron el mismo efecto que á los de la isla de Cozumel.

Necesitaba el atrevido expedicionario dar un origen legítimo á su autoridad, y precaverse contra el encono y arbitrariedad de Velázquez. A este fin despachó á España un buque con pliegos y cartas para el emperador Carlos V, noticiándole todo lo ocurrido desde su salida de Cuba, solicitando la aprobación de su conducta y la confirmación en el cargo de capitán general, y manifestando su confianza de conquistar para su corona el vasto y opulento imperio de Méjico. Pero otro suceso, el más grave de cuantos le habían acontecido, estuvo á punto de frustrar otra vez su gigantesca empresa. En su mismo campamento se había fraguado una conspiración entre sus desafectos, á cuya cabeza se hallaba el religioso Juan Díaz; aunque descubierta oportunamente por uno de los conjurados, y castigados los principales, dejó en su alma una sensación profunda. Temiendo que quedase vivo en su cortísima hueste el germen del descontento y la semilla de la insubordinación, y para quitar á los cobardes y á los desafectos toda esperanza de salir con su idea, tomó la resolución más enérgica, más atrevida, más desesperada, pero también la más heroica que ha podido jamás concebir un hombre. Sin que lo supiese su pequeño ejército, le cortó toda posibilidad de retirada, hizo desmantelar los buques, barrenarlos, destruir toda la flota, *quemó las naves*, como ha llegado á decirse proverbialmente; «rasgo, dice con razón uno de los historiadores de la conquista, el más insigne de la vida de este hombre memorable. La historia ofrece ejemplos de parecidas resoluciones en circunstancias críticas, pero ninguna en que las probabilidades del éxito fuesen tan eventuales y la derrota tan desastrosa. Si hubiera sucumbido, se hubiera mirado como un rapto de demencia. Y sin embargo, era fruto de maduro cálculo. Había jugado en este golpe su fortuna, su reputación, su vida, y era menester arrostrar las consecuencias...» Expúsose Cortés á ser víctima de una soldadesca furiosa y desesperada, pero el impertérrito caudillo arengó con tan vigorosa elocuencia á sus tropas, que obrando en ellas la más completa y maravillosa conversión, y produciendo un entusiasmo portentoso, todos exclamaron á una voz: *¡á Méjico! ¡á Méjico!* El hombre que de este modo sabía obrar, merecía bien la conquista de un grande imperio.

Para tales jefes y con tales soldados, parece no haber empresa imposible. La de Hernán Cortés no lo fué, aunque por tal la hubieran tenido todos. Veamos los resultados de esta heroica determinación, ya que no

nos sea dado referir sus pormenores. La república independiente de Tlascala, enclavada en medio del imperio mejicano, declara la guerra á los españoles á excitación de su jefe el valeroso joven Xicotencal, pero la espada invencible de Cortés triunfa en Tlascala como triunfó en Tabasco. Un caballo español acribillado de flechas cae muerto en el campo de batalla. Un indio le corta la cabeza, y la pasea por el campo clavada en una pica, gritando con júbilo: *¿Lo veis? estos monstruos no son invencibles.* Xicotencal envía al campamento de los españoles un regalo de gallinas y otras viandas, haciendo decir á Cortés que aquellas provisiones son para que engorden sus soldados antes de ser sacrificados á sus dioses, y para que su carne fuese de mejor gusto, porque se proponía saborearse con ella en compañía de sus principales guerreros. Riéronse los españoles de la fanfarronada y comieron alegremente las provisiones enviadas por el arrogante tlascalteca. Una batalla y otra victoria de los españoles abatió un poco la soberbia de Xicotencal. «Los españoles, hijos del sol, decían los sacerdotes indios, deben toda su fuerza á los rayos de este astro; combatidlos de noche, y veréis cuán débiles son.» En virtud del consejo de estos magos dieron los tlascaltecas un ataque nocturno; mas como pereciesen en él millares de indios, ellos mismos comenzaron por sacrificar á sus dioses algunos de sus embusteros profetas; convenciéronse de su inferioridad, convidaron con la paz á los españoles, les ofrecieron su amistad, hizo Hernán Cortés una entrada pomposa en Tlascala (23 de setiembre, 1519), y desde entonces los tlascaltecas fueron sus más firmes y leales aliados.

No así los de Cholula. A invitación del mismo Motezuma pasó Cortés á esta ciudad, y mientras los cholulanos festejaban á los españoles, una horrible conspiración se tramaba para caer traidoramente sobre ellos y exterminarlos. El genio tutelar de Cortés, la bella Marina, la descubre, la denuncia, y salva al caudillo y al ejército. Cortés se dejó arrebatar en esta ocasión de la cólera, y ordenó una matanza que no cesó sino cuando se cansaron de degollar los soldados; primer ejemplo de crueldad, que después desgraciadamente fué seguido de tantos otros.

Prosiguió Cortés su atrevida marcha á Méjico, donde el emperador, irresoluto ya y tímido, les fué dejando acercar. Grande fué la sorpresa de los españoles al encontrarse en un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un gran lago semejante á un mar, poblado de ciudades que parecían salir del seno de las aguas. Ya no se acordaron más de los trabajos que habían sufrido, ni pensaron sino en los tesoros que iban á recoger por término de sus afanes; y no es maravilla que exclamaran como dicen: *Esta es la tierra de promisión.* Mayor y más agradable fué su asombro al ver al gran emperador Motezuma salir á recibirlos, sentado en su silla de oro en hombros de cuatro principales señores del imperio, con su largo manto de finísima tela de algodón sembrado de joyas y pedrería, su corona de oro en forma de mitra y sus sandalias de oro macizo también. Cuando los mejicanos vieron á su emperador, que apenas bajaba la cabeza ante sus dioses, saludar respetuosamente al caudillo extranjero, ya no dudaron que aquellos hombres eran una especie de *teules*, que era el nombre que daban á sus divinidades. Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad (8 de noviembre, 1519) y los españoles se quedaron absortos de verse

en una población de veinte mil casas, con calles anchas y regulares, jardines, templos, plazas y mercados, circulando por ella un inmenso gentío. Hernán Cortés había realizado su gigantesca empresa; y sin embargo, ahora que se hallaba en la capital del imperio mejicano, le pareció más difícil que nunca su destrucción.

En medio de las atenciones y agasajos de que Cortés era objeto en aquella ciudad imperial, desconfiaba de Motezuma y de su pueblo, y los avisos de los tlascaltecas que los conocían bien, le confirmaban en lo falso y arriesgado de su posición. ¿Qué sería de aquel puñado de españoles en medio de una capital populosa, si los mejicanos cortaban los puentes de las calzadas y rompían los diques del lago? Llégale en esto la siniestra nueva de que un general mejicano llamado Qualpopoca había invadido las tierras de los indios confederados, atacado la escasa guarnición española de Vera-Cruz que salió á protegerlos, muerto siete soldados y herido al gobernador Escalante; y que la cabeza de un español era paseada por los pueblos para mostrar que aquellos extranjeros no eran inmortales. Cortés se cree en el caso de tomar una resolución enérgica y decisiva, como lo eran todas las suyas, y se apodera de la persona de Motezuma á quien supone cómplice, y le lleva cautivo al cuartel de los españoles. Qualpopoca y sus capitanes vienen á poder de Cortés, y un tribunal les condena á ser quemados vivos: la ejecución se realiza: «el crimen ha sido expiado,» le dice Cortés á Motezuma, y le manda soltar los grillos que le habían puesto.

Dueño el general español de los tesoros de Méjico, cobrándose por él los impuestos de la nación, declarado el emperador azteca feudatario del rey de Castilla, y en manos de Cortés su autoridad, parecía haberse concluído la conquista del imperio mejicano. Pero muy imperfecta en verdad hubiera sido la obra del conquistador cristiano, si se limitara á la material adquisición de un territorio. ¿Había de tolerar que siguieran aquellos abominables sacrificios, aquellos banquetes horribles de carne humana que los mejicanos ofrecían á sus dioses cuando tenían hambre, y que los hombres devoraban á nombre de los dioses con bárbaro placer? Propúsose Cortés abolir aquellos ritos inmundos y hacer conocer á aquellas gentes el culto suave y humanitario del cristianismo. En el cuartel de los españoles se limpió el ara sangrienta de un templo; en lugar del dios sanguinario de la guerra se colocó la imagen de la madre del Dios de paz, y donde había estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca presentó el sacerdote cristiano á la adoración del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redención de la humanidad. Pero otra vez el celo religioso puso á Cortés en trance y peligro de perder todo lo ganado, porque un pueblo sufre mejor cualquier otro ultraje que el de que le quiten su religión. El pueblo y los sacerdotes no pudieron sufrir la profanación de sus altares. El mismo Motezuma llamó un día á Cortés á su aposento, y con una firmeza desacostumbrada le dijo que sus dioses estaban ofendidos, y pues la misión de su monarca estaba ya cumplida, se apresurara á salir de la ciudad y del imperio. Cortés disimuló, manifestó deseos de volver á su patria, pero expuso que para verificarlo necesitaba construir algunos buques, porque su flota había sido destruída, y pidió á Motezuma que sus

súbditos le ayudaran á la construcción de las naves. A esto accedió muy gustoso el emperador, con el afán de que cuanto antes pudieran irse los españoles.

Otro objeto se proponía Cortés en la construcción de buques. Mas cuando estaba en esta faena, que entretenía y dilataba todo lo posible, recibe aviso de que Pámfilo de Narváez, teniente de Velázquez el gobernador de Cuba, ha desembarcado en la costa mejicana con mil cuatrocientos hombres, con la comisión de despojarle de su conquista, de hacerle prisionero y de llevarle á Cuba para ser juzgado. Jamás Hernán Cortés se había visto en mayor conflicto y apuro. ¿Abandonará y perderá á Méjico por salir á combatir un ejército español tres veces más numeroso que el suyo? ¿Esperará en la ciudad la llegada de Narváez para tener dos terribles enemigos, uno dentro y otro fuera? Cortés opta como siempe por la resolución más audaz: encomienda la guarda de Méjico á su teniente Pedro de Alvarado con solos ochenta españoles, le deja las instrucciones á que ha de arreglar su conducta, pónese de acuerdo con Sandoval, el nuevo gobernador de Vera-Cruz, y sale con doscientos cincuenta hombres al encuentro de Narváez; le sorprende en una noche tempestuosa y lóbrega en Zampoala, le ataca, le hace prisionero, únense al vencedor las mismas tropas del vencido, y Cortés da la vuelta á Méjico á la cabeza de mil trescientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil tlascaltecas.

A su regreso encuentra la populosa capital insurreccionada, y á Alvarado y sus pocos españoles estrechados por los insurrectos. Cortés ni desmaya ni vacila; penetra en la ciudad, y se empeñan los más vivos y encarnizados combates. Compréndese mejor que se explica cuán horrorosa y trágica sería la pelea de muchos días, entre una inmensa población arrebatada de furia y unos soldados luchando á la desesperada. Motezuma se ve comprometido á servir de mediador entre la ciudad y los españoles para ver de atajar tanta sangre: accede, aunque con recelo, á presentarse revestido de las insignias imperiales y de toda la pompa y atributos del poder. Su recelo era bien fundado; al querer arengar á su pueblo para ver de calmar la sedición, cae mortalmente herido por una lluvia de flechas y piedras lanzadas por sus mismos súbditos, y sucumbe á poco tiempo (30 de junio, 1520). Embargó al pronto á los mejicanos el estupor y el asombro de lo que acababan de ejecutar; mas pronto se recobran, proclaman emperador á Quetlavaca, hermano de Motezuma, y se renueva con más fuerza el ataque del cuartel español. La sangre corre á torrentes por las calles, á nadie se perdona la vida. Cortés mismo se ve en mil personales riesgos, pero sin abandonarle nunca su carácter magnánimo; reconoce al fin la necesidad de retirarse de aquella población infernal, y aprovecha para ello la oscuridad de una noche y la lluvia que caía en abundancia. ¿Mas por dónde huirá si los indios le cortan las calzadas del lago?

Y así fué por desgracia. No sólo habían hecho hasta siete zanjas en la calzada de Tacuba que Cortés eligió para la retirada, sino que el lago se hallaba cubierto de millares de canoas, desde las cuales lanzaban espesas granizadas de flechas y dardos sobre los fugitivos y apiñados españoles y tlascaltecas. A fuerza de prodigios y luchando con la muerte, iban ganan-

do los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Muchos perecían en las olas, salvábanse otros á nado, caían otros acribillados de flechas, los gritos eran horribles, la mortandad espantosa. Alvarado, Ordaz, todos hicieron maravillas de valor. Cortés se mostró más que nunca heroico, y cuando ganaron la tierra firme, angustióse el valeroso caudillo al ver que habían perecido dos mil tlascaltecas, doscientos españoles y cuarenta y seis caballos. Quedóle á aquella noche el nombre de noche de la desolación y el de *la Noche Triste* (1.° de julio de 1520).

No pararon aquí los trabajos. Al sexto día de caminar por inmensas soledades con increibles privaciones y padecimientos, sorprende á los españoles el espectáculo de cuarenta mil guerreros indios que los aguardaban en el valle de Otumba. ¿Qué hará Hernán Cortés en este nuevo trance? Vencer ó morir es su resolución: arenga á sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa Cortés con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservación sabe que cifran los mejicanos el símbolo de la suerte del imperio; rodéase de sus más intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla á los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mejicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven huyen despavoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botín y sus tesoros, y se va á descansar á la ciudad amiga de Tlascala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba (8 de julio de 1520).

Una nueva feliz viene allí á aumentar sus esperanzas y la alegría de su último triunfo. Tres navíos de España cargados de municiones y soldados han arribado por casualidad al puerto de Vera-Cruz, cuyo gobernador ha determinado á sus capitanes á incorporarse á las tropas de Cortés. Con este refuerzo el ejército conquistador se vuelve á encontrar tan numeroso como á su entrada en Méjico. Cortés se siente capaz de emprender de nuevo la conquista, y sus amigos los tlascaltecas le facilitan un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Había muerto en Méjico el nuevo emperador, y ocupaba el trono imperial el joven Guatimocín, pariente de Motezuma, que no carecía de valor ni de previsión, y congregando cuanta gente de guerra pudo, se preparó á hacer á los españoles una resistencia desesperada. Cortés no se arredra por eso, y emprende su marcha. Al llegar á las cercanías de Tezcuco, previene y frustra una conspiración del cacique para aniquilar toda la hueste española. Conoce que no podrá apoderarse de Méjico sin algunos buques de guerra que oponer á las canoas de los indios: da principio á la obra de construcción, y en pocos días y como por encanto aparece armada una escuadrilla de trece bergantines. Con su auxilio va sometiendo las provincias y poblaciones inmediatas á la capital, y haciendo alianza con sus tribus, y esta defección pone en cuidado á Guatimocín. Al tiempo de atacar la ciudad descubre otra conspiración de sus propios soldados, partidarios todavía algunos de ellos de Velázquez, que se proponían nada menos que asesinar á su general. Cortés hace ahorcar al principal de los conjurados, llamado Antonio de Villafañe, encuentra la lista de los demás cons-

piradores, disimula, los tranquiliza con mucha política, y le siguen todos al ataque.

Amaestrado Cortés con el desastre de la *Ncche Triste,* dispone convenientemente su tropa y sus buques para poder marchar por las calzadas, y combatir los millares de piraguas indias que llenaban el lago. Su artillería derrama el espanto y la muerte en los indios de las canoas, y Cortés penetra el primero hasta el corazón de la ciudad, hasta el templo en que habían dejado plantada la cruz, ya reemplazada otra vez por el dios de la guerra de los aztecas. Pero se ve obligado á retroceder, furiosamente atacado por los mejicanos. Los combates se renuevan y repiten con bárbaro furor, con lastimosa matanza de hombres y lamentable destrucción de edificios. Cortés corrió en esta ocasión los mayores peligros personales. Los españoles se retiran y vuelven á acometer; son rechazados y tornan á pelear con la misma furia: por espacio de muchos días se combate sangrienta y encarnizadamente y sin descanso, en tierra y en agua, en la ciudad, en las calzadas y en la laguna. Recibe Cortés numerosísimos refuerzos de las ciudades amigas, y bloquea la capital hasta hacerle sentir el hambre. Pero deseando poner pronto término á tan funesta guerra, dispone un asalto general por tres puntos: él es quien más avanza saltando zanjas y trincheras; pero suena en el sagrado templo la trompa de Guatimocín, y vomitando las calles innumerables bandas de frenéticos indios, seis vigorosos guerreros se abalanzan hacia el general español y le derriban herido al suelo; el capitán Olea le salva de la muerte matando dos de aquellos feroces indios, y á costa de caer él moribundo al lado de su jefe. Cortés y sus españoles se retiraron con no poca pérdida, venciendo mil dificultades y peligros.

Una noche observaron los españoles desde su campamento una procesión que se celebraba en la ciudad: entre las filas de los sacerdotes divisaron varios de sus compatriotas prisioneros que conducían desnudos á sacrificar al dios de la guerra, según su costumbre, y á quien hiciesen después sabroso manjar de sus carnes los feroces caníbales del atrio del templo. Tan horrendo espectáculo heló de estupor á unos, y encendió en rabia y en desesperación á otros. Los indios confederados intentan abandonar á los españoles, porque los sacerdotes mejicanos les han enviado á decir que el terrible *Huitzilopochtli*, su ofendida deidad, aplacado con aquellas víctimas, ha vuelto á tomar bajo su amparo á los aztecas, y dentro de ocho días perecerían todos los españoles. Esta fatítica predicción, fué la que salvó al impertérrito Cortés: *Aguardad,* les dijo, *estemos sin pelear ocho días, y yo os convenceré de la impostura de esos oráculos.* El convenio se acepta, transcurre el plazo, los españoles viven, los oráculos quedan desmentidos, y los indios aliados se apresuran á incorporarse confiadamente á Cortés, avergonzados de su credulidad.

Penetran otra vez los españoles y sus aliados en la población, acosada ya de los horrores del hambre y de la sed, derriban edificios, incendian templos, degüellan sin conmiseración; y Guatimocín, que no ha querido escuchar proposiciones de paz, determina fugarse para hacer la guerra desde la calzada del Norte. Sandoval, que mandaba la flotilla española en el lago, advierte que le cruzan muchas canoas atestadas de gente. García

Holguín, que conducía el buque más velero, persigue una de ellas en que le pareció que iban personajes de cuenta: al mandar apuntar á sus ballesteros le gritan que no descargue: *Yo soy Guatimocín*, exclamó un joven guerrero; *llevadme á vuestro general, sólo os pido que no toquéis á mi esposa y á los que me acompañan*. La nueva de la captura de Guatimocín cunde rápidamente entre los mejicanos, que yertos de estupor cesan en el combate. Hernán Cortés y los españoles quedan apoderados de Méjico (13 de agosto, 1521), después de un sitio de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor, y por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores.

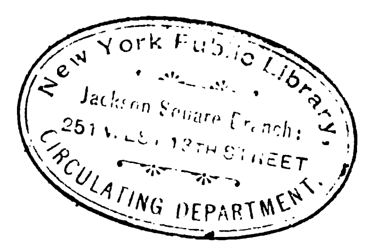
Los días siguientes á la rendición se invirtieron en limpiar la ciudad de los montones de cadáveres que la infectaban, en presenciar la marcha de los que habían quedado vivos, aunque extenuados del hambre, en hacer procesiones religiosas, en celebrar banquetes, en solemnizar de mil maneras el triunfo, y en repartirse las riquezas que encontraron. Como estas no correspondieran á las esperanzas de los españoles, prorrumpieron en quejas y murmuraciones, y pidieron en tumulto que les fueran entregados Guatimocín y su ministro para obligarlos á declarar dónde habían escondido sus tesoros. Cuéntase que puestos á tormento sobre unas parrillas, bajo las cuales había fuego vivo, como el ministro lanzara un grito de dolor mirando á su soberano: *Y yo*, exclamó Guatimocín, *¿estoy acaso en algún lecho de rosas?* Cortés mandó suspender el suplicio del emperador, pero retirósele del brasero para conducirle en el más miserable estado á una prisión, de donde se le sacó á los tres años para ahorcarle en compañía de otros dos caciques, con pretexto ó motivo de ser fautores de una conjuración.

A la rendición de la capital no tardó en seguir la sumisión de las provincias de aquel vasto imperio. El natural amor á la libertad sugirió á los mejicanos muchas conspiraciones y tentativas para sacudir el yugo de sus dominadores; mas todas eran reprimidas, y no hacían sino acarrear venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonraron. Aun así, la caída del imperio de los aztecas fué grandemente beneficiosa á la humanidad, y aun á ellos mismos: aunque más civilizados que otros indios, no dejaban de ser feroces y brutales, vivían en la esclavitud, y sus bárbaros y abominables sacrificios, y sus horrendos banquetes de carne humana, eran sobrados motivos para que la humanidad se felicitara de la conquista. La empresa llevada á cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes españoles «fué, dice un ilustrado y moderno historiador americano, como empresa militar, poco menos que milagrosa, demasiado sorprendente é inverosímil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas de la historia.»

¿Recibió el conquistador todo el premio que merecía su hazañosa empresa? Perseguido por el envidioso y rencoroso Velázquez, y calumniado en la corte de España, muchas veces vió menospreciada su gloria y sus ricos presentes. Sobre tener que luchar constantemente con las ambiciones de sus lugartenientes, el mismo Carlos V sospechó de su lealtad, y le hizo circundar de espías, á cuyas demostraciones de injusta desconfianza correspondía Cortés con nuevos servicios. Hizo reedificar la populosa ciu-

Carta original dirigida por Hernán Cortes al emperador Carlos V, fechada en Madrid a 15 de j[illegible] de 1528

(La firma autógrafa dice: Hernan Cortés.) — *Biblioteca Nacional*, [illegible]


New York Public Library.
Jackson Square Branch:
13TH STREET
CIRCULATING DEPARTMENT.

dad de Méjico que había quedado lastimosamente destruída, y la pobló de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de España. Sus continuos disgustos le podrán disculpar en gran parte de la crueldad que muchas veces empleó en la conversión forzosa de los indios á la religión y al culto cristiano.

Lejos de seguir las instigaciones de los que le aconsejaban que se proclamara independiente, prefirió venir á España á dar explicaciones de su conducta al emperador Carlos V (1528). Este monarca pareció penetrarse del mérito é importancia de sus servicios, le recibió con mucha distinción, le colmó de elogios, y le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del Valle de Oaxaca (1529). Mas con pretexto de dividir convenientemente la autoridad, nombró un virrey para Nueva España, conservándole á él el mando militar y la facultad de continuar y extender las conquistas. De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar más disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable, y partió á hacer descubrimientos en el gran mar del Sur, y descubrió la gran península de la California, y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España (1536).

Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguían agitando el país, volvió á probar las mismas pesadumbres de parte de sus émulos. Cansado de tanta injusticia y de luchar con adversarios tan indignos de él, determinó venir á España, contando con que sería al menos atendido de su monarca como la vez primera. Mas sus ilusiones comenzaron á disiparse pronto al ver el frío recibimiento que se le hizo en la corte (1540). No le sirvió seguir á Carlos V y combatir como voluntario en su famosa expedición á Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores; antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los 300,000 escudos que había gastado en su expedición á California. Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Carlos V con el mismo desdén y con la misma ingratitud que Cristóbal Colón por Fernando el Católico, un día aguardó el carruaje del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: *¿Quién sois vos?* le preguntó el monarca.—*Yo soy*, contestó Hernán Cortés con entereza, *un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos*. Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva lección tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador.

Mas no por eso mejoró su posición y su suerte. Lleno de sinsabores, y poseído de melancolía, abandonó la corte y se retiró á una soledad cerca de Sevilla. Allí murió, en Castilleja de la Cuesta, como otro Gonzalo de Córdoba, á la edad de 63 años (2 de diciembre, 1547), siendo un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes.

Y no eran estas solas las conquistas con que se agrandaban en el Nuevo Mundo los dominios del afortunado monarca español, que era al propio tiempo en el Mundo Antiguo el más poderoso de los soberanos. Otros españoles, á fuerza de trabajos y hazañas, le estaban conquistando también,

en las regiones americanas, imperios no menos vastos y mucho más ricos que el que acabamos de mencionar.

Entre los aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su expedición á Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el dificilísimo paso del istmo de Darién, y entre los que en Panamá se habían establecido con el cruel gobernador Pedrarias Dávila que hizo decapitar á Balboa, se hallaba un español, extremeño también como Balboa y Cortés, natural de Trujillo, hijo legítimo del capitán Gonzalo Pizarro, que habiendo pasado su primera edad en la humilde ocupación de guardar ganado, sin conocer siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se había distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por la aplicación y la inteligencia natural con que suplía la falta de instrucción, tanto que había sido ascendido á la clase de oficial y se había hecho digno y hábil para dirigir y mandar á otros. Este hombre era Francisco Pizarro.

Asociado Pizarro á otros dos españoles, llamados Diego de Almagro y Fernando de Luque, sacerdote este último y vicario de Darién, resolvieron, con aprobación del gobernador, hacer una expedición al Perú, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar y dirigir la atrevida empresa. Almagro había de proveerla de tiempo en tiempo de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque que se había enriquecido en Santa María de Darién, costeó los primeros gastos, que importaron 20,000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres por iguales partes los países que descubrieran y conquistaran, en fe de lo cual el clérigo Luque celebró una misa, en que después de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos, y comulgando con uno dió otro á cada uno de sus asociados (10 de marzo, 1526). Un solo navío, conduciendo ciento doce hombres de tripulación, era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur á conquistar el mayor imperio del mundo.

Errante en su primera expedición por islas y mares, después de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes en su escasa tropa, y de incesantes luchas con las olas y con los indios, encontróse otra vez el aventurero enfrente de la isla de las Perlas, en el centro del gran golfo de Panamá. Reforzado allí por Almagro con hombres y víveres, diéronse otra vez los dos á la vela, y más felices en esta ocasión, llegaron á las costas de Quito, la más bella y más vasta provincia del imperio del Perú, y desembarcaron en Tucamas. Pero conociendo ser una temeridad empeñarse en la conquista con tan escasas y debilitadas tropas, resolvieron que Almagro volviera á Panamá á buscar refuerzos, que en efecto llevó á su amigo, pero que tardaron en llegar muchos meses, cuando Pizarro se hallaba ya en la situación más triste y desesperada, en una isla desierta, con sólo trece hombres, todos extenuados, luchando con las agonías del hambre. Con aquel refuerzo tomó rumbo hacia el Sudeste, y al cabo de veintiún días de navegación, ancló en la bahía de la ciudad peruana de Túmbez, donde halló una generosa hospitalidad Los exploradores fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, y el cacique le envió varios

peruanos en canoas con bastimentos de toda clase en vasos de oro y plata, metales que brillaban en abundancia en sus habitaciones. Por lo mismo que mostraba ser un país tan rico, y al propio tiempo tan populoso, que fuera temeridad intentar su conquista con tan pobres medios y tan poca gente, creyó Pizarro que volviendo á Panamá y enseñando los magníficos vasos de plata y oro y las finísimas telas de lana y algodón que de muestra llevaba, no podría menos de ser auxiliada su empresa (1527). Mas se equivocó en su cálculo; el gobernador se negó á ello; en Pedrarias no tenía confianza: y como los tres asociados hubiesen apurado ya sus recursos, tomaron la resolución de dirigirse á la corte misma de España, para lo cual pudieron reunir algunos fondos. El encargado de esta comisión fué el mismo Pizarro.

A su arribo á Sevilla (1528) se vió encarcelado á instancias del bachiller Enciso, en virtud de sentencia que éste tenía ganada por cuentas atrasadas con los primeros vecinos del Darién. Pero puesto luego en libertad por orden del gobierno, presentóse en Toledo al emperador Carlos V con un aire de dignidad y de nobleza, que nadie había podido esperar del antiguo guardador de puercos. Encontróse allí con Hernán Cortés, que á la sazón había ido á justificar ante el monarca su conducta de las calumnias ó sospechas con que se le había querido mancillar. De modo que el afortunado soberano, á quien los españoles acababan de hacer dueño de Italia y casi árbitro de Europa, daba al propio tiempo audiencia á otros dos españoles, de los cuales el uno ofrecía á sus pies la corona de un vasto imperio en el Nuevo Mundo, y el otro le prometía la adquisición de otro imperio más opulento y más dilatado.

Pizarro le hizo una pintura tan viva, tan animada y discreta de los países que había descubierto y de los trabajos y miserias que había pasado por ganarlos y difundir en ellos la fe cristiana, que no sólo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú) con el título de Adelantado de la tierra (26 de julio, 1529), dignidad esta última que se había comprometido á solicitar para su compañero Almagro, en lo cual procedió ciertamente Pizarro con tanto exceso de ambición como falta de nobleza. Don Fernando de Luque fué nombrado obispo de Túmbez y protector general de los indios en aquellas partes. Cuando Pizarro volvió á Panamá (1530), llevando consigo de Trujillo á cuatro hermanos suyos, indignóse justamente Almagro de la deslealtad de su compañero, y sólo por mediación de Luque, y obligándose Pizarro á no pedir al rey ni para sí ni para sus hermanos otra merced alguna hasta obtener para Almagro otra gobernación igual que comenzase donde acababa la suya, pudo conseguirse que se reconciliaran de algún modo los antiguos asociados. Con esto Pizarro se dió otra vez á la vela con tres pequeñas naves y ciento ochenta y tres soldados (1531).

Cuando después de nuevos trabajos y penalidades arribó la flotilla otra vez á Túmbez, lejos de hallar Pizarro la hospitalidad de la vez primera, no encontró sino disposiciones muy hostiles, porque habían llegado á conocimiento de aquellos habitantes las rapacidades cometidas por los españoles en otros puntos. Conoció Pizarro que era forzoso emplear la

fuerza, y haciendo una marcha rápida y violenta á la sombra de la noche, sorprendió el ejército enemigo que mandaba el cacique de la provincia, y haciendo evolucionar los caballos, que en el Perú como en Méjico tomaban por monstruos, teniéndolos por una misma cosa con el jinete, y sucediéndole lo que á Hernán Cortés en Tabasco, ahuyentó los enemigos poseídos de terror, mató algunos de ellos, y recibió pronto una embajada del cacique enviándole regalos y pidiéndole la paz.

El dios que adoraban los peruanos era el Sol, al cual estaban consagrados los templos. La Luna era también para ellos una divinidad de orden inferior. Había entre ellos cierta comunidad de bienes, de placeres y de trabajos, y al fin de cada año se hacía una repartición de tierras á cada familia. El imperio de los Incas, hijos del Sol, fundado por Manco-Capac y por su mujer Mama-Ozello, contaba entonces, según su tradición, cerca de cuatro siglos de antigüedad: habíanse sucedido doce reyes, y habíase apoderado últimamente del trono Atahualpa, después de haber vencido en guerra civil, despojado á su hermano Huascar, y mandado matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse.

Avanzando Pizarro desde Túmbez en dirección Sur, fundó á la embocadura de un río la primera colonia con el nombre de San Miguel. A poco recibió una diputación de Atahualpa pidiéndole una entrevista, que se verificó en Caxamalca, presentándose el Inca con toda la pompa de un gran soberano. Mas en esta especie de parlamento pacífico, so pretexto de haber menospreciado el Inca los símbolos del cristianismo que le presentó el dominicano Valverde, dió Pizarro la orden de ataque. Al fuego y ruido de los mosquetes y al aspecto de la caballería española, diéronse á huir aterrados los indios; la muerte sin embargo los alcanzaba, enviada por los arcabuces de los mosqueteros y por las espadas de los jinetes. Pizarro se precipita sobre los que aun defendían á su rey, rompiendo hasta llegar á Atahualpa, á quien hace prisionero asiéndole de un brazo. Las riquezas en oro, plata y telas de que se apoderaron los españoles después de esta terrible victoria excedieron á cuanto ellos habían podido imaginar (noviembre, 1532).

Encerrado Atahualpa en una pieza de 22 pies de largo por 16 de ancho, ofreció al caudillo español que la llenaría de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano, si á esta costa quisiera restituirle la libertad. Gustosísimo aceptó Pizarro la oferta, y en su virtud el cautivo monarca hizo venir de Cuzco, Quito y otras ciudades del imperio cuanto oro pudo recogerse.

Mas como la sala no se llenase con la brevedad que Pizarro apetecía, fué menester que tres soldados españoles pasasen á Cuzco para cerciorarse de que no era irrealizable lo que Atahualpa había ofrecido. Estos comisionados se quedaron absortos á vista del oro y la plata que en increíble abundancia encerraban los palacios del rey y los templos del Sol, y en su sed de enriquecerse arrancaban con sus manos las láminas de oro que cubrían las paredes de los templos, escarneciendo sus dioses, abusando torpemente de las mujeres, y cometiendo toda clase de excesos.

Súpose en esto que Almagro acababa de arribar con refuerzos á la colonia de San Miguel, y Pizarro se apresuró á repartir el oro entre los suyos, tocando á cada uno cuantiosas sumas, que muchos quisieron venir á

disfrutar pacíficamente á España. Mas aunque se había reservado el valor de cien mil pesos á Almagro, quejóse éste amargamente de la desigualdad del repartimiento, y de que Pizarro se había adjudicado la mayor parte. A fuerza de regalos y promesas aplacó otra vez Pizarro á su compañero, y los dos quedaron nuevamente reconciliados (1533).

Poco valieron al infeliz Atahualpa los sacrificios por su rescate. Denunciado como autor de una conspiración horrible, por un miserable llamado Felipillo, sometiósele á un tribunal que le condenó á ser quemado vivo. El mismo Pizarro le intimó la sentencia. Lágrimas, ruegos, ofrecimientos, todo lo empleó en vano el prisionero; lo único que hizo Pizarro fué conmutarle la pena de hoguera en la de garrote, y eso porque había accedido á bautizarse. Así expió Atahualpa los crímenes con que había manchado su elevación al trono. Su muerte produjo la turbación y la anarquía en el imperio, y su familia fué ferozmente sacrificada por un general ingrato. Aprovechándose Pizarro de este desorden, y habiendo recibido refuerzos de Panamá, avanzó hasta la capital, donde entró con poca resistencia. El oro que hasta entonces habían visto los españoles, era muy poco en comparación del que hallaron en Cuzco: este metal llegó á perder su valor hasta entre los soldados.

Noticioso y envidioso de tanta riqueza el capitán Belalcázar, á quien Pizarro había dejado encomendada la colonia de San Miguel, formó el proyecto de apoderarse por su cuenta de la gran ciudad de Quito, y lo consiguió á fuerza de valor y de constancia, y de superar dificultades que parecían invencibles. Pero engañóse en sus codiciosas esperanzas, pues no sólo no encontró el resto de los tesoros de Atahualpa que iba buscando, sino que los habitantes al abandonar la ciudad se habían llevado todos los objetos de algún valor.

Cuando así marchaba la conquista, hubo motivos para temer que estallara una guerra fatal entre los mismos caudillos españoles. Alvarado, uno de los más valientes capitanes de Hernán Cortés, noticioso de los triunfos de Pizarro, y no bien hallado con la quietud del gobierno de Guatemala que entonces tenía, corrióse con sus tropas al Perú, y después de sufrir en su marcha grandes fatigas y horribles padecimientos, presentóse también delante de Quito. Salieron á su encuentro Almagro y Belalcázar, y cuando se temía de un momento á otro un choque sangriento entre ambos ejércitos, afortunadamente no faltó quien intercediera con interés y con éxito en favor de la paz, y contentándose Alvarado con un donativo de cien mil pesos como indemnización de los gastos de su expedición, prometió renunciar á todo proyecto contra el Perú y volverse á su gobierno de Guatemala. Pizarro, que deseaba también libertarse de un rival tan temible, le hizo presente de otra igual suma, y Alvarado agradecido le dejó al retirarse casi toda la tropa que mandaba (1534).

Entonces fué cuando Francisco Pizarro se dedicó á realizar el proyecto que había formado de fundar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la residencia de su gobierno. Eligió para ello un valle agradable y fértil, y ejecutáronse con tal actividad las obras, que en un momento se vió levantada como por ensalmo una gran población con palacios y casas magníficas. Esta ciudad era Lima (1535).

Había entretanto venido á España su hermano Fernando con el oro y la plata que constituía el quinto del emperador, y que se elevaba á una cuantiosísima suma. La nación y su monarca participaron de igual regocijo, y no había elogios que no se prodigaran al conquistador del Perú. Diósele el título de marqués de las Charcas, y se le confirmó el de gobernador de aquellas regiones, que se nombraron Nueva Castilla, extendiendo su jurisdicción á otras setenta leguas más de la costa meridional. A Almagro, además del título de adelantado, se le dió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, aunque no conquistado todavía. Estos nombramientos produjeron vivas disputas entre los dos conquistadores, que estuvieron á punto de dar el lamentable espectáculo de una guerra civil. Avenidos al fin por tercera vez los dos caudillos, y confirmado su ajuste en los altares con juramento solemne, Almagro partió para las deliciosas y fértiles regiones de Chile, donde no nos es posible seguirle en todos los obstáculos que tuvo que superar, ni en sus luchas con los audaces y robustos chilenos.

Una insurrección general de los peruanos contra los opresores de su país, á cuya cabeza se puso el Inca Mango, estalló de la manera más imponente. Por todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. Un ejército de doscientos mil insurrectos se dirige á atacar á Cuzco, otro casi igual acomete á Lima. De los tres hermanos Pizarros que defendían á Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el marqués Francisco Pizarro envía en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene harto qué hacer con atender á Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio derrota el intrépido conquistador del Perú al ejército sitiador de Lima, ahuyentándole á la montaña. Pero en esto Diego de Almagro, discurriendo que en su gobierno debe estar comprendida la provincia de Cuzco, marcha desde Chile con su ejército derecho á aquella ciudad, sorprende y derrota á los peruanos que ocupaban la mayor parte de la población, hace prisioneros á los dos Pizarros encerrados en un barrio de ella, revuelve contra Alvarado que marchaba á socorrerlos, seduce sus tropas en Abancay, y le hace prisionero también. Aconséjanle que quite la vida á los tres ilustres presos, pero Almagro rechaza la proposición, y se mantiene en Cuzco en expectativa de la resolución que tomara Francisco Pizarro (1537).

El imperio del Perú se ve dividido entre dos antiguos compañeros asociados con juramento, ahora terribles enemigos, que dominan en sus dos capitales, Almagro en Cuzco, y Francisco Pizarro en Lima.

En tan crítica situación, Pizarro, sin perder su serenidad, recurre para vencer á su adversario á mañosas y artificiosas negociaciones, entreténele con proposiciones engañosas de reconciliación, hasta que lograda la reunión de sus dos hermanos y de Alvarado, y recibidos considerables refuerzos, declara abiertamente á Almagro que está resuelto á que se decida la cuestión con las armas. Almagro, anciano ya, achacoso y herido, ordena que sus tropas al mando de su teniente, el valeroso Rodrigo Or-

dóñez, le esperen en el campo de las salinas á media legua de Cuzco. Se da un combate sangriento entre los dos ejércitos españoles; el de Almagro flaquea; Ordóñez cae prisionero, y un soldado le corta la cabeza de un sablazo con bárbara ferocidad: el ejército de Almagro queda vencido (26 de abril, 1538). El mismo Almagro, testigo de la derrota desde un recuesto en que estuvo presenciando la batalla, busca su salvación en la fuga, pero es alcanzado y preso, y conducido con cadenas á Cuzco, que se rinde sin resistencia al vencedor. Su muerte es lo único que puede saciar la venganza de los Pizarros. Acusado del delito de alta traición y sometido á un tribunal, ya se sabía que los jueces le habían de condenar á la última pena. El anciano guerrero se siente abatido por la primera vez de su vida: invoca los recuerdos de su antigua amistad con Pizarro, implora compasión, alega la generosidad con que él se ha conducido con los hermanos Pizarros que tuvo en su poder, enseña su blanca cabellera por la cual ha pasado la nieve de setenta y siete inviernos, interesa y enternece á los soldados, pero no ablanda el empedernido corazón de los Pizarros. «Pues bien, exclama recobrando súbitamente su antiguo valor, libradme de esta vida, y sáciese vuestra crueldad con mi sangre.» Este hombre insigne sufrió la muerte de garrote en la prisión, y su cabeza fué cortada después en la plaza pública de Cuzco.

La crueldad de los Pizarros indignó á muchos, suscitó vengadores, y no faltó quien denunciara sus tiranías á la corte de España. Fernando Pizarro que se presentó en ella á defender su conducta y la de sus hermanos, escandalizó con el lujo más que regio de que hacía ostentación, y en vez del resultado favorable que confiaba conseguir, se creyó conveniente asegurar su persona, y fué arrestado primeramente en el alcázar de Madrid, y trasladado después al castillo de la Mota de Medina del Campo. Se envió al Perú en calidad de comisario regio á Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, investido con las facultades de poner en otras manos el gobierno del Perú si lo creyese conveniente, y con la comisión de residenciar la conducta de Pizarro, que seguía ejérciendo allí un despotismo insolente, y distribuyendo á su arbitrio entre sus parientes y favoritos las tierras más fértiles y mejor situadas.

Mas antes que llegase el comisionado regio, otros se habían encargado de juzgar á Pizarro de una manera menos legal, pero más enérgica. Un oficial instruído y hábil llamado Juan de Rada, con quien se había educado un hijo del desgraciado Almagro, joven que revelaba la misma firmeza de carácter que su padre, hizo su casa el centro y foco de una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. El astuto Rada tuvo ardid para tranquilizar al gobernador sobre las sospechas que ya le habían hecho concebir de la conjuración; y tal era la confianza de Pizarro, fiado en su máxima: «el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás, garantiza la mía,» que aunque recibió diferentes avisos, hasta del día en que se había de ejecutar el proyecto, siempre le tuvo por imaginario, y la única precaución que tomó aquel día fué no salir de casa, y hacer que le dijeran la misa (que era domingo) en su palacio. Por lo demás comió á la hora de costumbre con los oficiales que tenía convidados (26 de junio, 1541).

Aprovechándose el intrépido Rada de aquella imprecaución, sale de

casa del joven Almagro con diez y ocho de los conjurados, y lanzándose á la calle con las espadas desnudas al grito de «¡viva el rey! ¡muera el tirano!» que era la señal convenida, acuden los demás conjurados y se precipitan todos al palacio del gobernador. Tal era el odio á la dominación de Pizarro, que al verlos las gentes pasar por la plaza, se decían unos á otros con indiferencia: «esos van á matar al marqués, ó al secretario Picado.» Pizarro, á quien acompañaban solamente Francisco Martínez de Alcántara su hermano de madre, un caballero y dos pajes (los demás habían desaparecido al ruido de los agresores que penetraban en su aposento), se arma repentinamente, y sin tiempo para ajustarse la coraza, empuña su escudo y su espada, y gritando: «valor, amigos, y á ellos que traidores son!» se lanza sobre ellos, y se empeña una lucha desigual, y más desesperada que provechosa. Su hermano cae muerto á sus pies, y él mismo, después de parar muchos golpes, fatigado ya y rendido su brazo, recibe una estocada en el cuello, y el vencedor de tan innumerables huestes en los campos de batalla sucumbe en su aposento á manos de uno de sus oficiales.

Así pereció el célebre Francisco Pizarro, hombre singular, que con sólo su valor y su natural talento, falto de toda clase de instrucción y sin haber llegado á saber escribir su nombre, que tenía que poner su secretario entre dos rasgos que para firmar trazaba él con su pluma, llegó á conquistar dilatados reinos y á gobernarlos y dirigirlos.

Los conjurados se derramaron por la ciudad con las espadas ensangrentadas anunciando la muerte del tirano, y proclamando al joven Almagro único y legítimo gobernador del Perú. «Si entonces el viejo Almagro, dice un erudito historiador español, pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfacción y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos después á su corazón paternal! Veríale al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelión y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud: y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.»

No nos compete á nosotros proseguir la historia de aquellas regiones, y aun hemos llegado hasta aquí por no dejar de dar noticia del fin que tuvieron los dos mayores y más famosos conquistadores del Nuevo Mundo después de Cristóbal Colón.

Así mientras Carlos de Austria destruía las libertades en Castilla, dos castellanos le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en Africa, en Pavía, y en Túnez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones transatlánticas, y sujetaban al cetro de Carlos V dominios sin límites (1).

---

(1) El que desee noticias más extensas acerca de la conquista de Méjico, que á

CAPÍTULO XIX

CARLOS V SOBRE TÚNEZ

1535

Alarma en que Barbarroja había puesto las naciones cristianas.—Quién era Barbarroja: sus famosas piraterías: su elevación y encumbramiento.—Cómo se hizo rey de Argel.—Hácese gran almirante de Turquía.—Conquista de Túnez.—La Europa asustada vuelve los ojos á Carlos V.—Proyecta el emperador pasar á África.—Grandes preparativos.—Naciones y flotas que concurren á la empresa.—Parte la grande armada de Barcelona.—Carlos y su ejército en África.—Célebre sitio y ataque de la Goleta.—Porfiada resistencia de los de Barbarroja.—Fuerza numérica de cristianos y moros.—Combates: hazañas.—Rasgo de nobleza del emperador.—Terrible tempestad.—Preséntase en el campamento imperial el destronado rey de Túnez, Muley Hacen.—Trabajos que pasaron los cristianos.—Ataque general de la Goleta.—La toman.—Marcha el ejército imperial sobre Túnez.—Jornada penosa.—Disposiciones de Barbarroja para la defensa.—Espera á los imperiales fuera de la ciudad.—Derrota y retirada de Barbarroja.—Huye de Túnez.—Hecho notable de los cautivos cristianos.—Entrada de Carlos V en Túnez.—Saqueo: excesos de la soldadesca.—Repone á Muley Hacen en el trono, y con qué condiciones.—Sale el emperador de África y pasa á Italia.—Fama y reputación que ganó con esta expedición Carlos V.

Volviendo ya á los sucesos que acá en el Antiguo Mundo dejamos pendientes y en que andaban envueltos el monarca y la nación española, el lector recordará que en el capítulo XVII quedaba el emperador Car-

---

nosotros, en conformidad al objeto y plan de nuestra obra, no nos incumbía sino apuntar, hallará cuantas pudiera apetecer en los autores y escritos siguientes: Bernal Díaz del Castillo, Hist. de la Conquista. – López de Gomara, Crónica de las Indias. – Antonio de Herrera, Historia general de las Indias.—Itinerario de la isla de Yucatán, por el capellán de Juan de Grijalva, MS.—Fr. Bartolomé de las Casas, Hist. general de las Indias.—Solís, Hist. de la conquista de Méjico.—Memorial de Benito Martínez contra Hernán Cortés, MS. – *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii*, MS.—Declaración de Puertocarrero, MS. – Declaración de Montejo, idem. – La carta de Veracruz, idem. – Mártir de Angleria, *De orbe novo*, y de *Insulis nuper inventis.*—Oviedo, Hist. nat. y gener. de las Indias. – Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Clavigero, *Stor. del Messico.*—Tezozomoc, Crónica Mejicana. – Sahagún, Hist. de Nueva España.—Robertson, Hist. de América. —Moratín, Las Naves de Cortés.—Prescott, Hist. de la Conquista de Méjico. Con respecto á la del Perú, pueden verse las siguientes: El P. José Acosta, Historia natural de las Indias.—Pedro Mártir de Angleria: *De rebus Oceanicis decades.*—*Relatione d'un capitan spagnuolo della conquista del Perú.*—Pedro de Cieza de León, la Crónica del Perú. – Paul Chaix, *Histoire de l'Amérique Meridionale.* – Frezier, *Voyage aux côtes du Peru, du Chili, et du Brésil.* – Garcilaso de la Vega, Historia de los Incas.—Garcilaso de la Vega, Historia de las guerras civiles de los españoles en las Indias.—Antonio de Herrera, Hist. general de las Indias Occidentales.—Washington Irving, Los compañeros de Colón. – Gonzalo de Oviedo, Hist. general de las Indias Occidentales. – William Prescott, *History of the Conquest of Peru.* – Ramusio, Viaje de Francisco Pizarro, etc. Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires*, etc.—Ulloa, Memorias filosóficas, históricas y físicas de América.—Juan Velasco, Hist. del reino de Quito.—Francisco

los V preparándose para nuevas y más ruidosas expediciones que las que acababa de ejecutar. Tal fué en efecto la que emprendió luego contra el famoso pirata argelino Barbarroja, que traía alarmadas y poseídas de espanto las naciones de la cristiandad. Daremos algunas noticias de los hechos que habían dado ya celebridad á este terrible corsario, y de los antecedentes que motivaron la empresa del monarca español.

Dos hermanos, Horuc y Haradín, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, llevados de su genio inquieto y de su afición á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de su padre, y lanzándose atrevidamente al mar, se dieron á ejercer la piratería (1515). Su actividad y su arrojo les hicieron primeramente dueños de un bergantín que lograron apresar, y á fuerza de valor y de destreza, ayudados también de una buena suerte, fueron haciendo tantas presas que llegaron á reunir una flota de doce galeras y varios buques menores. A poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes, é infundía espanto desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Acometían con frecuencia las costas de Italia y de España, y el fruto de sus rapiñas iban á venderlo á bajos precios á los puertos de Berbería, donde eran por lo mismo bien recibidos. Al paso que crecía su poder, crecía también su ambición, y no careciendo de talento, elevaban ya sus pensamientos á más altas aspiraciones que la de ser simples piratas. La ocasión no tardó en venírseles á la mano. El rey de Argel reclamó su ayuda para apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Orán habían construído cerca de su capital. Los dos hermanos corsarios, dueños ya de una respetable armada, acudieron en socorro del argelino con cinco mil hombres de desembarco, que fueron recibidos en Argel como libertadores. Aprovecháronse allí del descuido y confianza de los moros, y asesinando secretamente al rey que había invocado su auxilio, Horuc, el mayor de los dos hermanos, se hizo proclamar rey de Argel. Su política como soberano, su respeto á las costumbres del país, su liberalidad con los que se le mostraban adictos, y su rigor con los que se le manifestaban desafectos, le fueron asegurando el trono y haciendo olvidar el criminal origen de su poder.

No satisfecha con esto la ambición de Horuc, acometió á su vecino el rey de Tremecén, le venció en batalla, y agregó á su reino aquellos dominios. Y como continuase al mismo tiempo sus depredaciones por el litoral de Italia y de España, envió Carlos V tropas al marqués de Gomares, gobernador de Orán, para que en unión del destronado rey de Tremecén hiciese la guerra al terrible Horuc. Condújose en ella el caudillo español con tal energía, que después de haber derrotado en varios encuentros las tropas del usurpador, le obligó á encerrarse en Tremecén, y al querer

---

de Xerez, Conquista del Perú y de la provincia de Cuzco.—Agustín de Zárate, Historia del descubrimiento y conquista del Perú.—Quintana, Vidas de Españoles célebres, Francisco Pizarro.

En la Colección de documentos inéditos, tomos I, II y IV, artículos Carlos I, Hernán Cortés, Benito Martínez, Montejo, Pámfilo de Narváez, Velázquez (don Diego y don Antonio), y otros varios, se encuentran muy interesantes y curiosos documentos relativos á la conquista de Nueva España y á la vida del famoso conquistador.

éste escaparse de la ciudad fué sorprendido y atacado, y murió peleando con un esfuerzo digno de la alta reputación de que ya por su valor gozaba.

Quedaba su segundo hermano y compañero Chairadín ó Haradín, más conocido con el nombre de Barbarroja, por el color de su barba, no menos ambicioso, ni de menos resolución y talento que su hermano. Dedicóse éste al arreglo interior de su reino, sin renunciar por eso á las expediciones marítimas, y á extender sus conquistas por el continente de África. Y á fin de ponerse á cubierto de los ataques de las armas cristianas y de las sublevaciones de los árabes y moros de mal grado á su poder sometidos, puso sus Estados bajo la protección del sultán de Constantinopla Solimán II. Éste á su vez, habiendo sufrido la armada turca algunas derrotas por las naves imperiales que mandaba el ilustre genovés Andrea Doria, creyó que el único que por su valor y pericia en el mar podía contrarrestar la pujanza de aquel famoso marino era Barbarroja, en cuya virtud le ofreció el cargo de almirante de la armada turca. Con esto pasó Barbarroja á Constantinopla, donde, después de haber hecho algunas presas en el camino, entró con cuarenta velas, siendo grandemente recibido por el sultán, y agasajado por el visir y por los bajáes. Tuvo no obstante Barbarroja que luchar con cierta oposición y vencer ciertas intrigas de corte, pero manejándose, no ya con la rudeza de un corsario, sino con la astucia de un cortesano y de un hombre político, consiguió su nombramiento de gran almirante, y que le dieran posesión de las galeras, poniéndole el mismo sultán en la mano el alfanje y el pendón real, en señal del poder absoluto de que le investía en los mares y puertos á que arribase.

Uno de los grandes proyectos de Barbarroja y en que acertó á inducir al sultán, fué apoderarse del reino de Túnez, el más floreciente de la costa de África en aquel tiempo. Contaba para esto con las discordias que destrozaban aquel reino, gobernado por el traidor Muley Hacen, que había subido al trono asesinando á su padre y á sus hermanos, uno de los cuales, llamado Al-Raschid, logró salvarse refugiándose en Argel bajo el amparo de Barbarroja, que le llevó consigo á la capital del imperio otomano. Bajo el pretexto, pues, de colocar en el trono al fugitivo príncipe, proyectó Barbarroja conquistar el reino tunecino y agregarle al imperio de la Sublime Puerta. La idea no podía dejar de ser bien acogida por Solimán, el cual le facilitó gustoso todo lo necesario para la empresa. Al mismo tiempo el pérfido corsario hacía creer al desgraciado Al-Raschid que todo el aparato de guerra y de conquista se dirigía á recobrar para él el reino de que injustamente le había despojado su hermano. Mas cuando llegó el caso de salir la expedición, el engañado príncipe se quedó arrestado de orden del sultán, ó mejor dicho, como sepultado, pues no se supo ya más de él.

Partió, pues, el ya famoso Haradín Barbarroja del puerto de Constantinopla con grande armada, que algunos hacen subir á 250 velas, con buen número de genízaros y soldados turcos, y no pequeña provisión de dinero, todo prestado por el sultán, y después de haber corrido y devastado las costas de Italia, tomó rumbo á África y se presentó delante de Túnez, cuando menos se le esperaba. Apoderóse desde luego del fuerte de

la Goleta que domina la bahía. Disgustados los tunecinos del gobierno tiránico de Muley Hacen, y creyendo que iba en la armada el príncipe Al-Raschid, levantáronse contra su rey, que tuvo que salir de la ciudad sin poder sacar sus joyas ni dinero, y abrieron las puertas á Barbarroja. Cuando vieron que los soldados turcos no aclamaban sino á Solimán, y que Al-Raschid no parecía, convencidos ya de la traición, tomaron furiosamente las armas contra los invasores que de aquella manera les habían burlado. Por de pronto pusieron en bastante aprieto á Barbarroja y los suyos, pero el antiguo corsario, que tenía ya no menos de hábil guerrero que antes había tenido de terrible pirata, supo manejarse de manera, que envolviendo á los moros y haciendo en ellos gran matanza, les obligó á pedir tregua, les persuadió de que había ido á darles mejor rey que el que tenían, les prometió muchas mercedes, y les hizo reconocer á Solimán por su soberano y á él mismo por su virrey, asegurándoles que, cuando no estuvieran contentos con Solimán, les daría á Al-Raschid (agosto, 1533).

Lo primero de que cuidó el conquistador, fué de fortificar más la Goleta, abriendo á mayor abundamiento una gran zanja entre la fortaleza y la ciudad, por donde entraba el mar haciendo un rodeo de tres ó más leguas, y servía de ancho y cómodo puerto de abrigo para sus naves. Con esto, y con dominar tan vasto país, resolvió marchar sobre Sicilia con la armada turca y con cuantos corsarios pudo juntar, amenazando también á Nápoles, y poniendo en cuidado á todas las potencias, que no podían ver sin susto la aproximación de tan audaz y poderoso enemigo.

En su general temor todos volvían los ojos al emperador y rey de España, como el único capaz de abatir la pujanza de aquel nuevo y formidable perseguidor de la cristiandad. Y en efecto, sobre ser Carlos el más poderoso príncipe, era también el más interesado, puesto que los más expuestos á las depredaciones del rey-pirata eran sus Estados de Cerdeña, de Sicilia, de Calabria, todos los dominios de Italia, de África, y aun de España. Así lo comprendió el emperador, y por lo mismo se preparó á quebrantar, y aun á aniquilar si podía, el creciente poder de Barbarroja. Desde luego envió á su criado el genovés Luis de Presendes á Túnez, para que, fingiéndose un comerciante siciliano que iba á vender sus mercancías, con la facilidad que le daba su conocimiento del idioma y de las costumbres del país, como hombre que había vivido algún tiempo en África, sondeara con sagacidad y cautela la situación del rey y del reino, intrigara y sobornara si podía, é indagara sobre todo cómo y por qué medios podría mejor ser atacado; á cuyo efecto le dió una larga instrucción (14 de noviembre, 1534), prescribiéndole la manera cómo había de manejarse en cada caso (1). Este emisario fué tan desafortunado en su misión, que habiendo sido descubierto y denunciado á Barbarroja por un morisco español, fué inmediatamente degollado, arrastrado por las calles y quemado fuera de los muros de Túnez.

Despachó luego el emperador á Italia (6 de diciembre, 1534) á su gentil-

(1) Sandoval inserta esta instrucción en el libro XXI de la Historia del emperador Carlos V.

GALERAS DEL SIGLO XVI

hombre Tello de Guzmán con cartas para el príncipe Andrea Doria (1), para su embajador en Roma, conde de Cifuentes, y para el mismo pontífice, excitando á todos éstos á que en unión con los demás príncipes italianos, se apercibiesen y preparasen, según las fuerzas de cada Estado, á ayudarle en la expedición que meditaba contra Barbarroja, poniéndose de acuerdo y bajo la dirección del gran marino Andrés Doria para el tiempo, orden y lugar en que cada cosa había de estar aparejada, como negocio grave y que interesaba á la cristiandad entera. Con el propio objeto escribió á los virreyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, al marqués del Vasto, á Antonio de Leiva y otros generales, ordenándoles aprestasen cuanta gente, navíos y armas pudiesen, mientras por acá el marqués de Mondéjar, capitán general del reino de Granada, recogía de orden del emperador hombres, naves y bastimentos, y los tenía listos en los puertos de Andalucía para la proyectada empresa.

Tan á su cargo y con tanto interés la había tomado el emperador, que á principios del año 1535 se hallaron dispuestos dos mil quinientos españoles de los veteranos de Nápoles, ocho mil tudescos, otros ocho mil italianos, y hasta ocho ó diez mil españoles con una gran parte de la nobleza. El rey de Portugal quiso también ayudar á la expedición con su gente y sus naves (2). Sólo Francisco I de Francia, de quien ya se sospechaba ó

---

(1) Decimos indistintamente Andrés ó Andrea Doria, porque de ambas maneras se escribe en las historias el nombre bautismal del ilustre genovés, españolizándole unos, y conservando otros su originaria terminación.

(2) En la Biblioteca del Escorial, Códice de Misceláneas, ij—V—4, se halla un opúsculo con el título de: «Tratado de la memoria que S. M. envió á la emperatriz nuestra Señora del ayuntamiento de la armada, reseña y alarde que se hizo en Barcelona, etc.,» en que se da noticia de los buques aprestados para la expedición de Túnez en los términos siguientes:

«El Marqués del Gasto (Vasto) es salido de Génova con cuarenta y cinco naos gruesas, entre las cuales vienen muy hermosas carracas; en las cuales vienen ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos que estaban en Italia... Andrea Doria trajo diez y siete galeras, y en ellas mil y ochocientos hombres de guerra, y en cada galera ciento cincuenta hombres de remos.—Don Álvaro de Bazán quince galeras, con la misma orden.

Las galeras de Italia

«El papa nueve galeras. – Génova ocho galeras.—Nápoles cuatro galeras. – La Religión seis galeras. – Cecilia cuatro galeras.

»Otros señores grandes de Italia, cada uno con lo que puede: que son por todas setenta galeras. En éstas viene la gente de Italia que vienen con las naos y con el marqués del Gasto (Vasto).

»El rey de Portugal envió veintitrés carabelas muy ataviadas con dos mil hombres de guerra, y un galión muy hermoso.

»De Vizcaya veintitrés zabras con mil y quinientos hombres de guerra, y dos galeones.

»Aquí en Barcelona y en estas costas se han tomado ochenta escorchapines para caballos y otras cosas.

»Saldrán de aquí con S. M. y sus guardas y gente de su casa, y señores y caballeros, y otros muchos aventureros de esta tierra, gran número de gente que no se puede

sabía que llevando hasta un extremo abominable su rivalidad con Carlos andaba en tratos y connivencias con el gran turco, no sólo se negó á las excitaciones del César y del pontífice, sino que dió aviso á Barbarroja y al sultán de todo lo que el emperador preparaba y del objeto que se proponía. Con este aviso tomó Barbarroja las más eficaces disposiciones para resistir la acometida de las armas cristianas. Púsolo todo en conocimiento de Solimán para que le diera su auxilio: llamó toda la gente de guerra de Túnez, de Argel, de Tremecén y de los Gelbes; amplió y fortificó más la Goleta, haciendo trabajar en ella hasta nueve mil cautivos cristianos y la tercera parte de los vecinos de Túnez cada día; colocó dentro del grande estanque sus galeras armadas, y sólo dejó fuera quince para ocurrir á lo que necesario fuese.

El monarca español por su parte, cuando todo lo tuvo ordenado, partió de Madrid (abril, 1535) y se encaminó á Barcelona á recoger la armada y dar calor á la empresa que había de dirigir personalmente.

Nombró á la emperatriz gobernadora de España é Indias, y le dejó las instrucciones convenientes para el gobierno de los Estados (1). La primera que arribó á la playa de Barcelona fué la flota portuguesa, compuesta de veinte carabelas, mandadas por el general Antonio de Saldaña, con el infante don Luis, hermano de la emperatriz, y la flor de la juventud y de la nobleza de Portugal, lujosamente vestida. Llegó luego el ilustre genovés, príncipe de Melfi, Andrés Doria, general de la armada, con veintidós galeras perfectamente estivadas y artilladas, distinguiéndose la capitana por sus veinticuatro banderas de tela de oro con las armas imperiales, y yendo todas enramadas de forma que cada cual semejaba desde lejos un jardín. A los pocos días apareció don Álvaro de Bazán con las galeras españolas encomendadas á su mando. La gente de embarque que se juntó en Barcelona era tanta, y tanta la que acudió á ver tan lucida flota, que no cabía en la ciudad ni se podía andar por las calles. Encontrábase allí casi toda la grandeza de Castilla, casi todos los caballeros y nobles de España, con multitud de religiosos y clérigos, mercaderes y artesanos de todos oficios, todos con deseo de embarcarse y de tomar parte en la empresa. Y el día que el emperador hizo muestra de toda la gente (14 de mayo), vióse tal gala en los trajes, libreas y paramentos de hombres y caballos que era maravilla, distinguiéndose entre todos el emperador con la cabeza descubierta y una maza de hierro dorada en la mano. Además iban á su lado varios pajes, llevando cada cual una de las armas que el César podía usar en la guerra, uno el almete, otro la lanza de armas, otro la jineta, la rodela otro, otro la ballesta, el arcabuz otro, y otro un arco con flechas (2).

---

contar al presente, y todos muy bien acompañados, que es cosa muy admirada. Y cada día viene más gente, portugueses y españoles.»

Más arriba se lee: «De Málaga vienen ochenta naos, las cuales están en Salou. en las cuales vienen ocho mil hombres de paga y mil jinetes, que por lo menos no hay ninguno que no trae uno ó dos consigo, de manera que en esto serán quince mil hombres.»—Colección de documentos inéditos, t. I.

(1) Instrucción de Carlos V á la emperatriz su esposa al salir á la expedición contra Túnez: Colección de documentos inéditos, t. III.

(2) En el mismo citado opúsculo de la Biblioteca del Escorial se refiere el alarde

Dióse la orden para el embarque, y tanto era el afán por ir en esta ruidosa expedición, que por más que se acordó en consejo de guerra no consentir que fuese sino la gente útil para la pelea, no bastó todo el rigor á evitar que se ingiriese gente inútil y embarazosa, y hasta cuatro mil y más mujeres, «que no hay rigor, dice á este propósito el historiador obispo, que venza y pueda más que la malicia.» Todavía antes de darse á la vela mandó el emperador hacer una procesión solemne, sacando de la catedral el Santísimo Sacramento, y en la cual llevaron las cuatro varas del palio, una el infante don Luis de Portugal, otra el duque de Calabria, el duque de Alba la otra, y otra el emperador mismo. Aun no contento con esto, hizo un rápido viaje á visitar la santa imagen de Nuestra Señora de Montserrat, de que era muy devoto, confesó y comulgó allí, y se volvió con la misma precipitación á Barcelona. Al fin, el 30 de mayo (1535) sonaron por la ciudad las trompetas anunciando la proximidad de la partida: el emperador oyó misa en Nuestra Señora del Mar, embarcóse en la galera *Bastarda*, dispuesta y adornada por Andrés Doria con multitud de vistosas banderas, en que se veían bordadas armas y escudos y se leían versos de los salmos; retumbó la artillería de la ciudad, resonaron las músicas, y dadas las velas al viento partió la armada, y haciendo escala en las Baleares arribó á Cagliari (Caller), capital de Cerdeña (11 de junio), donde se le incorporó el marqués del Vasto con las naves y gente de Nápoles y Sicilia, con la infantería alemana y con las galeras del Santo Padre. De modo que se juntaron allí hasta veinticinco mil infantes y dos mil caballos sin contar los artesanos y aventureros; y entre naves grandes y pequeñas, galeras, galeones, carabelas, fragatas, fustas, bergantines y tafurcas, se reunieron hasta cuatrocientas veinte velas (1). El emperador mandó que nadie saliese de la nave en que había venido, bajo pena de la vida, y publicó un pregón tomando bajo su amparo á los hombres de todas las naciones que componían su ejército, y ordenando á todos que hicieran treguas entre sí, los que fuesen enemigos, hasta que terminase la guerra de África.

Continuó la grande armada con próspero viento desde Cagliari (13 de junio), navegando á la vanguardia los portugueses, á retaguardia don Álvaro de Bazán y el César en medio. Cuéntase que le preguntaron quién había de ser capitán general en aquella guerra, y que enseñando un crucifijo levantado en alto respondió: *Éste, cuyo alférez soy yo.* Arribó la escuadra á la costa africana, y desembarcó una parte de la tropa en Puerto Farina, donde estuvo la antigua ciudad de Utica, que dió nombre al severo Catón. Una gran parte del ejército imperial tomó después tierra y estableció su campamento sobre las ruinas de la famosa Cartago, en otro tiempo dominadora de África y de gran parte de España. Desde allí el

---

que hizo el emperador en Barcelona de todas las tropas destinadas á la expedición de Túnez, y se describe minuciosamente el traje de gala que llevaba cada grande y cada caballero, con los hombres de armas, pajes y demás que acompañaban á cada uno.

(1) Carta del emperador al marqués de Cañete, virrey de Navarra, desde Barcelona á 9 de mayo, dándole cuenta de su viaje y proyecto, y encargándole obedeciese en todo á la emperatriz.—Sandoval, Historia de Carlos V, lib. XXII.

emperador envió al marqués del Vasto y al de Agilar á reconocer la Goleta, distante sólo unas cinco millas, mientras las galeras de Andrés Doria ganaban una torre llamada del Agua, por contener dentro ocho pozos de agua dulce.

Sorprendido se quedó Barbarroja cuando supo que en aquella armada iba en persona el emperador de los cristianos, cosa que no creía en la estación de verano tan rigurosa en África y tan peligrosa para los europeos. Disimuló, no obstante, y le dijo á uno de sus privados: *Yo te prometo que esa tan poderosa armada que has visto venir no la verás volver, y cuanto mayor sea, tanto más rico despojo espero de ella.* Hizo luego alarde de su gente, y halló que tenía ocho mil turcos, ochocientos genízaros, siete mil flecheros moros, otros siete mil armados de lanzas y azagayas, y ocho mil alárabes, que montaban los caballos en pelo á estilo de los antiguos númidas. Encerró en la alcazaba todos los cristianos cautivos; mandó salir de la ciudad en el término de tres días á los que no tuvieran valor para esperar, juntó á los capitanes de mar y tierra, arengó á todos, pasó á reforzar la guarnición de la Goleta, cuya defensa encomendó al judío Sinán, renegado, el más valiente de sus piratas, diciéndole que en ello estaba el reino, la honra y la vida, y se volvió á Túnez.

Después de algunos días de escaramuzas por mar y por tierra á las inmediaciones de la Goleta y de la ciudad, en que se hicieron de una y otra parte algunos daños y algunas presas (1), determinó el emperador atacar primeramente la Goleta (2), como llave que era de la ciudad y aun de todo el reino, á pesar de las grandes dificultades que ofrecía. Adelantóse para ello el galeón de Portugal, llevado á remo por dos galeras, y comenzó á bombardearla con ochenta bocas de fuego y sesenta tiros pequeños (18 de junio). Hízose la conveniente distribución y colocación del ejército y artillería, y se dió principio á una serie de combates diarios, en que por una y otra parte menudeaban los peligros y las hazañas. El 21 de junio llegó al campamento imperial una compañía de albaneses (llamados capeletes por unos sombreros altos que llevaban), los cuales se señalaron entre todos por su valor y manera de pelear. Por este orden fueron acudiendo tantos aventureros al campo de los cristianos, que entre los que llevaban armas y podían manejarlas en caso de necesidad, juntó el emperador sobre Túnez hasta cincuenta y cuatro mil hombres. Era admirable el orden que reinaba entre gentes de naciones tan diversas; sólo los tudescos solían alguna vez desmandarse, y uno de ellos puso un día en peligro la vida del emperador, encarándose contra él con su arcabuz por haberle tocado con el cuento de la lanza para hacerle entrar en orden, pero cogido y entregado al marqués del Vasto, pagó con su vida el que había que-

(1) Cuenta Sandoval que entre varios renegados que se pasaron al campo imperial y que fueron perdonados, había uno que había sido fraile en Sevilla, y venía con turbante turco, barba rapada, largos mostachos, y una guedeja de pelo en la coronilla, el cual fué quemado de orden del emperador por el licenciado Mercado y el alguacil Salinas.

(2) Llamóse así esta célebre fortaleza, de gola ó cuello, por estar en una garganta que hace una ensenada que del mar va á la gran laguna ó estanque. La descripción de este fuerte puede verse en Sandoval, lib. XXII, núm. 12.

rido atentar á la del César. Los trabajos que los cristianos pasaban por el calor eran grandes, la artillería de uno y otro campo jugaba de continuo, los encuentros de la infantería y caballería eran diarios, y entre tantos valientes se señalaban por sus proezas los españoles don Juan de la Cueva, Pedro Juárez, Garcilaso de la Vega y muchos otros.

Una sorpresa que hicieron los turcos de la Goleta á las compañías italianas del conde de Sarno que hallaron dormidas reposando de las fatigas de la noche (23 de junio), costó la vida á muchos capitanes y soldados, y entre ellos al mismo conde, cuya cabeza y mano derecha presentaron los turcos á Barbarroja. Celebraron aquel triunfo con feroz alegría, y se animaron á acometer al día siguiente las estancias de los españoles, bien que los hallaron más apercibidos, y sin otro fruto que derramarse bastante sangre de una parte y de otra. En todos estos casos, que eran frecuentes, el emperador no dejaba nunca de acudir en socorro de los suyos armado de lanza y adarga, con el infante don Luis de Portugal que no se separaba de su lado, poniendo su imperial persona á tales peligros, que muchas veces las balas de la gruesa artillería turca caían á sus pies, y mataban al que iba cerca de él, ó salpicaban de lodo su caballo.

Grande alegría produjo en el campamento imperial, y no fué poca la que causó al mismo Carlos la llegada del esforzado Fernando de Alarcón (25 de junio), que venía de Italia con algunas galeras, acompañado de su yerno don Pedro González de Mendoza, sobrino del duque del Infantado, de don Fadrique de Toledo, primogénito del marqués de Villafranca, y de otros caballeros españoles. Y no fué tampoco mal auxilio el de otras naves que arribaron de España con gente y bastimentos. Todo hacía falta, porque también el ejército de Barbarroja se había aumentado extraordinariamente con los refuerzos que había recibido de Alejandría y otros puntos, y entre turcos, genízaros, moros, alárabes y renegados, contaba en Túnez y sus cercanías hasta el número de cien mil infantes y treinta mil caballos, bien que no en todos podía tener confianza, ni todos eran tropas regulares.

Así fué que el 26 (junio) se decidió á hacer una acometida general al campo cristiano, atacando simultáneamente todos los puntos. Día fué éste en que hubiera podido malograrse la empresa de Carlos sin la vigilancia y la energía del César, y sin los heroicos esfuerzos de sus valerosos generales. Señalóse entre todos en esta jornada el marqués de Mondéjar, escogido por el emperador para inutilizar la artillería de los moros, que desde los olivares estaba haciendo, casi á mansalva, el mayor estrago. Condújose con tal bizarría el marqués, que con poca gente y sin reparar en vallados, tapias, viñedos y otros obstáculos que el terreno presentaba, desbarató con sus arcabuceros los moros de los olivares, cogió gran parte de su artillería y rechazó por aquel lado á los enemigos, si bien poniendo á cada instante en inminente peligro su vida, y recibiendo al fin una lanzada que le obligó á retirarse, porque se iba á toda prisa desangrando. Distinguiéronse también por su arrojo don Bernardino de Mendoza, don Alonso y don Pedro de la Cueva, don Fernando de Alarcón, don Fadrique de Toledo, don Juan de Mendoza, y más que todos el emperador, que peleando lance en ristre donde era mayor el peligro, alentaba de tal mane-

ra con su presencia y ejemplo, que decidió la victoria, la cual no se logró sin la muerte del brioso hidalgo Valdivia, del intrépido Juan de Benavides, y de otros no menos esforzados capitanes.

Honró á Carlos, aun más que la victoria de aquel día, un rasgo de nobleza que merece mencionarse. Presentóse en el campo un moro pidiendo hablar en secreto al César. Admitido que fué, díjole que había un medio para que pudiera ganar la ciudad sin perder un soldado ni gastar un escudo. Preguntado por el emperador qué medio era éste, respondió el moro que el de asesinar á Barbarroja, lo cual se ofrecía él á ejecutar y lo haría muy fácilmente echándole un tósigo en el pan, puesto que él era el panadero del rey. «Deshonra sería de un príncipe, replicó indignado el emperador, valerse de la traición y de la ponzoña para vencer á un enemigo, aunque sea un aborrecido corsario como Barbarroja, á quien pienso vencer y castigar con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.» Y envió noramala al traidor africano (1).

Aquel mismo día se levantó repentinamente una horrible tormenta con tan furioso viento y tan deshechos aguaceros, que las tiendas y pabellones se desplomaban; las naves chocaban reciamente unas con otras; ni de la tierra se veía el mar, ni desde el mar se divisaba la tierra; los gritos y alaridos del campo se mezclaban con los estampidos de los truenos; todo era aturdimiento y confusión; ni sabían los cristianos si los acometían los moros ni por dónde; ni podía desplegarse bandera, ni dispararse arcabuz; ni los capitanes acertaban á mandar, ni los soldados veían á quien obedecer, y todos corrían desatentados y ciegos. Temiendo las consecuencias de tan general espanto, el príncipe Andrea Doria discurrió infundir aliento á su gente gritando por todas partes: *La Goleta es ganada.* Aunque no era verdad, la voz surtió el efecto que se había propuesto el gran marino, y cuando se serenó la tempestad se halló el ejército animado para resistir á los turcos que ya salían del fuerte.

Otro día (29 de junio) se vió aparecer sobre las ruinas de Cartago unos doscientos moros á caballo ondeando unas tocas blancas en señal de paz, diciendo á voces: *Todos somos unos y de un señor.* Era el rey de Túnez destronado por Barbarroja, Muley Hacen, con quien el emperador traía ya secretas inteligencias, y á quien había ofrecido restituirle su reino. Salieron á recibirle muy cortésmente el duque de Alba, el conde de Benavente y Fernando de Alarcón. Cincuenta pasos antes de llegar á la tienda del emperador, arrojó Muley Hacen al suelo su larga lanza de cuarenta palmos, soltaron los demás moros las suyas, apeáronse todos, llevaron en brazos á su rey, levantóse el emperador para recibirle, Muley le besó en el hombro, y con gran respeto le dijo: «Seas en buen hora, gran rey de los cristianos, venido á estos trabajos que has tomado: espero en Dios misericordioso tendrán su recompensa; y si la fortuna de todo me privase,

(1) «En este tiempo vino de Túnez un moro, el cual decía que era panadero del Barbarroja, y ofrecióse de entosigalle, lo cual el emperador jamás quiso aceptar, porque no fuese traición el camino por do alcanzase la victoria.»—*Relación de lo que sucedió en la conquista de Túnez y la Goleta.* Códice de Misceláneas de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—núm. 3.



TIENDA DE CAMPAÑA DEL EMPERADOR CARLOS V (MUSEO DE ARTILLERIA DE MADRID)

mientras Hacen, siervo tuyo, viviese, ni faltará voluntad para servirte, ni conocimiento para agradecerte el cuidado que por él tomaste. Por la venida que has hecho te doy mil gracias, y por lo que aquí te detendrás te beso los pies, pues en tan gran obligación me has puesto, así como á mis descendientes, dándome ayuda contra Haradín Barbarroja, que me ha hecho tantos males cuantos bienes él y sus hermanos de mí recibieron, cuando mayor necesidad tenían y yo mayor prosperidad. No te maravilles, gran sultán, de esto que digo, ni de las quejas que con dolor te doy, porque en ley de bueno cabe hacer buenas obras á todos, y á ninguno zaherirlas... No tanto codicio volver á Túnez por cobrar mi patrimonio ni entrar en mi reino perdido, cuanto por tener con qué servirte.»

Contestóle el emperador con mucha amabilidad, prometiendo que le libraría de los trabajos que Barbarroja pudiera darle, y encargó á todos los grandes y caballeros que le dieran el mejor tratamiento. Muley regaló á Carlos la hermosa y ligerísima yegua castaña que montaba, y se despidió para admirar luego el orden del ejército y campamento imperial, que para él era cosa nueva y sorprendente (1).

Pasaron todavía los cristianos grandes fatigas y penalidades en los días siguientes. Los ardientes calores del suelo africano en la rigurosa estación del mes de julio, la sed abrasadora, la falta de agua y de alimentos sanos, los trabajos de las obras de ataque, las escaramuzas y rebatos diarios, el continuo cañoneo de una y otra parte, las enfermedades que desarrollaban, todo hacía desear que se pusiera término á aquella situación lo más brevemente posible, y el emperador así lo procuró disponiendo un ataque general por mar y tierra á aquella fortaleza formidable. La noche antes de la batalla (13 de julio) la pasó visitando en persona, acompañado como siempre de su cuñado el infante de Portugal, todos los reparos y bastiones, baterías y trincheras, animando con alegre semblante á capitanes y soldados, recordándoles sus antiguas victorias y principalmente el haber espantado con sólo su nombre en Hungría y hecho retirar á quinientos mil turcos, y prometiendo recompensar largamente á cada uno según lo que en aquella jornada mereciese, con lo cual todos ardían en deseos de que llegara la hora del combate.

Las fuerzas así de tierra como de mar se habían dividido en tres tercios y puesto en la colocación conveniente para el ataque simultáneo. El príncipe Andrés Doria, general de la armada, mandaba las galeras que habían de batir la torre de la Goleta, el muro nuevo y el bastión de la marina. Ayudábale con las galeras del papa, con las de Rodas, Malta y Por-

(1) Consérvanse en nuestros archivos varias cartas que el emperador escribió á la emperatriz y á algunos grandes y señores de España, entre ellos al virrey de Navarra, con quien se comunicaba siempre que podía, fechadas: «De nuestro campo sobre la Goleta de Túnez, á 30 de junio del año de 1535.—Yo el rey.—Cobos, Comendador mayor.» En ellas da cuenta de lo que le había acaecido desde su salida de Barcelona hasta aquella fecha. Nuestros antiguos historiadores insertan algunas de ellas. Otras hay inéditas, que la naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á copiar.—El inglés Robertson dedica sólo unas breves páginas á la relación del importante sitio y conquista de la Goleta y de Túnez, y omite todos los incidentes. Sandoval, por el contrario, trata este suceso con tanta prolijidad, que le consagra multitud de páginas en folio.

tugal, el caballero romano conde de Anguilara. Capitaneaba las galeras de Nápoles don García de Toledo marqués de Villafranca. Don Álvaro de Bazán era el jefe de la flota española. El ejército de tierra estaba igualmente partido en tres tercios: Santiago, San Jorge y San Martín eran los nombres de la vanguardia, del centro y de la retaguardia. Había en el campo de los españoles veinte piezas de batir, con una culebrina de más de veinte pies de largo: los italianos tenían en su cuartel diez y seis piezas.

Al romper el alba (14 de julio) el emperador oyó misa y comulgó con los de su corte. Al ser de día se dió la señal y comenzó el estruendo de la artillería de los cristianos, y á contestar los moros y turcos con la suya desde la Goleta. El cañoneo duró unas seis horas: el humo quitaba la vista, los estampidos ensordecían, el agua hervía debajo de las naves, y parecía que retemblaba la tierra y que se rompía y desgajaba el cielo. Comunicáronse los dos generales de tierra y de mar, el marqués del Vasto y el príncipe Doria; y el emperador tan pronto estaba en las baterías como cogía un arcabuz para disparar á los alárabes y moros de la parte de los olivares. Brava y heroica era la resistencia de los mahometanos. Al fin se desplomó la torre de la Goleta con su barbacana aplanando á los artilleros turcos, y desportillados los lienzos y bastiones por varias partes, se ordenó el asalto general. A los disparos que hacían todavía los turcos, se detuvieron y arremolinaron los italianos y españoles, y al verlo el emperador: *¡Oh mis soldados!* exclamó á gritos: *¡aquí mis leones de España!* Y encendidos en coraje arremetieron á porfía sin acordarse ya nadie de la muerte. Parece que los primeros que entraron en la Goleta fueron los soldados Miguel de Salas y Andrés Toro, ambos toledanos: de la gente de las galeras fué el primero don Álvaro de Bazán, y de los caballeros el príncipe de Salerno.

Muertos y ahuyentados los turcos y moros, hízose general la entrada de los imperiales en la Goleta. Halláronse sobre cuatrocientas piezas de artillería, algunas muy gruesas y con flores de lis é inscripciones que denotaban haber sido llevadas de Francia. Se cogió gran cantidad de municiones y armas, y un número de flechas increible; se apresaron en el canal cuarenta y dos galeras, entre ellas la capitana que Barbarroja había traído de Constantinopla, con más otras cuarenta y cuatro galeotas, fustas y bergantines, y otras pequeñas naves hasta ochenta y seis de varias formas. El mismo día entró el emperador en la Goleta con el infante de Portugal su cuñado, y con el rey Muley Hacen, á quien dijo con risueño semblante: *Esta será la puerta por donde entraréis en vuestro reino.* Muley Hacen bajó los ojos, le dió las gracias, y dijo rogaba á Dios le diese cumplida victoria. Aquel mismo día escribió Carlos á la emperatriz, y á los grandes y virreyes de España noticiándoles su glorioso triunfo (1).

El pensamiento del emperador era marchar aquella misma noche sobre

---

(1) Sandoval cita varios hechos de armas heroicos, y particulares rasgos de valor que ocurrieron en el sitio y toma de la Goleta, de esos que siempre acontecen en tan largos y serios combates. – De las cartas del emperador sólo cita las que dirigía al marqués de Cañete, virrey de Navarra, las cuales pudo sin duda conocer más fácilmente, y se le franquearían del archivo de aquel reino, como obispo de Pamplona que era.

Túnez, y así lo escribía á España. Mas en el campo imperial se levantó una fuerte oposición á este proyecto, fundada en no leves razones, cuales eran, el corto número de gente para tomar una ciudad populosa y vasta, defendida por cien mil ó más combatientes con que contaba Barbarroja; la escasez de caballería para pelear contra veinte mil árabes, diestros jinetes y con buenos caballos; los muchos soldados que se hallaban ya enfermos, y sobre todo el calor abrasador, y la falta de agua que los ahogaría en el camino. Pero Carlos, que tenía empeño en arrojar de allí á Barbarroja, y que había prometido el reino á Muley Hacen, convocó todos los caballeros y capitanes, les expuso con energía sus razones, les habló al alma, interesó su amor propio, y adhiriéndose á él el infante don Luis de Portugal y el duque de Alba, quedó resuelta la jornada á Túnez, si bien se difirió unos días.

Barbarroja, aun perdidas la Goleta y la flota, que eran sus dos grandes elementos de resistencia y de fuerza, resolvió también defender á todo trance su capital. Contaba con más de cien mil soldados, y si tenía muchos desafectos, procuraba ganarlos con dádivas ó aterrarlos con ejemplares de castigos crueles, y fiaba en que faltaría sustento á los cristianos, y principalmente el agua, y se morirían de sed. Apercibió su gente, velaba todas las noches, tomó todas las medidas para esperar á los cristianos, y para estar más libre de zozobra encerró los cautivos, que eran más de doce mil, en la alcazaba, y gracias que no los hizo quemar, como fué su primer impulso y pensamiento.

Determinada la partida del ejército imperial, dispuso el emperador que quedara en la Goleta Andrés Doria con algunas compañías italianas y españolas, con los enfermos, las mujeres, los mercaderes y gente de oficio; y dejándole las convenientes instrucciones, y armándose él de punta en blanco, después de recorrer todos los escuadrones, se puso en marcha la mañana del 20 de julio con los veinte mil hombres de todas armas que formaban el ejército expedicionario, cuyo orden quiso dirigir él mismo en persona, no obstante que llevaba generales tan entendidos como el marqués del Vasto, el príncipe de Salerno, Fernando de Alarcón, el duque de Alba, el marqués de Mondéjar y otros buenos caudillos. El rey Muley Hacen le sirvió mucho para informarle de la posición de la ciudad, de sus contornos, de las costumbres y manera de pelear de los tunecinos y alárabes.

La marcha fué tan penosa como muchos habían previsto. A falta de bestias de tiro, tenían los hombres que arrastrar á brazo la artillería por un suelo de movediza y menuda arena. Habían andado dos millas cuando llegándose Muley Hacen á Carlos V le dijo: *Señor, los pies tenéis do nunca llegó ejército cristiano.*—*Adelante los pornemos*, le respondió el rey, *placiendo á Dios* (1). Aunque cada soldado llevaba sobre sí la provisión para tres ó cuatro días, y alguna agua en una pequeña bota, era tan recio el sol, y aquella tan escasa, y calentóse tanto en siete horas de marcha por aquellos abrasados arenales, que se morían de sed y rompían las filas desmandándose en busca de agua, teniendo el marqués del Vasto, y el empe-

(1) Relación de lo que sucedió, etc. Biblioteca del Escorial, estante jj.—núm. 3.

rador mismo, que andar á cuchilladas con los soldados para ponerlos en orden. Algunos caían muertos y otros desmayados, como le aconteció al conde de la Coruña don Alonso de Mendoza, y había quien por beber se ahogaba en las cisternas. Así anduvieron las cinco millas desde la Goleta á Túnez, en cuyas inmediaciones encontraron á Barbarroja esperándolos con su numerosa morisma. Asustáronse muchos al ver tan espesa masa de enemigos, y como alguno lo manifestase así al marqués de Aguilar: «Mejor, contestó éste, así venceremos á más y será mayor el despojo: *á más moros más ganancia.*» Frase que desde entonces quedó en España como adagio popular.

Frente ya uno de otro, Carlos V y Barbarroja, cada cual ordenó sus haces y arengó á los suyos. Fiado Barbarroja en la superioridad numérica de su gente, y en el cansancio, la fatiga y la sed de los imperiales, dió el primero la señal de acometer, y arrojáronse sus moros con descompasados gritos sobre los cristianos; mas á pesar de su fuerza numérica, de la ventaja de sus posiciones, y del arrojo y esfuerzo del antiguo jefe de piratas, todo se estrelló contra la disciplina, la serenidad, el valor y los certeros tiros de las regladas tropas del imperio, dirigidas por tan expertos y entendidos capitanes; y después de algunas horas de recio y general combate, volvieron los mahometanos las espaldas al enemigo y los rostros hacia Túnez, arrastrando en su fuga al mismo Barbarroja, y quedando los cristianos en el campo, donde se hartaban en las cisternas y pozos de agua y de sangre, todo revuelto. La confusión y el espanto se difundieron por la ciudad, y muchos la desampararon despavoridos. Barbarroja había vuelto decidido á defenderla, pero un suceso en que él no había pensado le puso en la desesperación, y dió al traste con sus planes. Los cristianos cautivos encerrados en las mazmorras de la alcazaba, aquellos á quienes había tenido tentación de hacer degollar, y cuyo acto de barbarie suspendió por habérselo afeado el judío Sinán, durante la ausencia de Barbarroja habían logrado ganar á dos guardas del fuerte, que eran españoles renegados, se hicieron dueños de las llaves, rompieron las cadenas, arrollaron la guardia turca, se apoderaron de la artillería, y la volvieron contra sus propios verdugos. Cuando lo supo Barbarroja, maldijo al hebreo que le había quitado del pensamiento degollar y quemar los cautivos, decayó de ánimo viendo la alcazaba perdida, desfallecieron también la mayor parte de los suyos, y lleno de rabia y de melancolía, huyó de Túnez con los que quisieron seguirle camino de Bona.

Entretanto el victorioso emperador marchaba con su ejército hacia la ciudad con grandes precauciones por temor de alguna emboscada. En esto divisaron una bandera blanca en la torre de la alcazaba. El emperador, que ignoraba el suceso de los cautivos cristianos, no sabía á qué atribuir aquella señal; mas no tardó en ser informado de todo lo ocurrido por algunos moros del arrabal que se adelantaron á ofrecérsele de rodillas, besándole los pies y proclamando *Imperio.* Acercóse entonces á la población, y encontróse con comisionados de la ciudad que salían á hacerle entrega de las llaves, y al ver á su antiguo rey Muley Hacen, mostraron ó verdadera ó fingida alegría con lengua, gestos y ademanes exagerados según su estilo. Bien hubiera querido Muley Hacen evitar el saqueo de la

ciudad, y así se lo suplicó al emperador, hasta ofrecerle quinientas doblas con tal que en las dos primeras horas lo impidiese. ¿Pero podían ni el César ni los capitanes tener enfrenada la soldadesca una vez dentro en la ciudad? Así fué que no hubo medio de contener la matanza y el pillaje, en que se cebaron los soldados grandemente, siendo una de las cosas que sintió más Muley Hacen el destrozo de la magnífica librería, cuyas encuadernaciones é iluminaciones en oro y azul valían una suma inmensa.

Hizo, pues, Carlos V su entrada en Túnez el miércoles 21 de julio de 1535 (1). Hallaron allí muchas armas de las que los españoles habían perdido en la desastrosa jornada de los Gelbes, juntamente con el rico arnés dorado que fué del desgraciado don García de Toledo. Hiciéronse sobre diez y ocho mil esclavos, que se vendían á los más ínfimos precios. En cambio recobraron su libertad los doce ó diez y seis mil cautivos cristianos que allí tenía Barbarroja, muchos de ellos desde el tiempo de sus piraterías. Despachó el emperador pliegos á todas las naciones de la cristiandad participándoles su triunfo, y envió á España con cartas para la emperatriz al caballero portugués Jorge de Melo. Permaneció algunos días en Túnez para tratar con Muley Hacen las condiciones con que había de entregarle su antiguo reino, que fueron las siguientes:

1.ª Muley Hacen se obligaba á dar libertad á todos los cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

2.ª Ni él ni sus sucesores cautivarían jamás, ni consentirían cautivar cristianos de ninguno de los dominios del emperador, ni de los de su hermano don Fernando.

3.ª El rey de Túnez permitiría en su reino iglesias cristianas, sin que se estorbara la celebración de los oficios y culto católico.

4.ª No consentiría vivir en sus tierras ningún moro de los nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

5.ª Cedía Muley Hacen al emperador y reyes de España las ciudades de Bona, Biserta y otras fuerzas marítimas que Barbarroja tenía usurpadas al reino de Túnez.

6.ª Dejaba á Carlos y sus sucesores la posesión de la Goleta con dos millas de terreno en circunferencia, con la sola condición de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

7.ª Libre trato y circulación por todo el reino á los cristianos que guarneciesen la Goleta.

8.ª El rey de Túnez pagaría para el sostenimiento de la fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

9.ª Todos los súbditos del emperador podrían comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas.

10.ª Muley Hacen y sus sucesores pagarían al rey de España y los

(1) Sandoval ha tenido la curiosidad de observar la rara coincidencia, que el 16 de junio en que desembarcó el emperador en África, fué miércoles, que el 14 de julio, en que tomó la Goleta, fué miércoles también, y el 21, en que hizo su entrada en Túnez, fué igualmente miércoles.

suyos, todos los años perpetuamente el dia 25 de julio en reconocimiento de vasallaje, seis buenos caballos moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo se establecieron.

11.ª Mutua y perpetua amistad entre el emperador y sus sucesores y el rey de Túnez y los suyos, y libre negociación y comercio entre sus vasallos.

12.ª El de Túnez no recogería, antes se obligaba á echar de sus reinos todos los corsarios y piratas que anduviesen por el mar y fuesen enemigos del César (1).

Bajo estas condiciones, que firmaron los dos monarcas, con sus correspondientes testigos, y que se escribieron en español y en arábigo, dió Carlos posesión de su antiguo reino á Muley Hacen, que subiendo otra vez al trono por entre torrentes de sangre no podía prometerse ser mejor quisto que antes de sus vasallos, por más que el emperador le dijera al despedirse estas nobles palabras: «Yo gané este reino derramando la sangre de los míos; tú le has de conservar ganando el corazón de los tuyos: no olvides los beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las injurias que te han hecho.»

En persecución de Barbarroja había enviado Carlos á Adán Centurión con algunas galeras, el cual se volvió sin atreverse á llegar á Bona. Avergonzóse Andrés Doria de aquella cobardía, y marchó él mismo con cuarenta galeras; mas cuando llegó á las aguas de Bona, ya Barbarroja se había fugado: tomó la ciudad y el castillo, y regresó dejando en él á Álvar Gómez con una compañía de españoles. De buena gana hubiera ido el emperador en seguimiento del famoso corsario hasta arrojarle también de Argel, pero hubo de desistir ante las consideraciones que le expusieron. Logrado, pues, el objeto de su expedición, despidió las flotas de Portugal y Castilla, y dejando por alcaide y gobernador de la Goleta á don Bernardino de Mendoza con mil veteranos españoles, dióse á la vela con el resto de las naves la vía de Italia, arribó á Trápani, ciudad de Sicilia (20 de agosto), y de allí á Monreal y Palermo, donde fué recibido con las demostraciones más solemnes de público regocijo.

De tal modo el resultado de esta ruidosa expedición hizo subir de punto la fama de Carlos V, que su gloria, como dice un entendido historiador, «eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demás príncipes no pensaban sino en sí mismos y en sus particulares intereses, Carlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, toda vez que aparecía cifrar todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.»

---

(1) Dumont, Corps. Diplomat. t. II.—Sandoval, Hist. del Emperador, lib. XXII.

CAPÍTULO XX

EL EMPERADOR EN FRANCIA.—NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I

De 1529 *á* 1538

Comportamiento de Francisco después de la paz de Cambray.—Busca enemigos al emperador.—Desatentada política del francés.—Suplicio horrible de herejes: irrita á los príncipes reformistas á quienes había halagado.—Marcha contra Milán.—Despoja al duque de Saboya.—Acógese éste á la protección del emperador.—Pretende el francés suceder al duque Sforza en el Milanesado.—Solemnísima declaración de guerra hecha á Francisco I por el emperador en Roma, en plena asamblea del papa, cardenales y embajadores: reto arrogante.—Entrada del emperador con grande ejército en Francia: imprudente confianza de Carlos.—Atinadas medidas de Francisco para la defensa de su reino.—Comprometida situación del ejército imperial.—Retirada deshonrosa.—Muerte del famoso capitán Antonio de Leiva.—Vuelve Carlos V á España.—Guerras de franceses é imperiales en Flandes y Lombardía.—Intervención de dos reinas en favor de la paz.—Treguas.—Alianza de Francisco I con el sultán de Turquía contra el emperador.—Formidable armada turca en las costas de Italia.—Barbarroja y Andrés Doria.—Negóciase la paz entre Carlos y Francisco.—Buenos oficios del papa y de las dos reinas.—Tratado de Niza.—Tregua de diez años.—Célebre entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas.—Se abrazan, y se separan amigos.—Resultado de estas guerras.

Un soberano había también en Europa que en vez de alegrarse de los triunfos de Carlos V, no sólo los oía con envidia, sino con pena, y aun procuraba servirse de ellos como de arma para concitar los recelos y sospechas de las demás naciones sobre su desmedido engrandecimiento y sobre sus designios, como había aprovechado su ausencia para trabajar en suscitarle compromisos y enemigos.

Este soberano era Francisco I de Francia, su eterno rival, que humillado y mortificado desde la paz de Cambray (1527), alimentaba en secreto su antiguo odio á Carlos, y no había cesado de buscar ocasiones y pretextos para ver de recobrar su perdida influencia y vengar las humillaciones recibidas del emperador. Un agravio que el duque de Milán Francisco Sforza le hizo en la persona de su embajador (1), le dió motivo para amenazar á Sforza, para quejarse agriamente al emperador, suponiéndole autor de aquel ultraje, y para apelar á todos los príncipes de Europa contra Carlos, de quien no pudo alcanzar satisfacción (1533). Pero sus gestiones fueron inútiles. El pontífice Paulo III que había sucedido á Clemente VII, quiso mantenerse neutral en las cuestiones de los dos monarcas, y Enrique VIII de Inglaterra no se prestaba á favorecer á Francisco, mientras éste no se emancipara como él de la obediencia á la silla apostólica. Entonces el monarca francés, en su ciega indignación, se precipitó en una marcha política incomprensible, contradictoria, y á todas luces desaten-

(1) El caballero milanés Merveille, á quien el duque hizo condenar á pena capital por muerte dada en una disputa á un criado suyo.

tada. Quiso hacerse partido con los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde (1), halagando sus doctrinas, y á este objeto envió á Alemania á Guillermo Du Bellay, y aun invitó á Melancton, el más moderado y pacífico de los reformadores, á que pasase á París para tratar el medio de avenir las sectas reformistas que desgraciadamente desunían á la Iglesia. Y en los momentos que Carlos V proyectaba en favor de la cristiandad su expedición contra Barbarroja (1534), Francisco daba audiencia pública á un enviado del Gran Turco, y manejábase de modo que llegó á entablar, en odio al emperador, inteligencias secretas con el sultán y con el famoso corsario.

Mas para desvanecer las vehementes sospechas que de poco afecto á la Iglesia católica daba con tan imprudentes pasos, determinó hacer un alarde público de celo religioso, pero llevándolo á tal extremo que le colocó en otra situación no menos comprometida y grave. Unos protestantes franceses, sectarios de Zuinglio (que ya la reforma había penetrado también en Francia), habían fijado en París á las puertas del palacio real y de otras casas principales unos carteles indecorosos, insultando los más venerables dogmas y artículos de la religión. Aprovechó el rey aquella ocasión para dar un testimonio público de que era un celoso católico y un verdadero rey cristianísimo. Mandó hacer una procesión solemne, llevando al Santísimo Sacramento por las calles de París, en la cual iba toda la real familia, y marchaba él mismo á pie, con la cabeza descubierta y una hacha encendida en la mano (enero, 1535). Después de la procesión exhortó al pueblo á permanecer en la fe católica, y añadió con enérgico lenguaje, que era tal su aborrecimiento á la herejía, que castigaría con la muerte á sus mismos hijos si de ella estuviesen infestados, y que si sintiese una de sus manos contaminada, se la cortaría con la otra. Y como se hubiese descubierto á seis de los autores de los pasquines, los hizo quemar pública y bárbaramente, mandando que se ejecutase lo mismo con todos los que hubiese en el reino (2).

Con esto irritó á los príncipes de la liga de Smalkalde, á quienes había tratado de halagar, y que nunca tuvieron confianza en las declaraciones del monarca francés; de modo que no le fué posible ya hacerlos amigos, por más artificios y por más esfuerzos que para ello empleara el enviado Du Bellay. Aun el mismo elector de Sajonia, el más acalorado reformista, no permitió ya á Melancton hacer el viaje á Francia, bien que le lisonjeara verse llamado por un soberano tan poderoso.

Sin embargo de no hallar el rival de Carlos apoyo alguno en los príncipes, no por eso renunció á su deseo de suscitar embarazos al emperador

(1) Para la mejor inteligencia de estos sucesos, conviene mucho recordar los capítulos XIV y XVI del presente libro.

(2) Decimos *bárbaramente*, pues según Sandoval, los suplicios se ejecutaban atando á los sentenciados á una máquina que los levantaba en el aire: debajo se encendía un fuego vivo en el cual se los dejaba caer para que se tostaran un poco: luego se los volvía á levantar, hasta que finalmente, el verdugo cortaba la soga y caían dentro del fuego hasta convertirse en ceniza. Hist. de Carlos V, lib. XXII, núm. 49.—¡Y los franceses de aquel siglo proferían invectivas contra la Inquisición española!

y á su afán de dominar en Italia, haciendo marchar su ejército á este país, primeramente contra el duque de Milán, cuyo ultraje no quería dejar sin venganza, y después contra el duque de Saboya, cuñado y aliado íntimo del emperador, á quien comenzó á despojar de sus Estados, alegando el derecho que decía tener á ellos por su madre Luisa de Saboya, y renovando todas las antiguas reclamaciones de la corona de Francia. Débil como era el saboyano para resistir á tan poderoso monarca como el francés, tuvo que sufrir el despojo de la mayor parte de sus tierras, no quedándole otro recurso que acogerse á la protección de su deudo y amigo el emperador, que acabando de llegar de África no podía auxiliarle con la presteza que quisiera.

La muerte sin sucesión del duque Francisco Sforza acaecida por este tiempo (octubre, 1535), añadió nuevo y más vivo fuego á las rivalidades entre el emperador y el monarca francés sobre la eterna cuestión del Milanesado, pretendiendo Francisco que volviese á la corona de Francia, por más que ocho años antes hubiera renunciado solemnemente todo derecho á Milán y á Nápoles (1), y tomando Carlos posesión del ducado vacante como feudo del imperio, y alzándose por él pendones en Milán. Entretuvo no obstante el emperador al rey de Francia con astuta política, haciéndole concebir alternativamente esperanzas de dar la investidura de aquel ducado, ya al duque de Orleáns, su segundo hijo, ya al de Angulema, su hijo tercero, y guardando una conducta ambigua, mientras secretamente se preparaba á hacerle la guerra, concertándose con Venecia y los cantones suizos, y levantando hombres y recursos en abundancia, de Nápoles, de Sicilia, de España, de Alemania y de Flandes, que todos le facilitaron con el mayor placer, por el prestigio que entonces acompañaba su nombre.

En efecto, Carlos á su regreso de Túnez había sido festejado en toda Italia con cuantas manifestaciones de público regocijo podía inspirar el más loco entusiasmo. Las fiestas de Nápoles excedieron á todo lo que en aquella población se había visto en ningún tiempo, compitiendo todas las clases á porfía, desde el clero episcopal y la alta nobleza hasta los artesanos más humildes, en agasajarle con procesiones, banquetes, saraos, mascaradas, corridas de toros á estilo de España, y con todo lo que la fecunda imaginación de los napolitanos podía inventar de más fastuoso, y agotando su talento los oradores y poetas de Italia para derramar el incienso de las alabanzas y ensalzar la grandeza y las victorias del César. En el camino de Nápoles á Roma, y principalmente en su entrada en la ciudad de los césares y de los pontífices, su recibimiento no fué menos ostentoso que el de los antiguos triunfadores romanos (5 de abril, 1536). Veintidós cardenales y multitud de arzobispos, obispos, abades, clérigos, nobles, magistrados y ciudadanos, salieron fuera de los muros de la ciudad santa á ofrecerle su respetuoso homenaje. La comitiva imperial iba vestida de toda gala con ricas telas de seda y oro. Marchaba delante el senado y cancillería romana, y detrás el emperador debajo de palio, cuyas

(1) Documentos del Archivo de Simancas.—Tratado de Madrid de 1527.—Sandoval, Hist., lib. XXII, núm. 48.

varas llevaban caballeros y gentiles-hombres. La guardia del castillo de Sant-Angelo abatió sus armas y bandera al pasar Su Majestad Cesárea, y los soldados se arrodillaron todos. A la puerta de San Pedro le esperaba el papa con otros cuatro cardenales y varios prelados. Carlos se apeó, besó el pie al pontífice, y éste le abrazó muchas veces, no pudiendo percibirse lo que entre sí hablaron por el ruido de las músicas y de las salvas de artillería. Estuvo el emperador la Semana Santa en Roma; anduvo las estaciones y asistió á las ceremonias sagradas con toda solemnidad y grande acompañamiento, y habló al pontífice de la necesidad de tener pronto un concilio general para la extirpación de las herejías.

Cuando así se hallaba Carlos halagado y mimado, y cuando tenía hechos sus preparativos de guerra, entonces fué cuando al rey Francisco I le dió la mala tentación de apurarle por medio de sus embajadores para que le diese una respuesta categórica en lo de Milán; y como al propio tiempo supiese Carlos que los embajadores del francés le andaban haciendo inculpaciones sobre las guerras pasadas y hasta sobre la propagación de la herejía de Lutero, atribuyéndola á descuido suyo ó falta de energía, llenóse de indignación, y prometió contestarles al día siguiente en una sesión que se había de celebrar á presencia del pontífice, del colegio de cardenales y de los embajadores de todas las potencias existentes en Roma. En esta célebre sesión (17 de abril) pronunció el emperador en lengua castellana un estudiado, extenso y vigoroso discurso, en que comenzó ponderando sus esfuerzos para mantener la paz de Europa, y prosiguió haciendo fuertes y severísimos cargos al francés por las guerras injustas que llevado de su ambición le había movido, echándole en rostro su ingratitud y deslealtad en la infracción de los tratados de Madrid y de Cambray, el despojo que acababa de hacer de sus dominios al duque de Saboya, y sus injustas pretensiones al ducado de Milán. Y saliendo de su natural moderación, añadió: «Pues sepa el rey Francisco, y sepan cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni tengo de dar á nadie lo mío, ni tomar tampoco lo ajeno, ni disimular las injurias del duque de Saboya. Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le quiero engañar ni tomarle de sobresalto: de aquí me iré con el favor de Dios á Lombardía, juntaré allí el mayor ejército que pudiere, y con él entraré por Francia, y procuraré vengar mis injurias y las de los míos, como á mi oficio conviene hacerlo.

»Mas lo mejor de todo (continuó con arrogancia) será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros de bueno á bueno: pongamos el negocio en las armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á la mía, que desde agora digo que le desafío y provoco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un río..... que yo confío en Dios, que como hasta agora me ha sido favorable, y me ha dado victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y míos, me ayudará ahora en una causa tan justa.....»

Dijo esto en alta voz, y con acento tan imperioso y vehemente, que el

papa no pudo menos de interrumpirle, y de exhortarle, dándole paz en el rostro, con mansas y dulces palabras, á que templase el enojo que le arrebataba, y á que no pusiera en tan peligroso trance su persona que tanto importaba en el mundo. Quisieron hablar los embajadores de Francia, y el pontífice no se lo permitió. Dióse la sesión por terminada; un embajador francés rogó al emperador le diese su discurso escrito; hízolo el César, aunque suavizando algunas frases, y esta inusitada y solemne declaración de guerra le fué llevada inmediatamente á Francisco I, que tenía á la sazón cerca de treinta mil soldados en el ducado de Saboya, haciendo todo el daño que podían.

Ya no había medio posible de evitar otra guerra entre los dos antiguos rivales, y el papa mismo que hubiera querido impedirla, tuvo que presenciar los armamentos del ejército imperial. Partió, pues, Carlos de Roma, dirigiéndose sucesivamente á Siena, Florencia, Asti y Fossano: esta última plaza la tenía sitiada Antonio de Leiva con quince mil infantes alemanes, españoles é italianos. El ejército que el emperador llegó á reunir era de setenta mil hombres con cien piezas de artillería: sus principales caudillos, el marqués del Vasto, el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el príncipe de Visiñano, don Fernando Gonzaga, Ascanio Colona y el príncipe de Salerno; pudiendo decirse el general en jefe Antonio de Leiva, puesto que su parecer y consejo era el que seguía el emperador comunmente (1). El plan de Carlos era penetrar en el Medio-

(1) Sumario de la relación de gente de guerra de pie y de caballo que había en el ejército de S. M., segund las muestras tomadas en principio de julio de 1536:

Caballería

Gente de armas	580
Caballos ligeros	4,740
	5,320

Infantería

Infantería española	9,850
Infantería alemana	24,080
Infantería italiana.	9,700
	43,630

ITALIANOS

Que van con el príncipe Andrea Doria	6,900
Los que quedan en Milán y Vercelli en guarda de los castillos de Cremona, Lodi, Pavía, Alejandría.	2,100
La que debe quedar en Turín.	6,200
	15,200

Sumario que se pone al fin de la relación, cuyas partidas por mayor son las que anteceden:

Gente de armas (lanças).	580
Caballos ligeros de todas naciones.	4,390

día de Francia, con el grueso del ejército, mientras dos cuerpos de tropas levantadas por sus dos hermanos, Fernando, rey de romanos, y María, gobernadora de Flandes, invadían también la Francia, por la Champaña el uno y por la Picardía el otro. En vano sus generales le suplicaron que se mirase bien en llevar adelante tal empresa, y en vano el marqués del Vasto con más empeño que todos le rogó hasta de rodillas que renunciase á un pensamiento que veía erizado de inconvenientes y peligros, recordándole el mal éxito que en la misma empresa y en ocasión más favorable habían tenido el duque de Borbón y el marqués de Pescara, y haciéndole presente que de todos modos sería necesario dejar antes sujeto el Piamonte. Cegó á Carlos esta vez el humo de tanto incienso como en Italia había recibido, traíanle un tanto desvanecido sus victorias de África, perturbábale su irritación contra el francés, y hubiérale acabado de decidir, si necesario fuese, el consejo de Antonio de Leiva, que hablando de Francisco y de los franceses solía decir: «á los animales bravos se los ha de buscar en sus mismas cuevas (1).»

Infantes españoles..	9,850
(Créese que llegarán á 10,000).	
Infantes alemanes..	24,600
Infantes italianos..	25,850
Caballos de artillería..	2,000
Más la gente de corte de caballo y de pié.	

Acuerdo consultado con S. M., en Saviñán, lunes 10 de julio de 1536:

Hánse de hacer por el camino donde ha de ir S. M. desde Cuni á Niça seis jornadas, y dos de aquí á Cuni, que son ocho jornadas.

La gente de armas y caballos han de hacer diez jornadas desde esta villa de Saviñán hasta Niça.

Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 34.

(1) Esto es lo que generalmente dicen los historiadores. Pero no dejaba de haber razones muy fuertes en favor de la entrada en Francia, según un documento contemporáneo, escrito, se conoce, por persona entendida y de la confianza del emperador (tal vez por el mismo Antonio de Leiva), que nosotros hemos hallado entre los papeles de Estado de Simancas (leg. núm. 34), en el cual se pesan los inconvenientes de entrar y los de no entrar en Francia, inclinándose en favor de la invasión; y dice así:

En Saviñán á 13 de julio (1536).

Las dificultades que ocurre que ay en la passada de S. M. en Francia

«El primer inconveniente es la falta del dinero, porque aunque se busque y halle para cumplir lo que será menester para este mes de julio, pasado el mes, si no se halla algund expediente para anticipar los dineros que se esperan, á lo menos para media paga del mes de agosto, para poder entrar en Francia, seria cosa de mucho peligro y inconveniente; y si para entonces no llegan los dineros de España, lo que se cree que no llegará, parece que buscarlos acá, segund está la tierra y el tiempo, será muy dificultoso, aunque se harán todas las diligencias que sean posibles, así en Génova y Milan, como enviando á Nápoles y Roma.

»Lo 2.° es lo de las vituallas, porque aunque se ha proveido lo que es menester para ir hasta Niça, seria menester saber lo que hay adelante, y para esto parece que se debe enviar persona expresa con gran diligencia, que vaya y vuelva para tomar

Un acontecimiento impensado facilitó al emperador la entrada en Francia. El marqués de Saluzzo, á quien Francisco había confiado un cuerpo de ejército para la defensa del Piamonte, ó por reyertas que tuvo con el almirante de Francia, ó porque dando fe á pronósticos de astrología judiciaria á que era muy dado, creyese que el poder de la nación

---

á S. M. antes que parta de aquí ó en la primera jornada, con la certinidad de lo que en esto hay, y que la informacion sea así de lo que hay en Niça, como de lo que de Génova se ha enviado allí, y de lo que el rey de Francia ha proveido en quemar y gastar las vituallas de allí adelante, y hasta saber la certinidad de lo uno y de lo otro, paresce que se debe caminar mas despacio que estaba acordado.

»El tercio es que el tiempo está muy adelante, que no quedan sino dos meses para guerrear, y se va á parte y Reyno muy apercibido y proveido y fortificado por la parte de la mar y de la tierra.

»El 4.° es lo que se dice que tienen concertado en siendo Su Majestad pasado los montes, juntar la gente que tienen acordada en Italia y enviar mas de Francia, y hacer un cuerpo de toda y de la que queda en Turin, y mover todas las cosas de Italia y apoderarse de todo lo que pudieren, para lo cual hacen fundamento que el papa y venecianos tienen celos de la pasada de Su Majestad en Francia, y de su grandeza, y no estarán firmes en la devocion de S. M. y se mostrarán por ellos y se alterarán todas las cosas de Italia de manera que se pongan en condicion y aventura.

»El 5.° qué se ha de hacer del ejército pasado agosto y setiembre, porque se tiene por dificultoso podello deshacer estando dentro en Francia no lo podiendo sostener adelante.

»Los inconvenientes que ay en dexar de passar S. M.

»Lo primero, que por lo que hasta agora está hecho y la publicacion que se ha hecho desta entrada, habiendo venido S. M. para ello de tan lejos, dejarse de hacer seria perder mucha reputacion y crédito, que es en lo que mas se debe mirar, y aun no podria dejar de ser deshonra.

»El mismo inconveniente que hay en la falta del dinero para pasar en Francia, hay dejando de pasar.

»Lo otro, que el rey de Francia, dejando de pasar, y hallándose, como está, armado, podria dar sobre Spaña, para donde ya tiene encaminada mucha parte de su gente.

»Lo otro, que Musr. de Nasao quedaria en evidente peligro de perder el ejército, y quedarian las tierras de Flandes en mucha aventura, y seria faltar á lo que S. M. les ha prometido, que entrarian por acá, y retirádose el armada, dejarian de pagar el servicio que han otorgado, y se amotinarian los vasallos y podria rescibir mucho daño Gueldres.

»Lo otro, que el duque de Saboya quedaria perdido, y de su estado á lo menos lo que tiene de los montes allá, y asimismo lo de Salucio.

»Lo otro, que el rey de Francia, no pasando S. M., quedaria tan soberbio, que no vernia á paz sino con grand ventaja suya, y tractaria de tractar al Turco el año que viene y no se haria el concilio.

»Lo otro, que no se halla lugar para la persona de S. M. ni adonde debria ir.

»Que con esta pérdida de reputacion, se cree que el papa ni los otros potentados de Italia no vernán en mas liga con S. M. que la que tienen hecha, antes se cree que con este favor el rey de Francia terná mas parte de la que tenia.

»Que el rey de Inglaterra, con quien se tiene esperança de tractar conveniblemente, y aunque se declarara á ayudar contra el rey de Francia en esta empresa, se meterá en mas estrecha amistad con el rey de Francia, ya nunca tornará á la obediencia de la

francesa estaba tocando á su término, y que Carlos se iba á alzar con la soberanía general de Europa, abandonó su puesto y se pasó al campo imperial, dejando comprometida y casi abierta la frontera. Defección que nos hace recordar la del duque de Borbón y la de Andrés Doria, y la mala suerte, y tal vez también el mal manejo que Francisco tenía con sus generales. La fortuna de éste fué que Mompezat, que defendía la plaza de Fossano, aunque al fin tuvo que rendirla á Antonio de Leiva, embarazó no obstante á fuerza de valor y de destreza al ejército imperial cerca de un mes, dando lugar á Francisco á combinar un plan de defensa para resistir dentro de su reino á tan poderoso enemigo. Este plan, al parecer opuesto al genio vivo y agresivo de la nación francesa, y cuya ejecución se encomendó á Montmorency, á quien se supone también su autor, consistía en estar á la defensiva, no comprometerse ni aceptar batalla sin la seguridad del buen éxito, no guarnecer sino las plazas más fuertes, concentrarse en ellas, destruir las otras, y talar y dejar sin mantenimiento los países y comarcas limítrofes, obligando á los habitantes de las poblaciones indefensas á abandonar sus casas y trasladarse á las montañas ó al interior del reino. Las plazas que se determinó defender fueron Aviñón, Marsella y Arlés, y la devastación se extendía desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los confines del Delfinado. Pocas veces se ha visto á una nación civilizada recurrir á un medio tan heroico y extremo para defenderse de una invasión extranjera.

Sordo, pues, el emperador á las reflexiones de sus generales, se lanzó con la vanguardia de su ejército á las fronteras de la Provenza sin dejar asegurado el Piamonte (agosto, 1536), y embriagado con la idea de un triunfo que se le representaba seguro, mientras se le incorporaban las tropas procedió á distribuir entre sus oficiales las conquistas que se imaginaba. Mas no tardó su confianza en bajar de punto al encontrarse en medio de un país desierto y devastado, y ya comprendió que quien había

---

Iglesia romana y meterá en notorio inconveniente las tierras de Flandes, Lubech y Dunquerque, y otras de aquellas partes.

»Que con esta derreputacion, no solamente S. M. perderá el crédito con los soldados alemanes que han tenido esperança desta pasada en Francia, mas aun con los electores, príncipes y estados del imperio, y tomarán para esto mas atrevimiento los desviados de la fee para juntarse y colligarse estrechamente con los reyes de Francia y Inglaterra, en perjuicio de S. M., del rey de romanos, y de sus dignidades, y para continuar con sus errores y atraer por desesperacion los demás de Alemaña.

»Demás desto, el vayvoda, que es en puncto de concertarse con el rey de romanos, y que segund se escribe de allá no espera otro sino ver que S. M. entre en Francia, dexará de concertarse y ocupará todo el reyno de Hungría irremediablemente.

»Y no solamente esta derreputacion dañará á S. M. y á la Cristiandad, mas aun el turco tomará osadía, aunque el rey de Francia no le ayudase y sollecitase, de emprender contra S. M. y la Cristiandad.

»Por los cuales inconvenientes entre otros, puede parescer que menos mal es pasar en Francia, aunque no se hiciese otro efecto, y que allí se harán otras excusaciones mas convenientes que dejando de pasar.»

Al final tiene la nota siguiente:

«Trasladadme esto está noche de letra que parezca á la mia, haciéndola algo pequeña, y nadie la vea.»

dejado yermas provincias enteras en su propio reino, mostraba bien su resolución de defenderle hasta la última extremidad. Esperaba no obstante Carlos recibir algunas subsistencias por mar; pero aunque Andrés Doria había entretanto tomado á Tolón, hallábase su flota detenida por contrarios vientos. No sabiendo ya qué hacer de sus tropas, tentó dar un golpe decisivo sobre Aviñón, mas hubo de desistir en vista de haberle representado impracticable la empresa los oficiales que envió á reconocer el terreno. Entonces el emperador avanzó sobre Marsella, mientras el marqués del Vasto lo verificaba sobre Arlés, esperando que los franceses dejarían su fuerte posición para acudir al socorro de las dos plazas. En todo se engañó esta vez Carlos; Montmorency permaneció como inmutable; las guarniciones de Arlés y Marsella los rechazaron vigorosamente, y después de haber intentado un segundo esfuerzo contra Aviñón, tan infructuoso como el primero, se vió obligado á retirarse de Francia sin gloria, y sin otro fruto de tan inmensos preparativos que haber malgastado dos meses y muchos recursos en una empresa temeraria, y haber perdido la mitad de sus soldados, víctimas del calor, del hambre y de las enfermedades (1).

En esta malhadada expedición murió el que más parte en ella había tenido, el famoso general Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli, el héroe de Pavía, gobernador de Milán después de la muerte del duque Francisco Sforza, y cuyas hazañas le hicieron digno de ser colocado entre los más insignes capitanes de su siglo (2). Esta muerte, que sintió amargamente el emperador, fué una de las causas que le decidieron más á acelerar su retirada (octubre, 1536). También pereció en esta desastrosa campaña el esclarecido poeta Garcilaso de la Vega en el acto de asaltar la torre de Muey á la salida de Provenza, bien que los imperiales se vengaron cumplidamente de sus matadores, no dejando uno sólo con vida (3).

También el monarca y el pueblo francés tuvieron que lamentar durante esta campaña la pérdida del delfín, príncipe muy querido por sus prendas, que murió, como Felipe I de España, de haber bebido inmoderadamente agua después de un ejercicio muy violento. La maledicencia supuso haber sido envenenado, y de esta suposición fué víctima el noble italiano conde de Montecuculli, sumiller de la casa del delfín, á quien inhumanamente dieron tormento y despedazaron. Con malicia harto refinada se hicieron también recaer sospechas sobre los generales del emperador. Mas sobre no haberse podido aducir prueba de ninguna especie, ni el emperador ni sus generales habían usado jamás de tan abominables artificios, ni tenían el menor interés en la muerte del delfín, puesto que

(1) Du Bellay, Mémoir., pág. 316.—Sandoval, Hist., lib. XXIII.

(2) Leiva murió de enfermedad, no en acción de guerra. Hacía largo tiempo que la gota le inutilizaba con frecuencia piernas y brazos, y muchas veces se había hecho conducir á las batallas en andas ó en silla de manos. Fué uno de los hombres más ricos de su época, y dejó á su hija cerca de 200,000 ducados, «que fué, dice Sandoval, el primer gran dote sin mayorazgo de aquellos tiempos en España.»

(3) El poeta toledano recibió una pedrada en la cabeza, de la cual no murió en el acto, sino en Niza donde le llevaron á curar.

quedaban al rey de Francia otros dos hijos en edad de sucederle: y en el caso de haberse verificado el envenenamiento, con más verosimilitud se hubiera podido inculpar, como apuntan los historiadores, á la ambiciosa y altiva Catalina de Médicis, esposa del duque de Orleáns, su segundo hermano, en quién recaía la sucesión al trono.

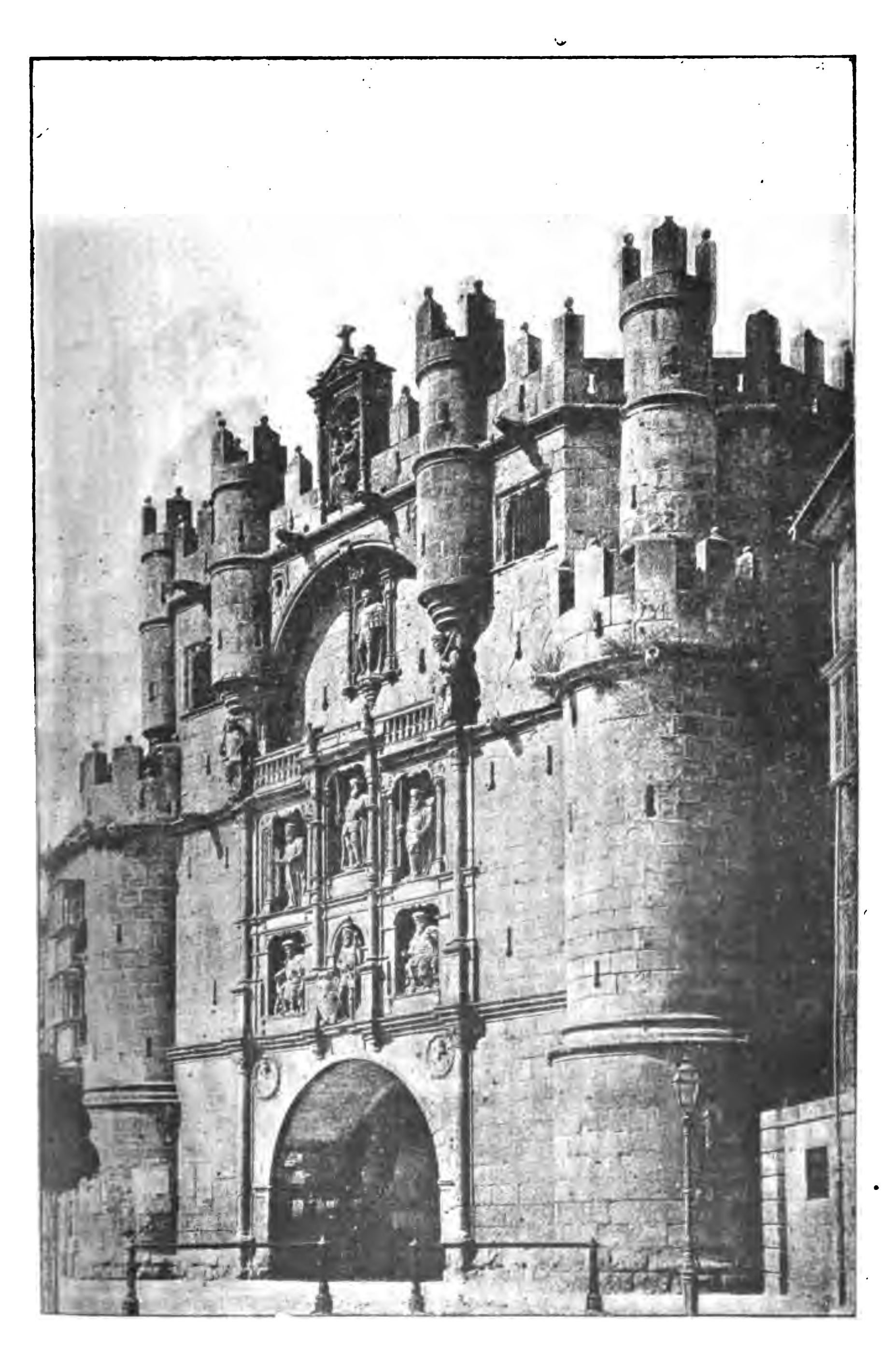
De las otras dos invasiones, la de los alemanes por Champaña no se había realizado. La de los flamencos por Picardía al mando del conde de Nassau fué tan adelante, que puso en alarma á la nobleza y al pueblo de París. Nobles y pueblo acudieron en masa á atajar los progresos de los de Flandes, y obligaron al de Nassau á levantar el sitio que tenía puesto á Peronne, y á pronunciarse en retirada á los Países Bajos, casi al mismo tiempo que el emperador retrocedía á Italia por el mismo camino que había llevado hacía algunos años el marqués de Pescara de regreso de otra expedición tan poco venturosa como ésta. Dejó Carlos un tercio de infantería española en Niza, encomendó el gobierno de Lombardía al marqués del Vasto, pasó á Génova, donde se detuvo por falta de salud algunos días, y de allí dió la vuelta á Barcelona (noviembre, 1536), entrando en España con los laureles de Túnez un poco marchitos, por su temerario empeño en haberlos paseado por Francia (1).

Había deseado siempre el papa Paulo III ser medianero de paz entre Carlos y Francisco, y ahora mediaron proposiciones, tratos y contestaciones encaminadas á este fin entre el pontífice y el emperador. Mas como el jefe de la Iglesia no pudiese lograr que modificara Carlos algunas de las condiciones que exigía, y que le parecían inadmisibles por el monarca francés, no pudo Su Santidad llevar á feliz término esta buena obra, por más que para obligar al monarca español le decía que él estaba determinado á unirse á aquel que más en lo razonable se pusiese. Pero lejos de ponerse ni el uno ni el otro en lo razonable, cada uno de los dos soberanos parecía andar discurriendo la manera de eternizar sus odios y sus guerras. El parlamento de París, con asistencia del rey Francisco y de los príncipes de la real familia, acusó muy formalmente á Carlos de Austria de haber faltado al vasallaje que por la posesión de los condados de Flandes y de Artois debía á la corona de Francia, y por consecuencia, de haber obrado como súbdito rebelde: se le mandó comparecer ante el parlamento como ante el juez competente, y como Carlos no compareciese ni por sí ni por apoderado, se procedió á la vana y ridícula demostración de condenarle en rebeldía (1537), de declarar confiscados sus feudos en Flandes y Artois, y de publicar la sentencia á son de trompetas (2).

En su virtud, y como en cumplimiento y ejecución de la sentencia, y para tomar posesión de los dominios que por ella se adjudicaban á la corona de Francia, marchó el monarca francés con ejército á la frontera de Flandes, donde se movió una guerra formal, á la cual asistieron perso-

(1) Paulo Jovio, Histor., lib. XXXV. – Du Bellay, Mémoires.—Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XXIII.—Robertson, Hist. de Carlos V, lib. VI.—Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V.

(2) Colección de documentos para la historia de Francia, hecha de orden del rey. —Cartas y memorias de Estado, por Ribier, t. II.



ARCO DE SANTA MARÍA (BURGOS). — COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA

nalmente el rey, el duque de Orleáns, ya delfín por la muerte de su hermano, y el mariscal de Montmorency, nombrado condestable por sus servicios en la anterior campaña. Ya aquella guerra llevaba destruídas algunas provincias de ambos Estados, cuando por fortuna interpusieron sus buenos oficios en favor de la paz dos reinas hermanas, la de Francia y la de Hungría, hermanas ambas del emperador, y consiguieron que por lo menos se firmara una tregua de diez meses (31 de julio, 1537), si bien limitada sólo á los Países Bajos.

Porque al mismo tiempo seguía ardiendo otra guerra en el Piamonte entre los ejércitos de Carlos y de Francisco; que en todos los campos medían sus fuerzas, agotándose éstas primero que sus rencores. También aquí intervinieron las dos reinas, no queriendo dejar incompleta su obra; é instando la una á su hermano Carlos, la otra á su esposo Francisco, y ambas á los dos soberanos, ayudadas también del romano pontífice, siempre neutral, y siempre deseoso de templar las iras de los dos rivales, redujéronlos al fin á concertar una tregua de tres meses en el Piamonte (1538), quedándose cada uno de los dos monarcas con las plazas y territorios que á la sazón poseía, hasta que sus respectivos plenipotenciarios arreglasen un convenio definitivo, para el cual por cierto se suscitaron cuestiones que los obligaron á prolongar la tregua hasta el año siguiente (1).

Y no eran sólo las guerras de Flandes y del Piamonte las que en este tiempo traían enredados á los poderosos y rivales monarcas. Con sentimiento y extrañeza, y aun con escándalo de la cristiandad, el rey cristianísimo había provocado y ayudado al sultán de Turquía á combatir al rey católico. Ya hemos indicado las inteligencias no muy secretas en que Francisco I de Francia andaba hacía tiempo con Solimán de Turquía. Pues bien; cuando Barbarroja se vió vencido y arrojado de Túnez por el emperador y ahuyentado de Bona por la armada de Andrés Doria, el infatigable corsario armó todavía en Argel una flota de treinta y cinco galeras y algunas fustas, enarboló en ellas banderas cristianas, y tomando rumbo á las islas Baleares, arribó al puerto de Mahón, cuyos habitantes, creyendo que eran las naves españolas que volvían victoriosas de Túnez,

(1) Fueron los comisionados para tratar de este concierto, por parte del emperador el señor de Granvela y el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor, y por parte del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency.

Hizo el marqués del Vasto en esta ocasión una acción muy propia de su noble y elevado carácter, y el rey Francisco le correspondió con otra muy propia de su genio galante y caballeresco. Luego que se acordó el armisticio, el marqués quiso hacer una visita al rey de Francia, que se hallaba alojado cerca de Carmagnola, y al mismo tiempo mostrarle cuán lucida gente servía bajo sus órdenes al emperador. Dirigióse, pues, á la tienda del rey Francisco, acompañado de un brillante cortejo de caballeros españoles, todos vestidos de gran gala y con muchas cadenas y collares de oro. El rey-caballero, al acercarse el marqués, mandó hacer una salva á toda su artillería, colocó al caudillo imperial entre él y el delfín su hijo; los capitanes españoles fueron igualmente honrados por los franceses; el rey y el marqués departieron largamente sobre la tregua y sobre los límites que se habían de señalar en el Piamonte, y despidiéndose afectuosamente, el del Vasto se volvió á Milán, y el rey Francisco regresó á Francia por los Alpes.—Sandoval, lib. XXIII, núm. 27.

las saludaron con salvas de artillería, echaron al vuelo las campanas en señal de regocijo y se disponían á abrazar alegremente á sus hermanos. Todo aquel entusiasmo se trocó súbitamente en espanto y tristeza, cuando una casualidad les hizo saber que quien tenían delante era el terrible Barbarroja con dos mil quinientos turcos. Corta y escasa la población para resistir á los ataques que muy pronto le comenzó á dar el famoso pirata, y aportillada ya la cerca por su artillería, los desgraciados mahoneses tuvieron que darse á partido: entró Barbarroja en la ciudad, saqueóla á su sabor, no dejando ni aun cerrojos en las puertas, hizo más de ochocientos cautivos, y con esta presa se reembarcó para Contantinopla á presentársela al sultán, y á mostrarle que si había sido desgraciado en Túnez, aun no le faltaba arrojo para acometer empresas (fines de 1536).

Acogióle con mucha alegría el turco, y aceptó con tanto más placer los servicios que volvió á ofrecerle Barbarroja, cuanto que en aquella ocasión andaban instando á Solimán á que declarara la guerra al emperador y rey de España. Los que tales instancias le hacían eran un desterrado de Nápoles llamado Troylo Pignatelli, y muy especialmente un enviado del rey de Francia nombrado Laforet, el cual hacía tiempo que le aconsejaba de parte de su amo que abandonara la guerra de Persia, pues le sería más ventajoso hacerla al emperador en Italia por mar, mientras el rey Francisco la hacía por tierra en Flandes y Lombardía, siendo imposible que de este modo pudiera el emperador resistirles. ¡A tal punto llevaba el francés su despecho, y á tal extremo le arrastraba su encono y su afán de destruir á Carlos! A la provocación del embajador francés se agregaron las excitaciones de Barbarroja en el propio sentido, y todas juntas decidieron á Solimán á enviar todas sus naves y todos sus guerreros contra el emperador. En su consecuencia una inmensa armada turca, de cerca de cuatrocientas velas, con doscientos mil hombres y muchos centenares de cañones de todos calibres, se encaminó, parte amagando primeramente á Hungría, parte derechamente á las costas de Italia con Barbarroja y Pignatelli (1537).

Felizmente para Italia y para la cristiandad entera, el éxito de tan formidable aparato bélico estuvo lejos de corresponder á las esperanzas que habían hecho concebir al gran turco sus instigadores. Porque ni el rey Francisco pudo ejecutar por su parte lo que había prometido en el Piamonte y el Milanesado, ni los de la Pulla y Calabria se movieron en contra del emperador á la aproximación de los turcos, según al sultán se lo había asegurado. Y por otra parte, el virrey de Nápoles proveyó bien los castillos de aquel reino, el pontífice mismo levantó un ejército y una flota en defensa de sus dominios y de la causa cristiana, y el ilustre marino genovés Andrés Doria acudió presuroso con sus galeras, y ayudado de las naves pontificias y venecianas, con su acostumbrada inteligencia y arrojo combatió y destruyó unas galeras turcas, é intimidó y ahuyentó otra vez al mismo Barbarroja; de modo que tanto el terrible corsario como el poderoso sultán creyeron más conveniente emplear la armada turca contra Venecia, que seguir luchando contra el emperador. Así fué como la desgraciada Italia se preservó, después de tantas calamidades como ya había sufrido, de ser presa del furor mahometano; y de haberlo sido Italia, no

sabemos en qué trance hubiera puesto á todas las naciones cristianas la ambición, el encono y la ceguedad indisculpable del monarca francés.

Como en este tiempo anduvieran las dos reinas de Francia y de Hungría negociando la tregua de que hemos hecho mérito, moviéronse los dos reyes á aceptarla; Carlos, porque no quería exponer sus Estados de Italia á nuevos riesgos si el turco y el francés continuaban confederados, ya que una vez los había salvado un concurso de felices casualidades; y Francisco, porque temía disgustar á sus mismos vasallos, si se obstinaba en seguir aliado de los infieles, y aumentando su poder contra los deberes, y contra el decoro y dignidad de un rey cristianísimo. El pontífice mostró el mayor interés é hizo los mayores esfuerzos por reconciliar á los dos competidores, ya por la conveniencia de que entrara el monarca francés en la confederación que tenía ya hecha con el emperador y Venecia á intento de quebrantar el poder formidable del turco, ya para ver de atajar los progresos de la reforma luterana que iba contaminando casi todas las naciones. Mezclábase también algo de interés mundano, que era el engrandecimiento de su casa por medio de los ventajosos enlaces que de aquella paz se prometía para sus dos nietos Octavio y Victoria Farnesio.

Quiso además el papa que se viesen ambos soberanos en Niza, ciudad del duque de Saboya, donde él se les reuniría también para tratar definitivamente de paz. Acudieron todos tres al punto de reunión, mas nunca se vieron los tres juntos. Aposentados, el pontífice en Niza, el emperador en Villafranca, y el rey de Francia en Villanova, Carlos y Francisco iban alternativamente á visitar al papa y á conferenciar con él, mas cuidando de no encontrarse, por consideraciones, respetos y etiquetas que se quisieron guardar. Logró, no obstante, el pontífice, hacerlos convenir en una tregua de diez años, la cual firmaron (18 de junio, 1538), por parte del emperador el marqués de Aguilar, el secretario don Francisco de los Cobos y el señor de Granvela, y por la del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency. En celebridad de estas paces se hicieron grandes regocijos, fiestas y procesiones solemnes en los dos reinos de Francia y España (1).

Pasados algunos días, al regresar ya á España el emperador recibió una invitación de Francisco, en que le rogaba se viese con él en el puerto de Aguas-Muertas, donde holgaría mucho de recibirle. Accedió Carlos á ello y se dirigió al punto indicado. Tan pronto como Francisco divisó la galera imperial despachó al condestable á decir al emperador que pronto tendría el placer de visitarle en su misma nave. Y en efecto, aunque Carlos le envió sus ministros suplicándole se ahorrase aquella molestia, éstos encontraron ya al monarca francés que acompañado de algunos personajes iba en una barca, y sin querer detenerse arribó á la galera, á la cual le ayudó á subir el emperador con su mano (15 de julio, 1538). Abrazáronse al parecer con la mayor cordialidad al cabo de veinte años de sangrientas y casi continuas guerras aquellos dos soberanos á quienes poco tiempo hacía se miraba como enemigos implacables. Departieron amisto-

---

(1) Dumont, Corp. Diplomat. II. – Rimer. Fœder. – Colección de Tratados, t. II.— Tiepolo, *Relazione dell'Aboccamento di Niza.* – Sandoval, Historia, lib. XXIV, núm. 2.

samente cerca de dos horas, y al despedirse el rey manifestó al emperador la gran satisfacción que tendría si quisiese ir á tierra, y la que recibirían también la reina su hermana y los príncipes y princesas. Carlos, después de haber vacilado un poco, creyó que no debía ceder á su antiguo rival en generosidad y confianza, y determinó ir á la población con algunos de su corte. Las demostraciones de placer y amistad de que allí fué objeto el emperador por parte del rey, de la reina, del delfín, de las princesas y personajes franceses, exceden á todo encarecimiento, y debieron sin duda maravillar á los mismos monarcas que tan sin piedad hasta entonces se habían tratado, y tantas injurias y agravios se habían hecho mutuamente. Pero es lo cierto, por más extraño que parezca que así tan de repente pasaran del extremo de la enemistad y el aborrecimiento al de la más afectuosa amistad y de la más ilimitada y caballerosa confianza, que en los días que duró la entrevista de Aguas-Muertas no hubo de una y otra parte sino muestras del más entrañable y cordial cariño, continuando hasta el momento de despedirse para volver Carlos á su galera y venirse á España (1).

(1) Ribier, *Lettres et Mémoires d'État.—Relation de l'entrevue de Charles V et de François I.*—Sandoval, lib. XXIV, núm. 2.

Tenemos á la vista una extensa carta del emperador al marqués de Aguilar (copiada por nosotros del archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. núm. 867), en que le refiere minuciosamente todo lo que pasó en la célebre entrevista de Aguas-Muertas. Daremos á conocer algunos de sus párrafos más curiosos, siquiera por el gusto de oir la narración como de boca del emperador mismo.

«Despues que á los cuatro del presente nos embarcamos en Génova como visteis, habemos siempre estado en mar navegando la mayor parte del tiempo con vientos contrarios, y algunas veces tan recios, que era imposible pasar adelante; de manera, que haciendo lo último de diligencia y esfuerzo, llegamos el domingo pasado que se contaron quince de éste al puerto de Aguas-Muertas, por donde habemos hecho nuestro viaje por causa de vernos con el cristianísimo rey de Francia nuestro hermano...

»No fué sin dificultad y peligro nuestra llegada al dicho puerto de Aguas-Muertas, porque como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las pomegas de Marsella el sábado á la tarde trece del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de las galeras no se viendo las unas á las otras, se hubieron de dividir, y la galera en que Nos veníamos, por el poco fondo que hay en aquellas marinas, encalló y quedó en tierra, y en el mismo instante la investió por la popa otra que la seguia sin podello excusar: pero en fin, con ayuda de Nuestro Señor, todo sucedió bien, y llegamos al dicho puerto el domingo siguiente despues de medio dia, y luego vino á visitarnos el condestable de Francia, que era venido delante y estaba ya allí dos ó tres dias habia bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del rey con la demostracion y certificacion de buen ánimo y amor de su rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas-Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca con la reina, y el dicho condestable nos dijo que queria y habia de venir á Nos y entrar en nuestra galera confidentemente: y luego enviamos al duque de Alba, comendador mayor de Leon, y señor de Granvela, para visitarle de nuestra parte en la villa, que es lejos del puerto mas de una legua, y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada; pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya á la entrada del puerto, que se viene por un rio, el cual venia en seis barcas muy bien aderezadas y acompañado de príncipes y personas de Estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros, en breves palabras segund se pudo hacer

Tal fué el resultado de la campaña de Francia. De ella salió mucho más ganancioso Francisco que Carlos. Éste, embriagado con sus triunfos en África, la acometió con jactancia contra el dictamen de sus generales, y en el escarmiento llevó el premio de la presunción: aquél acreditó segunda vez que si fuera de su reino solía ser vencido, sabía mantener la

---

de una barca á otra, pasó sin detenerse, mostrando grandeza de vernos, y no paró hasta llegar á nuestra galera, en la cual entró, y Nos recibimos y comunicamos con demostracion de muy grande amistad, alegría y contentamiento, como á la verdad lo habia en la una y en la otra parte; y despues de haber estado y hablado juntos cerca de dos horas, que se pasaron en palabras graciosas y certificatorias de la voluntad de cada uno y de ser y quedar verdaderos amigos sin hablar ni tratar de otras particularidades, remitiendo la declaracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y que agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por otra cosa no haya mudanza en esta nuestra amistad, y con esto se partió el dicho rey de Francia de Nos, mostrando muy gran deseo y que le seria gran satisfaccion que quisiese ir al lugar, pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulces y graciosas palabras, diciendo que la reina mi hermana y las damas me lo rogarian tan eficazmente, que no se sufriria en cortesía ni buena crianza rehusarlo; y aunque por entonces no nos resolvimos en ello, despues habiendo considerado la buena voluntad que el dicho rey habia mostrado, y la confianza que usó con Nos, y el bien que se podria seguir de esta vista y el sentimiento de lo contrario si no correspondíamos á la confianza que hizo el dicho rey; y habiendo respecto á lo que nos envió á pedir y rogar la reina nuestra hermana, nos determinamos en ir al lugar el lunes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las diez horas, y llegando á la lengua del agua y fin del canal que se extiende hasta la puerta de Aguas-Muertas, hallamos fuera de la dicha puerta al rey, á la reina, al delfin y duque de Orliens, y todos los príncipes, grandes, princesas y damas que siguen la corte del rey, y fuímos recibidos con gran humanidad y con mayor demostracion de amistad que el rey habia hecho el dia antes, y con muy gran alegría y placer de todos los que allí estaban de la una y de la otra parte; y seria cosa muy larga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cordiales palabras que el dicho rey, la reina nuestra hermana y Nos habemos pasado privada y familiarmente, que sin duda no podrá ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entrañable y cordial afeccion y buena voluntad del dicho rey, y singular placer y contentamiento de haber Nos hecho esta confianza de venir á él; y Nos, en todo lo que nos ha sido posible, le habemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y claramente se ha comprendido que sin esta confianza, y vernos y hablarnos como se ha hecho, fuera imposible poder jamás reconciliarnos ni hacer amigos como lo quedamos.

»Lo que mas entre dicho rey y Nos ha pasado en substancia, es persistir y quedar perpetuamente verdaderos y buenos hermanos, aliados y amigos, y no creer, procurar ni hacer ninguna cosa, donde quiera que sea, el uno en perjuicio del otro; procurar la honra y beneficio el uno del otro respetuosamente entre Nos, que los que son amigos y servidores del uno lo sean del otro, y no pueden quedar ni estar de otra manera, y que nos avisaremos confidentemente, llena y abiertamente de todo lo que subcediere, y con comun consejo y con tanta sinceridad entenderemos en el remedio de los negocios públicos de la cristiandad.

»Asimismo se platicó en términos generales de la parte del dicho señor rey de hacer alianza de casamiento entre nosotros, sin venir á ninguna particularidad, y con protestacion que, agora se encaminen y concierten ó no, la dicha nuestra amistad quedará siempre firme y entera, y habemos bien entendido que el dicho rey y sus ministros han dejado de particularizar esto, porque no pueda parescer que estando con ellos lo quisieren tractar á su aventaja, y que solamente lo han querido tocar para mostrar la afec-

integridad de su territorio contra el poder imperial. Pero la gloria que ganó Francisco como defensor de sus Estados, la perdió con la abominable alianza que por vengarse de su rival hizo con el gran turco. El tratado de Niza fué ventajoso al rey de Francia, puesto que le dejó en posesión de los dominios que había ganado en Saboya, y el duque de Saboya se quejaba con razón de haber sido sacrificado á la conveniencia de la reconciliación de dos poderosos rivales, y de haber sido abandonado por quien debiera ser su protector, siendo su deudo y amigo. El papa adquirió el honroso título de pacificador, y logró además el engrandecimiento de su familia que se había propuesto (1).

Parecía que Europa debía esperar largos años de reposo de resultas de la tregua de Niza y de la célebre y afectuosa entrevista de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas. Por desgracia no fué así, y la historia nos enseñará cuán llena estuvo de contradicciones la vida y la política de aquellos dos belicosos monarcas.

---

cion que tienen de extender esta amistad no solamente entre Nos, mas entre nuestros hijos y descendientes y los del rey de romanos nuestro hermano...

»Finalmente habiendo estado juntos todo el dicho dia lúnes, y dormido aquella noche, y otro dia hasta despues de comer en la tarde, nos volvimos á la galera y el dicho cristianísimo rey, el delfin y duque de Orliens y el señor de... nos acompañaron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los príncipes y grandes y personas principales de su corte, en lo cual, demás de la buena y cordial afeccion que ha mostrado, no podia hacer de Nos mayor confianza, por donde mas se puede esperar que Dios que ha querido y encaminado esta tan buena obra, será servido que la cristiandad reciba beneficios, y nuestros reynos, tierras y vasallos, reposo y tranquilidad, y se evitarán los inconvenientes y daños que han sucedido de las guerras pasadas. Dareis razón á Su Santidad de lo que ha pasado en esta vista, y de la paz y buena amistad en que quedamos con el cristianísimo rey de Francia, y de la buena voluntad que muestra para lo del turco, hablando en ese punto con desteridad, de manera que no se dé ocasion de juzgar mal del rey de Francia, por causa de la tregua que tiene con el turco, que aun dura por seis ó siete meses, porque no queremos como es razon, que por nuestra parte se publique cosa que no le está bien, y podria ser fuera de su voluntad, y entendereis cómo toman ahí esta paz y lo que sienten de ella, y avisarnos heis de todo lo que hubiere que decir.»

(1) Consintió el emperador en casar su hija natural Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis, con el nieto del papa, Octavio Farnesio, dando á su yerno grandes honores y posesiones cuantiosas.

CAPÍTULO XXI

SITUACIÓN ECONÓMICA DEL REINO.—CORTES

De 1535 *á* 1539

Gastos inmensos que ocasionaban estas guerras.—Penurias y apuro de numerario que pasaba el emperador.—Pide desde Italia recursos á los aragoneses: respuesta dilatoria de éstos.—Viene á España.—Cortes de Valladolid: peticiones.—Cortes generales de la corona de Aragón.—Expone en ella sus grandes necesidades y deudas.—Servicio que le otorgaron los tres reinos.—Rebelión y excesos del ejército de Milán por falta de pagas.—Motín de la guarnición de la Goleta por lo mismo.—Medidas crueles contra los amotinados.—Célebres cortes de Toledo.—Triste pintura que hace el emperador del estado de las rentas de la Corona.—Pide un servicio extraordinario: la sisa.—Niégasele el estamento de próceres.—Insistencia del monarca.—Firmeza de los grandes.—Vigoroso y enérgico discurso de oposición del condestable de Castilla.—Lo que la nobleza pedía al rey como remedio á los males del Estado.—Disuelve el emperador bruscamente las cortes.—Mendiga recursos á las ciudades.—Anécdota curiosa y significativa.—Diálogo entre Carlos V y un labriego castellano.—Verdades que éste le dijo.—Espíritu y opinión del pueblo.—Muerte de la emperatriz.—Sentimiento del reino.

La acumulación de tan dilatados, remotos y esparcidos dominios, la dificultad de su conservación, la necesidad y el afán de guerrear en todas partes y de mantener en pie numerosos ejércitos, tantas y tan gigantescas empresas, y el ostentoso aparato del emperador y de su corte, necesariamente habían de ocasionar dispendios que no alcanzaban á sufragar ni las rentas de la corona, ni los sacrificios de los pueblos, ni los arroyos de oro que vinieran del Nuevo Mundo. La expedición de África había consumido tesoros: los subsidios de Nápoles y de Sicilia no bastaban para el preciso mantenimiento de las tropas, á las cuales se debían atrasos considerables, y todavía el emperador, recién llegado de Túnez y amenazado por la Francia, pensaba en nuevas conquistas, y proyectaba marchar sobre Argel para vengar el insulto de Barbarroja en Mahón, á cuyo fin escribía desde Italia á la ciudad de Zaragoza y al virrey de Aragón, duque de Alburquerque (octubre, 1535), para que juntasen los brazos del reino, y les pidiesen en su nombre la mayor cantidad de dinero posible (1). Porque su recurso era la España, y España era la que llevaba el peso de tantas guerras.

Como los aragoneses, siempre celosos de sus fueros, contestasen que en Aragón no se podía otorgar servicio sino en cortes, insistió el emperador desde Nápoles con su virrey (17 de enero, 1536) en que viese de cobrar el servicio, «sin esperar ceremonias ni solemnidades de cortes; porque el caso (decía) no sufre tal dilación.» Otra vez, no obstante, respondieron los de Aragón, que las leyes del reino no permitían dar subsidios si no eran pedidos en cortes; y el servicio, á pesar de las instancias y del empeño del César, no fué por entonces otorgado.

(1) Cartas del emperador de 22 de octubre (1535) desde Messina: en Dormer, Anales de Aragón, cap. LXXVII.

De vuelta de la desastrosa guerra de Francia (1537), su primer cuidado fué celebrar cortes de Castilla en Valladolid para ver de obtener algunos recursos. Los castellanos, que nunca han llevado á bien que sus monarcas se ausenten y alejen del reino, rogáronle, y fué su primera petición, que se sirviese residir siempre en él, y no expusiera su persona á tantos riesgos y peligros como hasta entonces lo había hecho (1). Creían los castellanos, con arreglo á las escasas y erradas ideas que en aquel tiempo se tenían en todas partes en materias económicas, que se podía remediar en algo la pobreza del reino con leyes represivas del lujo en los trajes y vestidos, y así se lo propusieron (2). En su virtud expidió el emperador una de esas pragmáticas que figuran en nuestras leyes suntuarias, y de cuya inutilidad para la represión del lujo nunca acababan de convencerse ni los monarcas ni los pueblos. Mandábase en ella, que ninguna persona, de cualquier clase ó condición que fuese, «pudiera traer por guarnicion mas de una faxa de seda de hasta cuatro dedos de ancho, ó dos ó tres ribetones que sean de otra tanta seda como la dicha faxa, ó un passamano de seda sin faxa.—Ansi mesmo que no se pueda cortar ni acuchillar una seda sobre otra, si no fuere el enforro de tafetan que no sea doble.—Otrosí que no se pueda cortar ninguna seda sino en mangas y cuerpos, y no en faldamento ninguno: pero permitimos que se puedan traer ropas aforradas de otra seda, con que no se corte una sobre otra mas de como está dicho. —Otrosí que no se pueda traer recamo, trenza, ni cordon, ni franja, ni passamano, ni ninguna otra cosa de hilo de oro, ni de plata, ni de seda, ni pespunte, ni colchado ninguno, sino el que fuere menester para la costura de la faxa; y esto se entienda que sea de seda solamente; y los jubones se puedan ansi mesmo pespuntar, con que el pespunte no haga labores, etc. (3).»

Por lo demás, la situación económica del reino, en medio de todo su engrandecimiento exterior, y no obstante las remesas de oro y plata que se recibían de las Indias, tenía bastante más de desconsoladora que de halagüeña. Los gastos excedían en mucho á las rentas, y cada año se iban empeñando y consumiendo las de los años sucesivos; de lo cual no permiten dudar los documentos auténticos que hemos visto en nuestros archivos, y de alguno de los cuales hemos sacado las copias que bastan á servirnos de comprobantes.

Convocó también Carlos V y congregó aquel mismo año las cortes generales de los tres reinos de Aragón, Cataluña y Valencia en Monzón, para pedirles subsidios. Nada expresa mejor los enormes gastos que el emperador había hecho y los apuros pecuniarios en que se veía, que su mismo discurso en la sesión de apertura de estas cortes (13 de agosto, 1537). Después de la acostumbrada relación de sus expediciones y campañas que le servía de exordio, ponderaba los excesivos gastos que le habían ocasionado, y decía: «Y mis rentas reales no han sido bastantes, ni la ayuda y ser-

(1) Cuaderno de las cortes de Valladolid de 1537, impreso en Medina del Campo en 1545, Petición 1.ª

(2) Petición 14.ª

(3) Pragmática de Carlos V en Valladolid, á 29 de junio de 1537.

vicios que me hicieron los reinos de Nápoles y Sicilia, ni los de Castilla y los de esta corona, ni el subsidio eclesiástico, ni otras muchas cosas de que me he valido; pues sin embargo de todo esto, ando siempre envuelto en cambios y asientos, de los cuales corren grandes intereses, y para pagarlos necesito de considerables sumas... Y así daréis orden en ayudarme y socorrerme con la mayor cantidad, y en el tiempo más breve que pudiereis...» Por esta vez aquellos reinos quisieron ser condescendientes y aun generosos, y Aragón le sirvió con doscientas mil libras jaquesas, Valencia con cien mil y Cataluña con trescientas mil (1).

¿Qué servía esto para las necesidades que se había creado el emperador? Al ejército se le debían las pagas de muchos meses, y estando S. M. en Aguas-Muertas después de la paz de Niza (1538), las tropas españolas de Lombardía perdieron la paciencia, se sublevaron, y creyéndose autorizadas á tomar por la fuerza lo que no se les daba de justicia, se entregaron desenfrenadamente al robo, y ellas de propia autoridad imponían contribuciones, con pena de la vida al que no pagara pronto la cuota. ¿Qué hicieron el emperador y el marqués del Vasto para apagar la sedición y satisfacer las justas y enérgicas reclamaciones de los milaneses? Pagar á los disidentes ciento veinte mil ducados, no del servicio de las cortes de Monzón, sino sacados por repartimiento á los pueblos de Lombardía. Milán se hubiera perdido si en aquella sazón tuviera quién le diese la mano. Hubo que reformar aquel ejército y distribuir las compañías, enviando unas á Génova y otras á Hungría.

Al mismo tiempo y por la propia causa se amotinó la guarnición de la Goleta, en términos que el gobernador don Bernardino de Mendoza se vió precisado á trasladarla á Sicilia, asegurándoles que allí les pagaría el virrey. Mas como esto no sucediese, volviéronse á alterar y se entregaron al saqueo poniendo en el mayor peligro la isla. Aquí el virrey Gonzaga procedió con más rigor que el del Vasto en Milán. Habiendo sido presos en Mesina veinticinco de los amotinados, una mañana amanecieron levantadas en el puerto veinticinco horcas, las veinticuatro iguales, la del medio más alta que las demás. Antes del mediodía los veinticinco presos fueron colgados en las horcas, y el que hacía de jefe de ellos en la del medio después de haberle cortado la mano derecha. Otros muchos fueron justiciados en toda Sicilia, y á otros se les envió á España (2). Teníase, pues, sin pagas á los soldados que habían dado las victorias y conservaban los reinos; se desesperaban, se insubordinaban y se les ahorcaba.

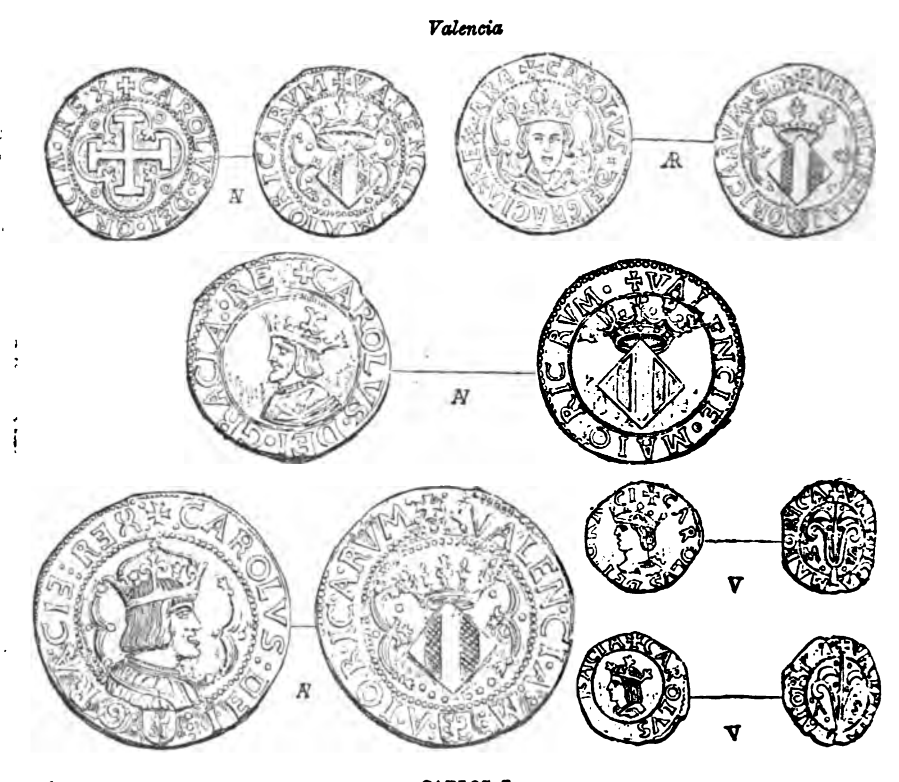
Tan pronto como el emperador regresó de Aguas-Muertas á España, congregó cortes generales de Castilla en Toledo, se entiende que para pedir un servicio extraordinario con que subvenir á sus inmensos gastos y cubrir una parte de sus infinitas deudas. Estas cortes fueron de las más célebres de España, así por su objeto y su desenlace, como por haber sido las últimas á que concurrieron los tres brazos ó estamentos del reino, clero, nobleza y procuradores de las ciudades. Tuviéronse en el convento de San

(1) Dormer, Anales de Aragón, cap. LXXXIV. — Ni Sandoval, ni Robertson hacen mención de estas cortes.

(2) Paolo Giovio, Historia, lib. XXXVII. — Sandoval, lib. XXIV.

Juan de los Reyes. En el discurso, ó proposición que se decía entonces, que se leyó á nombre de Su Majestad Imperial (1.° de noviembre, 1538), después de la exposición de costumbre de los sucesos políticos y del estado general de los negocios, vínose á parar á los excesivos gastos que había sido preciso hacer. «Y para cumplirlos (se decía), no bastando las rentas reales de éstos ni de los otros reinos y Estados de S. M., ni las ayudas y socorros que le han hecho en todos ellos que han sido pequeños, ni lo que

Valencia

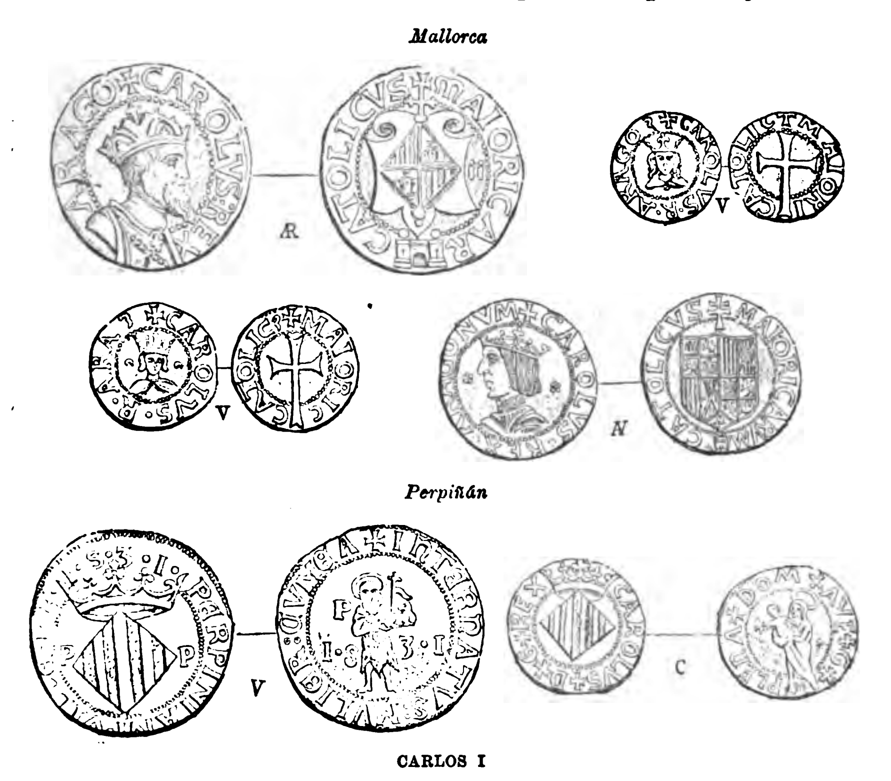


CARLOS I

se ha habido de las cruzadas, subsidios y décimas que Su Santidad le ha concedido, ha sido necesario vender, empeñar y enajenar de su patrimonio y rentas grandes sumas, y aun con esto no se ha podido cumplir lo pasado; porque se deben muy gruesas cantidades de dineros, que para los dichos gastos se buscaron y tomaron á cambio, y por no haberse podido pagar corren muchos intereses, y crece siempre la deuda con gran detrimento de la hacienda, y aunque se venda y empeñe mucha parte de lo que de ella queda, no puede bastar para pagarse.» Seguía, como era natural, su petición de un servicio tal como era necesario para subvenir á necesidades y apuros tan graves y urgentes.

El medio que el emperador proponía era el impuesto conocido con el nombre de sisa. El estado eclesiástico no halló dificultad en que se conce-

diera la sisa, con tal que fuese «temporal, moderada, y en cosas limitadas.» No así el estamento de los próceres, que fué en estas cortes numerosísimo, el cual respondió por boca del condestable de Castilla, no sólo negando el impuesto, aunque reconociendo la necesidad de buscar remedio á tan graves apuros, sino suplicando al emperador diese seguridad de que en adelante no se habría de vender ni empeñar cosa alguna de la corona real de Castilla y de León. Pidieron además los grandes y caballeros que para el mejor acierto en lo que convendría hacer les informara bien S. M. del estado de los negocios, y les permitiera platicar y conferenciar con los procuradores de las ciudades. Esquivaba esto el emperador, fundándose en lo reconocido y perentorio de la necesidad, é insistía en lo de la sisa, asegurando solamente que ésta sería temporal. El estamento de la grandeza nombró una comisión de doce, para que examinara detenidamente el negocio y diera su dictamen (1). Esta comisión porfió con el emperador en que para deliberar con madurez necesitaba ser informada del



Mallorca

Perpiñán

CARLOS I

(1) Los doce nombrados fueron, el condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, el marqués de los Vélez, el conde de Oropesa, el duque de Nájera, el marqués de Comares, el de Villena, el conde de Benavente, don Juan de Vega, señor de Grajal, y el adelantado de Castilla.

estado presente y general del reino y comunicar sobre ello con los procuradores. Su Majestad se negaba obstinadamente. Por último, un día se presentó á la junta de los grandes el cardenal de Toledo (25 de noviembre) con algunos miembros del consejo del rey, á decir de parte de Su Majestad la obligación que había de servirle y que el tributo de la sisa era el que resueltamente pedía como el más conveniente y menos gravoso al reino; y finalmente que S. M. mandaba que cada uno diera públicamente su voto, de viva voz, y no de otra manera.

Entonces fué cuando el condestable de Castilla, don Iñigo López de Velasco, uno de los que mayores servicios habían hecho al emperador, pronunció ante la junta de la grandeza estas valientes y vigorosas palabras:

«Señores, pues S. M. nos manda que votemos públicamente en lo de la sisa, y que libremente diga cada uno su parecer... lo que, señores, entiendo en este negocio es, que ninguna cosa puede haber más contra el servicio de Dios y el de S. M. y contra el bien de estos reinos de Castilla, de donde somos naturales, y contra nuestras propias honras, que es la sisa. Contra el servicio de Dios, porque ningún pecado deja de perdonar, habiendo arrepentimiento de él, sino el de la restitución, que no se puede perdonar sin satisfacción: la cual no podríamos hacer, á mi parecer, de daño tan perjudicial como éste para honra y hacienda de tanta manera de gente. Para S. M. ningún deservicio puede ser igual del que se le podría recrecer de esto. Y aunque se podrían dar muchos ejemplos de levantamientos que en tiempos pasados hubo en estos reinos con pequeñas causas, yo no quiero decir sino del que ví y vimos todos de las comunidades pocos años ha, que fué tan grande con muy liviana ocasión, que estuvo S. M. en punto de perder estos reinos, y los que le servimos, las vidas y las haciendas. No sé yo quién se atreva con razón á decir que no podría agora suceder otro tanto; y la buena ventura que Dios nos dió á los que vencimos y desbaratamos la comunidad, no se puede tener por cierto que la tendríamos, si otro tal caso acaeciese; y los grandes príncipes se han de excusar de dar ocasión para que sus vasallos les pierdan la vergüenza y acatamiento que les deben cuanto en ellos hay... Y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y gemidos que entre toda la gente pobre habría sobre esto: y pues estos tales no pueden suplicar á Su Majestad nada sobre esto, nosotros que podemos verle y hablarle es muy gran razón que supliquemos por el remedio de semejantes cosas, que nos hizo Dios principales personas en el reino, que no vivimos para que fuésemos solos nosotros, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre como á su rey y señor natural...»

Dijo además en su razonamiento, que si el emperador solía guardar las leyes y costumbres de otros sus reinos y señoríos, no hallaba razón para que no respetara y guardara mucho más las costumbres y libertades de los castellanos, que le habían servido con más lealtad que nadie. Declamó contra los perjuicios que la sisa haría á los vasallos de todas las clases, y expuso que con respecto á la nobleza, sería una deshonra para ellos y sus descendientes consentir en hacerse pecheros; que si S. M. ofre-

cía que el impuesto sería temporal, no estaba seguro de que sus sucesores ó acaso él mismo no quisieran perpetuarle. «Y por todas estas razones (concluía) y otras muchas que se podrían dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo mandare, que no haya sisa. Y que yo no la otorgo ni soy en otorgalla, y que fuera de sisa á mi parecer será muy bien que se busquen todos los otros medios que fueren posibles para que S. M. sea servido... Los cuales tengo por cierto que se hubieran hallado si nos hubiéramos comunicado con los procuradores. Y que asimismo se suplique á S. M. que trabaje de tener paz universal con todos por algún tiempo. Que aunque la guerra de infieles sea tan justa, muchas veces se tiene paz con ellos, como la tuvieron reyes de Castilla... y que su real persona resida en estos reinos; y que modere los gastos que tuviese demasiados con los que tuvieron los Reyes Católicos; que no aprovecharía algún servicio que á S. M. se hiciese, si no hace lo que es dicho, antes serían muy mayores cada día sus necesidades; que por el camino que vino á tenellas se han de ir desechando á mi parecer.»

El que con esta entereza y energía hablaba era el condestable de Castilla, el adversario más terrible que habían tenido las comunidades, y el que más trabajó por la destrucción de la causa popular y por la derrota de los comuneros. Ahora conocía que auxiliando desmedidamente á Carlos en 1520 para la opresión de las ciudades, le había colocado en posición de aspirar á deprimir la nobleza en 1538. Ahora invocaba el apoyo del estado llano contra las pretensiones del poder, y el poder no le permitía ni siquiera comunicarse con los procuradores. Y ahora que la corona atentaba á los privilegios de la nobleza, la nobleza se sublevaba enérgicamente, pidiendo casi lo mismo que entonces habían pedido con más justicia y necesidad el pueblo y las ciudades.

Siete horas duró aquella sesión. Todos los magnates se adhirieron al parecer del condestable, y redactaron una propuesta pidiendo al rey que no se hablara más de la sisa; y que para arbitrar otros medios se comunicaran con ellos los procuradores. Además le presentaron otro escrito, de letra del conde de Ureña, pidiéndole que suspendiera las guerras que traía y que residiera en el reino; que sólo así se moderarían los gastos que aquéllas ocasionaban, la salida que producían de tan inmensas sumas de dinero, y las vejaciones y agravios que todas las clases sufrían; y que de otra manera todos los brazos ó estamentos del reino, pues que á todos competía, acordarían de común consentimiento el remedio que más conviniera para desempeñar su patrimonio y cubrir sus deudas. Lejos de desistir por esto el monarca, contestó á su nombre el cardenal de Toledo presentando al estamento otro papel recomendando despachasen brevemente lo de la sisa. Otra comisión de diez individuos de la nobleza fué encargada de responder al escrito imperial (28 de diciembre, 1538), y lo hizo insistiendo en los mismos capítulos y condiciones que la anterior, mereciendo su dictamen la aprobación general del estamento, á excepción del duque del Infantado, del de Alba y algunos otros.

Finalmente, después de muchas contestaciones, el 1.° de febrero (1539) entró el cardenal de Toledo don Juan Tabera en el salón de la asamblea, é intimó á los próceres que S. M. Imperial declaraba disueltas las cortes:

«pues viendo lo que se ha hecho (dijo), le parece que no hay para qué detener aquí á vuestras señorías, sino que cada uno se vaya á su casa, ó á donde por bien tuviese (1).» Acabada la plática, preguntó el cardenal á los ministros que habían ido con él si se le había olvidado algo, y respondieron que no. Entonces el condestable y el duque de Nájera añadieron: «Vuestra señoría lo ha dicho tan bien, que no se le ha olvidado cosa alguna.» Levantóse la sesión, y se dieron las cortes por disueltas.

Desde esta fecha no volvieron á ser llamados á cortes los grandes señores y caballeros, bajo el pretexto de que al tratarse de los impuestos y tributos públicos no podían votar en la materia los que estaban exentos de pagar las gabelas.

Excusado es decir lo enojado que quedaría el emperador de la firme y obstinada negativa de los próceres castellanos. Cuéntase que entre él y el condestable se cruzaron palabras duras y desabridas, especialmente por parte del monarca, y que no queriendo dejar de responderle el condestable con firmeza, aunque con cortesía, llegó el emperador en su enojo á amenazarle con que le arrojaría por la galería por donde platicaban, á lo cual dicen replicó sin alterarse el magnate castellano: *Mirarlo ha mejor Vuestra Majestad, que si bien soy pequeño peso mucho* (2).

Tuvo, pues, el emperador, para ver de recabar del reino algún subsidio, que dirigir cartas á las ciudades como en súplica, exponiendo á cada una la necesidad y urgencia que de él tenía, apelando á su lealtad, y aun á algunas conminándolas con su desabrimiento y enojo (3). «Todos estos disgustos, dice el historiador prelado, recibía el emperador; y sus vasallos no se los daban por mala voluntad que tuviesen, sino porque los gastos eran grandes y el reino estaba demasiadamente cargado; que los tesoros que las guerras consumían, y el sustento del imperio de Carlos, y de sus Estados y reinos, casi los pagaba Castilla.»

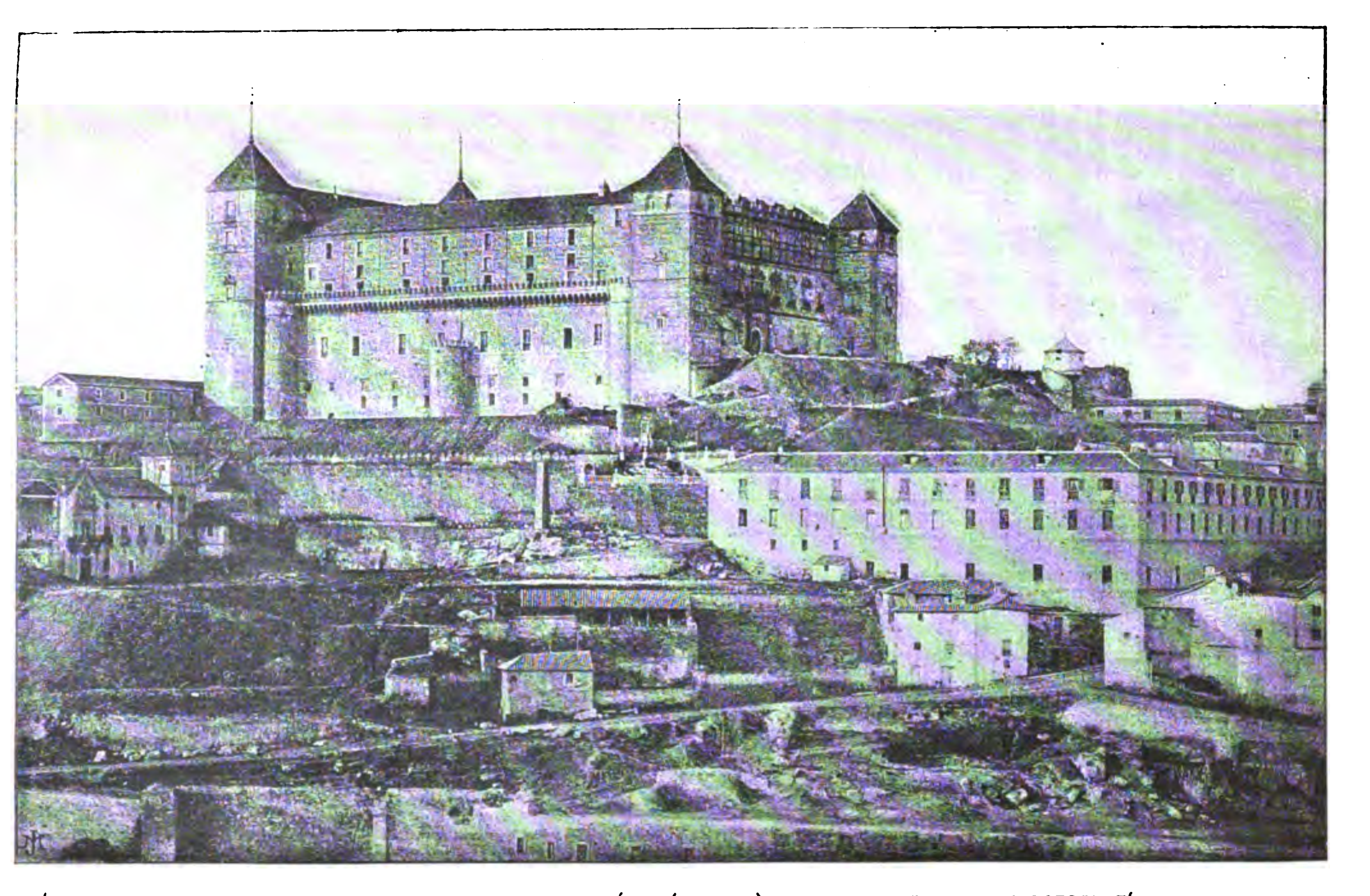
Faltábale todavía á Carlos V oir verdades aun más amargas que las que había escuchado, y no ya de boca de ningún magnate ó de algún personaje político á quien pudiera atribuirse un fin interesado, sino de boca de un hombre rústico, y tanto más fuertes cuanto que eran la expresión ingenua de la fama pública y del convencimiento propio, emitida con candidez y sin intención.

Sucedió, pues, que disueltas las cortes de Toledo, vino el emperador á Madrid, y de aquí al Pardo á distraer el mal humor con el ejercicio de la montería; y habiéndose apartado de su comitiva por perseguir á un venado, vino á matarle sobre el camino real, á tiempo que pasaba un labriego que llevaba una carga de leña sobre un asno. Invitóle el emperador á que llevara el venado á la villa, ofreciendo pagarle más de lo que la leña valiera. El rústico sin sospechar con quien hablaba, le dijo con cierto donaire: «¿No veis, señor, que el ciervo pesa más que la leña y el jumento

(1) Cuadernos de Cortes de Castilla.—Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XXIV.

(2) El obispo Sandoval, que refiere este caso, dice haberlo oído á quien le crió que se halló en aquellas cortes. Lib. XXIV, núm. 8.

(3) Carta del emperador á Pedro de Molgosa, regidor de Burgos: en Toledo, á 7 de febrero de 1539.



FACHADA DEL NORTE Y LEVANTE DEL ALCÁZAR (TOLEDO). — COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA

juntos? Mejor hicierais vos, que sois mozo y recio, en cargar con él.» Gustóle al emperador el aire desenvuelto del rústico, y mientras llegaba quien pudiera llevar la pieza, entretúvose en hacerle algunas preguntas; preguntóle entre otras cosas qué edad tenía, y cuantos reyes había conocido.—«Soy muy viejo, señor, contestó el labriego; he conocido ya cinco reyes. Conocí al rey don Juan el segundo siendo ya mozuelo de barba, á su hijo don Enrique, al rey don Fernando, al rey don Felipe y á este Carlos que agora tenemos.—Y decidme por vuestra vida, le preguntó el monarca; de esos ¿cuál fué el mejor, y cuál el más ruín?—Del mejor, respondió el anciano, por Dios que hay poca duda: el rey don Fernando fué el mejor que ha habido en España, que con razón le llamaron el Católico. De quién es el más ruín, no digo más sino que por mi fe harto ruín es este que tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda, yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania y otras á Flandes, dejando su mujer é hijos, y llevando todo el dinero de España: y con llevar lo que montan sus rentas, y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarían para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos á los pobres labradores, que los tiene destruídos. Pluguiera á Dios se contentara con sólo ser rey de España, que aun fuera el rey más poderoso del mundo.»

Viendo Carlos que no era rudo el labriego, y no insensible á la impresión que la verdad así sencillamente enunciada produce, díjole que el emperador era hombre que amaba mucho su mujer é hijos, y que no los dejaría ni saldría de España, si no le obligara la necesidad de sostener tantas guerras contra los enemigos de la cristiandad y aun del reino español, que eran las que causaban tantos gastos, que no bastaban para ellos las rentas ordinarias de la corona ni los pechos con que le servían los pueblos. En esto llegaron cuatro cazadores y criados de la regia comitiva, y como observase el rústico el grande acatamiento que todos hacían á su interlocutor, entró en sospechas de quién podría ser y le dijo: *¡Aun si fuésedes vos el rey!... Por Dios que si lo supiera, muchas más cosas os diría.* Cuentan que Carlos, no negando ya la calidad de su persona, dijo sonriéndose al labrador que le agradecía sus avisos, pero que no olvidara las razones con que había respondido á sus cargos: y que concedidas algunas mercedes que le mandó pedir, y en que el humilde leñador anduvo bastante corto, prosiguió su ejercicio de caza (1).

La anécdota no es inverosímil, ni puede parecer extraña al que conozca el carácter de los labriegos y gente del campo de Castilla. Las palabras del rústico no eran otra cosa que el eco de la opinión general del reino, formada por lo que á gente más entendida oyera, y por el propio instinto popular, que en estas materias pocas veces va descaminado; y aquellas palabras debieron hacer más efecto al emperador que las razones y discursos con que hubiera sido censurada su política en las cortes.

Durante esta su corta permanencia en España tuvo la desgracia y la pesadumbre de perder la emperatriz, que murió en Toledo de parto (1.º de

(1) Refiere esta anécdota el obispo Sandoval en el lib. XXIV, núm. 10 de su Historia de Carlos V.

mayo, 1539), á poco de haber dado á luz un niño también sin vida. La muerte de esta excelente señora fué muy sentida y llorada en todo el reino, porque á su notable hermosura reunía las más bellas prendas del alma, y adornábanla grandes y muy excelsas virtudes. Contaba entonces treinta y ocho años de edad, uno menos que su marido. Hiciéronsele suntuosísimas exequias, y fué llevada á enterrar á la real capilla de Granada, con numerosa y brillante procesión de prelados, clérigos, grandes, títulos y caballeros. Hasta el rey Francisco I de Francia le hizo unas solemnísimas honras fúnebres (1).

CAPÍTULO XXII

LIGA CONTRA EL TURCO.—MOTÍN Y CASTIGO DE GANTE

De 1539 *á* 1540

Compromisos y consecuencias para España de la liga contra el turco.—Discordias entre los almirantes español y veneciano.—Conflicto de españoles en Castelnovo.—Su heroísmo y su trágico fin.—Triunfo funesto de Barbarroja.—Alzamiento y revolución en Gante y sus causas.—Perplejidad del emperador.—Determina ir por Francia.—Caballeroso y cordial recibimiento que le hizo el rey Francisco.—Festejos que le hacen en París.—Disimulado y falso proceder de Carlos.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelión de Gante.—Medidas y castigos crueles.—Desembózase con el rey de Francia, y le niega abiertamente la cesión de Milán.—Justo enojo del francés.—Vaticínanse nuevos rompimientos.—Demandas de los protestantes de Alemania, y respuesta del emperador.

Cuando el condestable de Castilla, con acento elocuente y varonil, eco de la opinión de la grandeza castellana, aconsejaba á Carlos V en las cortes de Toledo que suspendiera las guerras que consumían y empeñaban las rentas de la corona y empobrecían al pueblo; y cuando el humilde leñador del Pardo con rústica sencillez, eco de la opinión popular, manifestaba al emperador, sin conocerle, que tantas guerras y tantos viajes y gastos eran la ruina de los pobres labradores y la perdición de España, entonces mismo traía el emperador empeñada una guerra terrible y dispendiosa allá en los mares y costas de Italia.

La liga del pontífice, Venecia, el imperio y otros Estados y príncipes cristianos contra el turco, le obligaba á mantener en pie de guerra multitud de naves y muchedumbre de soldados. El general del ejército confederado era su virrey de Sicilia don Fernando de Gonzaga; el gran almirante y jefe de la armada de la liga era el ilustre genovés Andrea Doria, ambos súbditos del emperador. Barbarroja con ciento treinta galeras turcas se había echado sobre Candia y otras plazas, y una operación

---

(1) La emperatriz doña Isabel era hija de los reyes de Portugal don Manuel y doña María, hija ésta de los Reyes Católicos. No se logró de ella más sucesión varonil que el príncipe don Felipe, de edad entonces de doce años. Dejaba además la infanta doña María, que fué mujer del emperador Maximiliano, y doña Juana, que fué reina de Portugal.

naval en que la fortuna no favoreció al príncipe Doria había envalentonado al terrible general de la armada mahometana, y producido desavenencias entre los jefes de las flotas española y veneciana, Andrea Doria y Vicente Capelo, echando éste sobre aquél la culpa del mal suceso. Reconciliados después por mediación de Gonzaga, acordaron tomar á los infieles la plaza fuerte de Castelnovo, y combatiéndola españoles y venecianos por mar y por tierra, la rindieron al tercero día, haciendo mil seiscientos cautivos, y poniendo para su presidio tres mil hombres, españoles todos, al mando del valeroso capitán Francisco Sarmiento, no sin contradicción y desagrado del de Venecia, que con tal motivo volvió á enojarse, desarmó las galeras, despidió la gente y vino á quedar deshecha la liga.

Había intentado Barbarroja acudir al socorro de Castelnovo, mas impidióselo una tormenta, en la cual perdió una gran parte de sus naves. La pérdida de Castelnovo hirió de tal manera el orgullo del sultán que juró vengarla en venecianos y españoles, combatiendo á aquéllos en la Morea, y á éstos en la plaza cuya pérdida tanto le había irritado. Rehizo, pues, la armada de Barbarroja, dióle además diez mil turcos y cuatro mil genízaros, y llegada la primavera (1539) le envió á atacar por mar á Castelnovo, en tanto que por tierra marchaba al mismo punto el gobernador de Bosnia, Ulamen, que era un tránsfuga persiano, con treinta mil infantes, gran golpe de caballería y multitud de gente irregular y allegadiza. Acudió Juanetín Doria con veinte galeras á llevar provisiones á Castelnovo, pero volvióse luego, temeroso de que llegase la armada de Barbarroja, á quien no podía resistir con tan desiguales fuerzas. Llegaron, en efecto, algunos días después Barbarroja y Ulamen con la armada y ejército (18 de julio), ambos con igual gana de escarmentar á los españoles encerrados en Castelnovo. Los primeros combates les hicieron ya ver que las habían con gente denodada y que no se asustaba por el número de los enemigos. Prodigios de esfuerzo y de valor hicieron los cercados con ser tan pocos; y en los ataques y escaramuzas que cada día sostenían con los infieles, hubo ocasión de matar mil genízaros de aquellos que decían con arrogancia: *Un español basta para dos turcos, pero un genízaro basta para dos españoles.*

La repetición de hechos heroicos como éste traía de tal manera desesperado á Barbarroja, que mandó que no se gastara más tiempo en escaramuzas, y dió orden para que se atacara formalmente y sin descanso la plaza con toda la artillería de las naves y del ejército de tierra. Cinco días con sus noches estuvieron batiendo el castillo hasta no dejar piedra sobre piedra, y como había acudido allí la principal fuerza de los sitiados y le habían ganado y perdido tres veces, murieron más de mil españoles, quedándose asombrados los turcos de la resistencia que tan pocos hombres habían puesto en un pobre castillejo á los innumerables tiros de sus cañones. Arrasada la fortaleza, dirigieron sus tiros á las murallas de la plaza, que demolieron más fácilmente, dejando aquélla tan abierta como si nunca hubiera estado cercada. El valeroso Francisco Sarmiento, mortalmente herido, andaba todavía á caballo por entre los cadáveres de los suyos, alentando á los pocos que quedaban á hacer el postrer esfuerzo. Era ya

inútil, y además imposible prolongar la defensa. Entraron, pues, los turcos en Castelnovo (7 de agosto, 1539) sobre escombros y cadáveres de españoles, puesto que sólo quedaban con vida ochocientas personas entre hombres y mujeres, de las cuales unas fueron martirizadas, otras destinadas á los remos, y otras guardadas para presentarlas en Constantinopla como trofeo del triunfo, si triunfo podía llamarse la conquista de una plaza defendida por tres mil hombres, á costa de la muerte de casi todos los genízaros y de diez y seis mil turcos. Barbarroja ofrecía la libertad y una gran suma de dinero al que le presentara la cabeza de Francisco Sarmiento, pero no se halló, ó no se pudo reconocer entre tantos cadáveres (1).

Este fué por entonces el fruto de la liga, y así se derramaba la sangre española en extrañas tierras, á los pocos meses de haber suplicado á Carlos V las cortes de Castilla que suspendiera las guerras y procurara la paz universal.

Mas no era esto sólo por desgracia. Cuando esto acontecía, ya el emperador, á quien se había rogado que permaneciera en España como remedio para curar los males que sus continuas ausencias producían, se preparaba á abandonar otra vez el reino para acudir á los Países-Bajos á sofocar el levantamiento de Gante, su ciudad natal. La sublevación de los ganteses traía su origen de la invasión de Francia, hecha por Carlos V en 1537 de concierto con sus hermanos don Fernando y doña María. Esta última, gobernadora de Flandes, obtuvo de los Estados de las Provincias Unidas para los gastos de aquella guerra un fuerte subsidio, cuyo contingente se negó á pagar la rica ciudad de Gante, fundada en un privilegio que tenía, por el cual no podía imponérsele tributo alguno sin su expreso consentimiento. En vano la gobernadora alegaba haber sido votado por los Estados de Flandes, de que eran también miembros representantes los ganteses. Decididos éstos á no renunciar á un privilegio que tanto estimaban, y que habían defendido con éxito contra sus mismos soberanos, no cedieron ni á los suaves ruegos ni á las severas medidas de la reina regente, y lograron interesar á las demás ciudades flamencas á fin de conseguir de doña María que suspendiera la percepción del impuesto hasta tanto que enviaran comisionados á España á presentar á Carlos sus títulos de inmunidad. El emperador les contestó altivamente que obedecieran á su hermana como si fuese él mismo; y que si en algo se sentían agraviados, acudiesen al consejo ó tribunal superior de Malinas (1538), cuyo fallo les fué también desfavorable.

Irritados con esto los ganteses, tomaron las armas, se alzaron en rebelión abierta, se apoderaron de los fuertes de la ciudad, prendieron á los oficiales reales, nombraron su consejo de gobierno, y conociendo que para poder sostenerse necesitaban un protector, despacharon secretamente emisarios al rey de Francia, ofreciendo reconocerle por soberano y ayudarle á recobrar el condado de Flandes, que en otro tiempo había pertenecido á la corona de Francia. Por más que halagara al rey Francisco tan

(1) Sandoval, lib. XXIV, núm. 12.—El Dr. Diego José Dormer pone una larga lista nominal de los capitanes y oficiales españoles que murieron en Castelnovo. Anales de Aragón, cap. LXXXVIII.

inesperada y lisonjera proposición, y por más ventajosa que se le representara la fácil posesión de un condado de más valer que el de Milán que tan afanosamente había ambicionado, el monarca francés, amigo entonces del emperador, y dado á los golpes caballerescos, no sólo rechazó la propuesta de los ganteses, sino que llevando al extremo su galantería ó su interés en conservar la amistad de Carlos, le avisó de lo que pasaba en Gante, y aun le envió originales las cartas de invitación que había recibido (1539). Carlos, que conocía bien el carácter de sus compatricios, su amor á la libertad, su apego á las inmunidades de que gozaban, su genio tardío en resolverse, pero firme, perseverante, inflexible una vez tomada una resolución, comprendió la necesidad de obrar con energía y con celeridad para ahogar tan imponente movimiento. Desde luego pensó en trasladarse personalmente á los Países-Bajos, y á ello le instaba también la princesa su hermana; pero el paso por Italia y Alemania era más lento de lo que la urgencia del caso permitía, y para ir por mar necesitaba de una armada respetable. Lo uno y lo otro ofrecía dificultades de mucha consideración.

En esta perplejidad, tomó una determinación que nadie podía ni aguardar ni imaginar; la de pasar por Francia, que era el camino más corto, bien que para ello tuviera que pedir su beneplácito al monarca francés. En vano el consejo entero desaprobó semejante resolución, y en vano le expuso lo arriesgado que era entregarse así en manos de su antiguo enemigo. Carlos, contra el dictamen de todos, insistió en su proyecto y pidió permiso, que Francisco le otorgó sin vacilar. Ambos monarcas aparecían generosos, el uno en ponerse en manos de su rival, el otro en recibirle como un amigo en su reino, ofreciéndole todo género de seguridades. Mas bajo esta apariencia de mutua caballerosidad y confianza, proponíanse sin duda ambos un fin interesado. Entretenido como tenía el emperador al rey con la promesa de dar el ducado de Milán, ya al uno, ya al otro de sus hijos, Carlos calculaba que Francisco había de ser galante con él, esperando obtener por este medio una cesión definitiva, y Francisco se proponía comprometer y obligar á Carlos, á fuerza de generosidad, á que no pudiera negarle nada. Veremos quién de los dos procedió con más doblez, y quién fué el engañado.

Partió, pues, el emperador de Madrid (noviembre, 1539), con corto, aunque lucido acompañamiento. Al llegar á la frontera de Francia, encontró ya á los dos hijos del rey, el delfín y el duque de Orleáns, que ambos se ofrecieron á venir á estar en España como en rehenes hasta el regreso de S. M. Cesárea. Carlos les contestó que él no necesitaba ni quería más seguro que la fe y palabra real, y prosiguiendo adelante, halló en Castelherault al mismo Francisco I, que no obstante el mal estado de su salud, se había adelantado á recibirle. En su entrevista se hicieron las demostraciones más expresivas de amistad y mutua confianza. De allí marcharon juntos por Amboise, Orleáns y Fontainebleau á París. En todo el tránsito fué el emperador objeto de alegres festejos; los gobernadores salían á entregarle las llaves de las ciudades, abríanse en obsequio suyo las prisiones, y se le tributaban los mismos honores que si fuese su propio monarca. Sin embargo, en algunos puntos parece que le ocurrieron esce-

nas que le pusieron un tanto receloso, porque sospechaba no faltar quién abrigara intenciones malévolas hacia su persona, si bien tales conatos, ó fueron castigados, ó se frustraron por los buenos oficios del condestable Montmorency y de la duquesa de Etampes, señora muy discreta, de gran valimiento para con el rey, y de quien gustaba mucho el emperador (1).

Gran sensación y novedad causó en la capital de Francia ver juntos, y al parecer en la unión más íntima, á los dos soberanos que se habían hecho la guerra por espacio de veinte años, y por cuyas rivalidades tanta sangre se había vertido en Europa. Las fiestas con que en París fué agasajado el emperador fueron tan suntuosas y brillantes, que al decir de todos, excedieron á las que se habían hecho por la coronación del mismo rey Francisco. A media legua de la ciudad salió á recibirlos procesionalmente el clero, tan numeroso, que, según un historiador, «de sólo frailes se contaban seiscientos franciscanos, cuatrocientos dominicos, trescientos agustinos, y así de otras religiones.» Iban doscientos arcabuceros á caballo, trescientos arqueros y doscientos ballesteros vestidos de librea recamada de plata; todos los oficiales comunes con trajes de escarlata; veinticuatro regidores, de morado, con forros de varias pieles; cien mancebos de la nobleza, de terciopelo con guarniciones de oro; doscientos cincuenta oficiales de la corte á caballo, con ropas talares; el preboste de París con los abogados y procuradores; el parlamento con doce virreyes, en mulas y con vestidos de grana; los tribunales con sus presidentes; el consejo real y el gran canciller de Francia; doscientos gentiles-hombres con la guardia ordinaria de suizos; el duque de Alba, Saint-Paul y Granvela; los cardenales Tournón y Borbón; cerca de ellos, el emperador en medio de los dos hijos del rey, y detrás seis cardenales, con los duques de Vendome y de Lorena, y otros grandes señores. Pasó la procesión por vistosos arcos triunfales, y el emperador era llevado debajo de un palio de brocado, y todo esto en medio de una población de seiscientas mil almas puestas en movimiento.

A vista de este espectáculo, y de los multiplicados festejos de que fué objeto el César en los siete días que permaneció en París (enero, 1540), concebíanse las más halagüeñas esperanzas de una verdadera y perpetua concordia entre los dos émulos, que asegurara la quietud y el sosiego de

---

(1) Cuenta Sandoval que en el castillo de Amboise, donde durmieron los dos soberanos, un criado, ó por descuido ó con malicia, prendió fuego con una bujía á uno de los tapices del aposento del emperador, y que comunicándose á las demás colgaduras produjo tal humo, que estuvo en peligro la vida de Carlos: que habiéndose hecho pesquisas, el rey Francisco mandó ahorcar á los culpados, pero que á ruego é intercesión de Carlos se les otorgó indulto.

Refiere también que una tarde, estando el emperador en entretenida y agradable plática con la duquesa de Etampes, se le cayó á aquél un precioso anillo que solía llevar, y con el cual jugaba distraído; que habiéndose bajado la duquesa á recogerle y queriéndosele entregar con mucha cortesía, le dijo el emperador: «Ese es vuestro, señora, porque es costumbre de los reyes y emperadores, que lo que una vez se les cae de las manos no vuelva á ellas.» Y como la duquesa replicase no merecer tan preciosa joya, el César le rogó la guardase como una memoria de aquella jornada y de lo que habían hablado en Orleáns. – Historia de Carlos V, lib. XXIV, núm. 17.

las naciones. Suponían los franceses que dejaría Carlos hecha la prometida cesión del ducado de Milán, siquiera en agradecimiento de la espléndida y generosa acogida que Francisco le había dispensado. Nada, sin embargo, habló el emperador del asunto de Milán; y cuando el condestable Montmorency, que le llevó al palacio de recreo de Chantilly, le tocó este punto, eludióle Carlos so pretexto de que no era aquella ocasión ni lugar, y de que deseaba se hallase presente su hermano don Fernando. Como quien no tenía limpia su conciencia, así le punzaba al emperador el deseo de salir de Francia y de verse libre del poder de su rival. Determinó, pues, seguir su viaje á Flandes; acompañóle el rey con inaudita confianza hasta San Quintín, y sus hijos hasta Valenciennes (21 de enero), donde se despidieron después de haber recibido obsequios y regalos de la reina María, gobernadora de Flandes, que esperaba allí á su hermano el emperador con un cuerpo de caballería flamenca.

Los desgraciados ganteses, viéndose sin apoyo, amenazados tan de cerca por su soberano, y por un ejército de doce mil alemanes que el rey don Fernando llevaba al propio tiempo sobre ellos, acordaron amedrentados enviarle una diputación ofreciéndole la entrega de la ciudad é implorando su clemencia. Carlos contestó que se presentaría como soberano á sus súbditos, con el cetro en una mano y la espada en la otra. Mas no quiso entrar en la ciudad hasta el 24 de febrero, aniversario de su nacimiento (1). Parecía que en conmemoración á día tan solemne, y en consideración á ser la ciudad que le había visto venir al mundo y mecerse en la cuna, debería esperarse que la tratara con indulgencia. Lejos estuvo por cierto de ser así. Apoderado de todos los fuertes, torres y muros, desarmado el pueblo, formado y fallado el proceso sobre la rebelión, anuló la antigua forma de gobierno, todos los privilegios é inmunidades de la ciudad fueron abolidos, privados de oficio los magistrados y regidores, prohibidas sus juntas y cofradías, confiscadas sus rentas, veintiséis principales ciudadanos fueron ajusticiados con unas túnicas de lienzo que los cubrían hasta los pies, y desnudos interiormente, condenados otros á echarse á los pies del emperador con los pies desnudos y unas sogas al cuello, y otros desterrados después de secuestradas sus haciendas. Se les impuso una contribución anual para mantener la guarnición, y se construyó á su costa una ciudadela para tenerlos en adelante sujetos y comprimidos (abril y mayo, 1540). Procedió, pues, Carlos V con sus compatricios de Gante con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes había empleado con sus súbditos de Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó más desastroso fin que las del pueblo castellano (2).

Restablecida su autoridad en los Países Bajos, y como se hallasen en

---

(1) Carta del emperador al cardenal arzobispo de Toledo, escrita en el mismo día de su entrada. – De Gante, 14 de febrero, 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo número 50. – Creemos que el primer guarismo de la fecha está equivocado en esta copia, y que ha de ser 24, y no 14.

(2) Hardi, Anales de Brabante, t. I. – Le Grand, Costumbres y leyes del condado de Flandes, t. I. – Sandoval, Historia de Carlos V, lib. XXIV, núms. 17 á 20.—Robertson, Reinado de Carlos V, lib. VI.—Papeles de Estado del cardenal Granvela, t. II

Gante el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency con el objeto de instar al emperador á nombre del rey de Francia á que resolviese definitivamente en lo de Milán, Carlos, sintiéndose ya fuerte, arrojó la máscara con que hasta entonces se había cubierto para con el rey Francisco, y respondió á sus embajadores que daría la mayor de sus dos hijas al duque de Orleáns, y con ella en dote los Estados de Flandes con nombre y título de rey, lo cual podría venir bien al monarca francés, pero que con respecto á Milán estaba decidido á no darlo á nadie, puesto que lo poseía como cosa propia del imperio y por buena y legítima sucesión. «Esto es, añadió, lo que tengo que deciros; y si esto no os contenta, no hay para qué se trate más de este negocio (1).»

Compréndese cuál sería el disgusto de los embajadores franceses al oir esta respuesta, y cuál el enojo del rey Francisco cuando le fué comunicada. Sentíalo, más que por la cuestión de interés, por verse de aquella manera burlado, y por lo que lastimaba su amor propio el concepto que toda Europa formaría de su ciega confianza y del cándido afán con que se había esmerado en agasajar á su enemigo cuando le había tenido en su poder. Y así era la verdad, que tanto como se afeaba la doblez de Carlos y su hipócrita conducta con su generoso rival, tanto se vituperaba la necia credulidad de Francisco; bien que pareciese como una merecida expiación de las muchas veces que él había quebrantado los más formales pactos y las más solemnes palabras empeñadas con el emperador, recordándose su proceder después de los tratados de Madrid y de Cambray. Todo el mundo veía como inevitable y consideraba inminente otro rompimiento entre los dos soberanos, tal vez más serio y costoso que los anteriores; mucho más, cuando se vió que en la cuestión de Venecia y Turquía andaban también desacordes el francés y el español, aunque habían aparentado querer marchar acordes y enviar una embajada en el mismo sentido.

Permaneció el emperador algunos meses en Gante afirmando su autoridad, asentando el gobierno de aquel señorío, y visitando al mismo efecto las islas de Holanda y Zelanda. Molestábanle allí con frecuentes demandas, y aun atrevidas exigencias los protestantes alemanes. Carlos se negó á darles audiencia, enviándoles á decir que ni los amenazaba con la guerra, ni les aseguraba la paz, y por último, que acudiesen á Worms, donde pensaba tener Dieta, y allí verían lo que debían hacer y observar.

Condúcenos esto naturalmente á examinar el estado en que se hallaba á este tiempo la gran cuestión de la reforma religiosa.

(1) Du Bellay, Mémoir., pág. 365.—Sandoval, lib. XXIV, núm. 21.

CAPÍTULO XXIII

PROGRESOS DE LA REFORMA.—INSTITUCIÓN DE LOS JESUÍTAS

De 1534 *á* 1541

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden. —Sus desvaríos y excesos.—Coronación del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridículo reinado.—Disgusto que estas sectas producían á Lutero. —Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El pápa, Carlos V, los protestantes.—Refuerzo que recibieron los luteranos.—Fundación de la Compañía de Jesús.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viajes á Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III para la institución de los jesuítas.—Organización de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestión religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decisión de la Dieta.—Lenidad y condescendencia de Carlos V con los protestantes.—Sus causas.—Revolución en Hungría.—El sultán.—Viaje del emperador á Roma, y su conferencia con el Papa.—Prepárase Carlos V para otra nueva empresa.

Sustituído por la doctrina de Lutero el espíritu de examen á las creencias, y sometido el dogma y la autoridad á la razón, necesariamente habían de surgir de la reforma misma opiniones extravagantes y sistemas absurdos, y hasta ridículos desvaríos; especialmente de parte de aquellos hombres en quienes á la falta de ilustración y de buen criterio se unía la ambición y la osadía, y una imaginación viva y exaltada. Tales fueron varias de las sectas religiosas que muy pronto nacieron del luteranismo, con harto sentimiento y mortificación del autor mismo de la reforma. Tal fué la predicación de Muncer, que produjo la sangrienta guerra de los campesinos en la alta Alemania, de que dejamos hecho mérito (1); y tales fueron las aberraciones de los anabaptistas, y los escándalos que poco tiempo después dieron estos sectarios en Westfalia y los Países Bajos (2). De este singular episodio de la historia del protestantismo necesitamos decir algunas palabras.

Dos fanáticos artesanos, un panadero y un sastre, Juan Matías de Harlem y Juan Beükels de Leyden, á quienes no faltaba cierto ingenio y gran travesura, suponiéndose alumbrados de espíritu profético, predicaban con fervor el anabaptismo en la ciudad imperial y episcopal de Munster, donde llegaron á hacer no pocos prosélitos; de tal manera, que ha-

---

(1) Véase nuestro cap. XVI del presente libro.

(2) Llamábanse *anabaptistas ó rebaptizadores*, porque uno de sus principios era, que no debiendo administrarse el bautismo á los párvulos, sino á las personas adultas, los que le habían recibido en la infancia necesitaban rebautizarse. A esto añadían lo de la igualdad y comunidad de bienes, la pluralidad de mujeres, la abolición de todo distintivo de nacimiento y de clase, la supresión de toda magistratura como innecesaria, y otras semejantes máximas que habían proclamado ya los labriegos alemanes.

biendo convocado secretamente á todos los sectarios de su doctrina esparcidos por la Holanda, la Frisia y varias comarcas de Westfalia, salieron un día dando feroces gritos con las espadas desnudas por las calles de la ciudad, aterraron y ahuyentaron al obispo y los magistrados, y quedaron dueños y señores de la población. Saquearon templos, quemaron libros, confiscaron bienes, castigaron de muerte á los que no les obedecían, nombraron sus cónsules y senadores, mandaron que todos los vecinos presentaran sus riquezas y alhajas, hicieron de ellas un fondo común, establecieron la igualdad absoluta entre todos los ciudadanos, pusieron mesas públicas en que comían todos los mismos manjares é igual número de platos, se prepararon á defender la ciudad, que ellos llamaban la montaña de Sión, porque era, decían, el lugar señalado por Dios en este mundo para los escogidos, y el entusiasmado apóstol Juan Matías despachó una fervorosa convocatoria en nombre de Dios á todos los anabaptistas de Alemania y de Flandes para que fuesen á defender la celestial Jerusalén, y á ayudarle después á conquistar las naciones de la tierra (1534).

El obispo de Munster (1), que había reunido un regular ejército, se acercó á la ciudad; pero habiendo salido á su encuentro los reformadores con toda la furia del más loco fanatismo, arrollaron su gente, mataron muchos católicos, y volvieron á la ciudad frenéticos de alegría. Embriagado Juan Matías con este triunfo, empuñó su lanza, proclamó que estaba resuelto á exterminar los impíos, seguro de la ayuda de Dios, invitó á los que quisieran seguirle, y acompañado de unos treinta escogidos acometió el campo del obispo. Esta vez el nuevo Gedeón, á quien sus prosélitos creían invencible, manifestó que no le había hecho Dios invulnerable, pues pereció con sus treinta compañeros, cosa que asombró y consternó á los creyentes de Munster.

Sucedióle en el mando el otro profeta, el sastre Juan de Leyden, no menos fanático que él y más ambicioso todavía; el cual se presentó un día desnudo y en cueros ante el pueblo, gritando: *El rey de Sión está aquí.* Supúsose inspirado por Dios, y el pueblo se dejó arrastrar de él, creyendo todas sus extravagancias. En su sistema de abatir todo lo que encontraba ensalzado en la tierra, hizo derribar las iglesias hasta sus cimientos, y para mostrar á sus sectarios hasta dónde debía llegar la igualdad entre ellos, destinó al que su antecesor había nombrado cónsul, á ejercer el oficio de verdugo, que él aceptó sin replicar. El nuevo jefe de aquella república nombró para el gobierno de ella doce jueces, á semejanza de las doce tribus del pueblo hebreo, y él se reservó la autoridad de Moisés. No contento con esto, el humilde apóstol aspiró á obtener el título de rey, porque tal era, decía, la voluntad de Dios, que así se lo había revelado. Una noche dió una gran cena á todo el pueblo, y acabada que fué, se presentó vestido con una ropa talar de seda negra, corona de oro en la cabeza, en la mano derecha un cetro también de oro, y al cuello una cadena de lo mismo, de que pendía un globo, símbolo del mundo,

(1) Nuestro Sandoval llama á Munster *Monasterio.* No es fácil conocer por el historiador español ni los lugares en que pasaron estos sucesos, ni los personajes que en ellos figuraron, pues tan desfigurada trae la nomenclatura geográfica como la personal.

atravesado con dos espadas. Declarada al pueblo la voluntad de Dios, el pueblo le aclamó su rey, y Juan de Leyden pasó del banquillo del sastre al solio regio. El nuevo rey-sacerdote se sentó en un estrado, y dió pan y vino á todo el pueblo, pronunciando y profanando impíamente las palabras de la consagración.

El sastre-rey proclamó que el matrimonio con una sola mujer era una tiranía impuesta á la naturaleza humana; extendió á esta materia su sistema de comunismo; encargó á sus doctores que predicaran que cada hombre podía desposarse con cuantas mujeres quisiera, y él se apresuró á dar ejemplo de esta libertad cristiana, tomando hasta catorce mujeres, entre ellas la viuda de su antecesor Juan Matías, joven y hermosa, que era la predilecta y la que gozaba el título de reina. A la libertad matrimonial siguió la libertad de divorcio, como una natural consecuencia. Las historias han dejado consignado, y aunque así no fuera, la simple razón alcanzaría hasta qué punto llegaría la corrupción, la licencia, el libertinaje, la disolución y el desenfreno. en un pueblo por tal rey, con tal gobierno y tales leyes y doctrinas regido; y las particularidades que de tal inmoralidad cuentan los escritores de aquel tiempo ofenden tanto al pudor, que no caeremos en la tentación de estamparlas (1).

Lutero mismo reprobaba todos estos excesos y demasías, y una de las cosas que le daban más melancolía y pesadumbre era ver la multitud de sectas en que tan pronto se había fraccionado la reforma, desfigurando su primitiva doctrina y sin contar con el reformador. Mas en cuanto á lo primero, no podía por cierto citarse él mismo como modelo de moralidad; y en cuanto á lo segundo, ¿no era él quien había proclamado el libre examen? ¿y podía prometerse ni pretender que en el ejercicio de esta libertad hubieran de uniformarse todas las opiniones á la suya, ó ejercer en las ideas un magisterio y una autoridad que él negaba al dogma?

Escenas tan repugnantes á la razón y á la sociedad humana no podían ser toleradas mucho tiempo. Los príncipes del imperio, bajo la dirección del rey don Fernando en ausencia del emperador, se armaron para dar socorro al obispo de Munster, el cual, bloqueando primeramente la ciudad y sitiándola después por espacio de quince meses, reduciendo á los sitiados al hambre más espantosa, sin que viniera en su auxilio el brazo poderoso de Dios que cada día les prometía el rey profeta (2), tomó por asalto aquella nueva Sodoma (25 de setiembre, 1535), y después de

(1) *Nec intra paucos dies*, dice uno de ellos, *in tanta hominum turba, fere ulla reperta est supra annum* 14, *quæ stuprum passa non fuerit*. Lambert Hortens. —*Nemo una contentus fuit, neque cuiquam extra effætas et viris inmaturas continenti esse licuit.* —*Tacebo hic* (dice otro), *ut sit suis honor auribus, quanta barbarie et malitia usi sunt in puellis vitiandis nondum aptis matrimonio, etc.* Joh. Corv.

(2) Durante el sitio se condenaba á muerte á todo el que indujera sospechas de querer rendirse al enemigo, como reo de impiedad. Una de las mujeres de Juan de Leyden habló con poca fe acerca de la misión sobrenatural del rey su esposo: éste la degolló por su mano haciendo que lo presenciaran todas las mujeres: lejos de aterrarlas tan atroz espectáculo, pusiéronse á bailar en corro unidas con su marido en derredor del ensangrentado cadáver. Tan desnudo de sentimiento tenían el corazón aquellas bacantes de la reforma.—Robertson, Hist. de Carlos V, lib. V.

degollar sus tropas á los que intentaron hacer todavía en la plaza del mercado una resistencia desesperada, los que quedaron vivos fueron hechos prisioneros y condenados á tormentos y suplicios horribles. Cogido también el burlesco rey de Sión, el antiguo sastre de Leyden, fué paseado de ciudad en ciudad y expuesto al escarnio y ludibrio público; volviéronle luego á Munster, teatro de su ridículo encumbramiento y de sus obscenidades, y allí le dieron refinados tormentos hasta acabarle la vida. El fanático lo sufrió todo con una firmeza y resignación imperturbable. Con él acabó el breve reinado, pero no la secta de los anabaptistas, que había echado hondas raíces en aquellos dominios, y continuaron muchos profesándola, si bien fué con el tiempo degenerando y reduciéndose á principios y máximas más decorosas y honestas (1).

A pesar de lo que tales desvaríos dañaban á la doctrina reformista, el protestantismo seguía cundiendo y progresando, merced á los compromisos del emperador que le obligaban á ser indulgente con los confederados de Smalkalde, y á sus empresas de África y de Francia que le absorbían todo su pensamiento y le hacían poner todo su conato en mantener la tranquilidad de Alemania. El papa Paulo III, que había sucedido á Clemente VII (1535), se mostró desde luego más dispuesto que su antecesor para celebrar un concilio general en que se resolviese la cuestión religiosa, como el emperador apetecía y había diferentes veces propuesto. Y aunque los protestantes pedían con ahinco que se tuviera en Alemania, y los reyes de Francia y de Inglaterra no llevaban á bien que se celebrara en Italia, por el mayor influjo que allí habían de ejercer el papa y el emperador, firme el pontífice en la resolución que desde el principio había manifestado de designar para este objeto la ciudad de Mantua, expidió la bula convocatoria (2 de junio, 1536), señalando el 23 de mayo del año siguiente para la reunión en aquella ciudad, invitando á los prelados de todas las naciones á que concurriesen á la asamblea, y ordenando á todos los príncipes cristianos que la protegiesen con su poder y autoridad. Negáronse desde luego los protestantes á someterse á un concilio, convocado á nombre del pontífice en una ciudad aliada de la Santa Sede y distante de Alemania, y más cuando en la bula de convocatoria se les calificaba ya de herejes; todo lo cual con otras muchas objeciones expresaron en un manifiesto. El papa tomó este documento como un ataque y un insulto hecho á su autoridad, é insistió en la primera determinación. Dificultades que puso el duque de Mantua retardaron la reunión é hicieron se variase también el lugar, aplazándola para el 1.° de mayo del año siguiente (1538) en Vicenza. Tampoco en este día ni en este punto pudo realizarse, porque vivas todavía las contiendas entre Carlos V y Francisco I, ni uno ni otro permitieron á sus súbditos asistir al concilio, y como no compareciese prelado alguno, el pontífice para no comprometer más su autoridad, lo aplazó indefinidamente y se dedicó á reformar varios abusos y á curar los males de la Iglesia y de la corte romana, bien que les pareciese á los protestantes que no desplegaba toda la energía que aquéllos reclamaban.

(1) Ottio, Anales de los Anabaptistas.—Sleid., *Tumultum anabaptistarum*, etc.—Sandoval, lib. XX. – Robertson, lib. V.

Protestantes y católicos se apercibían ya en este tiempo como á sostener una gran lucha y darse una batalla. Aquéllos robustecían su confederación haciendo entrar en ella nuevos miembros, entre los cuales fué uno, y no poco importante, el rey de Dinamarca. Éstos, á instancia de un enviado del emperador á Alemania, el vicecanciller Heldo, formaban también una Liga Santa en oposición á la de Smalkalde; y aunque no aprobó este paso Carlos V, porque empeñado en la guerra de Francia (1538) tenía interés en que no se turbara la paz del imperio, los protestantes, siempre recelosos, no se descuidaban en halagar á los reyes de Francia y de Inglaterra, y en contar y preparar las fuerzas con que en un caso había de contribuir cada miembro de la liga. Fueron todavía más adelante, y en una reunión que celebraron en Francfort (abril, 1539), lograron que les prorrogaran las concesiones de la Dieta de Nuremberg, que la cámara imperial suspendiera toda actuación contra ellos, y que un determinado número de teólogos de ambos partidos se reuniría á discutir y preparar los artículos de reconciliación que habían de proponerse en la próxima Dieta, con no poco disgusto de la Santa Sede, que veía en esto lastimados los derechos de la autoridad pontificia.

Un acontecimiento propicio á los protestantes vino á poco tiempo á dar un gran refuerzo á su partido. Murió el duque de Sajonia, enemigo declarado y fervoroso de Lutero y la reforma, y por falta de sucesión recayó la posesión de aquel vasto ducado en su hermano Enrique, apasionado y fogoso reformista. Aunque el difunto duque había dejado prevenido en su testamento que si su hermano intentase variar el culto religioso en sus dominios, éstos pasaran al emperador y al rey de romanos, Enrique anuló la cláusula del testamento, y auxiliado de Lutero y de otros apóstoles de la reforma reunidos en Leipsick, abolió el culto católico, y estableció en sus Estados el ejercicio de la religión reformada, quedando así extendido casi desde el Báltico al Rhin el protestantismo.

Mas si tan poderoso refuerzo recibieron los protestantes, otro no menos poderoso, aunque de muy diferente índole, iban á recibir los católicos. Contra los apóstoles de la reforma se levantaban nuevos apóstoles del catolicismo; á atajar el progreso de las novedades religiosas en el Norte de Europa acudía el Occidente de Europa resuelto á defender la antigua doctrina; contra el predicador alemán se alzaba un caballero español; al fraile agustino de Wittemberg se oponía un militar de Guipúzcoa, y frente del soberbio Martín Lutero se oponía con humilde audacia Ignacio de Loyola, que por este tiempo fundaba su *Compañía de Jesús*, tan famosa después en la cristiandad y en el mundo. Fuerza es dar algunas noticias de su fundador, y del modo cómo llegó á formar esta célebre institución religiosa.

Hijo de una familia noble de Guipúzcoa, nació Ignacio en su casa paterna de Loyola en 1491. Dedicado desde la infancia, como sus siete hermanos, al ejercicio de las armas, no tardó en darse á conocer como un buen oficial al servicio de Fernando el Católico, de quien había sido paje. En 1521, cuando los franceses invadieron el reino de Navarra, Ignacio de Loyola, que seguía las banderas del duque de Nájera, defendía á Pamplona. En aquel sitio recibió una herida de piedra en la pierna izquierda, y

una bala de cañón le fracturó la derecha. No bien curado de tan graves heridas, se hizo conducir á su casa de Loyola, donde sufrió todavía con admirable valor y firmeza dos dolorosas operaciones. Y como después de los dolores más agudos resultase habérsele contraído una de las piernas, quedando más corta que la otra, con el afán de corregir aquella deformidad se sometió voluntariamente al terrible sacrificio de hacérsela estirar con violencia por medio de una máquina de hierro; mas este suplicio no le sirvió para dejar de quedar cojo. Para distraerse en la convalecencia pidió que le llevaran algunos libros de caballería, entonces en boga en España, y como no los hubiese en la biblioteca del castillo. por no dejar de darle algo que leer, le pusieron en la mano la *Vida de Jesucristo* y el *Flos Sanctorum*. La lectura de estos libros hirió tan vivamente su imaginación, que desde entonces formó el irrevocable designio de hacerse caballero de Jesús y de María.

Preocupado con esta idea, pasó toda una noche velando sus armas á estilo caballeresco ante el altar de Nuestra Señora, y por la mañana colgó su escudo y su espada en un pilar de la capilla. Resuelto á militar en adelante en la milicia de Cristo, despidióse de sus antiguas armas, renunció á los amores que tenía con una dama de la corte de Castilla, regaló á un pobre su traje de gala, y ciñéndose al cuerpo un tosco y humilde saco, desprendido á un tiempo del lujo, del amor y de la gloria militar, encaminóse á pie á la villa de Manresa en Cataluña (1522), en cuyo hospital buscó un asilo, haciendo allí una vida de ayunos, penitencias, silicios y maceraciones, mendigando el sustento de puerta en puerta, apedreado muchas veces por los bufones muchachos. Habiéndose descubierto su nombre y su calidad, retiróse á una gruta formada al pie de una roca cerca de la villa, donde redobló sus austeridades y privaciones, golpeándose también el pecho con un guijarro como otro San Jerónimo. Allí, dicen los autores místicos de su vida, fué donde tuvo aquellos largos arrobamientos y éxtasis en que Dios le reveló sus sagrados misterios, y según los cuales compuso su libro de los *Ejercicios espirituales*. Allí, dicen, se representó, según sus ideas militares, á Cristo como un general llamando á los hombres á agruparse bajo sus banderas para combatir á los enemigos de su gloria, y de aquí nació su pensamiento de formar una milicia para la gloria de Dios y la salud de las almas, una especie de ejército cuyo jefe sería Cristo, una *Compañía de Jesús* (1).

Llena su memoria de las tradiciones de las Cruzadas, emprendió sólo, sin recursos ni provisiones, un viaje á la Palestina, embarcóse en Venecia, visitó el Santo Sepulcro de Jerusalén (setiembre, 1523), y volvió peregrinando á España. Conociendo que para trabajar en la salud de las almas necesitaba de instrucción y ciencia, se puso á la edad de 33 años á estudiar gramática latina en Barcelona (1524). A los dos años pasó á continuar los estudios de filosofía en la universidad de Alcalá, y después los de teología en la de Salamanca. En uno y otro punto tuvo que sufrir algunas persecuciones, porque dado á catequizar jóvenes y á enseñar la doctrina cristiana al pueblo, vistiendo él y haciendo vestir á sus prosélitos un largo

(1) MS. del padre Jouvency .

chaquetón de jerga gris y un gorro del propio color, y viviendo de la pública caridad, alguna vez se le redujo á prisión, y otras se le exhortó á que usara el traje propio de los escolares y á que se abstuviera de explicar los dogmas al pueblo, al menos hasta que hubiera estudiado cuatro años de teología. Cansado de tales molestias, abandonó su patria, y se fué á pie hasta París (febrero, 1528), donde continuó sus estudios con más sosiego.

Allí fué donde su doctrina, su predicación y su virtud le valieron la adhesión de seis hombres ya notables. Pedro Lefebre, clérigo saboyano; Francisco Javier, caballero navarro, profesor de filosofía en el colegio de Beauvais; el portugués Simón Rodríguez de Acebedo, y otros tres españoles, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y Nicolás de Bobadilla, que fueron como los seis primeros soldados que reclutó para su ejército. Para asegurarse de su adhesión y comprometerlos á que no dejaran entibiar su celo, los llevó un día á una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre (15 de agosto, 1534), donde Lefebre dijo la misa, y después de comulgar todos, hicieron voto de vivir en pobreza y castidad, de ir á la Tierra Santa á convertir infieles, y en el caso que esto no les fuese posible, marchar á Roma, echarse á los pies del Santo Padre, y ofrecerle y consagrarle enteramente sus personas. Hecho esto, Ignacio se encargó de venir á España á arreglar los asuntos domésticos de sus socios españoles, y así lo verificó (1535), quedando concertado reunirse todos de allí á dos años en Venecia.

Volvió Ignacio de Loyola á ver su familia y el lugar de su nacimiento, pero se negó á habitar en la morada de sus padres, y prefirió alojarse en el hospital de pobres de Azpeitia, á despecho de los ruegos é instancias de su hermano. Vendió sus bienes, distribuyó su valor en limosnas, dejó establecida en la Iglesia la oración denominada el *Angelus*, y se apresuró á partir para incorporarse á sus compañeros. La compañía se había aumentado durante su ausencia con tres miembros, Claudio Le Gay, genovés, Juan Codure y Pascual Brouet, franceses. El 8 de enero de 1537 llegaron los nueve á Venecia, donde ya los esperaba, orillas del Adriático, Ignacio de Loyola. Era el momento en que á causa de la liga entre el papa, Venecia y Carlos V contra el turco, y del temor á los piratas, no se permitía salir buque alguno mercante de Venecia. Fuéles preciso á los diez misioneros renunciar al viaje á la Tierra Santa, y pensar en cumplir la segunda parte del voto hecho en Montmartre. Pasaron, no obstante, el resto de aquel año y mucha parte del siguiente predicando en Italia. Derramáronse casi todos por las más célebres universidades, y solos tres, Loyola, Lefebre y Lainez, emprendieron su marcha á la capital del orbe cristiano. Dos leguas antes de Roma, aseguró Ignacio á sus compañeros haber tenido un éxtasis, en que había visto al Padre Eterno recomendar á su Hijo que aceptara la misión de aquellos sus siervos, y que volviéndose á él, le dijo: «Yo te seré propicio en Roma.» Inflamados de fe y llenos de esperanza con esta nueva revelación, llegaron los tres viajeros á Roma (octubre, 1538), y se prosternaron á los pies del Santo Padre.

Era la ocasión en que el pontífice Paulo III se había propuesto reformar las costumbres de la corte romana, de cuya corrupción en aquella época hacen las más tristes pinturas los historiadores católicos, y de ella

se prevalían los protestantes para justificar sus declamaciones y la necesidad de su reforma. Vínole bien al pontífice aquel refuerzo de fogosos auxiliares, y dándoles la mejor acogida, los empleó en las cátedras y en la predicación. Animado con esto Loyola, llamó á sus siete hermanos, organizó su sociedad y sometió á la aprobación del papa el plan de su instituto. Loyola, que había sido ya objeto de sospechas y aun de acusaciones en Roma, si bien las había ido disipando y desvaneciendo, encontró también alguna oposición para alcanzar la aprobación pontificia de su orden, pues los tres doctos cardenales á quienes el papa sometió el examen del asunto se oponían á la multiplicación de órdenes religiosas, y el papa se adhirió á su dictamen. Insistieron, sin embargo, los diez socios con aquella perseverancia que había de ser después uno de los sellos característicos de la institución. Por otra parte, reflexionó Paulo III, que en una época en que se habían segregado de la comunión romana la mayor parte de los Estados alemanes, la Inglaterra y la Suiza; en que las ideas de la reforma germinaban en el Piamonte, en la Saboya, en Francia, en los valles de los Alpes, á las orillas del Rhin, á las puertas mismas del patrimonio de la Iglesia; en que el poder pontificio se veía tan atacado y había perdido tanto de su autoridad; una institución que tenía por objeto combatir por todas partes la herejía y que profesaba la más completa obediencia y sumisión á la Santa Sede, podía ser en tales circunstancias una adquisición importantísima para la Iglesia, y en su virtud, expidió la famosa bula *Regimini militantis ecclesiæ* (27 de setiembre, 1540), aprobando la nueva sociedad con el nombre de *Compañía de Jesús* (1).

La compañía quedaba fundada y sancionada. Era menester darle un general, y la elección recayó por unanimidad en Ignacio de Loyola, que aceptó el gobierno de la orden (abril, 1541) y él sólo formó y escribió de su puño en lengua española las constituciones que la habían de regir, y que no se publicaron nunca hasta después de su muerte. Estas constituciones son, á no dudar, una de las obras más notables del entendimiento humano en materia de organización social. Por primera vez se vió el rigor de la disciplina militar aplicado á una institución religiosa. Educado su autor en la milicia, hombre perspicaz y enérgico, comprendió que en una época en que el principio de autoridad se había quebrantado, en que la falta de obediencia y unidad había puesto al mundo católico en una de aquellas crisis que deciden de la suerte de los pueblos, lo que convenía á su fin era el restablecimiento de la autoridad por el principio de la obediencia ciega, como el soldado obedece á su jefe. Un voto especial sometía toda la asociación á la obediencia del papa. La Compañía era gobernada por un general, perpetuo y absoluto, nombrado por la congregación, y sin facultad de declinar. Su residencia habitual había de ser Roma. Sólo el general podía hacer las reglas y dispensarlas; él sólo comunicaba sus poderes á los provinciales; él sólo nombraba para todos los cargos y oficios de las casas de profesión, de los colegios y noviciados; él sólo aprobaba ó desaprobaba lo que los provinciales, comisarios ó visitadores hubieran

---

(1) Bullar. Pontific. — Hist. de los Soberanas Pontífices: Paulo III.—Hist. de la Compañía de Jesús, por Crétineau-Joly, t. I.—Sandoval, lib. XXIV.

hecho en virtud de sus poderes; él sólo tenía facultad de sustraer uno ó más miembros del poder de sus superiores inmediatos; él sólo podía crear nuevas provincias; él tenía la superintendencia de todos los colegios; él convocaba la congregación general ó las provinciales, y tenía dos votos en todas las asambleas; él estipulaba todo contrato de compra, venta, ó empréstito de bienes muebles ó inmuebles de la Compañía; él mantenía una correspondencia activa con todos los provinciales, por medio de la cual sabía todo lo que pasaba en los lugares más remotos, como si se hallase presente; á él le enviaban de cada provincia catálogos con expresión de la edad de cada súbdito, la proporción de sus fuerzas, sus talentos naturales ó adquiridos, sus progresos en la virtud ó en las ciencias, y destinaba á cada uno á lo que le parecía más apto á su instituto; nadie podía negarse á ir donde el general le destinaba, sin réplica ni examen; nadie podía publicar una obra sin someterla á tres examinadores al menos, designados por el general. El poder, pues, del general era ilimitado; era la aplicación, en su más vasta escala, del principio absoluto al gobierno de una orden religiosa.

Muchas eran las condiciones para entrar en la Compañía. Ningún religioso de otra orden cualquiera podía ser recibido en ella. Todo novicio en el acto de su ingreso renunciaba á su propia voluntad, á su familia, á todo lo que hay más caro en la tierra. Había en la Compañía seis órdenes ó estados, á saber: *Novicios*, que se dividían en tres clases, destinados al sacerdocio, á los empleos temporales, é indiferentes: *Hermanos temporales formados*, empleados en el servicio de la comunidad; no se los admitía á los votos públicos sin diez años de prueba y treinta de edad: *Escolares aprobados;* éstos hacían los votos simples de religión y continuaban su carrera de pruebas: *Coadjutores espirituales formados;* que se destinaban al gobierno de los colegios, á la predicación, á la enseñanza ó á las misiones: *Profesos de tres votos;* eran ya pocos, y de aquellos que faltándoles alguna cualidad para la profesión de los cuatro, tenían algún mérito especial para que la orden pudiera sacar partido de ellos en cierto círculo de ideas: *Profesos de cuatro votos;* era el estado superior; eran los iniciados en todos los secretos de la orden; solos ellos podían ser generales, asistentes, secretarios generales ó provinciales. Los últimos votos no se podían hacer hasta la edad de treinta y tres años.

Ignacio de Loyola no quiso que su Compañía se pareciera á ninguna de las órdenes religiosas existentes, porque era también otro su objeto y su fin. Así, ni siquiera le dió traje particular, sino el ordinario de los sacerdotes seglares de cada país, como á hombres destinados á vivir dentro de la sociedad. A los frailes, como destinados á la vida contemplativa, como á gente apartada del mundo, se les prescribía la soledad, la oración, el ayuno, el silencio, las mortificaciones, los oficios divinos, el coro: esta era la base de su instituto. Los jesuítas, destinados á ser una milicia activa y laboriosa, y no un cuerpo ascético, necesitaban otra clase de ejercicios y de alimentos, más de estudio que de contemplación espiritual, más de conocimiento del corazón humano que de maceraciones corporales, más de lectura que de coro, más de política social que de claustral retiro: y para su admisión se prefería á los que tuviesen buena salud, constitución

robusta y hasta físico agradable, porque para correr del un cabo del mundo al otro eran menester robustez y fuerzas.

Siendo uno de sus principales fines catequizar y ganar almas con habilidad y con destreza, tenía que ser uno de sus principales medios apoderarse de la educación de la juventud, de la dirección de las conciencias y de la enseñanza pública. Para esto necesitaban ellos estudiar mucho y saber mucho, para poder desempeñar con ventaja el magisterio, el confesonario y la predicación. Necesitaban también los conocimientos profanos y la instrucción amena para influir en todas las clases de la sociedad. Por eso se dedicaban al estudio de las lenguas, de la poesía, de la retórica, de la física, de las matemáticas, como al de la filosofía, de la teología, de la historia eclesiástica y de la Sagrada escritura (1).

Tales eran algunas de las bases de la constitución de la Compañía de Jesús, con las cuales guardaban armonía todas las demás, formando entre todas un admirable conjunto, el más á propósito para las ideas y fines de su hábil fundador. Compréndese que una asociación en tales circunstancias y de tal manera organizada, y protegida por los romanos pontífices, había de ejercer grande influencia, no sólo en la cuestión religiosa que agitaba entonces las naciones europeas, sino en la condición social, moral literaria y aun política de todo el mundo. No es todavía ocasión de anunciar hasta dónde llegó, y en qué sentido, esta influencia, puesto que la sociedad acababa de plantearse, y el tiempo y la historia nos lo irán descubriendo. Ahora, mientras sus fundadores se derraman por el mundo á hacer prosélitos, concluyamos con la fisonomía que á este tiempo iba presentando la cuestión de la reforma luterana.

Las conferencias que se habían acordado entre los teólogos católicos y protestantes se entablaron en Worms, más fueron interrumpidas de orden del emperador para volverlas á comenzar á su presencia en la Dieta que convocó en Ratisbona. Es notable que ambos partidos convinieran en facultar al emperador para que nombrase tres teólogos de cada uno de ellos, que hubieran de debatir en público certamen los artículos que motivaban la contienda (diciembre, 1540). Así se hizo; mas después de largos debates, y de convenir en algunos puntos y no poder concertarse en otros, en que la Iglesia católica no podía admitir variación que pudiera afectar á sus inalterables dogmas y antiguas instituciones, deseando ya Carlos poner fin á la Dieta, se adoptó á pluralidad de votos la resolución siguiente: que los artículos en que habían convenido los doctores se tuvieran por determinados, y aquellos en que no estaban acordes se remitieran á la decisión de un concilio general, ó en su defecto, de un sínodo que se tendría en Alemania, y en último extremo, al fallo de una Dieta general del imperio. Grandemente ofendido se mostró el papa de que la determinación de tan graves asuntos religiosos se sometiera á una asamblea que se

(1) Estas breves noticias acerca de la organización de la Compañía de Jesús, las hemos tomado de sus mismas constituciones, y aun hemos extractado las que da Crétineau-Joly en su *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús*, autor que no puede ser más adicto á la Compañía. De otros particulares de esta institución, ya se nos ofrecerán ocasiones de hablar.

había de componer más de legos que de eclesiásticos; lo singular de esta resolución fué que dejó también descontentos á católicos y protestantes, porque unos y otros esperaban sacar más partido de las conferencias. Por último, Carlos, temiendo nuevas alteraciones en Alemania si dejaba disgustados á los reformistas, les confirmó todas las prerrogativas y concesiones que antes le había hecho.

Obraba el emperador con esta lenidad, y aun condescendencia con los herejes, porque siempre tenía atenciones y negocios con otras potencias que le obligaban á sacrificarlo todo á la paz del imperio, y le impedían obrar con desembarazo. Ahora, además del rompimiento que temía por parte de la Francia, llamaba su atención el conflicto en que se hallaba su hermano don Fernando en Hungría, á consecuencia de una revolución que acababa de verificarse en aquel reino, y había producido la entrada en él del gran sultán de Turquía Solimán II con poderoso ejército, el cual después de algunas victorias y de una alevosía infame se apoderó de Hungría y la incorporó al imperio otomano. Por esto, Carlos, lejos de poder desplegar energía con los protestantes de Alemania, tuvo que ser obsecuente con ellos, á fin de tenerlos propicios á que le auxiliasen, ó bien á rescatar la Hungría, ó bien á defender las fronteras de Austria amenazadas por el turco. Ellos, en efecto, le ofrecieron hombres y dinero para la defensa de los dominios imperiales, y por aquella parte pudo quedar tranquilo.

Desde allí volvió á Italia con objeto de conferenciar con el pontífice sobre los medios de terminar las fatales contiendas religiosas que tan perturbada traían la cristiandad. Mas sobre no ser fácil que se convinieran dos príncipes, que si bien deseaban un mismo desenlace, el triunfo de la unidad católica, llevaban, en cuanto á los medios, distintas miras y aun encontrados intereses, antojósele al emperador realizar otra empresa, que tiempo hacía ocupaba su pensamiento, y ajena al parecer de todo punto á lo que entonces se trataba, á saber: su proyectada expedición á Argel.

CAPÍTULO XXIV

TRATOS CON BARBARROJA.—DESASTROSA JORNADA DE CARLOS V Á ARGEL

1541

Silencio de los historiadores sobre este punto.—Documentos que nos informan de él.—Carta del capitán Alarcón á Barbarroja.—Entrevista de Alarcón y Barbarroja en Constantinopla.—Tratos para atraer á Barbarroja al servicio de Carlos V y condiciones que faltaban para venir á concierto.—Capítulos á que Barbarroja accedía.—Sentida carta del rey de Túnez al secretario de Carlos V, exponiéndole su situación y pidiendo auxilio.—Ida y estancia oculta del capitán Vergara en Constantinopla.—Proposiciones de Barbarroja.—Cómo se desconcertaron los tratos.—El capitán Rincón.—Proyectos del sultán contra Túnez.—Determina Carlos V la conquista de Argel.—Razones que alegaba para justificar la expedición.—Las de sus generales en contra de la empresa.—Resuélvese Carlos contra el dictamen de éstos.—Grande ejército y armada.—Peligrosa navegación.—Arrogancia del gobernador argelino.—Huracanes y borrascas.—Triste y calamitosa situación de los imperiales á la vista de Argel.—Estragos grandes en la flota y en el campamento.—Valor y serenidad de Carlos V.—Desastrosa retirada.—Magnanimidad del emperador.—Reembárcase el ejército.—Nuevos infortunios.—Dispersión de la flota.—Regreso de Carlos á España.

Antes de referir la desventurada expedición del emperador Carlos V á Argel, vamos á dar cuenta de un suceso, de que no hemos hallado noticia en historiador alguno, español ni extranjero, y cuyo conocimiento debemos á documentos inéditos y originales que han venido á nuestras manos, y que extrañamos hayan sido desconocidos hasta ahora.

Hablamos de los tratos que mediaron en este tiempo entre el emperador Carlos V y el famoso Barbarroja, para que éste, apartándose del servicio del sultán de Turquía, se viniese al del rey de España, trayendo consigo la mayor parte de la armada turca, bajo las condiciones que luego habremos de ver. En estos tratos, en que sin duda se proponía el emperador dejar quebrantado el poder del turco, una vez que lograra la defección de su almirante, intervenía el capitán Alonso de Alarcón, obrando de acuerdo con el almirante del imperio el príncipe Doria, y con el virrey de Sicilia Fernando de Gonzaga. La siguiente carta de Alarcón á Barbarroja, fecha en Parga (ciudad de Turquía), á 21 de setiembre de 1538, nos informa ya bastante de la naturaleza de estas negociaciones y de las bases sobre qué se fundaban. Decíale así:

«Muy poderoso señor.—Yo escribí á V. A. desde el Cabo de Santa María con Dragut Arráez, dándole aviso de mi llegada allí, y de cómo el príncipe Doria era venido con gruesa armada del emperador á Corfú..., y por procurar lo que al servicio de V. A. conviene, según me lo tiene mandado, acordé de suspender mi viaje para España, y con un correo escribí al emperador mi llegada á Pulla, y como me quedaba por volver á esta armada á ver el estado en qué estaba, y por hablar al dicho príncipe Doria y al viso-rey de Cicilia que aquí viene, y ver si con ellos se podría con-

cluir ó tomar algún buen apuntamiento en los negocios de V. A., pues ambos juntos y cada uno por sí tienen comisión y poder del emperador para entender en ellos como su propia persona, y llegué aquí á la Parga anoche, donde los he hallado, y holgaron con mi venida; y habiendo platicado largamente sobre cada cosa en particular, entiendo que estos dos señores serían muy contentos, y tienen deseo de ver el efecto de estas nuestras pláticas, porque tal persona como la de V. A. la querrían ver prosperada estando en devoción y buena amistad con el emperador, y particularmente cada uno le procuraría de hacer todos los placeres y servicios que fuese posible; pero estos señores me dicen que la principal cosa que les conviene hacer es procurar que la palabra y promisión del emperador en manera ninguna se quebrante con amigos ni enemigos, por mal ni bien que pueda seguirse, porque S. M. ha tenido y tiene siempre por cosa muy principal el mantener su palabra, y no consentirá que *direte ni indirete* se quebrante, y que hablar en dar á V. A. el reino de Túnez por la orden que se ha platicado no se podría hacer, si primero V. A. no mostrase razones bastantes y suficientes para que todo el mundo vea y sepa cómo el rey de Túnez le ha faltado á lo que le tiene capitulado y prometido; y que si el dicho rey hubiese faltado á su promesa, el emperador, en tal caso, no sería obligado á guardarlo ni á defenderlo en el dicho su reino, ni á darle ningún favor ni ayuda, y podrían libremente capitular con V. A. Pero paréceles á estos señores, que si V. A. se contentase de ir en Berbería y estar allí á la devoción del emperador, le podría dar luego á Bona, que la tiene en su mano, y le podría dar á Bujía, que es suya; pero porque aquel puerto es el mejor y más importante de aquellas partes, dicen que V. A. había de prometer de tenerlo limpio de corsarios y malhechores. y que para conquistar el reino de Bujía y todo lo que hay desde Bona hasta el reino de Tremecén, el emperador le daría á V. A. todo el favor que le demandare; y las cosas de bastimentos y mercaderías y contratación de sus reinos y vasallos serán comunes con los vuestros, y se tratarán como buenos amigos y aliados con toda seguridad, y S. M. holgará y tendrá por bueno todo el acrecentamiento de estado y de honra que V. A. tenga; y dicen que la plática de lo de Túnez podrá quedar para adelante, si no se halla manera y causa justa cómo el emperador, sin quebrantar su fe y palabra, pueda desemparar agora al rey de Túnez. Y en lo que toca á lo de Trípoli, dicen que aquella ciudad está en poder de la orden de los caballeros de San Juan de Rodas, á los cuales el emperador se la dió que la defendiesen y hiciesen allí su frontera, pero que muy bien podría V. A. tornarla á pedir al Gran Maestre, y creen estos señores que luego se la restituya, y desta manera el emperador la podrá dar á V. A.; y cualquier otra cosa que esté en manos del emperador ó que se pueda hacer buenamente en beneficio vuestro, estos señores holgarán que se platique en ello, y lo otorgarán y concederán con buena voluntad, contando que V. A. con brevedad se aparte de la gobernación de esa armada, y se vaya con sus servidores y amigos á Argel, ó otra parte de Berbería, donde pacíficamente pueda estar, y les deje á ellos que se avernán con el resto de la armada del gran señor, que cierto, según están poderosos estos príncipes de galeras y naves y gente, con razón parece que pueden emprender

cualquier gran cosa é yo les he dicho cuanto V. A. me mandó, y lo que yo sabía de cómo se pudieran haber hecho grandes daños en las tierras del emperador, y que V. A. lo ha suspendido esperando de venir á la conclusión de su amistad por no enojar á S. M., y que no haciéndose agora lo que pide podrá hacer V. A. tal tratamiento en sus tierras de los reinos de Nápoles y Cicilia, y aun de España, que todo el mundo conocerá que V. A. no tenía gana hasta aquí de enojar á S. M. ni de deservirle, y estos señores príncipe Doria y viso-rey de Cicilia me dicen que bien creen que V. A. pudiera haber hecho más daño en tierras del emperador, porque por muchas partes estaban sus capitanes y ejércitos ocupados en las guerras contra el rey de Francia. Pero agora ya tienen hecha tregua por diez años, en los cuales no podrá haber guerra entre ellos, ni el uno podrá ser contra el otro; antes, después de concertada la tregua, el emperador y el rey se han visto y hablado en Aguas-Muertas. De manera, que el poder del emperador que es tan grande como á todos es notorio, no se empleará sino en fortificar y defender bien sus reinos y tierras, y aun según sus altos pensamientos, no dejará que sus enemigos le vayan á buscar, antes saldrá ó mandará tener siempre fuera su gruesa armada para ofender sus contrarios: y sobre cada cosa destas habemos dicho y platicado muy larga y particularmente todo lo que se podía y debía decir... Y en caso que V. A. no sea contento con esto, yo me partiré luego en viendo su respuesta para el señor emperador, etc. De la Parga, sábado XXI días de setiembre 1538 (1).»

Conócese que Barbarroja quiso tratar personal y verbalmente todas estas cosas con el intermediario del monarca español, puesto que el mismo Alarcón, en carta al emperador Carlos V, fecha 25 de setiembre, le da cuenta de la entrevista que tuvo con Barbarroja en la misma ciudad de Constantinopla, y de las propuestas, contestaciones y réplicas que entre los dos mediaron acerca de las condiciones de la negociación. En esta entrevista supo Alarcón originalmente de boca de Barbarroja todo lo que había mediado entre el sultán y el rey de Francia, los auxilios que éste había pedido, y los que aquél le había dado (2).

Estaba la principal dificultad para llegar á un concierto definitivo, en

(1) Archivo general de Simancas, Estado, leg. 1459.—El único historiador de los que hemos visto que parece columbró debía haber algunas inteligencias secretas con Barbarroja, es el italiano Gregorio Leti, que al observar que publicada la liga contra el turco se habían separado el príncipe Doria y Barbarroja casi sin ofenderse, dice sospecharon los más suspicaces si entre Doria y Barbarroja habría alguna inteligencia secreta, lo que á su entender penetraron los venecianos, y fué la causa de apartarse de la liga y confederarse con el turco. *Onde molti si diedero á formar forti argomenti, credendo i più speculativi per fermo che tra il Doria e Barbarossa vi passase qualche intelligenza segreta, per meglio conservarsi senza perdita l'uno nella gratia di Solimano, l'altro di Cesare, cosa que penetrata poi da' Venetiani si retirarono dalla Lega e si accomodarono col turco.*—Pero estuvo muy lejos el historiador italiano de penetrar los verdaderos tratos que mediaban.

(2) Copia de carta autógrafa de Alonso de Alarcón á la S. C. C. M. de Carlos V, dándole cuenta de su entrevista con Barbarroja. Archivo de Simancas, Estado, legajo 1459.

que, por una parte, Barbarroja quería ser repuesto por el emperador en posesión del reino de Túnez, y Carlos V y sus generales exigían de Barbarroja, que además de las galeras con que él hubiera de venir quemara la mayor parte de las del turco. Esto último parecía equivocarlo el infiel, pues no lo comprendía en los capítulos del convenio, lo cual hacía concebir sospechas y recelos de que no obrara de buena fe en estos tratos el antiguo corsario argelino (1). Por su parte, el emperador y el regente de España vacilaban mucho en lo de volver á despojar á Muley Hacen del reino de Túnez en que Carlos le había puesto, para dárselo otra vez á Barbarroja, cuando parece que aquel no había dado motivo fundado de queja para tan violento despojo: bien que por otro lado, calculaban que tal vez sería más útil y aun decoroso darle el reino de Túnez que Orán, Bujía y Trípoli, plazas ganadas por los abuelos del emperador; mucho más, cuando lo que ahora no le cediesen por voluntad lo podría él tomar por la fuerza.

Los capítulos á que accedía Barbarroja para confederarse con el emperador y venir á su servicio eran los siguientes:

«Que será amigo de amigo y enemigo de enemigo.

»Que se vendrá á servicio de S. M., con 55 ó 60 galeras.

»Que enviará su hijo á España para que esté con S. M.

»Que desarmará las galeras todas, y hará los arraeces alcaides y limpiará la mar de corsarios.

»Que si S. M. hiciere la guerra al turco, que le ayudará con todas sus fuerzas, y á donde quiera que fuesen nuestras galeras irán las suyas, si Su Majestad quisiere.

»Que será la contratación libre entre los vasallos de S. M. y la Berbería, sin diferencia alguna, como si todos fuesen de una ley...

»Que si S. M., por algunos respectos hiciere la guerra á venecianos, que le ayudará con todas sus fuerzas á tomar á Venecia, y á todo lo demás que S. M. quisiere.

»Que si el rey de Francia hiciere la guerra á S. M., que le ayudará á tomar á Marsella, y á tomar todo el reino si S. M. quisiere (2).»

---

(1) «En lo que Alarcón y los otros (decía el gobernador de España, arzobispo de Toledo, en carta al emperador) habían ofrescido de parte de Barbaroja, siempre se decía, que cuando él se hubiese de apartar del servicio del turco y venir al de V. M., había de quemar y echar á fondo las más galeras y navíos que pudiese de las del armada del turco, y él venirse con la otra parte, que había de ser la mayor, para que se viese que él traia verdad en este negocio: agora en estos capítulos no hace ninguna mencion desto, sino solamente de venir con cincuenta y cinco ó sesenta galeras, y segund este tracto ha andado y anda público, no se puede dejar de sospechar que viniendo desta manera no fuese con sabiduría y concierto del turco, cuanto más, que aunque él salga, etcétera »—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 49.

«En lo de Barbaroja (decía él mismo en carta á Fernando de Gonzaga, virrey de Sicilia) paréscenos, que teniendo seguridad que él no anda doblado en este negocio, y que cumpliria lo que ofresce, que seria una cosa muy á propósito á los negocios de S. M., pero todos estamos muy dubdosos y con pensamiento que el tracto es doble, por haber sido y ser una cosa pública, y haber hablado Barbaroja con Alarcón y con otros en presencia de turcos, que hace creer que lo que trata es con sabiduría de su amo, etc.»

(2) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 49.—Este documento está firmado por don Fernando de Gonzaga, y debajo tiene un sello sobre cera encarnada

Estas negociaciones se continuaron los años 1539 y 40, no obstante la invasión de las costas de Italia por el turco, y el ataque y toma desastrosa de Castelnovo de que hemos dado cuenta en otro capítulo. Y entretanto, ignorante de todo lo que pasaba el rey de Túnez, seguía cifrando toda su esperanza en el emperador, y en carta á su secretario Francisco de los Cobos se lamentaba de su situación de la manera siguiente:

«Alabanza á Dios sólo.—Del siervo de Dios en cuya confianza pone todas sus cosas públicas y privadas, el rey de los moros Mohamad Al Hacen, rey de Túnez, á quien Dios haga victorioso; al secretario grande entre los de su generación, y honrado y nombrado entre los de su ley, Cobos, el comendador mayor, á quien Dios Altísimo honre: Hacemos saber, que estamos con el amor y amistad que sabéis os tenemos: siempre procuramos saber nuevas de vos; muchas veces habemos escrito al emperador y á vos, haciéndoos saber la aventura en que estamos y lo que padecemos, por habernos tomado todas nuestras ciudades, que no nos queda sino solamente la ciudad de Túnez, y que los turcos han tomado y poseen todas las ciudades de la costa, de las cuales salen los corsarios y van á vuestras ciudades, y nos han ocupado á nosotros y á vosotros, de lo cual seréis avisado por el capitán Francisco; y pues tenéis allá armada que gana sueldo sin trabajar (y Dios os encamine á ello), enviádnosla para que nos libre de estos turcos, y será utilidad vuestra, porque en esa corte del emperador otro de quien nos ayudar sino de vos no tenemos. Una carta os darán con esta para el emperador, por la cual le avisamos de la estrechura en que estamos. Queremos de vos tengáis de ello cuidado, y que aconsejéis como seamos librados, etc... Fecha á veinte días de la luna de Moharram, año de 946 (1539). Dios nos haga partícipes de sus bienes. —Al secretario grande entre los de su generación... etc. (1).»

A esta sentida reclamación del soberano tunecino favoreció, como veremos luego, el rumbo que fueron tomando los tratos entre el emperador y Barbarroja. A principios de 1540 llegó de incógnito á Constantinopla el capitán Juan de Vergara, enviado por el virrey de Sicilia, á proseguir la negociación con el príncipe mahometano. Tuvo éste escondido al capitán español dentro de una cámara por espacio de tres semanas. Barbarroja se mostró muy dispuesto y hasta deseoso de concluir y efectuar el concierto, y se alegró mucho de que el emperador y la corte de España manifestasen la misma buena voluntad. Se quejó de haberse dado á este asunto más publicidad de la que convenía, lo cual había suscitado ya sospechas en el sultán, y obligádole á él á justificarse mañosamente con el Gran Señor. El plan que proponía para poder verificar disimuladamente y sin riesgos su defección era, que el emperador enviara su armada á Levante, y combatiera á Lepanto, cuya plaza podía ser fácilmente entrada, decía, por cierta parte débil del muro que él señalaba; que aunque pudiese socorrerla no saldría hasta saber que había sido tomada; que el mismo sultán le mandaría salir al encuentro de la armada española, y entonces era la ocasión de incorporarse á ella. Prometía Barbarroja hacer que personas particulares de su confianza compraran los capitanes españoles cau-

(1) Archivo de Simancas, Negociado de mar y tierra, leg. núm. 14.

tivos en Castelnovo para devolverles su libertad, y por último, para que el capitán Vergara saliera seguro de Constantinopla, le incorporó entre unos cautivos cristianos que acababan de obtener su rescate, como si fuese uno de ellos (1).

Parece, pues, que los tratos se iban arreglando, accediendo ya Carlos V á ceder los reinos de Túnez y de Argel, y que Barbarroja estaba en cumplir la parte á que él se comprometía. Pero hubo la fatalidad de que se informase de todo un capitán de Castilla llamado Antonio Rincón, hombre de mala especie, que andaba siempre en negocios con el turco y solía residir en Constantinopla. Éste, sin duda, avisó de todo lo que pasaba al sultán, y debió ser la causa de que se frustraran las negociaciones, según se deduce de su carácter, de los antecedentes de su vida, de las sospechas, ó temores que ya se tenían de ello en la corte de España (2), y del trágico fin que más adelante tuvo, pues murió, como después veremos, asesinado por los imperiales en el Tesino, en ocasión de llevar una embajada del rey de Francia al gran turco Solimán (3). Es lo cierto que los tratos se desconcertaron, y que el sultán, sabedor sin duda de lo que se proyectaba en Túnez, formó la determinación de ir sobre aquel reino que quería destinar para su hijo segundo (4). Esto, y el haber casado entonces Barbarroja su hijo en Constantinopla, prueba que los tratos se deshicieron de todo punto, lo cual vino bien al rey de Túnez, según antes indicamos, porque ya el emperador, el cardenal regente de España, el príncipe Doria y todos los que más influían en los negocios públicos, no pensaron sino en proteger y defender á Túnez y en enviar naves con cuerpos de infantería á las plazas y puertos de la costa de África (5).

(1) Relación de lo que el capitán Juan de Vergara pasó con Barbarroja en Constantinopla desde el 13 de febrero hasta 7 de marzo que salió de ella.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 468.

(2) «Hame parecido mal (decía el comendador Cobos en carta al emperador de 8 de julio de 1540) saber Rincon tan particularmente de lo del trato de Barbaroja y de la ida del capitan Vergara, porque él basta para dar al turco el aviso que ha menester. V. M. verá lo que más cumple á su servicio.»

(3) Era este Rincón natural de Medina del Campo, tal vez pariente del licenciado Rincón, uno de los ajusticiados por la causa de las comunidades. ¿Podrá explicarse la conducta de este hombre por resentimiento que guardara al emperador, y por deseo de vengar los rigores de Carlos V con sus amigos y parientes? Discurrimos así, porque nada hablan de esto los historiadores.

(4) Con fecha 18 de setiembre decía desde Túnez Francisco de Tobar al comendador Cobos: «Agora ha llegado el capitan Vergara de Constantinopla sobre los tratos que Vuestra Señoría sabe están ya desconcertados. Dice este capitan Vergara, que oyó en casa de Barbaroja que estaban determinados de venir sobre Túnez, y querian este reino para el hijo segundo del turco.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 468.—Acaso Vergara habia ido segunda vez á Constantinopla.

(5) Carta descifrada del cardenal de Toledo al emperador, de Madrid, á 11 de octubre de 1540.—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 50.

En el tomo I de la Colección de Documentos inéditos, se hallan además los siguientes sobre estos tratos: Carta de creencia dada por Carlos V al príncipe Doria y á Gonzaga para que pudieran tratar con Barbarroja en nombre de S. M De Gante, á 3 de marzo de 1540.—Carta del emperador á don Francisco de Tobar, alcaide de la Goleta, para que haga en todo lo que aquéllos le mandaren. De igual fecha.—Carta del mismo

Tal fué el término que resulta haber tenido las gestiones del emperador Carlos V para apartar al terrible y poderoso Barbarroja del servicio de la Puerta Otomana y atraerle al suyo, y que ciertamente, si hubieran alcanzado el éxito que Carlos se proponía, hubieran quebrantado el poder del Gran Turco, quedando el emperador desembarazado para guerrear y abatir al francés, y para atender á las cosas de Hungría y del imperio, para todo lo cual era siempre un estorbo la intervención poderosa de un enemigo tan fuerte como el sultán. Que obraba el emperador como hábil político en esta negociación, es innegable, como lo es la conveniencia que le hubiera resultado de poderla llevar á feliz término. ¿Podrá hacérsele un cargo de haber intentado ganar á su servicio á un terrible enemigo de la religión cristiana para combatir después con su auxilio á estados y señoríos cristianos como Francia y como Venecia? Cuando el francés y venecianos habían escandalizado antes á la cristiandad, aliándose con el sultán y Barbarroja y pidiendo la ayuda y atrayendo el poder de las armas mahometanas contra los Estados del monarca católico, por lo menos aquellos príncipes no tenían derecho á inculpar al emperador de que empleara los medios que la política del tiempo sugería para desmembrar y dividir cuanto pudiera el poder bastardo que ellos mismos habían invocado y de que se habían valido para intentar su destrucción, y de que en defensa propia trabajara por volver contra ellos sus mismas armas.

Menos político se mostró Carlos V en el empeño que, frustrados aquellos tratos y pujante como quedaba el turco, formó de llevar adelante su antiguo proyecto de conquistar á Argel.

Contra el parecer y consejo de sus mejores generales había hecho Carlos V en 1536 su campaña de Francia, y tuvo tan desgraciado éxito como hemos visto. Contra el parecer y consejo de sus mejores generales determinó Carlos V y ejecutó en 1541 su expedición á Argel, y el éxito fué tan desastroso como veremos.

Las razones que en favor de esta resolución alegaba el César nos parecen harto débiles al lado de las que en contra de ella le exponían el marqués del Vasto y Andrea Doria. Que tenía ya, decía el emperador, equipada una flota en España y en Italia que podía reunir para esta empresa; que la mayor parte de los gastos estaban hechos, y un solo esfuerzo bastaría para acabarla antes que el monarca francés tuviera tiempo para invadir sus Estados; que para atacar al turco en Hungría necesitaría invertir grandes sumas, que no permitía su tesoro, para la traslación de tropas, artillería y municiones de España é Italia, y por último que urgía asegurar las costas italianas y españolas continuamente alarmadas y molestadas por las invasiones y acometidas de los piratas argelinos. En contra de estas razones hacíanle presente los que desaprobaban la expedición, que

---

á Barbarroja dándole aviso de esto. Idem.—Salvoconducto de Doria y Gonzaga á las personas que cerca de ellos enviase Barbarroja. De Génova, 10 de abril.—Instrucción de Doria y Gonzaga á Juan Gallego, sobre lo que había de tratar con Barbarroja, fecha id. Por este documento se ve que Carlos V accedía ya á dar á Barbarroja el reino de Túnez y la confirmación del de Argel, pero á condición de que él hubiera de desbaratar el resto de la armada del turco.

la Lombardía quedaba expuesta á una invasión del rey de Francia que se miraba como inminente; que desde Italia estaba en aptitud de acudir al francés ó al turco, á donde más conviniere; que abandonar la Italia por ir á Argel equivalía á dejar el reino de su hermano y aun los Estados mismos del imperio en manos del sultán, é ir á buscar lejanos enemigos cuando le amenazaban otros tan de cerca; á lo cual añadía el entendido marino Andrés Doria la grandísima consideración de los riesgos á que iba á exponer la armada en las peligrosas costas de África en la estación más borrascosa del año.

Á nada de esto atendió el emperador, y firme en su antiguo capricho de no dejar de dominar en Argel, ya que no había enseñoreado á Túnez, despidióse del papa en Luca, «cargado de bendiciones y no de dineros,» como dice un respetable prelado é historiador español, é hízose á la vela en las galeras de Andrés Doria con rumbo á las Baleares. Los pronósticos del marino genovés comenzaron á cumplirse antes de lo que él mismo había pensado. Levantáronse contrarios vientos y tan fuertes que con mucho peligro y no pocos esfuerzos lograron abordar á Córcega, y de allí á Cerdeña. Á fuerza también de brazos y á costa del sudor de los remeros consiguieron arribar á Mahón, de donde pasaron á Mallorca, punto de reunión de la armada. Esperábalos aquí el virrey de Sicilia Fernando de Gonzaga con seis mil españoles, soldados viejos de Italia, y cuatrocientos caballos ligeros, con ciento cincuenta naves. Unidos á estos sobre seis mil alemanes y cinco mil italianos con su correspondiente caballería y artillería, componíase la expedición de cerca de veinte mil infantes, dos mil caballos y más de doscientas naves, de ellas cincuenta galeras, pequeñas las demás, y por general de la armada iba, como de costumbre, el ilustre genovés Andrés Doria. También en España se armó otra flota, principalmente de naves de Vizcaya y urcas de Flandes, con abundancia de bastimentos y buena artillería, la cual llevaba poca, pero muy lucida gente, la mayor parte de voluntarios sin sueldo. En ella se había alistado la principal nobleza de Castilla, el duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, que la había de mandar en jefe, el duque de Sessa, don Gonzalo Fernández de Córdoba, el conde de Feria, el marqués de Cuellar, el conde de Luna, el de Alcaudete, el de Chinchón, el de Oñate, y otros muchos grandes, títulos, nobles y caballeros. Por fortuna suya, como hemos de ver, esta flota no llegó á incorporarse en Mallorca con la grande armada imperial, ni pudo acompañar al emperador.

La navegación á la costa de África no fué pesada, aunque sí peligrosa, mas la arribada á la playa de Argel fué tan contrariada de los vientos que hubo necesidad de pasar algunas noches en las galeras á dos ó tres leguas de la ciudad. Amansados los vientos y las olas, mandó el emperador desembarcar los arcabuceros españoles con vianda para dos ó tres días. Iban todas las galeras llevadas á remo con vistosas banderas, y el emperador de pie en la popa de la suya, con estandartes llenos de cruces, y en el mayor y principal bordado un crucifijo (13 de octubre). Poca resistencia hallaron los españoles de parte de los moros africanos que andaban por la costa, hasta acercarse á Argel. El emperador, que iba delante, hizo intimar luego y en términos fuertes y amenazadores la rendi-

ción de la ciudad á Hacen Agá, que la gobernaba desde que Barbarroja había obtenido el empleo de almirante del Gran Turco. Era este Hacen Agá un eunuco renegado, que de corsario se había elevado á la alta posición de virrey, y que en sus piraterías y depredaciones había excedido en actividad y fiereza al mismo Barbarroja. Hombre de corazón el soberbio renegado, aunque no contaba para su defensa sino con ochocientos turcos y unos cinco mil moros africanos y granadinos, contestó con altivez al emperador, que si llevaba muchas naves y muchos soldados, él los tenía también muy buenos y en lugar fuerte, y contaba con una mar brava; y que en todo caso moriría á manos de tan excelente emperador, pero que no olvidara cómo les había ido en aquellos sitios á otros capitanes españoles tan famosos como Diego de Vera y Hugo de Moncada.

Oída tan arrogante respuesta, procedió el emperador á cercar la ciudad, colocando convenientemente sus tropas y baterías, bien persuadido de que por muchos defensores que dentro hubiese, no era posible que resistiesen mucho tiempo á las combinadas operaciones y ataques de las naves y de la gente de tierra. Carlos no esperaba tener más adversarios que los moros; no pensaba que había de tener por enemigos á los elementos, que lo fueron muy terribles y muy en breve. Apenas el ejército había tomado posiciones, cuando un recio y furioso vendabal, acompañado de lluvia y de granizo, y de una oscuridad espantosa, deshizo las pocas tiendas de los imperiales, que desprovistos de abrigo y colocados en terreno bajo y fangoso, ni podían moverse sin hundirse, ni recostarse en un suelo ya inundado, ni casi tenerse de pie sino apoyados en sus lanzas clavadas en la tierra. Así pasaron toda una tarde y una noche. No desaprovechó Hacen Agá tan favorables momentos, y saliendo con su gente descansada y bien mantenida, arremetió y deshizo unas compañías de italianos que estaban más cerca de la ciudad, ateridos y casi yertos de frío. Acudió á detener á los moros el mismo general Fernando de Gonzaga, y empeñáronse serios combates, en que todas las ventajas estaban de parte de los argelinos, que se hallaban al abrigo y holgados, todas las desventajas del lado de los imperiales, cansados y hambrientos, y hasta inutilizados sus mosquetes con la lluvia. Andaba el emperador á caballo con la espada desnuda, animando á unos, afrentando á otros y arengando á todos, empapado en agua y aun corriéndole por todas las partes de su cuerpo, hasta que al fin logró ahuyentar la morisma, no sin haber perdido algunos centenares de los suyos, entre ellos buen número de caballeros de Malta.

Y sin embargo, esta no fué sino el preludio de otra mayor y más lastimosa catástrofe. Mensajera de ello fue una terrible agitación que se observó en el mar; desatóse luego un furioso nordeste que quebraba los cables y arrancaba las áncoras de las naves, y las hacía chocar reciamente unas con otras, y abrirse algunas de ellas, y destrozarse otras contra los peñascos, y volcarse algunas, sumiéndose en las olas hombres y viandas, y cayendo los que lograban ganar la orilla en poder de los alárabes. El emperador, que era el menos aturdido de todos, dicen que preguntó á los marineros qué hora era, y como le respondiesen que las once y media, les dijo: *Pues no desmayéis, que en España se levantan á las doce los frai-*

les y monjas á rogar á Dios por nosotros (1). La fe del César era muy laudable; pero las preces de los frailes y monjas de España no alcanzaron á evitar que se perdieran quince navíos mayores, y hasta ciento cincuenta menores, con una buena parte de la tripulación y casi todos los bastimentos. El pronóstico de Andrés Doria se había cumplido con demasiada y harto dolorosa exactitud: el célebre marino aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta en cincuenta años de andar por los mares, y gracias que él pudo con algunos medio destrozados buques ganar el cabo de Metafuz, aunque harto distante del campamento, y desde allí envió una galera á dar aviso al emperador, aconsejándole que marchase allá con el ejército lo más presto que pudiese para reembarcarle si no había de acabarse de perder.

La situación no dejaba tampoco otro partido que tomar. Parecía amenazar otra tormenta, y la gente que había quedado se hallaba sin fuerzas ni vigor para sufrir ni más borrascas ni más fatigas. El emperador, paseando en medio de algunos de sus desalentados y desfallecidos caballeros, no contestó al aviso sino con las palabras: *Fiat voluntas tua;* con que manifestaba conformarse á un tiempo con la voluntad de Dios y con el consejo del almirante Doria. Dió luego orden de alzar aquel funesto campo y marchar. Con alegre y feroz sonrisa vieron los argelinos el movimiento de retirada, y no dejaron de salir á picar la retaguardia de los cristianos, á quienes molestaban también los moros montañeses desde los cerros en toda aquella marcha penosa, que penosísima fué, puesto que muchos de los enfermos y heridos caían sin aliento en los barrancos; otros que apenas podían sostener el peso de las armas y quedaban rezagados, eran alanceados por los alárabes, y todos sin otro alimento que las yerbas que encontraban, y los caballos que el emperador mandaba matar, y algunos galápagos y caracoles, sólo los más robustos podían soportarlo, y para que no faltase nada á tanta penalidad, aun tuvieron que atravesar un río con el agua hasta el pecho. Lo único que infundía aliento á todos era la serenidad, la presencia de ánimo, la magnanimidad con que el emperador sufría todos los trabajos é infortunios como el último de sus soldados, comiendo lo mismo que ellos, acudiendo á todos los peligros, ayudando y consolando á los más débiles, y no dando una sola señal de flaqueza. Con tan heroico comportamiento consiguió que los mismos generales que se habían opuesto á la expedición le perdonaran las desgracias que su obstinación había acarreado.

Al fin, después de imponderables trabajos llegaron con bonancible tiempo al cabo de Metafuz, donde para su consuelo y fortuna hallaron abundancia de víveres, que se conservaban en las naves que Doria había podido salvar, y repusieron sus gastadas fuerzas y recobraron su perdida alegría. Este cambio hizo ya dudar si convendría reembarcarse para Europa, ó sería mejor volver sobre Argel: á esto último, que parecía tan temerario, se inclinaban no obstante muchos, especialmente los españoles, los más fáciles en olvidar los trabajos, así por parecerles cosa vergonzosa retirarse sin poder contar más que desastres, como porque creían que aun

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XXV, núm. 14.

podía conquistarse Argel tomando precauciones que antes no se habían tenido. De este dictamen era el ilustre Hernán Cortés, famoso ya por sus hazañas en el Nuevo Mundo, y el cual se halló en esta jornada sin que de su persona, por miserables envidias, se hiciese caso, y menos se le diese parte en los consejos; y tanto que como después de pasada la tormenta propusiese que se le dejara con la gente que allí había, y que se obligaba á ganar con ella á Argel, los unos no quisieron escucharle, y los otros hasta se burlaron: ¡se burlaban del atrevido conquistador de Méjico (1)! Decidióse, pues, el emperador por el reembarque, y como las naves eran pocas y la gente mucha, hubo necesidad de arrojar al mar los caballos para hacer lugar á los hombres, cosa que dió á todos gran lástima, y especialmente á los dueños de aquéllos, con quienes tuvo el emperador que usar de toda su autoridad. Embarcáronse, pues, primero los italianos, los alemanes luego, y los últimos los españoles, siendo el emperador de los postreros á dejar la playa.

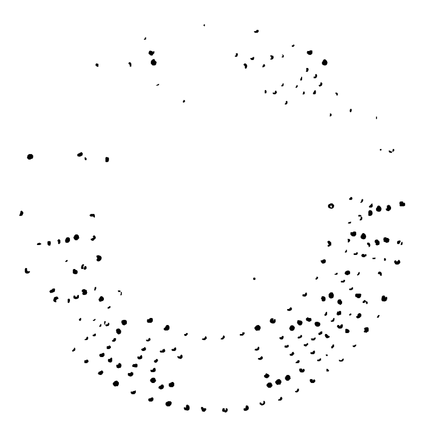
No habían acabado los trabajos de esta expedición desastrosa. Apenas la tierra había quedado limpia de hombres, cuando se cubrió otra vez la atmósfera y se levantó otra borrasca, que aunque no tan horrorosa como la primera, bastó para dispersar toda la flota, llevando á Bujía ó á Italia los buques que debían venir á España, arrojando á otros á Orán, algunos á Argel, naufragando otros en los torbellinos antes de poder salir á alta mar, habiendo nave en que iban cuatrocientos tudescos, que anduvo perdida cincuenta días, pereciendo al fin de hambre y de frío cuando tomaron puerto los que en ella navegaban. El emperador mismo, después de correr graves riesgos, fué á abordar á Bujía, y allí permaneció hasta que serenado el tiempo, y habiéndose levantado un viento sudoeste, despachó á Sicilia y España á Fernando de Gonzaga y al conde de Oñate con las pocas naves que allí había de cada país, y él tomó rumbo á Mallorca y de allí á Cartagena (diciembre, 1541), donde fué recibido por los españoles con la alegría de quien recelaba ya que no volviese, según las funestas y alarmantes nuevas que habían corrido.

Tal fué la desgraciada y calamitosa jornada de Argel, emprendida por Carlos V contra el consejo de sus generales: suceso que, como dice un antiguo historiador, «dió qué contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien expió su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que así le había sonreído en Túnez como se le mostró ceñuda en Argel: gran lección para los príncipes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presunción y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes también las calamidades é infortunios que causó esta malhadada expedición; y sin embargo, aun se habían temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacía llegar abultados, como de ordinario acontece con las malas nuevas.

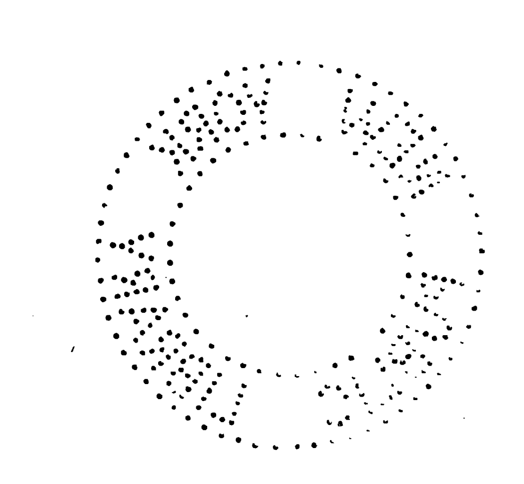
(1) Dice Sandoval, hablando de esto, que quien más perdió en la expedición, después del emperador, fué Hernán Cortés, marqués del Valle, «porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en 100.000 ducados, y nunca se pudieron hallar.»

Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, así para ganar triunfos como para sufrir reveses (1).

(1) Nicol. Vilagn., *Caroli V, expeditio ad argyriam.* – Sàndoval, Historia del emperador, lib. XXV. – Paolo Giov., lib. XL. – Vera y Zúñiga, Vida de Carlos V. – Carta del comendador Bañuelos sobre lo ocurrido en la expedición de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij. – V. – 4. – Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij. – V. – 3, y en la Colección de documentos inéditos, t. I.



FIN DEL TOMO OCTAVO



APÉNDICES

PERTENECIENTES AL TOMO OCTAVO

I

DESAFÍO DE CARLOS V Y FRANCISCO I

1528

(Archivo de Simancas. Estado, leg. 1553.)

Real cédula que el emperador dirigió á Sancho Martinez de Leiva, capitan general de la provincia de Guipúzcoa, dándole cuenta del desafío á que él habia provocado al rey de Francia Francisco I, negativa de éste á aceptarle, y consulta que el mismo emperador hizo sobre ello á sus consejos y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas.

El Rey.—Sancho Martinez de Leiva, nuestro capitan general de la provincia de Guipúzcoa, y alcalde de la villa y fortaleza de Fuenterrabía: ya habreis sabido parte de lo que con el rey de Francia sobre nuestro combate habemos pasado, y aquéllo y todo lo demás vereis mas entera y cumplidamente por el traslado de todo ello que aquí os enviamos. Es la verdad que con el gran deseo que tenemos de ver fin á estas nuestras contiendas y debates por el reposo y sosiego de la cristiandad holgábamos y aun deseábamos poner nuestra vida en peligro, por redimir con ella tanta sangre cristiana como á causa de estas discordias se derrama, mas como esto no dependiese solamente de nuestra voluntad, más tambien debiese para ello concurrir la del rey de Francia, y él, como vereis por la relacion que Borgoña nuestro rey de armas truxo, ha rehusado el combate, no queriendo oir nuestra respuesta ni recibir nuestro cartel en que le señalábamos el campo, antes asombrando con rigurosas palabras nuestro rey de armas, despues de haberlo muchos dias en los límites de su reino detenido, cosas que jamás por ningun rey ni príncipe fueron hechas ni consentidas; aunque sin más parecer de otros viésemos claramente haber satisfecho á nuestra honra, pues el rey de Francia rehusaba el combate, todavía por ser la cosa tan delicada y tocar tanto á nuestra honra la quisimos comunicar con los de nuestros consejos y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas en semejantes casos experimentadas, pidiéndoles su parecer sobre ello, los cuales, visto todo lo que habia pasado, determinaron que habíamos suficiente y enteramente cumplido y satisfecho, no solamente á nuestra honra, más tambien á lo que debemos á Dios y á nuestros súbditos y al bien de toda la cristiandad, de lo cual os habemos querido avisar, porque tengais entera relacion de todo y lo envieis y publiqueis

donde mejor os pareciere de manera que á cada uno sea notorio. Fecho en nuestra ciudad de Toledo á último de noviembre de 1528. Yo el Rey. Por mandado de S. M.—Alonso Valdés.

II

ESTADO ECONÓMICO DEL REINO DE CASTILLA EN LOS AÑOS QUE EXPRESA EL DOCUMENTO

(Archivo general de Simancas, Estado, legajo núm. 37.)

SUMARIO DE TODA LA CUENTA DEL AÑO DE 536

Monta lo que valen las rentas cuatrocientos cuatro quentos, quinientos veintisiete mil, porque lo que más han crecido desde el año de 534 y los situados consumidos, es para desempeñar juros, como está dicho.. . . .	404.527,000	412.027,000
Que montara la moneda forera que se cobra en estos reinos el dicho año de 536 á respecto de los años pasados 7.500,000..	7.500,000	
Monta el situado y prometido y suspensiones que hay en las dichas rentas con los 10 quentos que se han de situar por el dinero que se tomó de las Indias y con otros maravedís de los que están á cargo de Alonso de Baeza para los vender y cumplir con los ginoveses lo del asiento de Toledo que aun no están todos situados 10 é 11 al millar de los partidos encabezados.		269.530,000
Así quedarían en las rentas de 536 é en la dicha moneda forera 142.497,000..		142.497,000
Están librados en las dichas rentas á los Belzares é á otras personas particulares, como todo va por menudo en los pliegos.. . . .		119.245,000
Quedarian 24.252,000.	24.252,000	

Es de saber que en el dicho año de 536 no están situados enteramente los 10 quentos que se han de situar por el dinero de las Indias, é dícese que no ha de ser tanta cuantidad la situacion, porque algunos destos dineros se dejarán de tomar á otros algunos que se tomaron, se libraron en las Indias, y asimismo otros situados que están á cargo para los vender Alonso de Baeza para cumplir el asiento que se tomó en Toledo con los ginoveses que no están vendidos, y todo esto ay más en las dichas rentas de más de los dichos 24.252,000, é podria servir para los gastos del mismo año.

RELACIÓN DE LO QUE ES MENESTER PARA ESTE AÑO DE QUINIENTOS Y TREINTA Y SEIS Á RESPECTO DE LO QUE SE LIBRÓ EL AÑO PASADO DE 535

Para la casa de S. M., 170,000 ducados.	170,000	
Para embaxadores y correos é otros gastos extraordinarios del Estado, 70,000 ducados.	70,000	
Para guardas del año de 534, 200,000 ducados, é otros tantos se han de proveer en el año de 536 para cumplir con las guardas de 535.	200,000	
Para las galeras de Andrea Doria, 90,000 ducados. .	90,000	
Para las 10 galeras de España, 60,000 ducados. . .	60,000	
Para las fronteras de África, 70,000 ducados. . . .	70,000	
Para la casa de la reina nuestra señora.	37,000	112,260
Para la casa del príncipe, acrecentando el salario del maestro que se quita de la casa de Tordesillas y se pasa acá.	8,800	
Para la paga de los del Consejo é oficiales de la corte.	37,330	
Para continos de 535.	10,000	
Para tenencias de las fronteras y costa del mar. . .	14,000	
Para salarios del gobernador é alcaldes mayores de Galicia y Canaria é Toledo é otros corregidores é gobernadores que se libran en el reino.	4,800	
Para mercedes de tres en tres años.	14,000	
Para el condestable é su mujer é duque de Alba y de Nájera, é marqués de Astorga y conde de Osorio é otros grandes que se libran en sus tierras. .	1,600	
Para acostamientos del marqués de Astorga é conde de Oropesa é de Medellin é don Francisco de Monroy é otros caballeros que se libran en sus tierras sus acostamientos cada año.	2,400	130,990
Para derechos de escribano mayor de rentas é mayordomo mayor é chanciller é notarios é sello é otros derechos de partidos encabezados.	1,200	
Así montan los dichos gastos nuevecientos noventa mil nuevecientos veinte ducados.	990,920	

LO QUE HAY PARA CUMPLIR LOS DICHOS GASTOS

En rentas ordinarias é moneda forera, con algo que se podrá aprovechar de los juros que están por vender, podrá haber 28 quentos, poco más ó menos, que son 74,565 ducados.	74,565
Por la necesidad grande que hay se podrán tomar de las rentas de 537, 80 quentos para cumplir con los gastos de 536, serán 213,333 ducados.	213,333
Que habrá en la renta de las órdenes en el año de 537, 20 quentos poco más ó menos que se han	

de tomar para cumplir con los gastos de dicho año de 536..	53,353
Que habrá en el dicho año de 537 en el asiento de Juan Vosmediano é Juan de Enciso de la Cruzada é otras cosas en el asiento de las buletas 40 quentos que se han de tomar para este año, que serian.	106,067
Así monta lo susodicho 447,998 ducados, y caso que esto sea cierto, faltarán para cumplir con los dichos gastos 342,922 ducados, y más lo que montarán los intereses é cambios que serian gran suma, ha de mandar S. M. de dónde y cómo se cumpla y lo que en todo se hará. . . .	342,922

AÑO DE 37

Monta lo librado hasta 15 de noviembre de 535, 20 quentos 738,000, los quales descontados de los dichos 134 quentos 997,000 quedará 114 quentos 259,000..	114.259,000

Desto se ha de tomar los 80 quentos para los gastos del año de 36, y lo que quedare, será para la casa de la Reina Nuestra Señora, Consejo y oficiales de corte.

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DEL TOMO OCTAVO

PARTE TERCERA.—INTRODUCCIÓN A LA EDAD MODERNA

ESPAÑA AL ADVENIMIENTO DE LA CASA DE AUSTRIA

PÁGINAS

PÁGS.

CAPÍTULO XVII

CASTILLA Y ARAGÓN

PRÍNCIPES.—CORTES.—*De* 1530 *á* 1534

CAPÍTULO XVIII

MÉJICO.—EL PERÚ

HERNÁN CORTÉS.—FRANCISCO PIZARRO

CAPÍTULO XIX

CARLOS V SOBRE TÚNEZ.—1535

CAPÍTULO XXII

LIGA CONTRA EL TURCO.—MOTÍN Y CASTIGO DE GANTE.—*De* 1539 *á* 1540

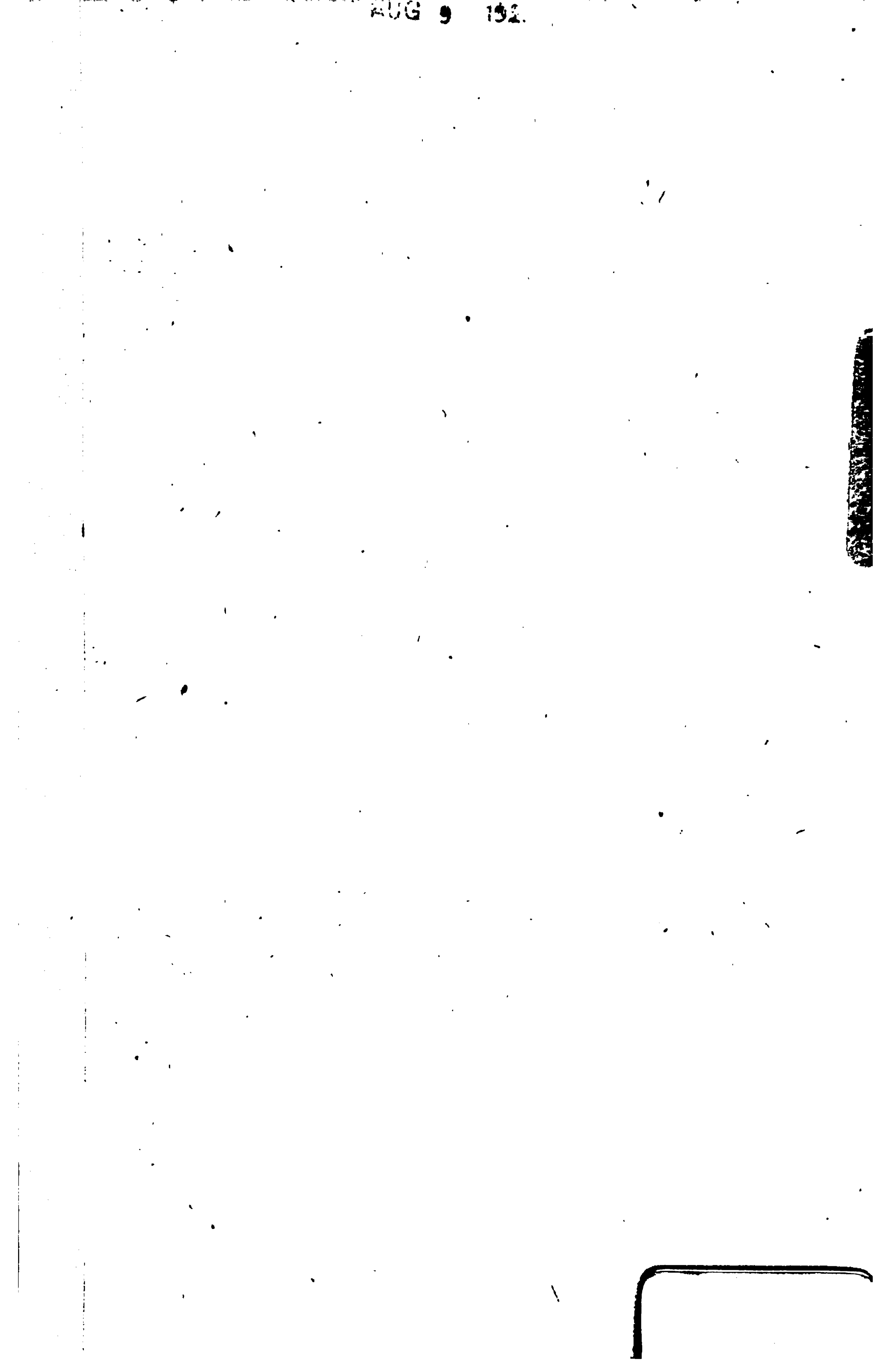
CAPÍTULO XXIII

PROGRESOS DE LA REFORMA.—INSTITUCIÓN DE LOS JESUÍTAS.—*De* 1534 *á* 1541

CAPÍTULO XXIV

TRATOS CON BARBARROJA.—DESASTROSA JORNADA DE CARLOS V Á ARGEL.—1541

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS


AUG 9 192.

